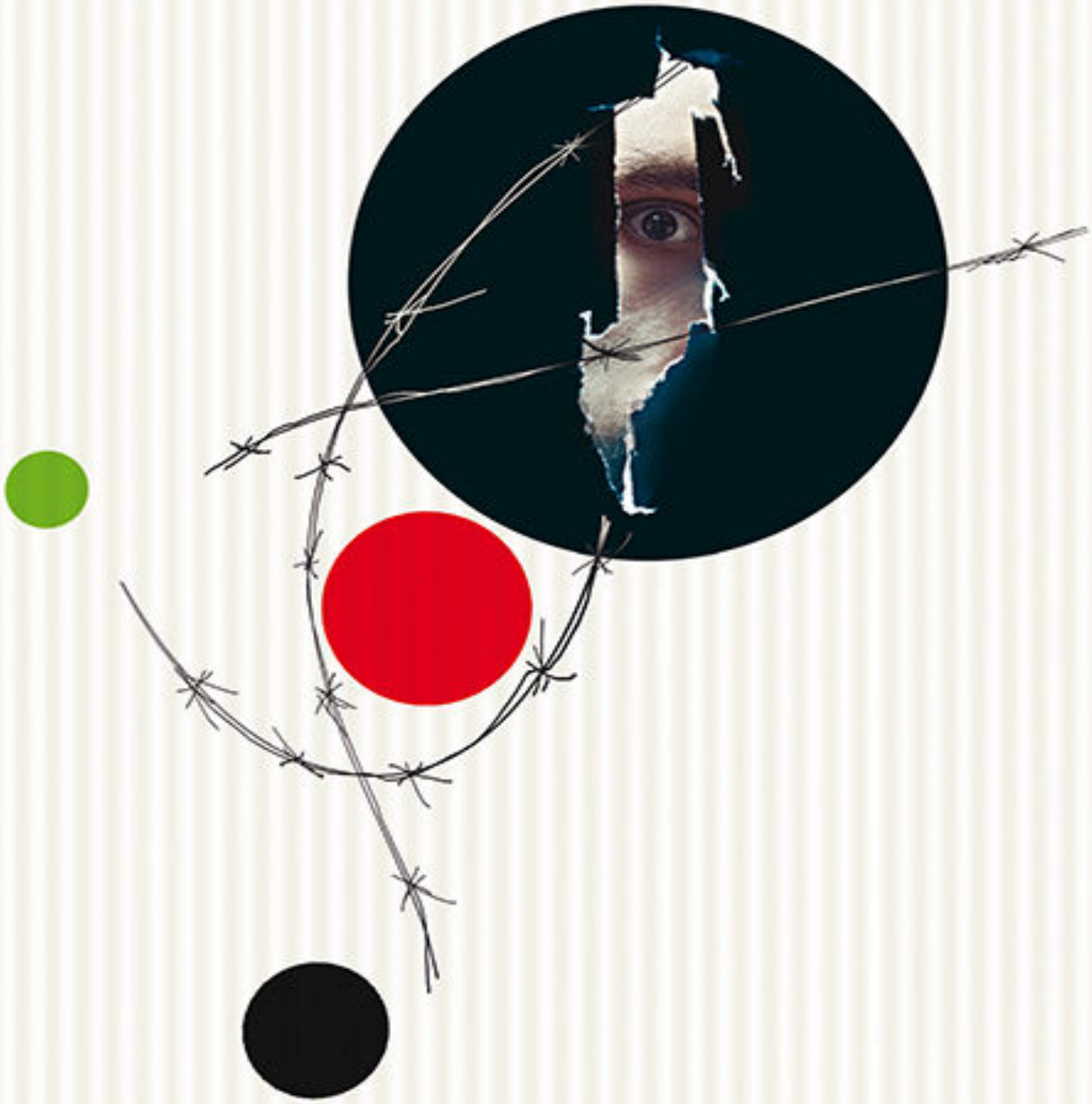
Sociedades extremadamente violentas

La violencia en masa en el mundo del siglo XX

CHRISTIAN GERLACH



SOCIOLOGÍA

CHRISTIAN GERLACH (Berlín, 1963) es director del Instituto de Historia y profesor de historia contemporánea en la Universidad de Berna. Es editor asociado del *Journal of Genocide Research* y autor de múltiples libros sobre el Holocausto y sobre genocidios y hambrunas planeadas, entre los que destacan *Guerra, alimentación, genocidio: políticas alemanas de la exterminación en la segunda Guerra Mundial* (1998); *Asesinatos calculados: la política económica alemana y la política de la exterminación en Bielorrusia de 1941 a 1944* (1999); *El último capítulo: política real, ideología y el asesinato de los judíos húngaros, 1944-1945* (en colaboración con Götz Aly, 2002) y *Sobre la conferencia de Wannsee* (2002).

Sociedades extremadamente violentas

La violencia en masa en el mundo del siglo XX

Sección de Obras de Sociología

Traducción
Juan José Utrilla Trejo

Revisión técnica de la traducción
José Antonio Guevara Bermúdez

Christian Gerlach

Sociedades extremadamente violentas

La violencia en masa en el mundo del siglo XX

Primera edición en inglés, 2010
Primera edición en español, 2015
Primera edición electrónica, 2015

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Título original: *Extremely Violent Societies: Mass Violence in the Twentieth-Century World*
© 2010, Cambridge University Press, New York

D. R. © 2015, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672



Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-3305-7 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Índice

Agradecimientos
Abreviaturas
Introducción

Primera parte
VIOLENCIA PARTICIPATIVA

I. Una coalición para la violencia.
La masacre en Indonesia, 1965-1966

II. Participación y lucro.
El exterminio de los armenios, 1915-1923

Segunda parte
LA CRISIS DE LA SOCIEDAD

III. De las rivalidades entre élites a una crisis de la sociedad. Violencia en masa y hambruna en Bangladesh (Pakistán Oriental), 1971-1977

IV. La violencia sostenible. Reasentamientos estratégicos, milicias y «desarrollo» en la guerra contra las guerrillas

V. ¿Qué vincula el destino de diferentes grupos de víctimas? La ocupación alemana y la sociedad griega en crisis

Tercera parte
OBSERVACIONES GENERALES

VI. La etnización de la historia. La historiografía de la violencia en masa y la construcción de la identidad nacional

Conclusiones
Índice analítico

Agradecimientos

Todos los proyectos de investigación son resultado de discusiones e intercambios entre académicos y muchas otras personas. Esto puede decirse, en especial, de este estudio. Fue concebido mientras enseñaba en la Universidad Nacional de Singapur, y escrito en su mayor parte durante mis años en la Universidad de Pittsburgh, y está siendo terminado ahora [2010], mientras doy clases en la Universidad de Berna, Suiza. Siento una profunda gratitud por mis colegas de estos lugares.

Diversas instituciones contribuyeron económicamente a los trabajos que guiaron este volumen. El Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Maryland me concedió un estipendio de todo un año, y el Departamento de Historia de la Universidad de Pittsburgh, un año sabático anticipado. También recibí una pequeña beca de viaje del Centro de la Unión Europea y una beca Hewlett International del Centro de Estudios Latinoamericanos, ambos de la Universidad de Pittsburgh, y un generoso apoyo para el taller «Famine and Mass Violence» por parte del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) de Nueva York. Mi agradecimiento a todos ellos.

¿Qué haríamos los historiadores sin los archivistas? Deseo dar las gracias a muchos de ellos por su inapreciable ayuda, en particular a Birgit Kmezik y Sieglinde Hartmann (Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín); R. Schröder (Bundesarchiv, Berlín), Michael Hussey de la National Archives and Records Administration, College Park, Maryland; a Jennifer Jerome (Australian National

Archive, Canberra); Klaus Urner (Archiv für Zeitgeschichte, Zurich); Rosie Dodd (Oxfam) y Giuliano Fregoli (FAO). Gracias también al personal de las bibliotecas de las universidades de Maryland, Singapur, Pittsburgh, Berna, así como a la Universidad de California en Los Ángeles y a la Josef-Wulf-Bibliothek en la Gedenkstätte Haus der Wannseekonferenz, Berlín.

Tengo una profunda deuda, por sus comentarios críticos y sugerencias, con varios colegas que leyeron capítulos sueltos del manuscrito: Timothy Barnard, Christoph Dieckmann, Hilmar Kaiser, Peter Karsten, Dirk Moses, Patrick Neveling y Clemens Six. Michael Watson, de la Cambridge University Press, y Adrian Stenton me hicieron incontables sugerencias útiles para mejorar la obra; muchos otros colegas y amigos la comentaron también conmigo, dándome inspiración, respondiendo de manera crítica a mis ideas o señalándome fuentes importantes. Tan sólo puedo mencionar a unos cuantos: Yehonatan Alsheh, Andrej Angrick, Omer Bartov, Florent Brayard, Roland Clark, Raya Cohen, Christoph Conrad, Robert Cribb, Seymour Drescher, Marc Dronin, Thomas du Bois, Moritz Feichtinger, Alexandra Garbarini, Wendy Goldman, Ian Gordon, Anna Hájková, Hilmar Kaiser, George Kent, Hans-Lukas Kieser, Edward Kissi, Tom Kohut, Paul Kratoska, Pieter Lagrou, Wendy Lower, Stephan Malinowski, Christof Mauch, Hans Mommsen, Dirk Moses, Georgios Niarchos, Fritz Ottenheimer, Claudio Pavone, Dieter Pohl, Hans Safrian, Dominik Schaller, Jacques Sémelin, Helene Sinnreich, Alexa Stiller, Andreas Stucki, Gregor Thum, Christian Thorne, Tatjana Tönsmeyer, Nicolas Werth, Michael Wildt, y Madeline Zilfi. Estoy muy agradecido con todos ellos, así como con los colegas, archivistas y estudiantes a los que no puedo mencionar aquí o que prefieren no ser mencionados. Vaya mi agradecimiento, asimismo, a los estudiantes de mis clases sobre el tema en las universidades de Pittsburgh y Berna, especialmente a Anthony Tantoco, Catherine Tighe y Brett Wieviora. También quiero expresar

mi agradecimiento a Ulrich Makosch, quien compartió conmigo estas experiencias como testigo presencial.

Durante varios años muchas instituciones me dieron la oportunidad de presentar y discutir las ideas que ofrezco en este libro, entre ellas la Universidad de Zúrich, Suiza; la École des Hautes Études en Sciences Sociales/Institut de l'Histoire du Temps Présent, París; el Strassler Family Center for Holocaust and Genocide Studies, Clark University, Estados Unidos de América; los Departamentos de Historia del Williams College, Estados Unidos de América, de la Keele University, Reino Unido, y de la Universidad Nacional de Singapur, y el Centro de Estudios Asiáticos de la Universidad de Pittsburgh. La misma oportunidad me dieron en muchas conferencias y talleres, entre ellos el «Nazism-Stalinism Workshop» de la Universidad de Harvard; las conferencias «La Guerra e il Novecento», Università degli Studi di Napoli «Federico II», Nápoles, Italia; «Genocidios: formas, causas y consecuencias», Berlín; «Crímenes contra la humanidad: causas, formas y prevención del genocidio», organizadas por la Fundación Heinrich Böll y la Red Europea de Estudios del Genocidio, Berlín; «Removing Peoples: Forced Migration in the Modern World (1850-1950)», Universidad de York, Reino Unido; «El legado de Simon Wiesenthal para estudios del Holocausto», Instituto Wiesenthal para Estudios del Holocausto e Instituto de Historia Contemporánea, Viena, Austria; «De Europa a América Latina y más allá: la continuidad de las prácticas sociales genocidas», en la Segunda Conferencia sobre el Genocidio, Universidad Nacional Tres de Febrero, Buenos Aires, y en el Segundo Congreso Europeo de Historia Universal y Global, Dresde. Ideas pertinentes para este volumen se discutieron también en el taller «Famine and Mass Violence», que organicé junto con Helene Sinnreich en la Youngstown State University en 2008. Doy las gracias a todos los que participaron en estas reuniones y a todos los organizadores: Hans-Lukas Kieser, Florent Brayard, Thomas Kühne, Debórah Dwork, Alexandra Garbarini, Christoph Dieckmann,

Malcolm Murfett, Dianne Dakis, Terry Martin, Sheila Fitzpatrick, Michael Geyer, Jürgen Zimmerer, Dominik Schaller, Marianne Zepp, Claudia Haake, Richard Bessel, Bertrand Perz, Ingo Zechner, Daniel Feierstein y Matthias Middell.

Partes de este libro aparecieron ya en anteriores publicaciones mías que debo mencionar aquí. La «Introducción» repite largos pasajes de mi artículo «Extremely Violent Societies: An Alternative to the Concept of Genocide», tomado del *Journal of Genocide Research* 8(4), 2006, pp. 455-471 (véase www.tandf.co.uk/journals/titles/14623528.asp) [«Las sociedades extremadamente violentas: una alternativa al concepto de genocidio», *Historia Social,* núm. 66, 2010, pp. 141-158]. El capítulo II incluye fragmentos y material de mi capítulo anterior en un volumen colectivo, «Nationsbildung im Krieg: Wirtschaftliche Faktoren bei der Vernichtung der Armenier und beim Mord an den ungarischen Juden», en *Der Völkermord an den Armeniern und die Shoah,* editado por Hans-Lukas Kieser y Dominik Schaller (2002, pp. 347-422).

Una versión más breve del capítulo IV, con un enfoque ligeramente distinto, fue publicada como «Sustainable Violence: Mass Resettlement, Strategic Villages, and Militias in Anti-Guerrilla Warfare» en *Removing Peoples,* editado por Richard Bessel y Claudia Haake (2009, pp. 361-392). También deseo expresar mi agradecimiento al Taylor Francis Group, de la Chronos Verlag, y a la Oxford University Press, por su generosa autorización para emplear partes de dichas publicaciones.

Por desgracia, un proyecto como éste suele poner un precio a la vida social y familiar. Por ello, siento una profunda gratitud hacia mi madre, Elfriede Gerlach, hacia Christina Blume y hacia mi hija Nina por todo su apoyo y aliento, por darme fuerzas y por soportarme a lo largo de tantos años.

Quiero dedicar este libro a Wolfgang Scheffler, modelo de rigor empírico y de sinceridad intelectual, que no vivió para ver la

publicación de este estudio.

Abreviaturas

AA	Auswärtiges Amt
ACNUR	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
ADN	Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst
AfZ	Archiv für Zeitgeschichte, Zúrich
ANA	Archivo Nacional Australiano
Baperki	Organismo Consultivo para la Ciudadanía de Indonesia
BBC	British Broadcasting Corporation
BTI	Frente Nacional Indonesio
CAVR	Comisión para la Recepción, la Verdad y la Reconciliación en el Timor Oriental
CIA	Central Intelligence Agency
CUP	Comité para la Unión y el Progreso
EAM	Frente de Liberación Nacional (de Grecia)
ELAS	Ejército de Liberación Nacional (de Grecia)
EPW	*Economic and Political Weekly*
FAO	Organización de la ONU para la Alimentación y la Agricultura
FLN	Frente de Liberación Nacional (de Argelia)
FRUS	Foreign Relations of the United States

Gerwani	Movimiento de Mujeres Indonesias
HGS	Holocaust and Genocide Studies
HMI	Organización de Estudiantes Islámicos (de Indonesia)
IAMM	Junta Directiva para el Asentamiento de Tribus e Inmigrantes
IPKI	Liga de Partidarios de la Independencia Indonesia
JGR	*Journal of Genocide Research*
JSD	Partido Nacional Socialista (de Bangladesh)
KAMI	Frente de Acción de Estudiantes Indonesios
KAPPI	Frente de Acción de Estudiantes Indonesios de Preparatoria
KAP-Gestapu	Frente de Acción para Aplastar el Movimiento 30 de Septiembre/PKI
KOPKAMTIB	Comando Operativo para la Restauración de la Seguridad y el Orden
MPLA	Movimiento Popular para la Liberación de Angola
NARA	US National Archives and Records Administration
NU	Nahdlatul Ulama
OIT	Oficina Internacional del Trabajo
OMS	Organización Mundial de la Salud
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PA AA	Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes
PAIGC	Partido Africano para la Independencia de Guinea y de Cabo Verde
Partindo	Partido Indonesio

PII	Asociación Indonesia de Estudiantes Musulmanes
PKI	Partido Comunista de Indonesia
PKK	Partido de Trabajadores Kurdos
PNI	Partido Nacionalista de Indonesia
POW	Prisioneros de guerra
PSI	Partido Socialista de Indonesia
RPKAD	Army Paracommando Regiment
RSHA	Oficina Central de Seguridad del Reich
SOBSI	Partido Laborista de toda Indonesia
SOKSI	Organización Central de los Trabajadores Indonesios Socialistas
SS	Schutzstaffeln (Escuadras de Defensa)
TASS	Agencia para las Comunicaciones Telegráficas y de Noticias (Agencia Soviética de Noticias)
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
UNICEF	Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia
UNROD	United Nations Relief Operation in Dacca
UPI	United Press International
USAID	Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional

Introducción
Sociedades extremadamente violentas

En este libro se sugiere un nuevo enfoque para explicar la violencia en masa. Se intenta explorar lo que ocurre en las sociedades antes, durante y después de periodos de extendido derramamiento de sangre, y se trata de rastrear las raíces sociales de la destrucción humana. El estudio incluye una idea general y una justificación de este nuevo enfoque, examina su potencial en diversos casos y ofrece conclusiones generales acerca de procesos típicos de lo que llamaré «sociedades extremadamente violentas».

La violencia es un hecho de la vida humana. Algunos pueden tener la suficiente fortuna para no experimentarla. Pero ninguna sociedad está libre de violencia, de asesinatos, violaciones o robos. Sin embargo, este libro sólo trata de procesos extraordinarios que implican niveles insólitamente elevados de violencia y brutalidad, por lo cual hablo de sociedades «extremadamente» violentas.

Violencia en masa significa una violencia física generalizada contra no combatientes, es decir, fuera de los enfrentamientos directos entre personal militar o paramilitar.[1] La violencia en masa incluye asesinatos, pero también el destierro o la expulsión forzosa, la hambruna o el subabasto obligado, los trabajos forzados, la violación colectiva, los bombardeos estratégicos y el encarcelamiento excesivo, pues por muchos hilos se conectan todos ellos con el asesinato directo y no se les debe omitir en un análisis.[2] Por *sociedades extremadamente violentas* me refiero a las formaciones en que *varios grupos de población* son víctimas de una violencia física en masa, en la cual, actuando junto con órganos del Estado,

diversos grupos sociales participan por múltiples razones. Dicho simplemente, el surgimiento y el grado de la violencia en masa dependen de apoyos amplios y diversos, pero esto se basa en toda una variedad de motivos e intereses que ocasionan que la violencia se propague en diversas direcciones y variedad de intensidades y formas.

Este fenómeno difiere del que muchos eruditos y observadores ven en la violencia en masa: en pocas palabras, el intento de un Estado por destruir a un grupo de población, en gran parte por una razón particular, a menudo llamado «genocidio».

Para empezar, el problema va más allá del ataque a *un* solo grupo de víctimas. Por ejemplo, bajo la Alemania nazi los judíos fueron seleccionados para las matanzas, así como las personas con discapacidad, los Roma y los Sinti, los adversarios políticos, los prisioneros de guerra soviéticos, los líderes de Polonia (definidos en términos ambiguos), y los habitantes de los campos «sospechosos de ayudar a los guerrilleros»; tal vez 12 millones de extranjeros fueron llevados a Alemania como mano de obra forzada, y millones de habitantes de Europa del Este, griegos y holandeses fueron sumergidos en la hambruna. En el Imperio otomano, durante la primera Guerra Mundial, armenios, griegos, asirios, caldeos y kurdos murieron en reasentamientos forzosos y masacres; también muchos turcos fueron asesinados. Durante el régimen soviético, desde el decenio de 1930 hasta el de 1950 fueron arrestados, proscritos, desplazados o asesinados campesinos acaudalados o personas sospechosas de tener un origen «burgués», personas desarraigadas por la colectivización de la agricultura, adversarios políticos, prisioneros de guerra extranjeros y ciudadanos pertenecientes a ciertas etnias que colectivamente se convirtieron en sospechosas. Aunque el trato dado a estos diversos grupos, así como la época, la duración y la manera de perseguirlos hayan podido diferir, tanto como las cifras y proporciones de mortalidad y su destino ulterior, sugiero que, por muchas razones, sus sufrimientos deben ser

examinados en conjunto. Sería extraño que un estudioso considerara tan sólo la persecución de habitantes de las ciudades, de chinos, de vietnamitas, o de las minorías cham, lao, thai, etc., en Camboya bajo el Khmer Rojo, de manera aislada y no como resultado de un solo proceso o de procesos interrelacionados. Semejante enfoque sería un obstáculo para el análisis.[3] Mientras que otros estudiosos insisten en distinguir estrictamente entre los diferentes fenómenos de la violencia, yo estoy interesado, precisamente, en los eslabones que hay entre sus diferentes formas.[4]

Diversos historiadores han atestiguado la «participación voluntaria, a gran escala y hasta entusiasta» de hombres, fueran funcionarios públicos o no, en masacres.[5] Los teóricos de la guerra, entre ellos Clausewitz, han afirmado que el carácter particularmente destructivo de las guerras se origina en la introducción del elemento de «cruda violencia» por las masas del pueblo, lo que hace a los conflictos armados aún más brutales después de que se inician el reclutamiento en masa y la participación popular en la política. Fue esta participación la que condujo a una «tendencia genocida en la guerra» *per se*.[6] Recientemente se ha planteado el argumento de que la «limpieza étnica» (y a veces «el genocidio») ocurre en condiciones particulares, como una perversión de la democracia en las primeras etapas de la experiencia de un país en la participación política popular.[7] Otros sostienen que, en términos generales, la «democracia nacional puede ser compatible con la guerra y el genocidio».[8] A esto añadiría que es la participación de las masas la que a menudo ofrece a la moderna violencia en masa su horrible ritmo y empuje, y la que hace que se materialice en realidad una política de destrucción.

Cada masacre tiene múltiples causas. Algunos estudiosos del genocidio han concluido que la interacción de toda una gama de factores y de procesos da por resultado una intensificación de la destrucción humana —pero no se ve claro cómo ocurre esto

específicamente—.[9] Si toda una variedad de personas, en números considerables, participa en la organización de la violencia en masa, lo hace por toda una gama de intereses, antecedentes o actitudes. Y sus distintas razones parecen dar más apremio a su empleo de la fuerza. Reducirlo todo a una causa que los unió para participar (causa ideológica, revanchista, «genocidio» económico, etc.) tiene poco sentido si el terrible poder de la violencia brota precisamente de una mezcla de diversos factores. Más prometedor parece preguntarse acerca de la coincidencia de las actitudes y los intereses que los unieron. ¿En qué estuvieron de acuerdo, por cuánto tiempo y con qué diferentes propósitos?[10] Tales preguntas nos permitirán explicar por qué brotó o se intensificó la violencia de masas en ciertos puntos y se redujo o se terminó en otros.

La violencia en masa no puede considerarse como un hecho caprichoso, inexplicable o que ocurre al margen de la historia (como algunos consideran el asesinato de judíos europeos); exige una contextualización más vasta. Al preguntarse qué razones motivaron a tantas personas distintas a participar o apoyar la violencia en masa y por qué diferentes grupos fueron victimados, el enfoque en las sociedades extremadamente violentas intenta colocar la destrucción de seres humanos en el marco de acontecimientos sociales a largo plazo. De hecho, cuando se analiza lo que está ocurriendo en tales países, me parece cada vez menos posible separar netamente causa y efecto. En cambio, debemos analizar todo el proceso social del que la violencia en masa sólo es una parte, las relaciones entre la violencia estructural y la física, entre la violencia directa y los cambios dinámicos de la desigualdad, y entre los grupos sociales y los órganos del Estado. Como historiador, trato de complementar las historias políticas predominantes en esta disciplina con una historia social de la violencia en masa.

Es cierto: para explicar la violencia de masas resulta simplista hacer tan sólo la historia de las políticas del gobierno y de algún régimen infame, como el gobierno nazi que persiguió a los judíos.

Pero aunque una investigación de las sociedades extremadamente violentas presta atención especial al contexto social de la violencia de masas, esto no significa que pueda pasar por alto el papel del Estado. En realidad, tan sólidas son las interrelaciones entre Estado y sociedad que no se les puede interpretar como una dicotomía, con unidades aisladas. Los gobiernos pueden dar órdenes y tratar de manipular al pueblo, pero también inventan o modifican sus políticas de acuerdo con la presión pública y la opinión, según las perciben. «El Estado» es parte de la sociedad y refleja las reglas y normas de ésta, o las de los grupos más poderosos, que luego trata de imponer o de estipular de vuelta, y los funcionarios modernos también son ciudadanos con sus propios programas y juicios, lo que significa que no son simples artefactos que llevan a cabo la política del gobierno tal como fue formulada. En todo caso, espero ser culpable de mantener un fuerte énfasis en las políticas oficiales (que tampoco fueron pasadas por alto en mis obras anteriores). Podrá esperarse este énfasis, además, porque las operaciones del Estado están mejor documentadas en los registros oficiales y otros que suelen emplear los historiadores. La participación popular en la violencia de masas inevitablemente deja menos constancia en papeles.

Al ampliar la visión más allá de las intenciones de los gobiernos, el enfoque de las sociedades extremadamente violentas nos permite estudiar a muchos más actores y tomar en cuenta todas sus intenciones, incluyendo grupos sociales y políticos, funcionarios de diversos ministerios, agencias, etc. Las agendas de actores ajenos al Estado a menudo tienen un gran impacto sobre la determinación de las metas, los momentos y las formas de ataque. En el caso de esta violencia participativa, puede ser difícil achacar *toda* la responsabilidad de la violencia física a una sola autoridad o figura, pero es posible evaluar la contribución de cada grupo. Sea como fuere, atribuir la responsabilidad de la violencia en masa no es un juego de suma cero: si existe participación popular y cooperación

pública en la violencia, esto no disminuye la culpa de funcionarios o de no funcionarios, como lo demostrarán los capítulos sobre Indonesia y la guerra antiguerrillas, y como lo ha demostrado la historiografía sobre la Alemania nazi. Mi enfoque pretende tomar en cuenta todo tipo de actores, del nivel más alto al más bajo, dentro o fuera de todo aparato oficial.

Dicho lo anterior, en este estudio se borra la distinción entre perpetradores, en sentido estricto, y espectadores no afectados.[11] Los capítulos, como el que trata del papel de los incentivos económicos en la matanza de armenios, pondrán en duda el concepto mismo del «perpetrador», porque aquellos cuyos actos difícilmente podrían llamarse asesinatos o siquiera crímenes condujeron, en no escaso grado, a la muerte de armenios. Por lo tanto, emplearé, en cambio, el término más general de «perseguidor».

Si no nos limitamos a los actos de un gobierno en contra de un grupo, también será posible superar la muy criticada división entre la «historia del perpetrador» y la «historia de las víctimas», como en los estudios del Holocausto, que pueden presentar a las víctimas como grupos que, por alguna razón, estaban al margen de la sociedad. Las víctimas y los otros forman parte de un proceso interactivo en el que las primeras no son sólo pasivas o incluso reactivas, sino que buscan apoyo, alianzas o contraataques.

RESULTADOS Y RESTRICCIONES AL ENFOQUE DEL GENOCIDIO

En esta sección explico por qué no considero que el «genocidio» sea un marco útil para explorar algunos de los fenómenos que nos ocupan, y por qué creo que puede ser más fructífero un marco alternativo. «Genocidio» indica un enfoque —una de varias maneras de pensar en la violencia en masa—[12] que hace hincapié específico en la historia de las ideas y de los sistemas políticos.

Un Estado se vuelve contra un grupo de la sociedad que suele definirse étnicamente: ésta es la historia narrada más a menudo en los estudios del genocidio. El enfoque de genocidio se centra en los regímenes propensos a recurrir a actos genocidas, como la Alemania nazi, la Unión Soviética, Ruanda o Camboya. Muchos sostienen que se recurre al genocidio cuando ocurre una crisis del Estado o del gobierno.[13] Los estudiosos del genocidio se concentran en observar cómo es que tales regímenes movilizan la maquinaria burocrática, las fuerzas armadas y sus ciudadanos o súbditos para emprender la violencia, en especial por medio de la manipulación, la propaganda, la legislación y órdenes; cómo un grupo perseguido con base en el concepto de su «otredad» jerárquica queda excluido, discriminado y despojado de sus derechos; se le niega su condición humana o se le declara inmoral y una amenaza para la nación. Se le excluye del «universo de la obligación».[14] Empleando el enfoque del genocidio, muchos estudiosos intentan mostrar qué fundamentos se descubren o se inventan para racionalizar la destrucción de ese grupo (a menudo considerado como algo premeditado), cómo se organizan las masacres y cómo se niega luego la inmoralidad de la matanza, con base en racionalizaciones predeterminadas. Se considera, pues, que el genocidio se originó en el fracaso de un sistema político y judicial, así como de la opinión pública. Los estudiosos del genocidio a menudo intentan aislar un motivo central del exterminio,[15] frecuentemente encontrado en la «ideología» de dicho régimen, casi siempre relacionada con el racismo y más raras veces con el odio de clases o el fanatismo religioso. Vemos, así, que el remedio es obvio: prevenir o derribar semejante régimen o crear un sistema político menos vulnerable, y educar a la población en la necesidad de la tolerancia. El genocidio es un modelo orientado a la acción y diseñado para la condena moral, la prevención, la intervención o el castigo. En otras palabras, el *genocidio* es un concepto normativo, orientado a la acción, creado para la lucha política, pero que para ser

operativo conduce a la simplificación enfocándose en las políticas del gobierno.

En obras más recientes se ha añadido que el surgimiento de las modernas naciones-Estado ha dado por resultado una violencia en masa contra ciertos grupos sociales porque no parecen pertenecer a la cultura de la mayoría, y son sopechosos de deslealtad, lo cual socava la misión de la política estatal que ellos no suscriben. Esto ocurre con frecuencia cuando varios estados han de competir entre sí en un sistema internacional conflictivo; por lo tanto, se dice que el genocidio suele ocurrir en épocas de guerra. Hoy, varios autores sostienen que las naciones-Estado recurrieron por primera vez al genocidio durante la época del colonialismo, sobre todo en el siglo XIX.[16] El brote del racismo biológico se subraya como trasfondo importante de esta intensificación de la violencia. Como ya se dijo, algunos también han afirmado que la época de la política de masas que comenzó a principios del siglo XX ha intensificado —en lugar de minimizar— los riesgos de la violencia extrema, porque los movimientos populistas han tratado de superar o esquivar los problemas políticos por medio de la violencia.[17]

Pero pensar en términos de genocidio significa emplear un marco que limita el análisis. Los estudiosos del genocidio nunca se han puesto de acuerdo sobre lo que en realidad significa *genocidio*. El término se emplea arbitrariamente. Muchos de ellos han quedado insatisfechos con la definición dada por la ONU en su Convención sobre el Genocidio: «actos cometidos con la intención de destruir, por completo o en parte, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal».[18] Desde el decenio de 1970 los sociólogos han ofrecido toda una variedad de definiciones nuevas.[19] Semánticamente, el término *genocidio* significa «asesinato de una tribu». Esto implica que las víctimas del genocidio son miembros de un grupo étnico o racial, lo que parece ser la suposición popular predominante y también la idea que prevalece en la práctica del

estudio. Hasta las diferencias religiosas han sido reinterpretadas como étnicas, por ejemplo en referencia al conflicto (de múltiples motivos) de Bosnia (véase también el capítulo VI). Hablar de genocidio sugiere, pues, una causa particular. Según una interpretación primordial, en los estudios del genocidio la etnia aparece las más de las veces como algo natural y duradero —no histórico, construido y fluido—. En otras palabras, la raza o la etnia suelen ser interpretadas como algo dado, en lugar de ser sometidas a una investigación; un punto de llegada para los estudiosos, en lugar de un punto de partida.[20] Los alemanes odiaban a los judíos, los turcos a los armenios, los hutos a los tutsis, por lo cual los mataban: se atribuye a la etnia una causalidad para la violencia en masa, lo que puede producir un razonamiento circular. Cierto, si el «genocidio» es acerca de la etnia, entonces el «genocidio» es acerca de la etnia. ¿Qué descubriremos con semejante «explicación»?

Los estudiosos del genocidio concuerdan en un aspecto: que la «intención» constituye «genocidio».[21] Esto también puede aplicarse a la Convención sobre el Genocidio de la ONU y a Raphael Lemkin, padre fundador de este enfoque.[22] El hincapié en la «política»[23] ha conducido a enfocar al Estado en los estudios del genocidio,[24] pues es al Estado al que se le atribuye la «intención», y es el que inventa la política. Resulta característica la siguiente lógica circular: «El genocidio es básicamente un crimen del Estado y empíricamente no ha sido cierto que aparezca sin intención»[25] (lo que se basa, desde luego, en la premisa de que cada acto de violencia o de sufrimiento infligido sin intención queda definido como ajeno al «genocidio»). Como resultado, los estudios de genocidio han tendido a construir un actor monolítico, salido del pueblo (funcionarios y otros), lo que a mí me parece tener intenciones contradictorias. El enfoque en el régimen del gobierno y en la intención del Estado dificulta analizar los procesos particulares en acción en las sociedades. De un estudioso que desee probar «la intención» del «genocidio» bien

puede esperarse que considere las fases posteriores como simples aplicaciones de una planeación premeditada, y que se muestre menos interesado en las enormes diferencias que hay entre ideas o intenciones destructivas y el verdadero resultado en términos de violencia.[26] Esto puede causar que no se considere o que se menosprecie la contribución popular a la génesis de la violencia en masa, que es escencial para el enfoque de las sociedades extremadamente violentas que exploramos en este libro.

El mayor problema de los estudios del genocidio es su falta de un fundamento empírico. Esta falla se manifiesta en cada conferencia sobre el genocidio. Puede deberse, en parte, al enfoque reduccionista en el genocidio, con su obsesión por «probar» el «genocidio» (como sea que se le defina) y, por lo tanto, la «intención» oficial. También puede tener que ver con el alto nivel de abstracción que puede verse en la obra de los politólogos y sociólogos que han ocupado un alto puesto en este campo. Cualquier progreso que se haya hecho sobre el tema durante los últimos 15 años ha sido resultado de un trabajo empírico. Sin embargo, para una descripción más densa que ayude a superar las percepciones preconcebidas de incidentes de violencia de masas, resulta indispensable trabajar con un amplio archivo de documentos originales, así como con fuentes secundarias. El enfoque en las sociedades extremadamente violentas se deriva de una observación empírica y se creó con fines analíticos. Se trata de un nuevo modo de pensar en la violencia en masa (por lo que yo lo llamo un enfoque). Significa plantear nuevas preguntas. Su valor (o su inutilidad) quedará demostrado por los avances analíticos que impulse. Por consiguiente, serán esenciales para este análisis los estudios de casos empíricos sobre una base amplia.

El enfoque sobre el genocidio, orientado como está hacia el Estado —aunque haya hecho importantes contribuciones— tan sólo capta algunas de las causas y desarrollos relevantes respecto a la violencia en masa. Este libro plantea un hincapié distinto: se

concentra en los procesos en las sociedades implicadas, sin pasar por alto, empero, la acción de los gobiernos.

LOS ENFOQUES EXISTENTES SOBRE LOS ORÍGENES SOCIALES DEL «GENOCIDIO»

Aunque la mayor parte de las obras y los estudios sobre el genocidio se centran en el Estado, también se ha sugerido un buen número de maneras de enfocar más las raíces sociales del «genocidio». Roger W. Smith propone estudiar las «sociedades genocidas» incluyendo una vasta gama de temas, tales como la relación entre el genocidio y los sistemas económicos, los estímulos religiosos, las diferencias entre los géneros y la participación de las generaciones más jóvenes, así como los efectos del genocidio sobre las estructuras política, económica y social de un país, además de indagar si se recuperan las sociedades genocidas y cómo lo hacen.[27] Michael Dobkowski e Isidor Wallimann han llamado a investigar «la historia y la naturaleza de las sociedades que originan muertes en masa como creaciones humanas y, por lo tanto, influenciables», así como las «circunstancias sociales, económicas y políticas que hacen posible dar muerte en masa».[28] Tomando algunos de los primeros conceptos de Marx, Tony Barta propuso examinar la violencia en masa mediante «relaciones genocidas» objetivas, dictadas por conflictos de intereses entre grupos sociales, y no a través de «políticas», «intenciones y acciones de individuos». Apoya su caso en un bosquejo de las relaciones entre colonos blancos y aborígenes australianos en el siglo XIX.[29] Daniel Feierstein trata de comprender el exterminio en masa como una «práctica social», como un modo específico de destrucción y reconfiguración (patrocinadas por el gobierno) de las relaciones sociales, que da lugar a la formación de nuevas identidades y principios de valor, por ejemplo: dificultando lo que él llama prácticas de solidaridad, cooperación o autonomía.[30] Empero, su concepción de unas relaciones sociales cambiantes

enfoca directamente el destino y el entorno de sólo un grupo víctima, y su abstracta manera de argüir le permite también dejar de lado los contextos sociales más generales y dinámicas sociales de más largo plazo.[31]

Ninguno de estos autores ha puesto a prueba empíricamente sus enfoques. Algunos que han avanzado en este sentido han mantenido, en la práctica, un hincapié en las políticas de los gobiernos. Mark Levene ha sugerido un enfoque geográfico que incluya la interacción entre varios grupos durante periodos más prolongados en una «zona de genocidio», pero se concentró en el gobierno estatal sobre semejante territorio y en la relación entre el Estado y los ciudadanos.[32] Una contradicción similar aparece en la obra de Frank Bajohr, quien subraya la necesidad de «comprender el régimen nazi no como una dictadura impuesta de arriba abajo, sino como una práctica social en la que la sociedad alemana desempeñó su parte de muchas maneras».[33] Y aun cuando Bajohr promete explorar «una variedad de acciones y comportamientos de la sociedad», en realidad se concentra en unas supuestas reacciones populares a la política oficial contra los judíos.[34] Leo Kuper nos ha ofrecido el capítulo de un libro sobre la «Estructura social y el genocidio», pero limitó notablemente su contenido a un análisis del colonialismo y sus consecuencias.[35]

FUENTES

Mi insistencia en la labor empírica me exige hacer algunas observaciones acerca de las fuentes utilizadas para este volumen. En tres de los cinco casos estudiados, son casi inaccesibles algunos registros oficiales. Este problema es más agudo para Indonesia, pero también se aplica al Pakistán Oriental/Bangladesh (a saber, para registros militares indonesios y pakistaníes). El acceso a los archivos turcos se ha facilitado de manera gradual en los años recientes, pero

las autorizaciones para consultarlos son volubles, pocos registros están a disposición de los investigadores, y a algunos estudiosos se les permite ver más que a otros.[36] Se han publicado unos cuantos documentos otomanos. De manera extraña, los archivos de Siria y de Irak no se han utilizado en las investigaciones recientes.

Dado lo inaccesible de los archivos otomanos, la investigación del exterminio de armenios se ha fundamentado en tres pilares: los registros de diplomáticos extranjeros, los informes de sobrevivientes y los materiales de misioneros extranjeros, que han permitido formar una imagen relativamente rica y detallada en comparación con los casos de Indonesia y Bangladesh.[37] El conocimiento de las matanzas de 1965-1966 en Indonesia se ha basado en un grupo de fuentes de bajísima calidad, que incluyen mucha información de tercera mano, muchos relatos de periodistas, «confesiones» manipuladas de funcionarios torturados del PKI (Partido Comunista de Indonesia) y oficiales del ejército, así como testimonios anecdóticos. Casi no se dispone de informes de misioneros ni de quienes excepcionalmente sobrevivieron (aunque algunos se han publicado recientemente), y los que existen fueron afectados a menudo por represiones sociales y políticas. Dejando aparte las implicaciones legales y la censura, todavía hoy existe un gran apoyo popular a los asesinos de 1965, dando por resultado que muchos sobrevivientes afirmen que ellos y otras víctimas no tuvieron nada que ver, o casi nada, con actividades comunistas.[38] Y los testigos se muestran muy renuentes a hablar sobre el tema.

En estas circunstancias, los registros de diplomáticos extranjeros y de otros observadores pueden ser sumamente valiosos para la reconstrucción de los hechos ocurridos en un país, aunque hasta ahora se les ha empleado sólo rara vez en lo tocante a Indonesia y Bangladesh.[39] En mis capítulos acerca de estos dos países hago uso de constancias de los Estados Unidos, Australia y las Alemanias Occidental y Oriental.[40] En el caso otomano, mi material incluye

correspondencia de diplomáticos estadunidenses, alemanes y austrohúngaros. Para Bangladesh también conté con una cantidad considerable de relatos de periodistas, algunas memorias de misioneros estadunidenses y actas inéditas de diversas dependencias de la ONU y de Oxfam.

Debo reconocer las limitaciones de estos documentos. Como todas las fuentes, tienen sus tendencias y sólo permiten una investigación empírica de profundidad media, lo que hace casi imposibles los estudios regionales o locales y dificulta la reconstrucción de la toma de decisiones. Los diplomáticos (y los periodistas) eran ajenos a la sociedad —lo cual es especialmente importante en una cultura tan reservada como la de Indonesia—, y residían en unas pocas ciudades importantes, en las que estaban situadas las embajadas o los consulados. Para diplomáticos y periodistas viajar era difícil, aunque no imposible; los cables telegráficos de corresponsales extranjeros eran censurados (algunos trataron de evitar esto empleando los canales diplomáticos); el número del personal diplomático estaba limitado, así como su acceso a documentos oficiales.[41] Dependían de ciertos grupos de informadores locales. Los extranjeros blancos sufrían de sentimientos chauvinistas de superioridad, sobre una base cultural, racista o religiosa, lo cual pudo hacer que presentaran la cultura local como particularmente bárbara o sanguinaria. Hasta cierto punto, los diplomáticos también eran actores en sus respectivas situaciones, con intereses claramente definidos que debemos tener en cuenta, aunque éstos no constituyan el centro de este estudio. Es labor de los diplomáticos recabar información y pintar un cuadro claro de los acontecimientos políticos en los países anfitriones. Sus perspectivas imperialistas, en un sentido lato, a veces nos ofrecen desde fuera opiniones moderadas, de una cultura extranjera, pero también reflejan una comprensión limitada de esa cultura y, por ambas razones, todo historiador que se valga de ellas puede tener problemas con las narraciones prevalecientes de las historias

nacionales (véase el capítulo VI). Sea como fuere, aunque en el futuro un trabajo extensivo con los registros del gobierno en su idioma y con otros materiales (una vez que sean accesibles) aumentará enormemente mis descubrimientos, y sin duda me obligará a hacer correcciones parciales, trataré de hacer una aportación, también en el nivel de los hechos, con base en la investigación que es posible en la actualidad.

Otros dos estudios de caso se remiten tan sólo a materiales publicados. Aun cuando este autor puede afirmar que conoce bien mucho material de archivos de la Alemania nazi, la situación es diferente para mi capítulo sobre la guerra contra las guerrillas, que trata de cerca de 20 países a lo largo de varias décadas. Allí, dependo (excepto, una vez más, en Alemania) de investigaciones publicadas para estudiar mecanismos muy específicos de la operación del Estado y la respuesta social a la transformación violenta de zonas rurales marginadas por reasentamientos en masa, formación de milicias y «desarrollo» forzoso. Por medio de esta comparación, en gran parte generalizada, trato de ofrecer atisbos de notables similitudes internacionales y de nexos, pero también de variaciones.

La investigación existente y otros relatos de los hechos analizados en este libro están dominados por narraciones nacionalistas en competencia. A menudo tienen un cariz propagandista, pero esto no me basta para descartar los hechos presentados en una fuente. Desde luego, es esencial emplear las fuentes secundarias desde diferentes puntos de vista políticos y culturales, una variedad de tradiciones académicas y lenguajes y enfoques múltiples. Dejando aparte la habitual validación de la veracidad de la información, los testimonios pueden ser de especial valor si son autoincriminadores, o si confirman hechos que van en contra de los aparentes intereses del autor o proceden de observadores independientes que no participaron en los hechos.

Muchos estudiosos del genocidio han observado, en términos generales, que la violencia en masa ocurre durante una crisis no sólo de un Estado o régimen, sino más generalmente, de la sociedad.[42] En un sentido lato, una crisis ha sido descrita por un economista como una fase intermedia de transición y de disturbio en la cual las estructuras se vuelven fluidas y se presenta una pérdida de transparencia y previsibilidad, cuando una nueva orientación se hace necesaria para las personas, pero la información es contradictoria y difícil de evaluar, y en la que el sistema político está bajo presión. Lo que se pierde en tales situaciones es la confianza en las reglas que gobiernan la interacción social.[43] La intención de este libro es describir más específicamente los procesos que implica una crisis de la sociedad, cómo se alimenta de la violencia y cómo la violencia en masa se relaciona con condiciones y cambios sociales a largo plazo. Las sociedades no son intrínseca ni inevitablemente violentas: se vuelven extremadamente violentas en un proceso temporal. Esto puede ocurrir en sociedades capitalistas o socialistas, en estas últimas en conexión con presiones del sistema capitalista internacional.[44] Una violencia indirecta y estructural se transforma en toda una variedad de usos de fuerza bruta directa: ya sea por radicalización bajo presión; por la diversidad de presiones y agresión para impedir que estallen otros conflictos, o por una contraviolencia de las anteriores víctimas (que, según se dice, se hace para prevenir otra violencia más grave). Una percepción de la crisis social también ayuda a explicar por qué el empleo de la violencia es, con tanta frecuencia, no sólo cuestión del Estado —por ejemplo de sus funcionarios—.

Este libro no pretende ofrecer una historia completa de las sociedades extremadamente violentas a través del espacio y del tiempo. Tampoco se propone cubrir la génesis histórica del fenómeno. No utiliza el enfoque de las sociedades extremadamente

violentas como fundamento, pero pone a prueba su potencial de muy diversas maneras; para hacer esto, cada capítulo analiza diferentes problemas específicos de investigación, en lugar de centrarse en cuestiones uniformes y adherirse a una estructura común. Como resultado, el libro no intenta hacer una comparación sistemática entre los países analizados en los diversos capítulos, aunque sí permite sacar ciertas conclusiones generales que se presentan en el capítulo VI. Tampoco abarca todos los usos posibles del enfoque. Por ejemplo, procesos intersociales que podrían ser analizados mediante mi enfoque casi no aparecen en este libro. Sin embargo, todos los capítulos analizan a los perseguidores oficiales y no oficiales; casi todos ellos tratan de los diversos grupos en cuestión y sus respuestas, y todos con un contexto social y político más general.

El primer grupo de los siguientes estudios de casos trata del carácter participativo de la violencia en masa. ¿Por qué tantos y tan variados grupos de personas toman parte en la violencia, y cuáles son las consecuencias para sus víctimas? El capítulo I presenta la masacre de supuestos comunistas y de otros en Indonesia en 1965-1966 como si se basara en una coalición para la violencia que se originó en una conjunción de intereses debida a toda una gama de conflictos sociales; una alianza muy general, diversa e inestable, a corto plazo, que ayuda a explicar el horrible brote de violencia. Este capítulo es el más extenso del volumen, y también analiza toda una variedad de grupos de víctimas, sus estrategias para la supervivencia, los límites a la violencia y la dimensión internacional. El capítulo II es más limitado. Rastrea los efectos de una serie de motivaciones (cuestiones económicas) para la participación de las masas en el acoso a un grupo (los armenios) en el Imperio otomano durante la primera Guerra Mundial. La codicia, el afán de un ascenso social, la miseria relacionada con la guerra y la desesperación explican, en no escaso grado, la participación de las masas al atacar a los armenios (y a otras minorías intermedias en la historia) en muchas formas, desde las confiscaciones gubernamentales hasta los sádicos robos y el

«comercio» de extorsión, desde la esclavización hasta la cariñosa adopción de menores.

El segundo grupo de estudios analiza la crisis social por la que pasa una sociedad extremadamente violenta. Plantea cuestiones en plazos aún más largos acerca de la relación del cambio social y la violencia, incluyendo los fenómenos de movilidad geografíca y social y el impacto a largo plazo de la violencia. El capítulo III describe el camino seguido desde un conflicto político entre élites por el Pakistán Oriental/Bangladesh hasta una crisis social general que ocasionó la violencia en masa, que activa y pasivamente incluyó a grupos enormes, especialmente en 1971, aunque su duración fue mayor. En este estudio también se investiga la relación entre la violencia directa y la estructural conforme se establecen nexos entre matanzas, expulsiones, y las hambrunas de 1971-1972 y 1974-1975. En el capítulo IV se analizaron las estrategias gubernamentales para imponer maneras específicas de transformación social combatiendo a las guerrillas en zonas rurales marginadas mediante vastos desplazamientos obligados de población y la formación de milicias, y cómo este proceso en espiral quedó fuera de control en casi 20 países, desde el decenio de 1930 hasta el de 1990. El capítulo V trata de explorar lo que los destinos comunes de los diferentes grupos de víctimas de la Alemania nazi pueden añadir a nuestra comprensión de la violencia. Por ejemplo, investigo la experiencia de un país: la Grecia ocupada. ¿Cómo estuvieron relacionados la hambruna de 1941-1942, el asesinato de judíos, la sangrienta guerra contra las guerrillas y diversas expulsiones y traslados, entre sí y con una crisis en la sociedad griega? ¿Y qué conectó los conflictos de la época de guerra con el largo reguero de violencia, desde el decenio de 1910 hasta el de 1970? En los dos últimos capítulos analizo el papel de las narraciones nacionalistas en la comprensión pública de la violencia en masa y pongo de relieve algunas pautas generales de lo que está ocurriendo en las sociedades violentas en extremo.

PRIMERA PARTE
Violencia participativa

I. Una coalición para la violencia
La masacre en Indonesia, 1965-1966

En el distrito Kumingan de Yakarta, un gigantesco par de números 6 de acero se yergue amenazante entre altos edificios.[1] El número 66 en brillante metal parece indicar progreso y modernidad, pero en realidad es un monumento a una masacre. Celebra a quienes declararon ser la «Generación de 1966» en aquel año: estudiantes universitarios y otros jóvenes que ayudaron a derrocar el régimen de Sukarno, el «antiguo orden», y lo hicieron ayudando a «aplastar» a la izquierda política, y asesinando al menos a 500 000 personas en 1965-1966.

«Jóvenes de la ciudad» fue tan sólo uno de los grupos que se unieron para cometer estos asesinatos. Este capítulo gira en torno a la participación de las masas en la violencia y examina de qué maneras se basó en múltiples motivos: ambas son características importantes de una sociedad extremadamente violenta, que dio lugar a una diversa coalición para la violencia en Indonesia. La naturaleza de esta coalición sirve para explicar por qué la violencia fue tan tempestuosa, por qué se difundió contra grupos aparte de los izquierdistas (otro rasgo de una sociedad extremadamente violenta), y también por qué adoptó diferentes formas e intensidades y dónde tuvo sus límites. Esta cuestión es importante porque la mayoría de los izquierdistas sobrevivió. Además, el capítulo analiza en qué marcos organizacionales tuvieron lugar las actividades de actores no estatales, cómo las acciones de grupos políticos o de las multitudes se relacionaron con una enérgica política gubernamental de persecución, y cómo la polarización política entre los ciudadanos se

relacionó con el cambio social a largo plazo. De este modo intentamos integrar la historia política y social de la violencia de masas.

En 1965 Indonesia era una república con partidos múltiples, bajo un presidente nacionalista de izquierda, con estructuras autoritarias y una política coercitiva de consenso («democracia dirigida») con base en las ideologías estatales de *nasakom* y *pancasila*. *Nasakom* significa armonizar los tres principios (y principales corrientes políticas del país) de nacionalismo, religión monoteísta y comunismo; *pancasila* significaba cinco principios a menudo laxamente interpretados, con base en la constitución de Indonesia: la fe en un dios, la unidad nacional, la democracia, el humanitarismo internacional y la justicia social. La Indonesia capitalista se enfrentó a una crisis económica. En lo internacional, se hallaba inmersa en un conflicto militar de escasa importancia (llamado *Konfrotasi* o confrontación) contra Malasia y Gran Bretaña, y se había ganado la mala voluntad de casi todos los países capitalistas. Desde la ocupación japonesa de 1942, a través de la guerra de independencia, las rebeliones regionales suprimidas, la rebelión comunista Madiun y los levantamientos pro islámicos, y después de la insurgencia izquierdista de 1966, la ocupación de Timor Oriental, décadas de combatir los movimientos de independencia en Aceh y en Nueva Guinea, y las diversas oleadas de violencia de 1996 a 2000, Indonesia ha pasado por varias formas de violencia en masa casi sin interrupción. En marzo de 1965 esto había movido al comandante de las fuerzas armadas, el general Achmad Yani, a observar: «Desde 1940 Indonesia nunca ha conocido una paz verdadera», y a Freek Colombijn y Thomas Lindblat a comenzar su volumen del año 2002 con esta sencilla frase: «Indonesia es un país violento».[2] Este capítulo está dedicado al más dramático de esta larga serie de acontecimientos destructivos.

El 1º de octubre de 1965 el «Movimiento 30 de Septiembre», de oficiales leales al presidente izquierdista-nacionalista Sukarno,

organizó un golpe de Estado en la capital Yakarta, secuestró y asesinó a seis de los generales de más alta graduación de las fuerzas armadas, entre ellos a Yani, y declaró derrocado al gobierno. Nasution, ministro de Defensa, escapó herido. Los rebeldes, informados de insólitas concentraciones de tropas en torno de Yakarta, afirmaron haberse adelantado a un golpe derechista de un «Consejo de Generales» (llamados los «cerebros» de Yani por diplomáticos estadunidenses),[3] cuya existencia sería negada después en Indonesia. En 48 horas, tropas a las órdenes del hasta entonces poco conocido general de división Suharto, jefe del Comando de la Reserva Estratégica del Ejército, aplastaron la rebelión, inicialmente sin gran derramamiento de sangre.[4] Investigaciones controvertidas, que duran hasta la fecha, han revelado que políticos importantes habían tenido conocimiento previo del golpe: varios dirigentes del Partido Comunista de Indonesia (PKI), entre ellos su presidente, Dipa Nusantara Aidit,[5] el comando de la fuerza aérea, partes de la división territorial javanesa de Diponegoro, el general Suharto y probablemente Sukarno. En una atmósfera política sumamente cargada, podía preverse ya un choque y había señales de que oficiales derechistas estaban preparándose para responder a un potencial golpe de la izquierda, incluso en una reunión de alto nivel, celebrada el 30 de septiembre.[6] Y, sin embargo, todas las teorías acerca de diversos intrigantes y de golpes supuestamente avanzados no han podido comprobarse, y dejan la impresión de que nadie tenía un plan verdaderamente claro.[7] El intento de adivinar quiénes estaban tras el golpe ha desviado los debates acerca de la violencia que le siguió, especialmente dentro de Indonesia. Sea como fuere, aunque el PKI se mantuvo pasivo y al principio sólo apoyó verbalmente a los rebeldes,[8] sin que ni siquiera los principales jefes (ya no digamos sus miembros ordinarios) tuviesen conocimiento previo del golpe, el ejército y diversos partidos políticos y organizaciones achacaron la rebelión a los comunistas. Comenzaron a ser arrestados en masa a

principios de octubre de 1965, asesinados a gran escala a mediados de octubre por toda Java, sobre todo en Sumatra, y desde mediados de noviembre de 1965 también en Bali, donde el baño de sangre sería más atroz. El 11 de marzo de 1966 Sukarno entregó el poder de facto a Suharto, quien al día siguiente proscribió al PKI.

Por muchas razones esta matanza fue el fundamento del «Nuevo Orden», una dictadura militar apenas disimulada, que predicaba la unidad nacional, el «desarrollo» económico y la armonía social. Aun cuando el «Nuevo Orden» desapareció en 1998, esos asesinatos en masa aún son aprobados por el pueblo y agresivamente defendidos por muchos indonesios. Después de todo, afirman, fue el soberano, el pueblo, el que se levantó enfurecido contra los comunistas y ejerció una forma legítima de violencia.[9] Helen Fein quedó asombrada por la «falta de una negativa, o de vergüenza» de un gobierno (y de una sociedad) que franca y públicamente reconocía haber dado muerte a entre medio millón y un millón de personas.[10] Allí, a muchos asesinos les gustaba describir con todo detalle los homicidios, lo que resulta insólito si lo comparamos con otros países.[11] Con un fino eufemismo australiano, Robert Cribb ha comentado la suposición de que quienes perpetraron tales atrocidades padecían un bloqueo mental: «Los asesinos en masa indonesios [...] han dado pocas pruebas de sentir esta particular dificultad moral».[12]

Lo que destruyeron fue el mayor movimiento comunista jamás habido en un país capitalista, verbalmente radical pero reformista en sustancia. En agosto de 1965 el Partido Comunista de Indonesia (PKI) afirmó contar con 3.5 millones de miembros y con cerca de 15 millones en diversas organizaciones de masas relacionadas con el partido, a saber: el Frente Campesino Indonesio (BTI) con nueve millones, el Sindicato Panindonesio (SOBSI) con 3.5 millones (que organizaba a más de la mitad de los trabajadores sindicados de Indonesia), y el Pemuda Rakjat (Juventud Popular) y el Gerwani, con tres millones cada uno.[13] Los miembros de estas organizaciones eran

de muy diversos orígenes sociales: cerca de 20% eran mujeres, una minoría eran obreros urbanos, vendedores al menudeo y conductores de carritos de dos ruedas, muchos eran peones de plantaciones, ocupantes de predios, aparceros y pequeños granjeros, pero también profesores, artistas y algunos granjeros ricos: 60% del total residía en el campo (por lo que algunos lo llamaron «movimiento de la pequeña burguesía»).[14] En las elecciones de 1957 para cargos locales, el PKI, que era más débil en las islas exteriores, había ganado 27.4% de los votos en Java, donde vivía más de la mitad de los indonesios, y más de 50% en algunas regiones del centro y del este de Java.[15]

Los asesinos eran igualmente diversos. Las víctimas variaban enormemente en número por regiones, y fueron asesinadas por una multitud de razones. Hubo nexos entre estos tres hechos. Como dicen Robert Cribb y Colin Brown:

> En Aceh, los seguidores del partido eran odiados, como infieles, por la comunidad musulmana local; en el norte de Sumatra eran odiados por secciones de la comunidad indígena batak por promover los intereses de los colonos javaneses que trabajaban en las plantaciones del Estado [...] En las ciudades del archipiélago, muchos chinos cayeron víctimas de la directa asociación del PKI con la República Popular de China. En Bali, el PKI había atacado la práctica del hinduismo [...] En los campos del centro y el este de Java [...] la promoción de la reforma agraria por el PKI le valió enconados enemigos, pero allí era especialmente detestado por los musulmanes ortodoxos tradicionales.[16]

En Timor Occidental «el partido parecía ser todo para toda la gente», aborrecido por medidas antifeudales o por establecer la antigua autoridad, apoyando a cristianos, animistas o musulmanes, tanto campesinos analfabetos como profesores universitarios.[17]

En cuestión de política de partido —dejando aparte a los militares, o sea a las tropas del ejército—, ante todo, el Nahdlatul Ulama (NU), partido islámico ortodoxo, y el ala derecha del Partido Nacionalista de Indonesia (PNI), especialmente sus grupos juveniles, pero también otros, pidieron, organizaron y cometieron incontables

asesinatos, mientras que el presidente Sukarno, muchos ministros del gabinete, algunas unidades militares y gobernadores de las provincias seguían oponiéndose a la matanza. La participación fue muy difundida y diversa, pero no universal. Dos líneas de interpretación tratan de explicar esta violencia: las versiones izquierdistas-liberales subrayan el papel de los militares, las organizaciones centralizadas y la manipulación de las masas, mientras que las versiones de los derechistas —incluso partidarios del régimen de Suharto— han subrayado que el pueblo, junto con las fuerzas armadas (un tanto disimuladamente) mataron comunistas movidos por justa ira debida a las infamias cometidas por los comunistas, o como frenética reacción a tensiones políticas y sociales. En contraste, en este capítulo yo sostengo, en armonía con el enfoque sobre las sociedades extremadamente violentas, que la violencia militar y la popular pueden comprenderse mejor por su interacción.

Mientras no se disponga de las actas militares indonesias, sólo será posible hacer cálculos vagos acerca del número de los asesinatos cometidos durante la violencia de 1965-1966. Además, se requerirá un análisis sistemático de los documentos de autoridades locales y civiles, ya que los registros militares tan sólo cubrieron la parte más organizada de la matanza. Las actuales ideas acerca de la dimensión de la masacre se fundamentan en información dispersa y de muy baja calidad. La cifra más frecuentemente citada es de 500 000 muertos, que fue adoptada por el régimen de Suharto desde el decenio de 1970.[18] Esto indica una enorme magnitud y rapidez, ya que la gran mayoría de los asesinatos ocurrió en sólo tres meses, de mediados de octubre de 1965 a mediados de enero de 1966. Se hicieron dos intentos oficiales de contar el número de víctimas. Una Comisión de Investigación de los Hechos, enviada por el presidente Sukarno en diciembre de 1965 y enero de 1966 a Java, Bali y Sumatra fijó la cifra en 78 500, que obviamente es demasiado baja y está viciada por el intento de la comisión por aplacar a Sukarno y por la

obstrucción que hicieron autoridades militares.[19] Un grupo de cerca de 100 estudiantes universitarios y graduados de Yakarta y Bandung, encargado por Suharto en 1966, informó confidencialmente que había muerto casi un millón de personas: 800 000 en Java, 100 000 en Sumatra, y otras tantas en Bali. Tal vez esta cifra fuese inflada en un esfuerzo por intimidar a la izquierda política; los hallazgos básicos del informe fueron publicados en la prensa nacional.[20] Notablemente, en ese entonces representantes de los países capitalistas repitieron a menudo, con una redacción ligeramente variada, que la verdadera cifra «nunca se conocería», incluso antes de que hubiese comenzado lo peor de la matanza.[21]

Los relatos regionales de los asesinatos parecen implicar un número de víctimas mayor a medio millón. Por ejemplo, el cónsul británico en Medan calculó que 200 000 personas habían muerto tan sólo en Sumatra, la mitad de ellas en asesinatos «oficiales» y la mitad en asesinatos no registrados, «extraoficiales». En Java Oriental, una organización de ayuda internacional contó 400 000 huérfanos.[22] El jefe de policía de Solo, en Java Central, afirmó que habían sido asesinadas 20 000 personas, o sea 4.4% de la población, corrigiendo así la cifra oficial de 11 000. Esto puede compararse con índices de muerte calculados en cerca de 1% en Kediri y 0.5% en las zonas de Jombang en el este de Java.[23] La CIA citó anteriores cálculos de 150 000 muertos en Java Central.[24] Además, fuentes competentes han citado una cifra elevada, a veces hasta de un millón. El periodista Stanley Karnow, del *Washington Post*, de gira en abril de 1966, entrevistando a comandantes locales, policías, jefes de aldea y médicos de hospitales dijo que al menos había perdido la vida medio millón de personas. El embajador de Suecia, después de viajar por Java a comienzos de 1966 y de hablar con numerosos funcionarios locales, además de intervenir líneas telefónicas del gobierno (el servicio telefónico de Indonesia estaba a cargo de la compañía sueca Ericsson), afirmó sombríamente que, según informes divergentes,

una cifra de 300 000 muertos era «peligrosamente baja» y que hasta una de 400 000 era «demasiado conservadora», «totalmente increíble» y «una muy grave subestimación». John Stockwell, agente de la CIA, afirmó que el número de víctimas fue de 800 000. El general de división Ibrahim Adjie, comandante de la división territorial Siliwangi, del oeste de Java, dijo al agregado militar australiano, sin que se le presionara, que habían sido asesinados dos millones de personas. Se dice que el ex comandante de los escuadrones de la muerte del RPKAD, Sarwo Edhie, se jactó, o confesó más adelante, que habían sido asesinados de dos a tres millones de personas.[25] Muchos más habían muerto como «resultado indirecto de la violencia, por la dispersión de la familia y de las relaciones comunitarias», especialmente niños y ancianos ya desamparados después de la hambruna de 1963-1964.[26] Además, sin hacer caso a muchos datos oficiales contradictorios acerca de las personas detenidas, después fueron registrados con vida cerca de 1.8 millones de *ex-tapols* (ex presos políticos).[27]

EL PAPEL DE LOS MILITARES

Antes de que enfoquemos el papel de actores ajenos al Estado en los asesinatos en masa, será necesario precisar el impacto de las fuerzas centrales del gobierno, los militares, así como los límites de su influencia. Sin las fuerzas armadas indonesias, los asesinatos de 1965-1966 no habrían podido ocurrir a la misma escala ni lejanamente. Los militares confirmaron su intención declarada de destruir al PKI mediante una intensa propaganda calumniosa, efectuaron arrestos en masa y no pocos asesinatos, comenzaron la violencia en el occidente de Yakarta y en el centro de Java, así como en el norte de Sumatra, intensificaron la purga de instituciones, organismos y empresas oficiales, celebraron juicios públicos y

alentaron, entrenaron y armaron a la derecha política para denunciar, capturar o asesinar izquierdistas.

La respuesta de los militares al golpe del 1º de octubre de 1965 se lanzó, desde el principio, en interacción con el público. En 48 horas el *putsch* [golpe de Estado] fue sofocado en la capital, mientras que en el centro de Java esto no se logró hasta el 4 de octubre. La recuperación de los cadáveres de los generales asesinados, en Lubang Buaya, en la Base Militar Aérea de Halim, el 4 de octubre, presentada como un acontecimiento en la televisión y la radio, incluyendo por la tarde un discurso del general Suharto transmitido por radio, fue el principio de una feroz campaña de propaganda anticomunista. El periódico del ejército *Berita Yudha* la presentó el mismo día. A pesar de las pruebas contrarias, Suharto declaró que los generales habían sido atrozmente torturados y que les habían mutilado los genitales (como también lo afirmaron mujeres Gerwani que habían bailado desnudas para los miembros comunistas de la Juventud Popular, y que estuvieron presentes).[28] El riesgo de esta mentira consciente —cuando Suharto recibió un informe de la autopsia, de manos de un grupo de médicos militares, atemorizados pero minuciosos, que excluía las mutilaciones—[29] sólo tendría sentido si el ejército ya se hubiera lanzado a destruir al PKI. De hecho, informó la CIA, sin ningún comentario, que el 5 de octubre el ejército había «tomado la decisión de "aplicar los planes para aplastar [al] PKI"».[30] Los siguientes pasos fueron los funerales solemnes de los generales asesinados el 5 de octubre, con un discurso de Nasution y, el 8 de octubre, una gran manifestación del multipartidista KAP-Gestapu, que terminó con el incendio de la sede del PKI. Aunque recibió menos publicidad, el primer atentado contra los edificios del PKI había ocurrido en Yogyakarta el 5 de octubre. Dos días después se había inventado el acrónimo despectivo Gestapu, para aplicárselo al Movimiento 30 de Septiembre.[31]

Suharto continuó subrayando la importancia de que el ejército estuviese «influyendo sobre la opinión pública y valiéndose de todos los medios de información».[32] Esto fue parte de un esfuerzo por conquistar una hegemonía moral. Una estrategia similar fue adoptada por el importantísimo cuerpo de paracaidistas del ejército durante la campaña de asesinatos del RPKAD en el centro de Java, donde fueron organizadas unidades civiles-militares de propaganda y donde pronto empezaron las ejecuciones, a veces combinadas con tortura. Como lo recordó un asistente del comandante: «Esto le dio confianza al pueblo. Ya no hubo miedo de asesinar». Sarwo Edhie, comandante del RPKAD, subrayó la necesidad de la movilización por medio de propaganda, hizo varias declaraciones a la prensa durante su cruzada y hasta invitó a periodistas extranjeros, así como a fotógrafos seleccionados de la prensa local, para «cubrir» sus operaciones. A los últimos no se les permitió tomar fotografías en el momento de los asesinatos, pero sí pudieron publicar imágenes de los muertos, mientras no se mostraran sus rostros, lo que culminó en una exposición especial en Yogyakarta en 1967.[33] En el este de Java, al parecer los partidos políticos habían organizado estructuras de propaganda coordinadas, independientes de los militares.[34]

En la campaña de propaganda solía hablarse de planes de los comunistas para matar a millares de sus adversarios por todo el país después de un golpe de Estado, para lo cual tenían preparadas listas y hasta tumbas de masas.[35] Se inventaron relatos de crímenes de miembros del PKI; los comunistas fueron acusados, sin base alguna, de haber asesinado a «cientos de miles de patriotas» durante la rebelión de Madiun de 1948, cuando el PKI, provocado por cientos de asesinatos de comunistas, había lanzado una insurrección del lado de Indonesia durante la guerra de independencia; el levantamiento había sido sofocado, y murieron hasta 30 000 sospechosos de comunistas.[36] Se pintó al comunismo como una ideología ajena a la sociedad indonesia, y al PKI como agente de China, aprovechando así

el sentimiento antichino en el país; se mostraron escondites de armas como prueba de una inminente toma del poder por los comunistas, aunque éstos muy claramente no habían empleado armas de fuego para defenderse, y todos los pequeños envíos de armas de China habían sido entregados a las fuerzas armadas.[37] Los militares, además, ayudaron a establecer varias estaciones de radio dirigidas por estudiantes derechistas, organizados en KAMI, en Yakarta, Bandung y Magelang.[38]

Mientras que el control de los medios informativos por las fuerzas armadas fue absoluto en Yakarta desde el 2 de octubre (día en que el radio fue la principal fuente informativa), fue diferente el panorama en las provincias, donde periódicos y revistas comunistas siguieron publicándose en Yogyakarta hasta el 10 de octubre, algunos hasta el 22 de octubre, y en Bali hasta noviembre.[39]

Mientras Suharto actuaba entre bambalinas, fue sobre todo el general Nasution (ministro de Defensa y sobreviviente de los secuestros del 1º de octubre de 1965, pero sin mando militar oficial) quien repetidas veces pidió en público el asesinato en masa de comunistas, particularmente en noviembre de 1965, afirmando que el «error» de Madiun (es decir matar «tan sólo» a 30 000 izquierdistas en 1948) no se repetiría.[40] Antes, en 1964, Nasution había dicho que «Madiun [...] sería poca cosa en comparación con el actual castigo que preparaba el ejército» en caso de que el PKI recurriera a huelgas o a motines.[41] La hijita de Nasution, Irma, había sido mortalmente herida durante el golpe del 1º de octubre. «Según una fuente intachable, Nasution exigió que se diera muerte a todo comunista.»[42] A comienzos de 1966 dio a conocer su satisfacción por los resultados, en una entrevista concedida a periodistas japoneses: «Esta purga tuvo tanto éxito que el PKI ha sido casi aplastado [...] Logramos enviar al infierno a casi todos ellos [los dirigentes del PKI], no sólo en Yakarta, sino en todo el país. Y al hacerlo no podíamos prestar atención al destino de cada individuo».[43]

La propaganda —una mezcla de información a medias, de persuasión y de amenazas— fue parte inseparable del terror contra el PKI que comenzó casi inmediatamente después del 1° de octubre de 1965.[44] A mediados de octubre, los militares anunciaron que habían detenido a entre 3 000 y 3 500 personas, muchas de ellas en Yakarta. Al llegar noviembre, las detenciones ascendieron a 5 000 tan sólo en la capital y en el oeste de Java.[45] Desde comienzos de octubre, cada noche los militares y la policía realizaron redadas en *kampungs* pobres en Yakarta. El 21 de octubre, Marshall Green, embajador de los Estados Unidos, cablegrafió avisando que, según un funcionario del PSI, «en la zona de Yakarta se ha arrestado a casi 2 000 miembros del PKI y se ha ejecutado a cerca de cuatrocientos». Esta fuente fue considerada confiable por haber dirigido «su propia sociedad anónima de asesinatos» y haber pagado a aldeanos por asesinar. Las tropas del ejército, en una prisión de Yakarta, daban a los prisioneros alimentos y agua una vez al día y repetidas veces permitieron que los atacaran con cuchillos estudiantes islámicos del HMI, quienes además insultaban, a su capricho, a los presos. La queja de Sukarno, del 23 de octubre, de que «centenares» de miembros de la Juventud Popular habían sido muertos probablemente se refería tan sólo a Yakarta. A mediados de diciembre, el embajador de Alemania Occidental, Werz, escribió que de los aproximadamente 2 000 miembros del Pemuda Rakjat, sospechosos de haberse encontrado en la Base Aérea de Halim (cuartel general de los rebeldes), «se supone que casi nadie queda con vida».[46]

También el comandante territorial del occidente de Java, general de división Ibrahim Adjie, comenzó igualmente pronto su ataque a los izquierdistas.[47] Sin embargo, probablemente de acuerdo con los jefes del ejército central, se negó a armar a la población islámica y a lanzarla contra los comunistas porque no confiaba en los grupos musulmanes, ya que esta región había sido un centro del levantamiento religioso islámico del Darul durante la década de

1950.[48] Antes del golpe, Adjie ya había inventado un sistema según el cual los oficiales de su división Siliwangi se encargaron de la jefatura de aldeas, anulando así la influencia del PKI y suprimiendo todo conflicto por tierras (con excepción de los terrenos y bosques estatales), gracias a lo cual pudo mantener bajo su control todos esos campos. Los aldeanos estaban «purgando» a los izquierdistas y entregándolos al ejército.[49] De la parte occidental de Java se conocen relativamente pocos casos en que civiles mataran a supuestos comunistas. Sólo en las zonas de Cirebon y Garut fueron masivas tales acciones, por causa de conflictos locales y de un fuerte PKI, y fueron provocadas por los militares del lugar.[50] Aun así los militares mataron a miles de personas en el occidente de Java.[51]

En el norte de Sumatra, la campaña anticomunista comenzó el 3 de octubre de 1965, lanzada por el general Kemal Idris, quien contra las órdenes de Suharto llevó un batallón a Medan y empezó inmediatamente a arrestar comunistas. Pocos días después, Suharto autorizó a Idris a llevar mayores fuerzas a la capital de esa provincia.[52] La embajada alemana describió cómo cerca de 2 000 comunistas eran muertos cada semana, «en una forma casi estereotipada», llevados en camiones del ejército que luego eran detenidos por una muchedumbre enfurecida, a la que después de una resistencia puramente simbólica entregaban a los sospechosos para que les dieran muerte. El cónsul de Gran Bretaña calculó que se asesinaba a 3 000 personas por semana. En otro informe se mencionó la matanza de 10 500 prisioneros.[53] El comandante territorial, teniente general Achmad Junus Mokoginta, quien también era el jefe militar de toda Sumatra, cooperó directamente con los grupos políticos de extrema derecha, especialmente con las organizaciones juveniles. «Las matanzas totales», como informó la Embajada de los Estados Unidos, ya a comienzos de noviembre habían llevado a la destrucción del PKI como organización en el norte de Sumatra. Una vez desbandadas todas las ramas del PKI y de sus

afiliados, cualquiera que se declarara miembro de esas organizaciones tenía que ser «eliminado».[54] Tan sólo en las plantaciones del norte de Sumatra, descubrimientos del cónsul británico, así como datos de los empleos, indican una cifra de entre 27 000 y 40 000 muertes (de 100 a 150 por plantación).[55]

A pesar de todo, los militares estaban profundamente divididos; dejando aparte las simpatías de la fuerza aérea por la izquierda, surgieron conflictos incluso en el ejército, lo que dejó sólo tres batallones leales a Suharto en el este de Java y un número similar en el centro de Java a comienzos de octubre de 1965.[56] La remota provincia de Sumatra occidental evidenció el papel decisivo de los militares: artículos y letreros anticomunistas empezaron a aparecer después del 6 de octubre, cuando el comandante Iman Suparto llegó en avión desde la capital, pero el comandante regional y el gobernador mantuvieron la calma durante meses antes de ser remplazados, en febrero de 1966, por oficiales leales al general Mokoginta, quien movilizó a la población local para la violencia. Similares llamados iniciales a la moderación pudieron oírse también en la zona de Yogyakarta.[57]

Además de enviar mensajeros, remplazar a comandantes y depender de unidades regionales, la jefatura del mando militar central también desplegó tropas, enviándolas a provincias políticamente estratégicas, a saber, a secciones de la fuerza RPKAD, de 50 000 hombres, unidad de élite que primero tuvo que sofocar el golpe en Yakarta y luego ayudar durante dos semanas a iniciar el ataque contra los comunistas en la capital, mientras llegaban más unidades desde Borneo y Nueva Guinea.[58] Ya fuese por iniciativa de Suharto o a petición del comandante de la RPKAD, coronel Sarwo Edhie, grandes partes de la unidad fueron reasignadas al centro de Java donde organizaciones del PKI casi habían logrado mantener a raya hasta el momento a sus enemigos políticos, sin que ocurrieran grandes matanzas. El 17 de octubre, el RPKAD llegó a Semarang y esa

misma tarde detuvo a 1 000 izquierdistas; pronto trasladó sus tropas a Magelang, Solo y Yogyakarta, empezando por doquier con un «alarde de fuerza» y organizando rápidamente una operación de exterminio total, para lo cual movilizó a grupos políticos locales formados en gran parte por activistas islámicos.[59] Causaron así una destrucción total. Durante esta campaña, Sarwo Edhie envió informes a Suharto, cuya oficina se encontraba en el centro de Java, y posiblemente a Nasution, y al final Suharto pasó revista a un desfile de unidades del RPKAD.[60] A comienzos de diciembre de 1965, tropas del RPKAD fueron enviadas a Bali, donde empezaron por ayudar en la organización y luego en el control de los peores asesinatos en masa de 1965-1966, lo cual significa que no los detuvieron, sino que los redujeron y los dirigieron.

Unidades del RPKAD ametrallaron a los aldeanos que opusieron alguna resistencia, incluso a mujeres (entre ellas, un grupo que los insultaba enseñándoles el trasero), como lo atestiguaron diversos periodistas y como después lo reconoció el propio Sarwo Edhie, quien a veces daba la orden de disparar. Gente del lugar informó que sus tropas efectuaron la mayor parte de la matanza cerca de Bojolali. En otros lugares, los asesinatos se cometieron apuñalando y degollando gente. Durante esas semanas también fusilaron cada noche a 300 prisioneros, cerca de Prambanan. Además, miembros del RPKAD acompañaron a jóvenes musulmanes locales en el centro de Java en orgías nocturnas de asesinatos. Dentro de un campo de concentración en Denpasar, Bali, estuvieron constantemente matando prisioneros con armas automáticas.[61] Unidades territoriales y artillería de campo en los distritos de Jember y Banyuwangi, en el este de Java, mataban a los sospechosos, fuese cerca de sus casas o después de tenerlos prisioneros durante largo tiempo. En Bali, unidades del ejército llevaron de regreso a los detenidos a sus aldeas, dando a toda la comunidad instrucciones de que los mataran.[62] En 1967 se dijo que los militares habían estado ejecutando a 60

prisioneros por semana, sin juicio alguno, en Yogyakarta. Éstos sólo son ejemplos. Los asesinatos cometidos por los militares eran totalmente sistemáticos. Un ex oficial del ejército dijo a un amigo suyo que se le había fijado una cuota no especificada de «comunistas» a quienes debía matar en cierto distrito.[63] Miles de detenidos en cárceles y campamentos fueron ejecutados sin juicio. Los oficiales del ejército clasificaban a sus prisioneros, localmente, por categorías, matándolos según sus grados.[64]

En términos generales, la persecución anticomunista la encabezó el Comando Operativo para la Restauración de la Seguridad y el Orden (KOPKMTIB), a las órdenes del general Suharto (establecido el 10 de octubre de 1965, a partir de que Sukarno encargó a Suharto que restaurara el orden el 3 de octubre). Ésa se volvió la institución «"nuclear" en torno a la cual se edificó el gobierno del "Nuevo Orden", y la institución clave para el control político y social». Todas las prisiones quedaron bajo su dominio, y la autorización del KOPKAMTIB permitió a los militares infiltrarse en las administraciones territoriales por toda Indonesia.[65] Entre otras actividades, el KOPKAMTIB pudo así dar órdenes de «purgar» las instituciones y los servicios gubernamentales de supuestos comunistas y conspiradores.[66] Más allá del hecho de que miles fueron fusilados, aún es más o menos desconocida la influencia de las autoridades civiles sobre la violencia en los niveles local, regional y central.

Inicialmente, los militares desencadenaron las matanzas, pero luego intentaron continuarlas de manera más controlada. Donde más fuertes fueron los militares, menos asesinatos indiscriminados ocurrieron.[67] El hecho de que las fuerzas armadas tuvieran mayor control de las persecuciones en las grandes ciudades produjo una mayor proporción de detenciones a largo plazo, y menos asesinatos en comparación con el campo, como notaron muchos observadores. Esto fue tanto más llamativo cuanto que una gran proporción de habitantes de las ciudades —probablemente casi 40%, en

comparación con 15% de la población en general— se encontraba entre los miembros del PKI.[68] El más alto nivel de arrestos y la menor proporción de asesinatos ocurrieron en Yakarta, mientras que hay evidencia contradictoria para Yogyakarta y Surabaya.[69]

Pero las condiciones de las cárceles o los campos de concentración distaban mucho de garantizar la sobrevivencia o la seguridad. En instalaciones de detención sobrepobladas, e inicialmente a menudo improvisadas, los reos sufrían un trato brutal y condiciones desastrosas, incluso mucho menos abastecimiento que los presos de delitos del fuero común, hasta en lo más básico, como tratamiento médico y alimentación. Las asignaciones cotidianas para cada preso político eran extremamente bajas, y se informó de raciones de alimento de entre 150 y 400 gramos de arroz.[70] Durante años, esto dio por resultado un alto índice de mortalidad. Especialmente vulnerables eran los presos que no contaban con el apoyo de parientes. En la cárcel de Kalisosok, en Surabaja, en el este de Java, un sobreviviente narró que algunos detenidos se veían obligados a comer cal de las paredes, y entre 1966 y 1969 murieron de inanición 758, mientras que en la isla-prisión de Nusa Kambangan, centro de Java, millares perecieron, según se dijo, a un ritmo de 20 diarios, sin contar al menos otras tantas ejecuciones sumarias.[71] No eran raros los índices de uno a cuatro reos muertos por día. En la prisión de Salemba, en Yakarta, la tasa de muerte mensual de 1969 equivalió a 1.5% de todos los detenidos. En el célebre campo de concentración de la isla de Buru, 315 de 10 000 prisioneros murieron entre 1969 y 1977.[72] Según se enteró un conocido periodista, de la última gran oleada de arrestos en 1969 incontables sospechosos murieron en prisiones de Java «porque las cárceles ya estaban sobrepobladas y el ejército carecía de fondos para alimentar a los nuevos presos».[73] Puede suponerse, con toda seguridad, que una cifra de cinco dígitos de los presos murió por falta de atención estando vigilados por las fuerzas armadas.

No hay duda de que los presos en instalaciones de detención del ejército y de la policía eran sistemáticamente torturados a palos, con cigarrillos encendidos, descargas eléctricas, a punto de ser ahogados y de muchas otras formas. Ese trato podía extenderse a los hijos o a las abuelas de los sospechosos.[74] «La tortura era el preludio habitual de la muerte» también para presos del ejército, que fueron rápidamente «despachados» en Flores.[75] La tortura a las reclusas parece haber sido un tanto menos común, pero de todos modos bastante difundida, incluyendo brutales abusos sexuales y violaciones. En Bali, esto también solía ocurrir durante los simples interrogatorios.[76] Además de ser un medio de obtener información, la tortura era una demostración de poder, un delito sin consecuencia, para mostrar que el detenido no tenía ni los menores derechos: un acto tendente a quebrantarlo o a quebrantarla mental y moralmente. Esto funcionó con frecuencia, pero también parece haber endurecido la oposición de algunos otros presos.

A pesar de todo, parece que al celebrar juicios el nuevo régimen militar careció de una estrategia congruente. Sin duda, los juicios ejemplares tenían importancia por su función pública, no legal, como medios para «demostrar» la «traición» de los comunistas y justificar su persecución por el Estado. Sin embargo, debe tomarse en cuenta que los primeros juicios (contra el miembro del Politburó del PKI, Njono, y contra el jefe del levantamiento, el teniente coronel Untung) sólo se celebraron en febrero de 1966, cuando la mayor parte de la violencia popular había llegado a su fin.[77] Unos cuantos de los juicios fueron filmados y transmitidos por radio, pero de muy pocos se informó a los medios de comunicación. Por ejemplo, algunos miembros del Politburó del PKI fueron fusilados sin ceremonia alguna, otros fueron presentados a un Tribunal Militar Especial. De un total de cerca de 1.7 millones de personas arrestadas, tan sólo 1 014 fueron juzgadas por tribunales militares o civiles. La mayoría de las sentencias eran severas: cerca de 12% fueron sentencias de

muerte, aproximadamente 60% penas de 15 años o más, y muy pocos fueron liberados. Sin embargo, aunque a ninguno de los sentenciados a muerte se le conmutó la sentencia, sólo siete ejecuciones oficiales parecen haberse efectuado a comienzos del decenio de 1980. También la época de los juicios parece haber sido totalmente arbitraria; el primero de los más importantes contra dirigentes del Gerwani no ocurrió hasta 1975.[78] Para quienes no eran juzgados, las decisiones de liberación eran no menos impredecibles.

Pese al papel indispensable de los militares en las matanzas de Indonesia, su poder (y el del ejército en particular) tuvo límites. Los militares estaban divididos y el gobierno central era débil. Otra limitación era la falta de personal militar. Un archipiélago de 3 000 islas dispersas sobre una superficie de 5 000 kilómetros no es fácil de controlar. A finales de 1965, entre 400 000 y 500 000 hombres constituían las fuerzas armadas de Indonesia, de los cuales entre 250 000 y 400 000 pertenecían al ejército. Empero, la mayor parte de esta fuerza se agrupó en la Confrontación en Borneo y, en menor grado, en Sumatra.[79] Además, a finales de septiembre de 1965, cerca de 60 000 hombres se concentraron en Yakarta o sus alrededores, y otros se desplegaron hasta el Irian occidental y Sulawesi para contener a los insurgentes.[80] Por lo tanto, grandes partes de Java, así como las islas del este, se libraron de la presencia militar, y algunas unidades de tierra ahí centradas —a saber, en las divisiones territoriales de Diponegoro y Brawidjaja, del centro y el este de Java, respectivamente—, así como partes de la fuerza aérea, más algunas de la armada y los infantes de marina, no fueron consideradas dignas de confianza por los oficiales derechistas.[81] Por consiguiente, Suharto y Nasution desplazaron en octubre y noviembre de 1965 algunas tropas de las islas exteriores hasta Java, y a otras en la dirección opuesta, maniobra que requirió varias semanas y no resolvió por completo la escasez de hombres.

La otra flaqueza de los militares fue la falta de conocimiento. Muchos estudiosos sostienen que el ejército se había preparado para la destrucción del PKI desde antes del golpe. Esto puede ser cierto en general, pero no de manera sistemática. El simple hecho de que el general Parman (entre todos), jefe de la inteligencia militar, se encontrara entre los generales secuestrados y después asesinados la mañana del 1° de octubre de 1965 (sin guardia frente a su casa; él creyó inicialmente que iban a llevarlo ante Sukarno), arroja dudas sobre lo bien organizado de los preparativos del ejército.[82] Además, las fuerzas armadas, según el indignado embajador de los Estados Unidos, Marshall Green, «parecen carecer hasta de la más elemental información sobre la dirigencia del PKI», por lo cual la Embajada de los Estados Unidos ayudó entregando listas que contenían 5 000 nombres (véase *infra*).[83] Después de medio año, no más de cuatro de los 10 miembros o candidatos a miembros del Politburó del PKI habían sido muertos o arrestados (con tres más en el resto de 1966 y dos en 1968). Al llegar 1967, menos de la mitad de los miembros del Comité Central del PKI habían sido «arrestados o destruidos». Lo mismo puede decirse de la jefatura regional en el centro de Java y en el norte de Sumatra.[84] Sólo al ser aplastado el movimiento de guerrillas en el centro de Java en 1968-1969, caería en manos militares una gran parte de la directiva central del PKI.[85] Cuando Carmel Budiardjo fue interrogado en la prisión de Likdam, Yakarta, a comienzos de 1970, observó que de una pared colgaba un mapa de la organización del PKI, en el que muchos puntos que representaban nombres de funcionarios del partido, «comités, comisiones y departamentos [...] aún estaban vacíos».[86] Más de cuatro años después del golpe, las autoridades todavía estaban en tinieblas acerca de la identidad de un considerable número de funcionarios del PKI central. Los militares indonesios, así como algunos observadores extranjeros, dedujeron, a partir de cálculos, que sólo habían logrado echar mano a una pequeña fracción de los entre 120 000 y 300 000

funcionarios del núcleo del PKI.[87] La mayor parte de las listas de comunistas, compiladas antes o después del 1º de octubre, no se originó en las fuerzas armadas, sino en listas que les entregaron grupos políticos como NU, HMI, o IPKI.[88]

A juzgar por estas dos deficiencias, desde el punto de vista anticomunista, o por una falta de control que se manifestó en la incapacidad de aprehender a muchos miembros importantes del PKI, resulta sumamente improbable que los militares hayan podido planear y controlar completamente la violencia que se desató a las tres semanas del golpe. Para sobreponerse a su falta de tropa y de información fue esencial que las fuerzas armadas cooperaran con los ciudadanos y las organizaciones dispuestas a ayudarlas. La resultante cacería de hombres creó una atmósfera que a veces movió a las víctimas a entregarse o a regresar voluntariamente a las prisiones, pues allí se sentían más seguras que en sus hogares.[89]

VIOLENCIA PARTICIPATIVA: INCITACIÓN MILITAR, ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y MULTITUDES

El carácter participatorio de la violencia es decisivo para comprender una sociedad extremadamente violenta. Muchas unidades militares animaron a grupos civiles a unirse a la violencia contra los supuestos comunistas. En cierto modo, esto estuvo de acuerdo con las tradiciones de los militares indonesios que habían contribuido a la creación del Estado lanzándose a la lucha de independencia contra los colonizadores holandeses mediante tácticas de guerrilla que dependían del apoyo popular. En ello, Nasution y Suharto desempeñaron un papel importante. En la lucha contra los diversos levantamientos de las décadas de 1950 y 1960 y durante la «Confrontación» con Malasia, a partir de 1963, las fuerzas armadas habían creado ciertas estrategias para conservar la buena voluntad del pueblo, así como ciertas estructuras que estaban verdaderamente

ancladas en la territorialidad. Éstas incluían la adquisición de considerables funciones administrativas y económicas, que fueron racionalizadas a comienzos de 1965 bajo la teoría de «dwifungsi» o doble responsabilidad —militar y sociopolítica— planeada para los militares por el principal estratega político, Nasution.[90] Suharto, a la cabeza de la asociación de vecinos de su *kampung*[91] de Yakarta, estaba perfectamente enterado de la cooperación entre los ciudadanos y las fuerzas de seguridad, y debió de compartir estas ideas.

Consideraciones del ejército acerca de la cooperación popular-militar en la violencia de 1965-1966 se encuentran perfectamente documentadas en el caso de la cruzada de asesinatos del RPKAD. El periodista hindú K. Tiwari, que en la primera mitad de noviembre de 1965 había pasado 11 días con el RPKAD en el centro de Java, declaró que:

> El coronel Eddy [*sic*] calculó que antes del golpe, cerca [de] 75% de la población de la zona de Solo-Yogyakarta era comunista. Ahora creía que 40% del pueblo estaba de su lado y que este porcentaje aumentaría. El coronel también había hablado del entrenamiento que estaba dando a grupos musulmanes (aunque aún no se les entregaban armas), y de su convicción en que *el movimiento de masas debía combatirse con un movimiento de masas* [...] Jóvenes musulmanes estaban actuando como ojos y oídos del ejército en la zona, guiando a las patrullas y dando información general. Estas funciones eran importantes para unas fuerzas que desconocían la zona [...] pero Eddy [*sic*] también estaba echando los cimientos para lo que veía como un baluarte anticomunista en la región que, a la postre, podría operar sin el apoyo directo del ejército.[92]

Un periodista visitante de la UPI informó, días después, que Edhie calculaba que sus hombres ya «habían entrenado a cerca de 25 000 jóvenes».[93] Esto corrobora los ulteriores razonamientos de Edhie al hablar con un periodista:

> La zona era demasiado grande y demasiado poblada para que él pudiera distribuir eficazmente sus fuerzas. «Decidimos», dice, «azuzar a los civiles anticomunistas para

ayudarnos en la tarea. En Solo reunimos a los jóvenes, los grupos nacionalistas y las organizaciones religiosas [musulmanas]. Los entrenamos durante dos o tres días, y luego los lanzamos a matar comunistas».[94]

El ayudante de Edhie, Wusibono, quien dijo que el número de pérdidas del RPKAD en el centro de Java había sido de sólo dos hombres, describió la preparación paramilitar y la distribución de armas en términos similares.[95] El jefe del anterior grupo de vigilantes en Solo afirmaría más tarde que se había dado muerte por lo menos a 10 000 personas y que al menos otros 15 000 hombres y mujeres habían sido detenidos en la ciudad y sus alrededores, y mostró trofeos de «víctimas de lo que macabramente llamó la "solución final"».[96]

Así pues, la incitación a la violencia participativa no sólo fue un invento *post factum*.[97] Los participantes civiles no justificaron sus acciones diciendo que habían recibido órdenes de una autoridad central, «sino por el derecho del pueblo mismo a salvar a la nación, el futuro del país, la religión, etc.», como lo ha observado Benedict Anderson. Esta forma «popular» de derramamiento de sangre se ha vuelto una tradición en la moderna historia de Indonesia.[98] La organización estudiantil anticomunista KAMI (KAMI significa «nosotros» o «nuestros» en indonesio) desafió la proscripción a su organización impuesta por el presidente Sukarno, alegando que su «lucha es en nombre del sentido interno del pueblo», de modo que «sólo obedecerían la voz del pueblo» pese al hecho de que la organización «no tenía más de 10 000 miembros; según cálculos optimistas de sus propios líderes».[99] Varios diplomáticos de países capitalistas pronto notaron con asombro y satisfacción el impulso popular a la violencia. «El festival anticomunista continuó hoy en las calles de Yakarta con un gran desfile y el mayor incendio hasta la fecha (de la universidad comunista)», telegrafiaba el embajador de los Estados Unidos, Green, mientras que diplomáticos de la Alemania Occidental se mostraban encantados por el «movimiento

anticomunista del pueblo».[100] A ojos de algunos, esto era, asimismo, en lo que se basaba el poder de los militares. Según un informe de viajes de periodistas húngaros y soviéticos, «la posición del ejército sólo es fuerte (por ejemplo, [en] el este de Java) donde son poderosos los musulmanes».[101] Un oficial del ejército dijo, en Banyuwangi, que allí habían sido muertos 4 000, «en lo que orgullosamente llamó, una "verdadera guerra del pueblo"». En 1970 la organización exiliada del PKI reconoció que el partido se había enfrentado a una situación «en la que las masas del pueblo no apoyan al PKI, sino, incluso, lo contrario».[102]

Las formas en que la gente fue asesinada indican un alto grado de participación popular y un odio intenso. Al parecer, tan sólo una minoría fue fusilada por los militares. Casi todas las víctimas fueron degolladas, apuñaladas o les cortaron el cuello con cuchillos o espadas (a veces, después de ser atadas); otras fueron macheteadas, estranguladas, golpeadas con mazos o piedras, ahogadas, quemadas o enterradas vivas.[103] En otros casos, las fuerzas armadas entregaron las víctimas a las comunidades de las aldeas para que se les diera muerte, empezando a veces con una ejecución pública militar de los líderes, incluso algunas aldeas intercambiaron víctimas para no tener que matar a sus propios vecinos.[104]

Los «asociados» de los militares en la violencia fueron, en su mayor parte, partidos y grupos políticos o politico-religiosos, grupos de jóvenes y de estudiantes en particular. El pequeño IPKI —Liga de Partidarios de la Independencia Indonesia, partido afiliado a los militares—, su Juventud de Pancasila y el sindicato SOKSI (con su semanario *Ampera,* dedicado a exaltar a las masas) eran sus obvios aliados. Sus principales zonas de actividad fueron las plantaciones de Sumatra, frecuentemente administradas por los militares, donde el SOKSI había sido establecido para contener al PKI, pero ni en lo regional ni en lo operacional se limitaron a ello. «La Pemuda Pancasila ha aportado a la "organización de masas", en el norte de

Sumatra, los mayores números y el mayor afán de acosar a los izquierdistas», comentó el Consulado de los Estados Unidos. «En muchos casos, con y sin la sanción del ejército, también ha servido como verdugo de los presos comunistas del ejército.» En algunos lugares, el IPKI estaba superando en terror al NU. Sus blancos incluían la Juventud Popular, el BTI, la organización china de autoayuda Baperki, los propietarios chinos de tiendas, y a veces jóvenes del PNI del ala izquierda del partido; esto indica que en especial la Juventud de Pancasila creó su propio programa de matanzas.[105] La Juventud de Pancasila en la zona de Medan mantuvo su propio escuadrón de ejecuciones, internamente conocido como la «fuerza rana», ya que saltaba de aldea en aldea, circulando en vehículos robados en Baperki y marcados con el signo «Comando de Acción Juvenil para la Aniquilación del Movimiento 30 de Septiembre/PKI y sus Títeres» (lo que recuerda a la KAP-Gestapu, coalición multipartidista dedicada a aplastar al PKI). Solían llevar a sus víctimas a su cuartel general de Medan, donde eran interrogadas y luego degolladas o (ya que esto causaba menos salpicaduras de sangre) estranguladas con un alambre caliente («para enviarlas de vuelta a Pekín»,[106] como decían, aunque las víctimas no fueran de origen chino). La Juventud de Pancasila también encabezó el pogromo antichino en Medan, degollando a sus víctimas en público, y también desempeñó un papel importante en el pogromo de Makassar, Sulawesi.[107] Dos representantes de Pemuda Pancasila le dijeron al cónsul de los Estados Unidos, Theodore Heavner, «que su organización intentaba matar a todo miembro del PKI que pudiera atrapar», y él comentó que su actitud «sólo puede describirse como sanguinaria».[108]

Más que ningún otro grupo político, el Nahdlatul Ulama, su organización juvenil Ansor y su ala armada Banser (Unidades para Todo Propósito) sobresalieron en los asesinatos en masa virtualmente por todo el país. El periódico del NU, *Duta Masjakarat,* pidió desde el 7 de octubre de 1965 el exterminio de los comunistas.

Tres días después, Ansor pidió armas a los militares de Sumatra para matar comunistas. Al llegar el 5 de octubre, la dirigencia del NU había azuzado extraoficialmente a sus miembros del este de Java a «erradicar físicamente» a los comunistas. Los jóvenes de las escuelas religiosas de Ansor fueron responsables de casi todos los muchos asesinatos cometidos en Kediri (los esfuerzos organizativos del NU produjeron bajos índices de supervivencia en el área). Mataron a 3 500 personas en cinco días en otro poblado del este de Java y apuñalaron gente cerca de Mlaten y, con la supervisión del ejército, también en el distrito de Banyuwangi. En algunas zonas el Ansor y el Banser obligaron a todos los adultos a participar en la matanza.[109] La violencia fue instigada por las escuelas religiosas (cuyos estudiantes, de familias pobres, apenas podían permitirse asistir). Jusuf Hasjim, miembro importante del NU, que se había puesto al frente en Banser, dijo en 1998 que «*Mein Kampf* de Hitler había dado la inspiración sobre cómo organizar a los jóvenes».[110]

Junto con el NU, la organización islámica de masas Muhammadiyah y su gran organización estudiantil afiliada, HMI, desempeñaron el principal papel en las manifestaciones y motines de Yakarta. La Muhammadiyah se dedicó a una propaganda incansable, pidió a conocidos sabios religiosos que condenaran a los comunistas y participó en el terror en Java.[111]

En algunas zonas de Indonesia se dijo que musulmanes radicales habían matado a supuestos comunistas sin ayuda oficial. En la provincia de Aceh, rígidamente islámica y tradicionalmente rebelde, se supone que esto ocurrió en los primeros días de octubre de 1965, desde antes de que llegaran órdenes militares (por el 10 de octubre, los militares impusieron un toque de queda para poder controlar la situación). Pronto se recibieron informes similares acerca de Madura: diplomáticos de la Alemania Occidental calcularon que entre 3 000 y 2 000 personas habían sido asesinadas, respectivamente; en Aceh, una fuente del ejército declaró 6 000

víctimas.[112] Sin embargo, algunas fuentes afirman que los asesinatos en Aceh fueron instigados por las fuerzas armadas locales, al menos los ocurridos en noviembre de 1965 en el altiplano de Gayo, donde fueron asesinados entre 800 y 3 000 izquierdistas y trabajadores de las plantaciones javanesas. El baño de sangre llegó a tal punto que el comandante militar territorial observó en diciembre que ya no tenía ningún objeto disolver al PKI local, puesto que la provincia «ha sido enteramente purgada, en sentido físico, de elementos del PKI».[113]

El PNI se hizo notar por organizar la más intensa matanza de 1965-1966 en Bali, donde en poco más de un mes probablemente fueron asesinadas entre 80 000 y 100 000 personas: de 4 a 5% de la población. El ala paramilitar de la Juventud de Marhaenis, llamada Tameng («escudo») en Bali, con camisas negras, como los jóvenes de Ansor, empezó apedreando casas y atacando a personas, y luego recurrió a sistemáticas redadas nocturnas durante las cuales capturó a supuestos izquierdistas, siguiendo listas o denuncias, y los decapitó o les cortó el cuello con puñales o espadas.[114] Pero también en el centro de Java, el PNI y su Juventud Democrática desempeñaron un papel importante en las masacres. Lo hicieron, por ejemplo, en el distrito de Banyuwangi, al este de Java.[115] En el centro de Java, el ala derecha del PNI (que iba en retirada a nivel nacional) dominó la organización del partido,[116] y en Bali el PNI representó al orden establecido.

También grupos pequeños tomaron parte en las matanzas, como los social-demócratas del PSI (que a su vez se vieron bajo fuego en Bali) y funcionarios de la organización estudiantil islámica PII.[117] «Vigilantes» cristianos —en su mayor parte jóvenes católicos— participaron en los asesinatos en el nordeste de Sulawesi, Timor Occidental (donde murieron 3 000 personas) y en Flores.[118]

Se formaron, incluso, milicias femeninas: «Mi esposa fue entrenada como miembro del cuerpo de voluntarias femeninas para acabar con los comunistas», recordó un ex funcionario del centro de

Java, cuya esposa era madre de cuatro. En el desfile del RPKAD de Yakarta, el 4 de enero de 1966, retornando de una brutal matanza en Bali, desfilaron «mujeres voluntarias paramilitares, llevando distintivas chaquetas con camuflaje», entre ellas la esposa de Sarwo Edhie.[119]

Fue una coalición muy variada la que se unió a las fuerzas armadas, incluyendo a jóvenes y burócratas conservadores provenientes de los partidos y organizaciones musulmanas conservadoras NU y Muhammadiyah, del islámico modernista Masyumi, ala derecha del nacionalista PNI, el IPKI, afiliado al ejército, y hasta el (proscrito) social-demócrata PSI... y el hombre que desde la Embajada de los Estados Unidos entregó al general Suharto listas de los comunistas que había que eliminar (véase *infra*), Adam Malik, era, nominalmente, trotskista. A esto lo llamaron algunos la «coalición del Nuevo Orden», una «indefinida fusión de fuerzas políticas antagónicas».[120] Pero, sobre todo, estaban de acuerdo en una cosa: en matar comunistas.

Esta coalición también estableció una organización «pantalla», a la que hasta ahora los investigadores sólo han prestado una atención superficial: el «Frente de Acción para Aplastar al Movimiento 30 de Septiembre/PKI» (KAP-Gestapu). Al atardecer del 1º de octubre de 1965, varios representantes islámicos se reunieron en Yakarta, planeando formar una alianza musulmana anticomunista de cierto número de organizaciones con el Nahdlatul Ulama. Sin embargo, la sección política del cuartel general del ejército (KOTI), a las órdenes del general de división Sutjipto, propuso, en cambio, una coalición más general, cuyo resultado fue la fundación del KAP-Gestapu el 2 de octubre, bajo la presidencia de Zainuri Echsan Subchan (NU) y del secretario general Harry Tjan Silalaki (Partai Katolik), en presencia de Mar'ie Muhamad, secretario general del Muyammadiyah. (Uno de los tres ya se había acercado al general Nasution el 28 de septiembre —antes del golpe— para organizar el entrenamiento de jóvenes

anticomunistas por el ejército, como respuesta al hecho de que la fuerza aérea estaba entrenando a comunistas.) El 2 de octubre el comandante de Yakarta, general Umar Wirahadikusuma, prometió entregar armas y dar apoyo logístico.[121] Subchan, tercer vicepresidente del NU, era un hombre de negocios, de 34 años, musulmán ortodoxo *(santri)* del centro de Java, presidente de la Cámara de Comercio de Indonesia y jefe del Sindicato de Estudiosos Musulmanes Indonesios, «hombre brillante y de gran presencia», ex dirigente de Masyumi, notablemente bien conectado con musulmanes de diversas tendencias, líderes de la juventud, y con la comunidad china de negocios, así como con el ejército, en particular con Nasution y con Sarwo Edhie.[122]

Durante su primera reunión con unos pocos centenares de partidarios, en Yakarta, el 4 de octubre, en una declaración que también fue transmitida por la radio y la televisión, KAP-Gestapu exigió la proscripción del PKI y de sus organizaciones afiliadas y la purga en el gobierno y las instituciones estatales de todos los participantes y simpatizantes del Movimiento 30 de Septiembre. Pero éste sólo fue el primer paso en lo que se había planeado como un *crescendo* de más de una semana de acción cada vez más violenta. Cuatro días después, el Frente de Acción organizó una manifestación mucho mayor en Yakarta, que terminó en el saqueo y el incendió de la sede del PKI por jóvenes del NU, cristianos y del IPKI, así como en ataques físicos a los comunistas. Poco después, los manifestantes informaron al general brigadier Djuhartono, en la oficina del Frente Nacional, entregándole una «resolución» para el Frente Nacional. El 9 de octubre, el KAP-Gestapu (después rebautizado como Frente Pancasila) ya incluía seis partidos y 38 organizaciones (muchas de ellas juveniles), en comparación con cuatro partidos y un total de 27 organizaciones, en gran parte musulmanas ortodoxas, que había apenas cinco días antes.[123] Al llegar el 9 de noviembre, todos los partidos, excepto el PKI, se habían unido, y pudieron organizar una

manifestación en Yakarta con, según informes, varios cientos de miles de participantes. Por entonces, un representante del Partido Católico elogió el «trabajo en equipo, sin precedentes» dentro de la asociación;[124] como lo señalaría el nombre «Frente de Acción», el KAP-Gestapu se dedicó a atacar físicamente a los comunistas; el 2 de diciembre el embajador de los Estados Unidos, Green, escribió que esta organización seguía «soportando [la] carga de los actuales esfuerzos represivos contra [el] PKI, particularmente en el centro de Java».[125]

Alianzas sectoriales como las efectuadas entre los sindicatos no comunistas hicieron eco de las demandas de la coalición anticomunista.[126] En cuanto a los estudiantes universitarios, 17 organizaciones se unieron al KAMI (Frente de Acción de los Estudiantes Indonesios), y el 25 de octubre de 1965 establecieron fuertes nexos con los militares en Yakarta. El KAMI organizó violentas manifestaciones contra comunistas y chinos; después, estudiantes de preparatoria se unieron al KAPPI.[127] A comienzos de 1966 encontraron enérgico apoyo de la clase media urbana, mientras que grupos de madres y de tenderos organizaban el envío de alimentos, y asociaciones de vecinos les daban ropa y alojamiento.[128] Después de marzo de 1966, numerosas manifestaciones de estudiantes y constantes motines contra los chinos —no siempre del gusto del ejército— mostraron que no sólo fueron peleles de los militares.

Aunque algunos consideraron que el KAP-Gestapu no se mostró especialmente eficiente al organizar las cosas, porque concedió demasiada independencia a grupos locales,[129] estuvo activo al nivel de los grupos regionales y locales, por ejemplo: en el este de Java, el centro de Java y el norte de Sumatra. Sin embargo, durante un tiempo, Mokoginta, comandante militar de toda Sumatra, parece haber favorecido una alianza exclusiva de fuerzas islámicas. A mediados de diciembre de 1965, reunió a dirigentes religiosos y de las comunidades con representantes de los partidos políticos del

oeste de Sumatra, apremiándolos «a eliminar a todos los elementos izquierdistas en sus propios campos y pidió a sus organizaciones formar un frente unido». Esto dio por resultado reuniones y mítines masivos en los que muchos comunistas renunciaban a su filiación partidista o disolvían sus secciones del partido local.[130] En el este de Java un llamado «Organismo Coordinador del Comando de Vigilancia», efímera alianza con objetivos similares, fue organizado localmente, tal vez arraigado en una coalición de los partidos anticomunistas que había existido al menos desde 1964. Poco antes de que las masacres de Bali llegaran a su punto culminante casi todas las organizaciones políticas de la isla, entre ellas el PNI, el NU, el Partido Católico y el Partido Protestante [Parkindo], junto con todos los jefes de los ocho distritos *(bupatis),* pidieron la expulsión del gobernante izquierdista, Sutedja.[131]

El KAP-Gestapu se convirtió en organización rival del ya establecido Frente Nacional (organización de Democracia Dirigida a la que, por obligación, debían pertenecer todos los partidos, grupos cívicos y organizaciones profesionales). El Frente Nacional pronto perdió importancia, cayó bajo la influencia de los militares anticomunistas, y desde diciembre de 1965 sufrió diversas purgas políticas. Pero el 10 de octubre de 1965 aún fue posible que una delegación de todos los partidos, incluso del PKI, fuese enviada desde Yogyakarta, centro de Java, hasta la capital. Todavía más tarde, el gobernador de la provincia hizo frecuentes consultas al Frente Nacional, al parecer con la intención de emplearlo como instrumento para impedir la violencia a gran escala.[132] El 21 de octubre, el gobierno decretó que el Frente Nacional debía purgarse a sí mismo de todos los presuntos partidarios del Movimiento 30 de Septiembre. En agosto de 1966, después de varias suspensiones regionales, Suharto disolvió el Frente Nacional.[133] Desde el principio, el presidente Sukarno comprendió la necesidad de formar una alianza para mantener a la sociedad bajo su gobierno, llamando a la

«unidad» de organizaciones políticas y sindicatos después de la primera reunión de gabinete posterior al golpe de Estado, el 6 de octubre. Tendió siempre a la reconciliación y a la contención de la violencia. Reconociendo la importancia del KAP-Gestapu, en enero y febrero de 1966 el presidente trató de formar un «Frente de Sukarno» organizado como contrafuerza política, jugada que durante un tiempo preocupó al ejército, pero que finalmente fue bloqueada mediante prohibiciones de los comandantes regionales, empezando por el general de división Adjie, quien también había sido el primer comandante regional en proscribir al PKI.[134] El Frente Nacional, el KAP-Gestapu y el Frente de Sukarno representaron tres intentos de obtener o mantener la hegemonía moral en el país y mostrar un consenso que en realidad no existía.

LA VIOLENCIA DE LAS MULTITUDES

No hubo claras demarcaciones entre la violencia planeada, organizada por grupos políticos, y los acontecimientos espontáneos, no controlados, similares a un pogromo, en los que participaron grandes multitudes dispuestas a cometer asesinatos indiscriminadamente. Dada la dificultad de conseguir información de fuentes fidedignas, lo único que puede hacerse en esta etapa es buscar ciertos indicadores de una violencia popular desorganizada que incluía círculos cada vez mayores de personas, sin considerar grupos organizados.

La violencia de las multitudes se manifestó sobre todo en Bali, donde las personas fueron perseguidas por muchedumbres de aldeanos y sus casas fueron incendiadas. Comunidades enteras atacaron a otras. En Pare, en el centro de Java, y en las aldeas vecinas, las personas fueron atacadas por multitudes de otras aldeas, y algunas de ellas fueron quemadas vivas en sus hogares. Se informó que en Madura y en el norte de Sumatra habían ocurrido matanzas

aisladas de personas, o de grupos de presos, a manos de masas enfurecidas.[135] Testigos y viajeros que después pasaron por Bali cada noche veían incendios o, más adelante, barrios enteros quemados.[136] La integración a las bandas de asesinos a menudo ocurría espontáneamente, sin ninguna estructura formal o pertenencia a grupos, dependiendo tan sólo de la voluntad individual.[137]

Otra señal de violencia sin control puede verse en el asesinato de familias enteras, incluyendo mujeres y niños. En la zona alrededor de Surabaya, en el este de Java, se informó que «menores y niños» fueron arrastrados fuera de sus casas y asesinados junto con sus padres, al parecer muy cerca de sus hogares, especialmente si ambos padres eran comunistas. Según otras fuentes, familias enteras fueron masacradas dentro de sus hogares en el este de Java, si los padres, supuestamente comunistas, se negaban a salir a la calle. Hechos similares ocurrieron en algunas otras regiones.[138] Aldeas enteras fueron borradas del mapa por comunidades vecinas o en cooperación con las fuerzas armadas en Bali, pero también en el centro de Java y en Aceh.[139]

Sin embargo, también se asesinó a niños tras decisiones conscientes tomadas por grupos políticos. Un miembro de un grupo juvenil del centro de Java narró cómo atacaban las casas de «comunistas» por la noche y apuñalaban a todo el que estuviera adentro: «teníamos que asegurarnos de matar a todos de una vez para no tener que volver [...] por eso matamos a toda la familia». En un informe australiano, se afirmó que ésta era la práctica más difundida.[140] En Flores, alguien dijo a un funcionario viajero de la embajada australiana que deseaban «exterminar completamente al PKI (completamente significaba con mujeres y niños), como una especie de garantía contra futuras represalias» o venganzas. En la isla de Roti cerca de Timor, se dijo que en noviembre de 1965 el ejército había matado a unos «50 comunistas con sus familias», o al menos algunos miembros de sus familias.[141] Muchachas menores y

hasta niñas pudieron encontrarse entre las mujeres detenidas en Yakarta.[142] Los asesinatos de niños se basaron en un discurso bastante difundido acerca de qué hacer con los hijos de los comunistas asesinados, que se asemeja aterradoramente a las ideas de Himmler en su infame discurso de Posen en 1943. Se dijo que las esposas de generales hablaban de matar a todos los muchachos de 14 años y más que hubieran participado en el Movimiento 30 de Septiembre. Todavía en 1969, un hombre de negocios pidió al gobierno de Nixon, en los Estados Unidos, que siguiera dando apoyo durante más de otra década a una acción enérgica de parte de los militares indonesios porque «los vástagos de los comunistas empedernidos ejecutados crecerán dentro de los próximos 10 a 15 años. Y serán exactamente como sus padres». Por razones similares, en 1966 Nasution había pedido apoyo caritativo para los deudos de los comunistas asesinados.[143] Décadas después, el «problema» sería abordado inventando el concepto de que las personas tenían que estar «ambientalmente limpias» si iban a llegar a ocupar puestos o funciones políticamente importantes, como los de profesores. Tendrían que probar que no habían tenido parientes implicados en la persecución de 1965-1966, haciendo de ésta una «condición permanente, semihereditaria».[144]

En general, lo que indican los estudios regionales acerca del este de Java —la región donde fue más alta la participación popular en los asesinatos, el control militar era bajo, las maneras crueles de matar eran más comunes y donde docenas de cadáveres yacían en las riberas, acabando con el modo de vida de los pescadores, pues nadie deseaba ya comprar pescado— es que aun allí el grado de organización de los grupos políticos fue alto en muchas zonas (y que varias unidades militares locales participaron en los crímenes). Esto no significa que los asesinatos no fuesen brutales, con la desaparición de familias enteras, e incluyendo mutilación de penes, cabezas u otros miembros, y torsos que se exhibían al lado de los

caminos y en las plazas.[145] En ciertas partes del este de Java parece que semejante crueldad de pandillas civiles sirvió para inspirar temor en las primeras semanas de las matanzas, mientras que los asesinatos posteriores ocurrieron menos públicamente y con menos mutilaciones porque ya no eran necesarios para infundir horror y temor a la autoridad.[146] Cerca de Kediri, un escuadrón de Ansor solía encabezar a multitudes de 3 000 aldeanos para atacar otras aldeas. Por toda Indonesia, muchos de los sitios de las muertes también indican cierto grado de planeación y no una rabia incontenida, ya que las víctimas fueron transportadas (a menudo en camiones) por lo general en grupos pequeños a sus lugares de muerte, como bosques, plantaciones remotas, pozos, cementerios, riberas y playas.[147]

El caso de Bali muestra la interacción entre los militares, las organizaciones políticas y la violencia no organizada. Bajo la influencia del izquierdista gobernador Sutedja y de un comandante militar sukarnista, se impidieron matanzas a gran escala hasta noviembre de 1965, más tiempo que en cualquier otro lugar de las islas interiores. En las siete semanas siguientes, murieron entre 80 000 y 100 000 personas: de 4 a 5% de la población.[148] Esta cifra se aproxima al número de miembros de las organizaciones comunistas, pero las matanzas no se limitaron a los izquierdistas.[149] Después de una relativa calma en el mes de octubre, en noviembre el PNI regional desató una campaña de propaganda anticomunista, apoyado por algunos oficiales militares y autoridades.[150] La controversia existente sobre si fueron los escuadrones avanzados del RPKAD los que desencadenaron los asesinatos en gran escala o si, como se creía antes, fueron los que controlaron los asesinatos, parece demasiado simplificada, pues refleja las nociones o bien de estricto control militar o bien de un populacho frenético.[151] El RPKAD llegó a Bali a comienzos de diciembre. Un oficial de la unidad declaró públicamente, el 24 de noviembre, que había que impedir el asesinato de mujeres, ancianos y niños, como en Klungkung, Bali. En

realidad, para entonces el general Suharto había hecho declaraciones públicas contra la violencia de masas («ira incontenida») pero afirmando que debía continuar la persecución militar («operaciones de limpieza»), y también Sarwo Edhie advirtió en contra de los excesivos asesinatos, pese a haberlos desencadenado él mismo.[152] Pero después de encontrarse con una modesta resistencia en Bali, el RPKAD inició un baño de sangre en Negara, en el que, según se dijo, murieron 1 506 personas.[153] Lo que aconteció en las tres semanas siguientes fue el pináculo de la violencia, con asesinatos y detenciones por escuadrones del RPKAD, por jóvenes del PNI y por comunidades de aldeanos, en combinación. En realidad, grandes matanzas fuera de todo control, como las de Klungkung, ya estaban documentadas desde principios y mediados de noviembre. Se supone que choques entre grupos locales ocasionaron el comienzo de la matanza por parte de los militares, y que unos y otros desencadenaron la destrucción total de aldeas a una escala evidentemente mayor que la que suponen algunos investigadores, en una mezcla de violencia organizada por el PNI y mucha violencia incontrolada.[154] Simultáneamente, los más repugnantes pogromos antichinos ocurrieron entre el 29 de noviembre (antes de la llegada de los paracaidistas) y el 7 de diciembre (en su presencia). El RPKAD se retiró del centro de Java y de Bali el 31 de diciembre de 1965 donde, según Olga Tschechotkina, corresponsal de la agencia TASS, ocurrió la última gran matanza de locales en vísperas del Año Nuevo.[155] Sin embargo, dado que las cárceles estaban atestadas de presos políticos, el Tameng siguió ejecutando a los que llegaban en camiones cada noche durante febrero de 1966 (cuando testigos aún vieron cadáveres yaciendo en las aldeas del este de Java y también en Lombok).[156] Ni los hechos del este de Java ni los de Bali parecen indicar que los militares pudieran controlar fácilmente a las milicias del partido, ni que el ejército simplemente tratara de implicar a muchos otros, haciendo que se mancharan de sangre las manos.[157]

Lo que explica la intensidad y rapidez incomparables de la matanza en la pintoresca isla de Bali fue la acción conjunta de tropas de élite centralmente desplegadas, militares locales, pequeños grupos islámicos transportados desde el este de Java, el PNI regional, combatiendo a su única oposición considerable con escuadrones de la muerte juveniles, comunidades de aldeanos, ya fuese «purgándose» o atacando asentamientos vecinos, e individuos aprovechándose de las matanzas.

RAZONES PARA MATAR

Tan diversos como la coalición que se reunió para exterminar a los comunistas fueron los motivos para hacerlo. La matanza de 1965-1966 fue un hecho complejo y multicausal. Las motivaciones de los diferentes grupos a menudo coincidían y muchos individuos tuvieron más de una razón para participar en la violencia. Numerosos indonesios tenían tan sólo ideas vagas acerca de la doctrina marxista o de lo que significaba ser comunista; más bien, actuaron a partir de suposiciones de lo que esto significaba.

No hay duda de que muchos actuaron bajo presión. Algunos fueron impelidos a asesinar: unos cuantos, incluso, obligados a matar a miembros de su propia familia contra quienes no sentían ningún resentimiento. Unos trataron de desviar sospechas de sí mismos o de demostrar que eran dignos de confianza.[158] La lealtad a su religión o a la comunidad de la aldea obligó a muchos a participar cuando las aldeas o los grupos culturales se enfrentaban unos contra otros. Otros también se convencieron de la amenaza de inminentes atrocidades comunistas, aunque los verdaderos enfrentamientos se limitaron a las primeras semanas y a algunas zonas del centro y el este de Java. Incluso se supo, por publicaciones que aparecieron durante el régimen de Suharto, que el empleo de armas por el PKI y la construcción de empalizadas por los izquierdistas en estas zonas

fueron, en gran parte, defensivos.[159] En otras partes del archipiélago se incitó al odio mediante rumores e invenciones propagandísticas acerca del asesinato de generales o de la existencia de listas comunistas de la muerte. Lo que más asombró a muchos testigos fue la poca resistencia de los «comunistas» ante su exterminio.

La violencia contra supuestos comunistas a menudo fue motivada por disputas sobre la tierra entre individuos o comunidades. Los grandes terratenientes organizaron actos de exterminio, evidentemente para prevenir futuras amenazas a sus propiedades, como en el Timor Occidental.[160] Las casas y los campos de decenas de miles de origen chino, expulsados de las tierras internas de Borneo Occidental en 1967 por supuestas simpatías hacia los comunistas, fueron tomadas por Dayaks locales. Enormes propiedades como casas, mobiliario, vehículos, campos arroceros secos o inundados, viveros para peces o radios fueron, o bien confiscadas por las autoridades o bien apropiadas por individuos, sin dejar en la práctica ninguna oportunidad para que sus propietarios las recuperaran, con nulas perspectivas de que los ex presidiarios retornaran a sus aldeas.[161] Sin embargo, a la larga, tierras y negocios a menudo terminaron en manos de los transmigrantes, apoyados por los militares.[162] Los beneficiarios de la limitada reforma agraria y las ocupaciones de tierras anteriores a octubre de 1965, que habían sido apoyadas por el PKI y el BTI, con frecuencia se vieron obligados a devolver los predios recibidos, y la reforma agraria llegó a su fin. Varios cientos de miles de hectáreas fueron devueltos a los antiguos y ricos terratenientes ya que, debido al habitual tamaño de las distribuciones, fueron consideradas como pequeñas propiedades.[163] La expulsión o el asesinato de los ocupantes de las plantaciones fueron un fenómeno de masas. Hasta algunos ricos terratenientes murieron por sus tierras, las cuales terminaron en manos de políticos o funcionarios locales. En las ciudades, personas de ricos vecindarios

urbanos a veces fueron detenidas sólo para que alguien más pudiera adueñarse de sus casas.[164]

La religión había desempeñado un papel importante en conflictos violentos en Indonesia desde el decenio de 1950, especialmente en la rebelión del Darul Islam, que afectó a múltiples regiones. Sin embargo, tales choques habían ocurrido entre islamistas y representantes del Estado secular, mientras que casi no había habido comunistas entre las víctimas. Ahora bien, el supuesto desprecio de los izquierdistas hacia la religión fue uno de los principales argumentos para los asesinatos en diversos contextos. En unos volantes, los islámicos tildaban a los comunistas de ser «antirreligiosos y enemigos de Dios», y «demonios». Los asesinatos ocurridos en Pasuruan, en el este de Java, empezaron siendo incitados por un anunciante de la mezquita central. En varios lugares, entre ellos Kediri, al este de Java, los asesinos fueron bendecidos por dirigentes islámicos, o se emitió una *fatwa*. El hecho de que la mayor parte de los raros conflictos anteriores —en comparación con las luchas por la tierra— con una connotación religiosa registrados en el este de Java antes del golpe fueran incitados por el teatro popular parece indicar que las provocaciones de los comunistas eran casi insignificantes.[165] Sin embargo, los conflictos por las tierras también pudieron ser interpretados como ataques al islam, ya que muchos grandes terratenientes habían transferido sus tierras sobrantes a mezquitas o escuelas religiosas, y la reclamación de estas tierras fue interpretada como un ataque directo al islam.[166] En contra de la opinión de Iwan Sudjatmiko (basada en la prensa), los conflictos por asuntos religiosos también parecen haber levantado a los hindúes de Bali contra el PKI, siguiendo una incitación sistemática de sacerdotes hindúes pero, una vez más, no se sabe con claridad hasta dónde esto fue resultado de acciones de los izquierdistas. En la práctica, muchos comunistas siguieron siendo devotos. El gobernador Sutedja y los dirigentes

comunistas no dejaron de pedir que se legalizaran los matrimonios entre hombres comunes y mujeres brahmanas, poniendo así en duda el sistema de castas y, con ello, el orden social. Los rumores acerca del robo de reliquias en los templos parecen menos convincentes y no hay verdaderas pruebas de que los comunistas se burlaran de las observancias religiosas.[167] Como en la persecución de animistas y ateos, la violencia parece haberse basado más en vagas sospechas y suposiciones generales de hostilidad, y menos en anteriores choques demostrables.

Profesiones enteras quedaron bajo sospecha. Los organizadores de sindicatos, los pescadores y los trabajadores de plantaciones fueron los primeros sospechosos.[168] En 1966 los precios de los famosos tallados en madera de Bali y el batik del centro y este de Java se fueron a las nubes, ya que numerosos artesanos, muchos de los cuales pertenecían a un sindicato comunista, habían sido asesinados. En Timor Occidental no era fácil conseguir un plomero porque había habido una desconfianza colectiva hacia tales trabajadores.[169] «Muchos, si no todos los miembros de grupos de danza balineses se cuentan entre las víctimas», notó un observador; entre ellos, muchas mujeres. En la isla de Buru fueron aprisionados veintenas de titiriteros de sombras y músicos de gamelán.[170] En el este de Java muchos actores del teatro *ludruk* fueron degollados por asesinos del NU. Se dijo que 80% de los actores de sombras del centro de Java habían sido asesinados. En 1988, los titiriteros de sombras todavía estaban clasificados entre las profesiones más peligrosas a las que se aplicó el concepto de «limpieza ideológica», de modo que los antiguos izquierdistas ya no pudieron actuar.[171] En 1965, en muchas regiones también se dio muerte rutinariamente a los profesores; otros fueron a dar a prisión o logaron huir. Para el nuevo año escolar el Ministerio de Educación notó que faltaban 40 000 de los 93 000 maestros necesarios.[172]

Al nivel de la élite, la persecución de los izquierdistas y, con ella, un profundo cambio en la orientación política del país, abrieron oportunidades de hacer carrera en la política, en los altos escalones de la burocracia y en la academia. En Bali el PNI trató de eliminar a su último gran adversario en la política regional. Respecto al «reinado del terror» en Java, un periodista observó que algunos extremistas «deseaban poner a todo el mundo de vuelta en *sarongs* [...] pero los jóvenes dirigentes de las organizaciones musulmanas de masas no dieron señales de fanatismo o de semejante ambición».[173] «Las purgas pasadas y las futuras abrirán muchas vacantes que tanto el ejército como los partidos políticos están ansiosos por ocupar», comentó la Embajada de los Estados Unidos.[174] En las filas más humildes, si los artistas derechistas exigían la persecución de sus colegas izquierdistas, con resultados devastadores, si estudiantes universitarios seleccionaron y mataron a sus compañeros comunistas, los estudiantes de preparatoria atormentaron a los suyos y las organizaciones de mujeres y esposas de policías recibieron órdenes de expulsar a todas las miembros «comunistas» y de apoderarse de los jardines de niños de Gerwani,[175] se borraron los límites entre el simple hecho de que estos perpetradores eran quienes mejor podían identificar a los izquierdistas y las ventajas que obtenían eliminando así a la competencia.

Muchos de los estudiantes universitarios urbanos de la clase media también lucharon por su derecho a hacer fiestas. Se organizaron algunas manifestaciones de estudiantes como festivales en los que se exhibieron ropas y cortes de pelo a la moda, y además se tocaron, cantaron o bailaron canciones *pop*. El PKI, junto con Sukarno, había denunciado las películas y la música extranjeras y ayudó a limitar su propagación; los estudiantes «tenían miedo hasta de organizar reuniones» antes de liberarse de sus opresores en materia de gustos. En 1966 estaciones de radio estudiantiles patrocinadas por el ejército les ofrecieron la oportunidad de difundir

su nueva cultura juvenil. Una de las nuevas medidas de la administración de la ciudad de Yakarta, después de ese año, fue legalizar el juego de azar para aumentar sus ingresos.[176] Subchan, político del NU y presidente del KAP-Gestapu, fue apodado el «ulama de la danza» porque frecuentaba clubes nocturnos y consumía alcohol en público.[177]

Casi todos los especialistas convienen en que relativamente pocas veces se eligió específicamente a mujeres para ser asesinadas en 1965-1966,[178] aunque muchas murieron en el exterminio de familias enteras. Al principio, al parecer, muchas mujeres fueron arrestadas; en enero de 1966, casi 25% de los detenidos en los centros de internamiento de Sumatra eran mujeres, aunque en 1976 acaso representaran 10% de los detenidos que quedaban por todo el país, según Amnistía Internacional.[179] Queda en pie la pregunta de por qué —dado que la organización femenina Gerwani, favorable al PKI, fue tan frecuentemente denunciada—[180] los asesinatos fueron, sobre todo, de hombres. Dejando aparte las inhibiciones culturales y la escasa representación de las mujeres en la izquierda política (menos de 20% de los miembros del PKI y de la Juventud Popular eran mujeres), diríase que las mujeres parecieron menos una amenaza política, una competencia por el poder o rivales económicas o profesionales. Probablemente se buscaron otros medios para subyugar a las mujeres aparte del asesinato, como la humillación sexual y, por último, neutralizarlas dejándolas viudas, agobiándolas con el cuidado de su familia.

EL CONTEXTO: EL CAMBIO SOCIAL Y LA POLARIZACIÓN POLÍTICA

Esta sección estará dedicada a contextualizar la violencia de 1965-1966 dentro de los procesos a largo plazo en la sociedad indonesia. Es un análisis breve de la dinámica, los conflictos y las complejas

identidades de grupo y de lealtades que existían en Indonesia en 1965, enfocado básicamente en el campo, donde residía 85% de la población y donde se cometió la mayoría de los asesinatos.

Según una interpretación que ejerció influencia pero que no es universalmente aceptada, con base en las obras de Clifford Geertz y de otros, la Java rural se caracterizaba por *aliran* (corrientes) verticales y no por divisiones de clases. Según esta opinión, había tres grupos culturales y socioeconómicos: los *santri* —musulmanes ortodoxos, en lo económico grandes terratenientes y mercaderes—; los *abangan* —musulmanes nominales que mezclaban el islamismo con antiguas prácticas animistas, hindúes y budistas, idénticos a los pobres del campo—, y los *prijaji* —nacionalistas modernistas con poco interés en la religión o de creencias hindúes, en general burócratas que rara vez vivían en las aldeas. Según se cree, esto dio una gran cohesión a las aldeas pertenecientes a las corrientes *santri* o *abangan,* donde, supuestamente, la gente vivía en pobreza compartida, sin considerables diferencias sociales. Decíase que sin mayores tensiones de clase, el sistema había dado por resultado una «involución» agraria, una apacible decadencia por medio de la atomización de las granjas debida al aumento de población, mientras el pueblo se aferraba rígidamente a sus tradiciones.[181]

Y sin embargo, pese al hecho de que había unas cuantas grandes propiedades, sí existían diferencias económicas muy marcadas y una continuada diferenciación de clases en las aldeas. Un estudio colectivo de las aldeas indonesias efectuado en la época cuestionó la «idea popular de que la vida de aldea es pacífica» (lo cual no es realista, aunque también fuese ésta una imagen prominente en los estudios «occidentales»): «la tierra, la posición social y el prestigio, las diferencias entre generaciones y la diferencia entre los sexos pueden ser causas continuas de frecuentes fricciones».[182] Al llegar 1963, 67% de todos los campesinos terratenientes de Indonesia poseía menos de 0.5 hectáreas (un poco menos de 70% en 1940).[183] Una cuarta parte poseía dos hectáreas o más. Un tercio de las

familias rurales de Lombok carecía enteramente de tierras, y 42% de las tierras labrantías de Lombok habían sido hipotecadas a terratenientes. Como en Java, 80% de las familias tenía que dedicarse a la aparcería o al trabajo asalariado, o a ambos, a menudo para más de un terrateniente. Como otras regiones, Lombok se encontraba en transición de una difundida propiedad de la tierra al trabajo asalariado, que llegaría a ser común a comienzos de la década de 1970.[184] La falta de tierras, los bajos salarios rurales y un consumo sumamente bajo en calorías y en arroz caracterizaron la situación por todo el archipiélago; también una gran baja en la producción de maíz, tapioca y patatas: el consumo de los muy pobres.[185] Una pobreza cada vez más profunda y generalizada afectó indirectamente, asimismo, el presupuesto del Estado, ya que los ingresos por impuestos directos habían estado cayendo desde el decenio de 1950.[186] En esta situación prolongada y casi intolerable, las prácticas tradicionales de *gotong rojong* (ayuda mutua) y, por lo tanto, la cohesión en las aldeas, cobraron extrema importancia mientras que, por otra parte, la ayuda mutua sólo tenía un capacidad muy limitada para salvar del colapso a las familias pobres,[187] lo que dio por resultado una diferenciación de clases.

La pobreza rural y las costumbres represivas de las aldeas provocaron una emigración a gran escala. Durante toda la década de 1960, pero especialmente después de 1965, era común ver a pobres vagabundos por los caminos; las ciudades recibieron una enorme afluencia de campesinos desempleados, y la falta de hogar se hizo común.[188] En la «revolución de las aldeas» que transformó los campos, muchos campesinos tradicionales no pudieron conservar sus tierras porque la propiedad —en promedio, 0.3 hectáreas— se había vuelto demasiado pequeña para mantener a una familia. Mientras que grandes terratenientes, hombres de negocios y funcionarios compraban o alquilaban sus tierras, atraídos por el aumento del valor de la tierra y de los precios de sus productos, los

ex campesinos se iban a trabajar a las ciudades como conductores de *pedicab*, vendedores callejeros, «culíes», empleados de restaurantes o simples vagabundos. Unos cuantos se quedaban como aparceros en sus aldeas.[189] Otros alquilaban la tierra, otros más buscaban empleos adicionales, además de trabajar sus pequeños predios pero, dadas las adversas tasas y los bajos salarios rurales, esto también podía endeudarlos. Debido a estas condiciones competitivas, las costumbres locales a menudo limitaban la ida a otras aldeas, pues los recién llegados eran excluidos durante años de la comunidad, de sus ritos y de sus mecanismos protectores, y expulsaban a los miembros que se enfrentaban así a una existencia díficil.[190] Dada semejante hostilidad, los migrantes usualmente preferían trasladarse a las ciudades o a las islas más remotas.

La pobreza rural fue reforzada y el cambio se vio acelerado por las hambrunas de mediados de la década de 1960. A finales de 1963 y comienzos de 1964, partes de Java además de Bali fueron azotadas por una sequía. En febrero de 1964 *Reuters* informó que un millón de personas habían sido víctimas de inanición en el centro de Java, donde miles fueron atendidos de edema y desnutrición.[191] Asimismo, en algunas zonas del oeste de Java el pueblo hacía sólo una comida cada tercer día. También partes del este de Java sufrieron, en particular el subdistrito de Ponogoro, donde 80 000 personas padecieron edema por hambre.[192] En Bali, erupciones volcánicas ocurridas en marzo y en mayo de 1963 mataron por lo menos a 2 000 personas, desplazaron a 75 000 y dañaron las parcelas hasta de 250 000 campesinos: casi un tercio de los productores agrícolas, sobre todo en el este de la isla. Cuando la situación se agravó por la sequía, una hambruna en 1964 afectó al menos a 18 000 personas, sobre todo a la población rural que tenía pocas tierras. De 1964 a 1965 el precio de la tierra en Bali casi se duplicó.[193] En 1966 la cuenca del río Solo provocó inundaciones en el centro de Java. El hambre de Lombok de 1966, causada por sequía, inflación, fallas

administrativas y las continuas exportaciones de arroz desde la isla «movidas por el afán de lucro» ocasionó, quizás, 50 000 muertes.[194] Un viajero australiano describió algunas de las consecuencias de la hambruna del «cinturón del hambre [...] al sur y al este de Yogyakarta» en el centro de Java, al llegar después de que lo peor había pasado, a comienzos de 1965: en el caso de la sequía, los pequeños terratenientes «sufrieron gran hambre, ancianos y niños murieron, y decenas de miles tuvieron que mendigar en las calles de Yogyakarta, Surakarta [Solo], Semarang y Surabaya [en el este de Java]». En las ciudades proliferaron la prostitución y el crimen.

Los aldeanos arruinados empezaron a buscar segundos empleos y a pedir prestado a sus vecinos, luego vendieron sus muebles, empeñaron o vendieron sus tierras, y finalmente se fueron cuando no bastó el dinero que habían reunido, porque había muy pocos empleos rurales miserablemente pagados y una superabundancia de mano de obra barata. Algunos llegaron a vender a sus hijos: señal de la mayor desesperación en una hambruna. En las aldeas y ciudades al menos tenían acceso al agua, algunos a cocinas de arroz organizadas de emergencia por el gobierno, o pudieron encontrar productos de desecho y vender chatarrra, o vivir con algunos amigos.[195] Pese a una cosecha récord de arroz en 1965,[196] el hambre sirvió de catalizador; muchas tierras cambiaron de manos, élites de aldeanos salieron ganando y no todos los refugiados fueron capaces de regresar, aunque lo desearan. En lo local esto también desencadenó movimientos religiosos carismáticos, algunos de cuyos miembros después se volvieron contra los comunistas.[197]

La gente del campo desprovista de tierras, los citadinos pobres, e incluso parte de la clase media citadina, se vieron afligidos por otro proceso de redistribución: la hiperinflación de 1965-1967. En 1965 los precios se elevaron 500%, y hasta 650% en 1966.[198] El alza en los precios de la canasta básica fue aún más drástica. Los precios del arroz se dispararon 900% en 1965 y el racionamiento sólo benefició a

oficiales del gobierno, empleados de empresas estatales, personal de las fuerzas armadas y algunos habitantes de la ciudad. Los precios del arroz casi se cuadruplicaron entre agosto y finales de septiembre de 1965, cuando el tipo de cambio del dólar estadunidense en el mercado negro alcanzó niveles sin precedentes. Junto con la violencia, lo que recordarían los indonesios décadas después sobre 1965 serían la crisis económica, la inflación y los elevados precios de los alimentos.[199] Aunque la inflación fue peor en Yakarta, en general la ingesta calórica diaria promedio bajó a alrededor de 1 800, y el consumo de arroz cayó 17% en 1964-1965; entre quienes se encontraban por debajo del nivel medio de ingresos bajó 40%,[200] y en parte fue sustituido con yuca o maíz.

No es de extrañar por qué los jóvenes fueron el principal grupo involucrado en las matanzas, como autores y como víctimas; la trayectoria de los adultos jóvenes en esta situación estuvo bloqueada: resultaron principalmente afectados por la falta de tierras, ya que las tierras de la familia tendían a permanecer como patrimonio de los padres y había demasiada competencia por los pocos trabajos asalariados. Pertenecientes a una generación poscolonial segura de sí misma, alimentada con historias sobre opresión pretérita vencida a través de la exitosa lucha por la independencia, con el índice de alfabetización más alto y muchos hablando indonesio bastante bien y no sólo lenguas regionales, pero frustrados, desempeñaron el papel más activo en la vida comunitaria del pueblo. Hicieron especial hincapié en la práctica de la ayuda mutua tradicional (ahora fortalecida y transformada por medio de nuevos canales, como organizaciones campesinas y sindicales) y políticamente fueron los más activos.[201]

Con el cambio paulatino, pero radical con el tiempo, del ambiente rural, el papel tradicional de las mujeres también fue replanteado. Se integraron cada vez más a la esfera pública: muchas tuvieron que sumarse a las labores asalariadas y otras se dedicaron a la política. Si los religiosos y otros hombres (incluso quizás algunas mujeres) se

opusieron encarnizada y en ocasiones violentamente a las supuestas libertades sexuales que tomaron las mujeres, como durante la campaña de propaganda anticomunista, lo hicieron porque dichas libertades se presentaban como símbolo del caos social y también como señal de un cambio que no aceptaban.[202] La agitación no condujo sólo a la violencia física masiva en contra de las mujeres, sino también a la explotación y la opresión específicas a largo plazo, lo que las convirtió en la mitad de la población perdida en 1965.[203]

La miseria del creciente número de pobres rurales y la presión de los comunistas obligaron al gobierno a reaccionar con una limitada reforma agraria. Según la Ley Agraria Básica de 1960, había que redistribuir todas las propiedades que superaran un máximo de cinco hectáreas de tierras de riego y seis hectáreas de tierras de aluvión (grandes predios, según los niveles de Java). También estableció condiciones para que la propiedad individual remplazara los derechos tradicionales de propiedad o uso colectivos de la tierra.[204] Aunque la reforma agraria pudo, si acaso, ofrecer tierras a 6% de los cuatro a cinco millones de aparceros del país, tropezó con una enconada oposición, lo que muestra que los comunistas indonesios —aunque lejos de ser revolucionarios— sobrevaluaron la tolerancia de las élites influyentes incluso a una reforma modesta. Los granjeros más ricos reaccionaron inventando o complicando deliberadamente las reglas tradicionales, o creando enmiendas locales o bien obstáculos legales, u organizando transacciones falsas. Tal resistencia, apoyada por el régimen de Suharto, significó, por ejemplo, que en 1966 menos de la mitad de las limitadas tierras destinadas a su redistribución en un distrito de Bali fuesen entregadas. Por todo el país tan sólo 200 000 hectáreas oficialmente fueron transferidas al llegar septiembre de 1965.[205]

Bajo enorme presión de la base de sus miembros, el PKI apoyó la reforma agraria con las llamadas «acciones unilaterales» tratando de superar la resistencia de los propietarios, es decir, espectaculares

ocupaciones de tierras que a menudo contaron con el apoyo de cientos de personas. Algunas rebasaron el límite de las regulaciones de la reforma agraria; dichas «acciones unilaterales» se relacionaban con conflictos de tierras entre propietarios y aparceros u ocupantes. Sirvieron de demostración y medio para aumentar el poder del PKI como parte nuclear de una radicalizada estrategia de partido desde 1963, aunque éste aún trataba de actuar dentro del sistema político existente, sin optar por el camino de la lucha armada.[206] Estudios e investigaciones del PKI en las aldeas —que fueron de excelente calidad pero, en su mayor parte, efectuados en 1964 y 1965, después de comenzada la campaña de la reforma agraria— mostraron una alta concentración de la tierra en provincias como el centro y el este de Java, y el norte de Sumatra.[207] El Partido Comunista tuvo que suspender sus «acciones unilaterales» en diciembre de 1964, bajo presión del presidente Sukarno, de la jefatura militar y de grupos de derecha en las provincias; sin embargo, no cesaron por completo las luchas por la tierra. De todos modos, más sustancial fue una mejora de las condiciones de la cosecha, de acuerdo con la Ley de Aparcería de 1960. Aquí, el PKI pidió para sus aparceros una parte de la cosecha, de 50 o 60%, aunque en realidad sólo recibieron entre 25 y 50%.[208] En 1964-1965, el PKI hizo campaña más generalmente contra los «siete demonios de aldea»: los terratenientes indonesios y extranjeros, los granjeros ricos, los usureros, los prestamistas que exigían pagos en especie, los corredores que compraban productos agrícolas al menor precio y los «burócratas capitalistas», lo cual solía significar oficiales militares con funciones administrativas.[209] Durante las hambrunas de 1963-1964, el PKI y el BTI organizaron viajes en camión de las aldeas a las ciudades; alcaldes y organizaciones comunistas trataron de comprar las tierras y las casas de los aldeanos arruinados, para conservarlas y después revenderlas a sus propietarios, lo que también los hizo entrar en conflicto con las élites locales, ávidas por lucrar con la miseria. Los comunistas

organizaron manifestaciones de hambre y de mendicidad y bloquearon los caminos, en los que volcaban los vehículos de los conductores que se negaban a pagar.[210]

Estos desafíos al orden tradicional, así como las respuestas que encontraron, tuvieron su equivalente en una política de enfrentamiento de los partidos que invadió las provincias.[211] Desde la revolución de 1945 hasta las elecciones nacionales de 1955, la política se había fragmentado cada vez más en docenas de partidos y de grupos. Los años sin elecciones después de 1957, el sistema de la Democracia Dirigida con la pérdida de la representación parlamentaria (1959-1965) y las regulaciones impuestas a los partidos en 1959-1960 (que exigían por lo menos 150 000 miembros, con comités que llegaran a diferentes regiones del país), no dieron por resultado una declinación de la política de partidos, sino que hicieron que los partidos se volvieran más fuertes, con un mayor número de comités, mejor coordinación entre ellos, nexos más sólidos con las organizaciones de masas afiliadas, más manifestaciones y nuevas actividades, dirigentes de partido más jóvenes y el afán de ganarse más miembros como capital político para influir sobre la política nacional. Con una organización mejorada y más extensa, el NU y el PNI también trataron de contrarrestar los avances del PKI en las elecciones regionales de 1957 en Java.[212] A mediados de 1965, Indonesia tenía nueve partidos políticos, tres de ellos importantes (PNI, NU y PKI), todos con sede en Java, y los seis restantes con entre 200 000 y 400 000 miembros cada uno.[213] El PKI, con tres millones de miembros, ni siquiera era el mayor partido político; el PNI afirmaba tener de cuatro a ocho millones de miembros, y el NU entre cuatro y seis millones. Aunque es probable que estas cifras fuesen exageradas (algunos partidos ni siquiera pedían cuotas), sí mostraron una creciente polarización de la política local.[214] Además, tres partidos que habían sido proscritos entre 1960 y enero de 1965 habían conservado cierta influencia: el

Masyumi, modernista-islámico (antes, la cuarta gran fuerza en la política indonesia, representante de las islas exteriores, unido con la todavía legal organización de masas Muhammadiyah y con la organización estudiantil HMI); el PSI, socialdemócrata, con cierta influencia entre los intelectuales, y el Partido Murba, nominalmente trotskista, del ministro Adam Malik, con su base principal en el oeste de Java.

No sólo el PKI, sino hasta el más pequeño de estos partidos estaba afiliado a organizaciones de masas: sus propios sindicatos y asociaciones femeninas y juveniles. Por ejemplo, la unión islámica Gasbiindo, relacionada con Masyumi, afirmaba poseer tres millones de miembros; el KBM del PNI decía tener 1.6 millones en 1965 y cuatro millones en 1968, y las organizaciones del PNI, en total, más de siete millones. Antes y después de 1965 tuvieron conflictos no sólo con el PKI. El PNI y el NU tenían, asimismo, sus propias organizaciones campesinas.[215] Todos los partidos llegaban al nivel de aldeas, pero en lugares pequeños había incluso *boy scouts* afiliados a los partidos y, asimismo, en las ciudades, jardines de niños separados. En una aldea del oeste de Java había organizaciones femeninas relacionadas con el PKI, con Masyumi y el PNI, más otras dos para las esposas de administradores y policías. En 1963, organizaciones del PKI estuvieron presentes en 62% de todas las aldeas de Indonesia. Dependiendo de la distribución del poder local, los aldeanos también se unían a partidos por razones no ideológicas como, por ejemplo, para participar en obras de desarrollo o para colocar a un niño en una escuela.[216] Así, una gran parte de los adultos de Indonesia estaban afiliados de una manera u otra a un partido político: casi una tercera parte de 52.5 millones de votantes registrados por el PKI.[217] Los índices de alfabetización de cerca de 60% (más altos entre la generación joven) también muestran que grandes partes de la población estaban capacitadas para participar en política.[218] Las líneas políticas se cruzaban entre aldeas y familias. Por ejemplo, el

general Parman, jefe de la inteligencia militar, muerto durante el golpe de 1965, había sido hermano del miembro del Politburó del PKI, Sakirman, ejecutado sin juicio en 1966; decíase que otros dos hermanos suyos eran miembros del NU y del PNI.[219]

La organización política según estos lineamientos fue crucial para la violencia de bajo nivel entre organizaciones islámicas y organizaciones pro comunistas, que estalló en 1964-1965 como resultado de un conflicto socioeconómico, y que costó docenas de vidas. Pugnas por la tierra fueron el punto de partida prevaleciente de tales choques. El PKI intervino en disputas, frecuentemente mezquinas, entre terratenientes y aparceros, en las que a veces se puso de parte de los primeros. Sea como fuere, los comunistas alienaron el otro bando.[220] El Consulado de los Estados Unidos en Surabaya informó de asesinatos «diarios», advirtió que no se viajara por ciertas regiones y transmitió rumores de que «estaba forjándose un "nuevo asunto Madiun"»; otros observadores también esperaban «un auténtico enfrentamiento».[221] Dejando aparte las pugnas por la tierra, las reuniones públicas de uno de los bandos fueron atacadas, y diversos grupos musulmanes, entre ellos el Ansor y el HMI, atacaron a los comunistas, según se dijo, por haber insultado su religión.[222] En el este de Java, centro de tal violencia (donde después ocurrirían las mayores matanzas), los ataques de los musulmanes pusieron al PKI a la defensiva a comienzos de 1965, obligándolo a cambiar de política. También brotaron violentos conflictos en el norte de Sumatra, el centro de Java, Bali y Sulawesi.[223]

Estos conflictos hicieron surgir, asimismo, dos características de las ulteriores matanzas de comunistas, típicas de las sociedades extremadamente violentas: coaliciones anti PKI y un brote de milicias. Varios grupos musulmanes políticos, juveniles y de estudiantes se unieron para atacar manifestaciones del PKI en el este de Java; el NU, el PSII, el Muhammadiyah y el sindicato Gasbiindo condenaron, unidos, los supuestos ataques del PKI al islam.[224] Esto lo

facilitó el hecho de que los comunistas a menudo se pusieran de parte de minorías como los ocupantes de tierras, los migrantes o los chinos. A comienzos de 1965 el PKI había hecho resurgir la antigua proposición de armar a millones de indonesios en una «quinta fuerza» para fortalecer la defensa territorial y así disuadir de ataques británico-malayos contra la república. A esto se opusieron en gran número los militares, pues habría dado al PKI acceso a unidades armadas e influencia en cuestiones de la defensa. Vacilando, algunos comandantes regionales aceptaron organizar pequeños contingentes.[225] En su mayoría, interpretaron a la inversa las intenciones del PKI. En el norte de Sumatra el comandante regional, general Mokoginta, planeó atraer a una mayoría de civiles a la fuerza auxiliar, «de organizaciones de obreros y campesinos no comunistas».[226] Esfuerzos similares hizo la división territorial de Siliwangi, en el oeste de Java, cuyo comandante, Adjie, afirmó en junio de 1965 que podía movilizar a tres millones de personas, armar una parte, organizar un ejercicio militar que incluyera hasta un millón, y que «podía aplastar la organización del PKI en el oeste de Java» en 72 horas.[227] Sin embargo, en octubre de 1965, poco después del golpe de Estado, Adjie desarmó al menos a una parte de los guardias civiles para reducir las tensiones, mientras que en la zona de Mokoginta se les dieron armas y se azuzó a la violencia. Unidades del Cuerpo de Defensa Civil habían sido previamente purgadas de supuestos simpatizantes comunistas (73 000 tan sólo en el norte de Sumatra).[228] En diciembre de 1965 se publicaron planes de formar una Guardia de Defensa Interior, de no menos de 20 divisiones, de las cuales el NU y el PNI formarían 20% de sus miembros cada uno, y el Muhammadiyah, el PSI, el IPKI, el Partido Católico y Parkindo, 10% cada uno.[229] Además, tradicionalmente el ejército contaba con tres regimientos de estudiantes armados, con base en Solo, Bandung y Yakarta; su papel en la violencia aún está por precisarse.[230]

A principios de 1965 también se organizaron formaciones políticas. En marzo de 1964, Ansor, la organización juvenil del NU, ya había establecido un cuerpo armado: «Banser» (Unidades para Todo Propósito), para contrarrestar las acciones de los comunistas, sobre todo las relacionadas con ocupaciones de tierras. En 1965, el Mujhammadiyah estableció el Kokam (Comando de Vigilancia de Juventudes Mujhammadiyah) con similares objetivos, el PNI «Banra» (en Bali «Tameng»), y los católicos del este de Java fundaron los «Guardias de la Brigada de Jesús». Los militares empezaron a entrenar a éstas y otras milicias.[231] Los líderes de Ansor alardearon de contar con dos millones de miembros, diciendo que, en comparación con el Pemuda Rakjat del PKI, «aunque más pacíficos [...] eran más fuertes y que de ser necesario podían movilizar a un número mucho mayor de jóvenes para hacer frente a cualquier amenaza a los intereses de Ansor», ya fuese «religiosa» o con «tonos políticos».[232]

Las fuerzas armadas participaron en tales conflictos por sus diferencias ideológicas con el PKI, pero también por crecientes intereses económicos de los militares y su formación de una red de poder y corrupción, intensificada por la fuerza que les dio la ley marcial, de 1957 a 1963. Por ejemplo, el 1º de octubre de 1965, uno de cada cuatro oficiales del grado de coronel para arriba fue empleado también fuera del ejército, incluyendo a 18 ministros de gabinete, 12 embajadores, nueve gobernadores y 25 personas con altos puestos en el gobierno —números que aumentaron después de 1965—.[233] Suharto no fue más que un ejemplo de la corrupción abiertamente practicada y reconocida en el cuerpo de oficiales, que afectó varios sectores de la economía, desde el comercio exterior hasta la minería, y que también tuvo que ver con el programa de «acción cívica» del ejército.[234] El PKI estorbaba a la estrategia de desarrollo de las fuerzas armadas (de crear una clase comercial no china con marcada participación militar) basada en lucrar con

exportaciones y en inversión extranjera capitalista.[235] Las plantaciones fueron un ejemplo. Al llegar 1965, muchas propiedades públicas —a saber, las que antes habían estado en manos holandesas o británicas— habían quedado bajo el dominio militar. El sindicato Sarbupri, de trabajadores de las plantaciones, afiliado al PKI, exigió mayores salarios y mejores condiciones laborales. En particular, los trabajadores transmigrantes, entre la fuerza laboral de las propiedades, pero también entre los ocupantes de tierras no utilizadas de las plantaciones, fueron algunos de los más fanáticos partidarios del PKI. Esto le creó al partido un conflicto con los militares. Por esas razones, el PKI era un obstáculo para los intereses económicos de los militares, bloqueando la intensificación de las operaciones en plantaciones.[236] Después del 1º de octubre de 1965 los militares resolvieron este problema asesinando al menos a 50 000 trabajadores de las plantaciones, centrándose en Sumatra, con la ayuda del partido IPKI, afiliado al ejército, y del sindicato SOKSI, su partidario, que había sido alimentado por los militares en las plantaciones durante varios años.[237] Desde meses antes del golpe habían corrido rumores de que el comandante militar del occidente de Java, Adjie, había arrestado preventivamente a 1 400 trabajadores de las plantaciones, pro comunistas; 400 fueron liberados y 1 000 «enterrados».[238]

Tal vez la mejor manera de comprender la situación ocurrida en 1965 sea dentro de un marco de lealtades en conflicto. En lugar de claras y marcadas divisiones entre *alirans* o clases, durante este periodo de profunda transformación social, los indonesios del campo sintieron que pertenecían a grupos divididos entre líneas de comunidad de aldea, partido, religión, clase y etnia, o bien, su solidaridad fue reclamada por dichos grupos.[239] El hecho es que no todas estas lealtades podían coexistir, lo cual produjo enfrentamientos entre grupos, con terribles consecuencias para algunos, según el grupo al que sentían que pertenecían o, lo que es

más importante, a qué grupo se consideraba que pertenecían. Los puntos focales de las matanzas de 1965 se encontraron en los lugares en los que era peor la pobreza: donde más numeroso era el proletariado rural de trabajadores sin tierras, de pequeños aparceros y microcampesinos, y donde las acciones unilaterales del PKI habían sido más intensas: en las zonas de Klaten, Bojolali y Solo en el centro de Java, en Kediri y Banyuwangi en el este, en Cirebon y Garut (Java Occidental), y en Madura, Bali, Lombok y cerca de Medan (Sumatra Septentrional).[240] En muchas de estas áreas también coincidieron las hambrunas y los desplazamientos de 1963-1965. Lo que no necesariamente significa que los conflictos del decenio de 1960 estuviesen basados en menor grado en *alirans* o afiliación a partidos que en luchas por la tierra.[241] Ambos aspectos estuvieron vinculados. Lo que las críticas condiciones materiales desencadenaron fue el cuestionamiento de identidades, tradiciones y papeles políticos.

OTRAS VÍCTIMAS

Los comunistas y los miembros de organizaciones afiliadas al PKI no fueron los únicos arrastrados al torbellino de la violencia. La investigación de 1966 efectuada para Suharto incluyó el cálculo de que, de un millón de víctimas, una de cada cinco había sido «por error contra no comunistas».[242] Algunos fueron considerados, erróneamente, como izquierdistas; otros pertenecían a minorías ya tradicionalmente atacadas en tiempos de crisis o de violencia; otros más siguieron siendo blanco porque la atmósfera y la práctica de la violencia ofrecieron una oportunidad para que sus enemigos o rivales se libraran de ellos. Pensando en lo heterogéneo de la coalición de la violencia, en esta sección intentamos aportar explicaciones de por qué hubo una persecución contra tales grupos, por qué fue en general menos intensa que contra los comunistas, por qué adoptó

formas parcialmente distintas del destino de la izquierda política y por qué ocurrió cuando ocurrió.

La minoría china en Indonesia —cerca de tres millones de personas, la mitad de ellos ciudadanos indonesios, los otros o bien ciudadanos de la República Popular China, de Taiwán, o sin ciudadanía precisa— había sido tradicionalmente víctima de una persecución violenta u oficial. Ya fuese en las épocas de crisis de 1945, 1948, 1959-1960, 1963, 1974, o bien en 1996-2000, la minoría china fue atacada, saqueados sus departamentos, tiendas y vehículos, y periódicamente miembros de su comunidad eran expulsados.[243] Ciertos observadores notaron una coincidencia de problemas para las personas de origen chino a comienzos de 1966 en Filipinas, Birmania, Vietnam del Sur, Indonesia y la secesión de Singapur de Malasia, y una conexión con la crisis económica del sudeste de Asia —cuando políticas etnonacionalistas limitaron, cerraron o expropiaron propiedades comerciales de «chinos»— y la política de la Guerra Fría.[244]

Una parte considerable de la clase media indonesia, incluyendo a quienes se dedicaban al comercio, a negocios productivos y profesiones libres, y 10% de la población urbana del país, era china. Otros les envidiaban su riqueza y educación, los acusaban de ser responsables de la crisis política y los despreciaban por su vida ordenada, su cultura y su religión separadas, su supuesta altivez social, falta de ideales políticos y una dudosa o simplemente oportunista lealtad a Indonesia.[245] Los hechos de 1965-1968 añadieron variaciones y nuevos elementos a dichos temas: como se supuso que los chinos habían sido el cerebro del golpe del 30 de septiembre de 1965, fueron identificados con los comunistas o llamados traidores que financiaban organizaciones comunistas por impulsos nacionalistas. En realidad, pocos miembros de las organizaciones afiliadas al PKI eran de extracción china; de hecho, la clase media china en gran parte no simpatizaba con el comunismo, y

los chinos izquierdistas —y otros— se organizaron en el Partindo (Partai Indonesia) o en la asociación china de autoayuda Baperki (Organismo Consultivo para la Ciudadanía de Indonesia), en lugar de ingresar en el PKI. Y sin embargo, el Partindo y el Baperki —como otros partidos políticos— se habían desplazado hacia la izquierda política a comienzos de la década de 1960, a veces haciendo eco a la política del PKI. Esto ocurrió, en parte, por causa de hechos dentro de la República Popular China, pero también porque el PKI (aparte del Partindo) fue el único partido que adoptó una firme actitud antirracista, que condenó los pogromos antichinos de 1963, inspirados por círculos Masyumi, el ejército y la policía en el oeste de Java, y que se opuso a la legislación de 1959 que trataba de impedir que indonesios chinos practicaran el comercio en las zonas rurales, lo que hizo salir del país a 136 000 personas en 1960.[246]

En 1965-1966, motines antichinos ocurrieron a menudo en conjunción con ataques a los edificios diplomáticos chinos en Yakarta, Medan, Makassar y otras ciudades, desde donde la violencia a veces se extendió espontáneamente contra civiles «chinos», aun cuando muchos de esos ataques fueran planeados. El ejército toleró dichas atrocidades, emitió permisos para hacer manifestaciones, estuvo presente durante los ataques, aportó vehículos militares o bien participó directamente.[247] Por ejemplo, un pogromo en Makassar, Sulawesi, que duró 10 horas, el 10 de noviembre de 1965; que dejó destruidas 2 000 casas, muchos negocios y cinco escuelas chinas —el equivalente a 90% de la propiedad china—, y en que fueron linchados muchos chinos, siguió a una gran manifestación de las organizaciones musulmanas juveniles Ansor y HMI, junto con el sindicato SOKSI, afiliado al ejército, y tropas encabezadas por el comandante Sjamsuddin. El pogromo de Medan comenzó después de un mitin de tres horas, de más de 1 000 jóvenes reunidos en un estadio.[248]

En contra de la opinión común, de entre quienes murieron en 1965-1966 la gente de ascendencia china no representó una gran proporción. Las numerosas notas diplomáticas chinas sobre la violencia antichina —que tratan principalmente de ciudadanos de la República Popular de China— mencionaron tan sólo un número limitado de muertes. El principal erudito en la materia ha concluido que murieron hasta 2 000 personas de origen chino.[249] Fuentes diplomáticas australianas hablaron de «cientos» de muertos chinos tan sólo en Aceh, muchos de ellos en 1966, y de 200 en el pogromo de Medan del 10 de diciembre de 1965 —cifra bastante conservadora —.[250] Como lo declaró la Embajada de la República Popular de China, en una nota del 11 de abril de 1966, resumiendo los ataques por toda la nación: «muchos [chinos] han sido asesinados a sangre fría o incluso decapitados, destripados, desmembrados o quemados vivos».[251] Otro gran número de muertes ocurrió cuando los chinos fueron expulsados por tribus dayaks (junto con los militares) de regiones de tierra adentro, del Kalimantan Occidental en 1967; entre 300 y 3 000 fueron masacrados, y un mínimo de 1 881 —otro cálculo es de 4 000—, niños en su mayoría, murieron después, a causa de las privaciones en un campamento para refugiados.[252] Además, en 1966, en el norte de Sumatra, hubo una proporción relativamente alta de personas de origen chino en miserables campos de detención después del golpe, entre ellos numerosos miembros del Baperki o el Partindo.[253] Muchos de los detenidos en estos campos al parecer fueron sumariamente ejecutados junto con izquierdistas. En total, el número de personas de origen chino que perecieron a resultas de la violencia desde octubre de 1965 hasta 1968 llegó así, al menos, a 3 000, y acaso haya superado los 10 000; pocas de estas víctimas pertenecían a organizaciones comunistas. Además, más de 100 000 tuvieron que huir de sus hogares, decenas de miles perdieron una parte considerable de su propiedad, miles abandonaron el país y fueron cerradas todas las escuelas chinas que en total enseñaban a

270 000 alumnos. Esto significa que las personas de origen chino probablemente estuvieron mal representadas en las estadísticas, entre ellas quienes murieron en esta oleada de violencia, pero que fueron más afectadas que los indonesios comunes por la emigración forzosa y por la considerable pérdida de propiedad.

Los ataques a los «chinos» —casi siempre, sin que importara si tenían la ciudadanía indonesia o no— parecen haber sido una especie de señal de partida para el desplome del orden público y de toda norma moral o legal. Coincidieron con el despegue de la peor violencia contra el PKI en muchas ciudades y poblados, especialmente donde el ejército se puso a la cabeza. A mediados de octubre comenzaron los ataques a los edificios de Baperki en Yakarta, incluso la devastación de la Universidad Res Publica. La Embajada de la Alemania Occidental fijó la fecha de una primera «oleada» de motines antichinos por todo Java cerca del 20 de octubre, es decir, al comenzar la cruzada de matanzas del RPKAD. En algunos poblados del este de Java los ataques a los chinos comenzaron no después del 14 de octubre.[254] El 20 de octubre, tres días después de que el RPKAD había llegado a Semarang, en el centro de Java, las multitudes empezaron a atacar las propiedades «chinas» así como las oficinas del Baperki y del PKI, destrozando y saqueando 100 tiendas. Lo mismo ocurrió en las ciudades de Solo (22 de octubre) y Yogyakarta. Un periodista que viajaba por la región describió después como «entabladas» la mayor parte de las tiendas «chinas» en los poblados y aldeas cercanos a Semarang.[255] Periodistas húngaros y soviéticos que pasaron por nueve ciudades, del oeste al este de Java entre el 2 y el 6 de noviembre, notaron las tiendas chinas destruidas en todas ellas.[256] Quienes encabezaron las manifestaciones contra el antiguo orden en Bandung a finales de 1965 estaban entre los mismos estudiantes que también habían dirigido el pogromo antichino del 10 de mayo de 1963 y que aprovecharon para enfrentarse al régimen de Sukarno.[257] Diplomáticos de la Alemania Occidental informaron de

la que llamaron una segunda «oleada» de violencia antichina, entre el 5 y el 14 de noviembre, incluyendo ataques de muchedumbres a los chinos en Ambon (Molucas), Makassar, Bonthain (sur de Sulawesi) y Bandjarmasin (sur de Sumatra). En Sulawesi esto parece haber coincidido, asimismo, con lo peor de la violencia anticomunista.[258] El acoso a los chinos en el oeste y el centro de Bali comenzó a principios de noviembre de 1965 y después se intensificó en violentos ataques de cientos de *hooligans* a las tiendas y residencias de gente de origen chino, con destrucción, saqueo y ataques personales, incluyendo varios asesinatos. Esto ocurrió en Singaradja del 29 de noviembre al 5 de diciembre, en Denpasar del 1º al 6 de diciembre, y en Klungkung el 6 y el 7 de diciembre de 1965. En Denpasar, comenzó cuando representantes de los hombres de negocios chinos fueron convocados al cuartel general del ejército donde se les pidió efectuar «sacrificios» financieros, o de lo contrario ocurrirían motines, como en Singaradja y Makassar. Según un periodista, los propietarios de tiendas en Singaradja y Denpasar fueron «liquidados después de unos juicios sumarios en los que se les acusó de financiar la Gestapu»,[259] pero tales muertes no han sido corroboradas por otras fuentes.

Muchos chino-indonesios fueron obligados a hacer demostraciones de lealtad que incluían, a menudo, violencia contra las instalaciones diplomáticas de la República Popular China. En un caso, la organización estudiantil KAMI envió a sus miembros de ascendencia china a Yakarta. Unos diplomáticos consideraron como «señal de desesperación humana» el que 20 000 chinos hiciesen una manifestación frente del consulado chino en Medan, repitiendo lemas como «¡Abajo China!», mientras simultáneamente rogaban a las autoridades indonesias reconocer sus derechos de ciudadanos.[260] Sin embargo, a mediados de diciembre de 1965, en su mayor parte los comités de las ramas de Baperki ya estaban cerrados, disueltos por sus propios miembros bajo la presión de un «Instituto para la

Promoción de la Unidad Nacional».[261] Dejaron de existir todas las organizaciones chinas de importancia. Las escuelas chinas —con más de 270 000 alumnos, administradas por el Baperki— fueron confiscadas, muchas de éstas destruidas y finalmente todas ellas clausuradas, así como la Universidad Res Publica de Yakarta, dando a entender que ya no sería posible dar instrucción institucional en la lengua o la cultura chinas.[262]

En abril de 1966 —al mismo tiempo que iban cesando los asesinatos de izquierdistas— comenzó una segunda oleada de violencia antichina, la cual duró hasta finales de 1968, incluyendo durante los primeros seis meses nuevos ataques de multitudes con mayor o menor participación de organizadores políticos y militares.[263] Con base en los diversos lineamientos políticos de los comandantes militares regionales, los pogromos y los boicoteos fueron combinados con una persecución oficial, superficialmente «legal», de los chinos por las autoridades, con particular (pero no exclusivo) encono contra quienes no tenían la ciudadanía indonesia. Entre otros efectos, esto produjo el cierre de todas las escuelas chinas en mayo de 1966, la expulsión de casi todas las personas de origen chino de Aceh, la concentración de más de 10 000 chinos en campamentos en la provincia del norte de Sumatra (6 000 de ellos fueron embarcados a China), y la expulsión de casi todos los comerciantes chinos de aldeas y pequeños poblados en el este de Java. Estas medidas y otras, como la prohibición del idioma chino[264] en la vida económica, se asemejaron a lo ocurrido a las empresas armenias durante la primera Guerra Mundial (véase el capítulo II). Aunque al final salieron del país muchos menos que en 1959-1960, el pánico entre los hombres de negocios chinos, que los obligó a vender y a transferir sus haberes con el fin de prepararse para su salida, fue tan generalizado que llegó a decirse que había provocado la inflación y el tipo de cambio del dólar estadunidense en el mercado negro.[265] Se dijo que las autoridades del oeste de Java estaban planeando

enviar «de vuelta» a todos los chinos que habían sido miembros de organizaciones de masas y limitar el trabajo de médicos, dentistas y químicos «extranjeros». También se ejerció gran presión sobre los nacionales chinos en Yakarta.[266] Aunque esta prolongada persecución aún no había causado muchas muertes, en contraste con la violencia anticomunista, no tuvo alivio al no descender considerablemente el hostigamiento a las comunidades chinas durante tres años. Esto continuó durante ese tiempo con objeto de socavar la posición económica de los chinos en comparación con sus competidores no chinos/militares,[267] romper relaciones con la República Popular China (lo que ocurrió en 1967) y mantener la presión en favor de la integración y la conformidad de un grupo cuyas fuertes estructuras sociales y políticas habían actuado antes contra tal integración. Sin embargo, en 1967 y 1968, los chinos organizaron contramanifestaciones que también a veces se volvieron violentas.[268] En 1968 o 1969, personal militar de Yakarta secuestraba rutinariamente a unos cuantos tenderos y hombres de negocios chinos, los mantenía varios días en prisión, maltratándolos, hasta que finalmente estuvieran dispuestos a pagar un rescate. En las calles, estudiantes y otros muchachos exigían abiertamente «dinero de protección» a los chinos.[269] En general, a pesar de todo, las condiciones mejoraron alrededor de 1970, y personas y capital chinos volvieron a Indonesia. Suharto había tratado de contener la intimidación porque buscaba el apoyo de asociados «chinos» de negocios.[270]

La violencia física continuó más tiempo en el oeste de Kalimantan que en ninguna otra parte. Allí, la purga anticomunista inicialmente causó pocas muertes, pero en 1967 surgió un pequeño movimiento guerrillero maoísta, formado en parte por hombres de origen chino. Los militares indonesios azuzaron a tribus dayak locales a atacar violentamente a los chinos en los territorios interiores de la provincia, donde fueron asesinadas al menos 300 personas y (con

apoyo de los militares) entre 60 000 y 116 000 personas fueron expulsadas, o huyeron a Pontianak o a la costa, entre ellas gran número de granjeros chinos. Decenas de miles pasaron meses o hasta años en campos de concentración, donde muchos murieron debido a las pésimas condiciones de vida. En 1970 y 1972 fueron expulsados cerca de 27 000.[271] Ésta parece una aplicación peculiarmente parcial de un plan anunciado en la primavera de 1967, según el cual los militares se proponían llevar a 350 000 personas de origen chino a zonas controladas en Kalimantan y después deportarlas a China. Sin embargo, inicialmente el ejército había sido incapaz de aplicar una prohibición de residencia rural en noviembre de 1966.[272]

Los chino-indonesios fueron perseguidos por toda una gama de razones. Diferentes grupos tenían diversos motivos para el acoso, lo que dio por resultado una sección relativamente grande de la coalición para la violencia, aunque ésta varió según las constelaciones de la localidad. La coincidencia de diferencias étnicas, religiosas, relacionadas con la posición o el nivel de ingresos, y políticas explica lo explosivo de la persecución en diferentes lugares.[273] Agravada por un continuo y sempiterno desprecio, la violencia de las multitudes a menudo se basó en rumores que relacionaban a las personas de origen chino con la República Popular China y, por lo tanto, con el Movimiento 30 de Septiembre, o viceversa. Figuras más versadas en la política y especialmente en el ejército comprendieron que la mayoría de estas acusaciones eran infundadas y, sin embargo, manipularon a las multitudes, trabajando a menudo, un tanto sistemáticamente y por medio de organizaciones juveniles políticas, con objeto de ganarse directamente un dinero extra o, indirectamente, perjudicar a sus competidores en los negocios.[274] Sin embargo, «ordeñar la vaca» a menudo era preferible que matarla; con tal coerción se podía satisfacer un fuerte afán y hasta placer en la intimidación. Partidos políticos e incluso algunas

figuras del gobierno central, así como comandantes regionales del ejército, adoptaron políticas antichinas, lo que dio por resultado decretos, órdenes y lineamientos xenófobos. Asimismo, para muchos oficiales militares y políticos seguía en duda la lealtad de los chino-indonesios y había que asegurarla mediante coerción. Todo esto se basaba en un concepto racista del «egoísta» y apartado chino. Excepto en el oeste de Kalimantan, la persecución de los aldeanos «chinos» se hizo menos intensa desde que éstos adoptaron una existencia modesta y más integrada.

En cuanto al número de muertos, un grupo de víctimas mayor que el de los de origen chino fue el de quienes migraban por diferentes partes del archipiélago, especialmente en zonas rurales de Sumatra, pero también en algunas regiones de Java. Migrando, los habitantes de zonas densamente pobladas en las que había pocos empleos trataban de escapar de sus miserables condiciones. A veces, por alguna razón habían sido expulsados de densas comunidades de aldeanos en Java o en Bali. La base de esta cohesión no era tan sólo un tradicionalismo atrasado, sino un reflejo de que pequeños campesinos y aldeanos sin tierras se aferraban desesperadamente a su pedazo de tierra o a un lugar dentro de la comunidad, que al menos les daba la ilusión (como las prácticas de ayuda mutua) de seguridad. Sin embargo, feroces conflictos cristalizados en torno del uso de la tierra, las costumbres, el idioma o la religión brotaron a menudo en sus nuevos lugares de asentamiento, donde los migrantes rara vez eran aceptados y habitualmente formaban sus propias comunidades, reclamando bosques o predios baldíos.[275] Por toda Indonesia el BTI y el PKI habían apoyado a los ocupantes y a los colonos contra los terratenientes locales, los agricultores de quema y roza, la administración de plantaciones y las autoridades, lo que le valió a la izquierda una sólida base de apoyo entre ellos. También se recurrió a «acciones unilaterales» para ayudar a los refugiados cuyas tierras habían sido destruidas por la erupción del volcán Gunung Agung en 1963, permitiéndoles practicar la aparcería, como en

muchas otras ocasiones.[276] A finales de 1965 esto despertó una desconfianza general y una violencia frecuentemente colectiva contra ocupantes y migrantes.

Una buena parte de la mitad «extraoficial» de los cerca de 200 000 asesinatos perpetrados en Sumatra fue relacionada por el cónsul británico en Medan con un «sentimiento antijavanés», acicateado por la propaganda militar contra crímenes supuestamente cometidos por la Gestapu.[277] Esta violencia fue especialmente dirigida contra los transmigrantes en Lampung (sur de Sumatra),[278] pero también dio por resultado la muerte de miles de personas en las partes septentrionales de la isla, incluyendo a trabajadores de las plantaciones, muertos en sus campamentos, por ejemplo en los altiplanos de Aceh.[279] También en Java vivía un considerable número de migrantes que no estaba en menor peligro de volverse el blanco de comunidades o terratenientes locales, como cerca de Kediri, centro de Java, desde donde un oficial militar vestido de civil se propuso, según un testigo, «matar a los ocupantes que se habían negado a abandonar sus tierras no trabajadas». Tan común se volvió esta práctica que W. F. Wertheim comentó que «matar a cientos o miles de personas sin tierras no va a resolver el problema de la falta de tierras».[280] Pero no es posible identificar una política general de asociaciones de terratenientes o del ejército para «resolver» este problema mediante el asesinato, y no se sabe de ningún partido que haya adoptado un programa antimigrante, pero muchos terratenientes (a veces con apoyo de los militares locales), comunidades de aldeanos e individuos llevaron tan lejos su lucha por la tierra y por el dominio político y cultural que asesinaron migrantes. Otros fueron intimidados o expulsados.

Un tercer grupo a menudo mencionado como víctimas durante la violencia en masa de 1965-1966 fueron los ateos, animistas, javanistas y otros disidentes religiosos que pertenecían a antiguas formas de culto, y que en números considerables vivían en diversas

zonas del país.[281] Al ser interrogados en 1965 se les preguntaba rutinariamente por su credo y caían bajo sospecha de ser ateos (es decir, comunistas) si no pertenecían a ninguna de las religiones monoteístas *(agama)* reconocidas por la ley.[282] Sin embargo, y pese a referencias generales a dicha persecución, hay relativamente pocas pruebas concretas de ella.[283] Los seguidores de Mbah Suro (ex cacique de una aldea con fama de practicar la magia negra, que se rebeló en la zona de Nginggil en el límite entre el centro y el este de Java en 1966) al parecer fueron sangrientamente reprimidos por los militares.[284] Empero, aunque individuos religiosos y especialmente miembros del NU local exigían violencia contra animistas, sincretistas o hindúes, el caso del altiplano de Pasuruan en el este de Java parece indicar que esto tuvo poco éxito, y que esta política unilateral careció de apoyo, particularmente el de los militares.[285]

Hasta el punto en que los analistas que han atribuido la violencia de 1965-1966 a un conflicto entre musulmanes puristas *santri* y javaneses nominalmente musulmanes o *abangan* (lo cual, nuevamente, también tiene dimensiones de clase y de cultura) señalaron que los primeros sospechaban que los segundos practicaban la magia negra. Una insinuación similar afectó, por ejemplo, a las madres a quienes, tras ser liberadas de su arresto en Bali, se les negó el derecho de recuperar a sus hijos de las familias patrilineales: podían representar un peligro político para la familia y los hijos e influir sobre los menores con su amargura y por medio de la magia negra.[286] Sin embargo, se han documentado suficientes ejemplos de Java y Bali en los que asesinos musulmanes o hindúes, ostensiblemente estrictos —algunos de ellos sumamente cultos— narran que se habían dedicado a prácticas mágicas (como llevar amuletos, embarrarse sangre de sus víctimas en la cara, colocar un gato sobre el estómago de una víctima, recibir bendiciones especiales para ciertas armas, para que pudiesen perforar la piel de una víctima o cortarle el cuello, o bien decapitar y enterrar la cabeza y el torso en

diferentes lugares) para combatir los supuestos poderes mágicos de sus enemigos, como condición para poder matarlos.[287] Al parecer, la idea de los especiales poderes espirituales de los partidarios del PKI entre algunos de sus enemigos de Ansor, HMI y PNI señala, antes bien, la superstición de éstos, no necesariamente de acuerdo con el dogma musulmán. Esto tiende a socavar la idea de que los asesinatos pueden ser sencillamente considerados como una manera de aplicar una estricta adhesión al Corán, o de que los asesinos eran puristas *santri*. Una vez más, los asesinatos así catalogados, más allá de que las víctimas fueran izquierdistas, no fueron resultado de una política general (ni siquiera del NU), sino de iniciativas locales y hasta personales, lo cual hace difícil seguirles el rastro, pero probablemente también los limitó.

Hubo otros grupos victimados, descritos a veces como «no comunistas e inocentes», como si los comunistas merecieran su destino.[288] El 16 de noviembre de 1965, el general Mokoginta advirtió que unos «criminales» estaban aprovechando la campaña anticomunista en Sumatra «como pretexto para asesinar, violar y saquear».[289] A menudo, rencores personales fueron el motivo de los «ajustes de cuentas». El Gayo en Aceh recordó anécdotas en las que algunas personas fueron denunciadas por no querer pagar una deuda y por rivalidades entre aldeas. En Bali, personas que protestaban contra la violencia, maridos que estorbaban a los amantes de sus mujeres y algunos pendencieros también fueron víctimas.[290] Otros que terminaron en prisiones o tuvieron peores destinos incluyen a quienes fueron denunciados por sus vecinos por razones personales, por no respetar el toque de queda, por error de identidad o simplemente por ser parientes o amigos de sospechosos del PKI.[291] Robert Cribb ha sostenido que la mayoría de tales conflictos fueron de dimensión política;[292] sin embargo, esto no parece aplicarse a todas esas posibilidades. Además, los hechos de 1965-1966 no deben

reducirse a una violencia «política», ni siquiera en su sentido más lato.[293]

A pesar de todo, hay, desde luego, una marcada dimensión política. Los partidos políticos aprovecharon el momento para lanzar ataques homicidas contra los afiliados a partidos distintos del PKI, con objeto de robustecer su posición local. En particular, funcionarios del NU atacaron a miembros del PNI en Java (principalmente, del ala izquierda de tal partido). Varios comités locales del PNI se disolvieron bajo la presión pública en octubre de 1965, así como los del PKI. Más adelante, activistas del IPKI intimidaron o asesinaron a miembros del PNI en el norte de Sulawesi. Por otra parte, funcionarios del PNI en Bali hicieron asesinar a antiguos miembros del proscrito PSI.[294] Varios miembros izquierdistas del PNI también murieron atacados por estudiantes del KAMI en 1966, haciendo que un periódico del KAMI publicara sarcásticamente: «En el centro de Java prevalecen la calma y el orden, excepto por la guerra civil».[295] En la zona de Surabaya, choques entre personal de las fuerzas armadas y Madurese al parecer costaron 200 vidas tras una discusión sobre quién estaba autorizado a portar armas, pero los Madurese también eran sospechosos de haber asesinado a parientes de los soldados como comunistas. La venganza por asesinato de parientes también produjo mortíferos choques entre soldados de la división de Diponegoro y batallones del RPKAD en el centro de Java y, según se dijo, condujo a la retirada del RPKAD.[296] Situaciones similares surgieron cuando se abrió fuego contra izquierdistas locales y otros en los altiplanos de Gayo de Aceh por haber sido informadores de los militares, años antes, cuando habían combatido el levantamiento del Darul Islam, o por haber ayudado a las fuerzas armadas contra la rebelión de Permesta en Sulawesi y el oeste de Sumatra.[297] Irónicamente, a finales de 1965, fue el ejército, manipulado por gente de la localidad, el que disparó contra algunos de sus antiguos aliados.

El cónsul de los Estados Unidos en Medan comentó acerca de los motines antichinos: «la matanza indiscriminada del PKI en las semanas recientes ha creado aquí [un] clima de violencia en el que un numeroso grupo de jóvenes está viviendo fuera de los límites sociales normales durante un periodo prolongado».[298] En vena similar, en Bali se dijo a un reportero que «los asesinatos comenzaron simplemente contra los comunistas y se difundieron».[299] Hemos visto ya que esto no es precisamente cierto, lo que incluye el ejemplo balinés, ya que a menudo fue la violencia antichina la que abrió la puerta al desorden público y al pisoteo de las normas morales. La violencia sí cundió contra grupos sociales enteros (ocupantes), sectas religiosas, formaciones políticas o rivales económicos. Cualquier persona podía despertar el odio de religiosos conservadores que abiertamente la tildaran de modernista (comunista) o de tradicional (animista). Los ciudadanos se atacaban entre sí en nombre del regionalismo (migrantes, así como anteriores partidarios del gobierno durante los levantamientos de la década de 1950), o so pretexto del abrumador argumento de la unidad nacional, que supuestamente justificaba la violencia contra los izquierdistas y los chinos. Algunos eran motivados por una ventaja personal que podía ser chantaje, saqueo, favores sexuales y venganzas. Dejando aparte a los militares (que estaban lejos de ser un factor homogéneo) y otras autoridades, partidos políticos y organizaciones, grupos *ad hoc*, comunidades étnicas y religiosas, o aldeas perseguían gran número de intereses diversos, atacando con mayor furia a quienes eran un enemigo común, y en menor grado a aquellos en cuya persecución no todos convenían.

LÍMITES A LA VIOLENCIA

El balance es realmente terrible: 500 000 o acaso un millón de indonesios fueron asesinados a un ritmo espantoso durante las

matanzas de 1965-1966, y otros 1 800 000 fueron arrestados en algún momento a lo largo de los años. Sin embargo, esto es mucho menos que los cerca de tres millones de miembros del PKI y de los casi 15 millones de miembros de sus organizaciones de masas (tan sólo en Bali la violencia pareció no tener límites). En otras palabras, hay razones para hacer las preguntas más insólitas: ¿dónde se detuvo la violencia y por qué? ¿Qué mecanismos determinaron si una persona era asesinada o perseguida, o ni una ni otra cosa? En esta sección trataré de enfocar estas preguntas retornando a las pautas de la difundida participación social en la violencia y sus motivos.

La violencia de 1965-1966 en Indonesia recibió su empuje y su dinamismo de los intereses coincidentes de distintos grupos sociales, políticos y étnicos. Tales motivos, mientras coincidieron, tendieron la compleja red militar-civil de persecuciones, impidiendo que la violencia cesara y determinando el alcance de los asesinatos, arrestos, expulsiones, etc. En cuanto divergieron los intereses de fuerzas importantes en la coalición de la violencia, o en cuanto cierto número de tales grupos cambiaron simultáneamente de intereses, la violencia se redujo y finalmente expiró. El fin de la mayor oleada de asesinatos ha sido fechado a veces en marzo de 1966; esto fue cuando Suharto adquirió, por la fuerza, una autorización de Sukarno que inmediatamente fue interpretada como permiso de encargarse de los asuntos de Estado (el llamado «Supersemar» del 11 de marzo). Al día siguiente, Suharto aprovechó sus nuevos poderes para disolver el PKI. Hasta pudo decirse que este paso, que señalaba la victoria contra el PKI y la gente de Sukarno, acaso redujera la intensidad de la persecución; al fin y al cabo, algunos diplomáticos ya habían notado antes que el PKI había quedado proscrito en casi todas las provincias, salvo en aquellas en las que el nivel de la violencia fue peor: Bali, Java Oriental y Central, y el norte de Sumatra.[300]

A pesar de todo, me parece que al llegar enero de 1966 ya había ocurrido una reorientación política muy importante: la lucha contra

Sukarno por el poder central canalizó los esfuerzos de vuelta a la capital, Yakarta. De hecho, fue entonces, en enero, cuando ocurrió la reducción más considerable del número de asesinatos.[301]

Los partidos y los militares parecen haber decidido, a finales de noviembre de 1965, tratar de derribar a Sukarno y al gobierno. Después de una conversación con un secretario privado (anónimo) del vicepresidente del NU, Dahlan, el embajador Green, de los Estados Unidos, cablegrafió:[302]

> Ahora, los partidos políticos están planeando cambiar la ofensiva, de proscribir el PKI a cuestiones económicas. Una fuente informativa dijo que el NU ya no está interesado en la proscripción oficial del PKI en toda la nación, y hasta ve ciertas desventajas en este trámite. Ahora los partidos intentan crear una «atmósfera explosiva» aprovechando el aumento de precios. Aunque la directiva del NU aprobó las alzas de precios, el partido intentó mostrar al público una actitud diferente, como se demostró por un editorial reciente de su órgano oficial *Duta Masjarakat*, deplorando los nuevos precios de la gasolina. El grupo de acción de Subchan [el KAP-Gestapu, revelador de conocimiento del ejército; C. G.] pronto insertaría el tema antiinflación en sus manifestaciones públicas. Su objetivo a largo plazo sería levantar al pueblo y «acorralar a Sukarno».
>
> *Comentario*: utilizar los aumentos de precios como táctica para llegar a Sukarno parece extremadamente peligroso, en particular porque es del conocimiento común que el aumento de los precios de gasolina y keroseno se aplicó a petición del ejército. Nuestra fuente fue incapaz de dar una explicación satisfactoria de cómo los partidos planean dirigir la «explosión» pública por la inflación exclusivamente hacia Sukarno.

Este telegrama se citó íntegro aquí porque explica con cierta precisión lo ocurrido en los meses siguientes, en especial después de más alzas de precios del arroz, del transporte público, etc., y una inútil reforma de la moneda en diciembre;[303] el único elemento excluido fue el papel de los estudiantes que se desempeñarían como agentes en las protestas públicas. La inflación aumentó a finales de noviembre de 1965, llegando al colmo en enero de 1966.[304] Algunos partidarios directos de la coalición anticomunista fueron protegidos de estos aumentos, como el personal de las fuerzas armadas, que recibió un aumento de salario de 500%.[305] El plan invirtió una

política anterior del ejército (a saber, de Suharto) de intensificar el apoyo público reduciendo los precios de los productos básicos, especialmente en Yakarta, y asegurar un abastecimiento adecuado, para no dar armas políticas a los comunistas.[306] Sin embargo, el nuevo complot manipulativo, que añadió una dimensión económica a las demandas ya existentes del KAP-Gestapu de proscripción de organizaciones del PKI y una purga del gobierno, necesariamente tuvo repercusiones sobre las tácticas de los partidos en cuestión, que de una manera un tanto competitiva tuvieron que prepararse para la toma del poder. Indirectamente, sacó energías de la campaña de exterminio, como quedó previsto en el documento.

Por medio de un ex funcionario de inteligencia en el sur y el sudeste de Asia, Fujiwara, el gobierno japonés se enteró de que los militares indonesios planeaban adueñarse del poder, supuestamente el 20 de diciembre de 1965.[307] Malik ya había dicho a Green, el 13 de diciembre, que el ejército maquinaba derrocar a Sukarno, pero que Suharto y Nasution no estaban de acuerdo sobre la táctica.[308] En referencia a la inflación y a los disturbios, la embajada australiana observó que «los partidos políticos están explotando sistemáticamente este descontento económico, trabajando, en gran medida, por medio del Frente Estudiantil (KAMI)». Sus manifestaciones desempeñarían, en adelante, un gran papel en el derrocamiento del gobierno.[309]

A finales de diciembre de 1965 el ejército había logrado controlar las matanzas en el este de Java y en Bali, lo que dio por resultado exactamente esto: asesinatos controlados, aunque en mucho menor escala.[310] «A finales de diciembre, el general brigadier Soemardji, comandante militar de Java, emitió una orden al NU de dejar de asesinar a sus enemigos», lo cual, según el cónsul de los Estados Unidos en Surabaya, fue «gradualmente aplicado» (añadió, en una nota de pie de página: «Dícese que el asesinato de prisioneros del PKI por el ejército aún continúa»). En el distrito de Banyuwangi cesó el

grueso de los asesinatos el 25 de diciembre, después de que, según informes, 25 000 personas habían muerto. Unidades militares locales y el jefe de la policía regional también habían tratado repetidamente de contener los homicidios.[311] El presidente Sukarno, quien intensificó sus esfuerzos por contener la violencia en diciembre —parte de este intento fue el envío de su Comisión Investigadora, primero a Bali, el 27 de diciembre—, según se dijo, a mediados de ese mes había asegurado a Subchan, líder del KAP-Gestapu y del NU, que proscribiría al PKI el 24 de diciembre, con la condición de que Subchan «cesara el exterminio en masa de líderes del PKI». Dícese que Subchan fue al oriente y al centro de Java a difundir la noticia, lo que le hizo localmente impopular, pero Sukarno no cumplió su promesa.[312]

Al llegar enero, también se habían reducido considerablemente los asesinatos en el centro de Java y en el norte de Sumatra. En cuanto al norte de Sumatra, el cónsul británico en Medan envió un informe contradictorio a comienzos de 1966, afirmando que «el ejército estaba arrestando, convirtiendo o disponiendo de cualquier manera de unos 3 000 miembros del PKI por semana, en general personajes sin importancia. Este índice ha caído marcadamente», pero añadió que «el ritmo de los asesinatos sigue siendo muy alto» en referencia a mensajes enviados desde las plantaciones.[313]

Los asesinatos continuaron o bien comenzaron con retraso en regiones remotas, como en algunas islas del este y en el oeste de Sumatra, «zona [que] está al menos dos meses atrasada en los acontecimientos de casi todo el resto del país».[314] Pero en general, observadores extranjeros informaron del fin de los asesinatos en escala realmente grande en enero.[315]

La señal más obvia, y en realidad dramática, de un cambio en las prioridades políticas fue la reubicación de las unidades de asesinos. Ninguna de estas unidades fue más importante y estratégica que el RPKAD, desplegado por el centro de Java y por Bali. Tropas del RPKAD

retornaron de Bali el último día de 1965; y del centro de Java, el 25 de diciembre, a Yakarta, donde organizaron un desfile triunfal el 4 de enero, y donde el comandante Sarwo Edhie dio una conferencia de prensa, diciendo que había quebrado la espina dorsal del PKI.[316] Edhie, junto con el general Kemal Idris, Nasution y Ali Murtopo (jefe del servicio de inteligencia de Suharto), se dedicaron a organizar motines estudiantiles en la capital de un mes de duración, y tropas del RPKAD en ropas de civiles tomaron parte en las manifestaciones de los estudiantes. Esto comenzó con un seminario de economía en la Universidad de Indonesia, en Yakarta, desde el 10 de enero, cuando Edhie, Nasution, Kemal Idris, Subchan y Malik hablaron a los estudiantes (además, se les leyó un mensaje de Suharto, ausente), y donde escucharon una serie de conferencias de afiliados al PSI, economistas preparados en los Estados Unidos de la Academia del Mando del Ejército SESKOAD, en donde se ridiculizó la política económica del gobierno y se pidió un desarrollo capitalista con fuerte inversión extranjera, abundantes exportaciones y muy reducidos gastos del gobierno. En su arenga, Edhie una vez más «dijo en una manifestación de masas de estudiantes [...] que había roto la espina dorsal del Gestapu». Los estudiantes, a su vez, en una reunión presentaron la Tritura («Tres Demandas del Pueblo») a Chaerul Saleh, hombre fuerte de la economía del gabinete, que, básicamente, les había sido sugerida por Sarwo Edhie y otros funcionarios. Las demandas eran: disolución del PKI, renovación del gobierno, que fuera purgado de supuestos partidarios del golpe del 30 de septiembre, y acción para aliviar la miseria económica del pueblo.[317] En una secuencia de protestas y manifestaciones callejeras cada vez más violentas, que incluyó la toma de varios ministerios, primero a mediados de enero y con mayor intensidad desde mediados de febrero y hasta el 11 de marzo, los estudiantes (organizados en los «Frentes de Acción», KAMI para estudiantes de preparatorias, KAPPI para estudiantes universitarios y KASI para graduados) ayudaron

considerablemente a desacreditar, debilitar, y finalmente paralizar a Sukarno y al gobierno, que sólo tibiamente se atrevieron a enfrentárseles (pese a que Sukarno había proscrito el KAMI desde el 25 de febrero). Desarrollando, como lo hicieron, su propio programa político y de cultura, los estudiantes no fueron sólo peleles de «los» militares, aunque sí recibieron guía, dinero y apoyo logístico, desde camiones hasta estaciones de radio del ejército y, después de la proscripción, incluso asilo protector.[318]

El hecho de que parte del papel del RPKAD en los asesinatos del centro de Java y de Bali fuera revelado en el informe de la Comisión Investigadora de Sukarno, cuando algunos de éstos fueron publicados en un diario del ejército el 11 y el 12 de febrero, pudo haber servido al propósito de intensificar su temible reputación y de intimidar a sus adversarios.[319] Fueron unidades del RPKAD las que rodearon el palacio del presidente en Yakarta, haciendo que Sukarno y el ministro de Asuntos Exteriores, Subandrio, huyeran en un helicóptero al palacio de Bogor, donde una vez más fueron amenazados por tropas del RPKAD, que finalmente obligaron a Sukarno a emitir su decisiva autorización al general Suharto, ostensiblemente para garantizar el orden público, el 11 de marzo de 1966. Y paracaidistas de Sarwo Edhie hicieron los primeros arrestos de varios ministros del gobierno una semana después.[320]

No sólo se redesplegaron unidades militares. Cuando el Nahdlatul Ulama celebró su aniversario número 40, el 31 de enero de 1966, organizó una «Gran Marcha» desde el Palacio Presidencial hasta el principal estadio de Senajan, en Yakarta. En un mensaje al ministro australiano de Asuntos Extranjeros «se presentaron algunas notas escritas por un funcionario de la embajada, quien observó la marcha»:[321]

> La espina dorsal de la marcha fue la Juventud de Ansor [...] todos los participantes de Ansor llevaban camisas color caqui y largos pantalones también caqui, botas militares negras que parecían nuevas, cinturones negros y boinas negras. Unas insignias, en los

> hombros, mostraban la localidad de la que había llegado cada pelotón e incluían grupos de Tjirebon, Surakarta [Solo], Bandung, Semanorang, Yogyakarta y Sukabumi [...] En la mayoría de los pelotones, cada hombre llevaba un cuchillo en su funda, en la cadera izquierda, mientras que cerca de 10% llevaba un segundo cuchillo del otro lado. Casi 15% de los cuchillos eran del tipo llamado «manopla». Las fundas y posiblemente los cuchillos mismos habían sido fabricados en Bandung. Sin duda, muchos de los cuchillos habían estado activos en las eliminaciones del PKI durante los últimos meses [...] Los participantes se movían como autómatas, al parecer sin pensar, sin sentir, y dispuestos a encenderse por una sola palabra, a la risa o a la guerra santa. En cierto modo [...] eran un deprimente recordatorio de los camisas negras del Tercer Reich.

La misma escena fue atestiguada por el vicecónsul de Alemania Oriental, Göckeritz:[322]

> La Juventud de Ansor concentró sus batallones de matar comunistas *[Kommunistenschlächterbataillone]* de toda Java y Madura en Yakarta, y organizó una «demostración de fuerza» el 31 de enero en forma de manifestación de estas bandas uniformadas y equipadas como paramilitares. La mayoría de estas unidades no fueron retiradas a sus lugares de origen sino, como informó el 4 de febrero el diario del NU *Duta Masjarakat,* acantonadas indefinidamente en Yakarta para la realización de un «proyecto especial» [Sonderprogramms] que había sido preparado para ellas.

Estas bandas llegadas del oeste, del centro y posiblemente del este de Java aumentarían la fuerza militar, el activismo y, así, la influencia del NU en la capital durante esta época de manifestaciones de estudiantes universitarios y preparatorianos contra miembros del gobierno y la policía. A finales de 1965 el NU, del cual Jakarta no era un baluarte, ya había traído de los campos a varios miles de jóvenes y había sorprendido a los observadores por su súbito dominio de las manifestaciones estudiantiles en la capital.[323]

Desde luego, la supervivencia de grandes números de izquierdistas indonesios no sólo debe acreditarse a sus perseguidores. Una de las respuestas proactivas que los indonesios eligieron bajo la amenaza de violencia fue la huida. Varios miles encontraron refugio en el exterior, a saber: en China, o en la Europa

Oriental u Occidental. Muchos más buscaron una limitada seguridad en el anonimato de las grandes ciudades como Surabaya, Yogyakarta y, especialmente, Yakarta. Por ejemplo, «números considerables» de refugiados del «baño de sangre» en el este y el centro de Java huyeron a la relativa paz de la parte occidental de la isla «aumentando el número de los inquietos, hambrientos y desempleados de Yakarta».[324] Particularmente en las primeras semanas, activistas del PKI también escaparon de ciudades y poblados hacia los campos de, por ejemplo, el norte de Sumatra.[325] En el centro de Java, muchos profesores, servidores civiles y jefes comunitarios habían huido desde noviembre. Otros se fueron de la capital hacia la *hinterland* javanesa. Carmel Budiardjo menciona el destino de un hombre de Yakarta que buscó refugio en el centro de Java durante la primera oleada de arrestos, pero que retornó a la capital en cuanto la violencia se intensificó dramáticamente en la provincia.[326] Después de ser liberados, tras el término de las más intensas masacres, muchos excomunistas huyeron del occidente de Sumatra, por ejemplo, para empezar una nueva vida en Java.[327] La huida como estrategia de sobrevivencia de masas fue uno de los agujeros en las redes de la persecución por falta de conocimiento de las autoridades. A largo plazo, la mayoría de estos refugiados sólo pudo sobrevivir entre los inmigrantes anónimos de ciudades y favelas; Ibu Marni ha narrado cómo vivió durante tres años con vagabundos sin hogar bajo un puente cerca de Magelang, en el centro de Java.[328] En las pequeñas aldeas, en cambio, los forasteros tenían mucho mayor temor de ser denunciados, entregados a las fuerzas armadas o incluso asesinados por gente local. Esto también limitó su capacidad de valerse de redes de familia, lo que implicaría dejarse ver en los vecindarios.

Bajo enorme presión psicológica o física, grupos de miembros del PKI o de sindicatos afiliados, de organizaciones de mujeres, de jóvenes y de campesinos renunciaron públicamente al comunismo en

muchas partes del país, se arrepintieron de sus «errores», disolvieron los comités locales o regionales de su organización y juraron su apoyo a la ideología Pancasila del Estado indonesio. Durante la «cacería de brujas», confundidos por los acontecimientos, algunos funcionarios y miembros se sintieron traicionados por sus jefes y llegaron a dudar del pensamiento comunista. ¿No indicaba la abrumadora coalición de sus enemigos que algo tenía que estar mal en el comunismo, y que en realidad era algo ajeno a Indonesia? ¿No habría, tal vez, alguna verdad en los cargos contra el PKI?[329] El súbito cambio del ambiente político y moral, la hegemonía de la calumnia contra el PKI, que hacía que la radical violencia contra sus miembros pareciera tan natural para muchos, envolvió y abrumó a más de unos cuantos miembros del partido. La desbandada de sus estructuras comenzó en pocas semanas, especialmente en el oeste y luego en el centro de Java. En la ciudad de Bandung, al oeste de Java, en octubre de 1965 «miles de personas atiborraron la Plaza Madjalengka para oír a nueve importantes miembros del PKI y a sus afiliados en la ciudad declararse fuera del partido y anunciar la disolución de comités del partido en la zona». Veinte mil supuestos comunistas hicieron una manifestación contra su propio partido en Kampar Ulu, en las islas de Riau.[330] Carentes de toda conexión con el liderazgo, o de retroalimentación política, la moral del pueblo en casi todas las secciones era extremamente baja. Diplomáticos soviéticos observaron, incómodos, que sobre todo los jóvenes abandonaban ostentosamente las organizaciones comunistas.[331] En el norte y el oeste de Sumatra, y de acuerdo con la política del comandante militar de toda Sumatra, Mokoginta, no menos de 83 000 y 45 361, respectivamente, «miembros arrepentidos del PKI» fueron catalogados en enero de 1966 (de un total calculado en 120 000 miembros del PKI en el norte de Sumatra).[332] En otras partes también se disolvieron secciones enteras de diferentes grupos como

la organización izquierdista de personas de origen chino, Baperki, y la Federación Nacional de Estudiantes Universitarios.[333]

A pesar de todo, no pocas veces las renuncias fueron inútiles, sobre todo en Bali. Miembros del PNI mataron de todos modos a los renegados, identificándolos por sus firmas puestas en las declaraciones. En el centro de Java, aldeas «comunistas» que habían renunciado a su afiliación fueron atacadas igualmente por comunidades vecinas.[334] En otros casos, los renegados a menudo fueron obligados a «demostrar» su arrepentimiento denunciando a otros miembros de su organización, que así, a su vez, pudieron ser arrestados o asesinados. Parece ser incluso que algunos tomaron parte en las matanzas.[335] Con base en su propia experiencia, Carmel Budiardjo ha subrayado el papel de las delaciones por partidarios del PKI al ser acosados, poniendo de relieve la flaqueza de los funcionarios de alto nivel (esto también costó las vidas de dirigentes de Aidit y de otros partidos). No cabe duda de que muchas familias y amigos también se apartaron de los supuestos o reales comunistas después de octubre de 1965, negándoles toda ayuda.[336]

A pesar de todo, si recordamos los muchos espacios en blanco que había en los diagramas de las fuerzas armadas indonesias de funcionarios del Partido Comunista que Budiardjo dijo haber visto (véanse pp. 52 y 53), podría decirse que ciertas redes de solidaridad actuaron dentro de las organizaciones del PKI, y algunas de ellas más allá de su marco. Al fin y al cabo, organizar el apoyo social a las víctimas de la persecución, concretamente los huérfanos, fue uno de los cargos principales de los que algunos dirigentes de Gerwani fueron acusados en un juicio público en 1975.[337] Ferroviarios pro comunistas se declararon en huelga para obstruir la llegada de tropas de choque del RPKAD a Solo y a otras ciudades del centro de Java en octubre de 1965; sólo después de enfrentarse al fuego de las ametralladoras de Sarwo Edhie, volvieron a su trabajo. Representantes del SOBSI en el extranjero sostuvieron que hubo más

huelgas en Sumatra y en el norte de Sulawesi.[338] Un impacto más duradero fue obtenido por medio de acciones menos espectaculares, como emitir documentos falsos de deslinde para los ex activistas del PKI o sus hijos en los años que siguieron a 1966, o incluso proteger a jefes de aldea izquierdistas para que pudiesen continuar en su puesto.[339] Comunidades de aldeanos acaso hayan protegido también a miembros y simpatizantes del PKI, salvándolos de la muerte.[340] En otros lugares asociaciones de vecinos impidieron a supuestos comunistas esconderse.[341] Se reconoce que existen pocos informes acerca del rescate de izquierdistas por ciudadanos de diferente creencia durante el apogeo de las matanzas,[342] pero, dada la continuada popularidad de los asesinatos de 1965, no es probable que muchos de estos acontecimientos se hayan escrito, aunque hayan ocurrido. Sin embargo, fueron más importantes la camaradería de supuestos izquierdistas y los nexos de familia. En un relato fascinante, Ibu Marni ha revelado la existencia de redes del antiguo Sindicato de Trabajadores de la Industria Automotriz y de soldados simpatizantes, cerca de Magelang, en el centro de Java, que regularmente advertían a los pasajeros de autobuses que no llevaban los solicitados papeles de identidad que llegarían a puntos de control del ejército, a finales de la década de 1960, cuando aún continuaba la cacería de comunistas.[343] Parece ser que dicha resistencia pasiva redujo parte del impacto de la persecución.

A la larga, muchos ex izquierdistas también buscaron protección y apoyo en las comunidades religiosas, particularmente uniéndose a las iglesias católica y protestante. Éstas ya habían ganado números considerables de miembros desde el decenio de 1950 —en parte, debido a la regulación de 1961 de que sólo hubiera cinco religiones monoteístas reconocidas, regulación aplicada más estrictamente por Suharto—, pero en la segunda parte del decenio de 1960 su crecimiento aumentó con mayor rapidez. En los seis años que siguieron a 1965, recibieron 2.8 millones de miembros y, según se

dijo, 250 000 miembros en dos meses.[344] Labores de alivio y apoyo mental a los presos políticos que llevaban largo tiempo en las cárceles les valió especial respeto a las iglesias.[345] Y no sólo comunistas formaron esta corriente: decenas de personas de origen chino se convirtieron, asimismo, en católicos o protestantes. Sin embargo, puede suponerse que muchos de quienes se unieron al hinduismo o al budismo, especialmente en Java, o a creencias cristianas en Timor Occidental, habían sido sincretistas, animistas o miembros de las religiones politeístas que no eran oficialmente reconocidas.[346] En la provincia estrictamente islámica de Aceh, se dijo que 2 000 chinos habían sido obligados a convertirse al islam en 1966. En otras regiones la presión pudo ser igualmente abrumadora; casi todos los tradicionales sincretistas de Sasaks en Lombok se convirtieron al islam entre 1965 y 1975, muchos de ellos en la zona de Yogyakarta.[347] Pero esto a veces produjo brotes antiislámicos. Algunos comunistas parecen haber buscado la protección de comunidades religiosas en los meses en que más intenso era el baño de sangre. Algunos de ellos se refugiaron en mezquitas o en templos, frecuentemente en vano.[348] Sin embargo, la mayor parte de las conversiones se hizo para salvaguardar a antiguos miembros de organizaciones izquierdistas, chinos y disidentes religiosos, de la continua persecución y ayudarlos en caso de que se les volviera a detener. Visto desde otro ángulo, éste fue un acto más o menos conformista de autointegración social, fuese disimulando o desechando ideas o creencias antes sostenidas.

A quienes no deseaban doblegarse bajo tan enorme presión no les quedó ninguna vía legal, por lo cual sólo pudieron recurrir a la resistencia armada. Sin embargo, el PKI y sus miembros estaban política, estructural y psicológicamente mal preparados para luchar. Desde 1951 el partido había hecho todo esfuerzo posible por funcionar legalmente, por formar parte del sistema político y por cambiar desde dentro, trabajando según una estrategia de frente

unido, pero haciendo gran hincapié en los conflictos de la élite. También pasó de ser un partido de cuadros a ser un movimiento de masas con una «organización laxa».[349] En las zonas en donde las organizaciones del PKI habían sido proscritas o restringidas en 1960, la creación de una organización clandestina fue un poco menos difícil después de octubre de 1965.[350] A comienzos de ese mes, el presidente del PKI, Aidit, convenció a los dirigentes del partido del centro de Java de que se mantuvieran tranquilos, absteniéndose de toda actividad militar. Por iniciativa de Lukman, miembro del Politburó, pronto cesaron todas las manifestaciones del PKI. Según el ex jefe de la organización infantil del partido, a las instrucciones secretas de Aidit se les llamó «la fórmula Tri Panji: busca tu propia salida, di que no sabes nada, que no se conocen unos a otros ni hay conexión entre sí».[351] Esto era equivalente a la disolución tácita de las estructuras del partido. Sin embargo, en octubre de 1965 comités locales en partes del centro y el este de Java crearon por su cuenta sistemas de defensa que, sin embargo, sólo pudieron aplazar el comienzo de las masacres, particularmente feroces donde el PKI y el NU eran igualmente fuertes, y donde violentos conflictos ya habían ocurrido antes de septiembre de 1965.[352]

En los meses iniciales —durante lo más enconado de las matanzas — funcionarios del PKI, aunque incapaces de recuperar el contacto más que con unas cuantas secciones regionales de su partido, asombraron a observadores extranjeros, que simpatizaban con ellos, por su absurdo optimismo, su minimización de la gravedad de la situación y su confianza en el deseo y la capacidad del presidente Sukarno para salvar al PKI.[353] Esto y la línea de Aidit sólo produjeron pasividad. Aquellos comunistas que se unieron al PNI con objeto de crear una nueva plataforma política para la izquierda se sintieron decepcionados cuando el Partido Nacionalista en general y su ala izquierda en particular pronto declinaron.

La cultura de la política reformista de masas hizo que el liderazgo del sobreviviente y clandestino PKI necesitara casi un año para tomar la decisión de la lucha armada,[354] y otro año para empezar en realidad a luchar, lo que, sin embargo, sólo indirectamente incluyó a una pequeñísima minoría de sus ex miembros. En 1967 los luchadores clandestinos de origen chino que aún quedaban se habían enfrentado al gobierno de Malasia durante la Confrontación en Sarawak, y miembros del PKI organizaron un levantamiento en el oeste de Kalimantan, que se propagó por otras partes de la isla en 1968. En el este y especialmente en el centro de Java, a saber, en torno de Blitar y Purwodadi, la sangrienta represión de guerrilleros del PKI en 1968 cobró al menos 4 000 vidas: muchos prisioneros después de ser capturados, campesinos desarmados y también la mayor parte del nuevo Comité Central del PKI. También se dijo que había grupos armados del PKI en partes de Sumatra y en las islas Riau.[355] Además de la revolución agraria, algunos de los combatientes comunistas fueron movidos por deseos de venganza por los asesinatos en masa de 1965-1966. Varios activistas del NU y del PNI, supuestamente responsables, fueron asesinados en los años de 1967-1968, aunque las noticias de los medios informativos probablemente fueron exageradas.[356] Por consiguiente, el PKI se dividió en tres grupos distintos y sólo uno de ellos apoyó la lucha armada, mientras que otro la condenaba por provocar «la insensata muerte [de] enormes números de nuevos camaradas».[357] Los levantamientos cesaron al no ser un camino viable para la supervivencia o el cambio político, pues los comunistas no pudieron superar su aislamiento social combinado con la implacable opresión del Estado.

Así como estudiosos extranjeros han hecho escasas investigaciones acerca de las masacres indonesias de 1965-1966, han dedicado en cambio gran atención al papel de sus respectivos países en los hechos de esos años. Gran parte de esto ha sido historia política, centrada en el Estado y enfocada en el golpe y en el contragolpe. Sólo ocasionalmente se han analizado las influencias del extranjero sobre la propia violencia de masas. Académicos y periodistas de la izquierda afirmaron que potencias extranjeras —el gobierno de los Estados Unidos, la CIA, Gran Bretaña, Australia, Japón y otros— planearon el golpe y posiblemente los asesinatos, mientras que los conservadores trataron de disminuir el papel de sus gobiernos. En mi estudio, es importante especificar las influencias extranjeras no sólo sobre el gobierno indonesio, sino también sobre actores ajenos al Estado, para llegar a un juicio más completo acerca de la dinámica en Indonesia.

Varios factores restringieron la participación extranjera. Incluso si aceptamos que fuerzas externas ejercieron gran influencia sobre los militares indonesios, lo cual yo dudo, la naturaleza descentralizada del proceso de destrucción habría requerido que las potencias extranjeras ejercieran un impacto sobre los grupos políticos y religiosos, y aun sobre las aldeas. No hay ninguna prueba de esto. Además, para no comprometer a los militares indonesios a ojos de la opinión pública indonesia, fuertemente nacionalista, los gobiernos de los países capitalistas adoptaron una política «de moderación», de apoyo tácito o confidencial, pero absteniéndose de dar un considerable y manifiesto apoyo económico.[358] Debido a la presión de los gobiernos de Gran Bretaña y de Australia, más el intento de no fortalecer al gobierno de Sukarno, poca ayuda financiera o material del extranjero se recibió durante marzo de 1966, pese al tácito apoyo a los militares, en el que Japón desempeñó el papel más importante como acreedor.

Por las solas simpatías del exterior hacia los militares en su campaña contra el PKI y Sukarno no podemos concluir que también

se aprobaron los asesinatos. Algunos diplomáticos de la época trataron de establecer una distinción entre esas dos cosas, estremeciéndose ante el baño de sangre. Sin embargo, varios políticos expresaron menos reservas, y esto tuvo un largo historial. En 1958 el gobierno de los Estados Unidos había apoyado logísticamente el levantamiento de Permesta contra el gobierno central del presidente Sukarno; durante una reunión de 1962 el presidente de los Estados Unidos, Kennedy, y el primer ministro británico, Harold Macmillan, habían «convenido en liquidar al presidente Sukarno, dependiendo de la situación y de las oportunidades disponibles». En julio de 1965, el secretario de Estado Dean Rusk mencionó el «potencial y la esperanza en un enfrentamiento entre el ejército y el PKI».[359] En julio de 1966 el primer ministro australiano, Harold Holt observó, en un discurso pronunciado en el River Club, de Nueva York: «con entre 500 000 y 1 000 000 de simpatizantes comunistas eliminados, creo que podemos esperar que haya ocurrido una reorientación» en Indonesia, tras lo cual el ministro de Asuntos Extranjeros holandés Joseph Luns (después, secretario general de la OTAN), observó con satisfacción «el golpe asestado a los comunistas (del que no es probable que se recuperen en un futuro predecible)».[360] La Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de los Estados Unidos se regocijó de que, debido al asesinato de hasta 300 000 comunistas y a que, según otro cálculo, 1 600 000 comunistas indonesios habían renunciado a su partido, reduciéndolo a 100 000 miembros, el número de comunistas en los países no socialistas del mundo entero se había reducido 42% en un solo año.[361]

En un nivel inferior el embajador británico Andrew Gilchrist informó desde Yakarta el 5 de octubre de 1965: «Nunca le he ocultado a usted mi idea de que unos cuantos disparos en Indonesia serían un preliminar esencial para un verdadero cambio». Un informe de la Embajada de los Estados Unidos hizo notar que la

«destrucción de propiedad del PKI» era un «acto alentador pero en gran parte simbólico», y el impaciente embajador de Alemania Occidental se quejó a comienzos de noviembre —entre matanzas cada vez más intensas— de que «el ejército continúa paso a paso su campaña de limpieza anticomunista con una lentitud tan sólo comprensible en Indonesia».[362] En los documentos del ministro del Exterior de Australia puede encontrarse un memorándum secreto según el cual no podría lograrse ninguna verdadera mejora de la situación en Indonesia sin el asesinato previo del presidente Sukarno, considerado como izquierdista.[363] Se dijo que un diplomático extranjero afirmó, en una discusión de grupo acerca de los asesinatos: «Yo me considero liberal, pero descubro que mi mente, aliviada supongo yo porque el PKI [...] no está a punto de adueñarse de la situación, está mucho menos escandalizada de lo que yo habría esperado por todo lo ocurrido».[364]

Esta tranquilidad, o incluso aprobación, no fue sólo de algunos funcionarios, sino resultado de una más general responsabilidad social. «Ningún congresista la denunció en el Congreso, y ninguna gran organización de alivio estadunidense ofreció su ayuda», como lo observaron Noam Chomsky y Edward Herman. (Una excepción notable entre los políticos fue la de Robert Kennedy y algunos académicos y misioneros de los Estados Unidos que sí ofrecieron ayuda.) Una respuesta similar pudo observarse en ciertos círculos políticos australianos y en la comunidad de los medios informativos, donde la cuestión del papel de Australia fue desviada por relatos acerca de violencia caótica y el carácter supuestamente moderado del régimen de Suharto.[365]

Aunque no hay pruebas definitivas de que países capitalistas contribuyeran específicamente a la génesis del golpe del 30 de septiembre de 1965, poco después sí echaron su peso tras los militares indonesios por medio de propaganda, según lineamientos creados pocos meses antes. Después de algunos días de evaluar la

situación, sin embargo —y precisamente el 5 de octubre, cuando el embajador Green afirmó que no estaba seguro de que el PKI estuviese profundamente involucrado en el Movimiento 30 de Septiembre—, la Embajada de los Estados Unidos recomendó enérgicamente al Departamento de Estado y a los medios de comunicación como la *Voz de América* que lanzaran una campaña anticomunista, con instrucciones diarias telegrafiadas por el embajador Green, sobre qué subrayar («difundan la historia de la culpa, la traición y la brutalidad del PKI»). Pero entonces, como escribió Green en otro telegrama del 5 de octubre, «Es ahora o nunca», no estaba seguro de que la intervención del ejército fuera decisiva y deseaba empujarlo a enfrentarse al PKI. El ministro australiano de Asuntos Extranjeros no necesitó tanto tiempo: a partir del 1º de octubre un funcionario llamó diariamente a Radio Australia —muy escuchada en Indonesia— con recomendaciones de cómo informar sobre los hechos de Indonesia. «Convencer a Radio Australia de que tiene particular importancia como instrumento en la actual situación»: se pedía a la estación desacreditar al PKI, implicar a China y no llamar «derechistas» a los militares indonesios pro occidentales, o decir que estaban aislados en su esfuerzo por aplastar al PKI. El embajador Keith Shann en Yakarta regularmente enviaba recomendaciones (o se le solicitaban) al Departamento de Asuntos Extrajeros, transmitiendo solicitudes de oficiales indonesios («puedo soportar casi todo esto, aun si tenemos que ser deshonestos durante un tiempo»). Según sugerencias de oficiales británicos en Singapur, el 5 de octubre (fecha clave, 24 horas después de la exhumación de los generales asesinados y del comienzo de la campaña de propaganda del ejército contra el PKI, con las falsificaciones acerca de mutilaciones), la inteligencia británica envió material prefabricado para una cruzada anticomunista, denunciando también a China por medio de canales encubiertos. Parece ser que la CIA aportó material similar y que esto fue lo que sus empleados consideraron la colaboración sustancial de su agencia

para desencadenar el aplastamiento de los comunistas.[366] A finales de octubre, la Oficina de Asuntos Exteriores británica envió a Singapur a Norman Reddaway, del Departamento de Investigación e Información, especialista en propaganda anticomunista, a entregar a periodistas británicos y de otros países material «editado» auténtico o falso, con el propósito de desacreditar al PKI (incluyendo mentiras acerca de supuestos planes comunistas de masacres después de un golpe), de implicar a la República Popular China y de derrocar a Sukarno apoyando la versión de Suharto del golpe del 1º de octubre de 1965, pero callando toda noticia acerca de matanzas en masa. El corresponsal de la BBC para el sudeste de Asia en Singapur, que visitó a este oficial «varias veces en una semana», afirma haber sido manipulado por él.[367] Lo que los medios debían informar parece haber sido antes discutido entre representantes de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia.[368]

Todo esto produjo una sinergia entre los medios controlados por el ejército dentro de Indonesia y las fuentes extranjeras que aceptaban información dudosa proveniente de las demás.[369] De este modo, los medios informativos de los países libres desempeñaron su papel en la creación de una atmósfera de pogromo en Indonesia. Sin embargo, ésta fue limitada por el pequeño número de aparatos de radio (3.5 millones en 1963) y los lectores de los diarios; la estación transmisora extranjera relativamente más eficaz fue Radio Australia, ya que los indonesios desconfiaban de la BBC y de Radio Malasia como estaciones enemigas, y la *Voice of America* era difícil de recibir.[370]

En los estudios del genocidio existen extensos debates acerca de la «intervención». Muchos de tales estudios parten de la suposición de que gobiernos «occidentales», indiferentes pero cordiales, tuvieron que ser empujados para entrar al rescate de los pueblos amenazados por todo el orbe.[371] Respecto a las persecuciones en Indonesia, a finales de 1965, los gobiernos capitalistas hicieron todo

lo que pudieron para no intervenir, precisamente para *no* prevenir el baño de sangre. Gran Bretaña y Australia se vieron inmiscuidas en un conflicto militar, de bajo nivel, con Indonesia durante el «enfrentamiento» por Malasia, de 1963 a 1966, que concentró a la mayor parte de las tropas indonesias, principalmente en Borneo. Antes de que los militares indonesios lanzaran su ataque total contra el PKI y sus miembros, a mediados de octubre —a más tardar el 8 de octubre de 1965—, el general Nasution (alarmado por el anuncio de los Estados Unidos de expulsar del país a sus ciudadanos) se dirigió a los gobiernos británico y australiano, por medio de intermediarios, para asegurarse de que no aprovecharían la oportunidad para un ataque militar contra Indonesia mientras el ejército estaba ocupado contra los comunistas del interior. El temor a un ataque británico-malayo contra Sumatra había movido inicialmente a Suharto a negar autorización al general Idris de transportar sus tropas a Medan para perseguir a los comunistas. Con base en sus propias deliberaciones (que comenzaron el 6 de octubre) y a instancias del gobierno de los Estados Unidos, los gobiernos británico y australiano, contra cierta resistencia malaya, aseguraron a las fuerzas armadas indonesias, por los mismos canales, que no intervendrían porque deseaban que los militares indonesios se lanzaran contra los comunistas.[372] Un mensaje de los Estados Unidos acerca de la planeada inactividad militar británica llegó a Nasution el 14 de octubre, y entonces su asistente le dijo al embajador Green: «Esto es precisamente lo que necesitábamos como garantía de que nosotros (el ejército) no seríamos atacados desde todos los ángulos mientras enderezábamos las cosas aquí». Tres días después llegaron tropas del RPKAD para su mortífera campaña en el centro de Java. De hecho, desde nueve meses antes del golpe del 1º de octubre de 1965, diplomáticos estadunidenses habían estado reflexionando sobre esa garantía británico-malaya para el caso de un futuro enfrentamiento entre los militares y el PKI.[373] En octubre de 1965 navíos de la armada

británica incluso escoltarían un transporte de tropas indonesias, bajo bandera de Panamá, del norte de Sumatra a Java, pasando por los estrechos de Malaca, como lo recordó un hombre que iba a bordo y que luego asesinaría a Aidit, presidente del PKI, en el centro de Java el 22 de noviembre de 1965.[374] De esta manera, aunque los académicos casi no lo hayan notado hasta la fecha, los gobiernos capitalistas deliberadamente crearon lo que el ejército indonesio vio como previo requisito para su ataque a los comunistas. El ejército planteó la pregunta de si los británicos y los australianos se mantendrían militarmente inactivos al mismo tiempo que éstos lanzaban su campaña de calumnias contra los comunistas, y esperaron la respuesta antes de empezar las matanzas en gran escala.

Diversos representantes de los Estados Unidos llegaron aún más lejos. Por medio de su embajada, en el otoño de 1965, la CIA transmitió listas con nombres y detalles de 5 000 comunistas al ejército indonesio. La embajada también aportó sus propias listas, habiendo reunido un índice de tarjetas, con pormenores de cerca de 2 000 funcionarios comunistas. Con la aprobación del embajador Green, el consejero político de la embajada, Robert J. Martens, entregó las listas a un asistente de Adam Malik. Éste las transmitió, a través de otro intermediario, al general Suharto. A cambio, información acerca del arresto o la muerte de miembros del PKI y de sus organizaciones afiliadas fue enviada a la embajada, donde unos empleados cotejaban los nombres en las listas.[375] Como ya se dijo antes, dado el fragmentario conocimiento del ejército acerca de los funcionarios del PKI, incluso de los más importantes, y de las organizaciones de masas afiliadas al PKI, este tipo de ayuda de los Estados Unidos probablemente contribuyó a la muerte de cientos de personas. Además, los administradores de plantaciones de propiedad estadunidense dieron a los militares indonesios los nombres de activistas comunistas de sindicatos, quienes como resultado de esta denuncia fueron arrestados y por lo general muertos. Un ciudadano

estadunidense, en una propiedad de la fábrica de caucho Goodyear, en Sumatra, calculó que a comienzos de enero de 1966 tan sólo en su plantación se había dado muerte a 290 personas (en este caso, su participación personal no es clara). En años posteriores, presos políticos servirían como trabajadores forzados en algunas de las mismas plantaciones, siendo así una mano de obra aún más barata que la de antes. En plena tierra de las plantaciones se levantaron barracas para los presos.[376]

No menos importante pudo ser la entrega de armas a los militares indonesios, que pudieron emplearlas para la matanza. En 1965 su equipo era en gran parte de origen soviético, debido a las buenas relaciones indonesio-soviéticas. Por una macabra ironía, muchos comunistas indonesios fueron muertos con armas de fuego soviéticas. Sin embargo, cuando el ejército indonesio hizo nuevas solicitudes de tales armas, se volvió hacia otros abastecedores extranjeros. Como resultado de estas circunstancias particulares fue estrecho el círculo de los socios potenciales.[377] Aquí, los debates se han centrado en el papel de los Estados Unidos. Escasean las pruebas claras de entregas de armas estadunidenses, pero se ha corroborado que la CIA permitió y organizó el envío de armas pequeñas a Indonesia, «para armar a los musulmanes y a la juventud nacionalista en el centro de Java, para su empleo contra el PKI», tendiendo a la «eliminación de los elementos [comunistas]». Sin embargo, el número de armas así enviadas probablemente fue limitado.[378] Además, a comienzos de diciembre el embajador Green aceptó la sugerencia de que, por medio de Adam Malik, los Estados Unidos enviaran 50 millones de rupias al KAP-Gestapu, que «seguía llevando el peso de los actuales esfuerzos represivos contra [el] PKI, particularmente en el centro de Java». Sin embargo, por su cotización en el mercado negro, esto sólo sumó cerca de 5 000 dólares estadunidenses.[379] Según se dijo, el servicio secreto exterior de la Alemania Occidental *(Bundesnachrichtendienst)* entregó a los

militares indonesios subametralladoras y equipo de radio con valor de 300 000 marcos alemanes.[380]

De hecho, de todos los países, los abastos de armas suecas parecen haber sido los más sustanciales. Según el informe de un refugiado indonesio en Japón, Osman Jusuf Helmi, desde comienzos de diciembre de 1965, Suharto o Nasution habían firmado «un contrato con Suecia por la compra urgente de 10 millones de dólares en armas pequeñas y municiones que se emplearían para aniquilar a elementos del Partido Comunista Indonesio (PKI)».[381] A finales de enero de 1966, el ejército indonesio se había quedado sin municiones, y Nasution pidió más a «los suecos», pese al hecho de que el ejército ya le debía a la compañía sueca Bofors medio millón de dólares estadunidenses por pasadas entregas. En ese punto, la Bofors no sólo reclamó los pagos debidos, sino que fuentes suecas hicieron saber al embajador australiano en Yakarta que, aun después de tales pagos, ya no enviarían más municiones.[382] Como hemos visto, la preocupación en la embajada sueca por la matanza sí creció pocos meses después, pero al parecer ya pasados los hechos.

Existen pocos documentos que indiquen si las potencias capitalistas trataron de contener la violencia incluso por medio de militares indonesios. De manera extraña, fue el cónsul general de la Alemania Oriental quien informó que diplomáticos estadunidenses, británicos, canadienses, australianos y otros habían expresado su insatisfacción con el «brutal modo de proceder del ejército (arrestos, torturas)», porque el ejército podía desacreditarse, haciendo así imposible su futuro papel de dirigente de la política indonesia.[383] Acaso esto sea un simple reflejo de ilusiones ingenuas *(reflected wishful thinking),* basadas en uno de los tantos rumores que por entonces circularon en Yakarta, porque no mucho pudo ser corroborado por otras fuentes. De todos modos, se dijo que el embajador de Francia hizo semejante intervención.[384] Probablemente hubo más que algunos rumores de que los gobiernos

de Japón y de Singapur establecieron el fin a la persecución de los chinos como requisito para la intensificación o renovación de relaciones comerciales, respectivamente, dado que gran parte del comercio exterior de Indonesia estaba en manos de comerciantes de origen chino. Hombres de negocios europeos y estadunidenses ya habían expresado preocupaciones similares.[385] Sin embargo, la persecución y el acoso a los de origen chino continuó después, en 1966, y, en general, no hay indicios de que las objeciones extranjeras a la violencia en masa, si existieron, hayan influido sobre los indonesios.

Esto también puede decirse de las protestas de países socialistas, aunque, de algún modo, fueron acalladas. El gobierno de la República Popular China y la prensa china se habían mostrado renuentes al principio, pero a partir del 18 de octubre de 1965 la Embajada de China empezó a emitir una serie de 14 notas de protestas diplomáticas que duraron seis meses. Sin embargo, trataban sobre todo de ataques violentos a instituciones diplomáticas y ataques a gente de origen chino —concentrándose en quienes tenían la ciudadanía china— en Indonesia. Informes de prensa chinos muestran la misma pauta, que daba relativamente poca importancia a la destrucción del PKI y al asesinato en masa de sus miembros.[386] Las protestas chinas, ridiculizadas en Indonesia al cabo de cierto tiempo por su total falta de consecuencias, sólo ocasionaron más feroces propaganda y acción antichinas. Hasta cerca de abril de 1966 la política exterior china parece haber estado aún basada en la esperanza de que Sukarno pusiera un alto al conflicto político entre los dos países, aunque el comercio y la ayuda, según parece, se detuvieron desde octubre de 1965.[387]

En contra de lo que dicen ciertos relatos diplomáticos e históricos, los medios informativos soviéticos (y otros de Europa Oriental) sí informaron de los hechos, pero de manera un tanto atenuante, frecuentemente como si se tratara de un hecho natural,

sin entrar en detalles, para no perjudicar las relaciones diplomáticas. En retrospectiva, el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Alemania Oriental consideró que mantener buenas relaciones económicas y diplomáticas con Indonesia tenía que ser una de sus prioridades, aun después de que Suharto se adueñó del poder.[388] Hubo suficientes reacciones oficiales o semioficiales soviéticas para formar dos volúmenes de documentos.[389] En lo tocante a los comunistas indonesios, pese a la ayuda soviética a los presos, a veces parecía que en la Unión Soviética o en la República Democrática Alemana había mayor preocupación por la destrucción del PKI como partido que por las matanzas. En cambio, se dijo que los ciudadanos polacos habían enviado peticiones de protesta en masa, lo que fue explicado por un observador con la suposición de que los comunistas de allí se sentían mucho menos seguros de su régimen que en la URSS, y que sentían mayor compasión por la situación de sus camaradas indonesios. De manera similar, en octubre de 1965, diplomáticos de Hungría, Rumania y Bulgaria unidos habían pedido a los periódicos indonesios que protestaran contra los «bestiales» ataques a los comunistas.[390]

Incluso algunos diplomáticos y periodistas empedernidos anticomunistas, de países capitalistas, que no dejaron ninguna duda acerca de su apoyo al intento de adueñarse del poder por militares y derechistas, quedaron asombrados al ver que los medios y los políticos internacionales no se inmutaron siquiera ante las matanzas en Indonesia. «Si consideramos que 86 100 murieron en Hiroshima, no puede dejar de sorprendernos la poca atención ante el superior número de víctimas que la purga indonesia ha despertado en la opinión pública mundial», comentó el embajador alemán Werz.[391] Un periodista escribió: «No menos perturbadora es la despreocupación del mundo exterior ante la mayor matanza desde el genocidio nazi en Europa y los asesinatos comunales que acompañaron a la partición de la India y Pakistán. El mundo supo

poco [...] [y] pareció preocuparse aún menos, tal vez porque las víctimas sólo eran comunistas y simpatizantes del comunismo». «[Nadie se preocupó], mientras fueran comunistas, de que los estuviesen asesinando», recordó Howard Federspiel, experto sobre Indonesia del Departamento de Estado de los Estados Unidos.[392] Desde el comienzo mismo, tal indiferencia ha ayudado a borrar virtualmente los asesinatos en Indonesia de 1965 de la memoria internacional, pública y privada.

Los gobiernos de los países capitalistas dieron cierto apoyo a las masacres de 1965-1966. Y, sin embargo, hubo límites definidos a la influencia y manipulación extranjeras de los asuntos indonesios. Las listas enviadas por los Estados Unidos sólo incluyeron los nombres de 1% o menos de los fallecidos por la violencia de 1965-1966; sólo una minoría fue muerta a tiros, y menos aún con armas suecas o estadunidenses de precisión; el dinero y el material extranjeros no pueden haber desempeñado un papel importante. Los extranjeros eran socios, no parte de la coalición por la violencia.

Por otra parte, Indonesia había desafiado al orden capitalista internacional con sus políticas hostiles hacia Gran Bretaña y los Estados Unidos por ponerse al frente del Movimiento No Alineado, por entablar relaciones directas con la China maoísta, y hasta por haber formado organizaciones rivales a las Naciones Unidas y al Comité Olímpico Internacional. No se pueden pasar por alto asuntos tan globales respecto a los asesinatos de 1965-1966. Indonesia representó un caso en toda una serie de dictaduras militares de derecha, establecidas a mediados de la década de 1960, ya fuese como resultado de intervención militar directa de los Estados Unidos, como en Vietnam, o con más sutil apoyo «occidental», como en Brasil en 1964, en Argentina, en Ghana o en Grecia en 1967. Marshall Green, embajador de los Estados Unidos en Yakarta, todavía en 1965 había participado en el derrocamiento del gobierno nacionalista-izquierdista dominicano mediante una invasión militar de los Estados Unidos a comienzos de ese mismo año.[393]

Menos sangrientos (excepto en Vietnam), los acontecimientos ocurridos en estos países, a pesar de todo, establecieron corrompidas dictaduras militares «en desarrollo». No fueron simplemente estados peleles, favorables a las empresas internacionales (obteniendo muchas de sus ganancias de controlar el comercio y la inversión exteriores), dado que, por su absoluta falta de respeto a la ley, crearon condiciones ambivalentes para la formación de capital interno. La compañía consultora Business International, con base en Nueva York, declaró acerca de Indonesia en 1978: «Las políticas del "Nuevo Orden" que consistentemente favorecen la inversión extranjera sólo han sido posibles gracias a la reestructuración posterior a 1965, que excluye del poder a importantes grupos y que aplica un alto grado de presión y de coerción contra los adversarios del régimen».[394] La caída del gobierno chileno de Allende, en un golpe similar en 1973, fue augurada mediante *graffiti*, volantes y tarjetas postales inspirados por la CIA, que llevaban el lema «Yakarta se acerca»: un intento de convertir las masacres de 1965-1966 en una amenaza global para la izquierda política.[395]

La Guerra Fría generó una atmósfera de conflicto y de influencias ideológicas que rebasaban las fronteras y, sin embargo, se le puede ver como un enfrentamiento mundial no sólo entre superpotencias que manipulaban a los países no industrializados (es decir, en el marco de las relaciones exteriores) sino, antes bien, como una pugna internacional por el poder económico y político entre grupos sociales. Los Estados Unidos, los Países Bajos, países de la Europa del Este, Australia y otros habían preparado a estudiantes universitarios o a militares indonesios durante años, tratando de promover sus modelos de sociedad: las academias militares estadunidenses, la Fundación Ford y Berkeley tuvieron completo éxito.[396] A la mafia militar-empresarial indonesia que eliminó a sus rivales en 1965-1966, la Guerra Fría le ofreció un espacio nacional, una oportunidad de proceder con violencia en masa, sin despertar

apenas objeciones internacionales. La *realpolitik* global, desde la década de 1960 hasta la de 1980, hizo que la Indonesia de Suharto —demasiado importante para ofenderla— fuese mimada por todas partes. Aunque, por ejemplo, el primer ministro soviético Kosygin condenó a puerta cerrada las matanzas de Indonesia mientras se reunía con el ministro del exterior indonesio, Adam Malik, en Moscú, esto no cambió mucho, sobre todo porque ambos bandos estaban negociando una reprogramación de la considerable deuda exterior de Indonesia.[397] También los países socialistas estaban hablando de negocios y favoreciendo intereses nacionales, fuesen la Unión Soviética, Alemania Oriental o China. Ese oportunismo global, junto con la decidida aprobación de la violencia por algunos regímenes capitalistas, hizo que un asesino como Malik pudiese llegar, incluso, a presidente de la Asamblea General de la ONU en 1971-1972.[398]

CONCLUSIÓN

Las matanzas de Indonesia de 1965-1966 se cuentan entre las más sangrientas purgas anticomunistas del siglo XX, como en las guerras civiles china, rusa y española, la invasión alemana de la URSS, 1941-1944, y las guerras de Vietnam y de Corea. Todas ellas costaron las vidas de innumerables civiles, pero la de Indonesia fue la más desproporcionada en tal violencia, aunque muchas otras purgas también tuvieron carácter participativo. El terror nazi contra sus adversarios políticos dentro de Alemania; la «guerra» sucia de los militares contra los izquierdistas en Argentina, entre 1976 y 1983, o la dictadura de Pinochet en Chile palidecen en una comparación de números.

Ni la violencia estatal controlada y manipulada por los militares ni la ira popular ni la organización dada por maquinarias de partidos políticos y por grupos religiosos pueden explicar, por sí solas, la

ferocidad de las matanzas de 1965-1966; lo decisivo fue la combinación de las tres. En octubre de 1965, se formó una coalición con diversos intereses que coincidían en su afán de destruir al PKI y de asesinar a comunistas —por razones que variaban según regiones, grupos adversarios y contexto político y cultural—. Lo que decidía la vida de una persona no era tan sólo cuestión de un enfrentamiento abstracto entre el aparato estatal y el individuo: dependía —dejando aparte el grado del azar— de si alguien tenía interés en asesinar a ese ser humano en particular, de quién era o cuántos eran, y de cuán insaciable resultara ese afán. Esta red de intereses creó otra red de persecución que podía hacer que una persona fuera arrestada repetidas veces[399] o que se enfrentara a la muerte (y sin embargo, la acción opuesta podía entrañar por igual protección o una oportunidad de ocultarse). Donde coincidieron fuertes motivos de persecución en contextos diferentes —digamos, en el caso de un migrante ocupante de tierras, activo comunista o que perteneciera a una minoría religiosa— casi no había escape. Donde la violencia se dispersó y sólo interesó a unos cuantos, o donde el asesinato no era la primera opción, había más oportunidades de salvarse (como para los de origen chino o los animistas). El tomar en cuenta a estos otros grupos perseguidos también nos permite situar la violencia de 1965-1966 dentro de los antecedentes de larga duración de la violencia en Indonesia: conflictos de clase en la transformación de los campos, el establecimiento de una élite doméstica no china, la emigración, los choques entre el Estado nacional e intereses regionales, entre modernistas seculares, sectas tradicionales y musulmanes ortodoxos, y entre los intereses extranjeros y los locales.

La coalición para la violencia también nos ayuda a explicar cómo los discursos en favor de la violencia pudieron volverse hegemónicos aun cuando no fuesen universalmente compartidos. Propaganda, intimidación y coerción desempeñaron papeles importantes en tal proceso que, sin embargo, fue multipolar y no simplemente centrado en el Estado. Eso puede decirse tanto de la adopción activa de la

propaganda como de su distribución. La agitación anticomunista de los medios informativos no sólo se originó entre los militares, sino también en los órganos de la prensa política partidista. El pueblo propagó los rumores. Había que imponer el nuevo rumbo de persecución a los izquierdistas en todos los partidos políticos (el PNI, al nivel nacional, fue el último, en abril de 1966), dentro de cada ministerio, en todos los niveles de las administraciones y hasta en poblados y aldeas. En este proceso era importante que las juventudes anticomunistas ocuparan cada vez más el espacio público con actos simbólicos. Con presión viniendo de todas direcciones, los argumentos acerca de la traición comunista ganaron mayor credibilidad, hasta el punto de que incluso muchos izquierdistas perdieron su fe.

La violencia decreció en enero de 1966, en cuanto divergieron los intereses dentro de la coalición, y la lucha por el poder tomó cada vez mayor prioridad sobre el asesinato de comunistas. Ese mismo año la coalición empezó a escindirse por diferentes programas políticos, la competencia por abrir puestos de élite, el hecho de que Suharto apartara a todos sus rivales personales de alguna categoría,[400] y una controversia precisamente por la cuestión de la participación política popular. Al final, el proceso político dio por resultado la sofocante atmósfera de una embrutecedora dictadura militar. Después, muchos dijeron que Suharto los había traicionado a ellos y a la causa común, pero sin reconocer que las metas buscadas por diferentes grupos y fuerzas dentro de Indonesia al perseguir a los supuestos comunistas habían sido distintas desde el principio.

El carácter participativo de la violencia, como se manifestó claramente en Indonesia, es una de las principales particularidades de una sociedad extremadamente violenta. Por lo tanto, es importante notar lo que ocurrió respecto a las tendencias participativas en la política de Indonesia después de 1965. Muchos de los protagonistas de la violencia de 1965-1966 perdieron en la lucha por el poder precisamente porque defendían principios de

participación política. El PNI, pese a la victoria de su ala derecha en un congreso del partido de abril de 1966, siguió profundamente dividido, sin un claro perfil político, y también perdió influencia con la caída de Sukarno.[401] La posición del Nahdlatul Ulama —que representaba a los adherentes estrictos del islam, sobre todo con una base rural— pareció mucho más prometedora, pero fue hábilmente maniobrada por Suharto y por la élite militar moderadamente islámica y modernista, empezando por el primer gabinete de Suharto, del 24 de marzo de 1966, en el que el NU recibió pocas curules (el «terrible jueves» del NU). Esta tendencia continuó con su escasa representación en las cooptaciones al Parlamento (MPRS) de 1966 y 1967 y el repetido aplazamiento de las elecciones generales, pese a que el NU estuvo continuamente pidiéndolas.[402] Cuando por fin se celebraron elecciones en 1971, manchadas por manipulaciones que favorecían a la organización Golkar, del régimen, el NU tan sólo logró repetir su resultado de 1955 (obteniendo 18.7% de los votos). Gran parte de la agenda política del NU, a saber las leyes islámicas, quedó en simples deseos que convirtieron al partido en la principal fuerza de oposición legal. Los problemas se agravaron por conflictos entre los funcionarios más jóvenes y los ya experimentados, y por las diversas corrientes que existían desde antes de octubre de 1965. Subchan, ex jefe del KAP-Gestapu, fue elegido vicepresidente del parlamento, y se las arregló durante un tiempo para subir a lo más alto de su partido, pero se retiró de su importante papel político en 1972, teniendo sólo 41 años, lamentando la discriminación del NU en las elecciones.[403]

Al llegar marzo de 1966, el KAP-Gestapu había alcanzado básicamente sus metas. Un mes después, el secretario general Harry Tjan advirtió, en vano, que «lo más importante en el periodo "post-PKI" era la unidad de propósito».[404] Con las organizaciones miembros escindiéndose, pronto se redujeron las actividades del Frente que, de hecho, cesaron a mediados de 1966, aunque no se

desbandó sino hasta 1967.[405] Los frentes de acción estudiantil, sobre todo el KAMI, demostraron ser más resistentes y organizaron enérgicas manifestaciones que en 1968 aún lograron derribar a miembros del gabinete. No pocas veces las protestas de los estudiantes eran para exigir mejores puestos en el parlamento, el gobierno y la burocracia, y algunas lo lograron.[406] En el régimen de Suharto la «generación de 1966», así como sucesivas generaciones estudiantiles, demostraron que no eran simples marionetas, sino que tenían sus propias metas políticas: siguieron rebelándose contra las crisis sociales, la inflación y la corrupción, y se mostraron inconformes con la clase media a la que ellos mismos pertenecían.[407] Los estudiantes finalmente ayudarían a derrocar a Suharto en 1998. Sin embargo, pronto empezaron a mostrarse grietas dentro de los Frentes de Acción estudiantiles a mediados de 1966, cuando la organización de estudiantes preparatorianos KAPPI se dividió porque grupos afiliados al Muhammadiyah exigieron puestos dentro de la jefatura. El intento de KAMI de extender su influencia al centro y al este de Java en 1966 terminó en desastre, con violentos enfrentamientos con jóvenes del PNI, el arresto de una delegación de KAMI por autoridades militares y civiles locales, y la ayuda militar del RPKAD.[408]

También figuras militares fueron afectadas al verse reducida su participación en la política. El ejemplo más conocido fue la neutralización política de Nasution, presidente del Parlamento (MPRS) de 1966 a 1972, quien apoyaba una forma alternativa de sistema representativo, aún contaba con una poderosa influencia militar, y, según se dijo, había perdido en la lucha por el poder contra Suharto precisamente porque no pedía un ilimitado poder personal. Coherente con este enfoque, quiso hacer carrera en el Parlamento. Peor aún, había atacado activamente la corrupción, y no era javanés.[409] Kemal Idris y otros también fueron marginados. Sarwo Edhie —quien después sería el suegro del presidente de Indonesia,

Susilo Bambang Yudhoyono, a su vez un ex general que tenía en alta estima a Edhie—, según se dijo, perdió su mando del RPKAD en abril de 1967 por su actitud demasiado populista, especialmente por su continua cercanía con rebeldes estudiantes universitarios. Fue marginado pese a cierto número de sus discutibles «logros» para el régimen (sofocar el levantamiento en el oeste de Irán y presidir la Academia Militar del Ejército entre 1971 y 1977, entrenando a una generación de influyentes comandantes regionales), y más de una vez tuvo conflictos con Suharto antes de renunciar al parlamento como protesta en 1988.[410]

Las estructuras y la práctica de la política se asemejaban cada vez menos a un sistema representativo. Los partidos protestaron en vano contra la acumulación de poder en manos de los comandantes militares regionales en su carácter de Pepelrada (Autoridad Regional Dwikora).[411] La impresión de periódicos diarios de Indonesia se redujo, pasando de 1.4 millones en 1966 a 750 000 en agosto de 1967. Los jefes de aldea que habían sido elegidos a puestos electorales hasta 1965, ahora serían nombrados por las autoridades según el «Nuevo Orden» y siguiendo el principio de las «masas flotantes», por lo que ningún partido fue autorizado a tener una representación por debajo del nivel de distrito, ya no digamos en las aldeas. En especial, las mujeres fueron privadas de toda representación. Muchas organizaciones femeninas fueron disueltas y remplazadas, en parte, por «El Deber de las Mujeres», asociación a la que obligatoriamente debían pertenecer las esposas de funcionarios.[412] Sin embargo, lo que quedó fue un papel más importante para las asociaciones de barrio, para vigilar todo lo que pareciera sospechoso, además de grandes unidades de defensa civil.[413]

Sukarno ya había logrado reducir el número de partidos políticos, de más de 100 partidos y grupos políticos que disputaron en las elecciones de 1955, especialmente por las regulaciones de 1959 a los

partidos políticos, quedaron 12 partidos, número que luego se redujo a nueve en septiembre de 1965.[414] Continuando y radicalizando esta política, en 1973 el régimen militar redujo todos los partidos que quedaban a dos: el nacionalista Partido de Desarrollo Unificado (PPP) y el islámico Partido Demócrata Indonesio (PDI), aparte de Golkar que (oficialmente definido como grupo funcional) quedó exento de las restricciones puestas a los partidos políticos.[415] Uno de los perseguidores más importantes, el general Mokoginta, comandante militar del norte de Sumatra y para toda Sumatra, amenazó, en noviembre de 1965, diciendo que los partidos políticos tendrían que cambiar o todos ellos serían suprimidos.[416] El exterminio de los comunistas había sido propiciado por demandas de una codeterminación política, acompañadas por un breve florecimiento de participación política que después se convertiría en poderoso argumento contra los partidos políticos y la desunión para la facción burocrático-militar que prevaleció.[417]

Las matanzas de 1965-1966 fueron el fundamento de un nuevo «sistema estatal»,[418] pero también de un orden social modificado en el que, una vez más, se amordazó a los pobres. Los asesinatos en masa ejercerían un poderoso efecto durante décadas sobre la interacción entre el pueblo en muchos lugares, y entre ciudadanos y representantes del gobierno. La «alianza» contra el PKI no fue causada meramente por la estrategia radicalizada del partido desde 1963, con el cambio social o la formación de la nación-Estado como «simples contextos sociales».[419] Por el contrario, la coalición para la violencia incluyó toda una gama de importantes grupos sociales y variadas visiones políticas del futuro de la sociedad indonesia.

II. Participación y lucro
El exterminio de los armenios, 1915-1923

Mientras que el anterior estudio de Indonesia intentó dilucidar el carácter participativo de la violencia dentro de la vasta gama de la dinámica en una sociedad extremadamente violenta, en este capítulo examinaremos, en profundidad, un conjunto de motivaciones de la participación popular en la violencia. Puesto que estoy enfocando el destino de una minoría de intermediarios —grupo considerado étnicamente distinto y entre el cual se incluye una parte importante de la élite económica de un país—, será lógico concentrarse en los factores económicos, pues mucho tenían que ganar quienes se volvieron en contra de los armenios otomanos.[1]

En los estudios del genocidio predominan los enfoques relacionados con la historia de las ideas e ideologías predominantes. La mayoría de esos estudios se centran en el pensamiento racial, la formación de naciones-Estado y las identidades étnicas, así como enemistades religiosas. Aunque se colocan en el centro el papel y las acciones del Estado, interpretados como impuestos por ciertas ideologías, los marcos económicos siguen siendo poco estudiados como aspectos supuestamente secundarios de la violencia en masa. De este modo, se menosprecian algunas de las razones de la participación popular en la violencia extrema y, como resultado, también el papel activo de los propios grupos sociales.[2]

La importancia del saqueo y la envidia social en la expulsión y el asesinato de armenios otomanos ha sido subrayada varias veces,[3] pero hasta ahora insuficientemente investigada. Es probable que más de la mitad de los armenios que perecieron en la primera Guerra

Mundial hayan muerto de inanición, agotamiento o deshidratación por marchar a pie o en terribles zonas de destierro previamente designadas. Y ello porque habían sido privados de sus medios de vida, de sus hogares y sus haberes. Por consiguiente, el saqueo y la expropiación se encontraron en el núcleo mismo de las muertes en masa de armenios. Los negocios, oficios, casas, tierras, posesiones y bienes de los armenios (9-10% de la población) representaron un importante incentivo para su expulsión, deportación y asesinato. Sus recursos equivalían a dos y medio veces los presupuestos estatales de tiempos de paz, o a más de toda la inversión extrajera en el Imperio otomano.[4] En este capítulo veremos cómo el afán de lucro material y la competencia por el botín, incluyendo el financiamiento de guerra y el reasentamiento de los refugiados por el gobierno, movieron a grandes números de ciudadanos a apoyar actos de violencia contra los armenios o a participar activamente ellos mismos en la violencia.

Desde luego, los armenios sólo fueron el más afectado de varios grupos victimados hacia el fin del Imperio otomano. Cientos de miles de griegos, kurdos, turcos, asirios y caldeos perecieron en masacres, deportaciones, expulsiones y por inanición, así como decenas de miles de árabes. Incluirlos a todos sería rebasar los límites de este capítulo, y aunque algunos de los mismos mecanismos empleados para la persecución de los armenios también se encuentran documentados para la de otros grupos, el ejemplo armenio se presta al examen debido a la investigación relativamente desarrollada y a las muchas fuentes primarias de que se dispone.

CONTEXTO

De 1914 a 1918, el Imperio otomano tuvo a su población bajo enorme tensión. En una guerra en cuatro frentes, virtualmente sin industria del acero, el país (aún más que los otros beligerantes en la Gran Guerra) fue arruinado por malas finanzas, falta de bienes de consumo, inflación, una situación económica desesperada y hambre.

Como en cualquier otra parte, la movilización sin precedente de soldados, mano de obra y recursos materiales requirió una expansión del aparato estatal. Para afirmarse, el movimiento nacional turco pasó por cuatro años de guerra, hasta 1923.

La necesidad de fondos para el mantenimiento del Imperio contra las presiones del exterior y los movimientos nacionalistas durante largo tiempo habían superado, con mucho, la capacidad del Estado por su ya caduco sistema de impuestos. Esto dio por resultado la bancarrota del gobierno en 1877, después de lo cual se estableció la Administración de la Deuda Pública Otomana: oficina de servicio de la deuda administrada por potencias europeas que, burlando el presupuesto del gobierno, recaudaba directamente de 30 a 40% de los impuestos del Imperio: sus 6 000 empleados por todas las provincias representaban la mayor burocracia del país. Habiendo caído hasta depender de las potencias europeas, el Estado otomano tuvo que conceder a ciudadanos europeos determinados privilegios como exención de impuestos, procesos jurídicos separados, sus propias escuelas y misiones religiosas, perdiendo parte de su soberanía en la política fiscal y económica. Esto redujo más aún el gasto militar, lo que contribuyó a que entre 1908 y 1913 el imperio perdiera Bosnia y Herzegovina, Albania, Montenegro, Macedonia, Epiro, la Tracia Occidental, Creta, las islas del Dodecaneso, Libia y Yemen en guerras que agotaron financiera y militarmente al país. Después de estos desastres, los objetivos de la guerra otomana en la primera Guerra Mundial —guerra que difícilmente podía permitirse — siguieron siendo en gran parte defensivos, salvo por mayores ambiciones en el nordeste.[5] En general, se le consideró como una guerra por la independencia y la supervivencia nacionales, en tanto que potencias como Rusia, Gran Bretaña y Francia intentaban adquirir grandes porciones del territorio otomano (con éxito en el caso de Gran Bretaña y de Francia). En este contexto, el objetivo oficial número uno de guerra fue la abrogación de las «capitulaciones» (privilegios a los extranjeros) y, con esto, la

formación de una élite comercial musulmana que los funcionarios consideraran digna de confianza.[6]

Dentro del imperio, entre una población que en su mayor parte vivía en zonas rurales, los musulmanes ocupaban la mayoría de los puestos de la burocracia y el gobierno encabezado desde 1908 por el Comité por la Unión y el Progreso (CUP), en parte liberal y secularista, pero estatista y cada vez más nacionalista-otomano.[7] Gran parte de las élites económicas se encontraba entre las minorías cristianas y judías (pero la mayoría de los cristianos vivía en absoluta pobreza). Dado su protagonismo en el comercio interior y exterior, en la banca y en las industrias rudimentarias, armenios y griegos en particular eran considerados cada vez más por los musulmanes como alineados a intereses extranjeros. Los armenios, a los que en un tiempo se les llamó la fiel *millet* (comunidad religiosa), gradualmente fueron entrando en conflicto con el gobierno y con otros grupos. Bajo una intensificada persecución, en especial tras las matanzas de 1894-1896 y 1909, en las que fueron asesinadas hasta 200 000 personas, los políticos armenios pidieron apoyo al exterior en su búsqueda de autonomía y protección, y en 1914 las potencias europeas impusieron un estatuto de autonomía para seis provincias septentrionales. Por ello, los armenios fueron señalados colectivamente como desleales, como una amenaza a la integridad territorial y a la soberanía económica del país, y particularmente como potenciales aliados de Rusia, donde también había muchos armenios.

Después de la movilización general en agosto de 1914 y de la entrada en la guerra del Imperio otomano, a finales de octubre, y especialmente después del desastre de la ofensiva contra los rusos en enero de 1915, falsamente atribuida a la «traición» armenia, con cada vez mayor frecuencia hubo actos de acoso de las autoridades contra los armenios y violentos excesos de tropas otomanas y de turcos y kurdos «irregulares». Servidores civiles armenios fueron despedidos, militares enviados a batallones de trabajo, y aldeanos saqueados y a

veces masacrados. Algunos armenios respondieron con deserciones y actos de resistencia armada, desencadenando así feroces represalias del gobierno que culminaron en levantamientos; el ejército puso sitio a barrios armenios en Zeitun y Van, en el este de Anatolia, y hubo deportaciones locales en marzo y abril de 1915 que coincidieron con una ofensiva rusa desencadenada desde Irán al nordeste de Anatolia, y desembarcos del ejército británico cerca de los Dardanelos. En esta situación, las autoridades otomanas, en parte por sugerencia de los militares después de deportaciones locales, como medida de seguridad decidieron desplazar colectivamente a todos los armenios, primero desde las provincias nororientales y desde Cilicia, desde finales de abril-mayo, luego desde las provincias adyacentes (desde mayo-junio) y desde Tracia, Anatolia Occidental y Central (desde junio-agosto de 1915) y del norte de Siria y de Mesopotamia (hasta el otoño de 1915).[8] Después de cierta confusión acerca de sus destinos, cerca de un millón de armenios[9] fueron deportados al oeste de Mesopotamia y al norte de Siria; después, muchos fueron llevados al sur de Siria y algunos a Líbano y a Palestina.

Entre mayo y octubre de 1915 pudieron verse mortíferas marchas de armenios mal abastecidos, cada vez más miserables y agotados, por zigzagueantes senderos de montaña. Muchos perecieron de inanición o por ataques de hombres armados y de irregulares, en ruta por los campos, mientras que en las ciudades y las aldeas eran raros los ataques o pogromos. A menudo eran apartados y masacrados los armenios deportados o los que ya estaban en los batallones de trabajo. En las provincias de Van y Bitlis, y en algunos otros distritos, muchos fueron muertos cerca de sus casas. La mortalidad llegó a su cúspide entre las partes nororiental, oriental y en partes del centro de Anatolia, y fue menor entre quienes fueron expulsados de Tracia, el Egeo, Cilicia, partes del sudeste de Anatolia y el norte de Siria. Los peores escenarios de la muerte fueron las provincias de Harput, Diyarbakir y Trebisonda,[10] y las montañas del Tauro. Entre quienes llegaron a las zonas designadas (en su mayor

parte mujeres y niños ya mayores), cientos de miles más murieron por inanición, sed, epidemias y masacres organizadas por el Estado en los desiertos de Siria y de Mesopotamia desde finales de 1915 hasta 1916. Luego, la persecución casi cesó. Empero, nunca fueron deportados los armenios de ciertas regiones del imperio, como Constantinopla y Esmirna-Izmir (con excepciones en ambas ciudades), Palestina y partes de Siria. La gran variedad del trato dado regional y localmente, y según los diversos subgrupos, parece indicar que no hubo un programa estatal de asesinar sin excepción a los armenios ni planes a largo plazo para su deportación, que simplemente se activaron en mayo de 1915. Sin embargo, los armenios no sólo cayeron víctimas de la indolencia del gobierno o incluso de la incapacidad de un Estado benigno. Un número de diversas instituciones como el aparato del partido CUP, las administraciones civiles centrales y regionales, el ejército, los gendarmes y los *çetes* —grupos de hombres armados de aldeas vecinas subordinados a diversas autoridades—, asumió la responsabilidad, y veintenas de ciudadanos privados tomaron la violencia en sus propias manos, determinando así el destino de sus víctimas. El número de armenios muertos ha sido enconadamente discutido, pero pudo haber sido de cerca de un millón.

Tras el fin de la guerra, muchos de quienes sobrevivían en campamentos, en el exilio, ocultos, con familias musulmanas o en Rusia, trataron de volver a sus hogares, pero a menudo se enfrentaron a una hostilidad creciente cuando reclamaron la devolución de sus negocios, casas y granjas, o porque no mostraron suficiente entusiasmo por el naciente movimiento nacionalista turco. En un proceso gradual, la mayoría de los sobrevivientes se vieron, así, obligados a huir a la Unión Soviética, Grecia, Siria o Palestina, hasta 1924, y después frecuentemente a los Estados Unidos y a varios países europeos, dejando atrás casi todas sus posesiones.

Reglamentos del gobierno otomano determinaron que los armenios que serían deportados podrían llevarse con ellos todos los bienes muebles que pudieran, así como sus animales.[11] Lo demás se quedaría. Un decreto del 10 de junio de 1915 estableció que en cada provincia o distrito se establecerían comisiones sobre propiedades para registrar los bienes de los armenios; bajo la presidencia de la Junta Directiva para el Asentamiento de Tribus e Inmigrantes (IAMM), cada comisión incluiría un funcionario de cada uno de los ministerios del Interior y de Finanzas.[12] De acuerdo con la Ley Provisional del 26 de septiembre de 1915 acerca de la liquidación de las propiedades armenias, sus posesiones, ganancias y bienes raíces quedarían a disposición de los ministerios de Finanzas o de Fundaciones Religiosas. Teóricamente se establecería una cuenta para cada deportado, y las comisiones de propiedad calcularían sus créditos y deudas.[13] En algunos lugares se permitió a los armenios depositar dinero para sus deudores en el Banco Imperial Otomano, si esto era oficialmente aprobado. No fueron autorizados a vender tierras ni a alquilarlas o hipotecarlas. En Adana se les obligó a otorgar escrituras sobre bienes inmuebles.[14] En general, las tierras agrícolas serían entregadas para su usufructo a refugiados musulmanes.[15]

Esas disposisiones surgieron gradualmente en mayo y junio de 1915, paralelas a las deportaciones en masa. Esto no confirma la opinión de que se había establecido un plan general de la política de deportación y exterminio;[16] al principio, las autoridades regionales carecían de instrucciones claras sobre qué hacer con las propiedades de los armenios.[17] La Ley Provisional de septiembre de 1915 probablemente sirvió a muy diversos objetivos, entre ellos el de reducir el peligro de fraudes, avanzar hacia la liquidación y

utilización de los haberes de los armenios e impedir reclamaciones extranjeras de las propiedades armenias.[18]

Ephraim Jernazian, un sobreviviente armenio, ofreció valiosísimos atisbos sobre la obra de una comisión de liquidación para la que trabajó como intérprete en Urfa: siguiendo instrucciones, el grupo que llegó el 15 de diciembre de 1915 intentó vender propiedades armenias, pagar las deudas de hombres de negocios armenios y cobrar todas sus cuentas. Descubrieron muchas facturas falsificadas por comerciantes turcos, y, sin embargo, los precios por los bienes armenios fueron fijados arbitrariamente, desde ridículamente bajos hasta muy por encima de su valor real. Sólo musulmanes podían comprarlos. Por la noche el presidente de la comisión alteró los libros de la comisión adueñándose así, mediante engaño, de considerables valores. Con frecuencia les quitaban ilegalmente alfombras y otros bienes valiosos a funcionarios locales. Se llegaron a excavar pasajes secretos para saquear las casas, casi siempre antes de que llegara la comisión. En la sucursal local del Banco Imperial Otomano la comisión se adueñó de 140 000 monedas de oro, remplazándolas por la misma suma en papel moneda (de menos valor en términos reales); el gobierno necesitaba monedas de oro para sus compras militares. El misionero suizo Jacob Künzler recordó toda una sucesión de comisiones que aparecieron una tras otra en Urfa, y todas se enriquecieron.[19] Otras comisiones en las provincias de Adana, Bursa y Trebisonda, así como en Kayseri, favorecieron a los inmigrantes, especialmente a notables o comerciantes musulmanes, vendiendo o rematando propiedades armenias por sólo una parte de su valor.[20]

Se hicieron ventas de desechos, públicamente organizadas en poblados por todo el imperio. Con frecuencia se remataron montones de ropas usadas armenias y a veces zapatos de niños.[21] Las subastas eran dirigidas por el pregonero del pueblo que recibía la mitad de un impuesto de 5% a los bienes rematados (el otro 2.5% era transferido

al gobierno).[22] En Aintab, los enseres domésticos y mercancías de los comercios se vendieron, a ruin precio, al primer interesado.[23]

Diversos observadores describieron cómo artículos valiosos y dinero eran enviados a Constantinopla.[24] Jacob Künzler sirvió de testigo en Urfa para el recuento de los valores (2 000 liras y joyería) y para el sellado de las bolsas.[25] El Estado otomano llegó aun más lejos: en primer lugar, a veces, se impidió a los armenios retirar dinero de sus cuentas, y a los bancos no se les permitió aceptar depósitos adicionales de dinero o de valores.[26] Más adelante, el gobierno intentó —con parcial éxito— meter mano en el dinero de las cuentas de armenios.[27]

A finales de 1915 la administración también intentó, vanamente, cobrar los créditos de accionistas armenios a compañías de seguros extranjeras arguyendo que virtualmente todos habían muerto, sin dejar herederos.[28] Los planes para la emigración a los Estados Unidos de los armenios sobrevivientes parecen haber fallado por razones financieras y organizativas: las autoridades otomanas impidieron que los armenios se llevaran consigo algunas posesiones, mientras que el gobierno estadunidense no aceptó inmigrantes sin medios económicos.[29]

Éstos no fueron los únicos fracasos. Entre las disposiciones legales y la realidad había un abismo. A esto siguió una verdadera rebatiña por el botín entre las élites estatales, locales y el pueblo común. No todos, pero sí grandes partes de la población trataron de obtener una tajada. Aun considerando el hecho de que numerosos informes de diplomáticos y misioneros extranjeros se asemejaban a los estereotipos clásicos del caos y la corrupción orientales, las fuentes no dejan dudas acerca de la lucha por los haberes armenios. Cuando, en un relato de 1921, Talaat Pashá reconoció los errores, el más importante fue no haber castigado con suficiente energía las apropiaciones ilegales (no autorizadas) de propiedades armenias.[30] Grupos del Ministerio del Interior que realizaron investigaciones

desde el otoño de 1915 hasta comienzos de 1918 encontraron a 1 397 personas culpables de peculado y corrupción y las turnaron a tribunales militares. Pero ésta sólo fue una minúscula fracción de los delincuentes, y la cobertura fue desigual: 75% procedía de las provincias de Sivas y Mamuret ul-Aziz y del distrito de Urfa.[31] El grupo al que se enviaron las investigaciones fue definido y en gran parte limitado a empleados públicos. Se conocen relativamente pocos ejemplos de que las autoridades impidieran a ciudadanos ordinarios el saqueo.[32]

El control del gobierno sobre las propiedades que quedaron era más fácil en grandes bodegas que si esos bienes hubieran quedado en los miles de hogares privados, imposibles de cuidar. Sin embargo, hubo saqueos hasta de edificios o almacenes cerrados: los guardias a veces eran sobornados o participaban.[33] Si propiedades armenias no registradas iban a parar a grandes almacenes, era difícil impedir el robo, y toda sugerencia de devolver o entregar las ganancias a sus propietarios era «rídicula».[34] «No se podía mirar por la ventana sin ver a alguien llevando por la calle alguna parte de un botín, comprada o robada de hogares armenios», recordó el misionero Henry Riggs, de Harput, y el cónsul de los Estados Unidos, Oscar Heizer, describió una escena similar en Trebisonda: «Una multitud de mujeres y chiquillos turcos seguían a la policía como buitres y se apropiaban de todo aquello que podían agarrar, y cuando la policía sacaba algo valioso de una casa, todos corrían a llevarse lo que pudieran. Vi esto cada día con mis propios ojos».[35]

En la rebatiña por casas, comercios y objetos valiosos, los gobernadores, alcaldes y funcionarios locales intentaban conseguir los mejores objetos a precios de ganga.[36] Funcionarios del CUP, personas con buenas relaciones y veteranos de guerra eran quienes mejores oportunidades tenían de comprar negocios o de alquilarlos por cuotas módicas, volviéndose así capitalistas.[37] Después de todo, el CUP era un partido de masas que en 1909 había afirmado contar

con 850 000 miembros.[38] El caso de Mihaliççik, cerca de Eskişehir, probablemente fue típico: los *kaimakan*, cortesanos, recaudadores y administradores de impuestos, funcionarios de títulos de propiedades y gendarmes cooperaron en una red de corrupción cuyos principales beneficiarios fueron el alcalde, algunos miembros de la asamblea y varios mercaderes. Bienes raíces cambiaban de manos sin cargo alguno y bienes muebles «por nada».[39] En Bursa, muchos armenios fueron obligados a entregar por escrito sus casas y tierras a musulmanes por sumas ridículamente bajas, que luego les eran arrancadas por la fuerza al salir de la oficina del gobierno; funcionarios y notables del CUP compartían el botín. Cosas semejantes ocurrieron en Ankara.[40] El gobernador de la provincia de Alepo informó que él había apoyado, a sabiendas y «de acuerdo con las intenciones del gobierno», en la transformación de negocios cristianos en negocios musulmanes, desde 20 hasta 95 por ciento.[41]

Los recursos que el gobierno asignó a los armenios en sus marchas, que duraron hasta dos meses o más, fueron sumamente limitados. Muy pocos guardias acompañaron las caravanas, entre individuos presuntamente peligrosos en extremo. Esos gendarmes no hubieran sido capaces de proteger a los deportados, aun si lo hubieran deseado (pocos lo hicieron). Los deportados pasaban casi todo el tiempo a la intemperie. Si algunos eran transportados por tren, entonces las autoridades sólo pagaban una parte de los pasajes, y a quienes tenían que marchar a pie en muy pocos casos se les ofrecieron carretas tiradas por bueyes. A los exiliados no se les dio ninguna compensación ni se les asignaron parcelas de tierra, como lo habían prometido las regulaciones.[42] Al parecer, tampoco existieron las nuevas casas ofrecidas por Talaat.[43] Se suponía que los armenios recibirían raciones de alimentos o una asignación en dinero... pero durante las marchas muchos no las recibieron. Al llegar a las zonas de exilio, la situación parecía haber mejorado ligeramente, aunque muchos todavía murieron de inanición. A menudo, funcionarios

corrompidos mediante estafas se quedaron con sus asignaciones. Habiéndoseles prohibido buscar por sí mismos un empleo pagado para obtener agua y alimento, los armenios dependían del gobierno, y con frecuencia tenían que hacer trabajos pesados por escasísima paga durante la inflación de los precios de alimentos. Si se les daban alimentos se reducían las muertes.[44] Cuando los armenios o sus familias recibieron realmente el salario de un oficial militar, se enfrentaron al mismo problema que otros servidores del Estado: se les pagaba en un papel moneda que había perdido casi todo su valor.[45]

El IAMM aportaría fondos para el alimento, el combustible y el transporte de los deportados.[46] Sin embargo, de un gasto de 25 millones de piastras en 1915, y probablemente de 100 millones en 1916 (230 000 y 910 000 liras, respectivamente),[47] tan sólo 2.25 millones de piastras (21 000 liras) se dedicaron a socorrer a los armenios.[48] Incluso si esto se entregó completo en 1915, fue menos de 10% del presupuesto del Directorio, o sea tan sólo 2.25 piastras *per capita*, en comparación con 150 piastras entregadas a cada refugiado musulmán en 1915-1916.[49] En otras palabras, si los «inmigrantes» musulmanes sufrieron por el escaso apoyo en efectivo, los armenios no recibieron virtualmente nada.

En términos económicos, el objetivo más importante del saqueo de los armenios por el Estado fue apoderarse de propiedades de tierras y el asentamiento de más de un millón de refugiados; primero los musulmanes de las pérdidas territoriales anteriores a 1914.[50] En condiciones normales, el Estado otomano no podía —como se había demostrado en las décadas anteriores, con consecuencias letales— costear los proyectos necesarios, terriblemente onerosos, de asentamiento, que en 1913-1914 también tropezaron con feroz resistencia local, desencadenando conflictos sangrientos.[51] La incapacidad de las autoridades para atenderlos hizo que los refugiados vivieran en la miseria, causando disturbios al volverse

pequeños delincuentes. Sin embargo, ya había una vieja práctica del gobierno otomano de reasentar y establecer por la fuerza a ciertas minorías mediante políticas de pacificación, homogeneización y asimilación. En 1914 se hicieron planes de enviar a kurdos, armenios y árabes a la Anatolia Central u Occidental, y a bosnios, circasianos y otros musulmanes al este de Anatolia. Durante la primera Guerra Mundial, estos planes se radicalizaron y se les dio una nueva dimensión.[52] Los insuficientes recursos financieros fueron sustituidos por violencia y redistribución de bienes raíces para facilitar la integración de estos refugiados, que aumentaron hasta 862 000 desalojados del frente nororiental hasta 1918.[53]

Con el comienzo de las deportaciones de armenios, en la primavera de 1915 se iniciaron los esfuerzos por asentar a los refugiados anteriores a 1914. Refugiados macedonios, tracios, bosnios, albaneses o búlgaros fueron establecidos en hogares y aldeas armenios en Zeitun, Van, Marash, Muş, Diyarbakir, Harput y Erzurum y sus alrededores, pocos días después de que los armenios habían sido expulsados (no era posible dejar en el abandono granjas y animales) y, sin embargo, el Ministerio del Interior exigió mayor información geográfica y económica acerca de los terrenos dejados vacantes en las provincias.[54] Habiendo comenzado parte de esto, el gabinete otomano determinó que el IAMM y el Ministerio del Interior organizaran la deportación de los armenios y administraran su propiedad, que podría utilizarse para dar acomodo a inmigrantes musulmanes (que también estaban en la jurisdicción del Directorio).[55] Esto creó un nexo organizativo directo entre deportaciones, propiedad y solución al problema de la inmigración. Más adelante, refugiados balcánicos fueron establecidos en huertos de Bandirma, en la costa del mar de Mármara, en hogares armenios en Samsun y en Bursa, luego concentrados en Adana desde antes de que comenzara la deportación de armenios, y llegaron a la llanura de Pasin al nordeste de Erzurum, al menos poco después.[56] Todavía

cinco semanas tras haber terminado la guerra, el gobierno continuaba enviando a algunos refugiados a tierras y hogares armenios.[57]

Además, estas disposicones reglamentarias de junio de 1915 acerca de cómo disponer de propiedades armenias decretaban el establecimiento de nómadas, que serían responsables del mantenimiento de edificios y cultivos de la tierra.[58] En realidad, el gobierno tuvo que enfrentarse al problema de inmensas nuevas corrientes de refugiados, de modo que poco ocurrió, por ejemplo, en el asentamiento de tribus beduinas. Mientras tanto, en general se suponía que los kurdos desplazados por el avance ruso —o bien otros, como en las provincias de Diyarbakir y Harput, que supuestamente dejarían espacio para refugiados de habla turca llegados del frente ruso— serían llevados en acarreo al centro de Anatolia para su asimilación, y los musulmanes de habla turca al sudeste de Anatolia, para impulsar la turquificación.[59] Sin embargo, las oficinas encargadas del asentamiento también desplazaron cada vez más a los kurdos hacia el sudeste. Allí, muchos refugiados se sintieron olvidados, nadie hacía caso a sus quejas, y siendo pastores fueron incapaces de convertirse pronto en campesinos o en gente de ciudades, aun cuando se les cedieran aldeas enteras o casas y mobiliario armenios, de modo que muchos de ellos se trasladaron a Cilicia en 1916-1917. En efecto, repetidas órdenes indican que las autoridades tenían problemas para enviar al pueblo correspondiente a los lugares asignados y mantener aislados a los indeseables.[60] Muchos kurdos fueron expulsados por la fuerza de la zona del frente, y algunos quedaron dispersos por todo el imperio, alojándose en casas de armenios a lo largo de la vía del tren de Bagdad en Mesopotamia, o abandonados, mendigando en las calles de Mosul o de Alepo.[61] Al llegar octubre de 1916, el IAMM había gastado cerca de un millón de liras (25 millones de piastras en 1915 y 80 millones en 1916) en 702 900 refugiados del nordeste —tan sólo 150 piastras por

persona— y había alojado a miles, sin cobrar ninguna renta (10 000 tan sólo en la provincia de Sivas).[62] Como resultado, siguió vivo el afán de aprovechar las propiedades armenias. Esta política creó varias oleadas de asentamientos: en el otoño de 1915 llegaron refugiados de las provincias de Bitlis y de Van a aldeas armenias abandonadas en torno de Harput; en la primavera de 1916 otros desplazados, llegados de la provincia de Erzurum, expulsaron a los últimos armenios. Sin embargo, notables del lugar se habían adueñado de los mejores bienes raíces.[63]

En algunas regiones como Tracia y aldeas de la provincia de Mamuret ul-Aziz, cantidades de casas de armenios quedaron deshabitadas. Y si no eran inmediatamente ocupadas, lo probable era que alguien se robara las partes utilizables como puertas, ventanas y techos para emplearlos a menudo como leña, lo que hacía derrumbarse las paredes, dejando lugares que parecían «Pompeya». El rumor de que algunos armenios ocultaban tesoros en las paredes de sus casas fue un incentivo para derribarlas.[64] En 1918 se dijo que en Trebisonda, Erzincan y Erzurum vecindarios armenios enteros habían quedado devastados.[65] Con frecuencia parece haber prevalecido una mezcla de ocupación, saqueo y destrucción como en Urfa, donde el barrio armenio fue saqueado en noviembre de 1915, y finalmente se derribaron edificios que habían sido dañados en el levantamiento de otoño. Turcos de la ciudad ocuparon casas cerca del barrio turco, refugiados kurdos de las zonas de Van y Bitlis se mudaron a otros barrios, pero destrozaron el resto de las casas para aprovechar los materiales de construcción.[66]

Cuando las tropas otomanas avanzaron en 1918 contra un ejército ruso virtualmente deshecho, muchos refugiados intentaron retornar por sí solos al nordeste, lo cual muestra su falta de entusiasmo por los proyectos de asentamiento estatales y por el trato recibido. Incapaces de impedir esto, las autoridades otomanas intentaron al menos controlar este regreso, dándole una forma organizada, y lo

financiaron una vez más con fondos muy limitados, aun cuando el total planeado de cinco millones de liras representaba una parte considerable del presupuesto. Expertos alemanes a quienes se les pidió encargarse de una parte de la planeación, exigieron mayores medios financieros, comentando que, si se llevaba a cabo razonablemente, el proyecto —recién reiterado por una ley— tenía potencial para ser «de la mayor importancia en el desarrollo de la Anatolia Oriental», incluyendo el hecho de que «un asentamiento sistemático de granjeros musulmanes en estas zonas actualmente vacías sería un paso importante para la solución final de la cuestión armenia, al menos como cuestión política interna de Turquía».[67] El hecho de que el retorno de los cristianos sobrevivientes fuera bloqueado y el nordeste islamizado puede atribuirse, principalmente, a medidas políticas por debajo del nivel gubernamental, incluyendo pogromos. Dadas las míseras finanzas, la inminente derrota y el caos administrativo de los años de ocupación, el gobierno careció de la capacidad de organizar esto; no se logró esa modernización sistemática de la zona que el gobierno todavía esperaba en 1918.[68] Pero la política estatal sí había logrado enfrentar a los nuevos colonos musulmanes contra los antiguos propietarios: durante la primera Guerra Mundial, algunos de los nuevos colonos expulsaron a refugiados armenios que estaban dispersos, y en marzo de 1919 fue fundada una vociferante «Sociedad de Inmigrantes» para defender los intereses de antiguos refugiados musulmanes, 150 000 de los cuales decían haber quedado sin hogar cuando los armenios reclamaron de vuelta los suyos.[69] A falta de una política social eficaz, era muy real la amenaza del hambre. Ésta hizo que quienes se habían aprovechado en pequeña escala impidieran con furia el retorno de los supervivientes armenios.

Para el Estado otomano, adueñarse de las posesiones armenias —especialmente de sus tierras— no sólo vino a sustituir una política social, sino que también pudo ayudar con el abrumador problema del

financiamiento de la guerra. Pese a algunos esfuerzos del CUP por mantener una disciplina fiscal más enérgica y modernizar la administración, tenían un enorme déficit presupuestario, y de 1908 a 1914 incurrieron en una deuda externa más rápido de lo que la administración del sultán Abdul Hamid había hecho anteriormente. Francia era su mayor acreedor.[70] Después de las guerras de los Balcanes, el Imperio otomano no podía permitirse entrar en otra guerra.

Además, la perturbación económica debida a la movilización de agosto de 1914 causó una drástica caída del ingreso (incluso de los impuestos agrícolas), según se dijo, de 80% en sólo dos años. Incluso oficialmente, los ingresos del Estado sólo alcanzaban la mitad de los presupuestos. El déficit real era mucho mayor.[71] Hacia el fin de la guerra, el pago de la deuda supuestamente consumió más de la mitad de los egresos del gobierno.[72] El porcentaje del gasto militar pasó de 45% en 1914 a más de 75% durante la guerra.[73] Aun cuando el gobierno otomano aumentó los impuestos recientes y antiguos, un factor nuevo causó (como en otros países) aún mayores estrecheces financieras: las pensiones de guerra para incapacitados, viudas y huérfanos, que desde finales de 1916 requerían gastos de dos millones de liras mensuales, equivalentes a no menos de 80% de los ingresos mensuales de tiempos de paz.[74] Dado que la guerra era presentada como causa nacional, por razones políticas el Estado no podía permitirse dejar de pagar esta parte de sus obligaciones, y estas cargas habían llegado para quedarse.

Como resultado de experiencias pasadas de los decenios de 1850 y 1870, el hombre fuerte de las finanzas del gobierno, Cavid Bey (aun cuando hubiese renunciado oficialmente como ministro de Finanzas en noviembre de 1914, sólo para regresar en 1917), se negó a emitir papel moneda o certificados no respaldados. Además, el Imperio otomano carecía de un banco central (incluso de papel para billetes); el Banco Imperial Otomano que emitía los billetes era un banco

privado, controlado (irónicamente) por capital británico y francés. Y no se mostró cooperativo.[75] Tras enconadas negociaciones, Cavid impuso un método de aportar fondos, por el cual Alemania y Austria-Hungría financiarían la emisión de papel moneda otomano mediante créditos estatales, garantizados por oro depositado en los bancos centrales de Berlín y de Viena.[76] Desde el otoño de 1915 el Imperio otomano solicitó, una y otra vez, nuevas remesas, racionalizadas siempre por los gastos militares y cada vez más también por la necesidad de estabilizar la política interna. Alemania y el Imperio de los Habsburgo aceptaron en cada ocasión, dado el inapreciable apoyo que las potencias centrales recibían del ejército otomano. Como resultado de esta dependencia mutua, la contribución alemana a las finanzas de guerra otomanas llegó a ser de 220 millones de liras (4 000 millones de marcos), sin contar las remesas de armas. La deuda del Estado otomano aumentó, pasando de 170.6 millones a 465.7 millones de liras, todo lo cual desaparecería junto con el propio Imperio otomano.[77]

Pese a que, teóricamente, se mantenía el patrón oro, este procedimiento desencadenó una considerable inflación. Era escasa la confianza en el papel moneda, pocas veces empleado antes, especialmente en las zonas rurales de Anatolia y de Siria. En los campos los billetes perdieron tres cuartas partes de su valor en comparación con las monedas de plata y particularmente de oro, y fueron cada vez menos aceptados, mientras que el oro, en cambio, se atesoraba. Esto a menudo dejó al país sin medios de cambio.[78] Las cifras oficiales de la inflación muestran un aumento hasta de 300% a finales de 1916 y hasta de 1 675% para noviembre de 1918, sobre el índice de julio de 1914 (100%).[79]

Dada esta desesperada situación financiera que estaba socavando la economía y la capacidad de lucha del imperio, era urgente un alivio sustancial, que se encontró en la apropiación de las posesiones de los armenios. Un medio de hacer esto fue la confiscación de las

propiedades de la Iglesia armenia, que sería administrada por el Ministerio de Fundaciones Religiosas; ulteriores regulaciones se basaron en la suposición de que ya se había efectuado esta transferencia.[80] Algunos observadores alemanes supusieron que muchos de los «muy considerables fondos» de este ministerio —sobre todo, en tierras— habían sido transferidos a «otros presupuestos del gobierno», es decir, obviamente, para financiar los costos de la guerra.[81] Durante la segunda oleada de destrucción, en agosto de 1916, el ministerio trató de lograr un control más estricto de los bienes eclesiásticos armenios.[82] Además de la generalizada destrucción de iglesias, edificios religiosos cristianos fueron convertidos en mezquitas, escuelas, museos, centros deportivos, almacenes, granjas y graneros.[83]

Como se comentó antes, teóricamente toda propiedad armenia pasaría por las manos del Estado otomano, que luego en gran parte la vendería (en lugar de donarla gratuitamente). Todos los valores fueron recaudados y registrados, y las comisiones de liquidación las transfirieron al Banco Imperial Otomano, del que pasarían a engrosar el presupuesto del Estado; así ayudarían a equilibrarlo y aliviar la inflación. Lo mismo ocurrió con los bienes inmuebles, incluso si no habían sido legalmente expropiados ni formalmente administrados en interés de su propietario armenio.[84] Estos bienes fueron de mayor valor incluso que todo el oro y las joyas. En Harput, los negocios cuyos propietarios armenios hubiesen recibido incluso el menor crédito del Banco Imperial Otomano fueron confiscados, o se requisó gran parte de sus haberes. Allí, la comisión de liquidación simplemente se apropió de todos los depósitos armenios que había en dicho banco.[85]

Todos los vínculos personales e institucionales también podían sugerir nexos fácticos. Los funcionarios del Directorio para el Asentamiento de Tribus e Inmigrantes, a las órdenes de Şükrü Kaya, no sólo se encargaban de reunir las propiedades de armenios y de

asentar a los refugiados. También quedaron bajo la jurisdicción del Ministerio del Interior de Talaat Pasha, quien era asimismo jefe de la gendarmería y, además, ministro del Servicio Postal, por lo que controlaba los medios de comunicación (Talaat había sido antes director de la oficina telegráfica de Salónica). Además, Talaat fue formalmente ministro de Finanzas de noviembre de 1914 a febrero de 1917, aunque Cavid Bey continuara ejerciendo una influencia importante.[86] Si bien no existen pruebas de un vínculo directo, es notable que la decisión de deportar a los armenios se tomara en un momento en que el gobierno otomano consideraba que el apoyo financiero alemán-austro-húngaro era inseguro y condicional (en lo tocante al Imperio de los Habsburgo), y cuando el transporte de billetes de banco y otros bienes quedó en peligro por la falta de una conexión segura por tierra. No fue hasta el otoño de 1915 cuando la Puerta consideró seguro este medio de financiar la guerra.[87] En tales circunstancias, la expropiación de bienes armenios pudo adquirir una importancia especial para financiar el esfuerzo de guerra, aunque no haya pruebas de que esta consideración desempeñara un papel al decidirse las deportaciones.

CODICIA Y VIOLENCIA POPULARES

No cabe duda de que la mayoría de los armenios fallecidos perecieron por inanición, agotamiento, deshidratación, enfermedades (tifo, disentería, cólera), o congelados. Aunque esto ocurrió en las marchas de la deportación, también puede aplicarse a la segunda oleada de asesinatos de finales de 1915 hasta el otoño de 1916. De éstos, Raymond Kévorkian atribuye menos de un tercio a asesinatos directos.[88] Hemos visto ya las terribles y perturbadoras imágenes de otras hambrunas de la época moderna: víctimas apáticas, con el cabello enmarañado, perdiendo gradualmente toda consideración a los demás y abandonando a algunos o hasta

vendiendo a sus propios hijos.[89] Las hambrunas no afectan a todos por igual. Ocurren si ciertos grupos de población pierden sus medios de subsistencia como tierras, cosechas, ingresos o haberes que les dan acceso a los alimentos, y si los órganos estatales no pueden o no quieren subvenir a sus necesidades.[90] En otras palabras, las hambrunas son acontecimientos inducidos socialmente; se originan por interacción entre las personas. Al despojar permanentemente a los armenios, expulsados de sus hogares, de sus tierras y de sus empleos, en marchas y exiliados en su propio hogar, los oficiales otomanos, pandillas e individuos aislados en cada una de estas ocasiones los acercaron más a la muerte. Y este efecto era bien conocido tanto por las víctimas (como lo muestran sus precauciones), como por los perpetradores, a quienes no les importaba —o algo peor—.

Este proceso comenzó en el interior. Residencias armenias fueron saqueadas por sus vecinos o por desconocidos, a menudo después de la partida de las caravanas, pero muchos no aguardaron tanto. En Efkereh «soldados» se introdujeron en domicilios armenios y exigieron joyas, dinero, alfombras y otros objetos de valor a sus habitantes. Hombres, mujeres y niños turcos se llevaron tapetes, lámparas, plata y muebles de hogares armenios en Konia, dejando un enorme vacío en el hogar de Dirouhi Kouymjian desde antes de que ella se fuera. Una turba de mujeres musulmanas irrumpió en el hogar de una familia armenia en Esmirna —durante la matanza de 1922— y empezó a tomar objetos de valor, telas, platería y porcelana. Durante el pogromo del 19 de agosto de 1915 algunos kurdos saquearon las tiendas del barrio armenio de Urfa, matando a todo el que encontraran; tras terminar el levantamiento del otoño de 1915, motivado por estos hechos, hombres, mujeres y niños kurdos volvieron a salir de las aldeas vecinas para desvalijar el barrio armenio. También en Erzurum hubo saqueos en presencia de los propietarios, y por «gitanos» y «gentuza de los barrios turcos» en Bandirma. En Harput «muchos musulmanes consideraron que ésa

era la oportunidad de su vida para enriquecerse inmediatamente» (según el misionero Henry Riggs), visitando hogares armenios con frecuencia no sólo para comprar cosas, sino también con objeto de amedrentar a la gente para que las vendiera casi regaladas, o para cometer abiertos hurtos.[91] Las casas generalmente quedaban vacías aun si los propietarios retornaban después de unos pocos días de arresto (esto también había ocurrido en matanzas previas).[92] Leon Surmelian ni siquiera encontró el piso de linóleo o algún pedazo de carbón en el sótano de su hogar en Trebisonda.[93] Los saqueadores aguardaban la partida de los propietarios sin el mínimo interés en que las víctimas regresaran; por eso atacaban antes, así reducían las oportunidades de los armenios de llevarse dinero o cosas valiosas en su mortífero viaje.

Sabiendo lo importante que sería el dinero en efectivo para sobrevivir en sus marchas, los armenios intentaron desesperadamente vender sus bienes muebles.

> Por doquier veíanse mujeres armenias sentadas frente a sus casas ofreciendo todos sus artículos. Todo se vendía a precios ridículamente bajos. Campesinos y kurdos atiborraban los barrios armenios y se llevaban sus burros cargados de mercancías; entre varios movían sus carretas de bueyes pesadamente cargadas —decía un informe de Erzincan—.[94]

En algunas zonas las autoridades no les permitieron hacerlo,[95] intentando controlar las transacciones y, posiblemente, quedarse con una parte. Los negocios armenios fueron de los primeros en quedar sellados,[96] o bien funcionarios intentaban limitar su venta a subastas públicas por una cuota.[97] Sin embargo, las ventas ilegales continuaron mientras los musulmanes tocaban a las puertas de los armenios.[98] En otras partes, especialmente en los campos, las ventas de urgencia fueron imposibles dado el poco plazo antes de la deportación: 30 minutos en Edirne.[99] A menudo las familias ricas fueron las primeras expulsadas. Donde las ventas fueron posibles y

permitidas se celebraron «días de subasta universal» con «muebles, alfombras, caballos, platos, etc.», que se ofrecían en cada esquina.[100] Los precios eran extremadamente bajos, ya que los vecinos musulmanes conocían la desesperada situación de los vendedores.[101] Sin embargo, muchas familias armenias —particularmente las acaudaladas— lograron reunir sumas considerables.[102] Los armenios, y también observadores extranjeros, sabían lo absolutamente indispensable que era el dinero en efectivo para la supervivencia de los vendedores durante las deportaciones, de modo que estos compradores y los funcionarios oportunistas que prohibían las ventas sabían de sobra las mortales consecuencias de sus acciones.

En las marchas el saqueo se volvió mortal de una manera más directa. Incontables sobrevivientes han descrito los diarios ataques, incluso de hora tras hora, contra las columnas en marcha.[103] Durante estos asaltos, a los deportados a veces se les insultaba y asesinaba, especialmente a los hombres; más a menudo ocurrieron violaciones y raptos, pero casi todos los ataques tenían por objeto el robo. Quienes iban en la caravana de Pailadzo Captanian desde Samsun fueron víctimas de robos y extorsiones de los gendarmes, de los alcaldes de poblados cercanos, de carreteros, «campesinos», kurdos, servidores civiles y montañeses.[104] Los asaltantes incluían en general a *çetes*, sobre todo kurdos, pero también a gendarmes (frecuentemente turcos) y, a veces, a habitantes de las ciudades.[105] Dado que los ataques se cometían pricipalmente contra la cabeza o la cola de las columnas, los deportados intentaban mantenerse en el centro o formar, de ser posible, barricadas circulares de carretas, especialmente por la noche.[106] Las tácticas individuales consistían en ocultar el dinero, en dar a propósito una impresión de miseria, de modo que los asaltantes se volvieran hacia otros, o en conseguir alimento o ropa de comunidades armenias aún intactas en los poblados por los que pasaban.[107] La suma total perdida por cabeza

podía ser considerable. Y cada víctima podía ser robada de siete a 10 veces.[108] Los gendarmes se unían al ataque o bien exigían dinero por la «protección» de la caravana para sobornar a los atacantes; a veces sí emplearon el dinero con ese fin; en otros casos, sirvió para que se enriquecieran.[109]

Los musulmanes también cobraban precios exorbitantes por alimentos, carretas o viajes en lancha.[110] Los caseros de Alepo se hicieron notorios por cobrar por adelantado la renta de nuevos inquilinos armenios, sólo para después denunciarlos a la policía y buscar nuevas víctimas, o bien exigir dinero por no reportarlos.[111] Los observadores se sorprendían si encontraban alguna caravana que *no* hubiera sido robada. Esto significaba que había habido pocos casos de muerte por agotamiento, que los hombres aún estaban con vida y los sobrevivientes en mucho mejores condiciones de lo habitual, porque todavía les quedaba dinero.[112] El número de muertes aumentó macabramente una vez que las familias armenias se quedaron sin dinero o entre quienes habían salido con poco. Por esta razón, cuando el niño de nueve años Kerop Bedoukian, atacado por un kurdo, dejó caer una lata de harina en la que estaba oculto casi todo lo que le quedaba a la familia, su madre, lejos de sentir alivio porque el niño se salvara, sólo se mostró preocupada por el oro.[113] Durante toda esta incontable serie de ataques y extorsiones, los recursos, la energía mental y la solidaridad de los deportados se redujeron, y esto fue lo que causó la muerte de muchos de ellos. Este proceso continuó en los destinos de deportación, como Der ez-Zor.[114] «Lo que me asombró una y otra vez fue la increíble codicia de esos salvajes» —escribió un sobreviviente—. «Sólo pensaban en robar, no soñaban en nada más que en oro oculto. Sólo después de satisfecha su codicia pensaban en violar mujeres.»[115]

Como es de esperarse en cualquier hambruna, esta odisea cobró mayor número de víctimas entre los niños pequeños. La desesperación movió a miles de madres a entregar, abandonar,

vender o ahogar a sus niños o bebés.[116] Mientras que muchos niños ya mayores fueron raptados, los más pequeños perecieron pronto. El horrible resultado de esto fue que de los primeros transportes por ferrocarril (al menos, para la última parte del viaje) con armenios que llegaron a Alepo entre mayo y julio de 1915, solo 16% eran niños; en agosto de 1915, 33%.[117] El promedio de supervivencia de todos, niños o adultos, durante las marchas de la deportación fue cerca de 50%.[118] Los procedentes de Tracia, la Anatolia occidental, Cilicia, partes del sudeste de Anatolia y de la Siria septentrional tuvieron mejores posibilidades, teniendo que caminar breves trechos (por proximidad a su destino o por el uso de trenes), y por haber logrado evitar grandes zonas kurdas.

Los armenios se las arreglaban de muchas maneras para mantenerse con vida: los de algunas regiones no fueron deportados; en el nordeste muchos huyeron al lado ruso, y se hicieron excepciones (pero no siempre) para las familias de protestantes, católicos, artesanos o personal militar. Algunos, en un exilio interior, lograron que se les enviara dinero, ya fuese por canales diplomáticos de los Estados Unidos, de parientes en el extranjero o, incluso, por vía postal desde el interior del imperio.[119] Para el resto, la mejor manera de sobrevivir era convertirse al islam y ser recibidos en hogares musulmanes. Según ciertos cálculos, entre los deportados, 200 000 armenios sobrevivieron en familias musulmanas y otros 150 000 a 200 000 de alguna otra manera, bajo el régimen otomano.[120] A los varones armenios a menudo se les pedía convertirse, asimismo, al islam (la mayoría se negó a hacerlo, pero aun si lo hacían esto no necesariamente los salvaba de la deportación y menos de ser asesinados),[121] y a algunos se les prometió que, como musulmanes, podrían conservar sus propiedades.[122] Una política de conversión sistemática de niños fue iniciada a comienzos de julio de 1915 por Cemal Azmi, gobernador de la provincia de Trebisonda, quien simultáneamente organizó el exterminio radical de los adultos

armenios en la región. Miles de niñas hasta de 15 años y niños hasta de 10 fueron reunidos en orfanatos y luego ofrecidos a musulmanes interesados, lo que dio por resultado que 15 000 armenios (de una cuarta a una tercera parte de la población original; algunos de los cuales se ocultaron) fueran liberados por los rusos en 1916.[123] La presión estatal por conversiones, también de mujeres, fue intensa en Samsum, Tracia y Cilicia y, según se dijo, en las provincias de Mamuret ul-Aziz y Erzurum, en 1915,[124] y con efectos considerables en Siria, Palestina y Líbano en 1916-1917.[125] Al llegar el 1º de julio de 1915 hasta el vacilante ministro del Interior ofreció subsidios de 30 piastras mensuales a las familias islámicas menesterosas para que absorbieran a niños armenios (más del subsidio promedio para musulmanes reubicados).[126] Según los principales políticos, la conversión era un medio de asimilar a aquellos armenios que no parecían encarnar un peligro para la nación.

La islamización tomó la forma de conversión forzada; musulmanes particulares adoptaron a armenios particulares sin intervención del Estado; hubo adopciones privadas, oficialmente organizadas y remisiones, a largo plazo, a orfanatos del Estado.[127] Pero, con mucho, la mayor proporción de armenios terminó con familias musulmanas.

Turcos, kurdos, árabes o griegos se interesaron en adoptar mujeres o niños armenios como trabajadores adicionales —en tiempos de una gran escasez de mano de obra (especialmente en la agricultura) debida a la conscripción militar— y para actividades sexuales. En Suruc, cerca de Bireçik, armenias deportadas se volvieron «esposas, criadas, cuidadoras, pastoras, ordeñadoras o fabricantes de quesos». Especialmente los hombres a menudo expresaron su intención de convertir a un niño «infiel» en un buen musulmán. Algunos intentaron echar mano a la propiedad del niño adoptado o de la mujer casada bajo coacción.[128] También acaso tuvieran la esperanza de recibir los mencionados subsidios. Es

posible que a algunos musulmanes les agradara tener sirvientes armenios, como símbolo de buena posición.[129] Con frecuencia, musulmanes (casi siempre hombres, a veces jeques) se acercaban a una caravana o a un campamento para elegir mujeres o niños armenios. Cerca de Aintab, varones musulmanes enviaban a sus mujeres a buscar «muchachas bellas» y sirvientas.[130] A menudo, las mujeres eran abiertamente raptadas. Sin embargo, las experiencias posteriores en familias o como sirvientas variaron enormemente entre un tratamiento desdeñoso o brutal y la aceptación como miembros queridos de la familia.[131]

Los armenios fueron convertidos en mercancía, principalmente por el valor de sus servicios laborales o sexuales, lo que queda demostrado por los abiertos mercados de esclavos en los que se traficaba con mujeres y niños armenios en Damasco, Beirut, Alepo, Bireçik y Konia. Algunos fueron vendidos y revendidos, otros padecieron esclavitud sexual.[132] En otras partes se ofrecían niños armenios para su adopción gratuita.[133] Algunos gendarmes vendieron mujeres y niños en Mesopotamia a las comunidades cercanas o a burdeles.[134] Cerca de Aintab mujeres musulmanas se aproximaron a un grupo de deportados, gritándoles: «Infieles, ¿tienen niños que vender?»[135] En Tell Abiad, unos armenios ofrecían en venta a sus hijas de entre ocho y 12 años, por precios cada vez más rebajados y, por último, gratuitamente, para salvarlas de una nueva deportación a través del desierto. En Der es-Zor y Cilicia, otros armenios vendieron baratos a sus niños para comprar alimentos.[136]

En medio de todo este tráfico humano, también el rescate se convirtió en negocio. Los kurdos dersim del norte de Harput, que se hicieron célebres por haber salvado a quizás 10 000 armenios, a menudo les cobraban sumas considerables, fijadas según la riqueza de los refugiados.[137] Es evidente que en un intento por competir con otras tentaciones económicas (como el robo), un organizador de

rescates de armenios en Bitlis, ocupada por Rusia, pagaba un precio a contrabandistas kurdos por cada armenio que salvaran.[138]

Los asesinatos por perspectivas de saqueo fueron alentados por los funcionarios, pero eso habría tenido pocas consecuencias si no hubiera habido ciudadanos dispuestos a perpetrarlos. Refugiados musulmanes residentes en Ras ul-Ain se vieron motivados a participar en la matanza como voluntarios por la promesa de obtener casas de armenios cerca de Urfa.[139] Algunos gendarmes vendieron caravanas enteras de armenios por un pago inmediato a jefes tribales, quienes trataban de recuperar su inversión saqueando a los que masacraban.[140] A veces, las ropas de los muertos eran vendidas después en los mercados.[141]

Lo destructivo del afán de adueñarse de propiedades armenias pudo verse en los extremos a los que llegaron ciertos individuos. En sepiembre de 1922, en Esmirna, el cadáver de un notable armenio enterrado en su jardín fue exhumado por desconocidos que irrumpieron en su casa para buscar objetos valiosos en el cuerpo.[142] Después de semanas de marcha, mujeres y niños de Harput semidesnudos llegaron a un pozo, donde unos gendarmes les cobraron tres liras (30 dólares) por vaso de agua.[143] Incluso funcionarios otomanos en Konia exigieron dinero por soltar los cadáveres de hombres ejecutados para que sus familias los enterraran.[144] «Mujeres turcas registraban las ropas de los cadáveres [de armenios] con la esperanza de encontrar algún tesoro escondido», observó Aaron Aaronsohn acerca de una práctica muy difundida en su viaje de Constantinopla a Haifa, en diciembre de 1915.[145] Era ampliamente sabido que algunos deportados ocultaban cosas valiosas dentro de su cuerpo, sobre todo tragándoselas (las monedas solían reaparecer entre ocho y 10 días después).[146] Se empleó toda una variedad de métodos para encontrar estos tesoros: en la zona del lago Geoljuk y otras partes de la provincia de Mamuret ul-Aziz, unos kurdos quemaron los cadáveres de víctimas

masacradas para encontrar el oro deglutido.[147] Según un historiador kurdo, algunas bandas de kurdos, además de arrancar los dientes de oro, «abrían los abdómenes» de los armenios muertos, en busca de objetos de valor. Esta práctica la observó un misionero estadunidense radicado en Harput, al igual que Kerop Bedoukian, de nueve años, quien la presenció mientras iba en marcha desde Sivas hacia el sur. Bedoukian también vio a hombres y mujeres kurdos buscar objetos de valor con palos entre excrementos, cerca de un sitio en el que miembros de una caravana de armenios habían hecho sus necesidades —ningún montoncillo quedó sin examinar, en primer lugar por sus mismos «propietarios»—. Otros revolvieron la tierra cerca de campamentos de armenios, ya que algunos deportados enterraban al anochecer sus objetos de valor.[148] «Una mujer aún se encogía en plenos dolores de parto cuando un gendarme le robó sus vestiduras. No le había dejado nada en que ella pudiera envolver al recién nacido, que temblaba de frío», relata Pailadzo Captanian en otra escena.[149] En una querella entre niños de cuatro o cinco años, Ramela Pilibosian fue amenazada de muerte por una amiga de la familia kurda con la que se había ocultado, porque, jugando, se había negado a prestarle su muñeca. La niña reveló que su padre se proponía, de todos modos, matar a la familia armenia.[150] Todas las barreras éticas imaginables fueron derrumbadas.

PERDIDOS EN UNA SOCIEDAD DE CLASES

Los armenios otomanos no sólo fueron victimados por un Estado criminal y por individuos, sino también por un sistema social específico. En tal sistema se efectuaron impresionantes procesos de movilidad social ascendente y de empobrecimiento de masas, acompañados por intentos de un intensificado control del gobierno sobre ciertos sectores económicos y el campo. Durante la Gran Guerra, en todo país hubo quienes especularon con las implicaciones

del conflicto, pero en el Imperio otomano no se detuvieron ante nada.

No todos tuvieron igual acceso a propiedades armenias. El gobierno fue incapaz de confiscar la mayor parte de los bienes muebles de armenios, de los cuales, en cambio, se apropiaron las élites locales, funcionarios corruptos y veintenas de vecinos. El control de la redistribución de inmuebles sólo se logró en parte, ya que funcionarios del CUP, servidores civiles, oficiales del ejército y musulmanes ricos se adueñaron de los mejores bienes. El gobierno no estaba capacitado para organizar este proceso en materia de finanzas, de aparatos o de personal especializado. Por ejemplo, entre 1911 y 1912 no más de 2.3% del presupuesto se había gastado en educación, y 1% en administración económica y agrícola combinadas.[151] Sin capacidad de dirigencia del Estado, el gobierno favoreció una corrupción un tanto dirigida en favor de musulmanes «capaces», especialmente respecto a los negocios armenios.[152] El objetivo —que, después de todo, era el propósito de guerra número uno— era la alimentación de una burguesía islámica, menos para la inmediata modernización económica de la sociedad y de la economía que para fortalecer la nación a largo plazo,[153] como también pudieron precisarlo muchos observadores contemporaneos.[154] El resultado de esta rebatiña un tanto caótica fue la inicial acumulación de capital por una clase nueva forjada por funcionarios, terratenientes y comerciantes prósperos. Éstos, a su vez, financiarían al movimiento nacionalista turco que actuó no sólo contra ocupantes extranjeros, sino también contra el retorno de armenios y griegos.[155]

Sin embargo, el surgimiento de una burguesía nacional-musulmana no dependió exclusivamente de apropiarse casas, tierras y negocios armenios. Por una parte, se trató cada vez más de expropiar, asimismo, propiedades *griegas* (pero rara vez judías), de modo que esa intensificada nacionalización de la economía también afectó a extranjeros.[156] Pero en un país con un comercio exterior[157] e

interno en rápida decadencia, sólo en algunos sectores de la economía pudieron amasarse fortunas. Acaso el mayor de todos estos sectores fuera la alimentación. La falta de mano de obra y las requisiciones de animales por el ejército resultaron en la caída drástica de áreas cultivadas y de su rendimiento. Los problemas de transporte, las requisiciones de cereales, la acumulación y la mala administración estatal obstaculizaron la distribución de alimentos. El bloqueo naval impuesto por los Aliados vino a intensificar estas calamidades. Sin embargo, pudieron obtenerse grandes ganancias abasteciendo a los militares. Cierto número de administraciones consecutivas osciló entre el enfoque de libre mercado y un control más estricto por el Estado: un «Dictador de Alimentos» (a partir de enero de 1915), la Oficina de Alimentos (julio de 1916-agosto de 1917, encabezada nada menos que por Talaat Pashá),[158] el Directorio General de Asuntos Alimentarios (desde agosto de 1917), una Comisión Suprema de Alimentos (desde la primavera de 1918) y el Ministerio de Alimentos (a partir de julio de 1918, encabezado por Kemal Bey, presidente de las Asociaciones Mercantiles).[159] Frecuentemente criticadas por observadores alemanes, civiles y militares —algunos de los cuales trabajaban para las autoridades alimentarias otomanas—, todas estas administraciones no se interesaban por el bienestar de los consumidores, lo que dio como resultado hambrunas y una gran crisis política en 1917, en beneficio del enriquecimiento de las asociaciones comerciales de alimentos.[160] La corrupción fue el medio de formar las nuevas élites comerciales. Los únicos grupos con acceso a las raciones oficiales eran los servidores públicos y sus familias; el personal militar; las familias de oficiales y de caídos en la guerra; las escuelas, y los orfanatos. El resto de la población se vio abandonado a sus propios recursos; los pobres fueron los más afectados.[161]

No hubo una política gubernamental destinada a matar de hambre o asesinar armenios para favorecer a otros en cuestión de

alimentos; habitualmente, los armenios no tenían raciones que pudiesen ser redistribuidas, y muy poco se preocupó la élite por alimentar a las clases bajas musulmanas. La amenaza del hambre no desencadenó las deportaciones, pero la hambruna surgió donde vivían los armenios, como en Constantinopla y en Esmirna, o en 1916, en Siria y Líbano (hasta con 200 000 víctimas).[162] Los excedentes alimentarios eran escasos; el alimento ya era caro en las zonas a través de las cuales tuvieron que salir los armenios en 1915, y las necesidades de sus columnas en marcha elevaron aún más los precios. A otros segmentos de la población todavía no les afectaban estas condiciones de hambre. Pero éstas sí existieron en muchas zonas del sudeste, donde los armenios se quedaron en 1916-1918. Formaron sólo uno de varios grupos sociales no protegidos por el racionamiento y,[163] sin embargo, particularmente ellos tuvieron que luchar con la situación dado lo grave de las circunstancias: falta de autorizaciones de residencia, falta de protección por las leyes, y una reducida capacidad de sus comunidades para cosechar bienes de consumo (en comparación, digamos, con las comunidades judías). Por consiguiente, decenas o hasta centenas de millares de armenios sucumbieron al hambre y a las enfermedades causadas por inmunodeficiencias, como el tifo, el cólera y la disentería.[164] La situación también actuó parcialmente en contra de la solidaridad entre las víctimas armenias, incluidas las mujeres: el hambre causó «días de supervivencia del más apto, y días de "el perro se come al perro"».[165] Por desdicha, muchos armenios perecieron como resultado de las medidas del único político importante que pareció preocuparse por la prevención de epidemias en la ciudad, que se había convertido en un refugio importante, Cemal Pashá, quien en 1916 mandó deportar a muchos, de Alepo a Der es-Zor, donde perecieron, víctimas del hambre y las masacres.[166] Se dijo que los armenios contagiaban epidemias, pero el tifo de 1914-1915 fue causado por otro grupo mal alimentado: los soldados comunes.[167] La

atención a la salud y el aprovisionamiento de los militares formaron otro complejo caracterizado por marcadas jerarquías sociales, descarada corrupción y negligencia.[168] Si 466 759 soldados otomanos sucumbieron a enfermedades (y al hambre, mucho más que de heridas), y hasta 1.5 millones de ciudadanos turcos, kurdos y árabes fallecieron, en su mayor parte de inanición y epidemias,[169] esto no fue culpa de los armenios, como a veces se ha argüido absurdamente en la historiografía turca, sino que, en cambio, irónicamente, fueron víctimas de los mismos especuladores de guerra musulmanes, quienes también crearon las condiciones en que tantos armenios murieron de hambre en el exilio. No fue coincidencia que una de las tres acusaciones en el proceso a los principales criminales de guerra otomanos en 1919 se haya hecho contra las asociaciones mercantiles por haberse apoderado del comercio de alimentos.[170] Específicamente, el CUP fue acusado de haber establecido un monopolio del harina que le dio al partido, pero no al Estado, una fortuna.[171] Los hambrientos armenios cayeron víctimas de intencional negligencia por parte de las autoridades, así como de las implacables leyes del mercado y del despiadado establecimiento de una élite nueva, descrita por contemporáneos e historiadores otomanos como los nuevos ricos o los «ricos de 1916».[172]

CONCLUSIÓN

«Ninguna clase de la población mahometana, ricos o pobres, de clase alta o baja, jóvenes o viejos, hombres o mujeres se mantuvieron al margen de los asesinatos y saqueos», escribió Aaron Aaronsohn en 1916.[173] Según otra opinión, esta persecución «no fue obra de amigos o de vecinos, sino antes bien de las pervertidas élites intelectuales, de gobernantes injustos, de crueles asaltantes, de una muchedumbre engañada y descarriada, y de funcionarios corruptos».[174] Mientras

que la primera opinión reconoce, con acierto, que los diversos grupos responsables del exterminio de los armenios procedían de la capa media de la sociedad, y que ésta definitivamente incluyó a centenares de vecinos, también es demasiado generalizada. Buen número de observadores sostuvo que las relaciones locales armenio-musulmanas eran buenas y que sólo cambiaron debido a las circunstancias, o que no cambiaron,[175] y muchas fuentes informativas fidedignas dan testimonio de una oposición local a la persecución y el saqueo. Una docena, poco más o menos, de gobernadores de distrito y de alcaldes fue remplazada y muchos de ellos fueron asesinados por no cooperar.[176] En algunos lugares, fueron élites musulmanas, como ricos terratenientes, mercaderes, *mullahs*, o jefes de tribus kurdas los que se opusieron a la matanza (aunque, en algunos casos, lo hicieron sólo por la necesidad de mano de obra armenia) o que se negaron a adueñarse de propiedades armenias,[177] mientras que en otros lugares estas medidas fueron deploradas por la gente común, y secciones de la población femenina, en particular, se apiadaron de los armenios.[178] Tanto la participación como la oposición al acoso y el saqueo se manifestaron en todos los grupos de la población pero, mientras que la primera fue pública, la última se mantuvo en privado, marginada, fue acallada o incluso clandestina.

Por otra parte, las muertes en masa de armenios, con mucho mayor índice de mortalidad que los refugiados turcos o kurdos, o incluso de deportados griegos, fueron la consecuencia fácilmente predecible de medidas políticas oficiales. Y fue vaticinada por observadores armenios y extranjeros que dieron aviso oportuno. Aun si nos limitamos a la cuestión de las propiedades y pasamos por alto los asesinatos directos, el Estado otomano llevó adelante una consistente política de diezmar y arruinar a los armenios. La acción del gobierno otomano dejó a muchos armenios sin medios de vida ni ingresos, mientras se agotaban sus recursos en dinero. Se les

confiscó el grueso de su propiedad (bienes raíces), frecuentemente se les dejó sin ninguna manera de retirar o de transferir dinero, y en general, fueron llevados como hordas a lugares aislados, con pocas oportunidades de trabajo y con raciones alimentarias al nivel del hambre. Las posibilidades de que instituciones de caridad armenias ayudaran a los deportados fueron virtualmente anuladas (a diferencia del caso de los judíos en Palestina), y la beneficencia extranjera fue obstruida por las autoridades hasta finales de la guerra, cuando muchos armenios ya habían perecido. Esto dejó a los armenios en una situación casi sin salida, y si hubo alguna, habitualmente se la declaraba ilegal. Añádase a ello la poca protección contra los ataques, o incluso la participación de funcionarios en ellos; no hubo acusaciones en masa contra ladrones, saqueadores o chantajistas, y no hablemos siquiera de una devolución de propiedades que fuese digna de mención. Dado todo esto, los armenios perdieron su derecho a la alimentación, y la consecuencia lógica fue la muerte en masa.

La aniquilación de los armenios no fue un juego de suma cero, en el que o bien el gobierno o bien grandes sectores de la población estuvieran implicados. Tanto la expropiación y las regulaciones organizadas por el Estado como el robo y la extorsión por el pueblo contribuyeron a la matanza de cientos de miles de armenios. Más precisamente, muchas muertes fueron resultado de la competencia por los haberes armenios entre las autoridades, las élites o el hombre o la mujer comunes. Por consiguiente, variaron las formas y los perpetradores de la violencia. Las persecuciones a los armenios también son un recordatorio del poco sentido que tiene distinguir claramente las muertes por asesinato directo de las causadas por hambre y privaciones. No a todos los que participaron podría llamárseles perpetradores. Pero el mortífero impacto de las prácticas de un intercambio desigual por individuos privados, como el cobrar precios exorbitantes por alimentos, agua, servicios y rescate, o la

adopción forzada de niños, pone en duda la utilidad del estrecho concepto de «perpetrador».

Figuras insignificantes así como importantes en el exterminio de los armenios acumularon fortunas o permitieron a sus hijos ascender a puestos de la élite social. Éstos incluyeron a Enver Pashá, Cemal Pashá, Reşit Bey (todos ellos poco antes de sus tempranas muertes) e Ismail Hakki.[179] El 31 de mayo de 1926, la república turca compensó a las familias de antiguos funcionarios ejecutados o asesinados con fondos de propiedad armenia «abandonada», incluso a los parientes de Talaat, Enver y Cemal.[180] Importantes funcionarios que participaron en la deportación ascendieron después a las primeras filas entre 1919 y 1923, y luego en la república turca, entre ellos Celal Bayar (de funcionario del CUP regional en el Egeo, a tercer presidente de Turquía) y Şükrü Kaya (de director del IAMM a ministro del exterior, ministro del interior y secretario general del Partido Popular Republicano de Atatürk).[181]

No todo se debió a cuestiones económicas. Los kurdos de Dersim ayudaron a algunos refugiados que no tenían ningún dinero. Una muchacha armenia, vendida por su abuela a una pareja árabe, fue alimentada por sus padres adoptivos, aunque ellos mismos padecieron hambre. Como ella, muchos niños y muchachos armenios recordarían una experiencia profundamente ambivalente. Habían sido tratados como miembros de la familia en sus hogares adoptivos, queridos y cuidados (aunque los muchachos de mayor edad por lo general eran ferozmente explotados).[182] Este afecto se encuentra, obviamente, entre las razones de por qué muchos niños quisieron quedarse con esas familias, acaso las más de las veces.[183] Los bebés y niños pequeños evidentemente no fueron adoptados por afán de lucro material inmediato, a menudo por parejas sin hijos; sólo mucho después podría esperarse que correspondieran con trabajo una dote o apoyo a los padres adoptivos en su vejez. Y el pueblo tuvo muy diversos motivos, además del interés económico, para perseguir

a los armenios; por ejemplo, pasiones religiosas entre muchos moradores de los campos, especialmente kurdos.[184]

La organización del Estado y la práctica de la persecución de otros grupos a finales del Imperio otomano parecieron, en gran parte, las mismas. Griegos, asirios y kurdos fueron objeto de similares políticas de reubicación forzosa, dispersión, expropiación y saqueo. El Directorio para el Asentamiento de Tribus e Inmigrantes, establecido en 1913 para ubicar a refugiados musulmanes y a tribus nómadas, organizó las expulsiones y reubicaciones de griegos en Tracia y en el Egeo occidental en 1914, sustituyéndolos con musulmanes que habían sido desplazados en la primera Guerra de los Balcanes, antes de volverse contra los armenios.[185] Refugiados islámicos de Macedonia y de Creta exigieron la expulsión de 119 000 griegos del oriente de Tracia en 1913-1914, y se adueñaron de sus posesiones con la ayuda de autoridades otomanas. Reuniones públicas, boicoteos y la prensa desempeñaron papeles importantes en apoyo a esta violencia. Los ataques y el brutal saqueo ayudaron a lanzar pueblos al exilio, antes de que se impusieran formas de transferencia de propiedad organizadas por el Estado, incluso de tierras y casas, como en la zona de Esmirna.[186] Funcionarios regionales del CUP habían presionado desde 1910 por una deportación parcial de cristianos y un asentamiento de refugiados musulmanes.[187] En la provincia de Edirna, el saqueo a los griegos continuó en el otoño de 1915; para marzo de 1916 se dijo que 40 000 griegos habían sido expulsados, y más refugiados musulmanes se asentaron en casas antes griegas que en armenias.[188] Sin embargo, protestas del gobierno griego ayudaron a contener la confiscación de bienes de griegos en la provincia de Adana.[189] Muchos de los griegos deportados de los Pontos en 1916, y de allí y del occidente de Anatolia en 1920-1922, murieron víctimas de agotamiento y de epidemias, de asesinatos cuando ya eran incapaces de seguir marchando, de violaciones, de saqueos, de islamización forzada, de

parcial reasentamiento en sus hogares por colonos musulmanes y —desde 1920— por la total expropiación de sus bienes. Miles de cadáveres quedaron a lo largo de los caminos.[190] Refugiados tanto griegos como armenios podían terminar en los mismos campos de recepción en Grecia en 1922-1923.[191] El notorio jefe *çete* Topal Osman, el primero en deportar y masacrar armenios en 1915, fue entonces enviado contra los griegos de la provincia de Samsun en 1916, y luego se le encargó sofocar el levantamiento kurdo en Koçkiri, donde casi 10 000 personas fueron asesinadas entre 1919 y 1921, y, por último, contra los armenios de la provincia de Kars en 1920-1921.[192] Aldeas nestorianas en las provincias de Van y de Mosul fueron saqueadas por «soldados kurdos y turcos», y murieron muchos habitantes, así como armenios.[193] La extorsión y el chantaje fueron seguidos con frecuencia por la islamización forzada de mujeres y niños.[194] Ante un avance de los rusos, los turcos intentaron, desesperadamente, vender sus propiedades antes de huir,[195] y a su paso encontraron un trato menos duro que los armenios, pero no mejores condiciones. Mujeres kurdas deportadas, en su marcha por Harput, no tuvieron mejor destino, lo cual condujo a que muchas abandonaran a sus bebés como lo habían hecho también las mujeres armenias. Acaso haya muerto la mitad de los kurdos desplazados durante la primera Guerra Mundial.[196] En una doble estrategia, el gobierno intentó pacificar a los levantiscos kurdos sobornándolos con propiedades de armenios, e intimidándolos con amenazas de una represión selectiva. Muchos de los asesinos y asaltantes de 1915 eran kurdos.

En los años que antecedieron a la primera Guerra Mundial, en lo que Taner Akçam llama «limpieza étnica mutua», cientos de miles de musulmanes habían sido expulsados de sus tierras, a veces asesinados, donde se había retirado el régimen otomano, lo que movió a algunos diputados turcos a decir, en 1919: «Aprendimos de deportación gracias a nuestros vecinos».[197] Ninguno de estos

sangrientos desalojos puede justificarse moralmente. Aunque la razón dada por las secesiones del Imperio otomano desde el siglo XIX siempre habían sido «atrocidades turcas», debe reconocerse que también los musulmanes fueron víctimas de algunos de los antes victimados, con sólo un cambio de las circunstancias. La zona de Urmia, en el noroeste de Irán, experimentó un sube y baja de saqueo mutuo entre musulmanes locales y cristianos asirios, tanto locales como refugiados otomanos, desde un ataque por kurdos otomanos en octubre de 1914 hasta el regreso de las tropas rusas en mayo de 1915 y, de nuevo, en 1916. Milicias y tropas irregulares cometieron la mayoría de las atrocidades; por lo general, eran voluntarios quienes iniciaban el saqueo, que se continuó y fue radicalizado hasta la expulsión por musulmanes locales que se volvieron contra sus vecinos cristianos, o a la inversa. Los refugiados de la religión de los atacantes fueron instalados en las casas deshabitadas de quienes habían sido expulsados.[198] Mientras que en el este de Tracia refugiados islámicos de Macedonia, Bosnia y Epiro ocuparon los hogares de los griegos desterrados en 1914, cristianos griegos se apropiaron de las casas, las pertenencias y las escuelas de los musulmanes desalojados en el oeste de Tracia y en la Macedonia griega.[199] Después de que las tropas otomanas se retiraron de Van en mayo de 1915 ante el avance de las tropas rusas, los armenios saquearon, masacraron y robaron a musulmanes por tres días. Durante la conquista rusa de las montañas del sur de Trebisonda en abril de 1916, Leon Surmelian, refugiado de 11 años, presenció el incendio de casas turcas y tomó parte en el saqueo de parte del mobiliario, las puertas, y «todo lo desplazable que pude encontrar», sólo para hallar, poco después, su propia casa completamente vacía.[200]

Como ya se mencionó, otros grupos y no sólo los armenios tropezaron con similares políticas y actos. También ésta fue violencia participativa, y el lucro fue una importante fuerza motora entre las

muchas que motivaron a personas de muy diversos antecedentes a tomar parte activa en estas otras persecuciones. En este sentido, podemos decir que el Imperio otomano fue una sociedad extremadamente violenta, donde muy diversos tipos de personas fueron víctimas o perseguidores en un proceso multicausal.

La violencia en el tardío Imperio otomano y sus alrededores fue multipolar, pero no ilimitada. Mucho dependió de la distribución del poder y de la política del Estado. Pero las autoridades no fueron capaces de controlar por completo las expropiaciones y, por ello, los ataques a los armenios, el grupo más victimado. En una sociedad de clases sumamente jerarquizada, esto se relacionó con una pugna entre las élites por riquezas, posición e influencia. Sin embargo, la variedad de las acciones de los menos favorecidos no justifica una simple tesis de manipulación que los declare instrumentos de asesinato y robo en manos del Estado o de los ricos (aunque, por ejemplo, muchas bandas kurdas probablemente fueron controladas por terratenientes feudales). Algunos quisieron escapar de la miseria, la falta de hogar o el hambre; otros esperaban un rápido enriquecimiento o una nueva carrera, y otros más actuaron impelidos por sentimientos nacionalistas o religiosos, lo que, a su vez, movió a unos cuantos a ayudar a los perseguidos. Las respuestas difirieron, pero los intereses materiales explican en gran parte por qué tantos participaron en la aniquilación de los armenios.

SEGUNDA PARTE
La crisis de la sociedad

III. De las rivalidades entre élites a una crisis de la sociedad Violencia en masa y hambruna en Bangladesh (Pakistán Oriental), 1971-1977

El segundo grupo de estudios de caso de este libro relacionará el carácter participativo y multicausal del empleo de la fuerza en sociedades extremadamente violentas con la idea de una crisis de la sociedad. Reconstruirá el carácter de víctimas y de agentes de varios grupos en relación con tal crisis general, y establecerá conexiones con cambios sociales a largo plazo que incluyeron una enorme movilidad social y geográfica, así como legados de violencia en curso. Esto requerirá una contextualización muy general de los principales hechos de destrucción.

Según una opinión convencional, las cosas parecen claras en el caso de Bangladesh. Después de que el movimiento de autonomía de Bengala, encabezado por la Liga Awami, triunfó en las elecciones parlamentarias de finales de 1970, la dictadura militar se negó a entregar el poder. En cambio, atacó al pacífico pueblo de Pakistán Oriental el 25 de marzo de 1971 y empezó a matar a partidarios de la Liga Awami, a intelectuales y soldados bengalíes y a hindúes, pues esta minoría era sospechosa de ser colectivamente agentes de la India. Quedaron devastadas grandes partes de los campos. El ejército pakistaní mató a tres millones de personas, expulsó del país a 10 millones y violó a 200 000 mujeres o más. Los bengalíes orientales iniciaron en defensa propia una guerra de guerrillas y lograron la independencia nacional con ayuda de una invasión de India en diciembre de 1971. Varios miles de personas de la minoría no

bengalí, de habla urdu, los llamados biharíes, cayeron víctimas de la ira de los bengalíes porque habían ayudado a los dirigentes pakistaníes.[1]

Por lo menos, eso dice la narración convencional de los bengalíes, adoptada por muchos eruditos extranjeros. Pero la versión pakistaní es muy distinta. En defensa de la integridad territorial de Pakistán, después de agotadas todas las posibilidades de negociar, el ejército impidió, por la fuerza, una virtual toma de Pakistán Oriental por la Liga Awami tal como se había desarrollado desde comienzos de marzo de 1971. Al hacerlo, los militares también salvaron las vidas de muchos no bengalíes, cuando los bengalíes habían matado ya a decenas de miles. Represalias colectivas de los militares costaron 50 000 o menos vidas bengalíes, malquistándose con ellos. La violencia fue limitada por el hecho de que en marzo de 1971 el gobierno sólo pudo confiar en 12 000 soldados leales (es decir, no bengalíes) en Pakistán Oriental. Al principio, éstos se encontraron superados en número por tropas de ascendencia bengalí.[2] (Diplomáticos extranjeros calcularon —después de llegados los refuerzos— que, para el 25 de marzo, había entre 20 000 y 25 000 soldados leales y 20 000 soldados bengalíes.)[3] Las débiles y vulnerables tropas pakistaníes sostuvieron valerosamente la autoridad del Estado, contra todos los pronósticos, aunque con prácticas a veces excesivas.[4] Fueron reforzadas a finales de marzo y comienzos de abril, principalmente al llegar por avión las Divisiones de Infantería 9 y 16 (las únicas reservas de los militares pakistaníes), que fueron a añadirse a la División de Infantería 14, ya en el lugar.[5] A la postre, fueron derrotadas —debido a la incompetente dirección política y militar pakistaní— por la invasión de India, que partió por la mitad a Pakistán: India ya había alimentado, armado y manipulado a los insurgentes.

Ambas versiones son excesivamente simplistas, incompletas, discutibles en los hechos en muchas partes, y sacan de su contexto

los acontecimientos. Además, ambas enfocan, ante todo, las acciones del gobierno. El relato siguiente ofrece una contextualización más general al relacionar las diversas formas y direcciones de la violencia con sus antecedentes socioeconómicos, políticos y culturales.

Con objeto de poner los acontecimientos en una perspectiva histórica más vasta, este capítulo también explorará las conexiones entre el cambio social, la violencia en masa y las hambrunas de 1971-1972 y 1974-1975 en Bangladesh. Explora las repercusiones de un conflicto de élite en una sociedad más amplia.

EL CONFLICTO NACIENTE

La descolonización, combinada con la partición de India, produjo el violento brote de nuevas élites en Bengala Oriental entre 1947 y 1951. Los colonialistas británicos y el liderazgo económico hindú (los hindúes, principalmente los *zamindari* [grandes terratenientes], poseían 75% de la tierra) en gran parte fueron desplazados y desposeídos. Los hindúes también perdieron muchos hogares urbanos.[6] Fincas *zamindari* fueron expropiadas en 1951, para ser alquiladas sobre todo a refugiados musulmanes víctimas de la partición.[7] La mayor parte de los puestos vacantes y nuevos en el gobierno y de las empresas de la Bengala Oriental, incluyendo su administración superior, fue tomada por pakistaníes occidentales y *muhajirs* refugiados de India. Empleos como los de abogados, profesores o médicos fueron, casi siempre, para bengalíes.[8] Muy pronto, los *muhajirs* controlaban más de la mitad de los haberes industriales de Pakistán.[9] Como resultado del sistema de «demócratas básicos», que había existido bajo la dictadura militar desde 1958, los *jotedars* musulmanes (terratenientes de mediano alcance) de Pakistán Oriental pudieron aprovechar sus puestos en los consejos sindicales para consolidar sus posesiones y su poder, convirtiéndose en una «clase de *kulaks*».[10] Mientras tanto, el ingreso

rural per cápita y los salarios industriales reales estuvieron declinando durante gran parte del decenio de 1950.[11] Los principales beneficiarios de la política de desarrollo pakistaní, expresamente planeada sobre la base de la desigualdad, fueron los panjabis y los *muhajirs*.[12]

En la raíz misma del conflicto pakistaní se encontró, pues, una «guerra de clases entre consumados capitalistas pakistaníes occidentales [aliados con las élites terratenientes] y la pequeña clase media del este de Bengala». Esto también dio como resultado una política divergente entre las dos partes del país: agudas diferencias de clase y una «política dictatorial» en el oeste contrastaron con una propiedad de tierras y de negocios más difusa, el «trasfondo social para la política democrática» en el este, al menos nominalmente.[13] Asimismo, algunos analistas pakistaníes han culpado del conflicto a élites irresponsables de ambos bandos.[14] En esta situación, la Liga Awami saltó a la fama como representante de las demandas de la clase media urbana y de parte de los terratenientes de medianos recursos. Incluso observadores no izquierdistas la llamaron un partido «burgués».[15] Bengalíes cultos eran su espina dorsal. Durante la década de 1950, la mayor parte procedía de las aldeas; la duplicación de las inscripciones en universidades y preparatorias entre 1959 y 1965, junto con la politización y el hecho de que muchos graduados obtuvieron nuevos empleos, hizo que la influencia de la Liga Awami cundiera por todos los campos.[16] Esta movilidad social y conciencia bengalí fue incompatible con la identidad nacional pakistaní. En 1964 sólo 29% de los estudiantes de preparatoria de la Bengala Oriental encuestados se consideraron bengalíes, y 74% pakistaníes. La conciencia de pertenecer a un país era vaga, y los términos «bengalíes» y «pakistaníes» fácilmente podían coexistir.[17]

Aunque la cuestión del idioma se hallaba en el meollo mismo del conflicto durante el decenio de 1950,[18] en la siguiente década evolucionó quedando en torno de asuntos económicos. Nacionalistas

bengalíes sostuvieron que Pakistán Oriental —hogar de más de la mitad de la población pakistaní— había quedado atrasado debido a que el comercio exterior planeado sistemáticamente por los gobiernos centrales, la asignación de recursos y los impuestos, al gusto de las élites de Pakistán Occidental, lo habían dejado en desventaja. La moneda sobrevaluada protegía a las industrias de Pakistán Occidental, para el cual el lado oriental era un mercado propicio, pero dañaba las exportaciones de Pakistán Oriental. Éste ganaba la mayor parte de la moneda dura del país, pero recibía pocas de sus importaciones, su «ayuda» exterior y su inversión interna, particularmente privada. Esta asimetría de la política hacía del lado oriental [este] un abastecedor de materias primas que indirectamente financiaban la acumulación industrial en el lado occidental [oeste]; el gobierno, los servicios de sanidad y la educación estaban concentrados en el oeste. La mayor parte de los altos empleados civiles y los oficiales militares eran pakistaníes del oeste.[19] Por lo tanto, los bengalíes sostuvieron que Pakistán Oriental estaba siendo explotado por la parte occidental como si fuera una colonia, como había sido antes para los británicos.

Un pequeño aumento de la inversión pública en Pakistán Oriental —primero, para control de las inundaciones— había comenzado a mediados de la década de 1960. Esta tendencia fue considerablemente aumentada por la junta de Yahya Khan, acompañada por más empleos para los bengalíes en empresas estatales, la administración gubernamental y los medios informativos. Se hicieron planes para que esto continuara.[20] Sin embargo, pareció que sólo se hacía más enconada la competencia por los recursos.

Los acontecimientos hacia finales del decenio de 1970 exacerbaron la situación de Pakistán Oriental, creando el marco para una severa crisis y, a la postre, para la guerra civil. El 12 de noviembre de 1970 un ciclón que causó una gigantesca inundación alcanzó partes de la costa de Pakistán Oriental. De tres a cuatro

millones de personas perdieron sus hogares y animales, y muchos, asimismo, sus cosechas de arroz, y 233 000 murieron. Según otra cuenta, la mayor parte de los 286 759 muertos procedía del distrito del Barisal, de la isla de Bhola y del distrito de Noakhali.[21] Los nacionalistas bengalíes aprovecharon lo tardío del esfuerzo de ayuda con fines de propaganda contra el gobierno pakistaní y especialmente contra los militares, afirmando que había muerto un millón de personas.[22] Esta cifra parece muy inflada.[23] Además de radicalizar la opinión pública antes de las elecciones nacionales, este desastre marcó el principio de la llegada de una enorme ayuda exterior; las agencias de ayuda establecieron estructuras que algunos emplearon durante el conflicto de 1971, y después todos dejaron de ser ayuda para convertirse en proyectos de «desarrollo» más generales y masivos.[24] Esta llegada de capital ayudó inicialmente a los ricos del campo, enconando más la polarización social y ayudando a transformar los campos de Bangladesh.[25]

En una oligarquía antidemocrática, los bengalíes se vieron en gran medida excluidos de los principales círculos y de la toma de decisiones.[26] Las exigencias de los nacionalistas bengalíes también constituyeron una amenaza para la dictadura militar porque el gasto militar, por lo general, era más de la mitad de las erogaciones del gobierno. Una división de los recursos más equitativa entre el este y el oeste habría disminuido la base del ejército, su control del Estado[27] y la oportunidad, para los oficiales, de generar riqueza privada. Según los Seis Puntos de la Liga Awami (1966), mostrados por su jefe el jeque Mujibur Rahmán (Mujib), las finanzas para el gobierno central habrían dependido de las provincias.[28] Tras la supuesta inactividad militar que siguió al mortífero ciclón de noviembre de 1970, Mujib, quien intentó reducir enormemente el gasto militar, hizo la siguiente acusación: «¿Para esto hemos destinado 60% de nuestro presupuesto durante todos estos años, para servicios de la defensa?»[29]

Después de que las protestas en masa, en ambas alas de Pakistán, derribaron a Ayub Khan en marzo de 1969, la junta militar de su sucesor Yahya Khan fue obligada a allanar el camino para elecciones parlamentarias para una nueva Asamblea Nacional. En noviembre de 1970 la Liga Awami logró vencer en toda la línea a todos sus rivales, especialmente a los antes influyentes partidos religiosos, obteniendo 74.9% de los votos y 160 de los 162 escaños en la Asamblea Nacional en Pakistán Oriental, lo que dio a este partido una mayoría general en el Parlamento Nacional.[30] Pero el Partido de los Pueblos Pakistaníes encabezado por Ali Bhutto, que había ganado las elecciones en gran parte del ala occidental, exigió tener voz en un propuesto gobierno de coalición.[31] Hubo diferencias sobre las condiciones en que debía reunirse la Asamblea Nacional. Como respuesta, el 1º de marzo de 1971, Yahya Khan aplazó indefinidamente la reunión constitucional de la Asamblea Nacional, provocando motines en la parte oriental.[32] Del 3 al 25 de marzo, la Liga Awami gobernó virtualmente en Pakistán Oriental imponiendo una huelga, controlando toda la actividad económica, el comercio exterior, los movimientos de capital, los tribunales, gran parte de los medios informativos, los bancos y el servicio postal. En negociones entre Yahya y Mujib con sus seguidores, y después, asimismo, con Bhutto, la Liga Awami insistió en gran parte de sus Seis Puntos, que asignaban sólo la defensa y las relaciones exteriores (con exclusión del comercio exterior) al gobierno nacional, y hasta ponían en peligro la unidad de la moneda nacional. Añadió demandas de retirada de las tropas, una investigación de los asesinatos de unos 300 bengalíes perpetrados por los soldados en marzo, poner fin a los refuerzos del ejército y una transferencia del poder a representantes elegidos.[33] La junta interpretó esto como el intento de establecer una confederación y la fragmentación de Pakistán (por la cual estudiantes izquierdistas, en particular, estaban batallando), y consideró grave insulto el acoso a sus tropas.[34] Hoy, parece que la Liga Awami en realidad deseaba

que los dirigentes de sus futuros gobiernos sacaran al ejército del ala oriental, y luego quería aprobar una resolución para la independencia de Bangladesh en el parlamento nacional.[35]

Las élites de Pakistán occidental no abandonarían de buen grado el este. La operación «Blitz», primer esquema para un ataque militar en el Pakistán Oriental como plan de contingencia, en caso de que los bengalíes declararan su independencia, fue planeada por el general Yaqub, administrador de la Ley Marcial para Pakistán Oriental de diciembre de 1970 y aprobada en una reunión de alto nivel de generales seleccionados, con el presidente Yahya, el 22 de febrero, cuando éste anunció que deseaba aplazar indefinidamente la reunión de la Asamblea Nacional. La víspera, Yahya había deshecho al gabinete civil que incluía a bengalíes.[36] Sin embargo, ante una huelga general y reacciones hostiles después de que las tropas habían fusilado a varios manifestantes, y ante un boicoteo popular de la economía y de los transportes por los bengalíes contra el ejército, Yaqub informó, el 2 de marzo, que ya no era factible la operación «Blitz», porque una solución militar exigiría una matanza de civiles en gran escala (y así, renunció poco después). Al llegar el 16 de marzo, Yahya Khan ordenó al nuevo comandante en Pakistán Oriental, el general «Tikka» Khan, elaborar otro plan de urgencia para un ataque en masa. Éste se aplazó durante las negociaciones de Yahya con Mujib, pero el 23 de marzo fue programado para entrar en acción el 26 del mismo mes.[37]

Este nuevo plan, la operación «Reflector», contenía órdenes de desarmar (pero no de arrestar) a los fusileros de Pakistán Oriental, al regimiento de Bengala Oriental y a la policía; asegurar los acantonamientos (cuarteles), los aeropuertos y la base naval de Chittagong, así como los poblados; detener a los líderes políticos bengalíes, entre ellos ciertos estudiantes, profesores e izquierdistas (no quedó claro cómo localizarlos), y registrar las casas de hindúes en la antigua Daca. La estación de policía de Rajer Bagh y la Universidad de Daca se encontraban entre los principales blancos

planeados y reales. Aunque ordenaba una drástica pero no especificada «acción de choque» por toda la provincia, el texto de la orden «Reflector» no pedía explícitamente matanzas.[38] Tan sólo algunas observaciones ocasionales de oficiales pakistaníes hicieron prever el brutal curso adoptado después, como la amenaza del general de división Khadim Hussain Rajá, el 7 de marzo, de que si Mujib declaraba la independencia, haría «matar a los traidores y, de ser necesario, arrasar a Daca. No habrá nadie que gobierne, no habrá nada que gobernar».[39] Incitados por Yahya, Tikka Khan y sus tropas excedieron con mucho las órdenes escritas en la tarde del 25 de marzo e inmediatamente empezaron a matar a soldados y policías, a hindúes, estudiantes y algunos profesores. La operación, iniciada prematuramente, cerca de las 11:00 p. m., «no se efectuó con la secuencia prevista ni alcanzó sus principales objetivos».[40] Al parecer, el ejército esperaba «acabar» con los bengalíes por medio de un baño de sangre que sólo durara de 48 a 72 horas, y en Daca algunos oficiales y soldados lo celebraron gritando que habían «ganado la guerra».[41] Un miembro de la Liga Awami habló del comienzo de una «verdadera noche indonesia», refiriéndose al asesinato en masa de comunistas indonesios de 1965-1966.[42] Los militares se valieron de tanques y aviones cazas. En algunas zonas, debido a su pobreza numérica, la acción del ejército fue inicialmente menos severa, y más apegada a las órdenes textuales.[43]

Los pakistaníes afirmaron después que su violento ataque había servido para impedir un levantamiento militar bengalí.[44] Fuentes informativas de Bengala no dejan la menor duda de que varios oficiales bengalíes de alta graduación hablaron sobre la posibilidad de una insurgencia armada o la pidieron, antes del 25 de marzo, con Mujib y con otros dirigentes de la Liga Awami.[45] Tropas bengalíes, en algunos puestos avanzados de la zona de Chittagong, empezaron a arrestar a sus colegas pakistaníes occidentales la víspera del ataque militar, y una unidad a las órdenes de Rafiq ul Islam, de los Fusileros

de Pakistán Oriental, inició un levantamiento en la ciudad cerca de las 8:00 p. m.: varias horas antes de que los pakistaníes entraran en acción.[46] Además, desde el 1º de marzo, nacionalistas bengalíes habían desfilado por las ciudades con lanzas de bambú y bastones de acero, bloqueando las instalaciones del ejército, atacando a no bengalíes, saqueando e incendiando autos y destrozando los letreros que encontraban en urdu y en inglés.[47] En ocasiones, como en el mayor mitin de masas de Mujib, el 7 de marzo de 1971, se incitó al público a empuñar las armas y a prepararse a destruir al «enemigo». El propio Mujib pidió al gentío «hacer una fortaleza de cada hogar» y «matarlos» (a los soldados pakistaníes) si se empleaba más violencia: «Puesto que hemos derramado sangre, derramaremos más pero liberaremos al pueblo de este país».[48] Jóvenes de la Liga Awami, con la ayuda de paramilitares, se procuraron armas saqueando las armerías, y empezaron a entrenar a los estudiantes en la guerra de guerrillas.[49] Tal preparación también se efectuó en el Iqbal Hall, de la Universidad de Daca, que llegó a ser lugar simbólico porque el ejército pakistaní lo atacó en la noche del 25 de marzo, matando a docenas de estudiantes que lo habían recibido con tiros de fusil, aunque no con armas automáticas ni granadas.[50] Estas bandas estaban mal armadas y eran incapaces de una acción ofensiva.

Pese a todo ello, el hecho de que la mayor parte de las tropas bengalíes no participara inicialmente, así como la falta de comunicación entre los dispersos insurrectos, y entre ellos y los líderes políticos bengalíes, no apoyan la tesis de un plan general para la insurgencia.[51] Antes bien, la desconfianza mutua, alimentada por noticias y rumores que llegaban, creó situaciones inciertas, haciendo que las tropas (incluso unidades enteras) se miraran unas a otras con desconfianza, situación que en ciertos lugares pudo durar días o hasta una semana.[52] Luego, tropas bengalíes empezaron a adueñarse de muchas zonas de Pakistán Oriental, aunque todavía sin una coordinación central,[53] y fueron expulsadas por el ejército pakistaní.

Para el 20 de abril éste, habiendo partido de las ciudades y de sus alrededores, dominaba casi todos los campos. Su triunfo se basó en el empleo implacable de la artillería, en el dominio del aire, en tanques, en lanzar proyectiles contra civiles y en el incendio de edificios. Las declaraciones de independencia nacional del 27 de marzo y de un gobierno nacional de Bangladesh el 14 de abril no pudieron impedir la derrota militar de los bengalíes. A ello siguió una guerra de guerrillas.

Se ha afirmado que el ejército pakistaní planeaba purificar a los bengalíes de todo lo que pareciera manchado de hinduismo. Oficiales pakistaníes denunciaron a los bengalíes en general como «incrédulos» e hindúes.[54] Bengalíes en formaciones armadas fueron sospechosos de una potencial resistencia militar, y otros de posibles ambiciones políticas. Desde el comienzo del conflicto se citó la frase de un oficial panjabí: «Estamos luchando en el nombre de Dios y de un Pakistán unido».[55] En el cuartel de la División 16, en Comilla, repetidas veces se le dijo a Anthony Mascarenhas: «estamos resueltos a liberar de una vez por todas Pakistán Oriental de toda amenaza de secesión, incluso si ello significa matar a dos millones y gobernar la provincia como colonia durante 30 años».[56] Haciendo referencia al ex dictador militar Ayub Khan, se acusó a los pakistaníes, asimismo, de racismo antibengalí.[57] Aunque en el sur de Asia el racismo se forma ante todo sobre una base cultural, hasta un ex oficial de prensa del ejército pakistaní recordó que «mantener bajo control al Bingo» era un lema muy común entre el personal militar, que al parecer equiparaba a los bengalíes con africanos.[58] Sin embargo, aunque podamos identificar políticas específicas antihindúes, no es claro el efecto preciso del racismo antibengalí en general sobre las acciones de las tropas. El ejército también deshumanizó de muy diversas maneras a sus enemigos. Unos oficiales empleaban las frases «a disposición» o «para disponer» desde la primera noche de las ejecuciones sumarias.[59] Los soldados

también se referían a las matanzas con frases como «enviar a Bangladesh» o «despachado a Bangladesh», o amenazaban a la gente con ese lenguaje.[60]

Careciendo de hombres y de conocimiento de los lugares, las autoridades pakistaníes buscaron unidades auxiliares de urgencia. Después del 25 de marzo, el gobierno pakistaní disolvió algunos grupos de policías auxiliares *(Ansars)*. Fueron remplazados gradualmente por nuevos *razakars,* ligeramente armados, que consistían en los pequeños y misteriosos *Al-Badr,* reclutados, principalmente entre estudiantes conectados con partidos religioso-conservadores,[61] a quienes los militares asignaron redadas, información y objetivos de comando, y los numerosos *Al-Shams*, empleados principalmente para adueñarse de ciertos objetivos como los puentes.[62] Primero, los *razakars* actuaron a las órdenes de los Comités de Paz, establecidos por viejos conservadores religiosos en abril y mayo de 1971. La creación de los *razakars* fue oficialmente anunciada a finales de agosto. A comienzos de septiembre fueron puestos a las órdenes del ejército (en relación con el nombramiento de A. Malik como gobernador, y con una amnistía).[63] Su número total alcanzó entre 35 000 y 55 000 personas, por debajo de los planes pakistaníes; a finales de abril sólo eran ya 5 000.[64] Junto con *muhajirs* y con las Fuerzas Armadas Civiles de Pakistán Oriental (EPCAF), llegaron a ser 73 000.[65] Los bengalíes acusaron a los no bengalíes de formar una gran parte de los *razakars* y del violento y abusivo empleo de sus puestos. Kalyan Chaudhuri afirmó, absurdamente, que los *razakars* y no el ejército habían matado a «la mayoría» de las víctimas.[66] Algunas fuentes informativas pakistaníes han confirmado que los *razakars* saquearon, denunciaron a personas (a menudo, falsamente) como resistentes al ejército pakistaní y aterrorizaron a bengalíes.[67] Sin embargo, en realidad muchos *razakars* eran bengalíes, sobre todo en las zonas rurales.[68]

Esto significa que los conflictos dividieron a las comunidades bengalíes.

Algunos historiadores han descrito al Pakistán Oriental anterior a 1971 como el hogar de una sociedad «homogénea»[69] y como un lugar pacífico. Ambas afirmaciones son totalmente erróneas. Entre 1946 y 1970, al menos cuatro millones de hindúes huyeron de la provincia y decenas de miles fueron muertos en repetidos pogromos (véase *infra*). El gobierno organizó arrestos en masa y hubo algunos tiroteos de izquierdistas, sindicalistas y adversarios del régimen.[70] Se manifestó violentamente toda una variedad de conflictos sociales, asimismo en una cultura de frecuentes *hartals* (huelgas) y *gheraos* (asedios a personas o bienes). Entre 1958 y 1966 ocurrieron casi 5 000 motines cada año, o sea 15 por día, cada vez con mayor frecuencia. A comienzos de la década de 1970 se habían hecho aún más comunes.[71] Hasta la violencia de las multitudes pudo ser bastante bien organizada por líderes comunitarios, con base en decisiones colectivas intencionales.[72] Esta violencia colectiva, que incluía el incendio de aldeas para hacer huir a oleadas de refugiados, podía ocurrir entre musulmanes e hindúes o cristianos, o entre bengalíes y no bengalíes. También hubo motines por hambre, como en 1956; manifestaciones estudiantiles, como en 1962; levantamientos relacionados con el movimiento por el lenguaje bengalí en 1951, y protestas contra el gobierno y contra el sistema, como las que derribaron a la junta de Ayub Khan en 1968-1969, y que entrañaron el asesinato hasta de 2 000 «malos aristócratas» o «demócratas básicos» (representantes políticos elegidos) en las zonas rurales, que fueron «hallados “culpables” de “crímenes contra el pueblo” y [...] quemados vivos, degollados, crucificados, apuñalados, ahogados o muertos a hachazos». Estas atrocidades fueron seguidas por una violencia relacionada con huelgas y cierres de fábricas de muchas industrias a principios del decenio de 1970.[73] En marzo de 1971, otra oleada de asesinatos de representantes

políticos y «elementos antisociales» costó otras 200 vidas antes del ataque del ejército.[74] Hasta cierto grado, la victoria de la Liga Awami en las elecciones de 1970 fue consecuencia de sus ataques y de la intimidación física de los partidos políticos rivales durante todo el año para imponer la unidad nacional. Mujib llegó a confiarle al embajador de los Estados Unidos que, por órdenes suyas, nueve comunistas habían sido muertos por obreros de la Liga Awami.[75]

Con esta tradición de militancia en los conflictos políticos y económicos, los políticos emplearon el lenguaje de la violencia. Desde finales de 1970, Mujib predijo repetidas veces, en público y en privado, una intervención del ejército y un incontrolable baño de sangre, o afirmó que los bengalíes estaban dispuestos a derramar sangre por su libertad, aun a sacrificar a «otro millón» al señalar que otros tantos habían perecido en el ciclón.[76] Según se dijo, Ali Bhutto había declarado el 25 de marzo que no importaba si esta vez 100 000 personas morían por Pakistán.[77]

EL ALCANCE DE LAS MATANZAS DE 1971: CORRECCIONES DE UN MITO

Con objeto de identificar las políticas, las prácticas y las intenciones de la violencia, es necesario determinar su alcance y las direcciones que tomó. Pero esto no es fácil. Debido a la falta de investigaciones oficiales sistemáticas, jurídicas y bien fundamentadas de la violencia de 1971 en Bangladesh y Pakistán, incluso al no haber conservado ni publicado documentos,[78] es difícil encontrar pruebas estadísticas sólidas. La labor del Comité de Investigación de Bangladesh de comienzos de 1972 parece haber sido tentativa, incompleta y basada ante todo en testimonios orales, lo que hace discutibles las cifras y, al parecer, infladas. Su total de 1 247 000 muertos contrastó con poco más de 80 000 cadáveres o restos recuperados:[79] proporción nada

realista, aun tomando en cuenta la difundida práctica de arrojar cadáveres a los ríos.

Desde el conflicto de 1971, la versión de Bangladesh, no comprobada y ya consagrada, ha sido que murieron tres millones de personas.[80] En contraste, fuentes pakistaníes, más o menos oficiales, muestran la cifra ridículamente baja de entre 26 000 y 50 000.[81] Aunque no se basaron en los datos muy inflados que publicó la prensa de la India, observadores extranjeros durante el conflicto calcularon, en su mayoría, entre 200 000 y 500 000 muertes. Años después, un cálculo similar fue declarado extraoficialmente por algunos funcionarios de la India.[82] Los militares pakistaníes ofrecieron algunos datos interesantes durante el conflicto: el comandante general Niazi afirma que, en una orden del 13 de mayo de 1971 declaró que hasta entonces «30 000 rebeldes habían sido muertos o puestos fuera de combate». El periodista pakistaní Anthony Mascarenhas, en su visita a Pakistán Oriental de finales de abril de 1971, escuchó decir a ciertos oficiales que habían sido muertos 150 000 bengalíes o más.[83] En parte estas cifras podrían ser mera especulación, ya que las unidades a menudo no contaban a sus víctimas, pese a que sus superiores les preguntaban el número de bajas del enemigo a partir de la primera noche del ataque en Daca.[84] Por otra parte, soldados y oficiales de unidades pakistaníes parecen haber llevado una cuenta personal de los muertos, burlándose de sus compañeros que aún no habían cobrado una sola vida.[85] Un oficial bengalí que fue sumariamente fusilado con otros, y dado por muerto el 30 de marzo, relató que toda una serie de soldados curiosos llegaron durante dos horas y media a echar un ojo a los cadáveres.[86]

Algunos datos dispersos sí permiten hacer una reconstrucción parcial de la magnitud de la destrucción. Dejando aparte las cifras de refugiados, relativamente confiables (véase *infra*), ciertos testimonios nos permiten poner a prueba la tesis de que las tropas pakistaníes buscaron el exterminio de toda la intelectualidad bengalí.

Las masacres de la universidad de Daca —a saber, en Jagannath Hall (hindúes), Iqbal Hall (estudiantes activistas) y Rokeya Hall (muchachas estudiantes), y en los alojamientos del cuerpo docente y el resto del personal— por compañías de tres batallones panjabíes y llegados de Baluch, se han vuelto un símbolo de todo este «genocidio».[87] Una de las ejecuciones fue filmada clandestinamente por un profesor de ingeniería.[88] Según el Ministerio de Educación de Bangladesh, perdieron la vida 2 000 maestros, tanto de escuelas primarias como de universidades; una publicación de la propaganda de Bangladesh declaró que el número era de 989.[89] Esto habría sido 1.2 o 0.6% de todos los maestros, respectivamente (y 4% de todos los profesores, según una fuente posterior).[90] Cerca del 10% de los profesores universitarios, 20% de los instructores de bachillerato y 1.2% de otros maestros parecen haber huido a la India.[91] Un recuento efectuado en julio de 1972 en la Universidad de Rajshahi descubrió que «uno de cada 10 estudiantes perdió al menos a un miembro de su familia», lo que indica una tasa de mortalidad muy inferior a 10% en un ambiente (parcial) de clase media. Pero no menos de 71% de esas familias habían abandonado, en algún momento, sus hogares. A algunos estudiantes y a varios profesores, una vez arrestados, se les disparó, sobre todo a las piernas. La mitad de los instructores huyó, pero se dijo que 80% estaban de regreso en octubre.[92] Todo esto prueba que lo ocurrido fue un terrorismo sangriento, pero no un exterminio sistemático de la intelectualidad bengalí.

El embajador de la Alemania Occidental supuso que los estudiantes habían sido muertos, pero observó que la «sistemática cacería de estudiantes [había sido] oficialmente cancelada» el 18 de abril.[93] Entonces, la administración militar buscó el apoyo de intelectuales bengalíes, y hasta cierto punto lo encontró.[94] El secuestro y asesinato hasta de 280 intelectuales nacionalistas y servidores civiles por paramilitares de *Al-Badr*, en cooperación con

el ejército pakistaní en diciembre de 1971 en Daca, Khulna, Sylhet y Brahmanbaria, ha sido enormemente exagerado en la historiografía de Bangladesh, presentado como intento de exterminar a toda la intelectualidad bengalí para así probar que hubo un «genocidio».[95]

Esas cifras de mortalidad, relativamente bajas, encuentran cierta confirmación en testimonios anecdóticos de que la mayor parte de los servidores civiles siguieron lealmente en sus cargos después del ataque militar de marzo de 1971, y en su mayor parte continuaron sirviendo después al gobierno de Mujib. Ochocientos servidores civiles fueron aprisionados en la cárcel central de Daca en algún momento del conflicto. Mil funcionarios fueron traídos de Pakistán occidental en un periodo de seis meses para remplazar a bengalíes, lo que probablemente sumó menos de 1% del servicio civil de la provincia.[96] Algunos han asegurado que «musulmanes de clase media» entre los bengalíes, en general, se mantuvieron «apartados» del conflicto de 1971.[97]

Aunque fueron mayores las pérdidas de la Liga Awami, tampoco justifican las afirmaciones de aniquilación sistemática. Una junta investigadora del gobierno de Bangladesh anunció en abril de 1972 que habían muerto 17 000 miembros de la Liga Awami.[98] A mediados de junio de 1971 las autoridades pakistaníes clasificaron a los partidarios de la liga como «blancos» (es decir, limpios), «grises» (que perdieron sus empleos y podrían ir a prisión) o «negros» (que había que matar).[99] La Liga Awami tenía fama de ser un partido de masas no particularmente bien organizado; aparte de entre unos 2 000 y 10 000 funcionarios pagados,[100] parece probable que el partido tuviese al menos 200 000 miembros (dado que tenía estructuras organizacionales en 80% de los 4 000 *sindicatos* y, según un líder del partido, miembros en casi cada una de las 70 000 aldeas).[101] Esto significaría que pereció menos de 10% de los miembros de la Liga. También podemos inferir que murió cerca de 10% de la jefatura del partido. Un diplomático australiano informó

en marzo de 1972 que había oído decir que «no habían reaparecido sólo 15 o 20 de los 167 miembros [de la Liga Awami] de la Asamblea Nacional», y lo mismo es válido acerca de los miembros de la Asamblea Provinciana.[102] Muchos miembros importantes del partido y hasta de nivel intermedio habían huido pronto a la India, por lo que el partido fue acusado de no aportar ningún liderazgo en la lucha por la independencia. Sin ayuda de la policía bengalí, el ejército pakistaní (excepto en Pabna, donde fueron asesinados 100 líderes políticos e intelectuales en los cuatro primeros días), en general por desconocimiento del lugar, no pudo descubrir y arrestar incluso a los más destacados miembros del parlamento, pese a que se habían marcado algunas casas. La mayoría escapó.[103] A comienzos de julio de 1971 casi dos tercios de los miembros de la Asamblea Nacional y Provincial parecen haber estado en el extranjero, pues prestaron juramento a la victoria de Bangladesh en la India, donde sólo 15 o 16 fueron mencionados en Daca.[104] (En comparación, en septiembre de 1975, después de un golpe de Estado, hambre y violencia política interna, casi la mitad de los miembros de la Liga Awami de la Asamblea Nacional habían sido «asesinados o [estaban] en prisión o escondidos».)[105] Aunque claramente reveladores de un terrorismo criminal, estos índices de muerte no parecen indicar que los militares pakistaníes intentaran asesinar a todos los miembros de la Liga Awami o a la intelectualidad en general.[106]

Las bajas entre las formaciones armadas bengalíes fueron mucho mayores en 1971. Se ha afirmado que sólo 3 000 de 6 000 miembros bengalíes del Regimiento de Bengala Oriental y 8 000 de 14 000 de los Fusileros de Pakistán Oriental sobrevivieron sólo en el combate inicial. Muchos fueron asesinados la primera noche.[107] En enero de 1972, A. Rahim, subinspector general de policía, informó que 12 000 policías habían sido muertos: según diversas versiones, entre 24 y 40% del total.[108] Dado que el ejército pakistaní mató a muchos soldados y policías bengalíes después de ser capturados, ésta fue una

clara violación de las leyes de humanidad. Sin embargo, las pérdidas entre la policía auxiliar *Ansar* al parecer fueron mucho menores; hoy se ha dado la cifra de 644 oficiales, policías y otro tipo de personal —probablemente menos de 3%— de una fuerza que contaba con decenas de miles.

El secretario general de la Federación Budista del Sudeste de Asia, Dhaumaviriyo, afirmó que habían sido asesinados 5 000 budistas (cerca de 1.2% de los budistas en Pakistán Oriental; la mayor parte vivía en las Colinas de Chittagong). Al llegar mayo se informó que 100 000 budistas de la zona de Chittagong habían huido a la India.[109] Más de 20 000 empleados de los servicios públicos como el correo, los ferrocarriles, los bancos y organizaciones semigubernamentales perdieron la vida.[110]

Si hemos de creer en los datos citados, el número de víctimas del terror contra todos estos grupos unidos fue de cerca de 65 000. Sin datos de los campos, donde vivía entre el 93 y el 95% de la población del Pakistán Oriental y donde en 1971 ocurrió la mayor parte de las matanzas, es imposible establecer una cifra total razonablemente confiable de las muertes. Sin embargo, un estudio de la población, efectuado a largo plazo en el *thana* (policía del distrito) de Matlab, en el distrito de Comilla (muestra: cerca de 112 000 personas), indica que, en comparación con los de finales de la década de 1960, el índice bruto de muertes aumentó por 6/1 000, de 15 a 21, desde mayo de 1971 hasta abril de 1972.[111] Otro estudio de una muestra de 38 366 personas por todos los distritos de Bangladesh confirmó casi exactamente este aumento del índice de muertes en 1971-1972.[112] Proyectado a una población de 75 millones, esto parece indicar otras 450 000 muertes.[113] No obstante, pese a las operaciones del ejército en la zona, en especial después de junio de 1971, en el *thana* de Matlab probablemente la mayoría de las muertes fue causada por carencias y enfermedad: de otras 868 muertes ocurridas en 1971-1972, 571 fueron de niños (60% de niñas), 230 personas de más de

45 años (dos tercios de ellos, varones) y hubo un exceso de 44[114] muertes de hombres entre los 15 y los 44 años.[115] Por lo tanto, relativamente pocos asesinatos ordenados por el ejército debieron de ocurrir en el *thana* de Matlab, pues los hombres en edad de tomar las armas fueron sus principales blancos. Por consiguiente, aunque esta zona no sea representativa de todo Bangladesh, los datos sí muestran que la privación y el hambre mataron a una proporción mayor de quienes fallecieron durante el conflicto. En términos generales, el ejército pakistaní no organizó la desaparición total de ningún grupo, salvo el de combatientes armados, y es muy improbable que las muertes de 1971 superaran el millón de personas.[116]

LOS REFUGIADOS

Las autoridades, los estudiosos de la India y los trabajadores de ayuda exterior y visitantes recopilaron toda una variedad de informes sobre la corriente de refugiados que nos permite tener algunos atisbos más profundos de lo que ocurrió en Pakistán Oriental. Los que huyendo de allí atravesaron la frontera fueron registrados de acuerdo con la Ley de Extranjeros en la India de 1946: su estancia fue considerada temporal; no se les permitió trabajar (muchos violaron esta ley), pero se les daban raciones alimentarias si se registraban y no salían de un campamento para refugiados.[117] Según cifras oficiales de la India, el número de refugiados llegó a 9.89 millones a mediados de diciembre de 1971.[118] La mayoría de los observadores extranjeros (incluso los de la CIA) consideraron precisos estos datos, pero no encontraron una forma confiable de comprobarlos.[119] Dado que las autoridades indias carecían de personal suficiente para vigilar toda la frontera con Pakistán Oriental, la cifra de 3.1 millones de quienes se dijo que vivían con parientes o amigos (especialmente en Bengala Occidental)[120] hasta

cierto punto es discutible; las cifras de la población en campamentos para refugiados parecen ser fidedignas. Ésta fue una de las huidas más grandes de la historia.

En contraste, el gobierno pakistaní reconoció oficialmente que hubo dos millones de refugiados, y la historia semioficial del conflicto reconoce 2.8 millones.[121] Extraoficialmente, el general Rao Farman Ali admitió que hubo seis millones de refugiados; el presidente Yahya Khan, menos de cuatro millones, y la administración del distrito Jessore, pro pakistaní, 500 000, o sea 20% de la población de esa zona.[122] La gran publicidad dada a los campamentos de recepción de quienes retornaban no ayudó a las autoridades pakistaníes a traer de vuelta a un gran número de refugiados. Pakistán afirmó que regresaron 200 000 (30% hindúes); observadores extranjeros hicieron un cálculo muy inferior. Y aun de acuerdo con las cifras pakistaníes, 90% de los refugiados se negó a retornar bajo su régimen.[123]

Los datos de que se dispone nos permiten especificar quiénes se vieron obligados a huir de Pakistán Oriental. Entre 70 y 90% de todos los refugiados era hindú, según diversos informes.[124] Sólo al principio la mayoría había sido de musulmanes, y su porcentaje de quienes cruzaron la frontera a la India volvió a aumentar ligeramente en el otoño de 1971. Su proporción en el estado indio de Tripura, al que llegaron muchos nacionalistas musulmanes desde Daca y Comilla, se mantuvo en 50% en agosto.[125] Pero en términos generales, esto significa que un asombroso porcentaje de 70 a 90% de todos los hindúes de Pakistán Oriental huyó del país, pero menos de 5% de todos los musulmanes. En los campamentos de refugiados, la mayoría procedía de familias de granjeros, de aparceros sin tierra, de artesanos rurales, de pescadores y de pequeños comerciantes: estas tres últimas ocupaciones generalmente eran desempeñadas por hindúes. Se calculó que 1.5 millones procedían de las ciudades.[126] Casi todos los trabajadores hindúes del té, del distrito de Sylhet,

salieron con sus familias: en total, 280 000 personas.[127] Sin embargo, la mayoría de los varones hindúes no estaba dispuesta a empuñar las armas contra los pakistaníes; 80% o más de las fuerzas de Mukti Bahini acantonadas en la India era de musulmanes, entre ellos muchos de clase media urbana, sobre todo estudiantes.[128] Había más varones adultos que mujeres entre los refugiados, aunque su bajo número hace pensar que muchos hijos de estas familias se quedaron atrás, con parientes, vecinos o amigos.[129] Algunos hombres enviaron dinero de regreso, a través de la frontera, a sus familias.[130]

La mayoría de los pakistaníes del este —que en su mayor parte llegaban del occidente de la Bengala oriental—[131] buscaron refugio en Bengala occidental (7.49 millones). Allí se dispersaron sobre unos cuantos distritos: más de la mitad llegó del noroeste de Pakistán Oriental a los distritos del Dinajpur occidental, Cooch Behar, Malda, Darjeeling y Jaljaipuri. Sin embargo, otro 40% se quedó en los distritos de 24-Parganas y Nadia (casi todos venían de los distritos de Khulna, Jessore, Kushtia, Faridpur y Barisal); otros se fueron a la cercana Calcuta. Cerca de 1.4 millones de pakistaníes orientales huyeron a Tripura y 700 000 a Meghalaya.[132]

La mayoría de los refugiados (una vez más, predominantemente hindúes) fueron expulsados por operaciones militares pakistaníes en los campos, de abril a junio de 1971; dos tercios (6.4 millones) habían salido a finales de junio de Pakistán Oriental, y más de nueve millones a finales de septiembre.[133] De las zonas rurales donde los jefes militares locales impusieron una política de ocupación menos cruenta o de las zonas costeras a las que no había llegado el ejército, huyeron muchas menos personas que en otros lugares (por ejemplo, de los distritos de Bogra y Patuakhali, «tan sólo» 100 000 y 10 000 personas, respectivamente, huyeron al exterior).[134] Los refugiados a menudo se presentaban en tropel: 300 000 entraron a Tripura en la tercera y la cuarta semanas de abril, desde los distritos de Comilla, Sylhet y Noakhali. La mayoría de los 1.2 millones de personas que

huyeron al distrito de Nadia, a Bengala Occidental, llegando de los distritos de Kushtia y, en segundo lugar, de Faridpur, tardaron entre 10 y 15 días en atravesar la frontera. A finales de julio se informó que otra muchedumbre hasta de 500 000 refugiados se aproximaba a la frontera, procedente de los distritos de Faridpur y Barisal.[135] Un estudio local de Chchianobboi Gram describe las decisiones que se tomaron para el éxodo colectivo de 96 aldeas. Sus integrantes formaron una columna de 14 kilómetros de largo, y sus rutas y paradas fueron bien organizadas por dirigentes hindúes en vista de los repetidos ataques a los bordes de la zona y la declarada incapacidad de los vecinos musulmanes para ofrecer protección.[136] La huida de las ciudades se efectuó en forma aún más caótica. Miedo y peligro acompañaron a los refugiados hasta la frontera. Hileras de refugiados o individuos aislados fueron atacadas por tropas pakistaníes, particularmente en el cruce de los ríos. Se dijo que 400 fueron asesinados en Chuadanga, distrito de Kushtia. Algunos observadores vieron a muchos refugiados con heridas de bala o de bayoneta.[137]

En los primeros días, los refugiados en su mayoría eran musulmanes.[138] Los primeros llegaron al estado de Tripura el 26 o 27 de marzo, al parecer de la zona de Comilla, y a Shillong, Meghalaya. La primera ministra de la India, Gandhi, anunció el 27 de marzo que la India mantendría sus fronteras abiertas a todos los refugiados.[139] Sin embargo, entre los primeros que llegaron a la India hubo un número considerable de no bengalíes perseguidos por bengalíes, e incluso algunos soldados pakistaníes no bengalíes.[140]

El número que declararon las autoridades de Bangladesh de los internamente desplazados —20 millones—[141] parece sumamente exagerado.[142] No cabe duda de que inicialmente o después, gran número de habitantes de las ciudades de Daca, Chittagong, Jessore, Khulna y poblados más pequeños huyeron a los campos.[143] No se sabe cuántos habitantes de la campiña hicieron lo mismo. Se dice

que hubo altas proporciones de refugiados procedentes de los distritos de Pabna, Bogra, Rajshahi, Daca y Noakhali.[144] Hubo enormes concentraciones de refugiados hindúes en las remotas zonas costeras del sur, donde no operaba el ejército pakistaní.[145] Millares atestaron las zonas fronterizas que el ejército pakistaní no había vuelto a ocupar aún.[146] En cifras que varían desde unas cuantas docenas hasta miles, la mayoría de los guarecidos en misiones cristianas eran refugiados hindúes.[147] Poco se sabe del destino del gran número que se quedó con parientes, amigos o, incluso, sin refugio, y que quedó expuesto a enfermedades, hambre y ataques.

Las autoridades indias hicieron lo que la mayoría de los observadores extranjeros describió como una excelente labor de subvenir a las necesidades básicas del torrente de refugiados,[148] en especial con alimentos y atención médica. La sanidad y el asilo siguieron siendo los mayores problemas. Por eso fueron escasas las muertes por inanición, mientras que las enfermedades gastroentéricas y respiratorias cobraron un mayor número de vidas.[149] Se informó de unas 15 000 muertes, sobre todo de niños.[150] Una epidemia de cólera cobró cerca de 6 000 vidas de refugiados (lo cual, sin embargo, era similar al habitual número de muertes por cólera dentro de Pakistán Oriental, aunque en otra época).[151] Noticias de la epidemia redujeron la llegada de refugiados a comienzos de junio de 1971.[152] Además, misioneros y periodistas hablaron de miles de refugiados que murieron de agotamiento durante la marcha, o de niños pequeños abandonados a los lados del camino.[153]

Previendo que la corriente de refugiados produciría toda una gama de complejos conflictos sociales, el gobierno de India declaró categóricamente, desde el comienzo, que los bengalíes orientales tendrían que retornar a sus casas en cuanto las condiciones lo permitieran.[154] Los problemas reales causados por los exiliados

incluyeron una inflación de los precios de los alimentos; envidia de parte de las poblaciones locales (porque se dijo que los refugiados estaban siendo mejor abastecidos); problemas de finanzas públicas; competencia por los empleos y caída de los salarios rurales; reacciones hostiles de los musulmanes de Bengala Occidental que apoyaban a Pakistán o que consideraron socavada su posición en India, y una propaganda antimusulmana o antibengalí, por ejemplo en Assam.[155] En Tripura, en algunos distritos de Bengala Occidental y en Meghalaya, el número de refugiados pudo equipararse al de la población normal.[156] Para el gobierno de India, el costo de 1 100 millones de dólares fue una grave carga, que requirió cortes a otros presupuestos y retardó el crecimiento económico nacional; la ayuda exterior solo cubría una pequeña porción.[157] Por consiguiente, después de la victoria indobengalí del 16 de diciembre, las autoridades indias casi inmediatamente ejercieron presión sobre los refugiados para que retornaran, y les ofrecieron algo de dinero, alimentos y mantas para el viaje de regreso a casa (a un costo de más de 300 millones de dólares). Esto vino a engrosar un tropel de refugiados, de regreso, que abrumó a la nueva administración de Bangladesh. Para el 6 de enero de 1972, un millón de exiliados ya había vuelto y, para finales de enero, de seis a ocho millones; hacia finales de febrero, más de nueve millones. El momento no sólo fue elegido por consideraciones de la política de India. Después de investigar el estado de sus propiedades muchos campesinos se apresuraron a volver, especialmente porque la mejor temporada para plantar para la cosecha de arroz, que era la más importante del año (Aman), terminaba en enero.[158] Muchas personas sin hogar atiborraron Daca y otras ciudades, y 2 500 murieron en una epidemia de viruela en los campamentos de recepción, que muchos de todas maneras trataban de evitar.[159] Y todos entraron a un país que había cambiado enormemente.

La lucha por la independencia de Bangladesh —apoyada en muchas versiones de la violencia ocurrida en 1971, diseñadas con ese propósito— estuvo dominada por partes de la burguesía y la pequeña burguesía urbanas bengalíes. Inmediatamente después de la derrota de Pakistán y aun en los recuerdos de los sobrevivientes, publicados décadas después, la mayor parte de los relatos eran de varones urbanos musulmanes y describían el destino de la clase media urbana: una pequeña minoría de víctimas. Por consiguiente, y también por lo que ya he descrito acerca del destino de la intelectualidad urbana, abreviaré esta parte sobre la violencia en las zonas urbanas, aun cuando las pérdidas, en términos relativos, fueron mayores ahí que en las zonas rurales.

Así, en Daca el 26 y el 27 de marzo, el ejército pakistaní atacó barrios hindúes, mercados y a los moradores de miserables suburbios hindúes y musulmanes de quienes se dijo que eran ardientes partidarios de la Liga Awami. Los militares asesinaron gente, saquearon tiendas e incendiaron casas o manzanas enteras. Esto hizo que el centro de ciudades como Kushtia pareciera «la mañana después de un ataque nuclear».[160] Después se colocaron letreros oficiales: «El gobierno está limpiando las zonas miserables y las remplazará con mercados modernos».[161] Tanta brutalidad, a menudo ejercida en cuanto el ejército había recuperado el dominio de un poblado, como en Rajshahi y Comilla,[162] desencadenó muchedumbres enteras de refugiados. De este modo, muchos asentamientos urbanos habían perdido más de la mitad de su población para mediados de 1971.[163]

Aunque retornaron algunos de los que habían huido presas del pánico, las matanzas continuaron en muchos lugares como parte de la campaña de terror del ejército pakistaní. Personas detenidas en pueblos o llevadas allí después de ser aprehendidas por los militares en aldeas cercanas, a menudo con ayuda de paramilitares del lugar,

fueron conducidas a improvisados lugares de detención, interrogación, tortura, violación y asesinato. En especial, zonas de puertos fluviales se convirtieron en auténticos mataderos, en los que se apuñalaba o se les disparaba a grupos de hombres que después eran arrojados al agua, casi siempre amarrados unos a otros para que no pudieran sobrevivir.[164] Otras víctimas eran llevadas en camiones o autobuses a cuarteles o a edificios públicos, como oficinas de correo, de teléfonos, estaciones de radio o de energía, o de escuelas, y allí eran masacradas.[165] En muchos lugares alejados de todo pueblo, también se descubrieron mataderos al parecer empleados durante meses.[166]

LOS CAMPOS

Cerca de 93% de la población de Pakistán Oriental vivía en zonas rurales. Fue allí donde ocurrió la mayor parte de la violencia, lo cual hizo que, a la postre, muchos se volvieran separatistas.[167] Sin embargo, debido a la falta de levantamiento e investigación de datos oficiales, casi todo lo que tenemos son testimonios anecdóticos. Así puede verse que los militares pakistaníes siguieron la política de expulsar y matar selectivamente a hindúes, intimidando a la población con horrible brutalidad, y destruyendo asentamientos cerca de las vías de comunicaciones importantes y, menos sistemáticamente, cerca de la frontera.

La guerra contra las guerrillas a menudo evoluciona en procesos que duran años (véase el capítulo IV). En los breves nueve meses de este conflicto, la estrategia militar pakistaní siguió siendo bastante primitiva. Se valió de la fuerza bruta. La presencia militar en los campos fue muy limitada, debido al escaso número de tropas, muchas de las cuales se concentraron en Daca, en otras pocas ciudades y en las zonas fronterizas. Mientras tanto, el ejército operaba esporádicamente, sobre todo por medio de pequeñas

unidades, en incursiones súbitas.[168] Al llegar diciembre de 1971, había cerca de 50 000 hombres armados de las tropas regulares y 45 000 auxiliares; al llegar abril parece haber habido 34 000 regulares (lo que daba una fuerza combativa de 23 000).[169]

Estas tropas fueron lanzadas contra una población rural que en general no estaba haciendo nada contra el régimen pakistaní, aunque muchos habían votado por la Liga Awami.[170] De hecho, la base de la Liga Awami, principalmente urbana, y los insurgentes fueron criticados por no movilizar a los habitantes de los campos. [171]

Nadie parece haber perfeccionado más la estrategia del ejército en los campos que el teniente general Niazi, quien fue puesto al frente del Comando del Este el 11 de abril de 1971 (el gobernador y administrador de la Ley Marcial, Tikka Khan ha quedado, en el recuerdo, con mayor infamia aún en la historiografía enfocada en la opresión urbana, no en la violencia en los campos; el propio Niazi echó la culpa a Tikka Khan).[172] A su llegada, Niazi creó una arriesgada y rápida estrategia de ataque, «sin preocuparse por los flancos y la retaguardia, avanzó con múltiples columnas hacia las fronteras y bloqueó las rutas de refuerzos y de retirada» de los que luchaban por la independencia (estrategia que fue aplicada a finales de abril). Luego planeó, en la fase dos, abrir los ríos, carreteras y vías férreas esenciales (lo cual logró a finales de abril o comienzos de mayo); en la fase tres, limpió todos los poblados, y en la fase cuatro, «peinó» finalmente los campos.[173] Así, Niazi cumplió con la tarea de asegurarse el dominio «especialmente de las líneas de comunicación y en los poblados grandes, y ayudar a la administración civil a enfrentarse a las actividades de los insurgentes en el interior del país» con objeto de «resolver la compleja e intrincada y “confusa” situación en Pakistán Oriental».[174]

Esta estrategia explica el impresionante engrosamiento de las hordas de refugiados desde finales de abril de 1971 (los que luchaban por la independencia se vieron obligados a cambiar a tácticas de

guerrilla). Las tropas de Niazi no pudieron controlar una frontera de 1 700 kilómetros, pero sí crearon el pánico entre los campesinos. Lo que ocurrió puede verse en la pauta de destrucción de edificios. Por una parte, edificios y aldeas a lo largo de los principales caminos fueron sistemáticamente incendiados, como pudieron ver muchos observadores, especialmente hasta antes de mayo. Esta táctica ya parecía haber sido profilácticamente aplicada a finales de marzo y comienzos de abril por la tropa del brigadier Arbab, supuestamente por órdenes de Tikka Khan, según el general de división Mitha. También se dijo que Arbab ordenó a un comandante de batallón «destruir todas las casas en [el poblado de] Jodevpur», orden que fue cumplida casi íntegramente.[175] En segundo lugar, al ocurrir un ataque de guerrilleros (a menudo, en carreteras o puentes), el ejército habitualmente atacaba las aldeas vecinas como represalia.[176] La Orden 148 de la Ley Marcial del 24 de abril de 1971 llegó a decir públicamente: «Los habitantes de la zona circundante de cualquier lugar o lugares afectados [líneas de tráfico o de comunicación destruidas] se verán sujetos colectivamente a una acción punitiva».[177] Lo mismo pudo ocurrir a lo largo de ríos o cerca de poblados durante la reconquista.[178] En tercer lugar, debido a los frecuentes combates y la violencia preventiva ejercida por tropas pakistaníes, fueron devastadas muchas casas y asentamientos en la cercanía de la frontera. Con base en un reconocimiento aéreo, personal de la Operación de Ayuda de la ONU en Daca (UNROD) —notando que era muy exagerada la cifra de 10 millones de hogares destruidos, declarada por las autoridades de Bangladesh— calculó que había sido destruido el 30% de todas las casas en una franja de 15 kilómetros a lo largo de la frontera (1.16 millones), 20% a lo largo de los ríos, vías férreas y caminos principales (350 000), pero relativamente pocas en el resto de los campos (1%, o sea, 50 000).[179] Donde más enconada fue la destrucción fue al oeste del río Jamuna, de Dinajpur a Khulna.[180]

Sobrevivientes y observadores a menudo consideraron que esta destrucción se hacía al azar.[181] Aunque la indisciplina desempeñó un papel importante, los soldados del Pakistán occidental en Pakistán Oriental habían demostrado su capacidad de mantener la disciplina durante casi todo marzo de 1971, a pesar de que carecieron de abastecimiento mientras estuvieron prácticamente sitiados.[182] Órdenes, tácticas y circunstancias explican casi toda la brutalidad del ejército en los campos, junto con actitudes chauvinistas. Los soldados tenían «órdenes de disparar a ciegas en casas ocupadas, de incendiar aldeas enteras y de matar a los ocupantes mientras huían», con objeto de quebrantar toda resistencia.[183] Estas operaciones fueron llamadas de «matar y quemar» por el ejército.[184] Con su escaso personal, los militares pakistaníes avanzaban por las carreteras, rara vez entre ellas; sin helicópteros, solían llegar por tierra y eran fácilmente detectados por los aldeanos; asimismo, dadas sus escasas fuerzas, eran casi siempre incapaces de rodear los asentamientos. Por ello, la mayoría de los habitantes lograba huir, según dijeron los aldeanos. Con frecuencia, las tropas reunían a quienes se habían quedado, intentaban identificar a los varones hindúes y a los partidarios de los insurgentes, y los mataban. Tales operaciones se efectuaron desde abril hasta el fin del conflicto, como lo han reconocido incluso fuentes pakistaníes.[185] Por ejemplo, en la semana que siguió al 14 de mayo de 1971, militares y auxiliares locales destruyeron 26 aldeas 40 kilómetros al norte de Daca, la mayoría de ellas hindúes; buscaron a Mukti Bahini; dispararon contra civiles que huían; raptaron muchachas, e incendiaron hogares, desatando una verdadera oleada de refugiados. En Baira, 49 personas murieron, 174 hogares quedaron destruidos totalmente y 86 parcialmente, y 500 toneladas de arroz fueron robadas o quemadas. En julio y agosto también se prendió fuego a aldeas cristianas.[186] En ocasiones, la matanza llegó más lejos, como en Demra, cerca de Dacc, donde según se dijo todos los hombres entre

12 y 35 o 40 años fueron asesinados, y violadas todas las mujeres. En ocasiones, todos los hombres fueron fusilados. No hubo una pauta uniforme, a veces las órdenes cambiaban durante una misma operación.[187]

LA PERSECUCIÓN DE LOS HINDÚES

Como lo muestra claramente el número de refugiados, los 10 a 11 millones de hindúes del país fueron víctimas especiales de la violencia en el conflicto del Pakistán Oriental.[188] Esta victimización no careció de precedentes. Al parecer, en Bengala habían estallado motines comunales entre musulmanes e hindúes desde 1918. Aunque la violencia durante la partición de Bengala fue menos severa que en el Punjab y Cachemira, repetidas matanzas entre 1946 y 1950, y la abolición del sistema de *zamindari* entre 1947 y 1951 hicieron emigrar a dos millones de hindúes a la India, incluyendo a gran parte de la clase superior y de los servidores públicos. La primera masacre de hindúes en Bengala Oriental fuera de las ciudades ocurrió en 1950. Otra oleada de violencia antihindú siguió en 1964; hubo arrestos y expropiaciones en masa durante la guerra de 1965 entre la India y Pakistán. Entre 1947 y la década de 1960, cerca de cuatro millones de hindúes salieron del país.[189] Tan sólo Bengala Occidental recibió de Pakistán Oriental a 248 158 hindúes en 1970.[190] Las comunidades hindúes que se quedaron eran principalmente de artesanos, pescadores y pequeños campesinos. En comparación con otros aldeanos, los hindúes solían estar mejor educados, tenían empleos independientes o eran patrones, en la gama de ingresos medios.[191] Sentimientos hostiles hacia los hindúes eran muy comunes aun entre izquierdistas urbanos bengalíes.[192] En 1971 la persecución de los hindúes en Pakistán Oriental se transformó, pero ya desde antes había ocurrido violencia en masa contra ellos, y su represión tampoco terminó ese año.

Durante el conflicto algunos oficiales pakistaníes trataron de «eliminar a todos los sospechosos de colaboradores, especialmente hindúes». Anthony Mascarenhas cita al comandante Rathore, oficial de la 9ª División de Infantería, en Comilla, en abril de 1971, quien dijo que los hindúes, según se suponía, colectivamente habían dañado a Pakistán: «Ahora, so pretexto de la lucha tenemos una excelente oportunidad de acabar con ellos [...] Desde luego [...] sólo estamos matando a varones hindúes. Somos soldados, no cobardes como los rebeldes». El coronel Naim, de la misma división, aseguró que los hindúes habían «degenerado a las masas musulmanas» y «desangrado la provincia» al llevarse, de contrabando, dinero y bienes a la India. La cultura bengalí se había vuelto en gran parte una cultura hindú: «Tenemos que identificarlos para devolver la tierra al pueblo».[193] También se dijo que los hindúes habían corrompido a la Liga Awami. En la zona de Jessore, rumores de que unos hindúes habían matado a no bengalíes provocó la ira de éstos, pero también de bengalíes religiosos.[194] Soldados pakistaníes más de una vez se jactaron ante el cónsul de los Estados Unidos, Archer Blood, de haber llegado «a matar hindúes».[195] Expulsar a los hindúes parecía ser una medida útil para muchos propósitos: para debilitar la cultura bengalí, disminuir la influencia india, rebajar la posición de los residuos de las élites hindúes, reclutar colaboradores para permitirles compartir el botín y recuperar el apoyo de los musulmanes conservadores. Sin embargo, como medio de derrotar al nacionalismo bengalí y garantizar la unidad pakistaní, la persecución de los hindúes resultó ineficaz.

Se ha afirmado que el ejército pakistaní deseaba expulsar sistemáticamente a los hindúes para reducir Pakistán Oriental a una paridad de población con Pakistán Occidental.[196] Aunque no hay ninguna corroboración de esta meta a largo plazo, sí hay pruebas de que los militares intentaron expulsar a la mayoría de los hindúes mediante una política de terror, como lo indica el destino de muchos

refugiados.[197] Personal de la Embajada de los Estados Unidos en Islamabad, en abril y mayo, también observó este cambio y la intensificación de la propaganda oficial antihindú, aun cuando, por lo demás, se mostrara renuente a reconocer los daños causados por el gobierno pakistaní.[198] El hecho de que Niazi, por su súbito ataque antiinsurgencia con columnas armadas hacia las fronteras y el siguiente «peinado» del país en abril y mayo, intentara expulsar a los hindúes puede inferirse por sus propios escritos; deseaba difundir «pánico», y afirma que después sugirió al cuerpo de oficiales del ejército atacar a India, una vez más para «crear el pánico entre los civiles» en Calcuta por medio de bombardeos y haciendo estallar puentes y hundir barcos.[199] Los asesinatos ocurridos durante la expulsión de los hindúes fueron bien vistos, al parecer, por los jefes del ejército. Según reveló una investigación pakistaní, Niazi, visitando sus tropas en las zonas de Thakargaon y Bogra, preguntó a una unidad cuántos hindúes había matado. En mayo, el brigadier Abdullah Malik, de la Brigada 23, emitió una orden escrita de matar hindúes.[200] En Sathkira, entre Barisal y Khulna, un testigo oyó a un oficial gritar a sus hombres durante la reconquista del poblado, el 8 de abril: «¿Por qué han matado a musulmanes *[sic]*? Les ordenamos matar sólo a hindúes».[201] Al llegar el 14 de mayo, el Consulado de los Estados Unidos en Daca informó que unidades del ejército habían entrado en las aldeas preguntando dónde vivían hindúes, y que asesinar a varones hindúes se había vuelto una «pauta común», mientras que mataban a pocos o ningunos niños ni mujeres. En cuanto a las rápidas operaciones expedicionarias, los registros de población, si los hubo, fueron de muy poco valor. Miembros de *razakars* bengalíes o del Comité de Paz ayudaron a descubrir a hindúes en Faridpur, pintando una gran «H» en las casas propiedad de hindúes (para protegerse los musulmanes pintaban «casa musulmana» en las suyas). A menudo, varones hindúes también eran identificados por no estar circuncidados.[202] A veces, los

militares también masacraron a mujeres hindúes.[203] Las zonas en que no hubo hindúes muertos parecen haber sido excepciones.[204]

El asesinato sistemático de varones hindúes en las ciudades había comenzado en las primeras 24 horas del ataque; a menudo, no bengalíes identificaban los barrios hindúes para las tropas.[205] Por ejemplo, se hizo una búsqueda sistemática en los hospitales. Las masacres continuaron hasta diciembre de 1971.[206] Pero otras fuentes indican que no hubo una pauta clara, sino que el trato fue variado, desde palizas, robos, conversiones forzosas, trabajos forzados y negativa de autorizaciones de trabajo o raciones alimentarias, hasta fusilamientos.[207]

En estas condiciones no es de sorprender que virtualmente todos los hindúes abandonaran muchas zonas. De esta manera, la mayoría logró escapar de la muerte o de una vida que se les habría vuelto intolerable. Por ejemplo, el Comité Investigador de Bangladesh declaró en 1972 que «casi 20 000» pescadores —ocupación muy común entre los hindúes— habían sido asesinados (en comparación con 46 000 pescadores de tierra adentro muertos en el ciclón de 1970), mientras que un millón de personas de familias de pescadores fueron directa o indirectamente afectadas por la destrucción de su propiedad (lo cual indica que la mayoría de los pescadores sobrevivieron). Un millón de tejedores se encontraron sin empleo en 1972, «principalmente hindúes».[208]

En las aldeas, los hindúes vivían en *paras* (asentamientos) distintas que los musulmanes, o bien eran segregados dentro de la misma *para* para que fuese fácil descubrirlos o identificarlos. La falta de integración social entre musulmanes e hindúes también puede verse en el hecho de que parecen haber existido muy pocas relaciones íntimas, muy pocas invitaciones a bodas mutuas o siquiera amistades.[209]

Indicadores de la participación activa de musulmanes locales en la persecución de los hindúes son las conversiones forzosas al islam

durante el conflicto de 1971, como ya había sido común durante los pogromos de 1950.[210] En 1971 de los supuestos millones de conversiones al islam, algunas se hicieron como reacción a los ataques del ejército pakistaní; otras se debieron a un ultimátum de dirigentes locales musulmanes, o a palizas y robos por los *razakars*. Después de la guerra, la mayoría de los hindúes se des-convirtieron.[211] En otras partes, los varones hindúes se dejaron crecer la barba para ser autorizados a viajar.[212] Muchos hindúes también buscaron protección en el cristianismo, pero algunos misioneros de los Estados Unidos no autorizaron las conversiones rápidas, encontrando

> maravillosas oportunidades de explicar que una persona no se vuelve cristiana firmando un papel o una lista de pertenencia, o ni siquiera por el bautismo o pertenencia a una iglesia; que el verdadero cristianismo implica un acto de fe porque una persona reconoce que es incapaz de salvarse por sí misma y acepta la gracia divina de la salvación. Algunos escuchaban, otros tenían demasiada prisa para recibir en las manos ese papel inestimable.[213]

La prisa era comprensible, ya que esta fraternal instrucción probablemente costó algunas vidas de hindúes, pese a los esfuerzos de los misioneros en su auxilio.

La recepción de los refugiados hindúes que regresaron a comienzos de 1972 ha sido descrita como una «bienvenida con alfombra roja».[214] De ser así, no duró mucho. En los años y décadas siguientes muchos hindúes salieron del país porque pronto volvió a evolucionar un ambiente hostil, y sus pérdidas materiales de 1971 no fueron suficientemente compensadas,[215] aunque después de 1971 se volvió más difícil cruzar la frontera, al ser levantada una cerca de alambre de púas y ponerse mayores controles en la frontera entre Bangladesh e India. A comienzos de 1975 se otorgaban cerca de 500 visas diarias a hindúes, y se esperaba que la mayoría de los solicitantes se quedara en India.[216] A finales del decenio de 1970

volvieron a ser frecuentes las conversiones forzadas de hindúes o los raptos de muchachas que rechazaban el islam.[217]

En contraste, la minoría cristiana, de cerca de 200 000 en Pakistán Oriental, no sufrió una persecución uniforme en 1971. En algunas regiones los cristianos locales gozaron de relativa inmunidad, aun cuando ésta pudo haber sido exagerada por cronistas misioneros que hicieron relatos convenientes a la propagación de su fe. En otras zonas hubo cristianos muertos.[218] En los alrededores de Daca, el ejército destruyó aldeas cristianas y mató a centenares, a veces, al parecer, porque sus asentamientos estaban muy cerca de la vía férrea; cerca de Faridpur, familias cristianas se mantuvieron ocultas durante mayo de 1971; pero ocasionalmente, y en diversas partes del país, familias cristianas aisladas fueron víctimas de la violencia del ejército.[219] Después del conflicto, muchos bautistas fueron desplazados o muertos; muchas cartas de cursos de la Biblia por correspondencia fueron devueltas con el mensaje «No se encontró al destinatario».[220] Al parecer, no se repitieron los hechos de 1964, cuando (junto con la persecución de los hindúes) miembros de la tribu garo de la zona de Mymensingh —20 000 católicos y 15 000 bautistas— fueron obligados a huir a Assam, y durante su fuga les dispararon tropas bengalíes y paramilitares, o fueron amenazados con ser saqueados, y las mujeres raptadas.[221] Pero un tercio de todos los cristianos de la zona de Ballabpur, cerca de Nadia, distrito de Dinajpur, que ascendían a «varios miles», huyó hacia India en abril de 1971, después de que la soldadesca había violado o asesinado a muchas mujeres.[222]

LA VIOLENCIA DE LOS NO BENGALÍES Y EN CONTRA DE ELLOS

Un examen del destino de las minorías no bengalíes aclara que los ataques físicos en Pakistán Oriental en 1971 tuvieron mucho que ver

con una pugna entre élites. En esta sección analizaremos básicamente dos: los pakistaníes occidentales que se quedaron en el este de Bengala como oficiales y soldados, funcionarios públicos u hombres de negocios, cada uno con sus familias; y los llamados biharíes, musulmanes de habla urdu, emigrados de la India que se habían ido a Pakistán Oriental durante o después de la partición en 1947 (a menudo, desde Bihar), y que en su mayor parte vivían en asentamientos separados de zonas urbanas y ocupaban puestos en la burocracia y en los negocios, y formaban gran parte de la fuerza laboral industrial.[223] Los biharíes solían tener prejuicios contra los bengalíes, a los que consideraban atrasados y rústicos, mientras que algunos bengalíes veían a los «biharíes» como «parásitos» y aliados o protegidos del gobierno central en el oeste.[224]

Según muchas narraciones bengalíes, los no bengalíes civiles formaban una gran parte de la milicia auxiliar pro pakistaní, ocupaban muchos puestos administrativos, incluso en entidades extraoficiales, denunciaban bengalíes ante los militares, practicaban la tortura y el asesinato directamente en pequeños grupos o por violencia en masa, y se apoderaban de posesiones bengalíes.[225] Aunque estos relatos acaso fueran exagerados, muchos pudieron ser corroborados por tratarse de observadores independientes.

A pesar de todo, muchos estudiosos han aprovechado estos acontecimientos para menospreciar, marginar o hasta justificar la violencia contra no bengalíes, o para borrar el recuerdo de atrocidades contra ellos, de las que ya hemos informado. Desde luego, la magnitud de estos ataques es discutida (como el número de biharíes en general).[226] Autoridades pakistaníes afirmaron que fueron asesinados 100 000 no bengalíes, aunque el «Papel Blanco» pakistaní de agosto de 1971 especificó la matanza de «tan sólo» unos 64 000, y al llegar el mes de abril se habían encontrado 20 000 cadáveres.[227] En junio, representantes biharíes aseguraron que habían muerto 500 000 víctimas, y más adelante un periodista

pakistaní declaró que eran más de un millón.[228] Fuentes bengalíes reconocieron, en privado o en público, la muerte de «unos cuantos miles», hasta 30 000 o 40 000 no bengalíes.[229] Analistas y observadores internacionales han hecho estimaciones de entre 20 000 y 200 000; el cónsul de los Estados Unidos calculó que podían ser 66 000.[230]

La época exacta en que ocurrieron esas matanzas nos revela su motivación. Gran parte de esta violencia no ocurrió antes del 25 de marzo, en contra de las afirmaciones de Pakistán que sirvieron para justificar el ataque militar.[231] Después del 1º de marzo se propagaron el incendio y el saqueo contra «biharíes» en las ciudades. Sin embargo, para ese mismo periodo el «Papel Blanco» pakistaní reportó en realidad que las muertes de no bengalíes eran «tan sólo» centenares, describiendo los motines de Chittagong del 3 y 4 de marzo —a saber, en las colonias Ferozeshah y Wireless, dos vecindarios «biharíes»— como los peores, que probablemente dejaron varios cientos de muertos; mientras que 57 fueron asesinados en Khulna el 5 de marzo.[232] Chittagong demuestra que una parte de esta violencia fue recíproca, cometida por bandas y grupos de ambos lados; unos bengalíes entraron agresivamente en barrios de «biharíes», para obligarlos a participar en la huelga general, fueron repelidos y entonces incendiaron muchos edificios. Entonces, soldados pakistaníes occidentales incendiaron casas de bengalíes.[233] Las autoridades pakistaníes también alegaron que el 3 de marzo muchos fueron muertos en un pogromo antibiharí en Rangpur. El ex general Rao Farman Ali declaró que antes del 25 de marzo 800 no bengalíes, incluidos mujeres y niños, habían sido asesinados en Saidpur.[234] También extranjeros observaron tales incidentes.[235] Mujib y el popular izquierdista Maulana Bhashani solicitaron detener los ataques contra no bengalíes: Mujib, primero, el 1º de marzo, y luego, en una apelación del 3 de marzo, pidiendo proteger las vidas y propiedades de todos los habitantes de Pakistán

Oriental cualesquiera que fuesen su etnia y su religión.[236] Sin embargo, después de una pausa, inmediatamente antes del asalto militar, comenzaron serios ataques de bengalíes contra no bengalíes en Saidpur, Daca y Chittagong, donde el ejército parece haber prevenido temporalmente un contrataque por no bengalíes. Mujib condenó los motines contra no bengalíes en Rangpur, Saidpur, Jodevpur y Chittagong, arguyendo que los «no locales [...] son nuestro pueblo».[237]

Tales arremetidas por grandes multitudes enfurecidas o por pequeñas bandas organizadas —ambas ocurrieron por igual, con variadas transiciones—[238] aumentaron considerablemente después de la ofensiva del ejército, y por doquier durante gran parte de abril y mientras los militares no pudieron controlar la situación. Hombres «biharíes» especialmente fueron muertos a tiros o apuñalados en el lugar o secuestrados en grupos y llevados a mataderos, donde a veces también mujeres jóvenes fueron mantenidas cautivas y asesinadas algunas. El «Papel Blanco» pakistaní afirmó que 15 000 no bengalíes fueron muertos en Santahar, distrito de Bogra (allí, informantes bengalíes hablaron de 6 000 víctimas), 10 000 a 12 000 en Chittagong a finales de marzo, casi 5 000 en Jessore el 29 y 30 de marzo, 5 000 en el poblado de Dinajpur entre el 28 de marzo y el 1º de abril, y 5 000 en Mymensingh, del 17 al 20 de abril (allí, el cónsul de los Estados Unidos, Blood, puso la cifra de 500 a 2 000).[239] En Khulna, Lalmonirhat, Kushtia y Chittagong parecen haber ocurrido motines en los que hubo ataques de ambos bandos a finales de marzo o ya en abril.[240] Especialmente instalaciones y barriadas de ferroviarios, así como fábricas, se convirtieron en campos de batalla. En tales lugares ya habían ocurrido motines comunales durante las décadas de 1950 y 1960, y la inquietud de los sindicatos que en la primera mitad del decenio de 1970 había agravado las tensiones. Ahora, los conflictos se enconaron, los grupos opuestos levantaron barricadas, y todas las negociaciones fallaron, ocasionando matanzas

recíprocas en las cuales también fueron víctimas ciertos empresarios biharíes. Después, los militares pakistaníes cometieron asesinatos en represalia.[241] Ésta es una razón por la que funcionarios del sindicato y del gobierno de Bangladesh informaron después que había sido muerta una proporción excepcionalmente alta de trabajadores.[242]

Algunos observadores subrayaron el encono de la violencia también contra mujeres y niños no bengalíes, aunque no hubiese una pauta clara: en algunos casos todos los varones fueron asesinados; en otros, también mujeres y niños, y en otros más hubo pocas muertes.[243] Revelando el afán homicida, el superintendente de policía en Jhenida, quien señaló la explotación semicolonial de bengalíes, afirmó, en una declaración de prensa en abril: «Estos canallas punjabíes y estos canallas biharíes... ¡tenemos muchos que matar!» En mayo, el alcalde bengalí Osman Choudhury dijo a un periodista: «Si agarramos a un biharí, lo mataremos. Estamos buscando en las casas y matándolos [...] porque son espías y se han puesto del lado del Pakistán Occidental».[244] El papel de la Liga Awami en tales atrocidades fue ambivalente: algunos funcionarios pedían moderación o protección mientras otros organizaban matanzas.[245] Misioneros cristianos tomaron bajo su custodia a familias no bengalíes. A comienzos de abril periodistas extranjeros también presenciaron matanzas de no bengalíes.[246] Cuando no bengalíes sobrevivientes de las masacres de Mymensingh encabezaron un motín contra bengalíes en el barrio de Mirpur en Daca, matando a 50, y los «biharíes» trataron de llegar al centro de la ciudad, el ejército pakistaní impidió que lo lograran y mató a tiros a varios de ellos.[247]

Desde antes del 25 de marzo, cuando numerosos empresarios y familias del personal militar de Pakistán Occidental salían de la provincia, a veces eran robados en retenes de la Liga Awami de camino al aeropuerto de Daca. Los refugiados atiborraron el acantonamiento de Daca.[248] En abril, la oleada de atrocidades movió

a otros no bengalíes a huir de las provincias hacia Daca, y a algunos, más lejos, hasta el Pakistán Occidental, o directamente a la India. Una azafata informó haber visto «mutilados y heridos» a mujeres y niños biharíes, al parecer perturbados por sus aterradoras experiencias.[249]

Tropas pakistaníes de antecedentes no bengalíes también cayeron víctimas de la ira de combatientes o civiles bengalíes, a menudo muertas a hachazos o despedazadas cuando trataban de abrirse paso a tiros. Se tomaron pocos prisioneros o ninguno. De los destacamentos del ejército en Pabna (300 hombres) y Kushtia (150), quedaron pocos sobrevivientes.[250] A las órdenes del líder insurgente y después presidente Ziaur Rahman, el octavo batallón bengalí mató a sus prisioneros pakistaníes del oeste en venganza por el asesinato de soldados bengalíes a manos de tropas pakistaníes en Chittagong a finales de marzo. Un capitán no bengalí que trató de unirse a los insurgentes fue rechazado por Ziaur, antes de ser asesinado: «No se te está juzgando como soldado sino como miembro de una raza hostil y de una nación traidora. ¡En verdad lo siento!»[251] Es posible que Ziaur haya ordenado incluso el asesinato de las esposas e hijos de los soldados pakistaníes; según declaró un informador a Mascarenhas, había dicho a sus tropas acerca de las mujeres: «Hagan lo que quieran con ellas», y en sus discursos hubo pasajes como el siguiente: «También los que hablan urdu son nuestros enemigos porque apoyan al ejército pakistaní. Los aplastaremos».[252] Hordas mataron a familias del personal militar en Kaptai, y tropas bengalíes, bajo diferente mando, hicieron lo mismo en Jodevpur, Mymensingh, Hilli y Sylhet.[253] Después, hubo más incidentes de civiles bengalíes masacrando a soldados pakistaníes heridos o capturados.[254] Además, entre mayo y noviembre, de 3 000 a 5 000 miembros del Comité de Paz, *razakars* o sus parientes, fueron también asesinados o heridos.[255] Todo esto es testimonio de la brutalidad de los ataques

contra diferentes tipos de no bengalíes, así como de la diversidad de quienes los cometieron.

Durante e inmediatamente después de la guerra de diciembre de 1971 siguió otra oleada de violencia vengativa contra civiles no bengalíes como supuestos colaboradores de los pakistaníes, junto con bengalíes sospechosos de ser paramilitares o miembros del Comité de Paz. El gobernador Malik advirtió al gobierno pakistaní de «miles de elementos pro Pakistán que están siendo asesinados».[256] El gobierno de la India asumió la responsabilidad de salvaguardar a las fuerzas militares y paramilitares pakistaníes, y a los civiles no bengalíes,[257] pero no pudo dominar completamente la situación. Funcionarios pakistaníes sostuvieron que se dio muerte a miles de no bengalíes.[258] Un informe de la ONU enviado desde el distrito de Mymensingh menciona un número aún mayor de víctimas, y afirma que 25% de los hasta entonces más de 187 000 bengalíes que habían retornado «reciben 100% de la última cosecha, porque fue guardada por colaboradores que, por consiguiente, han sido asesinados».[259]

Unos periodistas informaron que una unidad de Mukti Bahini de 165 hombres afirmó haber matado, en Jessore, a 500 o 600 *razakars* y pakistaníes (dos combatientes, tan sólo, afirmaron haber matado a 37 y 25, respectivamente). «Muchas» familias enteras en el poblado y sus alrededores fueron asesinadas en un «frenesí de violencia» que, según el analista Partha Mukherji, valió una «alentadora» bienvenida a los refugiados hindúes que retornaron. Entre Chittagong y Malumghat, fueron muertos 28 «hombres de negocios biharíes» y tribales.[260] Participantes en los asesinatos por venganza recordaron tal acción en Shibchar, en el distrito de Faridpur y en otros lugares.[261] En Chittagong ocurrió una horrenda matanza en masa de muchos centenares de no bengalíes (hombres y muchachos, pero también cierto número de mujeres, asesinados al grito de «¡Acabaremos con su raza!»), inmediatamente antes de la llegada de las tropas indias, que rescataron a los sobrevivientes.[262] Cerca de

300 hombres descritos como «soldados biharíes» —posiblemente auxiliares— fueron masacrados y arrojados al río por atacantes desconocidos en el muelle de Golando, cerca de Faridpur.[263] Existen informes de familias enteras asesinadas, de desapariciones y de escuadrones de fusilamiento en acción.[264] Los asesinatos de Daca comenzaron la noche siguiente a la caída de la ciudad, cuando bandas de jóvenes bengalíes armados empezaron a penetrar en las casas de vecindarios no bengalíes, saqueando y raptando a mujeres jóvenes. Durante días, estas bandas dispararon a no bengalíes o los estrangularon, los mataron a golpes o los apuñalaron en un matadero cerca de un río en Ati.[265] Mukti Bahini arrestó gente por su propia autoridad; de algunas víctimas nunca se volvió a oír; entre las personas oficialmente detenidas se encontraron muchos profesores, médicos, hombres de negocios o ex funcionarios. Algunos se refugiaron con sus familias en el conjunto militar de Daca y fueron protegidos por el ejército indio, que se negó a entregarlos a los de Bangladesh.[266] En la capital, cuatro hombres fueron muertos a cuchilladas durante el clímax de una reunión pública en un estadio, convocada por el jefe de guerrilleros Kader Siddiqui. Esas escenas y otras fueron exhibidas en la televisión británica o de Alemania Occidental. Hechos similares ocurrieron en Khulna.[267]

Con menor intensidad, la persecución se prolongó durante años. A finales de enero de 1972, docenas de soldados no bengalíes y bangladesíes fueron muertos cuando los últimos atacaron a Mirpur y Mohammedpur, vecindarios no bengalíes de Daca. Se dijo que varios centenares fueron asesinados en Khulna, en marzo, y en Daca en mayo.[268] La falta de alimentos y de agua, de asilo y de sanidad en los campamentos para refugiados creó una situación desesperada.[269] En 1979 Oxfam recibió información creíble de que 8 000 niños habían muerto «innecesariamente» en los campamentos para refugiados; afirmaciones similares se habían hecho en 1975-1976.[270] Las tripulaciones de aviones de Alemania Oriental, que transportaron a 6

978 «biharíes» de Bangladesh a Pakistán en 1973, informaron que éstos se encontraban en «condición física extremadamente mala», incluyendo casos de tuberculosis, disentería, viruela y lepra. A algunos hubo que llevarlos en brazos a abordar los aviones.[271] Cerca de medio millón de «biharíes» adoptaron la ciudadanía bangladesí. De los demás, de 126 941 a 193 590 emigraron a Pakistán entre 1973 y 2002, mientras que, para 1992, no menos de 238 093 se habían quedado en 66 campamentos. La mayoría vivió en las zonas de Daca y de Saidpur. Pese a cierta mejora entre 1975 y 1977, cuando se permitió a muchos biharíes volver a trabajar, por órdenes del gobierno conservador, en 1997 casi la mitad tenía dudas sobre si podría integrarse a la sociedad bangladesí.[272]

Aunque muchos hombres no bengalíes sirvieron de instrumento en el terror pakistaní, y algunos cometieron asesinatos en sus propias milicias locales, los «biharíes» también fueron víctimas de violencia de masas. Centenares de ellos fueron asesinados entre el 1º y el 22 de marzo de 1971; decenas de miles, a finales de marzo y en abril (acaso tantos como bengalíes, por el ejército pakistaní durante ese periodo), miles en diciembre y cientos a comienzos de 1972. Las grandes masacres contra «biharíes» se cometieron después del asalto del ejército pakistaní, pero antes de que los militares pakistaníes formaran fuerzas auxiliares en grandes números. Esta secuencia significa que ni el asalto militar puede justificarse por los pogromos de bengalíes contra no bengalíes, como se afirmó en Pakistán, ni pudieron los más grandes pogromos antibiharíes justificarse por la acción de *razakars* «biharíes», como lo han afirmado muchos bangladesíes. Sea como fuere, dejando aparte el enfrentamiento entre el gobierno central y pakistaníes orientales, un conflicto entre grupos sociales dentro de la provincia del Pakistán Oriental fue exacerbado cuando los partidos se formaron, cada vez más por razones étnicas. Sin embargo, esto se complicó, asimismo, con cuestiones de clase, y las élites bengalí y biharí compitieron por el liderazgo. En cuestión de mortalidad, los no bengalíes estuvieron

entre los grupos más afectados en Pakistán Oriental/Bangladesh y muchos sobrevivientes perdieron para siempre una posición social aventajada, que habían tratado de fortalecer con ayuda del ejército. La violencia contra no bengalíes (y la de ellos) contribuyó al hecho de que las zonas urbanas se convirtieran en campos de batalla, con índices de mortalidad especialmente altos durante el conflicto de 1971.

LAS VIOLACIONES

El conflicto por la independencia de Bangladesh también se hizo notorio por las violaciones contra mujeres cometidas por tropas pakistaníes. De hecho, aunque grandes abusos sexuales ocurrieron en todos los casos relatados en este libro, su nivel en Pakistán Oriental parece ser excepcional. Toda investigación de las violaciones se vio obstaculizada por problemas de fuente especialmente graves, y la mía no puede pretender ser completa, porque sólo en idioma bengalí se encuentra cierto material importante. A lo que tiende esta sección es a colocar las violaciones en masa ocurridas en Bangladesh en un marco más general, con objeto de mostrar que la victimización de mujeres también tuvo mucho que ver con actitudes y prácticas más generales en la sociedad pakistaní y bengalí.

Como de costumbre, el número de violaciones es extremadamente difícil de determinar. Sobre una base individual, las víctimas de abuso sexual y sus familias se muestran sumamente renuentes a dar información, pero la supuesta violación en masa también es un tema importante de la propaganda sobre atrocidades. Por consiguiente, la violación a menudo es a la vez poco declarada y exagerada. Aun cuando exista un registro oficial de las víctimas, no se puede aspirar a la precisión; en Bangladesh éste fue, en el mejor de los casos, fragmentario. No hay manera de comprobar el número oficial bangladesí de 200 000 mujeres que fueron víctimas de abuso sexual durante el conflicto por la independencia, o la cifra hasta de

400 000.[273] Por entonces, los funcionarios consideraron creíbles 200 000 casos, porque eso significaba que menos de cuatro mujeres habían sido violadas en cada una de las 62 000 aldeas.[274] Los informes de la investigación de 1972 de los distritos sumaron casi 80 000 casos de «mujeres violadas», de los cuales casi una cuarta parte se concentró en los distritos de Daca y Comilla sumados. Según otra fuente, los distritos del noroeste de Dinajpur y de Bogra fueron los más gravemente afectados.[275]

A menudo, violaciones por bandas enteras ocurrieron en público. A veces, esto incluyó el asesinato de parientes varones o de niños pequeños que estorbaban a los soldados en la comisión de su delito.[276] Las quejas presentadas a las Autoridades de la Ley Marcial sólo podían conducir a más violaciones y destrucción.[277] Mujeres de todas las edades y posiciones sociales, urbanas y rurales, fueron atacadas, pero no está claro en qué proporciones. La afirmación de que 80% eran musulmanas[278] no tiene una base sólida. Después de la guerra, activistas hindúes acusaron al gobierno de Bangladesh de no haber ayudado a los hindúes a encontrar a sus mujeres secuestradas y convertidas por la fuerza.[279]

Las violaciones comenzaron desde la primera noche del asalto, con el ataque a Rokeya Hall en la Universidad de Daca, y continuaron hasta los últimos días de la guerra. Los primeros incidentes fueron lo bastante graves para ser mencionados en una orden de parar, por Niazi, del 15 de abril, cuatro días después de que tomó el mando del Este, quien advirtió que «esto puede rebotar contra sus propias mujeres».[280] (Aunque reconociendo su orden de moderarse, la Comisión Hamoodur declaró que «al mismo tiempo hay ciertas pruebas de que las palabras y acciones personales del teniente general Niazi fueron bien calculadas para alentar los asesinatos y las violaciones».)[281]

En muchos casos, las mujeres fueron mantenidas cautivas como esclavas sexuales durante meses, sobre todo en cuarteles militares o

en campos de concentración.[282] En julio circularon relatos de que un médico se había negado a efectuar abortos a cerca de 500 mujeres, conservadas prisioneras en una base del ejército en Daca.[283] En una entrevista de marzo de 1972, Niazi declaró que la cifra era «sólo» de 50, negando la cantidad de 250.[284] Obviamente, esas mujeres no pudieron ser retenidas sin el conocimiento y, por lo tanto, sin el apoyo de los comandantes.[285] Lo mismo puede decirse de su traslado grupal en camiones del ejército.[286] Otras víctimas fueron mantenidas cautivas de los soldados o de *razakars* en fábricas, campamentos o burdeles.[287] El comandante indio, general Aurora, dijo que sus hombres liberaron de instalaciones del ejército a cerca de 100 mujeres. Al llegar el 25 de diciembre de 1971, se dijo que 4 000 mujeres habían sido «recuperadas»: tan sólo en Daca, 300 en una semana, y otras 300 en Chittagong. La mayoría tenía entre 14 y 30 años.[288]

En el debate acerca de los motivos de las violaciones en masa, algunos han afirmado que las tropas pakistaníes trataron de preñar a mujeres bengalíes para hacer que el país volviera a quedar bajo su firme control. Según se dijo, Tikka Khan dio órdenes en este sentido.[289] Un oficial pakistaní confirmó la existencia de tales consideraciones diciendo que otro oficial, no especificado, pensó que «una imagen masculina convencería a otros de la "potencia" de su mando», con base en su «teoría favorita sobre la necesidad de cambiar la integración genética de los bengalíes, sustituyendo la "traición" por subordinación. Propuso abiertamente estas opiniones, sin reservas», y parece haber tenido ciertos seguidores quienes, según se dijo, fueron contenidos por ser oficiales responsables.[290] Se afirmó que un soldado pakistaní, saliendo del cuartel de Daca después de la derrota en diciembre de 1971, gritó: «¡Nos vamos, pero dejamos nuestras semillas!»[291] Sin embargo, algunos acontecimientos parecen indicar que no todas las violaciones sirvieron a este propósito: según el ejército pakistaní, los hindúes

debían ser excluidos de la urdimbre social de Pakistán Oriental; sin embargo, soldados y otros hombres violaron a mujeres hindúes. Las frecuentes violaciones tras las cuales fueron asesinadas las víctimas, o durante las cuales fueron gravemente heridas o mutiladas, no apoyan la teoría del embarazo.[292] Un importante oficial pakistaní declaró a la Comisión Hamoodur: «Los soldados solían decir que si el comandante (teniente general Niazi) era un violador *[sic],* ¿cómo podía detenerlos?»[293] Si esta declaración, registrada oficialmente por los pakistaníes, resulta condenatoria, también revela misoginia, racismo y tolerancia a la violencia, en lugar de una bien organizada política de embarazar a las mujeres.

Las violaciones también pudieron servir como medio de terror para acelerar la expulsión de minorías religiosas o culturales durante el periodo posterior a 1971[294] o antes. También sirvieron, obviamente, para humillar a los hombres incapaces de proteger a las mujeres de su familia; como en otros casos de violencia en masa, los varones bengalíes a su vez fueron «feminizados» en opinión de los pakistaníes occidentales, quienes refiriéndose a los habituales *lungi* en Bengala solían decir: «En el este [...] los hombres llevan las faldas y las mujeres los pantalones. En el oeste, las cosas son como deben ser».[295] Otros han citado acciones desesperadas de soldados pakistaníes aislados en los campos, quienes «se convirtieron en saqueadores y gánsters».[296] El ejemplo de Pakistán Oriental muestra que la explicación monocausal no incluye las causas de las violaciones.

Susan Brownmiller ha negado las tesis de la fecundación y de la violación como medio de terror, dando a entender que la opresión universal de los hombres sobre las mujeres fue la raíz del problema, y que esta ofensiva se asemejó a otras situaciones de guerra.[297] Por muy hegemónico que pueda ser el patriarcado, no podemos comprender sus articulaciones específicas sin un contexto específico: las restricciones particularmente rígidas y la baja posición social en

que las mujeres de Bangladesh se veían obligadas a vivir en una sociedad patrilineal. Las muchachas son consideradas una carga porque sus propias familias tienen que pagar su dote y no valen mucho como inversión, ya que al casarse tendrán que irse de la familia. En la familia de sus maridos a menudo son tratadas como criadas (en especial por sus suegras, que ven que se está perdiendo su propia relación con su hijo, con la consiguiente falta de prestigio), hasta que dan a luz un hijo.[298] Unas reglas de herencia que discriminan brutalmente a las mujeres refuerzan este efecto.[299] Bangladesh es uno de los pocos países donde las mujeres tienen una esperanza de vida menor que los hombres (salvo en el caso de hambrunas).[300]

Estas restricciones hicieron que después de la guerra muchas familias se negaran a recibir a sus miembros mujeres, consideradas como «deshonradas» por el abuso sexual, ya fuese por sus propias actitudes o por temor a la reputación de la familia en la comunidad aldeana.[301] Este rechazo ya había comenzado en los campamentos de refugiados en India, donde cerca de 500 víctimas de violaciones tuvieron que ser albergadas por separado; en 1992 tres mujeres testigos en un tribunal contra Gholam Azam que declararon haber sido violadas en 1971, al regresar todavía tuvieron que padecer humillaciones.[302] De poco sirvió un programa gubernamental de recuperación y simpatía, promovido en 1972 por el gobierno, en que a las víctimas de violaciones se les llamaba *biranganas* (heroínas de guerra). La campaña oficial «hay que casarlas» fracasó por falta de candidatos varones y por las excesivas demandas de los voluntarios, que iban «desde un auto japonés último modelo, pintado de rojo, hasta la publicación de poemas inéditos».[303] Un gran número de mujeres y muchachas violadas fueron asesinadas por sus propios parientes, en especial por sus maridos.[304] Otras huyeron a Pakistán o se suicidaron.[305]

En esta atmósfera de temor, humillación, desesperación y represión, millares de víctimas de violación embarazadas abortaron. Se han mencionado cálculos de entre 25 000 y 150 000 abortos; esta última cifra probablemente sea exagerada. A menudo, los recién nacidos eran asesinados, algunos de ellos por enfermeras que los arrojaban a botes de basura.[306] Pero la política secundaria de los centros de rehabilitación (si no parecía posible un aborto) consistía en apartar a los niños de sus madres, por la fuerza de ser necesario, y hacerlos adoptar en el extranjero. Mujib favoreció esta práctica: «No quiero esa sangre contaminada *[sic]* en este país».[307]

Su observación no sólo fue racista, sino que, según se demostró, también perdió de vista que el problema no se limitaba a las violaciones por soldados pakistaníes de ocupación. El hecho de que en 1971 se hubiesen cometido muchas violaciones por bengalíes, como lo confirmaron víctimas y testigos bengalíes, siguió siendo tabú durante décadas y sólo durante la década de 1990 llegó a ser tema de debate en Bangladesh. Estas violaciones incluyeron el ya conocido abuso sexual de mujeres bengalíes por auxiliares *razakars,*[308] pero también por muchos hombres bengalíes adversos al régimen pakistaní.[309] Con tan lamentables recuerdos, es fácil comprender por qué las declaraciones de más de 5 000 «mujeres reprimidas por la guerra» fueron destruidas después del asesinato de Mujib en 1975 y la toma del poder por el régimen conservador de Ziaur Rahman.[310] Además, los Mukti Bahini, luchadores por la independencia, especialmente en Daca poco después de la victoria, violaron a mujeres no bengalíes.[311] Hombres armados también «raptaron a mujeres y las obligaron a entrar "en matrimonios a punta de fusil"».[312] Antes, en las semanas que siguieron al ataque del ejército en marzo, violaciones en masa de mujeres no bengalíes por hombres bengalíes parecen haber sido frecuentes y a veces públicas, a menudo seguidas por asesinatos.[313] La violación colectiva ya había sido algo frecuente en los motines contra los hindúes, de 1946 a 1964.[314]

Después de 1971 la violencia contra las mujeres se volvió más común. Su expresión más aterradora fueron los frecuentes ataques con ácido contra las mujeres durante los decenios de 1980 y 1990, por lo general contra solteras por negarse a casarse o a tener relaciones sexuales, pero también hubo ataques con ácidos o insecticidas dentro de las familias contra las novias, o violencia contra mujeres que estuviesen en custodia de la policía.[315] Algunos activistas afirman que «la violencia contra las mujeres rebasó todos los límites de edad, educación, clase, casta y religión», y que la violencia doméstica es «casi rutinaria» en Bangladesh.[316] Hoy, se calcula que 15 000 menores bangladesíes, por lo general niñas, anualmente son secuestradas, vendidas a la India o atraídas allí con algún pretexto, donde son adoptadas o explotadas como obreras o prostitutas.[317]

No cabe la menor duda de que las tropas pakistaníes cometieron gran violencia sexual en 1971. Esto puede atribuirse a ciertas ideas acerca de cambiar la constitución genética de la Bengala Oriental o de expulsar a los hindúes, pero, sobre todo, a la lujuria, al racismo colonial en contra de los bengalíes en general, al deseo de humillar a hombres y mujeres de Bengala, y al simple sadismo. La participación militar revela cierto grado de organización, pero no un propósito claro. Las violaciones en masa de Bangladesh en 1971 no se basaron simplemente en política o intención del Estado, sino que fueron producto de una sociedad extremadamente violenta, que incluye una mucho más larga historia de violencia abierta contra las mujeres en el este de Bengala, con corrientes subterráneas de dos culturas de desprecio y subestimación de las mujeres (pakistaníes del oeste y el este). La crisis social de 1971 produjo una descomposición de normas, ética y control social en general; la protección que podían dar a las mujeres sus familias, las comunidades y la policía disminuyó radicalmente, así como el cuidado que les daban los hombres, debido a su fuga, expulsión o arresto, que los separó de ellas. Todo esto hizo que mujeres de distintos antecedentes quedaran inseguras y vulnerables a los ataques de toda una variedad de

hombres. Ningún relato ha demostrado esto de manera más escandalosa que el de Ferdousi Priyobashinee, quien —después de que su novio y sus parientes habían salido de Khulna— se volvió presa fácil de un colega suyo, luego del administrador de una fábrica, luego de un hombre de negocios (en su mayor parte, no bengalíes) y por último de varios oficiales y suboficiales pakistaníes. Para librarse de mayor daño tuvo que volverse la amante de un oficial.[318]

En esta sociedad extremadamente violenta, muchas mujeres quedaron indefensas no sólo al ser violadas, sino también después.[319] A sus expensas se hizo una verdadera farsa de restablecer los valores «éticos», por la cual sus parientes aceptaban las normas de los perpetradores; su exclusión de toda solidaridad vino a aumentar la injusticia, hasta terminar, a menudo, en asesinato, suicidio o hambre. Ante el rápido cambio social, los hombres trataron de reforzar su predominio. A partir del decenio de 1980 la exclusión social y el empobrecimiento obligaron a más mujeres a buscar un trabajo asalariado y otros empleos que antes habían estado cerrados para ellas: este proceso ayudaría a poner en duda las funciones de cada género.[320]

REDISTRIBUCIÓN Y VIOLENCIA

La profunda crisis en que se hundió la sociedad de Bengala Oriental no puede apreciarse debidamente sin una breve descripción de los procesos de movilidad social, acumulación y redistribución que ocurrieron a principios del decenio de 1970. Éste fue un acontecimiento esencialmente de desarrollo, en el que también desempeñaron un papel las regulaciones del Estado. La Ley de Propiedad Enemiga de 1965 autorizaba la expropiación arbitraria de la propiedad de aquellos hindúes cuyos parientes habían huido hacia India, e impedía a los hindúes vender sus propiedades y hasta retirar dinero de sus cuentas bancarias.[321] Después de finales de marzo de

1971 estos edictos fueron aplicados con mayor fuerza. En julio, periodistas extranjeros dijeron que las propiedades hindúes habían sido catalogadas como «ajenas» o como «propiedad del enemigo», y ocasionalmente subastadas a partidarios de Pakistán. Funcionarios indios llegaron a decir que la administración pakistaní estaba destruyendo las escrituras de propiedad de las tierras de hindúes para perpetuar su emigración.[322] Anthony Mascarenhas resumió esta política pakistaní que tendía a restaurar la estabilidad política y que fue aplicada con «el mayor descaro»: «Cuando los hindúes hayan sido eliminados, por su muerte o fuga, su propiedad será utilizada como dorado atractivo para ganarse a la empobrecida clase media musulmana».[323] Muchas casas y tiendas propiedad de hindúes no fueron destruidas sino redistribuidas entre partidarios del gobierno (muchos de ellos no bengalíes) en las ciudades y miembros de partidos conservadores musulmanes en los campos.[324] Como lo recordó Shahabuddin Ahmad, gerente del Banco de Desarrollo Urbano de Daca, en 1971 numerosas circulares —algunas de ellas secretas— ordenaron la congelación de las cuentas de miembros de la Liga Awami y de sus supuestos partidarios.[325] Con no menor frecuencia, ciudadanos comunes tomaron las cosas en sus propias manos, como en el «Fondo de los Cinco» alrededor de Maulana Sayeedi en Pirojpur, que mandó saquear las propiedades de luchadores por la independencia y de hindúes, e hizo buen negocio vendiéndolas.[326] «La mayoría de los miembros del Comité de Paz eran buscadores de fortunas cuya única meta era compartir el saqueo y el botín», afirmó un historiador.[327] Entre tanto, empresarios del Pakistán Occidental continuaban vendiendo sus propiedades, mientras que algunos bengalíes seguían boicoteando los bienes de consumo no bengalíes.[328]

Hubo abundante espacio para la iniciativa privada al desmoronarse el orden público. El saqueo por los bengalíes había comenzado desde antes del 25 de marzo.[329] A finales de marzo y en

abril, hordas de bengalíes y tropas bengalíes en retirada se dedicaron al pillaje.[330] El saqueo por no bengalíes fue reconocido hasta por los propagandistas pakistaníes. Otros establecieron un «lucrativo negocio de protección».[331] Sin embargo, los bengalíes también acusaron a los «biharíes», cuando en realidad ellos mismos estaban saqueando las propiedades de hindúes.[332] El problema llegó hasta lo más alto del ejército pakistaní: el general Niazi cesó al brigadier Arbab por acusaciones de «saqueo y robo» y condenó la práctica de los comandantes que toleraban el saqueo generalizado y a los soldados que enviaban su botín al Pakistán Occidental,[333] que incluía «automóviles, refrigeradores y aparatos de aire acondicionado», así como hasta 233 000 rupias en efectivo por persona.[334] En las calles de Daca, soldados pakistaníes vendían relojes robados, televisores y radios, y esto significa que también había compradores.[335] Todo esto parece haberse originado por órdenes del alto mando, a finales de marzo de 1971, de vivir del territorio ocupado, tomar bienes sin el recibo debido y tratar a Bengala Oriental como «territorio enemigo».[336]

Auxiliares armados del gobierno pakistaní, en especial, estuvieron «abiertamente saqueando y aterrorizando a los aldeanos, al parecer sin ningún freno del ejército».[337] Guerrilleros maoístas robaban a los ricos, y mataron a algunos terratenientes y prestamistas, mientras bandas de criminales —a veces presentándose como libertadores— atacaban a la población en general, especialmente en las regiones que estaban fuera del control de los militares pakistaníes. A plena luz del día saqueaban casas.[338] Los aldeanos organizaban patrullas armadas contra los ataques de los bandidos.[339] Treinta minutos después de un ataque con *napalm* al bazar de Narsingdi, en el este de Daca, el 31 de marzo, unos testigos «vieron gente avanzando por el camino en carros de manos cargados con paquetes de tela. ¿Comerciantes? ¡No, saqueadores!»[340]

Todo esto ocurrió en un ambiente de violencia general, en el que distintos grupos de guerrilleros también lucharon entre sí,[341] ante el trasfondo de una muy reducida producción industrial, del comercio, el tráfico y la actividad portuaria, el cierre de escuelas, impuestos no recaudados, y el cese temporal de las operaciones bancarias en las ciudades y su cierre permanente en los campos. El ingreso de gran parte de la población no campesina de Pakistán Oriental se vio gravemente afectado, y el país quedó dividido en minieconomías aisladas.[342]

Habitualmente, las casas abandonadas por los refugiados fueron saqueadas cuando éstos acababan de irse. Pero algunos observadores notaron que, para empezar, fue la codicia la que hizo que musulmanes bengalíes tomaran parte en el terror contra los hindúes.[343] En la zona de Malumghat, en mayo, vecinos musulmanes, algunos de los cuales habían protegido antes a hindúes, no sólo saquearon las posesiones y el ganado abandonados, sino que también los persiguieron hasta sus escondites en la selva, con fines de chantaje, robo y violación.[344] A mediados de junio, el misionero Goedert escribió, asombrado, desde Baira, que de 26 aldeas devastadas en el área, «el ejército sólo destruyó cinco; las demás fueron saqueadas o destruidas por sus vecinos musulmanes. Los buenos musulmanes que trataron de contener a estos Judas se encontraron en aprietos». Unos sacerdotes católicos informaron de hechos similares en la región de Bondbari, distrito de Rajshahi, un área mixta en la que no había habido motines antihindúes durante 25 años.[345] En una aldea de la zona de Lalganj, los hindúes se vieron obligados a huir después de «quedar a merced de bandidos y saqueadores musulmanes». Unos vecinos musulmanes guardaron sus propiedades, pero su ganado, sus techos de lámina, sus huertos de bambú y hasta puertas, vigas o paredes, fueron saqueados, obviamente, por otros vecinos. En varias aldeas de los distritos de Bogra y de Rangpur, los hindúes huyeron bajo amenazas tanto del

ejército como de musulmanes del lugar; a su regreso, encontraron cortados y vendidos sus árboles frutales, contaminados sus pozos, robados sus telares, o sus casas «limpiadas» o quemadas.[346] En el distrito de Jessore, los hindúes notaron que había musulmanes favorables a ellos o dispuestos a ayudarlos.

> Sin embargo, los prófugos, sin excepción, no tenían la menor idea de cómo explicar la conducta de muchos vecinos bengalíes musulmanes con quienes siempre habían tenido relaciones cordiales, pero que se dedicaron al saqueo indiscriminado de todo lo que caía en sus manos, desde ganado hasta utensilios de cocina y cacharros de metal [...] Éste parecía haber sido un fenómeno universal.[347]

En su camino a la frontera, se siguió asaltando a los refugiados. Bandas de musulmanes que vivían cerca de las rutas de escape asaltaban a grupos o a personas aisladas en el camino o cuando pasaban por aldeas, del sudoeste hacia el nordeste y el sudeste del país. En Baghachera, el Comité de Paz exigió a los refugiados el pago de una rupia por el paso de cada persona, cinco por bicicleta y 10 por carreta de bueyes.[348] En cambio, tropas pakistaníes recurrieron a la extorsión mediante amenazas de violencia, incluso de violación, o bien exigiendo el rescate de los hombres o niños que tenían en su poder (del mismo modo, los presos a veces lograron, mediante soborno, salir de las cárceles).[349]

Los que retornaron hicieron intentos por recuperar su propiedad. Habitualmente, pronto lograban saber en qué manos había quedado. En el medio rural, la devolución de haberes móviles se logró sobre todo apelando a Mukti Bahini o a líderes musulmanes, quienes entonces exigían a los saqueadores devolver esos bienes. A veces, los saqueadores devolvían los bienes robados sin oposición a estos líderes comunitarios, y a veces los Mukti Bahini hacían presión para que devolvieran la propiedad. Sin embargo, la devolución de los bienes cayó a bajos niveles en cuanto el gobierno quitó el poder a los ex guerrilleros.[350]

A pesar de todo, muchas posesiones se perdieron y muchas casas quedaron destruidas (1.56 millones, según cálculos de la ONU). Lo que quedó fue, a menudo, tan sólo la tierra propiedad de una familia. La peor situación fue la de quienes no tenían tierras, porque no tenían nada que hipotecar o vender para comprar subsistencias.[351] Los funcionarios calcularon que 200 000 artesanos, tejedores y pescadores necesitaban nuevo equipo, así como otros 200 000 (en general pequeños) comerciantes.[352] Siguiendo la práctica establecida en los periodos de tensión política y durante el conflicto, los granjeros hindúes o bien vendieron sus tierras para poder emigrar (y tuvieron dificultades para recobrarla, si no tenían escrituras de propiedad, mientras que otros «pudieron acumular tierras a muy bajo precio»); o bien vecinos musulmanes ocuparon tierras hindúes y las utilizaron para unas cuantas cosechas, obteniendo así ganancias adicionales.[353] La pobreza rural y la codicia de tierras fueron poderosos incentivos para la ocupación rural; al día siguiente del ataque de la India a Pakistán Oriental, las autoridades pakistaníes orientales anunciaron que distribuirían 250 000 acres de «tierras del Estado» a los que carecieran de tierra.[354] En otros casos, gran parte de la tierra simplemente quedó en barbecho.[355] En el caso de los refugiados musulmanes se hizo habitual que el ocupante de la tierra compartiera la cosecha con el verdadero propietario al regresar éste, pero esto no fue muy claro en el caso de los hindúes, y no hubo nada que compartir cuando la tierra quedó en barbecho porque toda la comunidad se había ido. Habiendo sido destruidas hasta las casas de adobe y pudiendo obtener poco alimento de las aldeas vecinas, las familias se encontraron en la absoluta miseria.[356]

En muchos casos no se disputó la propiedad de la tierra a los refugiados una vez que retornaron.[357] *Jotedars* (terratenientes de mediana importancia) se habían adueñado de la tierra, pero en ciertas zonas fueron despojados de ella y hasta de la suya propia en unas «reformas agrarias» organizadas por grupos guerrilleros

izquierdistas; los *jotedars* la recuperaron después con ayuda de las autoridades bangladesíes, y cobraron sumas de 50 rupias por acre por las cosechas levantadas por los cultivadores temporales.[358] En 1971 también ocurrió en las Colinas de Chittagong que bengalíes musulmanes robaron tierras de las tribus, pero éstas no fueron devueltas. Según se informó, 80% de las aldeas habían sido saqueadas.[359]

La redistribución forzosa no terminó al acabar la guerra. En 1974, el Estado modificó las leyes de expropiación y su jurisdicción fue extendida de diversas maneras, permitiendo al gobierno bangladesí apoderarse de los negocios de quienes residían fuera del país o de ciudadanos extranjeros como propiedad del enemigo, lo que facilitó la disposición de sus haberes y sus tierras. Durante 1974, año de hambre y de frenética especulación, las confiscaciones afectaron la propiedad de los no bengalíes que acababan de reasentarse en Pakistán, y aún se estaban aplicando a los hindúes.[360] En 1972, el gobierno ya había anunciado la distribución de 468 000 acres a personas pobres y sin tierras, mientras subastaba «las tiendas y los establecimientos comerciales abandonados» (probablemente, los de no bengalíes), en lugar de nacionalizarlos, dando con ello una ventaja a la naciente burguesía.[361] Esto se basó en dos órdenes públicas de 1972 que permitían la confiscación de los haberes de quienes no estuvieran presentes en Bangladesh, no vivieran en su propiedad ni la administraran, y de todos los ciudadanos de un Estado «que se encontrara en guerra o que se dedicara a operaciones militares contra» Bangladesh, como lo estaban todos los pakistaníes. Los bengalíes (a saber, líderes de la Liga Awami y oficiales del ejército) se adueñaron hasta de la propiedad de no bengalíes que en 1970 habían votado por la Liga Awami, dando por resultado «caos, corrupción y saqueo».[362]

El «adueñarse de tierras [de biharíes] fue otra acción aprovechada» por los luchadores independentistas en los primeros

días de victoria en Daca, en diciembre de 1971, quienes actuaron sin órdenes. Los biharíes fueron obligados, a punta de pistola, a entregar o a firmar escrituras de sus casas (especialmente en los mejores vecindarios de Daca), fábricas o negocios.[363] Se informó que los bengalíes se apropiaron de 60 000 casas pertenecientes a no bengalíes. Al llegar 1977, muchos biharíes seguían teniendo dificultades para recuperar tales «propiedades abandonadas».[364] Además, la Orden de Colaboradores de Bangladesh (Tribunales Especiales) del 24 de enero de 1972 autorizó al gobierno a adueñarse de toda la propiedad de un «colaborador», al parecer incluso sin juicio alguno.[365]

Las tierras y las casas fueron haberes importantes para amasar riquezas durante el decenio de 1970, y además del poderoso sector público ya existente antes de 1971, bancos, comercio exterior, grandes industrias (generalmente en posesión de pakistaníes occidentales) y gran parte de los transportes fueron nacionalizados en 1972. Hasta 1973 también existió un límite a la inversión extranjera. Todo esto dio al gobierno el papel principal en la economía durante algunos años. La burguesía bangladesí pareció aprobar las pérdidas financieras del Estado en la industria durante un periodo de transición (casi como en Pakistán Occidental después de 1971). Gran parte de la pugna por la supremacía, el poder y la influencia no fue resultado de saqueo directo, sino que adoptó la forma de competencia por los altos puestos en el servicio civil y en la administración de compañías y comercio exterior nacionalizados.[366]

HAMBRUNAS

La violencia en masa de 1971 dio por resultado el desplazamiento, la pérdida de propiedad, los medios de subsistencia, la familia y otras redes sociales, y se relacionó con la corrupta acumulación de riquezas. En un proceso que duró varios años, esto causó

empobrecimiento y hambre masivos, que mataron a más que los asesinatos directos. En esta sección se describe este proceso, y se intenta mostrar la relación entre las hambrunas y la violencia en masa, las cuales tuvieron que ver, ambas, con una enorme redistribución de la propiedad. Muchos de los más afectados en las hambrunas habían sido refugiados en 1971.

Al principio pareció que, a pesar del ciclón y el terremoto de noviembre de 1970, durante la mayor parte de 1971 se había logrado evitar el hambre gracias a diversas circunstancias afortunadas: la excelente cosecha de arroz de Boro de abril y de mayo no fue afectada, como tampoco la cosecha de Aus en marzo y abril; la cosecha arrocera más importante, la de Aman de 1970, pudo ser llevada a distritos deficitarios, cuando fue necesario, antes del levantamiento; estuvieron llegando considerables importaciones de alimento, y la emigración en masa redujo la demanda.[367] Los precios de los alimentos parecen haber bajado al principio, y las marcadas alzas de mayo fueron simplemente temporales; al llegar agosto, los precios habían subido 20%, lo que era habitual en esa temporada. Y hasta bajaron considerablemente al llegar enero de 1972.[368] En junio y septiembre de 1971 se habló de acaparamiento, pero al parecer fue limitado.[369] La producción de arroz —que según se había previsto se reduciría en 30-35% o a dos millones de toneladas— se redujo tan sólo de 10 a 20%.[370] Se declaró que la existencia de cereales era de 778 000 toneladas para el 1º de marzo, y de sólo 451 000 toneladas el 1º de junio, pero al llegar el 1º de noviembre se hallaba de nuevo en el nivel relativamente tranquilizador de 650 000 toneladas.[371] Algunos han atribuido al hambre muchas de las muertes de 1971, pero el nuevo gobierno de Bangladesh calculó, con optimismo, que sólo 8 000 personas perecieron de hambre entre junio y octubre. Noticias de escasez de alimento llegaron particularmente de los distritos de Faridpur, Barisal y Jessore.[372] En diciembre de 1971, políticos como el primer ministro Tajuddin y el ministro de Alivio y

Rehabilitación, Kamruzzaman, negaron que hubiera una amenaza de hambre.[373] Y se equivocaron, así como los representantes de la ONU que afirmaron que se había conjurado el peligro de hambre.[374]

Como ya se dijo, los datos del *thana* Matlab así como datos seleccionados de todo Bangladesh indican un exceso de mortalidad en los campos de cerca de 500 000, especialmente entre niños y ancianos.[375] Sin embargo, no se sabe bien cuándo se llegó a esta cifra máxima. Según la UNROD, el hambre «nunca se materializó» en 1971, pero parece haber cobrado ímpetu a comienzos de 1972.[376] La distribución mensual de cifras de mortalidad en la zona de Matlab parece haberse basado en proyecciones (indicaron que el peor periodo fue de agosto de 1971 a enero de 1972).[377] Otras fuentes informativas señalan, en cambio, el comienzo de 1972 como la cúspide. A comienzos de abril, el gobierno declaró que había pasado «lo peor de la crisis alimentaria».[378] Pero en mayo de 1972, expertos internacionales observaron una enorme cantidad de niños con peso bajísimo; ese índice volvió a niveles casi normales en octubre.[379] Al llegar junio se agudizaron las críticas del pueblo al gobierno por los problemas alimentarios, la escasez aumentó y en septiembre hubo marchas y manifestaciones contra el hambre.[380]

Por desgracia, los datos estadísticos de Matlab y de otras partes no incluyeron detalles sobre la posición social de las personas. Pero se informó que quienes más sufrieron en el hambre de 1972 fueron los peones sin tierras, los refugiados desplazados, y los que habían vuelto, quienes a menudo no tenían ya casa: «La mayoría de las personas desposeídas tuvieron que vender, gradualmente, todas sus pertenencias, incluso la concesión de 100 rupias por alojamiento que recibían del gobierno, simplemente para comprar subsistencias».[381] La desnutrición infantil era manifiesta, «especialmente en las familias de tejedores, pescadores, personas sin tierras y pequeños terratenientes».[382] Geográficamente, el noroeste fue el más gravemente afectado por el hambre de 1972, especialmente Dinajpur

(con una mortalidad anual de 30.2 por millar, marzo de 1971 a mayo de 1972) y de Faridpur (29.6), pero también los distritos de Rangpur y Sylhet (23.6), mientras que Daca, Comilla y el sudoeste eran un poco menos afectados.[383] El tejido y la pesca eran profesiones fundamentalmente hindúes, y Dinajpur y Sylhet habían presenciado las mayores fugas en números absolutos (Dinajpur, con mucho, en términos relativos) y, como Faridpur, tenían un alto porcentaje de población hindú; proporcionalmente muchas personas también habían huido de los distritos de Faridpur y Rangpur.[384] Al parecer, el hambre afectó con la mayor gravedad a los refugiados que habían retornado del norte de Bangladesh, especialmente a los hindúes y los pobres del campo. Como los refugiados habían dado la impresión de estar relativamente bien alimentados estando en la India, las razones de su muerte —en particular la de sus niños y ancianos— tienen que encontrarse en la época posterior a su regreso, cuando les quedaban pocos recursos o ninguno.

Desde antes, grandes partes de la población de la Bengala Oriental habían sufrido un empobrecimiento a largo plazo, pero 1971-1972 les llevó cargas adicionales, 1973 una continuada presión y 1974-1975 una crisis aún mayor. El ingreso per cápita en Pakistán Oriental había estado estancado entre 1949 y 1969. De 1948 a 1969-1970, la disponibilidad de alimentos se había reducido de 15.84 a 13.63 onzas cotidianas.[385] Entre 1963-1964 y 1973-1974 (lo peor aún estaba por venir), según las normas de la OIT, la parte de las personas de Bengala Oriental que consumían menos de 1 935 calorías diarias («pobreza absoluta») aumentó, pasando de 40.2 a 78.5%, y, lo que es aún más significativo, la proporción de quienes consumían menos de 1 720 calorías («pobreza extrema») también aumentó, pasando de 5.2 a 42.1%. En 1984-1986 el consumo diario de calorías (1 800) seguía por debajo del nivel de 1965 (1 964).[386] El trasfondo de todo esto era la creciente pobreza. Desde 1965 el promedio de los salarios reales se había mantenido por debajo del nivel de 1949, cayendo

hasta entre 80 y 95% durante 1966-1970, y luego desde 1972 a 1975 a sólo entre 60 y 68% del nivel de 1949.[387] El alza de los precios de los productos básicos, en particular el arroz —primero lentamente y luego velozmente desde comienzos de 1974 hasta comienzos de 1975— hundió a los pobres en una miseria cada vez mayor.[388]

Mientras tanto, otros trataban de amasar riquezas. Un «mar de corrupción» se hizo posible, en parte debido a una «ayuda» exterior de 2 000 millones de dólares, en efectivo o en especie, que fluyó hacia Bangladesh en pocos años y superó el cálculo de 1 200 millones de dólares por los daños de 1971. Se la apropiaron élites corruptas para su «acumulación primitiva», que contribuyó en mucho a la inflación. Los hindúes no lograron obtener alivio preferencial, porque otros se apropiaron los fondos de la ayuda.[389] Muy pronto, el Partido Comunista de Bangladesh notó que esto estaba ocurriendo «en todo el país».[390] Para obtener estos recursos se necesitaban buenas conexiones con una nueva élite: funcionarios de la Liga Awami, ex luchadores por la independencia ahora influyentes, o gente del gobierno en Daca. Empujaron a un lado a la antigua generación de líderes locales, en particular de conservadores religiosos.[391] En junio de 1972, *Le Monde* tildó a la Liga Awami de ser simplemente una «asociación de saqueadores».[392] Después de 1975, el ejército se volvió otro mecanismo para la ascendencia económica; las élites conservadoras fueron gradualmente cooptadas y entraron, en mejores condiciones, en la pugna por la hegemonía. Después de 1972 periódicas operaciones anticorrupción y anticontrabando no tardaron en frustrarse porque oficiales del ejército las aprovechaban para eliminar a sus rivales, y también porque muchos funcionarios de la Liga Awami se dedicaban a negocios turbios.[393] Otras actividades lucrativas fueron las manipulaciones del comercio exterior o las licencias de comercio y contrabando a la India, en las que a menudo participaron altos funcionarios.[394] Otros simplemente ocuparon «negocios y

propiedades abandonados por sus propietarios pakistaníes occidentales» o «tierras o tiendas pertenecientes a desafortunados refugiados o a cualquiera al que pudiera acusarse de ser "biharí"» después de la independencia.[395] La corrupción socavó profunda e irreversiblemente la urdimbre social, y por doquier pudo verse una palpable corriente subterránea de violencia.[396] Como lo había señalado el jeque Mujib, el sistema fiscal de Pakistán ya era «uno de los más atrasados del mundo», en donde los impuestos directos tan sólo sumaban 2% del producto nacional bruto, en contraste con 6% en otros países no industrializados.[397] *Transparency International* consideró en 2003 a Bangladesh como el más corrupto de 133 países.[398]

Esta crisis social culminó en la hambruna de 1974-1975 que, según cálculos, causó la muerte de un millón de personas al llegar febrero de 1975, y de otras 500 000 a mediados de 1976.[399] Paradójicamente, el hambre ocurrió aun cuando las cosechas habían sido muy abundantes en años anteriores, especialmente en los distritos afectados.[400] Afectó a ciertos grupos de personas, las cuales habían sido privadas de sus medios de subsistencia por inundaciones o por insuficiencia de ingresos durante la inflación de los precios de alimentos causada por la especulación. «Los víveres estaban ahí; simplemente no fueron para quienes debían ser», como dijo en Daca un funcionario de los Estados Unidos.[401] En julio y agosto las inundaciones del monzón afectaron especialmente los distritos de Mymensingh, Sylhet, Daca, Comilla y Faridpur, anegando las zonas, dañando las cosechas de arroz y desplazando a las poblaciones. El daño a la cosecha de yute anuló toda oportunidad de ingreso de los trabajadores rurales.[402] El aprovisionamiento público falló. Para el 1º de julio, las reservas nacionales de cereales habían caído a un nivel peligrosamente bajo.[403] Las noticias fueron exageradas y comenzó el acaparamiento. Los precios del arroz, que ya mostraban una fuerte alza desde el segundo trimestre, alcanzaron niveles extremos hasta la

primavera de 1975.[404] Los comerciantes aumentaron sus ganancias; las diferencias entre los precios de mayoreo y los de menudeo del arroz, que en 1973-1974 se habían reducido casi hasta los niveles de 1970 (*ca.* 6%), volvieron a subir a los niveles de 1971-1973, de 8 a 10% en la segunda mitad de 1974, y a 19% en noviembre, cuando una nueva cosecha redujo ligeramente los precios.[405] Pero volvieron a subir en abril y mayo de 1975; aldeanos de la zona de Lalganj comentaron: «los mercaderes nos chupan la sangre».[406] En las aldeas, en una «enconada lucha por la supervivencia» a largo plazo, hasta hermanos obligaban a hermanos a vender tierras hipotecadas, familias influyentes se apoderaban de la ayuda que llegaba, así como de fertilizantes y de insumos agrícolas, en parte manipulando a las cooperativas.[407] En contraste, el contrabando de arroz a la India probablemente fue de mucho menores proporciones de lo que afirmaron el general Ziaur Rahman y algunos observadores, y ejerció escaso impacto sobre la situación alimentaria.[408] Las campañas anticontrabando eran aprovechadas tradicionalmente —como también ahora— como medio de azuzar el odio a los hindúes, de quienes se decía que aprovechaban el contrabando, llevándolo a sus familias a través de la frontera con India.[409]

Un embargo de los Estados Unidos a la ayuda alimentaria, en el peor periodo entre julio y agosto de 1974, con la intención de obligar a Bangladesh a poner alto a las entregas de yute y a sus relaciones económicas con Cuba, en general limitó las importaciones en una época de altos precios del mercado mundial durante la crisis alimentaria, e intensificó considerablemente la especulación y el acaparamiento. En septiembre y octubre las importaciones de cereales cayeron a muy bajos niveles. En octubre de 1974 Bangladesh fue obligada a aceptar la formación de un Consorcio de Ayuda de naciones capitalistas industriales y a abrir el país a mayor inversión extranjera.[410] Los salarios agrícolas y los precios de la tierra se vinieron abajo.[411] Intensificando una tendencia de los dos años

anteriores, la hambruna fue una época de extrema redistribución, con largas filas incluso por la noche no sólo ante las cocinas de arroz, sino también enfrente de las oficinas de registro de tierras: colas formadas por desesperados vendedores y por especuladores que compraban a un precio ruin.[412] En las zonas del hambre surgió un «floreciente mercado secundario de utensilios usados», como ollas, platos y cucharas.[413]

Esta crisis, junto con la corrupción e inacción del gobierno, hizo que la popularidad de Mujib cayera asombrosamente. Él trató de contrarrestar esto imponiendo una dictadura virtual que, a la postre, sólo contribuyó a su caída y asesinato.[414] En agosto de 1974, Mujib le había confiado a un representante de la ONU que «el país está luchando por su vida. Yo estoy luchando por mi vida».[415] Grupos izquierdistas como el JSD hicieron campaña contra el gobierno; otros atacaron las delegaciones de policía e irrumpieron en los almacenes de cereales del gobierno, distribuyendo comida a los hambrientos.[416] Sin embargo, en 1971 y 1972 los dirigentes de Bangladesh parecen haber logrado encabezar ciertas campañas contra el acaparamiento y el mercado negro, en combinación con amenazas tanto de Mukti Bahini como del ejército pakistaní; también influyó el temor al pillaje.[417]

El racionamiento alimentario protegió primero a los militares y servidores públicos con sus familias y, en segundo lugar, a los moradores de las ciudades (en escaso grado a comienzos de 1974 y de nuevo a comienzos de 1975), pero a casi nadie más en los campos. En el esfuerzo público de alivio, cantidades relativamente pequeñas fueron enviadas a los campos. Las cocinas de ayuda pública fueron desapareciendo a finales de 1974.[418] Los distritos de Rangpur (menos dañado por la inundación de 1974) y de Mymensingh se encontraron entre los más afectados. La gente empezó a huir de sus áreas de residencia. Algunos padres abandonaron a sus hijos, otros los vendieron, y los precios de los niños se volvieron aterradoramente

baratos. Algunos observadores enviaron informes acerca de espantosas escenas del poblado de Rowmari: zona limítrofe que el ejército pakistaní no había logrado dominar en 1971.[419] Los distritos de Sylhet, Daca y Noakhali también sufrieron mucho.[420] En Rangpur, el número de cadáveres no reclamados por nadie llegó a 50 diarios en agosto de 1974, en Daca a 700 al mes, y tan sólo se redujeron considerablemente en octubre de 1975. En enero de ese año, el gobierno deportó hasta 200 000 moradores de las barriadas a la zona de Demra y colocó al menos 50 000 de ellos tras alambradas de púas, vigiladas por paramilitares *Rakki Bahini*; el *Guardian* habló de «Mujib, zona de desastre hecha por el hombre».[421] Niños y adultos entre 45 y 64 años (una vez más, en particular niñas y hombres adultos) parecen haber formado la mayoría de este exceso de muertes.[422] Habitualmente, las muertes por inanición se reducían al término del año, pero no esta vez.[423]

Los índices de mortalidad fueron los más altos entre las familias de trabajadores rurales, de otros obreros, de micropropietarios de tierras, de pequeños comerciantes, barqueros, pescadores y ciertos artesanos.[424] Comúnmente, quienes se vieron obligados a hacer colas ante las cocinas públicas no poseían casi ninguna tierra (tres cuartas partes de ellos parecen haber poseído menos de 0.04 hectáreas) y prácticamente ningunos otros bienes; la mitad de ellos también carecían de un arado o de ganado.[425] En una zona cercana a la *thana* de Matlab, la tasa bruta de muertes entre las familias sin tierras fue el triple de las que tenían más de 1.2 hectáreas. La posición social, también correlacionada con las condiciones del albergue y la educación, determinó la mortalidad más que las diferencias entre los géneros.[426] A mediados de 1972 los distritos de Rangpur y de Mymensingh habían tenido la mayor incidencia de albergues inadecuados,[427] obviamente como resultado de las luchas y la destrucción de la época de guerra. Colocados en el extremo inferior de las prioridades políticas, los «biharíes» que aún vivían en

campamentos estaban casi indefensos, y sus hijos morían de hambre. En campamentos «biharíes» de la zona de Saidpur, el hambre causó suicidios.[428] Quienes más sufrieron fueron los campesinos pobres, especialmente en el norte del país, y grupos discriminados, como los hindúes y «biharíes», en parte a consecuencia de una penuria repetida o a largo plazo.[429]

UN «LEGADO DE SANGRE»

El conflicto de 1971 no sólo dejó cientos de miles de armas en el país sino, en palabras de Anthony Mascarenhas, un complejo «legado de sangre»[430] caracterizado por corrupción, pobreza, delincuencia, dictaduras y militarización en que las luchas se hicieron manifiestas a lo largo de líneas de partido, clase, religión y etnia. Durante muchos años, esto dio por resultado una gran violencia estructural, pero también violencia física directa. Desde luego, cosas similares pueden decirse acerca de Pakistán.[431] En años recientes, los conflictos de Bangladesh han cristalizado en torno de la pugna entre secularistas moderados y conservadores musulmanes o islámicos, como quedó simbolizado por la lucha entre los miembros de la familia de Mujib y de Ziaur Rahman, el jeque Hasina por la Liga Awami, y Khaledda Zia por el PNB (Partido Nacionalista de Bangladesh).

A pesar de las considerables fuerzas del ejército, la policía y cerca de 190 000 *Ansars* (policías auxiliares) en 1973, durante varios años persistió la violencia entre grupos armados, con actividades que iban desde la extorsión de alimentos en los mercados semanales hasta

> el asalto a bancos y oficinas postales; el allanamiento de moradas; el asesinato y la degollación de influyentes en las zonas rurales; los ataques a plantas de energía, instalaciones telefónicas y plantas industriales; el atraco a mano armada a trenes, barcas de río y botes; asaltos en desploblado; violaciones y agresión contra carretas y camiones;

el saqueo a los arsenales del gobierno, puestos de policía y puestos del ejécito; y el arrojar granadas a oficinas del gobierno.

Entre mayo de 1972 y noviembre de 1973 se informó de 7 700 homicidios.[432] Las transiciones entre la delincuencia común y la violencia política fueron fluidas.

Entre los más agresivos se encontró cierto número de los ex combatientes por la independencia que no habían obtenido un empleo lucrativo, admisión universitaria, ayuda, pensión o lugar en el (mal pagado) ejército. Especialmente en la época de los golpes de Estado de 1975, soldados y oficiales encabezaron bandas de «protección».[433] En 1989 el ministro del Interior de Bangladesh reconoció que «estamos viviendo en una sociedad virtualmente sin ley», en la que los policías rurales recibían parte de su ingreso de dignatarios locales a cuyas órdenes trabajaban.[434] A partir de 1972 aumentaron los asesinatos de miembros de diversos grupos políticos, pero en particular de funcionarios de la Liga Awami (a veces, obra de rivales en su propio partido), debido con frecuencia al «resentimiento resultante de aparentes privilegios e influencias»; para 1974, este número llegó a 3 000 o 4 000.[435] El establecimiento de una dictadura virtual y de otra fuerza juvenil paramilitar por Mujib no resolvió estos problemas.[436] En términos generales, un «brote de violencia estuvo en proporción directa con el aumento de la corrupción, la manipulación del mercado, el contrabando y la opresión política por las cohortes de la Liga Awami».[437] Choques armados de grupos rivales de estudiantes también acabaron con el debate académico.[438] Se dijo que insurrecciones entre transmigrantes de Noakhali y gente local de las fábricas de Yute de Adamjee, en Narayanganj, costaron 300 vidas.[439] Los colaboradores locales de organizaciones de ayuda extranjera fueron asesinados o aterrorizados: «Éste es el resultado de tener por aquí tanto dinero y [de] envidias por no recibir empleos o ayuda, así como de rencores

personales».[440] Diversos grupos trataron de obtener una parte de los trabajos de ayuda por medio de *gheraos* (asedios) a funcionarios corruptos.[441]

Los militares sin una función determinada se convirtieron en factor de la inseguridad política, lo que ocasionó «20 o más atentados y motines» de 1975 a 1981, a pesar (o posiblemente, a causa) del aumento de las fuerzas de policía y ejército, incluyendo una Fuerza de Defensa de la Aldea, de no menos de 900 000 hombres.[442] Comités de soldados exigieron una sociedad sin clases durante los motines de noviembre de 1975 y empezaron a asesinar a sus propios oficiales.[443] El general Ziaur Rahman organizó un golpe de Estado y aplastó al partido izquierdista JSD. Desde antes, fueron aprisionados 10 000 miembros del JSD; al llegar 1976 Oxfam informó que había en prisión 60 000 «sospechosos políticos».[444] Desde entonces, se ha vuelto endémico el empleo de la tortura contra los adversarios.[445] En la rebelión de tropas de septiembre y octubre de 1977, entre 230 y 1 000 hombres fueron muertos por el régimen, y más tarde 600 fueron ejecutados después de un juicio en masa.[446] La inicial proscripción del comunalismo y la discriminación religiosa consagradas en la Constitución de Bangladesh de 1972[447] (según la Liga Awami, eran para contener a los grupos políticos musulmanes conservadores) dieron poca protección a hindúes o a tribales. Una vez que estas leyes volvieron a cambiarse, los antiguos partidarios del ejército pakistaní en 1971 comenzaron su ascenso hasta toda una gama de puestos influyentes.[448]

Al llegar 1976, además de gobernar el país, el ejército adquirió una nueva razón de ser con la insurgencia de las Colinas de Chittagong, el conflicto sangriento más notorio de Bangladesh tras la independencia. Esta zona estaba poblada por una gran variedad de tribus, en su mayor parte ni musulmanes ni bengalíes. Esta región montañosa, más escasamente habitada que el resto del país y no dependiente del cultivo del arroz, parecía ser la frontera de

Bangladesh. Después de que los ingleses limitaron los asentamientos fuera del área, la toma del gobierno por los militares en 1958 había acelerado la apertura del territorio.[449] A falta de grandes recursos de energía interna, la obra hidroeléctrica de Kaptai, construida entre 1959 y 1963, patrocinada por la Agencia de Desarrollo Internacional de los Estados Unidos, pareció escencial para fomentar el desarrollo industrial y llevar energía eléctrica a gran parte de Pakistán Oriental. Como resultado 40% de las tierras labrantías del distrito quedaron sumergidas, y 100 000 personas (la cuarta parte de la población) fue expulsada, sobre todo los chakmas. Después de suprimidos los motines, 40 000 huyeron a la India.[450] Tan sólo 11 000 de cerca de 18 000 familias desplazadas recibieron algunas tierras nuevas, aunque insuficientes, que emplearon en parte para el cultivo de frutas, que inicialmente tuvo cierto éxito.[451] Según el presidente Ziaur Rahman, bajo cuyo gobierno se aplicó la más activa política de asentamientos en las Colinas de Chittagong, el lema de Bangladesh era «desarrollarse o morir», pero en la zona esa opción estuvo muy desigualmente aplicada.[452] Los recursos naturales de la región, desde pesquerías hasta silvicultura y electricidad, fueron explotados en gran parte por bengalíes para bengalíes, que impulsaron el crecimiento económico pero modificaron todo el estilo de vida, el trabajo y la ecología de la región, y socavaron el tradicional cultivo variable *(jhum)*. Los locales tuvieron que dedicarse cada vez más a los cultivos comerciales, la aparcería y el trabajo asalariado, pero a menudo se les declaró incapaces de este último y no fueron contratados por nadie. Al llegar 1979, casi todos se sentían desplazados, robados y económicamente inseguros.[453] Desde 1951 casi todas las tiendas y los negocios habían estado en manos no tribales. Al llegar 1964, la Asamblea Nacional de Pakistán borró la región de la lista de Áreas Excluidas.[454] Por medio de conflictos, compensación y educación, las élites chakmas fueron las primeras que se politizaron en la región.[455]

En el conflicto de 1971 casi todas las tribus de las Colinas de Chittagong se mantuvieron neutrales, aunque algunas (incluso cierto número de refugiados lushais, llegados de la India) apoyaron al gobierno pakistaní, y una minoría a la lucha bengalí por la independencia.[456] En cuanto los militares se adueñaron de la región, en abril, durante cinco días fusilaron a los civiles hindúes o a los partidarios de la Liga Awami, pero a pocos o ningún miembro de las tribus.[457] Desde diciembre de 1971 hasta comienzos de 1972 cientos de personas locales fueron asesinadas, como venganza, por combatientes de Mukti Bahini, que también parecen haber buscado escondites de tropas pakistaníes y *razakars*. Expulsaron a miembros de las tribus (excepto a los tripuras hindúes) de los valles del Feni y Chengri. Cientos de casas fueron incendiadas y saqueadas. La gente del lugar también soportó una oleada de delitos comunes.[458] La expulsión permitió que de 30 000 a 50 000 bengalíes ocuparan tierras en la subdivisión de Ramgarh, con lo que duplicaron su número en la región, y desplazaron a los marmas, tipperahs y chakmas. Algunos de estos colonos consideraron esto como una rehabilitación después de haber sido obligados a huir de los pakistaníes hacia la India y haber perdido sus hogares.[459]

Repetidas veces delegaciones tribales o miembros elegidos del parlamento exigieron a líderes bangladesíes la autonomía para su región. El gobierno rechazó tales demandas en nombre de una «integración nacional» y de «desarrollo»; Mujib respondió más de una vez exigiéndoles abandonar su identidad y volverse bengalíes.[460] La Constitución de 1972 suprimió todas las limitaciones que quedaban después de los cambios del estatuto de 1964, lo que significó que colonos llegados del exterior pudieran entrar libremente a las Colinas de Chittagong.[461] El líder tribal M. N. Larma fundó entonces la Asociación de Solidaridad del Pueblo (JSS) y poco después su ala armada, los *shanti bahini* (luchadores por la paz). A pesar de algunos incentivos económicos para la región y de

asignaciones mensuales para ganarse a los líderes locales en 1975-1976,[462] en enero de 1976 comenzó un movimiento de insurgencia con ataques a colonos bengalíes, después de lo cual los militares establecieron su presencia en masa en la zona.

Entre 1979 y 1984 (especialmente entre 1980 y 1982), un programa secreto de transmigración hizo entrar a cerca de 400 000 colonos bengalíes,[463] con fondos de la USAID, el Banco Asiático de Desarrollo, la OMS y el UNICEF.[464] El número de colonos se asemeja al que declaró Mujib, en 1972, presentándolo con la amenaza de «enviar cinco *lakhs* musulmanes» a las Colinas de Chittagong si no se asimilaban (un *lakh* son 100 000).[465] Este brote fue acompañado por un reinado de terror impuesto por los militares y por colonos paramilitares, con arrestos generales, desapariciones, matanzas en aldeas, violaciones, expulsión y reasentamiento en aldeas cercadas. Los cálculos sobre las personas asesinadas varían entre 15 000 y 20 000 (3 a 4% de la población local), y casi todas las familias fueron desplazadas.[466] Al llegar 1994, 532 260 tribales y 423 972 bengalíes fueron registrados como residentes.[467] Los colonos bengalíes iban a recibir del gobierno cerca de 4.5 hectáreas (arrozales, lotes mixtos y pedregosos), pero como a menudo no se podía disponer de esta tierra, más bien desplazaron a los tribales, muchos de los cuales no tenían escrituras de propiedad de tierras.[468]

Y sin embargo, la insurgencia no se daba por vencida. A finales de la década de 1970 las diversas tribus se habían reinventado como pueblo «jumma»[469] y ejercieron creciente presión internacional sobre el gobierno de Bangladesh. En cierto momento, hasta 130 000 tribales de la zona huyeron hacia India, entre ellos 40 000 en 1963-1964, al menos 40 000 en 1979, 50 000 por 1986 y 20 000 más en 1988-1989. A comienzos de la década de 1990 estos refugiados se vieron bajo severa presión de los gobiernos estatales en Tripura y Arunachal Pradesh, excluidos de todo empleo, comercio, raciones y entregas alimentarias, y escuelas. No obstante, pocos volvieron en el

decenio de 1990 porque sólo algunas familias que regresaron recibieron tierras, ya que los colonos bengalíes no iban a ser desplazados.[470] Con base en esto, no era posible ni una existencia segura para muchos jummas que regresaron, ni una plena reconciliación. El acuerdo de paz de diciembre de 1997 —resultante de un proceso iniciado bajo el presidente Ershad en 1983— se fundamentó sobre la continua y legalizada presencia de los colonos bengalíes. Pero fueron retiradas pocas tropas o campamentos del ejército.[471]

Hasta un grado considerable los colonos bengalíes ejercieron la violencia en las Colinas de Chittagong.[472] Por otra parte, los *shanti bahini* atacaron con frecuencia a los colonos, matando a buen número de ellos.[473] También hubo sangrientas luchas internas entre grupos insurgentes en 1983.[474] Aun después del acuerdo de paz, continuaron los motines.[475]

La historia de esta zona forma parte de una invasión con objeto de asentar (casi siempre ilegalmente) a millones de bengalíes del este en el noreste de la India y en Birmania, lo cual se relaciona con insurgencias regionales y la militarización por tropas bangladesíes, indias y birmanas.[476] Las Colinas de Chittagong eran esenciales para los planes de «desarrollo» de la burguesía pakistaní y de organizaciones internacionales de «desarrollo» para todo Pakistán Oriental/Bangladesh, así como para la expropiación de recursos clave por la clase media bangladesí. Una vez más podemos ver en este proceso intervenir al Estado, las élites y gente común activa. El ejército organizó la opresión de los locales y facilitó la plena incorporación del territorio, que se intensificó durante varias etapas; los hechos de 1971 fueron un catalizador, especialmente después de que coincidieron la formación nacional del Estado bangladesí y el régimen militar. Pese a la corrupción del personal militar, la mayor parte de los beneficios fue para otros: hombres de negocios bengalíes

y colonos que trataban de escapar de la pobreza de tierras, aunque esto significara cometer o sufrir violencia.

CONCLUSIONES

Un conflicto cada vez más intenso entre élites poscoloniales en Pakistán Oriental desencadenó un alud de violentas pugnas populares multipolares, en las que de una manera u otra participaron muchos, por protección, supervivencia o afán de lucro. Casi todos los bandos practicaron la violencia y cometieron atrocidades.[477] Estos fenómenos ampliamente difundidos excedieron, con mucho, la represión del Estado. Desde luego, el ejército pakistaní empleó un sanguinario terror contra intelectuales, activistas políticos y fuerzas armadas bengalíes, expulsando a muchos o lanzándolos a la clandestinidad. Pero también coaccionó a élites más locales a una intranquila sumisión.

La violencia de 1971 consistió en diversas corrientes entrelazadas. Gran parte de ésta no fue nueva. Las matanzas y la huida en masa de hindúes ya habían ocurrido en Bengala Oriental durante un cuarto de siglo. No bengalíes y bengalíes habían chocado repetidas veces en encuentros mortíferos, particularmente en sitios industriales. La persecución de los cristianos no fue nueva ni tampoco las violentas protestas contra la junta militar o su supresión, o los raptos de mujeres y las violaciones colectivas. Varias de estas cosas a menudo habían coincidido, incluyendo siempre a actores no estatales; lo nuevo de 1971 fue el papel masivo de la violencia estatal. Sin embargo, los acontecimientos de 1971 —especialmente, las múltiples modalidades de la violencia no estatal— sólo pueden comprenderse como parte de procesos prolongados.

El año de 1971, y en general los comienzos de la década de 1970, también presenciaron una enorme movilidad social. Expulsión, fuga, saqueo y destrucción, familias divididas, regreso, ventas o préstamos forzosos y falta de ayuda del gobierno intensificaron todo esto.

Incluso aldeas sólo marginalmente afectadas por la lucha, la guerra civil de 1971 y el hambre de 1974-1975 experimentaron toda una miríada de trayectorias sociales familiares descendentes y ascendentes, que relacionaron cada vez más a los nuevos ricos con la política urbana.[478] No todos los residentes experimentaron una caída social, pero en esta volátil situación la inseguridad fue grande. Tanto la violencia directa como las hambrunas de 1972 y 1974-1975 fueron hechos redistributivos, y muchos de los desplazados o desposeídos en 1971 cayeron víctimas de la siguiente hambruna, agotados por una serie de golpes del destino, sobre todo los hindúes, los campesinos pobres y los no bengalíes.

Todas las reglas parecieron quedar en duda en 1971. Esto fue lo que motivó a Sakeema Begum, mujer biharí, a recordarlo como «el año de la anarquía y el fin de toda humanidad en Bangladesh».[479] En medio de esta crisis social existió el deseo de restaurar algún tipo de orden, y las lealtades de grupo se reforzaron para la protección de la persona, junto con la formación de fuerzas armadas, milicias o bandas. «Nunca pensé en la gente como hindúes o no bengalíes o lo que fueran, pero todo eso había cambiado súbitamente» en la noche del 25 al 26 de marzo de 1971, recordó Rumi Mosharraf, que por entonces era una joven ama de casa bengalí viviendo en Chittagong.[480] La gente solió definir sus propias colectividades y las otras más marcadamente, y aumentó su desconfianza de los demás. En muchas formas, el conflicto entre pakistaníes del oeste, bengalíes y «biharíes» por los mejores puestos parece haber contribuido a la solidificación de las identidades étnicas.

No todas las respuestas a las amenazas circundantes fueron violentas. La reacción más general fue la evasión: el acomodo como fuera posible pero, en millones de casos, la huida dentro o fuera del país. En los campos, ésta a menudo fue organizada por líderes de la comunidad al crecer las señales alarmantes: soldados operando cerca de la aldea, algunas casas incendiadas, disparos, mutilaciones,

secuestros o violaciones y hostilidad de parte de los bengalíes.[481] De hecho, la huida en masa mantuvo bajos los números de los que fueron directamente asesinados (y también de quienes activamente lucharon por la independencia). El ejército pakistaní, con su conducta brutal y desprecio a los bengalíes, no merece ningún crédito por ello. Donde actuó con rapidez y fue imposible el escape en masa, especialmente cerca de las principales líneas de comunicación, la cosa terminó frecuentemente en masacre. Sin embargo, aun en ausencia de tropas, la violencia estuvo lejos de terminar.

IV. La violencia sostenible
Reasentamientos estratégicos, milicias y «desarrollo» en la guerra contra las guerrillas

Este capítulo busca la conexión entre las sociedades en crisis y la violencia, examinando ciertas formas de guerra contra guerrilleros. El surgimiento de movimientos guerrilleros en las zonas rurales marginales afectadas fue resultado de tensiones sociales que, a su vez, fueron radicalmente intensificadas por la represión del gobierno. El hecho de que tantas personas fueran seducidas por el uso de la fuerza —a estas alturas, rasgo familiar de las sociedades extremadamente violentas— prolongó inmensamente el conflicto.

My Lai, Chatyn, Wiriamu, Pingdingshan, San Francisco (Nentón), Nyazonia, Lari, Philippeville. Símbolos de la brutalidad militar, muchos de estos sitios de masacres durante las guerras contra las guerrillas en el siglo XX aparecieron en zonas llamadas «de fuego libre», «prohibidas» o «muertas», de donde había que sacar a todos: expulsados, reasentados o asesinados.

Cuando la lucha se prolongó en guerras brutales contra levantamientos en los campos, toda una variedad de regímenes creó conceptos distintos de la contrainsurgencia. Con objeto de limitar el éxito político de los movimientos guerrilleros entre la población rural, para cortar sus abastecimientos y su reclutamiento, y para destruirles cualquier refugio, los ejércitos atacaron con más furia a los civiles que a las fuerzas guerrilleras. Los militares combinaron sangrientas barridas y destrucción de edificios en las zonas marginales con el desplazamiento en masa de los sobrevivientes y su reasentamiento en aldeas «modelo» en zonas más fáciles de controlar y más cercanas a los caminos. Quedaron radicalmente restringidos los desplazamientos de personas y la distribución de alimentos. Sin embargo, en las zonas dominadas por el gobierno, a los residentes rurales se les prometió ayuda económica y algunos de los hombres fueron reclutados por milicias armadas, que luego resultaron sorprendentemente leales. Respondiendo a movimientos político-militares que modificaron profundamente el orden socioeconómico anterior, los gobiernos estaban intentando esencialmente competir con los movimientos guerrilleros al ofrecer ventajas sociales y modernización a los habitantes rurales. Muchos de

los movimientos insurgentes que combatieron siguiendo esos lineamientos se basaron en las ideas de Mao Tse-Tung, pero otros siguieron diferentes caminos comunistas, algunos izquierdistas-nacionalistas, o anticoloniales de conceptos no izquierdistas.[1]

Además de las trascendentes consecuencias sociales de la dislocación per se, las prácticas especiales durante estas campañas (eufemísticamente llamadas el enfoque de «corazones y mentes») incluyeron activamente a considerables grupos de población que cometieron violencia y que causaron o agravaron profundos conflictos dentro de las sociedades, transformándolas intensamente. Pese a algunas variaciones, las medidas antes descritas fueron parte de un concepto general y, por lo tanto, se les puede considerar como un fenómeno distinto, ya fuese que a los asentamientos se les llamara Aldeas Nuevas (Malasia), *Wehrdörfer* (Bielorrusia), *centres de regroupement* (Argelia), aldeas estratégicas (Vietnam del Sur), *aldeamentos* (Angola), aldeas modelo (Guatemala), *koykent* en Anatolia Oriental, milicias patrullas de autodefensa civil (Guatemala), rondas campesinas (Perú), Guardia Interna (Malasia), *korucu* (Kurdistán turco) o *groupes d'autodéfense* (Argelia).

Cuadro IV.1. *Reasentamiento y milicias en las guerras contra las guerrillas*

Países	*Potencia colonial/imperial que intervino*	*Fechas*	*Personas reasentadas en aldeas modelo (entre paréntesis: adicionalmente reagrupadas)*	*Número de personas adicionalmente desplazadas: interior/exterior*	*Miembros de la milicia (entre paréntesis: total de auxiliares)*	*Muertos*
China	Japón	1932-1944	>3 500 000		(200 000)	>2 300 000
Bielorrusia	Alemania	1943-1944	20 000	>110 000	(100 000)	345 000
Grecia	(Asesores estadunidenses y británicos)	1945-1949		830 000/100 000	<50 000	>100 000
Malasia	Gran Bretaña	1948-1960	570 000 (650 000)	30 000	300 000	>20 000
Vietnam	Francia	(1946-) 1949-1954	3 000 000	?		?
Camboya	(Asesores franceses)	1951-1954	500 000 a 1 000 000	?		?

Kenia	Gran Bretaña	1952-1956	1 100 000	100 000	25 000 (50 000)	>100 000
Argelia	Francia	1954-1962	2 350 000	1 000 000/300 000	60 000 (200 000)	500 000
Vietnam del Sur	(Asesores estadunidenses y británicos)	1959-1965 (-1975)	8 700 000 (reasignados 2 000 000)	7 000 000	Hasta 3 000 000	1 000 000
Angola	Portugal	1962-1974	>1 000 000	500 000	35 000	>52 000
Indonesia (Kalimantan)		1967-1968		>60 000		3 000
India (Mizoram)		1967-1970	236 000	>10 000		
Mozambique	Portugal	1968-1974	1 300 000		230 000(?)	
Guinea-Bisáu	Portugal	1968-1973		60 000	10 000 (18 000)	
Tailandia	(Asesores estadunidenses)	1968-1973			170 000	
Rhodesia		1973-1979	>750 000	400 000/228 000	20 000	>30 000
Timor Oriental	Indonesia	1975-1999	>300 000	400 000/300 000	50 000(?)	100 000
Bangladesh		1976-1997		130 000		>15 000
Guatemala		1982-1996	>60 000	1 000 000/200 000	900 000	150 000
El Salvador	(Asesores estadunidenses)	1981-1993		750 000/1 000 000	11 000	75 000
Etiopía		(1979-) 1984-1990	700 000			>50 000
Turquía (Kurdistán)		1984-		4 000 000	70 000	>23 000
Perú		1989-1993	>56 000	600 000	400 000	>25 000

Nota: Yukio Ishida, «Die japanischen Kriegsverbrechen in China 1931-1945», en Wolfram Wette and Gerd R. Ueberschar (comps.), *Kriegsverbrechen im 20. Jahrhundert*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 2001, p. 338; Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts-und Bevölkerungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburger Edition, Hamburgo, 1999, pp. 899-904,

955-958 y 1040-1055; Angeliki E. Laiou, «Population Movements in the Greek Countryside During the Civil War», en Lars Baerentzen *et al.* (comps.), *Studies in the History of the Greek Civil War 1945-1949*, Museum Tusculanu Press, Copenhague, 1987, pp. 55-103, especialmente pp. 59 y 73; Jon V. Kofas, *Intervention and Underdevelopment: Greece During the Cold War*, Pennsylvania State University Press, University Park y Londres, 1989, p. 131 (más de un millón de desplazados); C. M. Woodhouse, *The Struggle for Greece 1941-1949*, Ivan R. Dee, Chicago, 2002 [1ª ed. 1976], pp. 237, 266 y 286; Dominique Eudes, *The Kapetanios: Partisans and Civil War in Greece, 1943-1949,* NLB, Londres, 1972, p. 354; Michel Cornaton, *Les camps de regroupement de la guerre d'Algérie*, Harmattan, París y Montreal, 1998 [1ª ed., 1967], pp. 36-38, acerca de la Indochina francesa y de Camboya y la p. 123 acerca de Argelia*;* Curtis Peoples, «The Use of the British Village Resettlement Model in Malaya and Vietnam», abril de 2002, www.tamil-nation.org/tamileelam/armedstruggle/thompson.htm (consulta: 26 de enero de 2007), p. 3; Kernial Singh Sandhu, «Emergency Resettlement in Malaya», *Journal of Tropical Geography,* núm. 18, 1964, pp. 157-183, especialmente pp. 164 y 174; Kernial Singh Sandhu, «The Saga of the "Squatter" in Malaya: A Preliminary Survey of the Causes, Characteristics and Consequences of the Resettlement of Rural Dwellers during the Emergency between 1948 and 1960»*, Journal of Southeast Asian History,* vol. 5, núm. 1, 1964, pp. 143-177; Robert Jackson, *The Malayan Emergency: The Commonwealth's Wars 1948-1966*, Routledge, Londres y Nueva York, 1991, p. 115; John D. Leary, *Violence and the Dream People: The Orang Asli in the Malayan Emergency 1948-1960*, Center for International Studies, Ohio University Press, Athens (Georgia), 1995*,* pp. 44-48; Donald L. Barnett y Karari Njama, *Mau Mau from Within*, Monthly Review Press, Nueva York y Londres, 1966, pp. 439 y 440; David Anderson, *Histories of the Hanged: The Dirty War in Kenya and the End of Empire*, W. W. Norton, Nueva York y Londres, 2005, p. 241; Caroline Elkins, *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya*, Henry Holt, Nueva York, 2005, pp. XVI, 366 y 429, n. 366; Alistair Horne*, A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962*, D. van Nostrand, Nueva York, 1977, pp. 14 y 538; Richard Brace y Joan Brace, *Algerian Voices*, Princeton*,* 1965, p. 19; Mohand Hamoumou, *Et ils sont devenus Harkis*, Fayard, París, 1993, pp. 193 y 194; M. Lesne*,* «Une expérience de déplacement de population: les centres de regroupement en Algérie», *Annales de Géographie,* núm. 71, 1962, p. 573, n. 1; Ian Beckett, *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies: Guerrillas and their Opponents since 1750*, Routledge, Londres y Nueva York, 2000, pp. 54 y 192; Douglas S. Blaufarb, *The Counterinsurgency Era: U.S. Doctrine and Performance 1950 to the Present*, Free Press/Collier Macmillan, Nueva York y Londres, 1977, pp. 120 y 270; Louis Wiesner, *Victims and Survivors: Displaced Persons and Other War Victims in Viet-Nam, 1954-1975*, Greenwood, Nueva York, 1988, pp. 346 y 347; John C. Donnell, «Expanding Political Participation-The Long Haul from Villagism to Nationalism», *Asian Survey,* vol. 10, núm. 8, 1970, p. 697; Bernd Greiner, «Die Blutpumpe: Zur Strategie und Praxis des Abnutzungskrieges in Vietnam 1965-1973», en Greiner *et al.* (comps.), *Heilße Kriege im Kalten Krieg*, Hamburger Edition, Hamburgo, 2006, pp. 169-170, 223 y 224; John P. Cann, *Counterinsurgency in Africa: The Portuguese Way of War, 1961-1974*, Greenwood, Westport y Londres, 1997, pp. 155 y 156; Thomas H. Henriksen, «Portugal in Africa: Comparative Notes on Counterinsurgency», *Orbis,* vol. 21, núm. 2, 1977, p. 395; Gerald J. Bender, «The Limits of Counterinsurgency: An African Case», *Comparative Politics,* vol. 4, núm. 3, 1972, pp. 333 y 336; Mustafa Dhada, «The Liberation War in Guinea-Bissau Reconsidered», *Journal of Military History,* vol. 62, núm. 3, 1998, p. 580; Anthony James Joes, *Resisting Rebellion: The History and Politics of Counterinsurgency*, Kentucky University Press, Lexington, 2004, pp. 114 y 117; para Indonesia véase el capítulo I de este volumen; C. Nunthara, *Impact of the Introduction of Grouping of Villages in Mizoram*, Omsons, Nueva Delhi, 1989, pp. 5-6 y 67-71; Norma J. Kriger, *Zimbabwe's Guerrilla War: Peasant Voices*, Cambridge University Press, Nueva York*,* 1992, pp. 4, 47 y 228; Benetech Human Rights Data Analysis Group of the Commission on Reception, Truth and Reconciliation of Timot-Leste (Romesh Silva y Patrick Ball), «The Profile of Human Rights Violations in Timor-Leste, 1974-1999», 9 de febrero de 2006, pp. 1 y 2, http://hrdag.org/resources/Benetech-Report-to-CAVR.pdf (consulta 6: 6 de diciembre de 2007); «Massive Forced Re-Settlement in East Timor», *Tapol,* núm. 38, marzo de 1980, p. 15; Kevin Lewis O'Neill, «Writing Guatemala's Genocide: Truth and Reconciliation Commission Reports and Christianity»,

Journal of Genocide Research, vol. 7, núm. 3, 2005, p. 334; Liisa L. North y Alan B. Simmons, «Fear and Hope: Return and Transformation in Historical Perspective» y Gisela Gellert, «Migration and the Displaced: Guatemala City in the Context of a Flawed National Transformation», en North y Simmons (comps.), *Journeys of Fear: Refugee Return and National Transformation in Guatemala*, McGill & Queen University Press, Montreal, 1999, pp. 3, 12, 17, 119 y 120 (había hasta un millón y medio de exiliados guatemaltecos en los Estados Unidos en 1998); Dirk Kruijt, «Exercises in State Terrorism: Counter-Insurgency Campaigns in Guatemala and Peru», en Kees Konings y Dirk Kruijt (comps.), *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Society and Terror in Latin America*, Zed, Londres y Nueva York, 1999, p. 49; David Stoll, *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*, Columbia University Press, Nueva York, 1993, pp. XXIV-XXV, 156 y 334, n. 20 [edición en español: *Entre dos fuegos: en los pueblos ixiles de Guatemala*, Abya Yala, Quito, 1999]; Benjamín Valentino, *Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the 20th Century*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2004, p. 203; Max Manwaring y Court Prisk, *El Salvador at War: An Oral History*, National Defense University Press, Washington, 1988, pp. 336-338; David McDowall, *A Modern History of the Kurds*, I. B. Taurus, Londres y Nueva York, 1996, pp. 421-428 y 438; Nadire Mater (comp.), *Voices from the Front: Turkish Soldiers on the War with the Turkish Guerrillas*, Palgrave Macmillan, Nueva York y Basingstoke, 2005, pp. 309-316; Siegwart-Horst Günther y Burchard Brentjes, *Die Kurden*, Braumüller, Viena, 2001, pp. 83-93, cita cifras más altas (cinco millones de desplazados, alta mortalidad adicional debida a enfermedades y a minas de tierra, 95 000 guardias de aldea para 1998). Perú: Carlos Iván Degregori, «Reaping the Whirlwind: The Rondas Campesinas and the Defeat of Sendero Luminoso in Ayacucho», en Kees Konings y Dirk Kruijt (comps.), *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Society and Terror in Latin America*, Zed, Londres y Nueva York, 1999, pp. 72 y 73; Orin Starn, «Villagers at Arms: War and Counterrevolution in the Central-south Andes», en Steve J. Stern (comp.), *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*, Duke University Press, Durham y Londres, 1998, pp. 227 y 247; Carlos Iván Degregori, «Ayacucho, después de la violencia», en Degregori *et al.* (comps.), *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, IEP, Lima, 1996, p. 24; las muertes en Perú incluyen a víctimas de fuerzas pro gubernamentales sólo cuando las guerrillas, en forma extraordinaria, mataron a un número mayor de personas: Hildegard Willer, «Peru kennt die Wahrheit and tut sich schwer damit», *Neue Zürcher Zeitung* en línea, 22 de octubre de 2008. Para Bangladesh, véase el capítulo III de este volumen.

Algunas cifras pueden mostrar el impacto de este fenómeno. Se enumeran (véase *infra*) los casos en que más de 30 millones de civiles fueron desplazados y, por lo menos, cuatro millones asesinados. Cerca de nueve millones de vietnamitas del sur y millones del norte perdieron sus hogares; más de tres millones de argelinos; probablemente cinco millones de chinos; cuatro millones de kurdos turcos; más de un millón cada uno de malayos kenianos, mozambiqueños, angoleños y guatemaltecos, y 750 000 de griegos y zimbabuenses. Diez por ciento de todos los griegos, malayos, kenianos, angoleños, mozambiqueños y guineoportugueses, uno de cada tres salvadoreños, 40% de argelinos y la mitad o más de vietnamitas del sur y habitantes de Timor Oriental fueron desplazados. Uno de cada cinco kurdos en Turquía, la tercera parte de los de origen chino y la mitad de los indios en Malasia británica fueron reubicados, así como la mitad de todos los africanos del norte de Mozambique, más de la mitad de las personas en los 18

arrondissements argelinos y más de 75% en ocho de ellos (véase el cuadro IV.1).[2] En el sudeste de Turquía, hubo que evacuar a casi 77% de todos los asentamientos existentes. La agricultura y la ganadería se suspendieron por completo, como lo reconoció un alto funcionario. En la zona de Mizoram, en la India, hubo que reasentar a 74% de la población.[3]

En los análisis académicos acerca de la violencia en masa en el siglo XX, la guerra antiguerrilla ha desempeñado un papel marginal, aun cuando sumó una gran proporción de las víctimas.[4] La mayor parte de los casos aquí analizados no han preocupado mucho a los estudiosos del genocidio (con excepción de los de Timor Oriental, Guatemala y, en los primeros años de estudio del genocidio, Vietnam). Esto se debe acaso a que no parece haberse derramado sangre suficiente, y a que la muerte por inanición no pareció lo bastante «intencional» e impulsada por el gobierno, o bien, el enfoque de los estudiosos del genocidio en antecedentes étnicos (que parecen estar ausentes) impidió que se interesaran. Casi ninguno notó los aspectos étnicos de la guerra contra las guerrillas. Lo mismo puede decirse de los analistas de los desplazamientos forzosos de poblaciones y de la «limpieza étnica».

Existen dos corrientes interpretativas principales entre quienes han prestado mayor atención a las guerras de guerrillas. Los críticos izquierdistas de la guerra contra las guerrillas han analizado la despoblación por reasentamiento estratégico como una acción opresiva unilateral. Los expertos en contrainsurgencia se han interesado en los resultados de las pugnas por el poder entre gobernantes e insurgentes. Percibiendo a la población civil ya sea como objeto de atrocidades del gobierno o como un problema para el control gubernamental, ambos han enfocado tan sólo selectivamente el destino de los civiles desarmados y en ocasiones han menospreciado los conflictos surgidos entre ellos.

Empleando el enfoque de las sociedades extremadamente violentas, este capítulo presta mayor atención a la participación de masas, a la violencia multipolar, a la victimización de civiles y al surgimiento de élites. Contribuye a una historia social de este ignorado conjunto de prácticas interconectadas en la guerra contra las guerrillas, que ya han sido brevemente mencionadas en el capítulo III al mencionar las Colinas de Chittagong. Intenta mostrar los nexos entre el establecimiento de formaciones armadas de ciudadanos rurales, reasentamientos en masa, el cambio social forzado, así como la transformación y los conflictos de largo plazo. Muchos civiles fueron víctimas, pero otros fueron perpetradores de la violencia.[5] ¿Cómo las guerras civiles, con participantes

múltiples, fueron inducidas o promovidas, con base en conflictos ya antiguos? ¿Qué papel desempeñaron los «leales» —grupos poco estudiados que necesitan un término más preciso—, que se pusieron del lado del régimen? ¿Cómo y por qué se apropiaron ideas de modernización? ¿Cuáles fueron los marcos sociales y las consecuencias de los reasentamientos de masas a largo plazo? ¿Cuáles fueron los límites puestos a la capacidad de las autoridades para transformar zonas rurales marginales? ¿Y hasta qué punto se crearon localmente las estrategias antiguerrilleras, o fueron de inspiración internacional?

La lista que aparece en el cuadro IV.1 no pretende ser exhaustiva. No se incluyeron algunos casos por razones de escala (como el desplazamiento de pueblos indígenas en el norte de Nicaragua durante el decenio de 1980) o por falta de información (Nagalandia en el nordeste de la India a finales de la década de 1950).[6] Otros no fueron incluidos porque no satisfacían todos los criterios; por ejemplo: si no se establecieron milicias.[7]

El reasentamiento forzoso y la concentración de población durante el combate a la resistencia armada en pequeña escala no son, históricamente, algo nuevo. Éstas habían sido ya viejas prácticas coloniales, por ejemplo, contra la población indígena en el oeste de América del Norte. Sin embargo, entonces no hubo ni siquiera la promesa de desarrollo económico y de mejora social, los locales no estaban armados en milicias[8] (ni se les ofreció participación política). Ambas cosas limitaron, por consiguiente, el surgimiento de élites locales, una diferenciación social, tensiones dentro de grupos afectados por la reubicación, y su lealtad al régimen de la potencia que los reubicó.

Un tradicional paladín del desplazamiento y reasentamiento de masas para su pacificación fue el Imperio otomano, del que durante siglos hombres armados con sus familias fueron enviados de un rincón del imperio a otro con fines de defensa. Y, sin embargo, casi no hubo ningún elemento de planeación de «desarrollo» económico en esto ni en la reubicación o dispersión forzosas de los kurdos (especialmente, de sus notables) en Turquía en los decenios de 1920 y 1930. La penetración capitalista de los campos, típica en otros casos, aquí siguió siendo débil.[9] Casi al llegar el siglo XX la reubicación de masas en las guerras en pequeña escala se practicó en buen número de países: por los españoles en Cuba, de 1895 a 1898, época durante la cual más de 100 000 personas de cerca de 400 000 reubicados perecieron en las zonas de «reconcentración»;[10] por los británicos durante la Guerra de los Bóers en Sudáfrica, 1899-1902, cuando enviaron a entre 120 000 y 150 000 bóers a campos de concentración (con «guardias civiles» bóers) en donde murieron

más de 20 000 blancos y un número igual de africanos; y por tropas de los Estados Unidos después de ocupar las Filipinas (1899-1906). Pero tan sólo este último caso incluyó considerables ofertas de mejora social para los reubicados o expulsados y, por ello, un intento de ganarse las simpatías y hasta la participación en favor del sistema colonial en evolución. Se reclutó a personal de las Filipinas para la gendarmería y las milicias de aldea, especialmente entre los grupos que no hablaban tagalo. En las áreas reasentadas se ofrecieron servicios médicos, sanidad, escuelas, abastos alimentarios limitados y proyectos de obras públicas después de que los militares estadunidenses habían obligado a los locales a salir de las zonas prohibidas con todas sus posesiones. Sin embargo, entre 250 000 y 750 000 filipinos fallecieron por privaciones.[11]

LAS REUBICACIONES EN MASA Y LA MUERTE EN MASA

Destrucción y «desarrollo», el vacío de algunas zonas y la estabilización, el mayor control de unos y la explotación de otros fueron dos caras de la misma moneda en la guerra contra las guerrillas. La violencia por muerte o por deportación fue, por lo tanto, colectiva, a menudo sin que importara lo que un individuo hubiese hecho. En general, las fuerzas antiguerrilleras adoptaron un enfoque de zonas, identificando las áreas prohibidas en las que sistemáticamente se dispararía contra toda persona no autorizada a primera vista y serían destruidos los edificios, y los sectores en los que serían conservadas la población, la economía y la infraestructura, siendo la violencia un tanto selectiva. Las zonas podían ser de gran escala (como en Argelia)[12] o localizadas, donde se mantendrían casi intactas las áreas fértiles, productivas o importantes para las líneas de comunicación, pero en que serían devastadas las zonas inaccesibles, montañosas, económicamente periféricas, boscosas o fronterizas.[13]

Esta «dicotomización espacial» entre «aldeas» y «selvas» (como espacio enemigo) supuestamente restablecería la capacidad de acción de los militares.[14] En varios países se designaron tres zonas, para incluir regiones intermedias en las que sólo serían atacados colectivamente algunos asentamientos. A las partes de la Unión Soviética que fueron ocupadas por los alemanes se les llamó «infestadas de bandidos», «amenazadas por bandidos» y «pacificadas». En Guatemala, «rojas», «rosadas» (o «amarillas») y «blancas»,[15] siguiendo la tradición colonial británica, con un simbolismo igualmente revelador: «negras», «grises» y «blancas» (aplicado también a los reclusos en los

campamentos en Kenia, en diferente etapas, en un llamado «blindaje» y «entubado» de la reeducación).[16] Sin embargo, el asesor británico Robert Thompson sugirió al presidente Diem, de Vietnam del Sur, llamar a unas zonas «amarillas» (controladas por el gobierno), «azules» (en disputa) y «rojas» (insurgentes).[17] Los franceses en Argelia diferenciaron entre «podridas», «muy gravemente contaminadas», «contaminadas» y otras zonas. Según otra versión, entre *zones normales, zones de contrôle renforcé, zones d'isolement* y *zones interdites*.[18] Otros lugares, otros simbolismos: en Timor Oriental, los indonesios llamaban «zonas blancas» a las áreas no controladas; en el oriente de China durante la segunda Guerra Mundial se distinguió entre los territorios bajo control japonés, control nacionalista chino, control comunista y territorios neutrales.[19]

Como resultado, no necesariamente existe una contradicción entre las operaciones de limpieza en gran escala y las estrategias claras y sostenidas que, según se afirma, tienden al bienestar de la población por haber sido planeadas por algunos especialistas contra la insurgencia. Tales «barridas» producen enormes pérdidas civiles (la mayor parte de las víctimas estaban desarmadas): hasta 13 000 murieron en una operación efectuada en Bielorrusia ocupada por los alemanes; «Las Jumelles» en Argelia causaron la muerte de 11 000 seres humanos a comienzos de 1958: las tropas francesas también mataron sistemáticamente burros, mulas y caballos. El «Speedy Express» en Vietnam del Sur causó 10 883 muertes, con 267 bajas de los Estados Unidos y tan sólo 751 armas retenidas entre diciembre de 1968 y julio de 1969; una operación japonesa en China causó 13 000 muertes; el «Nudo Gordiano» en el norte de Mozambique en 1970, el «Término» en Grecia en 1947, o el «Hurricane» en Rhodesia son ejemplos similares, en los que perecieron millares de personas.[20] Quienes pudieron permitírselo recurrieron a la potencia aérea más que a las matanzas en el terreno. Grandes bajas civiles son inherentes a todo bombardeo aéreo, pero los sistemáticos «bombardeos de saturación» de áreas prohibidas enteras costaron números especialmente grandes de vidas civiles, no sólo en Vietnam y en Timor Oriental.[21] El alto número de las víctimas también reflejó el hecho de que muchos aldeanos se mostraran renuentes a abandonar sus hogares y sus campos a cambio de un incierto y peligroso destino de refugiados; algunos de ellos no podían viajar y otros no sabían que sus casas se encontraban dentro de una zona prohibida: los límites de las zonas a menudo cambiaban y los ataques del gobierno trataban de emplear el elemento sorpresa.[22]

Europeos u otros colonos estaban entre quienes pidieron el empleo del terror más brutal en apoyo de un orden racista, desde Argelia hasta Angola, desde Kenia hasta Rhodesia, desde Malasia hasta Manchuria y Mozambique. Al comenzar la insurgencia, representantes de colonos de Kenia pidieron la muerte de 50 000 africanos.[23] De manera similar muchos turcos, alrededor de 1990, empezaron a pedir una «solución *Dersim*» en Kurdistán (es decir, una megamasacre al estilo de 1938), y en los años siguientes «manifestaciones o ataques de multitudes» antikurdas en las ciudades fueron casi «lugar común».[24]

Las llamadas emergencias coloniales produjeron regulaciones especiales de (in)justicia y medidas ejecutivas que virtualmente no respetaban fronteras. El no llamar «guerra» a estos hechos permitió a quienes ejercían el poder criminalizar a sus adversarios y negar toda legitimidad a sus metas políticas.[25] Pero las ejecuciones abiertas de supuestos insurgentes después de un proceso —más o menos— legal sólo generaron una proporción pequeña de las bajas totales de la población. Sin embargo, durante la guerra civil griega, según cifras del gobierno, más de 1 500 personas fueron ejecutadas antes de mayo de 1948.[26] Entre 1952 y abril de 1956 las autoridades británicas ahorcaron a no menos de 1 015 kenianos, dos tercios de ellos por delitos menores al homicidio, por ejemplo, por prestar juramentos antieuropeos. Por lo tanto, se erigieron unos cadalsos portátiles.[27] Se informó que en Kenia y Rhodesia centenares fueron muertos «después de tratar de escapar» o por violar el toque de queda. En Argelia, los nacionalistas calcularon que habían desaparecido entre 4 000 y 5 000 prisioneros. Tan sólo en una cárcel cerca de Constantina, más de 108 000 personas fueron detenidas.[28] Pero las cifras de arrestos en masa fueron muy superiores: entre 1947 y 1950, el número de detenidos izquierdistas griegos y de militares sospechosos de izquierdismo osciló entre cerca de 19 000 y 27 000; antes, sólo en 1945 habían sido arrestadas 50 000 personas, y 75 000 durante 12 meses entre 1945 y 1946.[29] A finales de 1957 el régimen sudvietnamita había arrestado a 65 000 supuestos comunistas y matado a centenares.[30] En la Malasia británica 35 000 personas fueron detenidas por regulaciones de emergencia y 24 000 deportadas, de las cuales 90% eran de origen chino.[31] A 25 días de una «emergencia» declarada en Kenia, el 20 de octubre de 1952, fueron detenidas 8 000 personas. En determinado momento, casi todos los varones adultos kikuyu de Kenia se encontraron en campos de concentración, con un total de entre 150 000 y 320 000. En esos campamentos la tortura era generalizada y la mortalidad considerable.[32] Similar fue la situación en Argelia

francesa, donde entre 1959 y 1961 el número de quienes se encontraron en prisiones fluctuó entre 16 000 y 25 000.[33]

La tecnología militar empleada como parte de «soluciones» de zona a la guerra de guerrillas incluyó aeroplanos, helicópteros, químicos para deforestar y napalm. Helicópteros y aeroplanos sobrevolaban los territorios prohibidos y prontamente llevaban tropas a remotas zonas de combate; los bombardeos aéreos y el napalm servían para expulsar gente y suprimir sospechosos en las zonas prohibidas (insurgentes o refugiados); el napalm, junto con herbicidas, fue empleado para destruir la vegetación: no sólo las cosechas que pudieran alimentar a los guerrilleros, sino también los bosques en que se ocultaban. El napalm fue inventado en 1943 y, al parecer, fue empleado por primera vez contra las guerrillas durante la guerra civil griega en 1948, bajo la dirección encubierta de asesores de la Real Fuerza Aérea inglesa. Más adelante, la fuerza aérea de los Estados Unidos lo utilizó en Vietnam del Sur desde 1962, los portugueses en Guinea-Bisáu en 1967, Angola en 1968, los militares tailandeses el mismo año, así como los indonesios en Timor Oriental.[34] Armas incendiarias como el *napalm* también se emplearon para matar grupos enteros en zonas de destrucción en Timor Oriental.[35] De dos tercios a tres cuartas partes de los bosques de Argelia fueron destruidos con napalm,[36] cifra equivalente a los bosques de Bielorrusia quemados por las fuerzas alemanas (sin napalm) entre 1941 y 1944. Productos incendiarios y químicos permitieron a los Estados Unidos reducir gran parte de la línea costera de Grecia y de Tesalia, «para que se asemejara a un desierto lunar».[37]

Los británicos dejaron el lento y costoso rociado de productos químicos (inventado en cooperación con la empresa multinacional Imperial Chemical Industries) para hacer que las fuerzas aéreas británica y australiana dejaran caer defoliantes y napalm en la selva malaya. A la postre, fuerzas encabezadas por los ingleses destruyeron a veces las cosechas en regiones remotas de Malasia y de Kenia, arrancándolas manualmente.[38] El infame bombardeo de desfoliantes como agentes químicos en zonas agrícolas de Vietnam del Sur, básicamente diseñados para erradicar no sólo vegetación, sino también campesinos (lo cual resultó en el esparcimiento de enfermedades y defectos en los recién nacidos), pronto encontró partidarios entre los asesores militares británicos.[39] Asimismo, se emplearon herbicidas para destruir plantas en zonas de devastación en Angola y Mozambique portugueses, en Guatemala y en Timor Oriental de Indonesia.[40] En Rhodesia, los plaguicidas también sirvieron para matar gente.[41]

En muchos países ocurrieron más muertes por inanición, enfermedades y agotamiento que por matanza directa (con excepción de las masacres durante la guerra de los japoneses contra las guerrillas de China, la campaña alemana en la Unión Soviética, posiblemente en Guatemala, más los bombardeos aéreos en masa de los Estados Unidos en Vietnam del Sur). Generalmente, para las comunidades tradicionales el reasentamiento en cualquier circunstancia es un proceso traumático a causa de los enormes cambios en la producción agrícola o por la mudanza forzosa a nuevos sectores económicos, junto con nuevos tipos de alojamiento, alteración de las relaciones sociales y una crisis de sentido y de identidad cultural.[42] Los habitantes del campo, obligados a ir a zonas de reasentamiento durante las guerras antiguerrillas sufrieron, además, casi por doquier, de abandono y confinamiento. En general no se han analizado debidamente las condiciones de las Nuevas Aldeas de Malasia, pero de los 50 000 asli orangs (pueblo indígena), murieron cerca de 8 000 —mortalidad de cerca de 16%— antes de que fueran liberados o de que huyeran de los campamentos de reasentamiento en 1952.[43] De más de un millón de personas (casi todos kikuyu) que había en 854 aldeas estratégicas en Kenia durante el levantamiento del tradicionalista-nacionalista Ejército Tierra y Libertad, decenas de miles murieron de inanición y muchos fueron torturados o asesinados; pero una vez más, casi no se han examinado debidamente estas situaciones. Un líder guerrillero calculó que 150 000 perecieron en esas «aldeas insalubres».[44] El FLN calculó que *anualmente* ocurría un número similar de muertes en las zonas de reasentamiento argelinas; 60% de todos los allí alojados eran niños. Esto fue confirmado, poco más o menos, por algunas fuentes francesas. Michel Rocard, inspector de finanzas de Francia y después primer ministro de su país, calculó un índice de mortalidad a comienzos de 1959 (después de una gran extensión de los centros de reagrupamiento) que —sobre una base de 800 000 internados en centros de reagrupamiento— era equivalente a 400 muertes diarias de niños, o 144 000 por año. Esto fue casi lo mismo que el número total de muertes de las matanzas directas organizadas por los franceses. También hubo señales de hambre masiva entre los refugiados en Túnez, 60% de los cuales padecieron tuberculosis.[45] El jefe leal Mutoko declaró acerca de la guerra de contrainsurgencia en Rhodesia: «Más de los nuestros están pereciendo dentro de las aldeas que afuera», es decir, en lucha armada.[46] También fue considerable el índice de muertes entre los mizos reagrupados en el nordeste de India.[47] Tales condiciones convirtieron los lugares de

reasentamiento —en contra de las intenciones de sus iniciadores— en centros de apoyo a la resistencia en países como Rhodesia, Argelia y Timor Oriental.[48]

La despiadada reubicación que hizo el gobierno socialista etíope de los ya debilitados tigrayans y wollo durante la hambruna y la guerra civil de 1984-1985, y su absoluta negligencia durante el proceso de reasentamiento produjeron miles de muertes adicionales.[49] Existen pruebas similares, aunque aisladas, acerca de los refugiados de la contrainsurgencia en Guatemala y en El Salvador durante la década de 1980, que fueron acosados y cercados en hostiles zonas de selva y montaña durante largos periodos por los militares de su propio país, quienes destruyeron sus reservas alimentarias y sus animales y mantuvieron bajo estricto control el comercio de alimentos, fertilizantes y aperos de labranza.[50] Parece ser que en Timor Oriental durante la ocupación indonesia, cerca de 80% de la mortalidad excesiva fue causada por hambre, agotamiento y enfermedades. Las peores muertes en masa ocurrieron entre los refugiados en las montañas y los bosques cuando fueron sitiados por el ejército entre 1977 y 1979, y luego, por hambre en los reasentamientos, hasta 1981. Se informó de números aterradores de enfermos en las aldeas recién ocupadas. Al llegar 1977 dos tercios de la población seguían viviendo fuera del alcance de los indonesios, que sólo dominaban los centros y las principales líneas de comunicación.[51] De una manera u otra, el «control de los alimentos» cobró un número terrible de víctimas. En una publicación de 1958 de las Sections Adminstratives Spécialisées en la Argelia francesa, se formuló el objetivo de «matar de hambre a los rebeldes y llevar así progreso a la aldea».[52] Todos los cereales fueron confiscados a los campesinos argelinos, y su ración anual fue fijada exactamente en 80 kg de cereal: menos de lo concedido por la Alemania nazi a los civiles soviéticos en la segunda Guerra Mundial.[53] Esto no quiere decir que no hubiese también abiertas matanzas en Guatemala, Timor Oriental y Argelia.

¿Qué apariencia tuvieron esas campañas de remoción? De 1933 a 1939, combatiendo a los nacionalistas y después a los rebeldes comunistas, Japón expulsó de las más remotas zonas rurales, o acarreó hacia al menos 10 000 aldeas estratégicas entre 3.5 millones y 5.5 millones de personas en Manchuria, además de un número no precisado en otras partes de China septentrional. Mantenidos tras empalizadas, paredes de lodo con alambre de púas, destruidas todas las casas fuera de las fortificaciones, a todos los habitantes se les registró y a muchos se les dieron limitados servicios de salud, créditos y alivio al hambre por las autoridades japonesas.[54] La resistencia siguió siendo enérgica al norte

de China, aun cuando 9 000 lugares con 11 millones de habitantes fueron declarados, adicionalmente, «aldeas de protección de las comunicaciones» al llegar 1942, bajo la supervisión de la Compañía Ferroviaria del Norte de China. Todas estas medidas fueron combinadas con brutales asesinatos. Sin embargo, este caso también podría considerarse como precursor de campañas ulteriores, pues la indecisión de los japoneses de armar a personas chinas significó que —aparte de un ejército más simbólico de 25 000, 63 000 policías y 72 000 en la Policía Interna de Seguridad— las milicias chinas (a menudo relacionadas con Sociedades de Ayuda Mutua, es decir, cooperativas) sólo desempeñaron un papel insignificante en el esquema de seguridad japonés, y aún no había un sistema general que integrara el reasentamiento, la política social y las milicias, como en todos los casos anteriores.[55]

Lo mismo puede decirse de la guerra civil entre los insurgentes comunistas y el gobierno nacionalista en Grecia, en que más de 700 000 habitantes de las zonas montañosas del norte, el noroeste y el centro tuvieron que refugiarse en improvisadas aldeas cerca de las ciudades en que habían vivido en la más abyecta necesidad. Entre 1947 y 1949 el ejército reubicó por la fuerza a la mayoría; pocos se fueron voluntariamente. En zonas más seguras, se instalaron las milicias. Decenas de miles emigraron tras la victoria de la derecha.[56] El reasentamiento obligatorio y el castigo colectivo habían formado parte de las regulaciones de emergencia en Malasia ante un levantamiento maoísta de 1948, pero hubo que esperar a 1951-1952 para que la planeada reubicación en masa cobrara forma. Más de 570 000 personas de los límites selváticos —en gran parte de origen chino, la mitad de ellos precaristas, la otra mitad campesinos, casi todos en los estados de Perak, Johore y Selangor, considerados sospechosos de apoyar a los guerrilleros después de haber sufrido muchas carencias desde la segunda Guerra Mundial— fueron reubicadas en 480 «aldeas nuevas». Otros 650 000 trabajadores de las plantaciones de caucho y las minas de estaño fueron «reagrupados» en terrenos de la compañía, en la que fue considerada como una de las mejores operaciones antiguerrilleras.[57] Anthony Short, autor de una historia oficial que le encargó el gobierno de la llamada Emergencia Malaya, llamó a esto «el mayor proyecto de desarrollo en el moderno sudeste de Asia» y «el mayor y acaso el más importante proyecto de ingeniería social del sudeste de Asia [*sic*] desde la guerra».[58] Como en otros países, el libre desplazamiento de personas fue severamente limitado por decreto y por práctica militar, y el comercio y el transporte de alimentos se mantuvieron bajo estricto control para impedir el traslado de provisiones a los insurgentes. En Vietnam del Norte, a las órdenes del general François Gonzalez Linarès, la

administración colonial francesa llevó por la fuerza a cerca de tres millones de personas, principalmente en el delta del río Rojo, con el lema de «pacificación mediante la prosperidad», a «aldeas protegidas» (después llamadas *agrovilles*), y las alentó a formar milicias entre 1952 y 1954. En Camboya, los franceses reubicaron en asentamientos fortificados a medio millón o más de campesinos que vivían dispersos en las fronteras.[59] Todo esto no pudo impedir la victoria del Viet Minh. El gobierno del Vietnam del Sur intentó hacer cierto número de reasentamientos y de obras para la milicia a partir de 1957, hasta que, a comienzos de 1962, se adoptó el plan de llevar sistemáticamente en sólo un año a la mayor parte de los 12 millones de habitantes rurales a 16 000 aldeas estratégicas. A finales de 1963 el número oficial había llegado a 8.7 millones en 8 500 aldeas.[60] Sin ayuda económica ni control demográfico, las guerrillas pronto se ganaron el apoyo de estos reasentamientos. Tras la caída del régimen de Diem en noviembre de 1963 se modificó el programa, y al llegar 1965 se habían disuelto todas, salvo 3 000 aldeas estratégicas. Sin embargo, esto no significó el fin de las prácticas analizadas en este capítulo. En años posteriores, las campañas de bombardeo de los Estados Unidos desplazaron a millones, y el reclutamiento en la milicia alcanzó su máximo de tres millones alrededor de 1969.[61]

En Argelia francesa la reubicación empezó con 300 000 de Aurès y de las zonas de la frontera oriental que fueron llevados a 250 nuevos asentamientos, o simplemente desplazados, comenzando menos de tres semanas después del levantamiento nacionalista-izquierdista del 1º de noviembre de 1954. Después, desplazamientos similarmente improvisados de más de dos millones de argelinos, con la resultante miseria y caos, obligaron al gobierno colonial a adoptar un plan de construir mil «aldeas nuevas», pero la mayoría de quienes habían perdido sus hogares fueron mantenidos en campamentos provisionales.[62] Las terribles condiciones generaron un considerable apoyo al FLN. En mitad de una intensa campaña de quema de aldeas y matanzas como respuesta a pequeñas operaciones de varias organizaciones guerrilleras, los militares guatemaltecos, bajo el general (luego convertido en presidente) Efraín Ríos Montt declararon un programa de «fusiles y frijoles». Éste incluía una amnistía a los refugiados, e invitaciones de retornar a las alturas del noroeste, algunos a aldeas nuevas ya repletas, aunque sólo después de que el ejército había controlado por doquier a las milicias. En pocos meses esto condujo al retorno de cerca de 700 000 refugiados.[63]

Para evaluar cuántas personas fueron desplazadas es importante observar que no todos los que llegaron a habitar aldeas estratégicas perdieron sus hogares. En Malasia, 32% de las Aldeas Nuevas se hallaban en sitios aislados, 16% eran «suburbios nuevos», 24% fueron construidas en torno de aldeas ya existentes y 28% no se clasificaron.[64] Posiblemente la cuarta parte de los 8.7 millones de personas acarreadas a aldeas estratégicas en Vietnam del Sur entre 1961 y 1963 fueron trasladadas luego a una ubicación nueva, particularmente en el delta del Mekong y en zonas *montagnard*. Las cifras auténticas de los reubicados acaso fueran superiores, dado que el principal asesor político, Nhu, se quejó de que hubiera demasiados reasentamientos. Mientras que en Vietnam del Norte los franceses habían organizado aldeas estratégicas donde eran comunes los asentamientos apretados, en el delta del Mekong la gente solía vivir en casas dispersas.[65] Sin embargo, el desplazamiento resultante de las campañas de bombardeos masivos de los Estados Unidos y los ataques terroristas, así como renovadas y sistemáticas reubicaciones en masa a partir de 1967, cobraron aún mayores dimensiones, elevando la cifra de los desplazados en Vietnam del Sur a cerca de nueve millones, o sea, casi la mitad de la población. Pese a las enormes sumas enviadas por los Estados Unidos, los esfuerzos de alivio siguieron siendo dispersos.[66] Los militares alemanes, la SS, la policía y la administración civil establecieron cerca de 100 *Wehrdörfer* en aldeas ya existentes de Bielorrusia, pero, adicionalmente, reubicaron al menos a 50 000 rusos, cosacos y caucásicos en la región. En Guatemala y en Timor Oriental toda la gente de aldeas modelo o de reasentamiento fue desalojada o refugiada. En Argelia, algunos reasentamientos —en especial, fuera de las zonas limítrofes evacuadas— se construyeron dentro de cinco o 10 kilómetros, mas la distancia podía ser hasta de 120 kilómetros.[67] Pero un desplazamiento forzoso, así fuera de sólo cinco a 10 kilómetros, dificultaba a los agricultores atender las cosechas en sus propios campos, especialmente en zonas montañosas o por alguna otra razón de difícil acceso, aun en los casos en que no estaba prohibido salir de la zona inmediata de la aldea.[68] Por lo tanto, no todos los señalados para la reubicación fueron a parar a aldeas estratégicas ni se quedaron allí. En tres «tierras confiadas a tribus» en Rhodesia, 60% de la población terminó en «aldeas protegidas», el resto huyó a Salisbury (Harare), a otras reservas o a los matorrales.[69] Como ya se mencionó, aunque disminuyeron las operaciones de los rebeldes armados, la oposición contra el régimen fue renovada por su propia brutalidad y por su incapacidad de ofrecer medios de vida a quienes había restringido todo desplazamiento, y el resentimiento comunal continuó entre los

habitantes de las aldeas estratégicas. Aunque algunos grupos que salieron beneficiados les dieron su apoyo, los «corazones y las mentes» del pueblo a menudo no fueron ganados; por ejemplo: en Malasia en las décadas de 1950 y 1960, y en el Vietnam del Sur, en Argelia, Kenia y el este de Angola.[70] Donde el reasentamiento pareció lograrse, como en Malasia y en Guatemala, por lo general no fue por causa de algún beneficio económico que generara para la mayoría, sino por la fuerza bruta.

FACTORES ÉTNICOS Y RELIGIOSOS

Donde los gobiernos coloniales y los ocupantes extranjeros intentaron impedir el triunfo de los movimientos nacionalistas, aprovecharon las diferencias étnicas y culturales existentes. Al poner de relieve las diferencias étnicas y religiosas trataron de determinar el discurso político y distraer al pueblo de las cuestiones sociales, la distribución de la tierra y la ilegitimidad del régimen colonial. El reasentamiento y otras medidas opresivas en Kenia británica tuvieron como blanco a los kikuyu (y a sus primos, merus y embus), y en Malasia británica al pueblo chino, pero también a los de origen malayo y a los pueblos indígenas, en tanto que favorecían a los malayos étnicos. Aquí, las segregadas Aldeas Nuevas significaron la «creación artificial de la monoetnia» en los asentamientos campesinos.[71] Los portugueses trataron de ponerse del lado de los fulas en Guinea-Bisáu, los yaos en Mozambique (por lo general, en contra de los makondas) y los ambundus en Angola.

Por otra parte, aglutinar gente en las zonas de reasentamiento u obligarla a escapar a las ciudades también podía nivelar las diferencias tribales y culturales forjando así, involuntariamente, una identidad nacional argelina, vietnamita o angoleña común.[72]

En cambio, los estados poscoloniales atribuyeron identidades culturales a las poblaciones de quienes sospechaban que estaban apoyando una insurgencia, y las llamaron traidoras a la nación, insistiendo en una unidad incondicional. En Tailandia se dijo que los insurgentes comunistas pertenecían a las minorías de China, Laos o Meos; en Kalimantan, Indonesia, que eran chinos, mientras que en Turquía fue obvia la discriminación contra los kurdos, y tres cuartas partes de los actos de violencia ocurridos en Guatemala afectaron a los mayas. El porcentaje de los indígenas así tratados fue aún mayor en Perú. En cambio, en Laos, los militares de los Estados Unidos y la CIA trataron de lanzar al pueblo Hmong contra el movimiento comunista del Pathet Lao. Aun durante la guerra

civil griega, los desalojos forzados afectaron principalmente a los macedonios, considerados eslavos o búlgaros, en zonas adquiridas por Grecia apenas en 1912.[73] Sin embargo, las autoridades turcas más recientemente han llamado «cuestión social» al problema kurdo, negando la etnicidad kurda.

Los grupos de insurgentes basados sobre todo en un grupo étnico trataron de acercarse a otros, mientras los colonialistas intentaban confinarlos por medio de propaganda, ofreciendo beneficios materiales y armando a otros grupos étnicos. En particular, las autoridades coloniales británicas, al subrayar las afiliaciones étnicas mientras trataban de mantener su imperio, ayudaron a fortalecer o a crear identidades étnicas, heterogeneidad y «comunalismo» mientras negaban que existiera una identidad común de kenianos, malayos, chipriotas, etc.[74] En Kenia las autoridades coloniales presentaron la deportación de la mitad de los kikuyu de Nairobi como una oportunidad económica para otras etnias (sobre todo nyanzas y ukambas), cultivando el ascenso de políticos y sindicalistas no kikuyu.[75] Las tensiones resultantes pudieron tener graves consecuencias para esos países poscoloniales aun cuando, como veremos, los ocupantes extranjeros hicieran un intento adicional por dividir más a las propias etnias discriminadas.[76]

Las autoridades también trataron de conservar su poder explotando las divisiones religiosas. Siguiendo la tradición colonial, actuaron por medio de comunidades cristianas. En Guatemala, ciertos grupos de protestantes privilegiados recibieron autorización de repoblar los devastados altiplanos del noroeste y se encontraron entre los primeros en organizar milicias, especialmente bajo el presidente «cristiano renacido» Ríos Montt. Los misioneros predicaron intensamente entre los detenidos en campamentos en Kenia y algunos se valieron de la fuerza física para convencerlos de que debían dejar de ser «mau mau», aunque la Iglesia protestante también hizo campaña contra ciertos abusos. Los franceses intentaron movilizar a varios grupos religiosos —entre ellos los católicos y en particular el Cao Dai—, en contra del Viet Minh.[77] El régimen de Diem en Vietnam del Sur dependió mucho de los católicos.

Resulta notable hasta qué punto fue utilizado el islam como instrumento contra las guerrillas izquierdistas. El católico y autoritario Portugal armó preferencialmente a miembros de la fula musulmana en Guinea-Bisáu y a musulmanes en Mozambique, y hasta les regaló boletos de avión a dirigentes fulas para ir a La Meca. El gobierno de Bangladesh enfrentó a musulmanes contra budistas, al animar a los colonos bengalíes a invadir las Colinas del

Chittagong después de 1972, y los apoyó u organizó militarmente. Los alemanes intentaron establecer musulmanes del Cáucaso en Bielorrusia en 1944, y en Argelia francesa se hicieron, al menos, planes de aprovechar la hermandad religiosa musulmana para mantener el régimen colonial.[78] En contraste, el gobierno griego casi no hizo nada en la guerra civil en favor de los musulmanes macedonios; atrapados entre las líneas, 18 000 de ellos escaparon a Turquía.[79]

También hubo un profundo barniz de religión en la guerra contra las guerrillas. La reubicación forzosa de masas, al destruir las costumbres y la fe que unían al pueblo con sus tierras heredadas, sus tumbas ancestrales, sus relaciones colectivas y sus nexos con los animales y la naturaleza, alteró las creencias localizadas de los habitantes rurales. Desarraigados espiritual y físicamente, los credos religiosos de los reubicados se volvieron, en realidad, más modernizados y más uniformes. La relativa pérdida de influencia de los viejos sobre los jóvenes, más orientados a la acción, reforzó este proceso.

«LEALES», MILICIAS Y RESULTADOS POLÍTICOS

Al combatir las guerrillas, los regímenes disparaban (según dice un proverbio alemán) cañones contra golondrinas. De esta manera, no sólo se atina a muy pocas golondrinas (guerrilleros), sino que se destruyen otras muchas cosas. Por lo general, las fuerzas del gobierno eran muy superiores en tecnología de armamentos y en recursos económicos, así como en tropas.[80] En la Malasia británica, las fuerzas del gobierno comenzaron con 21 000 hombres contra 5 000 insurgentes, en 1951 llegaron a una proporción de 25:1 y luego de 50:1 (300 000 contra 6 000).[81] Las cifras de Kenia fueron de 56 000 contra 12 000; de Argelia, 400 000 contra 8 000 (1956); en Vietnam del Sur 4:1 en 1964 y 8.75:1 en 1968, y en el África portuguesa de 149 000 a 27 000 en 1974 (excluyendo aquí a los milicianos). Los estrategas de la contrainsurgencia consideraban necesaria una ventaja de 10:1 para derrotar a una insurgencia.[82]

La participación de las masas en la violencia es un rasgo clave de las sociedades extremadamente violentas. De allí se origina un interés especial en la participación de la gente local en la violencia, y también en las oportunidades de participación política que se crean durante las guerras contra las guerrillas y, en sentido más amplio, un interés en el surgimiento de élites nuevas.

Reclutando a locales, los regímenes obtuvieron gran parte de su enorme superioridad en número de hombres.[83] Así se podía limitar el número de tropas que había que enviar desde la metrópoli (o desde la principal base social del

gobierno); «vietnamización», «africanización», etc., sólo vinieron después de que se había reclutado a muchos soldados estadunidenses, portugueses, franceses, etc., y que se había organizado en la patria un (impopular) reclutamiento, y después de que los costos políticos y financieros habían puesto en peligro al gobierno, es decir, después de que inicialmente se había reducido el porcentaje de vietnamitas, africanos, argelinos, etc.[84] En Malasia, Kenia e Indochina, Gran Bretaña y Francia también enviaron muchas tropas de sus imperios situados fuera de la llamada «Madre Patria», pero la mayoría de los soldados habitualmente procedía de la colonia misma (con excepción de Vietnam del Sur entre 1964 y 1969 y de Argelia). Por ejemplo en Malasia, en 1953, de 23 batallones de infantería regular, siete eran malayos, seis británicos y 10 de otras partes; se emplearon 40 000 fuerzas de la Mancomunidad Británica, 70 000 policías armados malayos y 300 000 milicianos *(Home Guards)*.[85] Al formar fuerzas locales los regímenes también respondieron a la necesidad de obtener el apoyo político local.[86]

Como resultado, el número de gente local en armas del lado del gobierno solía ser considerablemente mayor que el número de guerrilleros. En el África portuguesa los primeros superaban a los últimos por tres a uno, y en Argelia por seis a uno.[87] Lo que es más: los guerrilleros habitualmente atacaban y mataban a muchos más funcionarios locales, incluyendo a auxiliares, que a soldados de línea. Los insurgentes sufrían mayores bajas. Muchas de ellas eran causadas por los auxiliares, y lo mismo puede decirse de una gran parte de los sacrificios por civiles (que generalmente superaron a todas las demás bajas sumadas).[88] Las milicias llevaban divisiones a cada aldea. El resultado equivalía a una guerra civil. En tales conflictos multipolares, los bandos atravesaban incluso a las familias, como la del ganador del Premio Nobel de la Paz, Wangari Maathai, en Kenia.[89]

En Kenia, los Fusileros Africanos del Rey, la policía, la reserva de policía, los Territoriales del Regimiento de Kenia y los milicianos recibieron los mayores ataques de los «mau mau»; también fueron responsables de muchas de las muertes de combatientes insurgentes y civiles, y de gran parte de las torturas, violaciones y del terror en general en los campos de concentración y aldeas estratégicas bajo supervisión europea.[90] El incidente por el cual los británicos precipitaron la guerra de Kenia fue el asesinato del jefe cristiano y pro británico Wariuhia el 7 de octubre de 1952. Tan sólo dos semanas después, fue asesinado el primer europeo. En la mayor matanza de toda la guerra, que costó cerca de 400 vidas de civiles, los milicianos cometieron muchos de los asesinatos en

Lari, como represalia por la selectiva masacre cometida por los insurgentes, de más de 100 jefes, ex jefes, caciques (kikuyu), consejeros y prominentes miembros de la milicia *(Home Guard)* o sus parientes (y potenciales herederos, ya que el ataque inicial, como muchas pugnas internas de los kikuyu, se mezcló con un conflicto de tierras).[91] Incluso en las primeras etapas, el FLN argelino mató a cientos de los llamados traidores como *caids* y recaudadores de impuestos. Desde 1958, cuatro veces más musulmanes que europeos murieron en ataques del FLN.[92] Al llegar 1973, se dijo que el Frelimo había matado a 900 líderes tradicionales (entre ellos, 100 jefes) en Mozambique. Algunos estudiosos también señalan una guerra civil entre africanos durante la guerra de independencia de Zimbabwe, y matanzas intercomunales entre miembros de diferentes comunidades aldeanas en Ayacucho, Perú.[93]

Los motivos de los partidarios del régimen han sido muy poco estudiados. El término «leales» es engañoso pues aunque apoyaban a las autoridades en el poder, por lo general no empuñaban las armas por simpatía hacia los gobernantes.[94] En cambio, parecen haber luchado en favor de estructuras sociales, costumbres o valores tradicionales (a menudo, por razones religiosas), mientras que solían rechazar definitivamente todo cambio, o ideas relacionadas: particularmente el comunismo y cualquier liderazgo de los jóvenes.[95] En algunos casos, los historiadores han argüido que las milicias sirvieron a los locales para construir «sociedad, identidad y autonomía».[96] En Kenia, Bethwell Ogot distinguió entre ricos constitucionalistas, tradicionalistas y cristianos adversarios al levantamiento.[97] Sin embargo, no todos ellos se unieron a las milicias; por ejemplo, el moderado nacionalista Jomo Kenyatta, quien desaprobaba la violencia insurgente pero fue aprisionado por los británicos, era un rico terrateniente que se había casado con sendas hijas de dos jefes.[98]

También se ha citado una mezcla de pobreza y coerción como impulso de los auxiliares locales. En Turquía, los arrestos y los incendios y saqueos de propiedades ejercieron una presión masiva para que muchos se volvieran guardianes de las aldeas.[99] Por lo general, se ha dicho que los hombres que desesperadamente trataban de alimentar a sus familias se unieron a las milicias o a los militares como medio de supervivencia al verse amenazados por los militares, los insurgentes y el hambre.[100] Sin embargo, a los miembros de los Grupos de Autodefensa en las aldeas argelinas o la milicia en Kenia no se les dio ningún pago por sus servicios, aunque los últimos sí recibieron raciones alimentarias, concesiones fiscales, ropas y pagos de colegiaturas para sus

hijos.[101] Antes bien, fue el abuso de su recién adquirido poder por jefes y milicianos el que facilitó el lucro personal, una «acumulación primitiva»[102] por medio de extorsiones, robo y explotación.[103] En Perú, la cooperación entre milicianos, cultivadores de coca y traficantes de droga surgió en el marco de una caída en el mercado mundial de otros productos de exportación, mientras que en el sudeste de Turquía se informó oficialmente de un índice delictivo de 12% entre los guardias de las aldeas, incluyendo cargos de tráfico de drogas y de armas, delincuencia organizada, sobornos y secuestros.[104] La tendencia a acumular un verdadero poder fue minimizada en Rhodesia reclutando a africanos pobres de las ciudades, que se ofrecieron como voluntarios por altos pagos. Después, esto fue complementado con planes de crear una fuerza de guardias integrada por soldados negros.[105] Los milicianos obligaron a muchos aldeanos de Kenia a realizar trabajo comunal en sus propias granjas o en las de los jefes y caciques, en lugar de construir carreteras o escuelas.[106] Enseres del hogar, cosechas, ganado y otros animales se volvieron botín de los milicianos; también las patrullas civiles de Guatemala robaron tierras.[107] En general, las aldeas kikuyu consideradas leales recibieron favores extra, asignaciones especiales de azúcar, abastos médicos y vitaminas para los niños, como las habían recibido las aldeas estratégicas en poder de los alemanes en Bielorrusia.[108] En Perú, fueron frecuentes las acusaciones de apropiación de fondos del gobierno por dirigentes, nepotismo, empleo ilícito del trabajo comunal y manipulación de los comités de irrigación por jefes milicianos, mientras que en el Kurdistán turco una parte de la paga del gobierno para los guardias de aldea se la embolsaron los *aghas* (terratenientes feudales).[109] En Etiopía la milicia reclutó, al azar, a jóvenes de entre los reubicados, que empezaron a gozar de inmediatos privilegios, como alojamiento y alimento extra para ellos y para sus familias.[110]

Las estructuras en las que fueron armados los locales difirieron aun en el mismo escenario. Al término de la guerra en Guinea-Bisáu, había en el ejército 3 000 locales, 8 000 en la milicia civil y 7 000 «soldados de aldeas de autodefensa». Entre los auxiliares en Argelia francesa se encontraban los Grupos de Autodefensa, los *harki* (tropas complementarias de combate; ese término también fue empleado en sentido genérico para todos los auxiliares en Argelia), Grupos Móviles de Seguridad (policía), los *maghzen* (auxiliares armados de las «Secciones Administrativas Especiales» militarizadas) y varias formaciones más pequeñas.[111] En Vietnam del Sur, durante la década de 1960, el asesor militar británico Robert Thompson contó «aproximadamente» ocho

organizaciones militares o paramilitares: Fuerzas Armadas (ARVN), guardia civil (policía rural), Cuerpos de Autodefensa (milicia pagada), Gendarmería, Policía Nacional, una Fuerza Especial, la Juventud Republicana (vital en las aldeas estratégicas), Milicia de Aldea y «El Movimiento de Solidaridad de las Mujeres de Madame Nhu».[112]

El tamaño de las milicias dependía de muy diversos factores, sobre todo del racismo. Debido especialmente al racismo de los colonos europeos, las milicias del África subsahariana siguieron siendo pequeñas, ya fuese en Kenia, Angola o Rhodesia. El Mozambique septentrional siguió siendo una excepción.[113] En Argelia, se formaron estructuras de tipo milicia bajo el control centralizado de los militares o de la administración de Francia y así tuvieron que ser aceptadas por los colonos, quienes, en 1960, mantuvieron en las milicias a 110 000 hombres: uno de cada tres, europeos varones adultos.[114]

La falta de confianza en los auxiliares se reflejó en una escala inicialmente pequeña y en los limitados números de armas que se les entregaron: los guardias malayos de Kampung (establecidos en 1949 y armados tan sólo con escopetas) y la Fuerza Auxiliar de la Policía (integrada por malayos), en Malasia, fueron seguidas por la fundación de una milicia china en septiembre de 1950; en 1951 las tres se fusionaron, llegando a cerca de 300 000 hombres, un tercio de ellos chinos.[115] Para 1954, cerca de 250 000 milicianos malayos fueron equipados con 89 000 armas; en cada aldea china, la entrega de armas fue un proceso prolongado. En las Fuerzas de Autodefensa del Pueblo, en Vietnam del Sur, tres millones de miembros tuvieron que compartir 400 000 armas de fuego.[116] La entrega oficial de armas de las *rondas campesinas* comenzó en 1990 en pequeña escala, a las órdenes del presidente [Alan] García, del Perú, antes de ser aumentadas y legalizadas por [Alberto] Fujimori en 1992. Muchos compraron sus armas personalmente o en colectividad.[117]

En los estados poscoloniales el tamaño del ejército fue un factor que determinó, a su vez, el tamaño de la milicia. En Turquía y en Grecia ejércitos relativamente numerosos sintieron menos la necesidad de unas milicias grandes. En 1949 de 232 500 soldados en Grecia, tan sólo 50 000 pertenecían a la *Ethnophrourà* (Cuerpo de Defensa Nacional), pues los militares al principio vacilaban en emplearlos.[118] Por contraste, los soldados guatemaltecos sólo eran de 30 000 a 35 000, mientras que las Patrullas de Autodefensa Civil, oficialmente fundadas en septiembre de 1981, tenían 25 000 miembros a comienzos de 1982, 700 000 a finales de 1983, 900 000 a comienzos de 1984 y, todavía, cerca de 500 000 a comienzos de la década de 1990, antes de ser

disueltas en 1996. Durante un tiempo, todos los hombres del altiplano de entre 16 y 60 años de edad fueron obligados a ingresar a la milicia.[119] Incluso un ejército más grande, como el de Perú, organizó enormes milicias campesinas.

Las milicias no sólo fueron organizadas con objeto de aumentar el número de hombres o la capacidad de fuego, sino también para sembrar divisiones. Como lo dijo un oficial militar francés, el general Challe «lanzó esta política de aldeas de autodefensa no tanto por razones militares, sino porque vio en ella la única manera de atraer masas musulmanas a nuestro lado, de una vez por todas». Esto intensificó los movimientos de los guerrilleros y produjo un acercamiento entre insurgentes y civiles.[120] Las milicias también sirvieron para dar conocimiento de los lugares al régimen y proteger a los funcionarios de aldea, lo que los hizo indispensables para programas socioeconómicos como los de Perú y Vietnam del Sur.[121] En Guatemala las Patrullas Civiles ayudaron a poner las aldeas, con su administración, bajo estricto control militar; un panfleto del ejército llamó a esto la «Respuesta del Pueblo a un Proceso de Integración Política y Socioeconómica en Guatemala».[122] Sin embargo, bajo la superficie se intensificaban las separaciones, pese a las esperanzas de crear un espíritu de solidaridad nacional anticomunista entre los granjeros que colectivamente defendían su propiedad, superando así estilos de vida rural atomizados.[123]

Movilizar a los adversarios locales de las guerrillas bajo las armas, afirmando representar así una mejor formación sociopolítica, planteó, desde luego, la cuestión de conceder la participación política, al menos a los leales. Sin embargo, la expresión política no estaba volviéndose más libre; en cambio, lo que querían las autoridades y los estrategas eran unos movimientos políticos controlados por el régimen, con capacidad para descalificar a cualquier organización representativa (aun si sus miembros habían sido elegidos) y limitar su capacidad de tomar decisiones.[124] Empero, en los países independientes estos procesos dieron lugar a una parcial transferencia de poder, y a la postre en las colonias, pese a las vehementes y a menudo violentas protestas de los colonos europeos racistas,[125] a la independencia formal, aun cuando los colonialistas afirmaran haber ganado la guerra.[126]

Las tácticas británicas se caracterizaron por «dividir al movimiento nacionalista; construir un foco político moderadamente alternativo; aislar a los nacionalistas radicales, dando apoyo a organizaciones étnicas».[127] En Malasia las autoridades esperaban de los políticos y los partidos locales la Organización Malaya Nacionalista Unida y la Asociación Malayo China, «una educación

política» que inmunizara al pueblo contra el comunismo.[128] A partir de 1952 un número creciente de aldeas malayas había elegido concejos[129] (lo que también se presenció en Argelia)[130] y se aumentó la parte china del electorado en las elecciones regionales, pero las elecciones generales, pedidas por los políticos chinos, fueron aplazadas durante largo tiempo.[131] Al organizar unas elecciones amañadas en Kenia en 1957-1958 los británicos dieron desigual registro y representación de votos a las zonas tradicionales, para recompensar a las élites africanas leales.[132] Unas elecciones locales y unas reformas administrativas también amañadas pudieron conducir, asimismo, a la decadencia de las viejas élites como los *caids* en Argelia, donde una mezcla de élites nuevas y antiguas (funcionarios de pueblos, comerciantes, ex soldados, miembros de la milicia, «y otros líderes potenciales») fueron preparadas en administración y presupuesto o en cuestiones cívicas.[133] En contra de su suposición de que la población de los centros de reagrupamiento argelino podía ser «totalmente destruida, homogeneizada, aplanada y reducida a la última etapa de miseria», Pierre Bourdieu encontró, en un estudio del consumo de los hogares, que existían «todas las diferenciaciones que uno espera encontrar en una población normal».[134] Siguiendo un enfoque más integracionista, Portugal otorgó la ciudadanía a sus súbditos coloniales africanos en 1961, abolió los trabajos forzados en 1962, puso fin a la segregación racial en instalaciones públicas en 1971, y declaró a Angola y Mozambique «estados» dentro de la «nación» portuguesa en 1972. Los africanos empezaron a ser promovidos a altos puestos administrativos.[135]

El régimen de Diem en Vietnam del Sur, mientras pedía la movilización en masa al nivel de las aldeas, había remplazado las tradicionales elecciones por el nombramiento de funcionarios, antes de recurrir a las elecciones a los niveles de consejo de aldea. El hecho de que mejores comunicaciones, periódicos y programas de radio especiales fueran parte del programa de aldeas estratégicas muestra la intensidad del adoctrinamiento gobiernista. Mientras que los insurgentes ofrecieron voz y voto y dieron un papel en la política a los locales, el gobierno sólo celebró elecciones de aldea entre 1967 y 1969.[136] El compartir el poder político y el nacimiento de las milicias negras parecieron ser el único medio para librarse del régimen de Smith en Rhodesia, donde las milicias cayeron bajo el control del partido del obispo Muzorewa, partidario de los cambios moderados.[137] El gobierno de la India hizo similares intentos en Mizoram, sobre todo mediante la Conferencia del Pueblo de Mizo.[138] Japón creó estados dependientes del gobierno formal en Manchuria (Manchukúo) y en

China para fortalecer una actitud cooperativa, y Alemania, por lo menos, permitió que se reuniera un Rada (parlamento) Central en Bielorrusia en 1944.

En los estados poscoloniales los resultados fueron sumamente variados. Mientras que en Guatemala se celebró un proceso de paz en el que organizaciones de la sociedad civil desempeñaron un papel importante, la sociedad civil en Perú (que volvió al régimen civil-democrático en la década de 1980, en los principios del levantamiento) se había descompuesto a comienzos de los años noventa, y desapareció la insurgencia con una total victoria del gobierno. A diferencia de Guatemala, las organizaciones civiles étnicas de pueblos indígenas no cobraron ninguna importancia, y prevaleció una ideología de integración nacional burguesa *(peruanidad),* que dio por resultado pocos votos en la elección en el altiplano.[139]

En cierto aspecto, la diferencia de los resultados políticos fue notable. Básicamente, en todas las naciones-Estado poscoloniales mencionadas, el gobierno logró mantener el sistema socioeconómico (y casi todo el sistema político) con la sola excepción de Etiopía. Las insurgencias de Grecia, Filipinas, India, Tailandia, Guatemala, El Salvador, Turquía Oriental, Perú y Bangladesh no lograron triunfar. Pero la mayoría de los imperios, antiguos y nuevos (Alemania, Japón, Francia, los Estados Unidos, Portugal, Rhodesia, Indonesia) no logaron sofocar por completo los movimientos guerrilleros.[140] Gran Bretaña, al parecer, triunfó pero no pudo impedir la independencia de Malasia ni de Kenia.[141] Pese a ser siempre económicamente débil, el gobierno poscolonial logró concentrar mayor poder y a veces mayor apoyo interno para evitar la derrota.[142]

LA TRANSFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD

El enfrentar a unos grupos de población contra otros no bastó para recuperar el dominio de las zonas rurales, influidas por un movimiento de insurgencia. Más allá de los derechos políticos, y con una represión brutal, las autoridades necesitaron ofrecer a sus súbditos leales la oportunidad de un ascenso social y mejores condiciones de vida. Las metas de «desarrollo» se convirtieron en ingrediente habitual de las campañas antiguerrilleras que estabilizarían la sociedad dentro de un marco capitalista.[143] Los gobiernos, por ello, prometieron nuevas ventajas y servicios, como agua corriente, luz eléctrica (a menudo limitada tan sólo a un perímetro), escuelas, clínicas, tiendas, mercados y mejores técnicas agrícolas.[144] Pero esto requeriría asentamientos cercados que,

dicho sea de paso, eran más fáciles de controlar militar y políticamente.[145] A veces se fusionaron las operaciones militares y la acción cívica, como en las Unidades Guatemaltecas de Asuntos Civiles y Desarrollo Local (S-5) o los Coordinadores Interinstitucionales.[146] En los *aldeamentos* de Mozambique se colocaron anuncios con el lema «agua para todos»; el gobernador militar portugués Spinola llevó adelante su campaña en Guinea-Bisáu en 1968 con el anuncio *Um Guiné Melhor* (por una Guinea mejor), y el Servicio de Información de los Estados Unidos repartió panfletos en las aldeas estratégicas de Vietnam con el lema «Hacia la buena vida». El programa del gobierno regional salvadoreño de 1983, basado en ese modelo, pretendía dar «Bienestar para San Vicente».[147]

Así, las autoridades intentaron inducir o acelerar el cambio social. La siguiente modernización forzosa junto con los programas de reasentamiento pretendían reestructurar el campo. En el sentido económico, las planeadas aldeas estratégicas significaban la consolidación de la tierra, la supresión de la agricultura marginal y la eliminación de los asentamientos dispersos. Equivalía a igualar las pequeñas granjas, las aldeas, los servicios sociales y, a menudo, los alojamientos. Consecuencias menos igualitarias incluyeron una ascendente movilidad social para las élites nacientes que aprovecharan las oportunidades ofrecidas en la administración o las milicias, o que tuvieran éxito en el comercio.

Esto traería profundos cambios sociales, ya que la mayoría de las zonas afectadas eran remotas, caracterizadas por una agricultura marginal, escasa integración en el mercado, una infraestructura débil y, a menudo, analfabetismo.[148] El reasentamiento, que sería un instrumento para el triunfo militar, se volvió, por lo tanto, uno de los objetivos de la reconfiguración de la sociedad. Como lo dijo Robert Thompson, especialista británico en contrainsurgencia que actuó en Malasia y que de 1961 a 1964 fue asesor del gobierno sudvietnamita, las aldeas estratégicas habían de poner a campesinos tradicionalistas, individuales y aislados en contacto con el mundo: «Esta actitud ya no va de acuerdo con los tiempos ni con la aspiración general de progreso y avance». Había que eliminar la agricultura trashumante y el cultivo en las faldas de las colinas y riberas de los ríos.[149] Haciendo referencia a las «Etapas del crecimiento económico» de Walt Rostow, el hermano y principal asesor político del presidente de Vietnam del Sur, Ngo Dinh Nhu, dijo a los leales al régimen que las aldeas estratégicas servirían para descartar la «sociedad tradicional» y facilitar el «despegue» económico.[150] De manera similar, en los apiñados

asentamientos de las Colinas de Chittagong, en Bangladesh, las comunidades indígenas fueron obligadas a abandonar el cultivo trashumante para cosechar frutas o dedicarse a un trabajo asalariado.[151] El teniente coronel Rebocho Vaz, ex gobernador del distrito Uíge de Angola, ya había dicho en 1963 que Portugal sólo podría ganar esa guerra «con una transformación radical del medio social que aún hoy existe».[152] En Perú, los oficiales del ejército que consideraban que el desarrollo económico estaba siendo descuidado por combatir a Sendero Luminoso fueron marginados; sólo hacia 1990 ganaron terreno confesiones como la del general Adrián Huamán («definitivamente hay una violencia estructural», «el pueblo [...] protesta contra la injusticia y la inmoralidad»).[153] El Plan Nacional para la Seguridad y el Desarrollo del ejército de Guatemala, en 1982, cuando se formó la división S-5 de Asuntos Civiles, declaraba que las causas de la «subversión eran heterogéneas, basadas en injusticia social, rivalidades políticas, desarrollo desigual y los dramas del hambre, el desempleo y la pobreza». Sin embargo, tales actitudes habitualmente iban de la mano con opiniones nacionalistas y frecuentemente racistas, según las cuales las perspectivas locales eran obstinadamente atrasadas y sostenidas por un pueblo al que había que obligar por medio de un modernizador proceso de desarrollo.[154]

Uno de los principales estrategas de la contrainsurgencia guatemalteca, el general Héctor Gramajo, de acuerdo con analistas, pensó que la «subversión podía ser disuadida mediante una modernización agrícola basada en una producción orientada hacia el mercado y la consolidación de la propiedad privada de la tierra en las comunidades mayas». El propio Gramajo dijo que esa estrategia era «nacionalista, igualitaria, desarrollista y reformista»,[155] y que requería atacar la agricultura de subsistencia. Un coronel y ex comandante de zona en el norte de Guatemala recordó que «era crítico expulsar de la tierra a los campesinos: mostrarles quién mandaba, convencerlos de que la guerrilla no podía protegerlos, quebrantar el ciclo de la producción agrícola que alimentaba a campesinos y a guerrilleros. “Dos estaciones por lo menos”».[156] Una mejor integración nacional también podía significar un daño a las redes existentes de mercados regionales, que en Guatemala eran dirigidas por indígenas, a quienes convenía fomentar su autonomía.[157] Según un estudioso argelino, los reasentamientos aislados o repetidos que una persona tenía que experimentar servían a las autoridades francesas en ese país como una «cirugía social» que, junto con el nuevo hábitat, modificaría las percepciones sociales, interacciones y pensamientos, aflojaría los nexos de parentesco y dividiría a las familias

grandes en unidades nucleares: una aplicación de las teorías de Claude Lévi-Strauss.[158] Walt Rostow, asesor de seguridad nacional del presidente Kennedy —decidido partidario de la teoría de la modernización y autor del «manifiesto no comunista» *Las etapas del desarrollo económico*— afirmó en 1961 que el inevitable proceso de modernización estaba alterando a muchos países del Tercer Mundo; los comunistas intentaban explotar esto, y sus adversarios tenían que responder con «programas de desarrollo de poblados, comunicaciones y adoctrinamiento», así como con violencia.[159]

En realidad, desde antes de que empezaran las guerras de guerrillas, la rapidez del cambio socioeconómico a menudo fue asombrosa, y con ella la difusión de la desigualdad que, para empezar, espoleó la insurgencia. Con frecuencia se vieron afectadas remotas montañas, selvas o zonas pantanosas,[160] ya que los muy tradicionales estilos de vida de la agricultura sedentaria y la ganadería nómada fueron socavados por la rápida penetración de elementos de producción capitalista, que desplazaron de sus tierras a muchos. Al comienzo de la guerra de descolonización en Argelia, en 1954, dos tercios de los adultos en edad laboral quedaron desempleados (un millón) o subempleados (dos millones que trabajaban menos de 100 días de trabajo asalariado al año). La diferenciación social había avanzado radicalmente, colocando a colonos europeos en lo alto de la jerarquía, y sólo 4% de los productores agrícolas islámicos representaba un tercio de la producción musulmana.[161] Símbolos del nacimiento de los nuevos estilos de vida causados por la penetración capitalista incluían caminos asfaltados, radios de transistores, dinero en efectivo y fertilizantes minerales. Esto, a menudo, fue acompañado por tensiones. El pueblo meo del norte de Tailandia recordaría después que había vivido en perfecta armonía con los karen «hasta la introducción de caminos en la aldea».[162] En zonas rurales del delta del Mekong, en el decenio de 1960, la gente empezó a notar nuevos estilos de ropa, música y conducta influida por los medios urbanos. Entre las insignias de esta nueva época se encontraron bolsos de plástico, motocicletas y máquinas de coser. Durante las décadas de 1960 y 1970, animada por el nuevo movimiento cooperativo nacional, la gente empezó a viajar más lejos de su zona local en los altiplanos de Guatemala, incluso algunos indígenas que adquirieron una educación superior; aparecieron servicios médicos, calles, agua entubada y fertilizantes; por doquier había radios y el dinero empezó a volverse de uso general.[163] En el distrito de Nyassa, en el norte de Mozambique, fue «sólo a finales del decenio de 1960 cuando se sintió la presencia portuguesa y cuando empezó a emplearse dinero en las

transacciones de comercio y trueque»[164] por la época en que comenzaron las guerrillas. «Mientras tanto, radios de transistores, bicicletas, azúcar, ropas adicionales y otras cosas —a menudo, mediante pagos a plazos— se introdujeron en el *kraal*.»[165] La educación tradicional, los contratos matrimoniales y los ritos religiosos fueron socavados en los altiplanos del centro de Kenia antes del levantamiento de 1952. En el Kurdistán turco, desde la década de 1950, al desplomarse el feudalismo cientos de miles empezaron a abandonar la tierra para irse a Diyarbakir, Estambul, Ankara o Adana, ciudades de las zonas kurdas o de Anatolia Occidental. Algunos órganos de la prensa pidieron hacer esfuerzos en materia de educación y de economía, lo cual permitiría la turquización y destrucción de los sistemas tribales alrededor de 1970, antes de la guerra de guerrillas.[166] Así, el presidente turco, Özal, hablando con el embajador de los Estados Unidos, Abramowitz, en marzo de 1993, aseguró que «la mitad del pueblo del sudeste ya se había ido, básicamente por razones económicas» (un cuadro demasiado idílico); dado que la gente vivía en la miseria, era necesario «instalar incentivos para hacer que la población que quedaba en el sudeste se fuera».[167] Estos incentivos fueron verdaderamente brutales. En Rhodesia, 113 000 africanos habían sido expulsados de sus tierras tribales desde antes de la unilateralmente declarada independencia, en 1965, para dejar el lugar a los colonos blancos.[168] En los Andes peruanos la vida cambió en las décadas de 1980 y 1990, durante la guerra, cuando la gente empezó a escuchar la radio, a usar tenis y a beber Nescafé. Pero algunos procesos, como el de la migración, ya se habían iniciado desde antes.[169] En el curso de tales cambios, el nivel de vida y el consumo de calorías per cápita entre la clase baja cayeron radicalmente en países como Perú y El Salvador, aunque sus gobiernos dijeran que la mortalidad infantil se había reducido durante el conflicto.[170]

En muchos casos, el auge de las mercancías en las colonias durante la segunda Guerra Mundial hizo que nuevas tierras fuesen abiertas al cultivo por los europeos, que se invirtiera capital en la mecanización de la agricultura y que se pusieran crecientes restricciones coloniales a las actividades económicas africanas o asiáticas, en beneficio de los colonos blancos. En Kenia se limitaron los créditos a los africanos, se prohibió el cultivo del café y se restringieron los derechos de pastoreo; los africanos se vieron en desventaja por los bajos precios oficiales de los cereales fijados por la junta de comercio, y muchos fueron expulsados de sus tierras. Los granjeros europeos trataron sistemáticamente de convertir a los precaristas en trabajadores asalariados. Oficiales de distrito

observaron la simultánea «tendencia a crear una clase terrateniente [africana]» o una nobleza «kulak». Al llegar 1948, uno de cada cuatro kikuyu ya vivía como asalariado o como «precarista», fuera de las reservas designadas. Sus vidas se volvieron miserables por la inflación desencadenada por el mismo auge.[171] Cuando se les prohibió el cultivo del café y se disiparon las perspectivas de educar a sus hijos, muchos habitantes de los campos se unieron a la insurgencia.[172]

Tales cambios se aceleraron en las guerras contra las guerrillas, durante las cuales los regímenes trataron de impulsar la modernización. De 1948 a 1963 el número de colonos blancos en Kenia casi se duplicó, pasando de 29 700 a 53 000 (con planes de volver a duplicar esa cifra), y el número de «indios» pasó de 98 000 a 177 000. «Paradójicamente, este periodo de crecimiento, el más rápido de la inmigración blanca en toda la historia colonial, coincidió precisamente con lo más enconado de la lucha en esta emergencia», afirma David Anderson.[173] No resulta una gran paradoja si el hambre de tierras de los blancos fue precisamente lo que azuzó las tensiones, que condujeron al levantamiento, y las luchas entre los propios africanos. El influjo de colonos, la acumulación de tierra y la inflación crearon una diferenciación social muy particular y, por lo tanto, provocaron un levantamiento antes que en los países vecinos.[174]

De manera similar, el número de europeos en Angola y en Mozambique casi se cuadruplicó entre 1940 y 1960, y tras el comienzo de la insurgencia de 1961 volvió a duplicarse en Angola de 1960 a 1970, mientras aumentaba más de 50% en Mozambique: de 44 100 a 172 500 y a 350 000 en Angola, y de 27 400 a 97 200 y 150 000 en Mozambique.[175] Aunque casi todos ellos se establecieron fuera de las zonas de combate, Angola y Mozambique presenciaron una expansión económica masiva durante las guerras de descolonización, con una tasa media de crecimiento de 11 y 9% anual, respectivamente. El reasentamiento en Angola Central dejaría tierras libres a los colonos blancos. Atraída por las autoridades portuguesas en cambio, la inversión industrial en Mozambique aumentó enormemente, sobre todo la inversión extranjera (ante todo británica) en proyectos orientados a la exportación. Para 1975 también Mozambique «exportó» cerca de 100 000 trabajadores a Sudáfrica y a Rhodesia.[176] Durante las insurgencias, la construcción condujo a la duplicación de la longitud del sistema carretero de Angola, mientras que el aumento en Mozambique fue de un tercio y en Guinea-Bisáu de una sexta parte (sin contar las mejoras de calidad).[177] El consorcio Zamco, que construyó la presa de Cabora Bassa en la

provincia Tete de Mozambique, fue encabezado por capital francés, alemán occidental y sudafricano, y también incluyó compañías de Portugal, Italia y Suiza. De manera similar, el proyecto de la represa turca Ilisu depende de capital privado y público extranjero, que no se ha conseguido hasta el momento.[178] Sin embargo, a diferencia de Kenia, la inmigración blanca en el norte de Mozambique (así como en Rhodesia) impidió el nacimiento de una clase media negra de granjeros y otros, «nivelando a la gran mayoría en un estado de extrema pobreza» al privar a los africanos de la producción de algodón, cereales y carne, limitando así el surgimiento de «leales» durante las guerras de independencia.[179]

Los proyectos de construir presas a menudo se volvieron estratégicos motores del cambio en las zonas insurgentes, en los que también participaban capital extranjero y expertos en «desarrollo». Las represas debían facilitar la industrialización al dar electricidad, que sería un incentivo para la industria de la construcción y haría posible una agricultura intensiva por medio del riego en gran escala. Esto habitualmente incluía la sustitución parcial de la población local y dejaría sumergidas las tierras más fértiles. En el sudeste de Turquía, 12 de 22 grandes presas planeadas quedaron completas por el año 2003, desalojando a 350 000 locales, en su mayoría kurdos, pero atrayendo, en cambio, con nuevos empleos a los de origen turco, así como a algunos de los desplazados. Tan sólo para construir la presa de Ilisu hubo que destruir 184 aldeas, 85 de las cuales, de todos modos, ya estaban «supuestamente vacías» como resultado de las medidas de contrainsurgencia.[180] Si aceptamos la cifra de cuatro millones de kurdos que tuvieron que abandonar sus hogares durante la opresión de la insurgencia, en el decenio de 1980, 9% de ellos tuvieron que irse por la construcción de presas. En la provincia Tete, de Mozambique, la presa Cabora Bassa, de 325 metros de alto, supuestamente permitiría el asentamiento de un millón de nuevos colonos blancos, mientras que 25 000 africanos tendrían que abandonar sus hogares. En torno de la presa Cunene, en el sur de Angola, otro proyecto de la década de 1970, se establecería un millón de portugueses. En ambos casos, los pastores y campesinos africanos ya habían sido reubicados en aldeas estratégicas para contar con ellos como reserva laboral.[181] Planes de enormes obras hidroeléctricas también se hicieron en la proyectada faja de «desarrollo» transversal del norte de Guatemala, entre 1972 y 1974 —en la misma zona que pronto sería de guerra; grupos independientes dicen que algunas de las últimas matanzas cerca de la presa de Pueblo Viejo, en el noroeste del país, se cometieron para expulsar a los campesinos que se

negaban a salir de allí—.[182] En Pakistán Oriental la construcción de la presa Kaptai, entre 1959 y 1963, coincidió con el comienzo del conflicto de las Colinas de Chittagong, causando un desplazamiento de masas y haciendo comprender a los locales que serían privados de sus tierras, su modo de vida y su cultura.[183] En términos generales, los sitios de construcción de presas se volvieron campos de batalla militares y políticos, por diferentes visiones del futuro de la sociedad.

No en todas partes fue igual el acceso a los recursos enviados a las zonas de reasentamiento o reservadas a los desplazados. En Grecia, individuos, grupos y asociaciones compitieron entre sí en retórica anticomunista para conseguir fondos de ayuda. Las redes de patrocinio más prometedoras que surgieron incluían a diputados, funcionarios de la administración, oficiales del ejército, la policía, veteranos y jefes de las milicias locales.[184] La conexión directa de los regímenes con los intereses de los grandes terratenientes puso límites a la equidad. Por ejemplo, la cuestión de la tierra en Guatemala quedó sin resolverse, y en Vietnam del Sur la reforma agraria fue lenta y limitada y sirvió, en parte, para redistribuir y devolver tierras a antiguos propietarios que habían sido desposeídos por el Viet Minh. El restablecimiento del gobierno significó allí «el retorno de los terratenientes y la recaudación de rentas atrasadas».[185] Los planes de reforma agraria británicos en Kenia, mencionados repetidas veces en el Plan Swynnerton de 1954, se harían mediante la concentración parcelaria, escrituras de tierras y cultivos comerciales para abastecer a una parte de los kikuyus con granjas viables, en tanto que otros enviarían mano de obra a granjas europeas y africanas. Este plan —«estabilizar una clase media conservadora, basada en los leales», como resumió su propósito M. P. K. Sorrenson— sólo funcionó a resultas de los desplazamientos en gran escala, intimidación y trabajo forzoso. Sin embargo, la generación de empleos por este esquema de acumulación de tierras siguió siendo baja; la distribución de tierras fue más limitada de lo planeado y los desplazados exigieron enérgicamente su parte.[186] En El Salvador grandes extensiones de más de 100 hectáreas fueron excluidas de la redistribución, los pequeños propietarios (pero no la gente sin tierras) fueron los beneficiados de la reforma agraria, y si la presión por las tierras se redujo un poco en 1990, esto pudo ser más porque una sexta parte de la población había huido del país.[187] La reforma agraria habría amenazado los fundamentos mismos de colonias como Argelia, por lo que el racismo de los colonos y los intereses de los latifundistas casi la impidieron, y la generación de empleos siguió siendo baja.[188] Modestos «títulos de propiedad» hasta de un acre de tierras en las «aldeas protegidas» de Rhodesia no fueron reconocidos

por los aliados tradicionales del gobierno blanco: los jefes africanos deseosos de mantener su dominio sobre la distribución interna de tierras entre los negros.[189]

En los procesos de diferenciación social aquí esbozados intervinieron forjadas élites locales que, en diversos grados, consistían en los tradicionalmente y los recién privilegiados. Esto contribuyó a la génesis de las guerras de guerrillas, y a hacerlas más sangrientas. Miembros de la milicia, administradores y comerciantes formaron una nueva «clase de aprovechados».[190] El arresto de muchos líderes políticos kikuyu en la Kenia británica hizo surgir a dirigentes kikuyu más jóvenes y a élites de otras etnias.[191] Por otra parte, las milicias a menudo fueron organizadas o controladas por las élites antiguas: en Kenia, por caciques, jefes y líderes religiosos (que recibieron ciertas oportunidades, pero también quedaron bajo presión de los desposeídos en los conflictos cada vez más graves durante la creciente penetración capitalista); en Malasia, por comerciantes, miembros ricos de la comunidad y miembros del Guomintang; en el sudeste de Anatolia, por jefes de clanes que se oponían al nacionalismo kurdo y al comunismo (mientras que otras *aghas* apoyaban al PKK); en los altiplanos de Guatemala, por *ladinos* y sacerdotes de las Iglesias evangélica y católica.[192] Un estudio local efectuado en Guatemala muestra que figuras importantes en la estructura del poder local como prestamistas, dueños de tiendas y cantinas, y alcaldes se volvieron comisionados militares o jefes de patrullas. Casi todos éstos habían sido soldados, lo cual coincide con la observación de que para 1986 las acciones de la Patrulla Civil habían dejado atrás las matanzas indiscriminadas para asesinar, selectivamente, a «líderes en ascenso de la comunidad», a rivales, refugiados que hubiesen retornado, quienes se oponían a las funciones de patrulla y activistas locales por los derechos humanos. Ex comandantes de la Patrulla Civil conservaron considerable poder aun después de desbandadas las patrullas, y los *ladinos* les quedaron agradecidos por haber logrado conservar así su estilo de vida.[193] Pese a las aspiraciones del régimen de Diem en Vietnam del Sur de librarse de las viejas y conservadoras élites «antipatrióticas», entrenadas por los franceses, y de crear una nueva sociedad estratificada —tres clases que consistirían en los combatientes y sus familias, los jefes de aldea y funcionarios elegidos, y en campesinos y obreros pobres—, fueron los antiguos detentadores del poder quienes continuaron dominando las aldeas.[194] La persistencia de las viejas élites llegó a tal punto que en el Mozambique poscolonial socialista, la «aldeización» produjo estratificaciones sociales según los distintos linajes, en

contra de todas las intenciones.[195] Al parecer, las patrullas de campesinos de Perú fueron organizadas colectivamente por comunidades indias; muchos de sus jefes habían ocupado antes altos puestos entre los insurgentes de Sendero Luminoso, indicando así su aspiración a un ascenso social cualquiera que fuese la ideología prevaleciente. Esto puede vincularse con un proceso de diferenciación social después de la reforma agraria de finales de los años sesenta, y con la introducción o el fortalecimiento de la propiedad privada de la tierra, que había creado muchas pequeñas granjas.[196] Se ha afirmado que la participación de los campesinos en las guerrillas de Rhodesia también fue impulsada, aparte de la opresión y explotación de los blancos, por desigualdades entre africanos, como acceso diferenciado a la educación, las oportunidades de empleo y la distribución de la tierra. Durante la lucha, muchos jóvenes insurgentes buscaron obtener ventajas sociales.[197] De igual modo, la radicalización de los juramentos en Kenia colonial, que dio lugar a la insurgencia del Ejército de Tierra y Libertad («Mau Mau»), provino de jóvenes sin tierras, que a menudo fueron expulsados como precaristas.[198] Mientras tanto, las diferencias sociales fueron niveladas en las «Aldeas Protegidas» debido a la pérdida de casas, de tierras para cultivar tabaco y otras cosechas, y al fortalecimiento de los nexos laborales comunales. Las milicias desafiaron la autoridad de los ancianos.[199]

Con este ascenso de jóvenes agresivos llegaron el conflicto generacional, y la erosión de los valores éticos tradicionales y de las normas y formas de la aplicación comunal de la justicia. En Guatemala, el sistema de Patrulla Civil socavó los mecanismos comunitarios de solución de conflictos, pero también remplazó partes del antiguo sistema judicial «como institución para resolver conflictos y disputas locales».[200] La pérdida de ancianos y antepasados y la disolución de las familias también implicó que desaparecieran las tradicionales costumbres, los valores, el respeto mutuo y la obediencia; este proceso había empezado desde antes debido a la emigración laboral.[201] En Perú los jefes de la milicia campesina adquirieron una variada influencia sobre la organización de la vida comunal, pero en gran parte quedaron al margen de los esfuerzos económicos por el «desarrollo» patrocinados por el extranjero en el decenio de 1990, y las patrullas fueron disueltas con relativa facilidad.[202]

Pierre Bourdieu ha tratado de describir las consecuencias del reasentamiento forzoso de masas durante la guerra contra las guerrillas en su estudio de la sociedad argelina.[203] Los militares franceses prefirieron evacuar aquellas remotas zonas del país que hasta entonces habían sido las menos

afectadas por el dominio colonial. Las regiones limítrofes y montañosas perdieron una población que huyó al extranjero, a Francia, a las ciudades, o que fue transferida a zonas de reasentamiento planeadas, asimismo, para «asegurar la emancipación de las masas musulmanas». Hombres adultos a menudo fueron separados de sus familias y las mujeres fueron llevadas al lugar de trabajo y a la esfera pública y política. El desplazamiento —tal es el punto central del análisis de Bourdieu— produjo un resquebrajamiento de las antiguas formas de conducta y de costumbres, de familias extensas, de clanes y de comunidades aldeanas. Los 200 000 nómadas del país sufrieron la transformación más radical al verse obligados a vivir en asentamientos, tras cercas con alambre de púas, mientras el ritmo de la vida diaria era gobernado por el toque de queda. Por la separación de su propia tierra, los campesinos quedaron desmoralizados y perdieron su deseo de trabajar, pasando por una «desruralización» y a «vivir en tugurios o villas miseria»: la conversión en habitantes de favelas y clientes de instituciones de bienestar social. Según Bourdieu los agricultores fueron transformados en un «subproletariado que había perdido todo recuerdo de sus antiguos ideales de honor y dignidad, y que vacilaba entre actitudes de mansa resignación y de ineficaz rebelión», alimentando su resentimiento contra los colonialistas.[204] Otros hablaron de «pautas urbanas de vida que cundían rápidamente entre [...] "urbanos" sin ciudades» y la «brutal proletarización o lumpemproletarización de un gran número de campesinos».[205] También en Rhodesia, el «reasentamiento en estas aldeas significó el cambio de una comunidad rural a una urbana, con el consiguiente aumento de prostitución, delincuencia, vagancia y desnutrición», causadas por el cambio súbito e involuntario.[206] Esta traumática crisis de identidad cultural[207] ha sido llamada una «proletarización de los campesinos», en el sentido de que fueron separados de sus medios de producción (pues la población agrícola se había desplomado), mientras que a menudo no llegaban a ser trabajadores asalariados.[208] En lo tocante al espacio el desplazamiento interno podía volverse el primer paso hacia la mudanza a ciudades más grandes y ambientes en general urbanos en el extranjero, como en el caso de Argelia, Grecia y El Salvador.[209]

Sin las ventajas de la retrospectiva, Bourdieu sí observó que algunos argelinos aprovecharon las oportunidades ofrecidas por la modernización, y también la «aparición de una clase de especuladores, apoyados por el ejército a causa de su "lealtad", que asumieron la mayoría de las responsabilidades administrativas»,[210] pero acaso haya subestimado tanto los procesos de

diferenciación social como la resistencia de las antiguas estructuras sociales, costumbres y valores entre los locales, mientras exageraba su desmoralización y su pasividad. El trastorno del orden político en Argelia permitió a muchos (aunque lejos de ser todos) volver a su tierra, y acabó con las nuevas élites de la guerra civil que se habían puesto del lado de los franceses. No obstante, los súbitos cambios resultaron traumáticos.[211] Con las aldeas destruidas, las familias separadas, la tierra cambiando de manos y el crecimiento de los centros urbanos el reasentamiento durante la guerra contra las guerrillas modificó las estructuras sociales incluso donde la gente hizo grandes esfuerzos por reconstruir sus antiguos hogares y comunidades, como ocurrió en Guatemala. Los cambios del estilo de vida fueron particularmente penosos para los pastores y los agricultores trashumantes.[212]

También la diferenciación social se intensificó por la transformación de agricultores desalojados en una masa de mano de obra para las industrias o las plantaciones. Por lo tanto, las ofensivas del gobierno contra las guerrillas a menudo comenzaron con ataques en gran escala contra los movimientos laborales urbanos, como ocurrió en Malasia en 1948, en Kenia en 1952 y 1954, y en Guatemala hasta 1981. Estos ataques incluían la proscripción de los sindicatos laborales, arrestos en masa, asesinatos y desapariciones.[213] Las concentraciones forzadas en áreas de reubicación proveyeron abundantes trabajadores a los cafetaleros del norte y el centro de Angola, albañiles y sirvientes cerca de la represa de Cabora Bassa en Mozambique, y trabajadores para las granjas y las industrias de los blancos en Rhodesia. Las «villas miseria» que rodearon poblados y ciudades en Grecia aportaron cientos de miles de trabajadores, rebajando más aún los salarios en un país víctima de la inflación y de la crisis económica, y mandando trabajadores inmigrantes a la Europa Occidenal.[214] Se alteraron las pautas económicas tradicionales, los medios normales de subsistencia dejaron de existir; la producción de cereales se desplomó en Macedonia y Tracia en 1947, así como también la de trigo, cebada y ganado en Argelia, de 1954 a 1960; igualmente disminuyó la producción de ganado en Timor Oriental (especialmente de los búfalos de agua, necesarios para aplanar los terrenos antes de la siembra) y la producción de mandioca y arroz, además del comercio de ganado con Moxico, Angola, en 1969.[215]

En Malasia, puede decirse que las medidas adoptadas durante la «emergencia» de 1948 sirvieron directamente a los intereses de los negocios capitalistas: al principio, los propietarios de las plantaciones y de las minas de estaño se habían quejado de la falta de mano de obra informal y atacaron los

derechos de los trabajadores organizados (aunque casi todos los trabajadores fueran de origen chino o indio). Precisamente en la semana anterior a la declaración de la «emergencia» quedaron prohibidos de facto los sindicatos izquierdistas, despojando así a los trabajadores de origen chino de su representación laboral.[216] Los reasentamientos y las «reubicaciones» no sólo crearon una de las sociedades más urbanizadas de Asia,[217] pues tres cuartas partes de los reubicados terminaron en Aldeas Nuevas de más de 1000 habitantes. Y, más específicamente, los precaristas indeseables fueron expulsados de las tierras de las plantaciones para replantarlas, y un mejor control de los trabajadores fue facilitado por la concentración de sus asentamientos en ciertas propiedades y cerca de las minas. Muchos de los precaristas y de los granjeros (cada bando representaba casi la mitad de los cerca de 600 000 reubicados) fueron convertidos de agricultores que antes vendían arroz y verduras en trabajadores de las minas y las plantaciones, lo cual resultó muy lucrativo, dado el auge del caucho y el estaño durante la guerra de Corea.[218] Como en la mayor parte de los casos analizados en este capítulo, los reubicados no recibieron casi ninguna tierra. En sólo dos años, de 1950 a 1952, el porcentaje de agricultores en estos asentamientos cayó de 60 a 27%, en tanto que el número de asalariados aumentaba correspondientemente, sobre todo en la industria del caucho (52%). Otros se quedaron sin empleo. Con tanta mano de obra disponible, los salarios reales de quienes trabajaban en los campos de caucho (que en 1950-1951 casi habían alcanzado a los de 1939) volvieron a caer considerablemente, causando una pérdida de la productividad de la mano de obra. Sin embargo, las reubicaciones favorecieron a las grandes empresas, en manos de europeos, mientras que muchas pequeñas empresas asiáticas (principalmente chinas), minas y fincas quedaban en desventaja, pues les era difícil obtener crédito, y sus obreros fueron reubicados en otros sitios.[219] El nombre mismo de la «Emergencia» malaya fue escogido por intereses del capital: si se le hubiese llamado guerra, no se habrían aplicado los contratos de seguros de las empresas británicas, y muchas plantaciones habrían tenido que ser abandonadas por sus propietarios.[220] Así, los principales blancos de las guerrillas del Min Yuen fueron los campos de los caucheros y las minas de estaño, símbolos y transmisores del orden capitalista y de los violentos cambios socioeconómicos que estaban ocurriendo.[221]

Desde antes habían podido observarse prácticas similares: los reasentamientos forzosos de los Estados Unidos en Filipinas hacia 1900 ayudaron a crear una reserva laboral para las plantaciones de empresas

estadunidenses, y la despoblación de zonas enteras en el norte de China y la reubicación de cerca de cinco millones en «Manchukuo» sirvieron en alto grado para ofrecer mano laboral barata a la industrialización japonesa de Manchuria.[222] Hechos similares ocurrieron en la Argelia francesa. Sin embargo, la demanda general de mano de obra fue menor: 25% de los reubicados trabajaron en sus propias granjas o como peones agrícolas, 44% se quedaron sin empleo, y el resto poseía algún tipo de pequeño negocio. En 1960, casi un tercio de los argelinos en edad laboral trabajaron durante menos de 100 días al año. Un efecto similar se observó en El Salvador y en Vietnam del Sur.[223] En la «emergencia» en Kenia, aumentó el empleo registrado de hombres, mientras que los jefes nombrados por los colonialistas aportaban mano de obra y las autoridades intentaban atraer a más colonos europeos con mano de obra y tierras baratas.[224] En Timor Oriental el ejército indonesio promovió los cultivos comerciales, auxiliado por el Servicio Católico de ayuda, de base estadunidense. Casi todo esto benefició a los monopolios militares, concretamente los cultivos de café.[225] La población del Timor Oriental estaba habituada a una estructura de asentamientos dispersos. La concentración demográfica forzosa comenzó en septiembre de 1976 y estaba prácticamente completa después de dos largas campañas entre 1977 y 1979, y en 1981-1982. A finales de la década de 1970, 318 921 habitantes rurales de Timor Oriental habían quedado apiñados en sólo 15 centros de reasentamiento, para ser transferidos a aldeas nucleares después de 1984. Al llegar 1991, el número total de asentamientos en Timor Oriental se había reducido, de 1 717 en 1975, a 442.[226]

No sólo mediante el reasentamiento organizado, sino también por la evacuación forzosa, la expulsión y los refugiados, la guerra antiguerrillas contribuyó más generalmente a la urbanización y a la escasez de alojamientos. Por ejemplo, entre 1976 y 1987, la ciudad de Guatemala duplicó su población; Dili, capital de Timor Oriental, creció de 28 000 a 80 000 habitantes entre 1974 y 1985; Diyarbakir (Turquía), de 140 000 en 1970 a 400 000 en 1990 y a 1.5 millones a finales de la década de 1990; Van, de 151 000 a 500 000; Urfa, de 226 000 a 700 000; Argel, por 203 000 entre 1954 y 1960. En los seis años transcurridos después de la insurrección de 1954, las áreas de Argel, Constantina y Oran (Argelia) aumentaron su población 67.5, 63 y 48%, respectivamente. La población urbana de Vietnam del Sur pasó de 15 a 20% al comienzo de los años sesenta, y a 40% en 1968, y la de Saigón pasó de 2.3 a 3.3 millones (1960-1970). De 1981 a 1993 la proporción de la población urbana en Huanta, provincia de Perú, aumentó de 18 a 39% del total. Muchos africanos y

habitantes de Angola central escaparon de las aldeas estratégicas a las ciudades durante la década de 1970.[227] Samuel Huntington llamó al desplazamiento de refugiados causado por los bombardeos y los ataques estadunidenses a Vietnam del Sur «la urbanización por reclutamiento forzoso», que, según esperaba, iba a socavar al «movimiento revolucionario rural».[228]

El caso de Kenia constituye una brutal y trascendente reestructuración social, basada en complicados planes. Aprovechando observaciones de las corrientes de diferenciación de las dos décadas anteriores, los oficiales coloniales británicos crearon un esquema (el plan Swynnerton) para hacer brotar una sociedad capitalista en tierras de los kikuyu y para los grupos sociales que la defenderían: una clase media campesina que ofrecería empleo a los kenianos empobrecidos, «el ancla de la tribu, el sólido pequeño terrateniente, el propietario de tierras que sabe que tiene mucho que perder si coquetea (aunque sea poco) con las pasiones de sus amigos nacionalistas».[229] La lucha ya feroz que estaba desarrollándose entre los pequeños y medianos terratenientes en las reservas africanas llegó a su clímax en 1952 después de que 100 000 precaristas kikuyu fueron expulsados de granjas europeas. Esto «tenía que intensificar un conflicto ya caótico. Los asesinatos por tierras eran hecho común, así como toda clase de privaciones y abusos físicos».[230] Desde mediados del decenio de 1950 se otorgaron cerca de 100 000 licencias para cultivar café y piretro a partidarios kikuyu del gobierno británico; también se les autorizó a pedir préstamos sobre sus tierras, y así aprovecharon el auge del café y pudieron acumular riquezas.[231] En contraste, sólo una pequeña proporción de ex detenidos recibió tierras (que tuvieron que comprar) en los programas de asentamientos en Kenia, y no se les ofrecieron empleos ni pensiones especiales; por ello, algunos volvieron a los bosques tras la independencia.[232] Sin embargo, con propiedades de 0.25 a tres acres no pudo generarse mucho excedente de producción ni empleo.[233] El resultado ha sido llamado una neocolonia —como las de Malasia y Grecia— prácticamente abierta al capital extranjero y con algunos de los más escandalosos contrastes entre ricos y pobres en toda África.[234]

LOS LÍMITES PARA LA INGENIERÍA DEL CAMBIO SOCIAL

El poder de los gobernantes para manipular a la población rural modernizando los campos de una manera compatible con el sistema capitalista no fue, sin embargo, total. El reasentamiento organizado es costoso. Por ejemplo, las

autoridades coloniales de Kenia tuvieron que apelar a los recursos económicos y humanos del país para derrotar al levantamiento Mau Mau, que costó 55 millones de libras esterlinas.[235] El plan Unidos para Reconstruir del gobierno salvadoreño, con el establecimiento de 1 000 aldeas para 500 000 desplazados, fracasó en 1986 debido a un terremoto y al cambio a un programa de austeridad impuesto desde el extranjero.[236] Los servicios prestados a los reubicados se concentraron a menudo en funciones absolutamente tradicionales, al estilo decimonónico de penetración de los campos, a saber, con instalaciones médicas y educativas. Se intentó «ganarse a la población» por medio de «menores beneficios sociales que puedan darse fácilmente y a bajo precio, como buenas medidas de sanidad y clínicas [...] escuelas nuevas [...] y mejores medios y nivel de vida», como semillas mejoradas, ganado y asesoramiento para producir cosechas comerciales.[237] Pero, como en casi todos los otros países afectados, los reubicados de Malasia tuvieron que construir sus nuevos hogares con sus propias manos. Y, en realidad, con poco gasto per cápita para los reubicados o refugiados, a menudo carecieron éstos hasta de las cosas básicas, como tierras, agua y escuelas; había clínicas pero no medicinas, y muchos niños se veían obligados a trabajar.[238] En Mizoram (India) a lo largo de 10 años el gobierno asignó sólo 130 rupias a cada reasentado. En el programa de *agrovilles* de Vietnam del Sur el gobierno gastó simplemente cinco dólares per cápita. Debido a los altos costos de las «aldeas protegidas», con sus cercados e iluminación, el gobierno de Rhodesia recurrió en 1975 a otro tipo, las «aldeas consolidadas», que requerían mucha menor inversión. El reasentamiento en Rhodesia (como en Kenia) les pareció a los observadores una acción punitiva. Los costos anuales de la reubicación planeada de 1.5 millones de personas habrían requerido todos los ingresos del gobierno etíope.[239]

El lamentable estado de las finanzas del Reino Unido después de la segunda Guerra Mundial y el deseo de formar un Estado benefactor en Gran Bretaña requirieron flujos de capital de la «segunda ocupación colonial», lo que provocó una diferenciación social entre los locales y, debido a ello, las insurrecciones de Malasia y de Kenia.[240] Luego, el auge causado por la guerra de Corea facilitó el financiamiento para suprimir la resurrección comunista de Malasia. Desde antes, Malasia era el primer aportador de dólares del Imperio británico (contribuyendo con el triple de todas las otras colonias juntas, en 1946); entre 1946 y 1950 (en gran parte, antes de Corea) los Estados Unidos importaron de Malasia caucho por valor de 700 millones de dólares. Según un funcionario de la época, «sin Malasia no existiría el sistema monetario de la libra esterlina que

conocemos». El gobierno británico aportó directamente 520 millones de libras de los 700 millones que significó el costo de la guerra, pero esto fue financiado mediante ingresos relacionados con la exportación, es decir, indirectamente de fuentes internacionales.[241] En comparación, el total aportado para el reasentamiento de cerca de 573 000 malayos se acercó a los 100 millones de dólares malayos (12.5 millones de libras esterlinas). En Kenia fondos asignados al desarrollo social y económico, o sea a programas agrícolas, no fueron más que una fracción de los costos militares.[242] Gran parte de las ganancias obtenidas por el auge de la guerra de Corea terminaron en los bolsillos de la comunidad de negocios de Malasia predominantemente europea, verdadero incentivo para que empresarios británicos se quedaran en las plantaciones de caucho pese a la amenaza creciente de ataques de las guerrillas. Parte del dinero de este auge ayudó indirectamente a los insurgentes, ya que algunos trabajadores de las minas y las plantaciones nadaban en dinero pero no sabían cómo gastarlo, así que a veces lo donaban a los comunistas.[243]

La práctica del reasentamiento tendió a reflejar una jerarquía racista: asentar a una sola familia blanca en las colonias africanas de Portugal requería entre 8 000 y 20 000 dólares.[244] Tan sólo una pequeña fracción de esta suma iba a parar a las manos de negros reubicados contra su voluntad. En Malasia las autoridades británicas financiaron la reubicación de cerca de 573 000 campesinos, en su mayoría chinos, en «aldeas nuevas» con cerca de 100 millones de dólares malayos (cerca de 180 por persona), y asignaron sólo 810 000 dólares malayos a la reubicación del pueblo indígena Orang Asli de 1949 a 1951 (16 dólares malayos por persona, cuya mayor parte se gastó en salarios de los administradores, propaganda, muebles de oficina y libros). En estas circunstancias no fue ninguna sorpresa la consiguiente muerte en masa de los aborígenes.[245]

Mientras que ofrecer a grandes poblaciones los medios de asentarse en un nuevo lugar es un lujo que muchos estados no pueden o no quieren permitirse, las milicias son comparativamente baratas. Las fuerzas territoriales en las aldeas del Vietnam del Sur recibieron tan sólo de 2 a 4% del presupuesto de guerra, pero sufrieron 30% de las bajas de las fuerzas comunistas y del gobierno, juntas, por lo que un analista vietnamita las llamó «las fuerzas militares más eficientes en costos empleadas en un bando aliado». Un efecto similar fue notado entre la gendarmería filipina durante la insurgencia de comienzos del siglo XX.[246]

A la inversa, emplear grandes números de tropas o mantenerlas en territorios de ultramar fue algo que tendió a rebasar la capacidad financiera del régimen. El caso de las tropas estadunidenses en la guerra de Vietnam es obvio, pero para los portugueses, tener más de 50 000 soldados en Angola, o para los franceses tener 400 000 en Argelia fue algo que agotó económicamente a estos países y obligó a que el reclutamiento militar se hiciese por dos años o más. Antes de la guerra de Argelia, en 1953, Francia ya había mantenido a 52% de su ejército regular en Indochina. La guerra de Argelia costó a Francia 250 millones de libras esterlinas tan sólo en 1960.[247] Los portugueses gastaron 1 461 millones de libras entre 1961 y 1974, en sus guerras contra las guerrillas (o 523 millones de dólares sólo en 1974), equivalente a cerca de 28% del presupuesto del gobierno, incluidas las aportaciones de las colonias. Esto produjo una sangría de capital neta y la percepción de que «90% del producto interno bruto se iba a las colonias».[248] Los costos de la contrainsurgencia como proporción del gasto del gobierno en Rhodesia aumentaron de 6.5% en 1967 a 25% en 1976, y a 47% en 1979. En 1953, cuando cayeron los precios del caucho y del estaño al terminarse la guerra de Corea, Malasia británica se enfrentó a un déficit y hubo que reducir en más de 10 000 hombres la Guardia Civil Especial para afrontar los costos.[249] Turquía desplegó entre 140 000 y 150 000 soldados regulares por el sudeste, además de 50 000 gendarmes y 40 000 policías. Por 1997 los costos totales ya habían llegado a 40 000 millones de dólares estadunidenses.[250] Los intentos de los militares guatemaltecos por financiar la guerra antiguerrillas aumentando los impuestos, además de las medidas de beneficencia para pacificar a la población del altiplano, dieron por resultado repetidos y grandes conflictos con las élites de negocios durante la década de 1980. Algo similar ocurrió en Kenia.[251]

Los gobiernos anticomunistas o los regímenes coloniales financiaron parte de sus costos con fuentes extranjeras, sobre todo de los Estados Unidos. Entre 1951 y 1954, Washington aportó al régimen de su antigua colonia, Filipinas, 95 millones de dólares en ayuda no militar, en parte para mejoras sociales durante la rebelión de Huk. En Grecia el gobierno estadunidense gastó 10 000 dólares para «eliminar a una guerrilla».[252] La mayor parte de la ayuda de los Estados Unidos a Grecia, a partir de 1947, fue destinada a los militares, y casi todo el recortado presupuesto para la reconstrucción fue empleado para la construcción del aeropuerto y de caminos. Esencialmente, el apoyo financiero estadunidense sirvió para cubrir el déficit del presupuesto y de la balanza de pagos.[253] Según el comandante de las fuerzas griegas de contrainsurgencia, en

1948, «gracias a la ayuda de los Estados Unidos se pudo aumentar enormemente el tamaño del ejército»; lo mismo pudo decirse de las milicias locales.[254] La guerra de Indochina costó a Francia 1 000 millones de dólares anuales, que en parte se recuperaron gracias al Plan Marshall. Además, el gobierno de los Estados Unidos pagó una tercera parte de los costos de Francia en 1950 y aportó 1 000 millones de dólares anuales a esta guerra, por intermediación, en 1953-1954.[255] En Vietnam del Sur, la Organización Civil y de Apoyo al Desarrollo Revolucionario (CORDS), de los Estados Unidos, financiada en gran parte por medio de USAID, al llegar 1968 contaba con un personal de 7 600 miembros y un presupuesto de 891 millones de dólares.[256] Entre 1980 y 1988 Guatemala recibió 575 millones de dólares en ayuda militar y económica. Al Salvador se le otorgó cerca de 10 veces esa suma pero, como en Vietnam del Sur, esto no bastó para estabilizar al régimen anticomunista después de causar una enorme crisis de refugiados. En 1983-1984 los Estados Unidos gastaron 135 000 dólares por cada guerrillero en ese país.[257] En realidad, poco de tal suma llegó a la población; en cambio, mucho se despilfarró en onerosos proyectos de «desarrollo», o alguien se lo apropió aprovechando la corrupción, así como la mayor parte de la «ayuda para el desarrollo» estadunidense a Vietnam del Sur.[258] Resulta irónico que una razón de la supervivencia de los crónicamente subempleados salvadoreños fueran las remisiones enviadas por cientos de miles de inmigrantes ilegales en los Estados Unidos a sus familias en su patria; otra manera de financiar indirectamente la guerra contra la insurgencia.[259]

Otra parte de los costos de los proyectos de «desarrollo» iniciados por los militares guatemaltecos para subvenir las necesidades básicas de la población fue financiada por agencias estadunidenses y por organizaciones no gubernamentales internacionales, y administrada por oficiales del ejército. Aunque planes similares en Rhodesia fueron anulados por el ministro de finanzas, las agencias de desarrollo internacionales enviaron fondos a proyectos económicos en «sitios estratégicos» en Timor Oriental y para los meos reubicados en el norte de Tailandia, incluyendo un esfuerzo para disuadirlos de cultivar semillas de amapola y que se dedicaran a las cosechas comerciales. Antes, un representante de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional declaró ante el Congreso de su país que tres cuartas partes del dinero de USAID se habían dedicado a «actividades de contrainsurgencia», incluyendo a fuerzas de la policía tailandesa.[260]

El caso de Guatemala muestra los límites de la ingeniería social. Se ha planteado el argumento de que los planes para una penetración capitalista en el

cinturón de desarrollo del norte y del centro durante la década de 1970, incluyendo perforaciones en busca de petróleo, fincas, ranchos ganaderos y obras hidroeléctricas y carreteras, que en parte eran propiedad de altos jefes militares, causaron el afán del ejército por controlar los altiplanos.[261] Otros han subrayado que las fincas casi no se extendieron durante el decenio de 1970; antes bien, sucesivas oleadas de colonos se enfrascaron en conflictos en los altiplanos del oeste y tomaron nuevas tierras como sustituto de una reforma agraria. Luego se impuso una diferenciación social entre las comunidades del valle y los pobres campesinos montañeses en aldeas que habían sido fundadas en las décadas de 1960 y 1970.[262] Durante la reconstrucción, después del devastador terremoto de 1970 que había dejado sin hogar a un millón de personas, la corrupción hizo más profunda la diferenciación y el resentimiento sociales, y el Comité para la Reconstrucción Nacional, organizado para resolver esto, se convertiría después en vehículo de reparación después de la devastación causada por los militares desde 1983.[263] Los efectos de la contrainsurgencia fueron mixtos: se redujeron los números de las emigraciones estacionales de los altiplanos mayas a las zonas de plantación costeras en el sur, porque los habitantes del altiplano trataron de evitar ese viaje debido a inseguridad, dificultades de tráfico y costos de transporte cada vez mayores. Simultáneamente, como resultado de la baja de los precios del mercado mundial, se redujo la demanda de mano de obra en las fincas cafetaleras, algodoneras y azucareras, mientras que productos menos intensivos en mano de obra, como la soya, el sorgo y la carne se extendían, aunque en otras regiones del país. La industria de la nación cayó en crisis y, especialmente la ciudad de Guatemala, aunque siguió creciendo, perdió su capacidad de absorber mano de obra. Algunos comisionados militares, alcaldes o jefes de las Patrullas Civiles en los altiplanos también fueron contratistas o financiadores del reclutamiento de trabajadores para las plantaciones de café y de algodón, lo que relacionó la violencia local con el abasto de mano de obra llegada de otras regiones.[264] Algunos de los antiguos emigrantes de temporada trataron de establecerse permanentemente cerca de las fincas.[265] Todo esto causó nuevas oleadas de inmigración a los altiplanos del noroeste cuando los refugiados que retornaban encontraron sus campos ocupados por otros indígenas a los que el ejército había entregado las tierras, lo cual desencadenó (como en El Salvador) prolongados conflictos entre *antiguos* y *nuevos* pobladores.[266] En Chimaltenango y en la zona ixil, la situación de la gente era desesperada, con el acceso a la tierra drásticamente limitado (y conflictos acerca de aquellas porciones que no

estaban fuera de los límites), los salarios reales cayendo por debajo de los niveles de subsistencia y el alza del precio del maíz; la producción no agrícola, así como la construcción, los pequeños oficios y el comercio quedaron diezmados.[267] Esta situación puso límites a la capacidad de los militares para imponer los términos de la reconstrucción social. Su falta de legitimidad los obligó a aceptar el acuerdo de paz de 1996.[268]

Los grandes planes de modernización capitalista en los campos frecuentemente fallaron por falta de recursos, en conjunción con la prioridad dada a las operaciones puramente militares y a objeciones de las antiguas élites contra una redistribución masiva de la propiedad. Esto se mostró sobre todo (aparte de Guatemala, donde las limitaciones al presupuesto impidieron establecer muchas aldeas modelo llamadas «polos de desarrollo») en las colonias portuguesas, especialmente en el este de Angola, zona semiárida con cerca de dos habitantes por kilómetro cuadrado, que Portugal fue incapaz de desarrollar o administrar, y en donde los portugueses casi nunca pudieron llevar instalaciones eléctricas o médicos a las aldeas estratégicas.[269] Guatemala y otros países poscoloniales mostraron tendencias similares y en Vietnam del Sur, entre 1961 y 1963, se establecieron a toda prisa 8 000 aldeas estratégicas, pero los aldeanos casi no recibieron ningún apoyo financiero ni servicios. Pese a la inyección de enormes recursos por medio de USAID, el cambio social en Vietnam del Sur quedó fuera del control del régimen sudvietnamita o del comunista Frente de Liberación Nacional, como ha asegurado David Elliott. El resultado de reasentamientos, expulsiones, terror e inseguridad fue la oportunidad de una movilidad ascendente que dio lugar a la creación de una clase media de campesinos, que también impidió una efectiva colectivización de la agricultura en el socialista Vietnam del Sur después de 1975.[270] Lo que ocurrió en lugar de la planeada transición fue una transformación por medio del nacimiento de élites nuevas, que ascendieron en una caótica pugna a través de sus servicios en las milicias o administraciones, estableciendo negocios y acumulando tierras.

DESMOVILIZACIÓN A LARGO PLAZO

El 2 de diciembre de 1989 apareció en los periódicos la noticia de que el parlamento de la Alemania Oriental había borrado de la Constitución de la República Democrática Alemana el papel protagónico del Partido de Unidad Socialista (SED). Ese mismo día el presidente del Partido Comunista Malayo,

Chin Peng, firmó un convenio de paz con el gobierno de Malasia. En total se rindieron 1 188 guerrilleros registrados, 41 años después de comenzada la «emergencia» malaya.[271] A Malasia se la considera una sociedad relativamente pacífica, pero las tensiones chino-malayas, enconadas durante la insurgencia, contribuyeron a la división de Malasia y Singapur en 1965, produjeron motines raciales en ambos países a finales de la década de 1960 y provocaron la creación de la Nueva Política Económica que favorecía a los ciudadanos «indígenas» (malayos) en el servicio público, política que fue adoptada en 1969 y que sigue en vigor. Muchos observadores han llamado a Malasia (donde más de la mitad del capital económico ha seguido en manos extranjeras) una neocolonia mantenida por el comunalismo.[272]

En muchos países son aún más obvias las consecuencias a largo plazo de la reubicación estratégica y la participación civil en la guerra contra las guerrillas. Una vez más, esta separación demuestra las profundas raíces de los conflictos sociales creados o agrandados por una guerra en gran escala contra las guerrillas, que impidió la transición desde una sociedad extremadamente violenta al terminar el conflicto militar.

El resultado más patente fue la represión punitiva (y frecuentemente a largo plazo) de los antiguos «leales» a los regímenes que sucumbieron, mediante asesinatos particulares, prisión y reeducación, juicios y ejecuciones, desventajas económicas y el exilio: de Vietnam a Argelia, de Timor Oriental[273] a las antiguas colonias portuguesas en África. Sin contar el millón de europeos que salieron de Argelia, los cálculos de los musulmanes muertos en 1962 por haber apoyado antes al régimen francés variaron entre 10 000 y 150 000 (algunos historiadores franceses creen que 70 000 es una cifra realista). Según información recabada por las autoridades francesas, la violencia cundió, con 30 a 50 ex miembros de formaciones armadas pro francesas y altos funcionarios muertos en cada aldea. En junio de 1963, el primer ministro de Argelia, Ben Bella, anunció que habían perdonado a 130 000 antiguos *harkis*, que de 6 000 a 7 000 seguían en prisión, mientras otros habían sido sentenciados a trabajos forzados.[274]

Muchos antiguos «leales» consideraron prudente emigrar a los Estados Unidos, incluso cientos de miles de partidarios de los regímenes capitalistas sudvietnamita y camboyano, entre ellos más de 100 000 meos de Laos y Vietnam, que se dispersaron por todo el mundo,[275] decenas de miles de antiguos *harkis,* de Argelia[276] y varios miles de campesinos bielorrusos de las

«aldeas armadas» o de la policía local, que salieron del país con los alemanes en 1944.

En otras partes, los antiguos opositores al movimiento de resistencia fueron mantenidos durante años en campamentos de reeducación, como en Vietnam, o bien mantuvieron vivas las guerras civiles, algunas de las cuales duraron décadas, como en Camboya y Angola o en Mozambique, donde hubo más de un millón de muertos. Recientes investigaciones sobre Mozambique han subrayado el origen doméstico del conflicto entre el gobierno y el notorio Renamo.* Donde triunfaron las guerrillas anticomunistas, apoyadas por los gobiernos blancos de Rhodesia y de Sudáfrica, al mando de un ex auxiliar del ejército portugués, Afonso Dhlakama, allí reinstalaron a pequeños cabecillas y recaudadores de impuestos, policías, ancianos de las aldeas y sacerdotes animistas, como los que habían existido bajo los portugueses, y gozaron de apoyo entre quienes habían perdido sus propiedades en las nuevas aldeas comunales socialistas.[277]

En Filipinas han surgido periódicamente levantamientos de clase, religión o etnia; en Timor Oriental hubo lucha armada (por ejemplo, en 2002, 2006 y 2007), y aún continúa la resistencia de los kurdos, así como su opresión. A comienzos de 2008 brotaron sangrientos motines en Kenia, que enfrentaron a diferentes partidos políticos, a kikuyu contra otras etnias, a pobres contra ricos, frecuentemente por cuestiones de tierras; 1 500 murieron y 350 000 huyeron.[278] Argelia se vio envuelta en una sangrienta guerra civil durante el decenio de 1990, con masacres cometidas por insurgentes islamistas, así como por fuerzas del gobierno. En Grecia, de 1967 a 1974, la dictadura militar se basó en medidas políticas de la guerra civil de 1945 a 1949; los que solicitaran un empleo en el servicio público necesitaban un certificado policiaco de sus «creencias sanas», aprobado por una junta de la prefectura un cuarto de siglo después de la derrota de la insurgencia comunista, y sólo 10 000 de los 28 000 niños que fueron expulsados por las guerrillas en 1948-1949 habían retornado a su patria al llegar la década de 1970.[279] Muchos nunca lo hicieron. Asimismo, Zimbabwe demuestra la ramificación de la guerra antiguerrillas del decenio de 1970, la cual puede verse en los conflictos entre africanos y europeos que dieron por resultado el éxodo de la mayoría de éstos; las prolongadas ocupaciones de territorios por quienes trataban de volver a las tierras de las que habían sido despojados entre 1946 y el decenio de 1970; los conflictos por derechos de pastoreo; la continua *Landflucht* (emigración a las ciudades), que dio por resultado pobreza y conflictos entre los precaristas y las autoridades; la persecución de la minoría Ndebele en la década de 1980, a la que algunos han llamado «genocidio», y los intensos conflictos entre los partidos políticos.

Según los obispos católicos del país, el gobierno de Mugabe nunca derogó ninguna de las leyes de seguridad adoptadas por el régimen de la minoría blanca.[280]

Una cultura de violencia, emigración súbita, urbanización y desaparición de los antiguos nexos y valores sociales, junto con el empobrecimiento de grandes grupos, causado todo ello por las prolongadas guerras contra las guerrillas, a menudo dieron por resultado, asimismo, un brote de «bandidaje» común. La continuada violencia política y la intimidación en Guatemala tras el acuerdo de paz, así como la anarquía criminal, causaron 6 229 muertes en los primeros 11 meses de 1997, mientras que 1 231 personas fueron secuestradas o desaparecidas. En 2009 hubo 6 461 víctimas de asesinato, y el hecho de que 98% de estos crímenes quedara impune también se asemejó a una situación de guerra.[281] La violencia se había vuelto un «modo de vida», sobre todo en los altiplanos centrales, pero también fue intrínseca en la capital de la nación, donde muchos sudamericanos que pasaban por el aeropuerto hacia México y después a los Estados Unidos, frecuentemente eran asaltados.[282] En El Salvador hubo entre 8 000 y 9 000 muertes violentas cada año de 1994 a 1996: más en promedio que durante la guerra civil. Todavía en 2006 fueron asesinadas cerca de 4 000 personas.[283] A finales de la década de 1980 una gran proporción de los violentos ataques durante la guerra civil de Mozambique no fue originada por insurgentes de Renamo ni por tropas del gobierno, sino por bandas de criminales; un diplomático de los Estados Unidos calculó que los «independientes» eran culpables de una tercera parte de los ataques violentos.[284] El delito común violento, que indica un deterioro de las normas de vida, a veces precedió, asimismo, a algunas de las guerras civiles aquí descritas. Éstos no fueron meros inventos de propagandistas reaccionarios. En Kenia británica el índice de delitos había aumentado desde el fin de la segunda Guerra Mundial; en Nairobi se sospechó que los insurgentes de la década de 1950 tenían nexos directos con bandas de delincuentes. Hechos similares pudieron observarse en Manchuria antes y después de la ocupación japonesa (se supuso que la mitad del inicial movimiento de resistencia —hasta 140 000 hombres— tenía «antecedentes de bandidaje [un ordinario, C. G.]»), en Argelia, en el sudeste de Turquía (Kurdistán) y en Malasia británica, donde la violencia interétnica causó cientos de muertes adicionales.[285] Muchos movimientos de insurgentes, como ELAS en Grecia, se enfrentaron al problema de restaurar un mínimo de disciplina social y de actuar contra «ladrones de ganado

profesionales, asesinos y otros malhechores fugitivos» que explotaban a los aldeanos para alimentar a su propio clan.[286]

Los cambios prolongados también afectaron el papel de las mujeres en la sociedad. En casi todos los casos aquí analizados muchos más hombres que mujeres fueron muertos por violencia directa,[287] pero las mujeres se enfrentaron a distintas calamidades. Violaciones y palizas por los milicianos en Kenia, Rhodesia y Guatemala, y por soldados en Angola, fueron cosa común,[288] amenazando la cohesión de las familias. La violencia contra hombres y mujeres servía para humillar a los varones y socavar su papel de protectores. El predominio masculino a veces era restaurado después mediante palizas, violación y secuestro.[289] Como lo ha sostenido Caroline Elkins, agentes coloniales británicos en Kenia emplearon como símbolos del machismo de los kikuyu a sus mujeres, sus hijos, sus tierras y sus cuerpos.[290] La mayoría de los malayos expulsados como precaristas entre 1949 y 1952[291] y casi todos los que fueron a parar a las aldeas de reasentamiento en Angola y Kenia fueron mujeres y niños. Lo mismo ocurrió en los centros de reubicación de Argelia, en donde las mujeres eran obligadas a permanecer en cabañas estandarizadas, de diseño francés, aunque hubiesen adoptado el pañuelo para la cabeza, pasando su tiempo sobre pisos de concreto inapropiados para su estilo de vida.[292] Aun cuando hubo mujeres entre los miembros de las milicias, la jefatura siguió en manos de varones,[293] reafirmando los tradicionales papeles de cada género y atribuyendo a las mujeres el atraso y el papel de continuadoras de la tradición. La práctica en las patrullas y el adoctrinamiento agudizaron el machismo, hasta tal punto que la violencia de los hombres, la falta de perspectivas y el alcoholismo impidieron volver a casarse a algunas mujeres guatemaltecas.[294] Por otra parte, muchas familias se deshicieron durante el reasentamiento, bien porque los hombres eran arrestados, obligados a trabajar en las plantaciones, desaparecían en la clandestinidad o morían. Esto obligó a las mujeres a ganar dinero, a entrar en contacto con autoridades públicas, a viajar y a ensanchar su radio de actividad. En el caso de una prolongada ocupación militar, como en Timor Oriental, algunas fueron obligadas a entrar en relaciones con algún soldado. Así, las mujeres soportaron cargas especiales, no protegidas en las zonas de reasentamiento, responsables de la vida de sus niños y de los ancianos de la familia en condiciones extremas, y padeciendo distintos traumas.[295]

La violencia se prolongó en los países afectados por el reasentamiento estratégico, junto con las nuevas pautas de ubicación creadas por la guerra contra las guerrillas. Algunos estudiosos han verificado que las aldeas de

reasentamiento persistieron mucho después del fin de la insurgencia. Menos de 2% de las «aldeas nuevas» en Malasia habían sido ya abandonadas a comienzos del decenio de 1960, con pérdidas de población de cerca de 20%, pero en 1970 la población aumentó en 78%, dando por resultado el más alto grado de urbanización en toda Asia. Los habitantes deseaban quedarse en el lugar por los altos costos, las presiones y preocupaciones por la seguridad, y el anhelo de conservar a sus nuevos amigos y las comodidades básicas. Dicho esto, las «aldeas nuevas» sufrieron desde el principio el absoluto descuido del gobierno que continuó hasta la década de 1980 (como en Argelia), y muchos desempleados tuvieron que volver a los cultivos «ilegales». En contraste, virtualmente todos habían abandonado las zonas de reagrupamiento en las fincas y las minas, por la presión de sus propietarios.[296] En Mozambique, dos tercios de los *aldeamentos* impuestos por los portugueses en la provincia de Tete seguían existiendo en 1982, siete años después de terminar la guerra de descolonización, pese al hecho de que la gente había estado acostumbrada, antes de 1968, a asentamientos dispersos o a nomadismo, y no a vivir en aldeas. Alrededor de 1980 más de la mitad de las «nuevas» aldeas comunales, bajo el gobierno socialista en las provincias septentrionales de Tete, Niassa y Cabo Delgado, procedía de *aldeamentos*, aunque muchos de tales asentamientos habían sido abandonados al principio.[297]

En Argelia las autoridades coloniales en realidad dieron cierto apoyo y favorecieron al *dégroupement* después del cese del fuego en 1961-1962, pero sólo una minoría de los habitantes de los odiados centros y aldeas de reagrupamiento (tal vez 250 000) volvieron a sus antiguos lugares de residencia. Al llegar 1966, más de la mitad de los sitios de reagrupamiento aún existían, con más de 60% de la antigua población. Eran, en gran parte, los lugares pequeños de reagrupamiento los que habían desaparecido. Investigaciones realizadas con muestras más pequeñas indican que hasta 90% de esos centros de reagrupamiento con los mismos niveles de población de 1961 aún existían en 1973. Así, la «descampesinización» resultó un legado duradero.[298] Sin embargo, esto oculta una situación dinámica en la que gran cantidad de personas entró y salió de antiguos lugares de reagrupamiento o aldeas nuevas, y de aquéllos a éstas.[299] Asimismo, nuevas comodidades como alojamiento, escuelas, agua, electricidad, caminos, tiendas, mezquitas y clínicas —o bien la esperanza de que todo esto llegaría antes al nuevo asentamiento que al antiguo— explican parte de este fenómeno; en 1977 sólo 21% de las casas rurales tenía agua entubada, de 13 a 15% contaba con dispositivos de aguas

negras y 25% con electricidad; en las anteriores «aldeas nuevas» estas cifras probablemente eran más altas.[300]

En otras partes el cuadro era más variado. En los altiplanos del oeste de Kenia las autoridades británicas se mostraron muy renuentes a permitir que los kikuyu volvieran a sus tierras a finales de la década de 1950, pero cuando lo hicieron, los que allí se quedaron fueron los pobres y quienes no tenían tierras (aunque en menor número que en Argelia). Los planes británicos de fundir las aldeas de emergencia en otras más grandes y más centralizadas en distintos lugares se materializaron sólo hasta cierto punto.[301] En 1996 sólo habían vuelto un tercio de los desplazados de los campos peruanos, y una sexta parte iba y venía de una ciudad a su propia región.[302] En contraste, 87% de los desplazados aldeanos kurdos en Turquía indicaron en el año 2000 que deseaban retornar.[303] A finales del decenio de 1960, el ejército de la India tuvo que incendiar 19 veces una aldea mizo y siete veces otra antes de que los aldeanos, al parecer, renunciaran a regresar a ellas.[304] En cuanto se permitió oficialmente retornar a los aldeanos, en la década de 1970, recibieron del gobierno un apoyo financiero menor que el de las aldeas reagrupadas y, sin embargo, un tercio de ellos regresó.[305] En la guerra civil griega no se creó casi ningún asentamiento modelo; sin embargo, muchas aldeas de montaña, dañadas o destruidas, después recuperaron sólo una parte de su población. La falta de apoyo del gobierno dio por resultado un regreso lento, particularmente a Macedonia, Tracia, Tesalia y Evia, y muchos de quienes volvieron a sus antiguas aldeas tendrían que abandonarlas después debido al hambre, la pobreza y una cohesión social dañada, pasando a engrosar las filas de los nuevos habitantes de las ciudades y de la emigración de mano de obra desde Grecia en la década de 1950.[306] De manera similar, en El Salvador hubo poco reasentamiento organizado por el gobierno, pero sabemos que la presencia de atención a la salud y de escuelas pareció más importante que la seguridad a los desplazados para elegir un nuevo lugar donde vivir.[307] El ejemplo griego y también el argelino indican otro factor: las familias reubicadas temían los costos financieros y sociales que el *dégroupement* volvería a causarles: esa miseria haría del retorno otro cambio traumático en sus vidas, en lugar de ser simplemente un regreso a casa.[308] Carecemos de datos acerca de la durabilidad de los asentamientos modelo en muchos otros países. Parece especialmente escasa la información acerca del cambio social y la estratificación a largo plazo en las anteriores aldeas de reasentamiento. Futuras investigaciones en este

sentido podrían darnos una mayor comprensión de los crecientes o decrecientes tensiones y conflictos en dichos asentamientos.

Desde luego, la represión contra los movimientos guerrilleros no se llevó a cabo en espacios nacionales aislados. La proliferación de las estrategias aquí mostradas fue impulsada por nuevas tecnologías, pero «los helicópteros, los herbicidas y los fusiles de fuego rápido sólo añadieron una nueva dimensión de rapidez y sangre».[309] Asimismo, la terminología parece haber sido imitada: los guerrilleros comunistas fueron llamados «bandidos» en la Unión Soviética ocupada por los alemanes, en Grecia y en la Guinea Portuguesa, así como por el Kuomintang en la guerra civil china y por las autoridades coloniales británicas en Malasia. Luego, los británicos consideraron contraproducente esta referencia a China, porque allí los «bandidos» habían ganado, por lo cual el término fue remplazado, en Malasia, por el de «terroristas comunistas» (CTS) en mayo de 1952.[310] En la jerga local china (las aldeas nuevas fueron llamadas «campos de concentración») las acciones británicas «recordaron las tácticas japonesas en Manchuria durante la década de 1930», lo cual era inaceptable.[311] Sin embargo, lo que a primera vista desconcierta es la diseminación internacional de experiencias de técnicas tangibles para la contrainsurgencia.

La participación de Gran Bretaña en la guerra civil griega ha sido llamada «un cambio significativo del pensamiento británico de alto nivel acerca de la guerra antiguerrillas».[312] Las operaciones de limpieza y ocupación combinadas con reubicaciones de población en gran escala, planeadas por el ejército griego, fueron aprobadas por la Misión Militar Británica en Grecia —BMM(G), por sus siglas en inglés—, de más de 1 000 hombres, y por los jefes del Estado Mayor británico en 1947. Algunos analistas afirman que con esto los militares británicos aprendieron de los *errores* de la guerra de los alemanes contra la guerrilla en Grecia entre 1942 y 1944 (quienes, a su vez, copiaron estrategias de la Yugoslavia y la Bielorrusia bajo ocupación alemana).[313] Sin embargo, la BMM(G) al parecer no se había percatado de que las propias tropas británicas habían practicado en otros lugares similares reubicaciones en masa.[314] Aunque hubo algunas críticas británicas (con efectos muy limitados) a las enormes operaciones de envolvimiento practicadas por el ejército nacional griego, queda en pie el hecho de que la BMM(G) recomendó que los griegos expulsaran a decenas de miles de personas, exactamente como lo habían hecho los alemanes.

A veces, esto afectó literalmente a las mismas personas, ya que las evacuaciones forzosas aprobadas por los británicos se efectuaron, en gran parte, en las mismas zonas montañosas del norte y el noroeste de Grecia que bajo los alemanes (en un momento en el que la Gran Bretaña aún daba cierto apoyo a los izquierdistas insurgentes del ELAS). Los británicos habían concentrado sus propias tropas allí mismo a finales de 1946.[315] Se hicieron planes de otras «tierras de nadie» y en febrero de 1948 se enviaron milicias, en cooperación con la Misión Militar de los Estados Unidos en Grecia. Sin embargo, aun después de que la Junta de Asesores Militares de los Estados Unidos y el Grupo de Planeación se habían puesto al frente, en agosto de 1947, oficiales del ejército de los Estados Unidos continuaron acercándose a oficiales británicos e involucrándolos con propuestas operacionales del ejército griego.[316]

Tales experimentos fueron llevados más lejos por todo el Imperio británico. Entre los oficiales de alta graduación, durante la insurgencia malaya, se incluyeron al comandante Charles H. Boucher, quien había servido en la guerra civil griega; al alto comisionado Henry Gurney, ex secretario general en Palestina (de donde salió para formular una parte de las regulaciones de la Emergencia Malaya), y a Harold Briggs, comandante de la V División India en la campaña de Birmania en la segunda Guerra Mundial, que estuvo activo durante la revuelta de Tharrawaddy en 1931. Además, el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Tierra británicas en el Lejano Oriente, brigadier John Kirkman, había servido en Grecia y sacado «conclusiones útiles» de la lucha de griegos y chinos contra las guerrillas. Tanto Boucher como Gurney fueron acompañados por centenares de soldados y de policías, respectivamente, desplegados en los mismos escenarios de operación.[317] Más adelante unidades como el Regimiento de Devonshire fueron transferidas de Malasia a Kenia, así como compañías enteras del Batallón de Fusileros Africanos del Rey.[318] Las lecciones aprendidas en Malasia fueron enseñadas a otras tropas coloniales británicas en 1950 y en 1952.[319]

También se enviaron expertos británicos a países fuera del imperio. Al reasentar aldeas de Mizos en Assam, desde 1967, el general de división indio Sagat Singh llevó consigo el libro de Robert Thompson sobre la contrainsurgencia en Malasia.[320] La creación del modelo de aldea estratégica en Vietnam, así como de varias milicias, se les han atribuido a los militares estadunidenses y asesores de la CIA, pero más aún a la Misión Asesora Británica en Vietnam (BRIAM), encabezada por Robert Thompson, ex secretario de la defensa de la Federación Malaya.[321] El presidente Diem, de Vietnam del Sur,

quien mostró interés en la experiencia malaya, también llevó como asesores a Edward Lansdale (oficial estadunidense llamado, con cierta exageración, «el Clausewitz de la contrainsurgencia») y al coronel del ejército filipino Napoleón Valeriano, quienes participaron en sofocar la rebelión de Hukbalahap.[322] Roger Hilsman, importante asesor del presidente Kennedy sobre contrainsurgencia, había peleado en Birmania durante la segunda Guerra Mundial.[323] El gobierno de los Estados Unidos trató de aprender del considerado triunfo británico en la insurgencia malaya. El Departamento de Estado encargó a la Rand Corporation preparar un estudio, en seis volúmenes, acerca de Malasia; oficiales británicos fueron invitados a conferencias y oficiales de los Estados Unidos asistieron a la escuela británica de guerra en la selva, en Johore, Malasia.[324] Antes, los militares estadunidenses encargaron varios estudios académicos basados en registros alemanes y japoneses capturados, «de los cuales se pueden sacar conclusiones para su consideración al planear la acción contra las guerrillas del ejército de los Estados Unidos». Por ejemplo, el Archivo General de Alemania cuenta, entre sus documentos devueltos por los Estados Unidos, con un original de las instrucciones antiguerrilla del plenipotenciario del Reichsführer-SS para Operaciones Antibandidos de febrero de 1943, con el sello del Pentágono.[325] En lo tocante a la insurgencia en el norte de Tailandia, entre 1964 y 1973, numerosos antropólogos y otros investigadores estadunidenses cooperaron con las autoridades militares de los Estados Unidos y con la CIA, haciendo sugerencias sobre milicias de aldea (en diversos formatos) y políticas de control de los alimentos, que después fueron aplicadas y parcialmente financiadas por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.[326] También oficiales tailandeses fueron influidos por la experiencia británica en la cercana Malasia.[327] Oficiales de Rhodesia tuvieron que elegir entre los métodos británicos tomados de Malasia y el modelo portugués.[328]

Numerosos investigadores han señalado la influencia de manuales, asesores e instructores estadunidenses de la escuela militar dirigida y financiada por la USAID en Panamá (donde, por ejemplo, también fueron preparados oficiales turcos) en la contrainsurgencia en Guatemala y Perú, especialmente en las décadas de 1960 y 1970. Entre otros, el general Ríos Montt recibiría, después, entrenamiento en los Estados Unidos.[329] Sin embargo, el creador de los sangrientos *raids* por el altiplano guatemalteco en 1981-1982, Benedicto Lucas García, jefe del Estado Mayor y hermano del presidente, se preparó en el ejército francés y había combatido en Argelia.[330] De hecho, Argelia fue otro punto focal del brote de la contrainsurgencia. Allí existió el «Centro para el

Entrenamiento y la Preparación de la Guerra contra Guerrillas» en Arzew, donde fueron preparados cerca de 10 000 oficiales, incluso extranjeros, aunque sólo en los años finales se hizo cierto hincapié en la planeación socioeconómica. La preparación y la teoría francesas influyeron sobre las estrategias antiguerrilleras de Portugal y de Perú, incluyendo la cooperación cívico-militar.[331] Durante la guerra de Argelia, a menudo visitaron los campos de batalla agregados militares y oficiales, algunos de ellos latinoamericanos.[332] Varios oficiales peruanos de alta graduación recibieron entrenamiento en la Gran Bretaña, y especialistas británicos en contrainsurgencia visitaron Perú durante la década de 1990.[333] Las influencias a menudo fueron diversas. Nhu, principal asesor presidencial del Vietnam del Sur, y William Colby, jefe de la CIA, analizaron conclusiones sacadas de las guerras antiguerrillas en la Indochina francesa, Malasia y Argelia, y estudiaron el modelo de los *kibbutzim* israelíes.[334] Uno de los creadores del programa de aldeas modelo guatemaltecas, el coronel Eduardo Wohlers, dijo que estaba tratando de emular los *kibbutzim* israelíes, las granjas taiwanesas y las comunas coreanas.[335] Sin embargo, durante el decenio de 1980 los militares guatemaltecos se fueron independizando cada vez más de los Estados Unidos, enorgulleciéndose de su propia política estructural de contrainsurgencia, lo que hizo declarar a un coronel, en mayo de 1987: «En esto, somos originales, no estamos copiando ningún modelo».[336]

Como en los imperios británico y francés, dentro de la esfera colonial portuguesa también se hicieron intentos por propagar ciertos conceptos. Cuando el general portugués Spinola llegó como comandante a Guinea-Bisáu en 1968, llevó consigo la experiencia de Angola, así como lo había hecho su predecesor Schultz, pero también trató de aprender estudiando obras de su adversario Amílcar Cabral, adoptando métodos de los insurgentes del PAIGC, y fomentando la participación política y económica africana. Allí, a su vez, los oficiales subrayaron la necesidad de tomar en cuenta la experiencia portuguesa así como la internacional, con reasentamientos estratégicos contra la insurgencia.[337] Se dijo que el dictador Salazar había observado detenidamente los ejemplos de las experiencias británicas en Palestina, Malasia, Borneo, Kenia y Chipre, así como la de los franceses en Argelia.[338]

Huelga decir que los propios insurgentes trataron de aplicar anteriores lecciones internacionales. Los escritos de Mao Tse-Tung ejercieron sin duda gran influencia. El FLN de Argelia aprendió de los insurgentes de Tito en Yugoslavia durante la segunda Guerra Mundial. Algunos oficiales del FLN incluso habían luchado en el bando francés en Indochina.[339] Ciertos

observadores, asimismo, tenían similares conocimientos de primera mano. Antes de que Basil Davidson comenzara su marcha de seis semanas con las guerrillas del MPLA por Angola en 1970, ya había combatido o trabajado como asesor con los insurgentes de Yugoslavia, en Italia durante la segunda Guerra Mundial, y conocía los escenarios de operación de la guerra antiguerrillas de Guinea-Bisáu en 1967 y de Mozambique en 1968.[340] El ejército de Indonesia, que nació de una fuerza de liberación anticolonial, después trasplantó ciertas tácticas de participación del pueblo en una guerra de provincia a provincia contra las guerrillas, como el método de «cerco de piernas», del Kalimantan Occidental a Timor Oriental.[341]

Sin embargo, el trasplante de tales conceptos tuvo límites, como lo demostró la génesis del reasentamiento de masas y la formación de milicias. La Argelia francesa es el único caso en el que se sabe de quejas de los oficiales acerca de que se aplicaban *demasiadas* generalizaciones de la guerra de Indochina. En Argelia, los reasentamientos fueron «muy bien vistos en los círculos militares, particularmente entre los lectores de Mao Tse-Tung y los veteranos de la guerra de Indochina».[342] Pero cuando, por ejemplo, John Harding, ex comandante en jefe de las Fuerzas de Tierra británicas del Lejano Oriente y luego jefe del Estado Mayor imperial, viajó por Kenia en febrero de 1953, «descubrió que en la práctica no se estaba aplicando virtualmente ninguna de las lecciones de Malasia», aunque eran bien conocidas. Eso también ocurrió, hasta cierto punto, más avanzado ese año y en 1954, cuando la «aldeización» fue sistemáticamente aplicada en cuatro distritos.[343]

En términos más generales, pese a cierto número de folletos, manuales e instrucciones a partir de la década de 1920, y hasta 1950, no existió una declaración completa de la política británica en la contrainsurgencia. Tan sólo a finales del decenio de 1950 se compiló un manual general, y en Sandhurst se había estado enseñando contrainsurgencia desde 1961, cuando ya había terminado casi toda la guerra británica contra las guerrillas. En la práctica, los conocimientos funcionaban de manera bastante accidental y asistemática, a menudo mediante libros no oficiales escritos por jefes militares, incluyendo ideas acerca de las oportunidades de desarrollo socioeconómico para la población, así como medidas políticas.[344] Esto, en realidad, no es sorprendente. Debido a las adversas condiciones geográficas y a las malas comunicaciones e infraestructura, los comandantes locales de la guerra contra las guerrillas generalmente podían elegir sus métodos a su gusto.[345]

Como resultado, en materia de reasentamiento estratégico y formación de milicias, desde la década de 1940 se ha estado reinventando la rueda una y otra vez. Podemos ver esto en las formas en que tales conceptos han surgido, concretamente, y en cómo se han aplicado en los países afectados. Habitualmente, tales medidas, en lugar de ser elaboradas por un cuartel general o un cuerpo centralizado con base en estudios teóricos de experiencias militares internacionales, y luego impuestas desde arriba, fueron creadas con base en pruebas por comandantes regionales o locales, autoridades militares y a veces civiles, o por iniciativas privadas. Comúnmente se necesitaban años para que fuesen aceptadas por el liderazgo militar y político, y convertidas en práctica general sistemática y difundida en un país o en una colonia. La presencia de cientos de miles de desplazados y de refugiados, como en Guatemala, Argelia y Mozambique, o el regreso de masas a sus territorios, como en Malasia, motivó la búsqueda de asentamientos ordenados y programas de aldeas estratégicas. Como principal planeador de la contrainsurgencia guatemalteca, el general Héctor Gramajo declaró que los refugiados llegaron a ser «un nuevo actor en el escenario guatemalteco» con el que había que contar.[346] Donde esto no ocurrió, el alojamiento y la pobreza de los refugiados provocaron acerbas críticas en los medios informativos (como en Grecia)[347] o se les dejó más o menos librados a su suerte y a su capacidad de sobrevivencia (como en Vietnam del Sur después de 1964, o como los kurdos en Turquía).

Argelia refleja una pauta común: los primeros desplazamientos en masa se efectuaron con base en decisiones locales, desde noviembre de 1954, pocas semanas después del comienzo de la insurgencia, con fundamento en consideraciones acerca de cuáles zonas serían declaradas prohibidas. Pero la mayoría simplemente fue expulsada. Hasta 1955 los oficiales «parecieron haber tomado medidas intuitivas, expeditivas, sin base en experiencias pasadas», pasando por alto el hecho de que, en Argelia, desde el siglo XIX se habían hecho ya repetidos esfuerzos por remplazar los asentamientos aislados por aldeas nucleares, en bien de los intereses europeos. Tan sólo desde mediados de 1957 la construcción de zonas prohibidas se volvió una política sistemática de reasentamiento. Sin embargo, aun después, una investigación parlamentaria descubrió, en 1959, que algunos de los llamados «centros de reagrupamiento» se habían establecido «ilegalmente», es decir, por orden de comandantes o autoridades locales sin autorización del gobierno.[348] Después de 1959 las autoridades civiles trataron de remplazar los centros de reagrupamiento militares temporales por «aldeas nuevas» socialmente tolerables y económicamente viables, así como sustituir «la politique anarchique des

commandants de secteur, de quartier, et de sous-quartier».* En 1958 y 1960 estos cambios de política dieron por resultado una aceleración de los desplazamientos. Hubo conflictos considerables entre los militares y las administraciones civiles a causa de los reasentamientos. Desde antes, en Indochina, fuerzas francesas también habían necesitado años para desarrollar diversas formas de reasentamientos estratégicos y de milicias, pasando por alto antiguos escritos de oficiales franceses.[349] Desde comienzos de la insurgencia en 1948-1949, las autoridades británicas en Malasia mostraron un enfoque más general hacia los reasentamientos, enfoque recomendado por un miembro del Comité de Precaristas del Gobierno y luego por el director de Operaciones Briggs. Sin embargo, hasta 1951 los recursos asignados a esto limitaron, a la vez, el tamaño de los proyectos y su éxito (entre otras cosas, por la mala calidad de la tierra), las iniciativas de reasentamiento fueron dejadas a estados individuales y no pasaron de ser locales; por entonces las leyes aún permitían que la gente «volviera» a sus áreas originales.[350] Al llegar marzo de 1950, menos de 7 000 personas en Malasia habían sido reubicadas o «reagrupadas».[351] En Rhodesia, comisionados de distrito en 1976 y 1977 repetidas veces pidieron, en vano, el reasentamiento en las tierras tribales o en las zonas de compra.[352]

Aunque las aldeas estratégicas sudvietnamitas a menudo han sido atribuidas a asesores estadunidenses o británicos, en realidad se debieron a un programa interno, derivado de predecesores nacionales como los Centros de Desarrollo de las Tierras (sobre todo en los altiplanos centrales, después de 1957), los Centros de Aglomeración (para familias sospechosas de haber apoyado a los comunistas clandestinos), las llamadas aldeas reguladas para familias leales, expuestas a ataques de los insurgentes y, desde 1959, *agrovilles,* de las cuales, sin embargo, sólo se inauguraron 23, con unos 40 000 habitantes (en lugar del planeado medio millón). Todos estos proyectos de las autoridades sudvietnamitas, bajo la retórica del desarrollo oficial, tenían fines militares; algunos, en cambio, fueron inspirados hasta cierto punto por antiguas tácticas de los franceses.[353] Estudios basados en fuentes escritas en lengua vietnamita señalan los orígenes vietnamitas de las aldeas estratégicas, que brotaron de aldeas modelo en tres provincias en 1961 (y establecidas como política nacional en enero de 1962), y demuestran la futilidad de las críticas británicas y estadunidenses.[354] Antes, en Indochina francesa oficiales locales militares decidían si organizar milicias y de cuál grupo étnico o religioso debían estar formadas.[355] Después de que casi todo el programa de aldeas estratégicas había fracasado al llegar el verano de 1965, ciertas unidades de los *marines* de los Estados Unidos iniciaron el Programa

Combinado de Acción de Pelotones, que utilizaría escuadrones de infantes de marina para recuperar y mantener controladas las aldeas, de acuerdo con una estrategia basada en el petróleo; pero, a pesar de ciertos éxitos modestos, el programa nunca recibió todo el apoyo del comando militar estadunidense en Vietnam del Sur.[356] En El Salvador la contrainsurgencia dependió marcadamente de entrenamiento, dinero, estrategia, militares y expertos civiles de los Estados Unidos, pero oficiales salvadoreños rechazaron algunos aspectos, como el «Plan Nacional», al que llamaron «plan gringo», lo que parcialmente explica por qué dio pocos resultados.[357] Vietnam del Sur y El Salvador son los dos casos en que mayor fue la influencia de los Estados Unidos en términos relativos, pero en su mayor parte las estrategias estadunidenses relacionadas con los desplazamientos en la guerra antiguerrillas no han sido consideradas muy impresionantes o logradas desde el punto de vista internacional, y es discutible el impacto de la propagación de conocimientos encabezada por los Estados Unidos.[358]

En el distrito de Uíge, en el norte de la Angola portuguesa, se construyeron 150 aldeas de reasentamiento concentradas con diversas comodidades como escuelas, clínicas y tiendas en cooperativa llamadas de *reordenamiento rural,* con objeto de atraer de regreso del Congo, entre 1961 y 1963, a unos 500 000 refugiados del grupo étnico bacongo, porque se les necesitaba para trabajar en los cafetales. Sólo en 1967 se aplicaron también tales tácticas (ahora llamadas *aldeamentos*) en Angola Oriental, y desde 1968 en los distritos centrales de dicha colonia, después de que el ex gobernador del distrito Uíge había pasado a ser gobernador general.[359] En Mozambique portugués, durante la segunda Guerra Mundial habían surgido proyectos de reasentamientos de masas en aldeas nucleares para su más fácil control, recaudación de impuestos, reclutamiento de mano de obra y mejores condiciones; estas ideas al principio fueron consideradas inaceptables para los africanos, antes de ser puestas en práctica mediante los *aldeamentos*, desde finales de la década de 1960. En la cercana Rhodesia británica meridional, durante las décadas de 1940 y 1950 también se habían reagrupado aldeas, antes del radicalizado resurgimiento de tales ideas en 1972.[360]

Lo mismo puede decirse de las milicias. Las *rondas campesinas* (patrullas de aldea, nombre preferido por los militares desde comienzos del decenio de 1980) surgieron a partir de Comités Civiles de Autodefensa, locales y organizados por sí mismos en el norte de Perú, que debían proteger contra ladrones y resolver conflictos internos. También en los altiplanos centrales, los

campesinos por su cuenta formaron cierto número de estos comités, antes de quedar bajo control militar y finalmente ser organizados y sistemáticamente armados a comienzos de la década de 1990. Aun entonces, los del norte estaban menos jerarquizados, menos armados[361] y tenían menos nexos con el ejército. En Guatemala los hechos fueron similares: desde el decenio de 1960 surgieron patrullas cívicas voluntarias para combatir la violencia de los alcohólicos y los robos de tierras; la primera Patrulla Cívica de Autodefensa fue inaugurada en la Alta Verapaz en 1976. Su expansión comenzó en 1981, en los altiplanos del oeste, promovida inicialmente por *ladinos* locales o mayas en apoyo del anticomunista partido MLN. En los años siguientes, las milicias se sistematizaron y extendieron.[362] Las guardias africanas fueron establecidas desde 1951 por jefes, caciques y sacerdotes que se sentían amenazados por el Ejército Keniano de Tierra y Libertad, y que pronto se convirtieron en milicias locales, a partir de las cuales a finales de 1952 surgió la Home Guard, organizada por británicos.[363] En Malasia, la Asociación Minera China Perak empezó a organizar sus guardias *kampung,* establecidas en aldeas malayas en 1949, mientras que en las nuevas aldeas esas guardias se volvieron obligatorias en julio de 1951.[364]

Desde una perspectiva global, el surgimiento paulatino de reasentamientos estratégicos y de milicias refuta la idea de que los imponía un poder central, algún omnipotente titiritero de una internacional reaccionaria que tiraba de todas las cuerdas. Los reasentamientos y la formación de milicias no siguieron ninguna aplicación ciega de teorías abstractas. Pese al internacional flujo de ideas, el desarrollo localizado de estrategias antiguerrilleras confirma que la violencia implícita en estas estrategias estaba imbuida desde antes en esas sociedades (y en aquellas de las que procedían sus gobernantes imperiales), en tanto que las asombrosas similitudes de concepto se debieron a acontecimientos sociales paralelos en niveles nacionales un tanto laxamente interconectados.

CONCLUSIONES

Desde la década de 1930 muchos gobiernos imperiales y poscoloniales han despoblado grandes zonas de los campos, expulsado a los habitantes rurales, reasentado a gran número de ellos en aldeas estratégicas, y fundado o fomentado milicias locales. Así, los amos del poder desencadenaron o enconaron guerras civiles muy duraderas. Habitualmente, el desarrollo económico fue un hecho decisivo para que tales estrategias obtuvieran apoyo político durante las luchas en los campos. Extender el dominio del gobierno y el

alcance de la administración estatal a tales zonas facilitaría o profundizaría a su vez la penetración capitalista ya comenzada. Sin embargo, los cambios sociales, cuando ocurrieron, no coincidieron con los planes existentes más o menos sofisticados. Los modos de vida tradicionales en zonas remotas cedieron a la diferenciación social, la migración y a un estado de continua inseguridad. Estos procesos sociales fueron resultado de las acciones de las autoridades del gobierno, pero se salieron de su control.

Es obvio que en muchos incidentes los conflictos sociales que giraban en torno de estas guerras de guerrillas fueron desencadenados por hechos históricos universales, como los trastornos y la movilización de recursos rurales y de la fuerza laboral durante la segunda Guerra Mundial (Bielorrusia, China, Filipinas, Grecia, Malasia, Indochina francesa, Kenia) o por la crisis económica mundial de comienzos de la década de 1980 (El Salvador, Guatemala, Perú, el Kurdistán turco).

Lo que en realidad era la violenta apertura de regiones marginales (o de su mano de obra) significó la muerte o incontables sufrimientos para millares de civiles. La referencia al llamado principio de la «fuerza mínima» (a veces atribuido a la guerra británica contra las guerrillas)[365] parece absurdo donde millones fueron arreados a asentamientos extremamente frugales, privados de suficiente acceso a la tierra, expuestos a un acoso sistemático y frecuentemente a torturas, y donde las zonas prohibidas fueron integralmente bombardeadas o desfoliadas. Y fueron precisamente los medios «blandos» los que habitualmente causaron más víctimas de hambre, enfermedades y agotamiento. Tan sólo la crasa omisión de estos temas ha hecho posible negar las considerables bajas de población. Es especialmente necesaria una mayor investigación de las condiciones y las estrategias de supervivencia en las aldeas reubicadas o en los escondites de los refugiados.

Con objeto de comprender el sufrimiento y la violencia multipolar durante la lucha abiertamente militar y el impacto a largo plazo de los conflictos sociales en cuestión, también es importante examinar los procesos de diferenciación social puestos en marcha por la dislocación de masas y la formación de milicias. Todos los casos en que participó una potencia imperial analizados aquí dieron por resultado, a la postre, que las fuerzas coloniales o de ocupación partieran y, con ello la formación de élites nuevas. El racismo limitó la inversión económica. En efecto, no había manera de apuntalar un orden abiertamente racista si un país atrasado había de ser íntegramente penetrado por el capital, por lo que se desplomó el orden social. Los regímenes poscoloniales por lo general lograron suprimir los movimientos guerrilleros, pero en el proceso nuevos elementos

fueron cooptados a las filas de la élite. En el primer caso se hicieron masivas y extensas represalias contra los antiguos «leales». Muchos de los expulsados o reubicados no volvieron jamás, cimentando así el cambio social y, especialmente, el cese de la agricultura de subsistencia. El aumento de delitos ordinariamente violentos y las continuas pugnas civiles reflejaron la inseguridad durante una transformación social y un desarraigo que a veces también causaron disturbios en las ciudades. Por ultimo, la movilización de grupos étnicos durante las guerras contra las guerrillas dio pie a la cristalización de identidades étnicas y al endurecimiento de enfrentamientos futuros. Después de tales guerras, la reconstrucción de la sociedad necesitará tomar en cuenta estos procesos.

V. ¿Qué vincula el destino de diferentes grupos de víctimas? La ocupación alemana y la sociedad griega en crisis

El hecho de que haya toda una variedad de grupos victimizados en un país —que es el rasgo clave de una sociedad extremadamente violenta— indica que existen en acción complejos procesos de entrelazamiento. Aunque puede decirse que el capítulo III, sobre Pakistán Oriental/Bangladesh, trató de la violencia dentro de un país, y el capítulo IV, sobre la guerra contra las guerrillas, hizo menos hincapié en la diversidad de las víctimas. Este nuevo capítulo constituye un breve estudio del impacto de la violencia imperialista sobre varios grupos. Examina la influencia de la agresión extranjera contra una sociedad que ya padecía conflictos políticos, étnicos y sociales. Ejemplifica las relaciones entre las persecuciones de múltiples víctimas, centrándose en uno de los países más sistemáticamente devastados por las políticas y acciones de los alemanes en la segunda Guerra Mundial: Grecia.[1] En cierto nivel, esto gira en torno del trato dado por los alemanes a varias colectividades; sin embargo, la violencia del Eje y la extracción de riquezas agravaron los conflictos entre la población local, lo que produjo luchas internas durante la hambruna y, finalmente, la guerra civil, dejando aparte la resistencia armada contra los invasores búlgaros, italianos y, a partir de 1942, también alemanes. Esta crisis de la sociedad griega a comienzos del decenio de 1940 puede relacionarse con levantamientos que se extendieron desde las guerras de los Balcanes de 1912-1913 hasta el término de la dictadura

militar en 1974. Intento señalar estos procesos y conflictos a largo plazo en la sección final, pero empezaré con algunas observaciones generales sobre la multitud de víctimas de la política alemana.

LAS MÚLTIPLES VÍCTIMAS DEL IMPERIALISMO ALEMÁN

En los campos de concentración nazis se empleaban insignias para distinguir a los grupos de detenidos: triángulos rojos para los presos políticos, rosados para los homosexuales, verdes para los criminales del fuero común, verdes con la base hacia abajo para los prisioneros en «confinamiento de seguridad», negros para los llamados asociales o para los trabajadores forzados extranjeros que habían huido de sus trabajos, marrón para los sintis y romas («gitanos»), violeta para los testigos de Jehová, azules para los emigrantes, y un triángulo amarillo adicional para los judíos, formando una estrella de David combinada con cualquier otra marca. En diciembre de 1944, el libro de registros del campo de concentración de Buchenwald enumeraba por separado a los prisioneros según 12 categorías de detenidos, llegados de 27 países.[2] En ciertos aspectos el personal del campo intentaba tratarlos de distintas maneras, pero en otros sufrían las mismas terribles condiciones y, adicionalmente, los guardias trataban de enfrentar a unos grupos contra otros.

Es cierto: acaso se ha exagerado al mostrar los campos de concentración como símbolos del régimen y la sociedad nazis.[3] Sin embargo, este ejemplo muestra que dentro y fuera de estos campos había diferentes lógicas de violencia interconectadas, aunque no idénticas, contra una variedad de perseguidos. No es posible explicar plenamente el funcionamiento de un campo semejante y sus horribles resultados investigando tan sólo lo ocurrido a un grupo de víctimas. Sin embargo, en la historiografía de los campos de concentración —y de la Alemania nazi en general— se suele adoptar, por rutina, el enfoque de grupo por grupo.

El enfoque prevaleciente de investigar la aniquilación de los judíos ha dejado en la sombra el destino de otros grupos. Sin embargo, de los 12 a 14 millones de no combatientes que perecieron como resultado de los actos de los alemanes, entre seis y ocho millones no eran judíos. Tres millones de prisioneros de guerra soviéticos fueron exterminados, un millón de personas murió en el curso de la guerra contra las guerrillas en los campos, especialmente en la URSS, Yugoslavia y Grecia; cerca de un millón de civiles soviéticos, polacos, griegos y holandeses murieron de hambre, cientos de miles de ciudadanos polacos y soviéticos no judíos cayeron víctimas del terror alemán, así como 250 000 personas con incapacidad mental, un número similar de civiles hicieron trabajos forzados, y hubo muchos otros.[4] Dentro de los campos de concentración, los judíos en realidad eran pequeñas minorías entre los prisioneros, excepto dos veces (a finales de 1938 y desde el verano de 1944). Los primeros en ser sistemáticamente asesinados mediante gas fueron las personas discapacitadas. Los primeros que tuvieron que llevar en público una insignia en la Alemania nazi fueron los polacos que hacían trabajos forzados. Los primeros que murieron por gases en Auschwitz, y los primeros a quienes se tatuó un número fueron (en su mayor parte) prisioneros de guerra soviéticos. Otros detenidos, incluso judíos, notaron que estos presos recibían considerablemente menos alimentos que ellos, y en vano trataron de ayudarlos.[5]

Múltiples categorías de alemanes y de extranjeros fueron perseguidos durante el régimen nazi, pero la gran mayoría de quienes sufrieron habían llegado de fuera. Noventa y seis por ciento de los judíos muertos durante la segunda Guerra Mundial no eran alemanes ni austriacos.[6] De manera similar, tomando en cuenta a todos los no combatientes que perdieron la vida, sólo cerca de 4% eran alemanes y 96% no lo eran.[7] De los cerca de 250 millones de europeos y africanos que quedaron bajo la ocupación nazi, entre 5 y

6% perecieron; en contraste, de los 70 millones de alemanes, 0.7% cayeron víctimas de la violencia organizada por su propio Estado.[8] Si los alemanes mataron preferentemente a extranjeros y en un índice muy superior que a sus compatriotas, esto nos muestra que resulta lógico colocar esta violencia en el contexto del imperialismo. También debemos enfocar de nuevo la relación entre la destrucción humana organizada por alemanes y el marco de la segunda Guerra Mundial, pues fue durante ésta cuando no sólo fueron asesinados todos estos extranjeros, sino también muchos más alemanes cayeron víctimas del régimen nazi.

En contra de lo que generalmente se cree, la práctica del imperialismo nazi —con excepción de algunas zonas anexadas— no consistió, principalmente, en implantar colonos alemanes[9] (aunque los alemanes hicieron sentir su presencia como soldados y funcionarios). En cambio, los representantes y hombres de negocios alemanes intentaron controlar territorios, aprovecharse de sus riquezas y atacar a los que consideraban sus enemigos en una situación de amenazante escasez. La expansión militar ofreció nuevos recursos de mano de obra en los países ocupados, pero también hizo necesario que éstos fuesen movilizados y explotados. Lo que con frecuencia observamos durante toda la segunda Guerra Mundial es una interrelación entre la política alemana de movilizar por la fuerza a varios grandes segmentos de población como mano de obra y con otros propósitos, una forma de sustitución violenta, factor que vinculó el destino de diferentes grupos. Pero todo aquel de quien así se abusó no sólo tenía que ser llevado a un lugar, pues también se necesitaba, como mínimo, alimentarlo, alojarlo, vestirlo, mantenerlo en el mismo lugar, controlarlo y darle un incentivo para ser productivo en su trabajo, y había que cuidar de su familia. Esto implica que había que destinar todo tipo de recursos para algunos y había que retirarlos a otros.

Aquello que Götz Aly ha llamado una «movilización gigantesca» en mitad de la guerra se extendió mucho más allá de las simples

consideraciones financieras. Una promesa de seguridad social para los alemanes, afirma Aly, requirió, en el extranjero, una racista «posición de los amos».[10] Bajo el régimen alemán, para muchos grupos de europeos cuyos destinos fueron afectados en el proceso, esta movilización de recursos, aunque carente de eficiencia (como es natural en los trabajos forzados), causó aún peores condiciones de vida, competencia y conflictos internos, y cada vez había menos lugares donde esconderse, ya que zonas cada vez mayores, incluso de los campos, eran afectadas por la economía de guerra. Es este proceso, en Grecia, el que exploraré en el resto de este capítulo.

GRECIA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Atacada por Italia en octubre de 1940, Grecia logró defenderse, antes de ser derrotada por la llegada de las tropas alemanas en abril de 1941 y dividida en zonas de ocupación italiana, alemana y búlgara. En tres años y medio, de una población de siete millones, cerca de 300 000 griegos perecieron y cerca de un millón fueron desplazados. La implacable explotación de la riqueza del país, que dependía, en gran parte, de importaciones de cereales, causó una terrible inflación y una hambruna que acaso haya matado a 100 000 personas, sobre todo entre diciembre de 1941 y abril de 1942, aunque en algunas regiones esto se prolongó hasta 1943. A partir de marzo de 1943 casi todos los judíos griegos fueron deportados y asesinados en Auschwitz y Treblinka: tan sólo sobrevivió cerca de 15% de 77 000. Las operaciones alemanas en el conflicto contra las guerrillas, que se intensificaron a mediados de la guerra, costaron cerca de otras 100 000 vidas, especialmente en 1943-1944, y causaron cientos de miles de refugiados internos; por último, también, durante la ocupación alemana, el conflicto degeneró en guerra civil. Cerca de 35 000 griegos fueron llevados, voluntariamente o por la fuerza, a trabajar en Alemania, y más de 200 000 tuvieron que ayudar a los militares alemanes dentro de la propia Grecia. Unos 100 000 huyeron de la

zona búlgara a la italiana y la alemana.[11] ¿Qué tuvieron que ver entre sí estos hechos ocurridos durante la segunda Guerra Mundial?

Tropas italianas habían invadido Grecia como parte del esfuerzo de su gobierno por extender su imperio colonial más allá de Albania, Libia, Abisinia y las islas del Dodecaneso en el Egeo, en un plan que en 1940-1941 también incluyó ataques a las fuerzas británicas que había en Egipto y en la Somalilandia británica. Para Alemania, Grecia tenía importancia estratégica contra el dominio británico en el Mediterráneo oriental y en el Cercano Oriente para ocupar el flanco balcánico antes de atacar a la URSS, para asegurarse la lealtad italiana y búlgara, y para conseguir riquezas minerales griegas. Como resultado, los funcionarios alemanes necesitaban mano de obra griega, principalmente dentro del país, para la minería y la construcción de caminos y obras de fortificación. Dado el difundido desempleo[12] y una economía predominantemente rural (considerada ineficiente), no se pensaba que hubiese escasez de mano de obra, lo cual fue confirmado por el hecho de que Hitler pronto liberó a todos los prisioneros de guerra griegos, en explícito reconocimiento de su bravura en el combate.

De hecho, en 1941 y 1942, Hitler y funcionarios alemanes en Grecia tendieron a expresar oficial e internamente su estima por los griegos, señalaron su herencia helénica y concluyeron que los griegos tenían nobles antecedentes «raciales». Fue cerca de 1943 cuando se puso de moda decir que los griegos eran una pérfida ralea, inciviles o miserables buhoneros, y señalar su supuesta herencia eslava.[13] La invención alemana del racismo antigriego coincidió, pues, con el endurecimiento de la resistencia política griega, que puso en dificultades los proyectos económicos de los ocupantes. Este cambio de percepción alemana acaso haya estado relacionado también con las imágenes de miseria, hambre y decadencia moral presenciadas, pero esto no se ha investigado a fondo. En septiembre de 1943 el general alemán Karl von LeSuire llamó a Grecia «una tierra de

holgazanes, traficantes y corruptores».[14] La mentalidad racista del imperialismo hizo que los alemanes trataran cada vez más a los griegos —con ciertas variaciones— como una masa sin derechos. Acarrearon a hordas de personas, sustituyeron un segmento de población por otro en los lugares de trabajo o en sus moradas, devastaron ciertas regiones y, asimismo, trataron de movilizar a unos contra otros.

Desde el principio, los soldados alemanes e italianos se enriquecieron, pero también se vieron obligados a depender de compras, del mercado negro, del saqueo, de robos descarados y, más adelante, incluso de delincuencia gansteril, debido al principio a insuficientes abastos propios.[15] Así, despojaron tan completamente a Grecia de alimentos y de diversos bienes de consumo que al punto surgieron escasez e inflación. El comercio exterior fue estrictamente reducido; bajo esta casi autarquía tributaria forzosa comenzó una baja de la producción industrial debida a la falta de materias primas, combustible y transportes, así como al desequilibrio de los mercados regionales, de sistemas de racionamiento y de mercado negro de todo tipo de bienes. En términos económicos, los alemanes (como a menudo fue el caso en la mitad oriental de Europa) destruyeron más de lo que sacaron. El hecho de que las autoridades italianas y alemanas fijaran el valor del dracma griego artificialmente bajo, en contra de sus propias monedas, e impusieran enormes tributos para cubrir los costos de ocupación de Grecia, contribuyó enormemente a este proceso.[16] Todos estos factores fueron causa de una hambruna.[17] Ante todo, escasearon el trigo, el aceite de oliva y el azúcar. Temiendo la confiscación y el saqueo, los granjeros ocultaron sus cereales y evitaron los mercados. El gobierno griego se había preocupado por esta situación mucho antes de la invasión alemana por lo que fue llamado el «bloqueo del hambre», impuesto por la marina británica en el Mediterráneo oriental, y ya había reducido las raciones de alimentos hasta niveles desastrosamente bajos desde

comienzos de mayo de 1941.[18] Al llegar julio de 1941 un burócrata del Ministerio Británico de Relaciones Exteriores consideró posible que la población de Grecia se redujera en 2.5 millones, o sea en un tercio, debido al hambre.[19] Pero Gran Bretaña sostuvo el bloqueo, aplazó hasta el otoño de 1942 las entregas de urgencia de cereales, supervisadas por la Cruz Roja Internacional, y el gobierno de los Estados Unidos se aferró a su principio de no enviar alimentos a los países ocupados.[20] Esto trastornó la economía, y muchos habitantes de las ciudades perdieron sus ingresos a resultas de la alteración del tráfico marítimo, lo que también ocurrió en las islas griegas y entre ellas. Otros medios de transporte fueron reservados en gran parte para los ocupantes y limitados por la escasez de combustible; la parcial desconexión entre las esferas urbana y rural, junto con la división del país, cortó los nexos económicos intrarregionales, y el desplazamiento de bienes quedó restringido incluso dentro de las zonas ocupadas.[21] «Grecia se estaba desintegrando en la fragmentación de unidades económicas aisladas», como resumió Mark Mazower.[22] Las industrias de bienes de consumo se redujeron; en tales intercambios, los grecojudíos se quedaron con una gran parte.[23] Junto con la inflación, aun quienes conservaron su empleo sufrieron una considerable pérdida de su ingreso real, que lanzó casi a todos al mercado negro.

En lo tocante a la gente del lugar, la «disolución del mercado nacional en muchos pequeños enclaves [...] arrojó de regreso a la mayoría de los pequeños campesinos a una economía de subsistencia».[24] Sin embargo, aun los campesinos especializados, como los que cultivaban frutas u olivos, solieron hacer frente a la situación mediante el trueque (parte de él prohibido). Muchos, en especial los grandes terratenientes, pudieron incluso enriquecerse, ya que la inflación alimentaria sobrepasó los aumentos de los precios generales.[25] Mas para quienes poseían terrenos pobres y aislados de montaña o en las islas, así como para pescadores y pastores, el

abasto de alimentos se volvió precario.[26] Entre los habitantes de las ciudades, el cómo se defendieron las clases superiores dependió de su capacidad de emplear sus recursos de capital, fuese especulando en el mercado negro o haciendo entregas a las fuerzas ocupantes. Algunos se vieron gradualmente obligados a vender sus haberes, en tanto que otros amasaban fortunas y fundaban nuevas empresas o una de las 6 500 nuevas compañías industriales; estos «nuevos ricos» atrajeron grandes críticas públicas.[27] Quienes más sufrieron fueron los pobres de las ciudades, incluso los obreros, los desempleados con sus familias, las viudas, los huérfanos y muchos veteranos del ejército: los héroes de 1940 (muy pronto olvidados) mendigaban por las calles de Atenas, donde peor era el hambre. Niños pequeños, varones adultos y ancianos fueron la mayor parte de los muertos.[28] La mayoría de los que resistieron, más empobrecidos y ahora a menudo políticamente radicalizados, se pasaron a la izquierda, transformándola así en un movimiento de masas que aborrecía a los ocupantes y que estaba resentido contra quienes ahora consideraba colaboradores, especuladores a expensas suyas o élites indiferentes.[29] Así, la hambruna preparó el escenario para más conflictos. A corto plazo el hambre había reducido la actividad de las guerrillas, cuando todos se concentraron en la supervivencia, pero creció el resentimiento contra los ocupantes, principalmente los alemanes. Los activistas pronto trataron de amenazar a los que acaparaban bienes, para obligarlos a vender sus alimentos a precios razonables y reservar algo para las familias con hijos. En 1943, el EAM, el más fuerte grupo insurgente, se dedicó a saquear alimentos de las tiendas y a distribuirlos inmediatamente entre la población.[30] La crisis económica no sólo causó escasez, sino que obligó a funcionarios alemanes a recurrir a más violencia para extraer una parte mayor de recursos decrecientes. La violencia se convirtió en un medio (ineficiente) de penetrar en las economías, primero de las ciudades y luego de los campos. Para los ocupantes,

en particular los alemanes, la inflación y el hambre significaban graves problemas para movilizar y financiar la mano de obra. Los obreros solían abandonar los empleos mal pagados, y era difícil reclutar remplazantes. El deterioro de la salud, sobre todo de los varones, socavaba la productividad, y la necesidad de entrar en el mercado negro, aun cuando tuviesen un empleo, aumentaba el ausentismo. Unos 12 000 griegos, sobre todo de las ciudades, aceptaron trabajar en Alemania en 1942 con la promesa de librarse del hambre, pero la mayoría rechazó esta idea. Una vez en el Reich, los trabajadores griegos se hicieron notar por su poca preparación y desempeño, mala presentación, busca del mercado negro, y por expresar abiertamente sentimientos antialemanes.[31] Después de que, desde el otoño de 1942, empezaron a llegar entregas de la Cruz Roja Internacional (así como informes negativos acerca de las condiciones de vida de los griegos en el Reich, publicados por la propaganda de la resistencia), disminuyó aún más el incentivo de trabajar en Alemania.[32]

Esto se conjuntó con el destino de los 55 000 judíos de Salónica (donde vivían tres de cada cuatro grecojudíos) que fueron deportados a los campos de exterminio en la primavera de 1943.

En julio de 1942 los militares alemanes recurrieron al reclutamiento forzoso de unos 3 500 judíos de Salónica para que trabajaran en las minas y en la construcción de caminos y de un aeropuerto en Tesalia y en Macedonia.[33] Parece ser que el inspector general, un griego de Macedonia, se había quejado de que griegos no judíos estaban siendo obligados a trabajar en tales obras, y decíase que estaba «de acuerdo» con el comandante militar alemán de Salónica y el Egeo.[34] Estrictamente vigilados, los trabajadores judíos que huyeron fueron menos que los no judíos, pero los trabajos forzados y el duro trato hicieron que muchos cayeran enfermos o murieran, y muchos de los que lograron escapar se unieron a los insurgentes, siguiendo el estereotipo alemán de que los judíos eran

una amenaza para la seguridad.[35] Un comité judío en Salónica trató de liberar individualmente a los trabajadores judíos que pudieran pagar una suma per cápita de un millón de dracmas; recabó un total de 700 millones, y también trató de cambiar a otros de lugar. Lo que había comenzado como un esfuerzo de ayuda condujo, en octubre de 1942, a una propuesta del doctor Merten, jefe de la rama administrativa militar alemana, de un rescate de 3 500 millones de dracmas. De ellos se descontaron 1 500 millones a cambio de renunciar al derecho de propiedad del tradicional cementerio judío de 55 hectáreas.[36] Parte de esta suma bastó para que la administración militar contratara en los campos a tantos obreros y mineros no judíos como había habido judíos, y pagarles mejores salarios. Fue precisamente este temor de que con este dinero se pudiese contratar a no judíos para estos empleos, generalmente mal vistos, lo que causó irritación entre los griegos locales. (Aunque los obreros judíos habían sido menos productivos, unos 100 albañiles judíos de Salónica habían seguido trabajando para la organización alemana Todt antes de ser enviados a Auschwitz en agosto de 1943.)[37]

Mientras tanto, en octubre de 1942 se hicieron esfuerzos coordinados germano-italianos por estabilizar la moneda griega y movilizar la mano de obra civil, incluyendo la restricción de compras militares y el pago en efectivo a soldados alemanes, la congelación de los tributos financieros de ocupación, un aumento de las importaciones de alimentos a Grecia y la suspensión de sus exportaciones; se obtendría ayuda alimentaria de la Cruz Roja Internacional, los impuestos indirectos a las compañías griegas serían pagados al Estado griego, y se impondría el servicio laboral obligatorio. Ciertos historiadores han relacionado estas medidas con los efectos de la situación militar en el norte de África. Allí, la victoria habría obligado a alemanes e italianos a mejorar la infraestructura de Grecia para apoyar nuevos ataques al Cercano Oriente. La derrota

habría exigido más fortificaciones en Grecia.[38] Se tomaron todas las medidas para limitar la inflación y poner orden en la distribución de la mano de obra. De hecho, la inflación, especialmente los precios de los alimentos, se redujo cuando los acaparadores sintieron el pánico a comienzos de noviembre de 1942, y vendieron sus abastos a causa de la llegada de la ayuda alimentaria internacional, por la victoria británica en El Alamein en octubre y, debe añadirse, por la invasión aliada a Marruecos y Argelia, del 8 de noviembre de 1942, todo esto junto con las medidas germano-italianas.[39] Sin embargo, protestas en masa contra el reclutamiento obligatorio de mano de obra (también para trabajar en Alemania) culminaron en el ataque del 5 de marzo de 1943 a la administración del trabajo en Atenas, donde los manifestantes destruyeron los registros del trabajo.[40] Pero en estas violentas manifestaciones y motines, al parecer no desempeñaron ningún papel las protestas contra la deportación de judíos.[41]

Como el empleo de la fuerza contra no judíos tropezó con excesiva resistencia, se redujo el reclutamiento obligatorio para trabajar en Alemania y, dentro de Grecia, se ofrecieron incentivos económicos a los trabajadores: mejores salarios y pago parcial en especie, a saber, alimentos y ropa. Lo que dio los medios financieros para todo esto fue la deportación y el asesinato de los judíos de Salónica (y de comunidades más pequeñas en el norte de Grecia), organizado entre marzo y junio de 1943, en cooperación con militares alemanes por un grupo de la Gestapo enviado por Eichmann, después de varios meses de planeación. Sus bienes muebles y el equivalente a 12 toneladas de oro fueron confiscados, entregados al Estado griego y utilizados en apoyo del dracma, lo que ayudó a contener la inflación hasta agosto de 1943.[42] Esto ejerció mayores efectos sobre el empleo que el poner a todos los judíos sanos a trabajar, como lo había propuesto el anciano judío de Salónica, Koretz.[43] (Se emplearon métodos similares durante la expropiación

de 22 000 exiliados políticos a finales de la década de 1940 y comienzos de la década de 1950, incluyendo el castigo colectivo de confiscar las casas de las familias de los exiliados. En la Macedonia griega, fueron remplazados por colonos de habla griega.)[44]

Aunque esto no pretenda ser explicación suficiente (o, en realidad, la única) del asesinato de la mayoría de los judíos griegos en 1943, sí nos permitirá comprender mejor su destrucción en medio de una profunda crisis social general desencadenada por la ocupación y que, a su vez, puso en peligro los objetivos de la ocupación alemana. En pocas palabras, a comienzos de 1943 la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) quiso extender su programa de exterminio de los judíos de Europa a otro país (organizando simultáneamente deportaciones de la zona alemana y de la búlgara de Grecia a los campos de exterminio), y autoridades militares alemanas citaron sus preocupaciones por la seguridad y por la cooperación de los judíos con los guerrilleros, además de las complejas consideraciones económicas ya mencionadas que también motivaron al principal enviado de Alemania a los Balcanes, Hermann Neubacher. Desde luego, en su primera propuesta de deportación de los judíos de Grecia en julio de 1942, la RSHA había subrayado que el envío de los judíos podría mejorar la seguridad y ayudar a combatir el mercado negro.[45] A las autoridades búlgaras la deportación de los judíos les significaría hogares, empleos y fondos para el asentamiento de búlgaros en Macedonia, y particularmente en Tracia, en una enérgica política de incorporación.

Las reacciones de los griegos no judíos frente a la persecución de los judíos en una sociedad polarizada fueron sumamente variadas. Dando un paso extraordinario, los dirigentes de organizaciones académicas, religiosas, profesionales y económicas visitaron al primer ministro, Konstantinos Logothetopoulos, para protestar contra las deportaciones; esta presión acaso contribuyera a la caída del primer ministro.[46] En algunas iglesias se predicó la solidaridad y

se enseñó en ciertas escuelas de Salónica.[47] En contraste, otros en la misma ciudad parecen haber apoyado las deportaciones. Según el cónsul general de Italia, casi todos los salonicenses se oponían a las deportaciones, salvo los mercaderes, que así se verían libres de competencia en sus negocios.[48] Y, aun tres días después de la invasión angloestadunidense en Normandía, en junio de 1944, el prefecto y el jefe de policía de Corfú celebraron las deportaciones locales con una proclama emitida ese mismo día: «¡Ahora el comercio estará en nuestras manos! ¡Ahora cosecharemos el fruto de nuestro trabajo! ¡Ahora cambiarán el abasto de alimentos y la situación económica, para beneficio nuestro!» Las deportaciones encontraron el apoyo de muchos locales.[49] Millares se beneficiaron directamente con las propiedades de los judíos. Las posesiones de los judíos de Salónica, como las de otros judíos deportados, fueron vendidas por las autoridades griegas a otros ciudadanos, bajo la supervisión del gobernador general de Macedonia. Pocas semanas después de su deportación, las ropas de los judíos salonicenses se pusieron a la venta en el Peloponeso. Muchos de los muebles y abastos de los negocios judíos fueron saqueados en irrupciones a las tiendas. Los gendarmes griegos mataron a tiros al menos a cuatro jóvenes griegos saqueadores en el antiguo *ghetto*.[50] Refugiados griegos llegados de la zona búlgara fueron acomodados en hogares de judíos. Otros antiguos barrios judíos de Salónica fueron arrasados por contratistas. Estos hechos nos recuerdan la persecución de los armenios durante la primera Guerra Mundial. Así como 28 años antes los turcos en Van o en Trebisonda, ahora la gente buscaba tesoros ocultos dentro de las paredes, no enteramente sin razón.[51] El cementerio judío que las autoridades griegas habían tratado de cambiar de lugar desde 1925, fue destruido en diciembre de 1942 para dejar el espacio a la universidad, que hoy se encuentra allí situada. Las lápidas fueron empleadas como materiales de construcción.[52]

Procedimientos similares en la zona búlgara dieron por resultado, primero, que los judíos recibieran un tipo de cambio peor que el de los no judíos en el forzoso intercambio de dracmas para la leva a mediados de 1941, un impuesto especial en 1942, y, junto con su exterminio en Treblinka en marzo de 1943, la confiscación de los bienes de más de 11 000 judíos macedonios y tracios. Estos bienes, en parte, fueron robados por funcionarios búlgaros y, por lo demás, vendidos o rematados, añadiendo así una recolección de 36 millones (445 000 dólares estadunidenses) a los ingresos del Estado. También los refugiados griegos sufrieron expropiación en la zona de ocupación búlgara (así como el gobierno de Rallis, en Grecia, robó los bienes de los exiliados en 1943). Los colonos búlgaros se mudaron a sus casas, así como a las que habían pertenecido a los judíos.[53] El índice de muertes de judíos de la zona búlgara fue al menos de 96%, incluso más alto que el de la zona alemana, ya no digamos en la zona antes ocupada por los italianos.[54]

Estos incentivos económicos, que atrajeron a conciudadanos no judíos, no terminaron con la guerra ni tampoco con las dificultades para los grecojudíos sobrevivientes. Al retornar en 1944-1945 y tratar de recuperar sus departamentos, casas y negocios, muchos compatriotas que los habían remplazado «no quisieron saber nada acerca de los antiguos propietarios». Inquilinos o dueños de las antiguas propiedades judías fundaron una asociación para defender sus derechos (como los turcos en 1919 respecto a la propiedad de los armenios, véase el capítulo II), exigiendo que se les permitiera pagar las demandas en dracmas no ajustados a la inflación, y el gobierno, sintiéndose obligado ante estos potenciales votantes, en 1948 (en medio de la guerra civil, cuando las medidas del ejército habían desplazado a 700 000, véase el capítulo IV), declaró ilegal la expulsión de los ocupantes. Sólo se devolvió una minúscula fracción de las casas y negocios de los judíos. Las compensaciones para judíos, pagadas en reparaciones, equivalían al valor de 1% de los

bienes muebles de su familia y a 15% de sus bienes inmuebles. La mayoría de quienes retornaron no pudo volver a sus antiguos lugares de residencia, intensificando así su sensación de desarraigo.[55]

Pero volvamos a 1943: si los alemanes sólo parcialmente lograron estabilizar la economía en la primera mitad de 1943, esto fue, hasta cierto punto, debido a los esfuerzos de los guerrilleros. En el segundo trimestre, los *andartes* hicieron cesar la actividad de muchas minas, y esto obligó a los ocupantes a concentrarse en el rendimiento de las pocas minas más productivas y fáciles de defender. Al mismo tiempo, se endureció la resistencia de los obreros industriales; en las minas de cromo, el número de trabajadores se redujo en cerca de 40%.[56] Los guerrilleros crearon sus propias zonas económicas y administrativas, negando así acceso de alemanes e italianos a los recursos de estas zonas, que en cambio ellos organizaron y distribuyeron por sí solos. Hicieron resurgir escuelas, tribunales locales e instalaciones; establecieron fábricas y asambleas, y comenzaron una reforma agraria.[57] Los *andartes* aprovecharon la violencia alemana, reclutaron a jóvenes de las ciudades advirtiéndoles de los peligros de la deportación a Alemania, o a judíos, con la amenaza de un tipo de deportación aún peor.[58]

Pero los alemanes contraatacaron. En grandes operaciones contra los guerrilleros, en 1943-1944, despoblaron zonas considerables de Epiro, Macedonia y la Grecia central arrasando más de 1 000 aldeas, matando a decenas de miles y dejando sin hogar a un millón de griegos al crear «zonas muertas», como en Bielorrusia; destruyeron las zonas que no podían controlar y estrechando su control donde podían. La más infame de las muchas matanzas de aldeanos ocurrió en Kalavryta y Distomo. Por entonces, en ciertas regiones montañosas la gente estaba muriendo de hambre.[59] Las operaciones contra guerrilleros, ahora como redadas para obtener mano de obra forzada (ocasionalmente practicadas antes en Grecia), se volvieron obligatorias en junio de 1944. Las redadas practicadas en los distritos

de obreros pobres en Salónica y en otras partes les permitieron arrestar a los desempleados.[60] Mediante esa brutalidad sistemática los alemanes lograron aumentar «todas las cifras del índice» de la economía griega así explotada, incluyendo el reclutamiento de mano de obra dentro de Grecia para Alemania.[61] Sin embargo, la continuada explotación y una crisis reducida en parte mediante trucos financieros produjeron la caída en la hiperinflación en junio de 1944.[62]

Según Hagen Fleischer, historiador griego con raíces alemanas, lo más asombroso acerca de la sociedad griega en tiempos de guerra fue su desunión. Los conflictos internos se intensificaron mientras duraba la ocupación.[63] Después de 1943, mientras el Partido Comunista llegaba a predominar en el movimiento partisano por medio de las guerrillas EAM, la derecha política griega se organizó por miedo a una revolución. Y la radicalización de las masas funcionó en ambos sentidos. La lucha por la hegemonía, por el futuro orden social de Grecia, comenzó bajo los alemanes. La derecha griega, con sus Batallones de Seguridad y escuadrones de la muerte, trató de aprovechar a los alemanes, y viceversa.[64] En muchos lugares esto produjo una guerra civil dentro de la ocupación, en que atrocidades, también de los izquierdistas (resultantes de las guerrillas y de los Batallones de Seguridad que competían por el domino local), por lo general fueron causadas por una mezcla de motivos políticos y animosidades personales.[65] Arrestos arbitrarios en retenes de los caminos, redadas en los barrios y asesinatos perpetrados por los derechistas hicieron peligrar aún más las vidas de los atenienses.[66]

Los judíos restantes no pudieron encontrar refugio ni con los guerrilleros (había 650 combatientes judíos, mientras muchos otros jóvenes hacían las veces de enfermeros), ni en el anonimato en Atenas; pero dada la crisis sociopolítica, se veían amenazados por el hambre y podían ser detenidos en las redadas, o por la desconfianza mutua, particularmente en las zonas en que no estaban bien

integrados con la gente del lugar. El EAM/ELAS ofreció escondites y protección a los judíos, a cambio de ocho millones de dracmas. En una sociedad dividida, los judíos podían encontrar tanto ayuda y refugio como hostilidad.[67] Sólo cerca de 2 000 retornaron de los campos alemanes, 8 000 sobrevivieron dentro de Grecia (muchos de ellos en Atenas, y en el resto de la zona antes ocupada por los italianos), sólo 1 500 de los sobrevivientes tenían menos de 16 años de edad, y 240 más de 65 años.[68] En las islas griegas como en Corfú y en Rodas en junio y en agosto de 1944, los esfuerzos de la Gestapo por atrapar a los judíos en el último rincón de Europa sólo pudieron tener éxito con la ayuda de autoridades militares locales, por falta de policías. Las opiniones de los militares locales se dividieron. Finalmente, se dio apoyo militar, por consideraciones totalmente distintas de las de la Gestapo: problemas de seguridad (al enfrentarse a la amenaza de la invasión naval británica), crisis alimentarias e intentos de los militares por financiar sus abastos en lugares aislados, adueñándose de las propiedades de los judíos.[69]

No sólo fueron amenazadas la vidas de grandes números de diferentes grupos de población griega durante la ocupación, sino que la guerra también causó grandes desplazamientos de población; al principio, de las ciudades a los campos, de la zona búlgara del oeste y del sur, y de zonas disputadas a las montañas y, luego, a los poblados y ciudades. La ocupación también motivó grandes flujos de propiedades, de urbanas a rurales, de pobres a élites existentes o nacientes, y de judíos a no judíos. El hambre en Grecia socavó la solidaridad y dividió al pueblo en extremo. Nada se enconó tanto como la lucha por la supervivencia y el enriquecimiento: «Gente de todas clases y edades, hombres, mujeres, niños, limpios y sucios, tramposos e ingenuos, ancianos con manos desgastadas y mujeres con guantes y blusas sucias, jóvenes haraganes, dándose aires de “donjuanes”, con el cabello envaselinado: todos ellos formaron el mercado negro».[70] Esta lucha misma representó una violencia

estructural y estuvo íntimamente relacionada con la polarización política y con una violencia abierta y manifiesta, no sólo por parte de los invasores sino, cada vez más, también de los propios griegos.

Grecia no fue algo especial en la segunda Guerra Mundial: ni por el hambre (hubo muchas hambrunas en países bajo la ocupación alemana, pero también en los países ocupados por Japón, en colonias de las potencias europeas y en países bajo la ocupación aliada o estados independientes, de 1941 a 1947), ni por las expulsiones, los refugiados o la deportación de trabajadores forzados, ni por el exterminio de judíos organizado por los alemanes, y tampoco por su guerra civil (varias guerras civiles prosiguieron bajo los alemanes, como en Yugoslavia y en Ucrania Occidental, todas ellas con aspectos étnicos, religiosos y de clase, o en otra parte, como en China). Los ejércitos extranjeros provocaron la violencia en sociedades que a menudo estaban ya plagadas de conflictos étnicos, religiosos y de clase. Con éstos pusieron en movimiento o aceleraron algunos procesos redistributivos, el surgimiento de élites nuevas, la migración, el cambio social y tensiones nuevas.

GRECIA, 1912 A 1974: ESBOZO DE UNA SOCIEDAD EXTREMADAMENTE VIOLENTA

Grecia es el único país que aparece en tres de los cinco casos estudiados en este libro. Es un candidato sorprendente y dista de ser el «peor caso» de todas las sociedades extremadamente violentas, pero sí ejemplifica algunos de los puntos generales de este volumen.

La ocupación extranjera durante la segunda Guerra Mundial hundió a la sociedad griega en una crisis profunda y sangrienta, pero muchos de los conflictos que salieron a la superficie no eran enteramente nuevos ni terminaron con la victoria de los aliados sobre Alemania. Por el contrario, anteriores tensiones políticas y sociales se agravaron o revivieron durante la guerra, y también después continuaron o se intensificaron.

Entre 1912 y 1974 Grecia pasó por cierto número de experiencias de violencia, en el curso de las cuales la sociedad griega sufrió profundos cambios: desde las guerras de los Balcanes de 1912-1913; la expansión y la expulsión de musulmanes hacia el Imperio otomano (y de 80 000 macedonios hacia Bulgaria); la fuga de cristianos ortodoxos de habla griega, entre 1914 y 1916, en la dirección opuesta, las bajas sufridas en la primera Guerra Mundial (en la que Grecia cayó bajo enorme presión del extranjero); el intento de anexión de Anatolia Occidental de 1919 a 1922, cuando se perpetraron brutalidades contra los musulmanes, especialmente en 1922; hasta la derrota y la recepción de 1.4 millones de inmigrantes cristianos por huida o intercambio de población en 1922-1923, mientras que 356 000 musulmanes tuvieron que abandonar Grecia.[71] Esto fue seguido por la dictadura de Metaxas, de 1936 a 1941, durante la cual miles fueron exiliados y decenas de miles arrestados,[72] luego la guerra defensiva de 1940-1941 contra Italia y Alemania, la ocupación por estos dos países y por Bulgaria, la fuga en masa de 100 000 de la zona búlgara, la hambruna de 1941-1942, el exterminio de la mayoría de los judíos, y los asesinatos en masa y la devastación en el curso de la guerra contra las guerrillas. Vino después la guerra civil de 1943 a 1949 que provocó la huida de más de 100 000 comunistas, búlgaros, macedonios y otras minorías musulmanas; luego dos décadas de opresión de la izquierda política y el movimiento feminista, y la dictadura militar de 1967 a 1974 que, en 1974 también derribó al gobierno de Makarios en Chipre, reviviendo allí la violencia intercomunitaria y provocando la división de la isla por una invasión militar turca.[73] Por otra parte, una corriente continua de refugiados cristianos ortodoxos siguió entrando en el país, llegados de Turquía después de 1923, ensanchándose a mediados de la década de 1920, en 1942-1944, 1955 y a comienzos del decenio de 1970 debido a la discriminatoria política del gobierno turco, combinada con motines ocasionales.[74]

De 1912 a 1974, la violencia masiva fue practicada por griegos contra griegos (incluso minorías), y griegos fueron víctimas de violencia externa, pero también ellos atacaron a civiles extranjeros durante su propia expansión territorial, en especial contra el Imperio otomano, Turquía y Bulgaria. Inmigrantes ortodoxos griegos o políticos, actuando en su nombre, desempeñaron un papel importante en el baño de sangre y en nuevas expulsiones. La llegada en masa de refugiados entre 1914 y 1923 pareció ser una bendición desde la perspectiva de la grecización de Tesalia y de Macedonia, anexadas poco antes. Sin embargo, el marco de la formación de una nación-Estado o conflictos en las tierras limítrofes explica sólo en parte tanto sufrimiento: estos aspectos se entremezclaron con cuestiones de clase y visiones encontradas del futuro orden social de Grecia.

Dentro de este periodo sobresalen dos acontecimientos a largo plazo: en primer lugar, iban disminuyendo las minorías religiosas. En grandes expulsiones, la mayor parte de la comunidad musulmana fue obligada a salir del territorio de la Grecia actual en la primera parte del siglo XX, desde las guerras de los Balcanes hasta la guerra civil. Se quedaron cerca de 100 000 musulmanes. El número de judíos se redujo de cerca de 110 000 en 1904 a cerca de 5 000 en 1959.[75] Las comunidades judías habían sufrido bajo el nacionalismo griego y las exigencias del Estado de lealtad y asimilación desde el siglo XIX. En 1912-1913, la anexión griega de Tesalia y partes de Macedonia y de Tracia, y las oleadas de nuevos refugiados durante la década siguiente (y en 1941-1943) cambiaron el carácter económico, cultural y político de lo que llegó a ser la Grecia septentrional.[76] Los inmigrantes intensificaron la competencia económica de los negocios propiedad de judíos en ciudades y otros poblados, siendo éstos discriminados por las autoridades que, por otra parte, poco tenían que ofrecer a los recién llegados. El creciente resentimiento contra los judíos culminó, primero, durante la crisis económica mundial, en

los motines de Campbell de 1931 en Salónica. Los recién establecidos en las fronteras rompieron conexiones entre las comunidades judías en Grecia, Bulgaria y la naciente Yugoslavia.[77] Al llegar 1940 los grecojudíos se habían reducido a menos de 80 000 por emigración a los Estados Unidos, el Imperio otomano, Palestina, Italia, Francia y otros países. Sólo 10 000 sobrevivieron al extermino alemán en 1943 y 1944, casi siempre con ayuda de vecinos o de guerrilleros izquierdistas. Sin embargo, estos últimos les pidieron apoyar a la izquierda, o al menos los volvieron sospechosos para la derecha nacionalista en la guerra civil. Al llegar 1959, una nueva emigración había dejado a sólo 5 000 judíos en el país. Los grecojudíos quedaron atrapados en los conflictos relacionados con el surgimiento de la nación-Estado griega y sus disputas fronterizas, así como en luchas de clases; hubo medidas culturales y económicas en contra de ellos, y no representaron una minoría lo bastante numerosa para ejercer alguna influencia sobre la política de masas y las elecciones. Los judíos vivieron en poblados y ciudades; desaparecieron de una sociedad urbanizante.

El segundo factor a largo plazo fue la parcial despoblación de zonas montañosas pobres y remotas en el norte, el noroeste y el centro de Grecia.[78] Las estrategias contra las guerrillas practicadas por los alemanes y por la derecha griega en la guerra civil incluyeron la expulsión sistemática, la evacuación o la matanza de aldeanos, particularmente en el norte y el noroeste del país en 1943-1944 y 1947-1949. En ambas ocasiones 700 000 personas o más fueron expulsadas, y a menudo huyeron a los poblados y las ciudades. Hasta cierto punto, los desplazados fueron, en ambas ocasiones, los mismos. La falta de apoyo del gobierno hizo que muchos que habían tratado de retornar a sus destruidos hogares abandonaran el intento durante la década de 1950 y se unieran a la reserva de mano de obra industrial, ya fuera estableciéndose en miserables poblados urbanos o convirtiéndose en emigrados laborales (algunos de ellos, irónicamente, se fueron a la Alemania Occidental). Muchos más

escaparon, años después, huyendo de la pobreza.[79] Las afiliaciones políticas —sobre todo la insurgencia izquierdista, primero contra italianos y alemanes, y luego contra la derecha— se mezclaron con la orientación religiosa y las adscripciones étnicas, haciendo que los insurgentes fueran llamados macedonios, «lobos búlgaros», etc., y sin embargo, se ha dicho que la orientación política en la guerra civil a menudo determinó si los macedonios griegos se ponían del lado de los nacionalistas (si eran más asimilados) o de los comunistas (favoreciendo mayor autonomía).[80]

Una vez más, puede decirse que el aspecto participativo de la violencia fue obvio: no sólo durante la hambruna o la guerra civil (ya fuese bajo la ocupación alemana o después). Esto se puso de manifiesto en el llamado «paraestado» en Grecia entre 1949 y 1967, con su «paraconstitución» caracterizada por regulaciones de urgencia que siguieron en vigor pese a que contradecían la Constitución escrita. Gran parte del «terror blanco» de finales de la década de 1940 y después fue cometido por escuadrones de la muerte extraoficiales, tolerados por el gobierno. Siguieron existiendo campamentos para presos políticos como Makronissos y Trikeri, aunque políticos importantes dijeran lo contrario después de 1950 (de hecho, también Makronissos había sido ilegal hasta octubre de 1949). Si los presos políticos deseaban renunciar a sus opiniones, se les obligaba a denunciar, persuadir y golpear a otros internos en los campamentos.[81]

La violencia en masa en Grecia entre 1912 y 1974 estuvo íntimamente relacionada con enormes procesos de cambio social, conflictos de clase, desequilibrios regionales y una migración que incluyó la expulsión de musulmanes, búlgaros, macedonios y minorías albanesas, así como izquierdistas, en total más de 500 000 y, a su vez, con la recepción de más de un millón y medio de refugiados. Además, las élites comerciales que no hablaban griego (judíos y musulmanes) quedaron marginadas y a menudo fueron violentamente desplazadas, especialmente en el norte, remplazadas

por una clase mercantil griega que iba cobrando fuerza. Entre otros rasgos de la movilidad social estuvo la cooptación de nuevos círculos por la burguesía industrial griega que surgió durante la ocupación y el hambre, que consolidó su posición en la guerra civil y poco después, y que siguió siendo débil, pero lo bastante poderosa para causar un generalizado empobrecimiento urbano en el decenio de 1940. Después de 1948 la industrialización y la urbanización dependieron marcadamente del capital extranjero, de influencias internacionales y de modelos económicos importados, en tanto que las regiones marginales quedaban empobrecidas y parcialmente abandonadas.[82] Sólo las políticas estructurales, después del ingreso de Grecia en la Comunidad Europea en 1981, ayudaron a paliar nuevos conflictos.

Como lo ha observado Steven Bowman, «hasta la fecha ningún investigador ha integrado la historia judía en algún aspecto de la experiencia general griega durante la [segunda Guerra] mundial».[83] Menos aún existe algún análisis de Grecia como sociedad extremadamente violenta, que trate de explicar estos terribles hechos durante seis décadas, en su relación mutua o como un solo proceso.[84] Naturalmente, esta breve exploración sólo puede ilustrar, si acaso, el potencial de semejante enfoque, en lugar de reconstruir exhaustivamente los acontecimientos sociales y políticos en cuestión. Para Grecia, así como para otras sociedades, tales historias están por escribirse.

TERCERA PARTE
Observaciones generales

VI. La etnización de la historia
La historiografía de la violencia en masa y la construcción de la identidad nacional

La investigación que sigue las líneas del concepto de genocidio (y más recientemente, de limpieza étnica) se ha intercalado con narrativas destinadas a crear identidades nacionales. Esta conexión es tan común y ha producido tantas limitaciones, simplificaciones y deformaciones en la investigación de la violencia de masas que parece necesario analizarla en detalle y dedicarle toda una sección de este libro. El ejemplo de Bangladesh, al que me referiré a lo largo del capítulo, es sintomático de estas políticas, pero dista mucho de ser excepcional. Ocasionalmente señalaré, asimismo, interpretaciones de otros casos de violencia en masa, incluyendo algunos que ya han sido tratados en capítulos anteriores, así como otros más.

Según la versión más común de los estudios del genocidio, los militares paquistaníes tomaron medidas drásticas contra el pacífico movimiento de autonomía de Bengala Oriental, que había ganado en las elecciones parlamentarias generales. La junta de Pakistán Occidental trató de acabar con la intelectualidad bengalí (incluyendo a los partidarios de la Liga Awami, profesores y estudiantes universitarios) y con los hindúes, intento que fue superado —después de acabar con tres millones de vidas, enviar a 10 millones al exilio y devastar al país— por la resistencia general de los bengalíes. Los soldados paquistaníes violaron a 200 000 mujeres bengalíes. Algunos miles de «biharíes» también cayeron víctimas de la comprensible indignación de los bengalíes, dado que habían ayudado a las hordas paquistaníes (véase el capítulo III de este volumen).

Esta historia está sesgada en varios aspectos. Los datos de que se dispone no confirman la idea de que el ejército paquistaní quiso exterminar a toda la intelectualidad bengalí. Su pauta de acción indica, en cambio, que pretendieron expulsar de Pakistán Oriental a la minoría hindú mediante el brutal asesinato de grandes números de varones, principalmente. El número total de muertes ha sido inflado. La violencia no fue unilateral sino multipolar. Muchos vecinos musulmanes participaron en el saqueo y en la expulsión de los hindúes. El movimiento de Bangladesh no fue pacífico, aun cuando la Liga Awami sí ganó en las elecciones de 1970, y la violencia por parte de multitudes y bandas de bengalíes contra no bengalíes llegó a su cúspide desde finales de marzo hasta finales de abril de 1971, antes de que el ejército paquistaní hubiese empezado a hacer uso en gran escala de auxiliares locales. Los bengalíes no estuvieron unidos en su lucha contra los paquistaníes, sobre todo en los campos, pero esto también ocurrió con la clase media urbana y los hindúes. La destrucción material fue exagerada por las autoridades bangladesíes, aunque sí fue grave en las zonas limítrofes, en asentamientos a lo largo de las líneas de comunicación y en barriadas urbanas y zonas de mercados (véase el capítulo III).

La versión más común relata una historia maniquea. Su objetivo general no es explicar el «genocidio», sino justificar por qué tuvo que surgir la nación de Bangladesh y cuáles son sus virtudes. Esa historia subraya la brutalidad indiscriminada, caprichosa e irresponsable de los «paquistaníes» y exagera el número de víctimas con objeto de racionalizar por qué Pakistán no pudo mantenerse unido como país y explicar, por medio de contrastantes niveles de moralidad y de identidad, la diferencia entre «bangladesíes» y «paquistaníes». El pueblo bangladesí estaba unido en iguales sufrimientos, una experiencia semisacra que constituye el fundamento de una nación que se ha emancipado de un país fundado exclusivamente en motivos religiosos (el islam). Dado que esta nación es pura, no ha tomado parte en las injustificadas matanzas en masa de «biharíes»

ni en violaciones. El supuesto intento paquistaní de aniquilar a sus intelectuales sirve para demostrar que la cultura bengalí, como tal, estaba en peligro; fue rescatada por una lucha de liberación nacional.

Sin una investigación empírica, no puede comprobarse la validez de estas historias. Al respecto, los números hablan. Desde un punto de vista humano, parece casi absurdo contar cuántas personas sufrieron, cuando la masacre de masas se aproxima a magnitudes abstractas. Pero con objeto de comprender qué ocurrió y por qué, es importante saber cuántas personas de cuáles grupos fueron víctimas, dónde, cuándo y de qué manera. Es esencial no caer en la trampa de la propaganda de atrocidades. En el caso del Pakistán Oriental, en lugar de tres millones es probable que cerca de medio millón muriera, muchos de los cuales cayeron víctimas del hambre; no es probable que la lista de muertes pase de un millón. Al inflar los números de quienes sufrieron, los nacionalistas intentan probar lo legítimo de su causa. Cuando se trata de comparaciones internacionales, entran en un juego de «mi genocidio es mayor que el de ustedes», competencia de gravedad para subrayar la unicidad de la experiencia de su nación (o de su grupo), en la que, después de todo, la identidad del grupo se fundamenta en no pequeño grado. «Mucha gente en Bangladesh cree que el mundo no ha presenciado un genocidio tan horripilante en su intención y tan grande en escala desde el exterminio de seis millones de judíos por la Alemania nazi»,[1] o bien «el genocidio bangladesí fue, sin duda, el más brutal en los anales de la historia».[2] Algunos estudiosos del genocidio han sido demasiado sensibles a esta argumentación, llamando al de Bangladesh «el más letal de los genocidios contemporáneos».[3]

Los estudiosos del genocidio y los activistas de los derechos humanos tienden a presentar estimaciones infinitas del número de víctimas para subrayar la gravedad de su tema, exagerando la proporción de los crímenes directos, mientras menosprecian la parte mortífera del hambre, el agotamiento y la enfermedad. Durante muchos años afirmaron que el ejército indonesio mató a 200 000

habitantes de Timor Oriental; tan sólo recientemente, un cálculo independiente y sistemático descubrió que murieron cerca de 100 000, más de 75% de ellos por inanición y privaciones (que sigue siendo una proporción horrible en un país de 800 000).[4] Cerca de 100 000 (en lugar de los frecuentemente mencionados 250 000) perdieron la vida en la guerra civil de Bosnia, dos tercios de ellos musulmanes, y 58% de quienes murieron eran militares o paramilitares.[5] Aunque en realidad sí murieron seis millones de judíos en la persecución de 1939-1945, la muy mencionada cifra de cuatro millones de judíos muertos en Auschwitz fue en realidad inflada por un factor de cuatro (exagerando el carácter centralizado del exterminio). El sumario de los argumentos cualitativos derivado de datos cuantitativos muy apartados de un verdadero trabajo empírico son las sensacionalistas publicaciones de Rudolph Rummel; basado en fuentes, a su vez secundarias, sus números exageradamente inflados por desgracia han sido creídos, muchas veces por estudiosos de gran reputación, y así el proceso se ha perpetuado.[6]

Aunque el número de armenios muertos entre 1915 y 1923 se sigue discutiendo, la cifra de 1.5 millones de muertes mencionada por representantes armenios es para muchos estudiosos tan exagerada como les parece demasiado bajo el número de los nacionalistas turcos, de 300 000 a 600 000 (y no sólo hubo víctimas de hambre y enfermedad; véase el capítulo II). De manera similar, una lista de muertes de 500 000 en Pakistán Oriental en 1971 reduciría la cifra ya canonizada por los bangladesíes, pero supera al menos en 10 veces la que historiadores, militares o políticos paquistaníes han reconocido. La investigación sobre violencia en masa suele comenzar basándose en historias nacionales en competencia, como puede mostrarlo una breve hojeada a los sitios *web* de internet, bajo el rubro «genocidio armenio». En cierto modo estas dos versiones encarnan una continuación del conflicto entre

dos o más élites, que a menudo participan también en los actos de violencia en masa; las élites escriben, financian o facilitan la escritura de la historia y su investigación. Por ejemplo, aún no existe una historia unificada de la destrucción de los judíos europeos: está dividida en toda una variedad de historias nacionales que no hacen las mismas preguntas y tampoco narran la misma historia. Las historias alemanas de la eliminación de los judíos europeos divergen sustancialmente de las israelíes, y las corrientes generales de historias de judíos no sionistas, rusos, polacos, franceses, etc., siguen siendo diferentes. Todas estas narraciones han servido al propósito de establecer una narrativa de la historia de una nación. Durante largo tiempo, estos relatos, con ciertos tonos antijudíos, minimizaron los hechos e implicaron la represión de la memoria. Hoy que los vientos han cambiado, ocurren cosas extrañas, como, por ejemplo, una agresiva rivalidad entre las autoridades polacas y las rusas sobre quién puede reclamar la victimización de los judíos de la Galitzia oriental, Volyn o la Bielorrusia occidental, con placas conmemorativas en Auschwitz.[7] La primera versión de la historia soviética que contaba todas las víctimas de la ocupación alemana como «pacíficos ciudadanos soviéticos» sin mayor especificación fue simplemente otra forma de narrativa nacional que subrayaba la unidad y los sufrimientos iguales de todos los pueblos soviéticos.

La misión preponderante de estas historias nacionales o de grupo es formar identidades nacionales o étnicas, no explicar la violencia en masa.[8] Por lo tanto, tienden a mostrar a los perpetradores como un «mal absoluto». Esta demonización de los responsables de la violencia —a menudo, hasta su deshumanización, como «bestias», «inhumanos», etc.—[9] oscurece toda verdadera comprensión y aparta de la comunidad humana a los perpetradores, reduciendo así la violencia en masa a un problema distante de nuestro propio grupo, sociedad o institución política. Con base en una afirmación de la unicidad del crimen, tal demonización va de la mano con la «construcción de corralitos de apropiación» que se reservan el poder

explicativo por el asesinato de judíos a judíos, de armenios a armenios, de Roma a Roma, etc.[10] Esto puede incluir el derecho de dar a la destrucción un nombre (Holocausto, *Shoah, Porrajmos, Holodomor*), con mayúscula, como algo supuestamente único.[11] La demonización de los perpetradores y la tesis de la unicidad o de la incomprensibilidad se relacionan con la afirmación de que el hecho fue irracional, de modo que por tendencia no se le puede explicar o, acaso, ni siquiera narrar, pues existe más allá de los límites de la representación, o se sale de la historia.[12]

Como ya se mencionó de paso, las afirmaciones nacionalistas también construyen argumentos en torno de la intencionalidad de la violencia. La supuesta intención de violencia refuerza el concepto de mal absoluto y se conecta con la idea de que la destrucción fue centralmente planeada y estrictamente organizada. Las afirmaciones de que las hambrunas constituyen un «genocidio», expresión del régimen destructivo y represivo de una potencia extranjera, han sido una razón fundamental para la independencia nacional, desde la hambruna irlandesa de 1845 a 1847, hasta la llamada hambruna «ucraniana» de 1932-1933 (la muerte por inanición en realidad afectó, asimismo, a grandes partes de Rusia meridional y central), y al hambre de Bengala de 1943.

Por otra parte, donde no existieron estas fuerzas, donde la creación de grupos positivos o de una identidad nacional no alimenta la labor histórica sobre la violencia en masa, vemos cierto valor en los impulsos de investigación por movimientos nacionalistas o culturales. En el caso de las matanzas de 1965-1966 en Indonesia, después de las cuales el grupo de víctimas fue demonizado y su recuerdo largamente reprimido, simplemente hubo muy poco que pudiera llamarse historia de las víctimas durante 30 años o más.

¿Cómo explicar las similitudes entre las narrativas nacionalistas y el cuadro trazado en los estudios comparativos del genocidio? Ante todo, este campo académico fue establecido por sociólogos más orientados a los modelos que tendentes a una investigación empírica rigurosa. En sus estudios más ampliamente trazados, casi no pudieron cuestionar el marco real aportado por obras más especializadas que, a su vez, se apoyaban en narraciones nacionalistas. Por ejemplo, el reciente estudio de Donald Beachler de por qué el caso de Bangladesh ha sido descuidado por europeos y estadunidenses tiene sus méritos; sin embargo equivale a un llamado a aceptar de lleno la narración nacionalista bangladesí.[13] Esta aceptación también se refleja en la afirmación de que Bangladesh representó «el único caso en el que las víctimas del genocidio han vencido a sus perpetradores»,[14] interpretación que exagera la contribución de los guerreros mukti bahini por la independencia para derrotar a las fuerzas paquistaníes que, en realidad, en gran parte fueron aplastadas por el ejército de la India. El nombre mismo de «Bangladesh», dado a los acontecimientos de 1971 en Pakistán oriental en el estudio del genocidio muestra cuán cerca de la visión de los nacionalistas bangladesíes está la de los estudiosos extranjeros.

La falta de verificación empírica puede no ser accidental, ya que existen congruencias intrínsecas entre las narraciones nacionales y las suposiciones básicas de los estudios del genocidio. Una crítica importante a los estudios del genocidio es la interpretación primordial de la etnicidad que prevalece en ella, en lugar de una comprensión de raza, etnicidad y nación como proceso dinámico de definición de qué lo caracteriza y quién es miembro.[15] Por lo tanto, se establece «*a priori* como dado» lo que debería examinarse.[16] Esto es aún más extraño dado que gran parte de la investigación reciente sobre el nacionalismo ha subrayado que las naciones no son unidades naturales, sino, habitualmente, inventadas o «imaginadas»

bajo la dirección de ciertas élites de la clase media.[17] Esto no es decir que las clases inferiores no tomen parte en los complejos procesos de construir una nación. No creo yo que puedan aplicarse teorías de simple manipulación o movilización, según las cuales los pobres se limitan a seguir ciegamente a los líderes nacionalistas. Pero, en general, sí ha habido críticas de tales «argumentos que tratan a los grupos víctimas del genocidio como entidades fijas en algún sistema linneano de clasificación de plantas y animales».[18] Si los estudiosos consideran la etnicidad como inmutable y la catalogan como causa, en sí misma, de la violencia, rara vez analizan justamente por qué y cómo las adscripciones étnicas pueden hacerse tan poderosas e irreconciliables. Los investigadores pueden así inmortalizar las adscripciones de los perseguidores, aunque por razones muy distintas de las de los propios perseguidores. Por ejemplo, muchos «judíos» europeos en el decenio de 1930 no se consideraban parte de una comunidad judía o de una clase étnica (aunque otros sí). El proceso de cómo una parte de los primeros cambiaron su actitud bajo persecución —por ejemplo, en Israel— ha sido relativamente poco analizado, al parecer porque esto haría reconocer que otros judíos —incluso, sobrevivientes— siguieron rechazando la noción de pertenencia étnica y cuestionando el mito fundador del sionismo: la existencia de una nación judía.[19] Y como se supone que la afirmación de «genocidio» prueba la existencia de una nación, no sólo es importante para la formación de ésta, en lo interno, sino que también tiene una importancia estratégica para que los nacionalistas puedan obtener un apoyo internacional.

Una interpretación tan primordial de la etnicidad queda reforzada por la Convención contra el Genocidio de la ONU, en la que la palabra «genocidio» queda reservada a la destrucción de comunidades nacionales, étnicas, raciales y religiosas precisamente porque fueron consideradas como «grupos estables y permanentes», en contraste con otros.[20] En el capítulo en el que estableció el

concepto de genocidio, Lemkin ya había elogiado a las naciones como «elementos esenciales de la comunidad mundial» llamándolas «grupos naturales».[21]

Esta etnización en un sentido más lato es específica del pensamiento europeo y estadunidense. «Raza, etnicidad, nación y religión son categorías favorecidas en el discurso moderno», escribe Alex Hinton, quien nota la «reificación de conceptos como raza y etnicidad», lo que «no es sorprendente, dado el privilegio histórico de una diferencia biológica percibida en gran parte del discurso de Occidente».[22] Muy irónicamente, los objetivos de esta idea a menudo están situados fuera de «Occidente»: Vinay Lal afirma que en particular los conflictos fuera del llamado Occidente son «muy fácilmente» considerados como primordiales.[23] En cierto modo, este afán «occidental» también se aplica al «deseo de demostrar una dimensión racial en la política comunista soviética», a la que se ha atribuido una sobredosis del «paradigma del Holocausto».[24] En contraste, ciertos tipos de violencia imperialista han sido marginados en los estudios del genocidio, lo que una vez más muestra una relación directa entre ese campo y el nacionalismo: la guerra de Vietnam parece haber sido definida lejos del ámbito del «genocidio» en un campo dominado por estudiosos estadunidenses.[25] Hemos de mantener entonces que, a resultas de la «guerra mexicano-estadunidense de 1846-1848», «México quedó trunco sin que ocurriera un genocidio»,[26] si pasamos por alto la destrucción en masa de pueblos indígenas dentro de los territorios anexados por los Estados Unidos en los siguientes años y décadas. Esa marginación —aunque en el Norte industrializado no todos están de acuerdo— al parecer fue emprendida muy conscientemente, como puede indicar la observación de Helen Fein: «Si tanto los Estados Unidos como Francia [...] se encuentran en la misma clase (de perpetradores) que la Alemana nazi y la URSS, tenemos, entonces, un constructo bueno para nada».[27]

Hay que añadir que la etnización de la historia ha sido fortalecida por el ostensible triunfo del capitalismo de la Europa Occidental y de los Estados Unidos y de sus valores, tras el desplome del socialismo europeo, alrededor de 1990. En el periodo transcurrido desde entonces, hemos experimentado algo como una fase de despegue de los estudios del genocidio como materia en la academia y en la esfera pública, y el surgimiento del llamado intervencionismo humanitario, así como el nacimiento de la limpieza «étnica» como categoría conceptual. Y los ideales socialistas en la propia Europa Oriental ya habían sido remplazados en el decenio de 1980 por un brote de nacionalismo.

El marco del genocidio, a su vez, ha ejercido numerosas influencias sobre los argumentos nacionalistas. Durante el conflicto de Bangladesh los insurgentes se valieron del término «genocidio» en busca de apoyo para la lucha por la independencia en su patria —incluyéndolo en su proclamación de independencia—[28] y en el extranjero,[29] llamándolo destrucción insensata, pero al mismo tiempo diciendo que apuntaba al liderazgo político, la intelectualidad, la administración, las industrias y las comodidades públicas.[30] En Europa, representantes del movimiento de independencia de Bangladesh a veces prefirieron aplicar el término «holocausto» a la violencia del momento.[31] Pocos días después del ataque militar paquistaní a Bengala Oriental, el gobierno de la India ya lo había denunciado como «genocidio».[32] De hecho, desde antes de que empezara el ataque, el dirigente nacionalista bangladesí Mujibur Rahmán había hecho acusaciones de «genocidio», publicadas en la prensa de la India y entregadas a la ONU.[33] Sin embargo, la afirmación de «genocidio» sólo fue continuada, en lo pertinente que fuera, para la formación de una nación. No se materializó ningún esfuerzo sistemático del gobierno por recabar y conservar documentos correspondientes a la lucha por la independencia,[34] y una recopilación sistemática de las estadísticas

fue suspendida, posiblemente porque los datos tentativos no sostenían la afirmación de que habían muerto tres millones y que al menos 200 000 mujeres habían sido violadas. Por consiguiente, no se hizo mucho en cuestión de análisis.

En resumen, el término «genocidio» se utiliza, paradójicamente, para probar la existencia de una nación. Como escribió Kalyan Chaudhuri: «Destruir a un pueblo —quitar o destruir lo que lo hace pueblo— eso es genocidio». Por consiguiente, él vio el asesinato de los intelectuales bengalíes como el núcleo mismo del «genocidio».[35] John Bowen lo ha dicho más prosaicamente: «Entonces, grupos étnicos legalmente adquieren existencia cuando alguien está tratando de aniquilarlos».[36]

LA RELIGIÓN, AL MARGEN

La etnización ha hecho marginar otros factores en la génesis de la violencia en masa, entre ellos uno, incluso dignificado en la Convención contra el Genocidio de la ONU: la religión. En términos muy generales, la etnicidad, la raza, y particularmente el nacionalismo, han representado los valores de la burguesía y de la pequeña burguesía, los de la religión y los de las élites rurales, al menos hasta la década de 1970. No es de sorprender que la investigación reciente haya subrayado el escaso papel que la afiliación religiosa desempeñó en los «genocidios» del siglo XX.[37] Sin embargo, el factor religioso puede ser menospreciado por eruditos europeos, estadunidenses y australianos de antecedentes de clase media al declarar o reinterpretar casi toda fisura en la historia reciente, diciendo que identidades étnicas, o identidades étnicas y religiosas estuvieron «plenamente entremezcladas».[38] En realidad, hay una escuela de pensamiento según la cual «formas de identidad basadas en realidades sociales tan diferentes como la religión, el lenguaje y el origen nacional tienen, todas ellas, algo en común, de

modo que se ha acuñado un término nuevo para referirse a todas ellas: la "etnicidad"». Esto se fundamenta en la idea de que la importancia de la religión se redujo «como foco específico de apego y de preocupación», mientras que, durante los conflictos, la gente subrayaba cada vez más su afiliación a un grupo étnico y la utilizaba para tener acceso al poder, el dinero y la educación, contra las expectativas de los sociólogos de la década de 1970.[39] Comunidades sobrevivientes que atrajeron la investigación por sus historias y su fondo económico a menudo lo hicieron mientras pasaban por su propio proceso de secularización, considerándose a sí mismas comunidades menos y menos religiosas que étnicas; relatos heroicos o trágicos del pasado sirvieron precisamente para establecer semejante grupo étnico-cultural, en tanto que el trauma de la violencia había socavado la fe de muchos sobrevivientes.[40] Esta etnización también corresponde al hecho de que los historiadores han hecho un hincapié excesivo en actores urbanos y en el Estado. Los agentes rurales, casi como sus víctimas, a menudo no se han articulado muy bien, y sus voces no han sido muy escuchadas por los estudiosos, de modo que su papel y sus motivos con frecuencia han sido pasados por alto. Muchos carecieron de alfabetización, de medios financieros y, a menudo, de acceso a las instituciones políticas, o estuvieron principalmente interesados en su lucha cotidiana por la supervivencia.[41] Sin embargo, como ya se mencionó a lo largo de este volumen, existen claras indicaciones de que las ideas religiosas fueron una de las fuerzas impelentes de los muchos perseguidores no estatales de varios grupos en las zonas rurales en los finales del Imperio otomano, en el Pakistán Oriental, especialmente en Indonesia, y también en ciertas partes de la Europa Oriental ocupada por los alemanes, aun cuando la jefatura nazi ciertamente había dado el paso del antijudaísmo religioso al racista (véanse los capítulos I, II y III).[42]

Aun cuando es demasiado pronto para hacer afirmaciones categóricas, la parcial declinación o estancamiento de la nación-Estado bajo el impacto de fuerzas supranacionales en las últimas tres décadas[43] parece haber producido el resurgimiento de identidades religiosas también entre citadinos en algunas partes del mundo. Durante ese mismo periodo la teoría de la secularización, que predice una decadencia automática de la importancia de la religión en las sociedades «modernas», ha sido refutada por muchos investigadores. Esta corriente tiene todavía que llegar a los estudios del genocidio, y tal vez relativizará lo que yo he llamado «etnización». En el futuro los investigadores se encontrarán cada vez más ante la tarea de seguir de cerca las influencias religiosas, incluyendo la violencia pro islámica y, lo que es más importante, la antiislámica.

HACIA UNA HISTORIA GLOBAL DE LA VIOLENCIA EN MASA

Mucho queda por hacer para llegar a un «enfoque sociológico distintivo de los estudios del genocidio, es decir, para alcanzar una auténtica independencia para el investigador», como lo ha exigido Jacques Sémelin.[44] En términos historiográficos, esto significa que se necesita escribir una historia global: idealmente una historia no impuesta por intereses o conceptos nacionales, sino la que intente superar las restricciones en las preguntas planteadas y las perspectivas agotadas, compare las experiencias de diferentes regiones o culturas del mundo, y analice los nexos entre ellas.

Semejante intento necesariamente entrará en conflicto con las narraciones nacionales en diversos niveles. No sólo chocarán las interpretaciones, preguntas y perspectivas, sino que también la historia global necesitará trabajar con otras fuentes (como en este volumen se ha hecho, entre otras, con registros diplomáticos). Su empleo provocará críticas. La labor de los investigadores que no han

dedicado toda una vida a estudiar una sociedad en particular parecerá una práctica intrusa o, incluso, imperialista. Por otra parte, con el aumento de obras especializadas sobre Ruanda, Timor Oriental, y con más obras futuras sobre la India y Pakistán, China, etc., los efectos de la globalización sobre la conciencia histórica también harán que se superen los modelos eurocéntricos, como los crímenes de los estados basados en el «totalitarismo». Desde luego, este camino estará repleto de conflictos.

Entre los riesgos de escribir una historia global se encuentran la generalización excesiva y la posible exageración de los nexos internacionales. La historia sirve para crear identidad y la historia global parece promover una visión bastante afirmativa de la interconexión global, atribuyendo valores positivos al fluir de las ideas y de la tecnología, y al desplazamiento de personas, bienes y cultura. La historia global parece remplazar las narraciones de progreso en las historias nacionales por un nuevo semidiós: la globalización. Mientras que la historia nacional creó comunidades nacionales, construyendo un pasado común, la mayor parte de la historia global parece destinada a llevarnos a una comunidad universal que puede no existir aún: de allí el peligro de insistir en exceso en la interconexión global y de descuidar las contradicciones. La tendencia inevitable hacia la superficialidad, si no puede uno especializarse en cada país en particular, viene a reforzar este peligro.

Aplicar las normas empíricas más estrictas posibles puede ayudar a superar algunos de estos desafíos. La labor de estudiosos sin una herencia personal de una nación o de un grupo que haya participado, en algún caso, en la violencia en masa, como los estudios de Christopher Browning sobre la destrucción de los judíos europeos y los de Hilmar Kaiser sobre la persecución de los armenios de finales del Imperio otomano, ha abierto nuevas perspectivas a la investigación. No es casual que ambos hayan trabajado en un nivel sumamente empírico. Las discusiones entre estudiosos preocupados

principalmente por su propia nación y los investigadores extranjeros ayudarán a clarificar peculiaridades nacionales, siempre que puedan efectuarse en pie de igualdad.

Conclusiones

Este libro ha explorado el fenómeno de las sociedades extremadamente violentas en el cual, en términos sencillos, el hecho y el empuje de la violencia física dependen de una vasta y diversa gama de apoyo. Este carácter participativo se basa en toda una variedad de motivos y de planes de personas de múltiples antecedentes. Esta variedad hace que la violencia cunda en diversas direcciones, contra diferentes grupos y en variadas intensidades y formas. Escrito por un historiador mi relato sirve para establecer pautas históricas y no un modelo hermético. El enfoque de las sociedades extremadamente violentas no se presta a explicaciones monocausales o generalizantes, ni a remedios milagrosos. Este capítulo presenta algunos descubrimientos fundamentales, basados en hechos comunes o difundidos a través de décadas y continentes, pero sin afirmar que incluyen toda la violencia en masa en la historia. Y desde luego, si se emplea el enfoque de las sociedades extremadamente violentas, se verá que son muy posibles otros puntos de énfasis aparte de los aquí aplicados.

Las sociedades extremadamente violentas son sociedades en temporal estado de crisis. En lugar de buscar sencillas relaciones causales —o bien una crisis causada por violencia en masa, o la violencia causada por crisis—[1] sugiero que debe reconocerse el *carácter de proceso* tanto de las crisis sociales como de la violencia en masa. Estos procesos influyen uno sobre otro. Semejante crisis —observada por muchos estudiosos del genocidio, pero descrita en términos bastante generales— se caracteriza por conflictos entre

élites y procesos de acumulación de capital y de poder. Grandes grupos de población participan en tales procesos, actuando para proteger o mejorar su modo de vida, lo que da por resultado matanzas, pero también la forzosa movilidad geográfica y social en masa de varios grupos, que llega mucho más allá de los círculos de las élites o de hombres armados. El grueso de la violencia ha caído sobre sociedades y regiones no industrializadas o bien en proceso de industrializarse.

LA MOVILIDAD SOCIAL

Es cierto que la pobreza por sí misma no genera necesariamente la violencia, que los pobres por lo general no responden a su situación por medio de la violencia física, y que en muchas y diversas sociedades, millones han vivido en la miseria sin recurrir a la violencia directa en masa.[2] Este estudio indica que la violencia se relaciona, antes bien, con toda una vasta gama de aspectos de la movilidad social: caídas súbitas de los niveles de vida o amenazas percibidas a los medios de subsistencia de gente que incluso podía estar llevando una vida confortable, o bien oportunidades para que ciertos individuos se enriquezcan, todo lo cual tiende a generar una acción destructiva, y entonces sí existen interrelaciones entre todas estas circunstancias.[3] Por lo tanto, debemos prestar atención a grandes y súbitos procesos redistributivos, como guerra, hambre, inflación y revolución.

Todas las sociedades analizadas en este volumen presenciaron pugnas entre las élites y el nacimiento de un nuevo liderazgo económico y político. Ya fuese en la Alemania nazi, Indonesia, Bangladesh, el Imperio otomano, Kenia, Malasia, Timor Oriental, Mozambique o Guatemala, o en los comienzos de la colonización,[4] nuevos grupos ascendieron a la condición de élite o mejoraron su posición social, consiguieron mejores empleos y amasaron riquezas,

como parte de procesos que incluyeron violencia directa de masa así como empobrecimiento y hambre para otros. En dichos procesos la violencia raras veces fue unilateral; pero, en lo que concernía a los responsables de la mayor destrucción, si conservaron el dominio político, los grupos nacientes fueron ganados generalmente por las élites ya existentes, y si personas vinculadas con los principales grupos victimados lograron imponerse, a menudo iniciaron una severa violencia contra los propios civiles, y el cambio de élite fue más profundo (como en Argelia, Bangladesh o Ruanda). En este sentido, las revoluciones como procesos que incluyeron un cambio de élite y otra súbita movilidad ascendente y descendente merecen mayor estudio en relación con la violencia en masa.[5]

El surgimiento de élites nuevas en conjunción con la violencia en masa tiene diversas implicaciones. Una de ellas fue la transformación de los campos. En todos los países aquí tratados, respecto a la guerra contra las guerrillas, de Guatemala a Timor Oriental, Bangladesh, Indonesia, Camboya o, digamos, la Unión Soviética después de 1929, el poder recién acumulado se utilizó para cambiar (más) el panorama de la esfera rural, para penetrarlo con capital y, en el proceso, para acumular aún más, lo que causó años de miseria, hambre o desplazamiento y pérdida de propiedad a grandes segmentos de la población. Entre los resultados estuvo que las tierras cambiaran de manos y que ocurrieran profundas modificaciones de las pautas de asentamiento. Las transiciones de este cambio rural al asesinato directo fueron fluidas,[6] y mientras que los nazis, los ittihadistas o las élites políticas de Camboya o de Ruanda (podemos añadir la Revolución Cultural China) idealizaron los campos,[7] estas élites se encontraron precisamente entre las que deseaban transformarlo violentamente y generar excedentes, en un programa bien servido por su propaganda populista. De hecho, muchos de estos acontecimientos también dieron lugar a mayor productividad y fueron acompañados por la difusión de nuevos bienes de consumo y

servicios gubernamentales, incluyendo la educación o la construcción de carreteras.

El caso de Pakistán Oriental/Bangladesh es en este volumen el ejemplo que más claramente demuestra los efectos de la competencia entre élites. Con la independencia de Pakistán en 1947, las élites coloniales británicas se fueron de Bengala, las posesiones de los hindúes abrumadoramente *zamindari* (grandes terratenientes) fueron expropiadas, y muchos hindúes fueron expulsados o huyeron. En el gobierno, el ejército y los negocios fueron en gran parte remplazados por paquistaníes del oeste y por refugiados «biharíes» de la India (estos últimos también representaron gran parte de la fuerza laboral industrial); en las profesiones, la cultura y la educación, los bengalíes ascendieron. El movimiento por la autonomía bengalí pasó por su fase de hincapié cultural durante el decenio de 1950 y por su fase económica en el de 1960, amenazando el dominio de las élites económicas paquistaníes occidentales así como el régimen militar. En 1971 los últimos dos grupos trataron de coaccionar violentamente a las élites bengalíes que iban en ascenso, sometiéndolas, destruyendo los restos de la influencia y riqueza de los hindúes. Sin embargo, la clase media bengalí musulmana triunfó, con ayuda de la India, y se adueñó de todos los puestos de influencia que perdieron los paquistaníes, los biharíes y, gradualmente, también los hindúes. Entre los musulmanes bangladesíes, una lucha por la élite entre generaciones se manifestó en el conflicto entre el secularismo y el islam. Más allá de las preocupaciones de la élite, esta lucha dejó muertos, desplazados o sin medios de subsistencia a incontables habitantes comunes de las ciudades, hindúes, biharíes, luego campesinos y finalmente jumas en las Colinas de Chittagong: ante todo, a muchos de los pobres de los campos. Las mujeres tuvieron que volver a someterse. De manera significativa, las luchas redistributivas de la élite fueron resultado de estructuras creadas por el colonialismo. Ya se han citado también conflictos similares como

causa profunda de otros casos de violencia en masa en esa época, como la de Biafra/Nigeria de 1966 a 1970 y en Burundi en 1972.[8]

Una segunda implicación del surgimiento de élites nuevas fue la forzosa decadencia de las minorías de intermediarios. Es así como llamamos a los principales grupos comerciales o culturales, asentados principalmente en poblados y ciudades, pertenecientes a una colectividad mayor, considerados por otros (y a menudo por ellos mismos) como diferentes en religión, cultura o lenguaje, y retratados cada vez como más ajenos. En parte simplemente quedaron bajo presión de la nueva competencia económica, pero habitualmente este proceso era acelerado por las políticas estatales que favorecían a las nacientes élites comerciales de la etnia o religión predominante, consideradas más leales al gobierno y a la nación, en especial durante los conflictos internacionales. El proceso mismo de acumulación o de «modernización» que facilitó el ascenso de muchas de tales minorías antes de que estallara la violencia también provocó una competencia para ellas, así como el empobrecimiento de otros grupos. También aquí pudo ser fluida la transición de una rivalidad económica entre élites a una persecución abierta de casi toda la minoría, lo cual hizo que esta última fuese una de las más afectadas en un círculo vasto de violencia contra diversos blancos, ya fueran los judíos en la Europa ocupada por los nazis, los armenios y griegos a finales del Imperio otomano, hindúes y biharíes en Bangladesh, sudasiáticos en Uganda, aristócratas y kulaks en la Unión Soviética o chinos en Camboya y Vietnam. Todos ellos fueron acusados de tener vínculos con intereses extranjeros en una época en la que las élites ascendentes afirmaban que había que fortalecer a la nación-Estado. Los chinos en Indonesia fueron menos afectados que el promedio nacional por asesinatos, pero perdieron grandes propiedades e influencia en 1965-1966. (No todas las minorías intermediarias fueron blancos del odio; los judíos a finales del Imperio otomano y los indios en la Indonesia de la década de 1960 parecen haber sido considerados menos que una competencia económica, menos

desleales a la nación, o menos culturalmente provocativos.) Judíos, armenios, hindúes y chinos han experimentado una larga historia de persecución, con repetidos brotes de pogromos contra ellos, que regularmente ocurrieron en el marco de generales conflictos religiosos o emergencias sociales.[9]

A pesar de dicha experiencia, todos estos grupos se vieron sorprendidos por la súbita magnitud de la violencia a la que tuvieron que hacer frente en el marco de una crisis social moderna más profunda y general, que incluyó la destrucción o la expulsión de toda una vasta gama de grupos. Igualmente horrorizados se sintieron cuando la crudelísima violencia contra ellos no se limitó a las élites con propiedades o empleos atractivos, y fue más allá del ambiente urbano, pues la mayoría de los judíos, armenios, chinos, biharíes, etc., eran pobres o vivían muy modestamente.[10] Esta persecución no pareció tener ningún sentido. Si tales minorías vivían en barrios o ambientes separados (como muchas de ellas lo hacían), esto facilitó aún más los ataques a su colectividad. En épocas de crisis, las minorías, en su totalidad, eran consideradas y aceptadas como una amenaza, a menudo con ayuda de la propaganda del gobierno (pero no siempre, como lo muestra el destino de los «biharíes» en Pakistán Oriental hasta abril de 1971). Sin embargo, los intentos de explicar el grado de violencia contra tales grupos, buscando causas dentro de las propias minorías intermediarias, han dado escasos resultados:[11] tan sólo mediante un análisis más general de los procesos socioeconómicos podremos averiguar más.

Los fenómenos de corrupción y de nepotismo, instrumentos básicos para el avance social individual, fueron comunes casi en todos los incidentes, y estuvieron íntimamente relacionados con el surgimiento de nuevas élites. Tales acontecimientos son tan evidentes en los casos otomano y bangladesí como entre los militares indonesios o las milicias que surgieron durante la guerra antiguerrillas. La descarada corrupción en la Alemania nazi pone de relieve el autoestablecimiento de nuevas élites que también allí

amasaron fortunas. Muchas lo hicieron en países ocupados, ayudados por la total impotencia de los locales y la falta de control burocrático alemán de sus funcionarios.[12] Mezclando intereses privados y públicos, estos grupos facilitaron o consolidaron su ascenso. Esto incluyó manipular instituciones del Estado para adquirir haberes y deshacerse de «indeseables», fuese silenciándolos o despidiéndolos. Como en las milicias, la corrupción se halla en el punto de encuentro entre Estado y sociedad. Aun cuando se hable de «regímenes corruptos», la corrupción afecta a la sociedad en un sentido más lato. Y pone a individuos en conflicto parcial con el Estado y con la ley, lo cual crea problemas de justificación para los perpetradores, y a veces causa más actos ilegales.

A pesar de todo, mi hincapié en las élites no pretende plantear teorías de la manipulación que atribuyan a gente ordinaria el papel de simples marionetas en manos de más poderosos titiriteros.[13] Tal interpretación pasaría por alto el papel activo de gente común que sólo parece carecer de influencia. Por otra parte, una interpretación de la violencia en masa basada en un levantamiento de los pobres sería engañosa o, en el mejor de los casos, simplista. Antes bien, parece que los procesos redistributivos que desencadenan la violencia o son exacerbados por ella, o ambas cosas, también afectan a los miembros no privilegiados de la sociedad, acicateándolos a luchar por la supervivencia, por un nuevo hogar, empleo o tierras, o a buscar sus propias ventajas en menor escala, todo lo cual pudo conducir a la participación masiva en la violencia. Este efecto ha sido descrito en los capítulos acerca de la destrucción de los armenios, de Grecia en la segunda Guerra Mundial y de la guerra contra las guerrillas. El saqueo, el robo, la extorsión, el uso privado de trabajos forzados y el mercado negro por soldados, policías y administradores alemanes en los países ocupados pertenecen, de varias maneras, a la misma categoría.[14]

Son estos procesos redistributivos, que no sólo incluyen una movilidad espacial sino también social (a menudo, en conjunción),

los que vinculan diferentes formas y direcciones de la violencia y hacen parecer artificial toda separación de la violencia directa de las masas y las hambrunas, o cuestiones como los trabajos forzados. Pues ambos tienen que ver con los mismos procesos de acumulación de riqueza, recursos, tierra, bienes o poder. En un sentido más lato, la violencia directa y la violencia estructural[15] estuvieron así directamente relacionadas, y no tiene ningún objeto tratar de explicarlas por separado. Lo que importa es localizar precisamente en qué puntos la violencia estructural se convierte en violencia directa.

Las hambrunas no son simplemente hechos naturales, sino el resultado de la interacción humana, como lo ha establecido ya la investigación de los últimos 30 años.[16] Aun si brotan de una falta general de alimentos en una sociedad —lo cual dista mucho de ser siempre el caso—, diversos segmentos de la población suelen verse afectados en grados muy desiguales por el hambre. Ciertos grupos pierden su acceso a los alimentos por su propia producción o falta de ingresos, teniendo que vender sus tierras y posesiones, y viéndose desplazados como vagabundos, en tanto que otros no quedan afectados y algunos aumentan sus tierras o logran lucrar mediante la especulación. Por consiguiente, las hambrunas están relacionadas con el mercado y son fenómenos redistributivos, selectivos y jerárquicos. Y, como se ha visto en este volumen, a menudo el hambre en masa y la violencia en masa interactúan frecuentemente con otro proceso redistributivo en masa: la inflación.

Al mismo tiempo, las hambrunas incluyen relaciones (cambiantes) de poder y, por lo general, también políticas gubernamentales. Sin embargo, las complejas luchas por la supervivencia o el enriquecimiento durante una hambruna no pueden captarse por completo tan sólo examinando la política de los gobiernos. Sí sabemos de políticas de hambre, pero los gobiernos no controlan ni pueden controlar plenamente las hambrunas. Las hambrunas y la cuestión de quién sufre más en ellas no son

simplemente acerca de la asignación de recursos por un gobierno. Existen semejanzas entre los procesos de las hambrunas y los de la violencia en masa; de hecho, coinciden en un grado no pequeño. Ambos producen desplazamientos en gran escala y a menudo división de las familias; en ambos casos, los desplazados se vuelven más vulnerables por la pérdida de redes de apoyo y de capital sociales. Las hambrunas y la violencia en masa pueden hacer que los afectados sean más proclives a la una o la otra, como se demostró en Java Central y en Bali, donde el hambre en masa previamente había intensificado las tensiones y la pobreza al llegar 1965, y en Bangladesh, donde la violencia en masa produjo hambrunas entre los más pobres en 1972 y 1974-1975. Muchos de quienes perecieron en lo que los estudiosos del genocidio consideran como actos de violencia, en realidad murieron de hambre y de enfermedades relacionadas con ella: cientos de miles de judíos europeos, la mayor parte de los tres millones de prisioneros de guerra soviéticos que fueron víctimas del cautiverio alemán, y al menos la mitad de quienes sucumbieron durante el régimen de Pol Pot en Camboya, muchos en la Unión Soviética de Stalin, tres cuartas partes de los habitantes de Timor Oriental que perdieron la vida bajo el dominio indonesio, e incontables víctimas de la expansión colonial. Lo mismo puede decirse de la mayoría de las víctimas de la guerra de independencia de Argelia; de muchos armenios, griegos y kurdos en el Imperio otomano y alrededor de la primera Guerra Mundial; los que sucumbieron a una opresión brutal entre los hereros y los namas en el África sudoccidental alemana entre 1904 y 1907; en Filipinas durante el régimen colonial de los Estados Unidos entre 1899 y 1910; en Kenia británica durante el levantamiento del Ejército de Tierra y Libertad, durante la década de 1950, así como en Guatemala durante el decenio de 1980.

A la inversa, muchos de quienes perecieron en las hambrunas han sido catalogados como víctimas de la violencia en masa: en la hambruna irlandesa de 1845 a 1847, en la hambruna soviética de

1932-1933, en la hambruna de la Gran Bengala de 1943-1944. El comprender que tanto hambruna o «escasez» como violencia en masa son procesos complejos, no sólo basados en las relaciones entre un Estado y sus ciudadanos o entre un Estado y súbditos extranjeros, puede ayudar a superar las catalogaciones esquemáticas y simplistas, de «el huevo y la gallina» y las interpretaciones de que una simplemente causó la otra.[17] Como el caso de los armenios ha mostrado en este libro, una serie de ataques privados por muy diversas razones creó, en parte, la urdimbre de la persecución que mató al menos a la mitad de las víctimas.

El ejemplo armenio, los casos de reasentamiento analizados junto con la guerra contra las guerrillas, y el sufrimiento de muchos refugiados antes y después de su retorno a Bangladesh a comienzos de 1972 ponen de manifiesto las conexiones entre la hambruna y la emigración forzosa. A menudo, la muerte es consecuencia de la expulsión o de la fuga, o de la falta de un apoyo local, de conocimiento del lugar, de la familia o de la pérdida de todas las pertenencias durante la ausencia del hogar. Para los sobrevivientes, el desplazamiento puede dar por resultado una descendente movilidad social y la pérdida, a largo plazo, de su posición socioeconómica. Durante el desplazamiento el estar confinado, por medidas organizadas del Estado, a una cierta área (ya sea una aldea, un barrio o un campamento)[18] en condiciones adversas y sin medios de subsistencia hace que se reduzcan más aún las posibilidades de sobrevivir. No es de sorprender que la «reubicación» llegara a ser una *cifra* para el asesinato en masa directo durante la Alemania nazi, aun para muchos de quienes en realidad «sólo» fueron expulsados por la fuerza; esto, de todos modos, entrañó la muerte.

La violencia en masa es acerca de un conflicto, o de lo que es percibido como un conflicto.[19] Los grupos víctimas casi siempre son mostrados como una amenaza por sus acosadores; de hecho, algunos dentro del grupo de víctimas pueden haber recurrido antes a la violencia armada (como las pandillas, los grupos políticos o las milicias armenias), o pueden haber ejercido una violencia estructural; aunque los grupos de víctimas no hubieran recurrido antes a la violencia, el ataque a ellos casi siempre provocará actos de defensa o de resistencia armada.[20] La deshumanización retrospectiva de los *perpetradores* como bestias, inhumanos, etc., —que comprensiblemente sirve para distanciarnos psicológicamente de ellos, pero que no es útil con fines analíticos—[21] simplemente confirma la existencia de un conflicto. Sin embargo, entre los grupos perseguidos, tan sólo unos cuantos actúan violentamente o responden con una contraagresión. Por definición, estamos estudiando la violencia contra personas desarmadas, o sea los ataques colectivos dirigidos contra quienes permanecían en paz o se habían rendido. Empero, esto no debe hacer que los estudiosos separen la violencia en masa del marco del conflicto y declaren que fue «unilateral»;[22] antes bien, nuestro objetivo deberá ser, precisamente, explicar la paradoja de cómo la violencia cunde, partiendo de un altercado entre combatientes o activistas, hasta envolver a los grupos indefensos, que son presentados y considerados como una amenaza. Si grupos enteros simplemente son presentados como inermes, las víctimas llegan a ser consideradas, erróneamente, como simplemente pasivas, aun cuando hayan podido buscar protección, aliados y, a veces, recurrido a la resistencia armada. Las crisis de la sociedad analizadas en este libro ocurrieron, sobre todo, cuando los países estaban en guerra (la Alemania nazi y aquellos a quienes atacó, el Imperio otomano o Japón), o cuando habían estallado guerras civiles o levantamientos contra las potencias coloniales (en Bangladesh, en la guerra antiguerrillas o en

Ruanda). También las guerras causan procesos de destrucción en masa, redistribución general de la propiedad y desplazamiento. Sin embargo, otros casos históricos de violencia en masa estuvieron más lejos del marco de una guerra.[23] Entre los casos aquí incluidos, Indonesia sólo estaba envuelta en un enfrentamiento de bajo nivel militar con Gran Bretaña, Australia y Malasia, pero el conflicto interno surgió en el marco de la Guerra Fría; al mismo tiempo, el país era víctima de pérdida de tierras, inflación y tensión política, tanto en el ámbito local como en el nacional. En otras partes el problema tampoco se limitó a las luchas militares: hambre, devastación y pérdida de hogares fueron una realidad para muchos, ya fuese en el Imperio otomano, en las zonas ocupadas por alemanes o japoneses, en Bangladesh o en escenarios de guerra de guerrillas. Pero incluso la Guerra Fría o el conflicto ideológico internacional contribuyeron a intensificar la movilización política y la polarización internas, que entonces alimentaron la violencia de masas.

Las coaliciones temporales para la violencia pueden surgir entre grupos sociales que por lo demás tienen pocos intereses en común y que participan en la violencia por muy variadas razones. El caso de Indonesia esbozado en este volumen es tan sólo un ejemplo. A finales del Imperio otomano la mayoría de los políticos, burócratas de alto nivel, grandes terratenientes, oficiales del ejército, médicos, refugiados de los Balcanes y del noreste, y dirigentes kurdos, así como particulares turcos y kurdos, se volvieron contra los armenios. Los jumas de las Colinas de Chittagong, de Bangladesh, constituyen otro ejemplo de un pueblo que se enfrentó a coaliciones temporales entre el gobierno central, el ejército, los colonos bengalíes, las empresas comerciales extranjeras y los «promotores del desarrollo». Aquello en que coinciden los intereses de varios grupos de perseguidores —como en el caso de Indonesia— ayuda a mostrar cuán intensa es la violencia, qué forma toma contra diferentes grupos victimados y en qué punto cesa o se reduce la violencia directa. Considerándola desde otra perspectiva, los grupos son

victimados al quedar aislados dentro de la sociedad, perdiendo aliados y protección, lo que da por resultado posibilidades decrecientes de ocultarse y resistir. Luchan por la supervivencia buscando, de ser posible, aliados y reintegración.

EL CONTEXTO: LA TRANSFORMACIÓN VIOLENTA DE REGIONES NO INDUSTRIALIZADAS

El enfoque de las sociedades extremadamente violentas puede emplearse para examinar la sociedad de la que surge la violencia o la sociedad a la cual envuelve.[24] Ya fuese interna o imperialista, una violencia en enormes proporciones e intensidad, que ha superado todas las demás atrocidades, ha ocurrido en los últimos 500 años en países «no industrializados» o en regiones en proceso de penetración capitalista, transformándolos en áreas más productivas o generadoras de excedentes. Esto ha dado como resultado la concentración de tierras y la caída de la mayor parte de las granjas por debajo de los niveles de subsistencia, socavando los medios de supervivencia, el estilo de vida y el orden social de vastas poblaciones, como se mostró en las islas internas de Indonesia y en Bangladesh.[25] (El pueblo también puede verse afectado al ser trasplantado de tal país o área a una nación industrializada donde será discriminado, como la fuerza laboral llevada por la fuerza a Alemania y a Japón —tan sólo un ejemplo de los procesos migratorios que entraña esa violencia del desarrollo—.) Es difícil comprender la destrucción sin esta transformación. Con esto hago un hincapié diferente que —mientras coloca al «genocidio» en el marco del naciente sistema capitalista mundial— ve el problema, ante todo, en un sistema de naciones-Estado en feroz competencia.[26] Casi por doquier la industrialización es financiada mediante la extracción de capital de los campesinos cuyo trabajo es sistemáticamente menospreciado: un proceso estructuralmente violento que incluye hambre, miseria y emigración, y que puede ser

organizado por medios político-burocráticos o por relaciones de mercado (para las cuales los gobiernos fijan reglas y a veces precios). En fases históricas de abierta violencia, los campos por lo general fueron súbitamente «desarrollados», penetrados con capital y nuevas administraciones, basadas a menudo en conceptos rivales del cambio rural. Esos grandes cambios socioeconómicos fueron más o menos intencionales y emprendidos, con variaciones, por actores estatales y no estatales.

Los programas de reasentamiento sirvieron para pacificar a los habitantes rurales o a los refugiados, y a menudo fueron apoyados por violentos programas oficiales de reasentamiento (como en la guerra contra las guerrillas o en el Imperio otomano durante la segunda Guerra Mundial). También pretendían crear granjas viables y productoras de excedentes —individuales o colectivas— que pudiesen dar bienes a un invasor, como la Alemania nazi, a una potencia colonial o a nacientes zonas internas industriales y crecientes zonas urbanas como en la Unión Soviética, China, Grecia a finales de la década de 1940, o incluso en Etiopía, durante la década de 1980. Fueron tales estrategias de reestructurar la sociedad, y no sólo la existencia de una dictadura, las que conectaron allí a sistemas protocapitalistas, capitalistas y socialistas,[27] aunque a menudo se necesitó un gobierno autoritario para imponer el cambio rural. Pero, una vez más, ésta no sólo fue cuestión de Estado: aunque muchos habitantes de los campos resistieron, otros de entre ellos aceptaron el cambio inducido como un avance hacia el supuesto «progreso».

Ante todo, el capítulo de este libro sobre la guerra contra las guerrillas ha mostrado políticas y prácticas respecto a la transformación rural, mientras que todos los casos estudiados han mostrado elementos de dicho cambio socioeconómico. Durante décadas, la investigación de la violencia en masa soviética enfocó la persecución de las élites urbanas, incluso las del Partido Comunista y de los militares, aunque más recientemente se ha sabido que habitantes de los campos, desplazados «elementos antisociales» y

gente de las «etnias atrasadas» sufrieron en mucho mayor número. Cerca de 90% de las víctimas de la violencia de la Alemania nazi —judíos o no judíos— sufrieron en la parte oriental y sudoriental escasamente industrializadas de Europa (lo mismo puede decirse de las atrocidades de los japoneses o de las víctimas del imperialismo estadunidense). Incluso durante la segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética seguía industrializándose, y el régimen imponía una disciplina feroz a la fuerza laboral, explotando al sector agrícola y especialmente a las mujeres. En este contexto la URSS, incluso en sus campos, padeció grandes hambrunas en 1942-1943 y 1947. Desde finales del siglo XVIII el colonialismo, trabajando con todo un programa de violencia directa, microbios, alcohol y otros medios, introdujo relaciones capitalistas en las tierras, destruyó su uso milenario y dislocó los tradicionales modos de sustento, las estructuras socioeconómicas y los estilos de vida y, finalmente, a los propios pueblos indígenas. «El progreso de la civilización por toda la faz de la tierra», comentó al respecto Eric Wolf, «también es un proceso de acumulación primaria, de robo en nombre de la razón».[28] Por causa de tan dramático cambio, socialmente costoso, Vinay Lal ha llamado al «"desarrollo" al estilo occidental [...] indudablemente el ejemplo más claro de la violencia genocida perpetrada por modernos sistemas de conocimiento contra la integridad de comunidades humanas».[29]

Las consecuencias de la dislocación espacial y social durante la violencia en masa han sido especialmente graves para los pequeños terratenientes. Muchos observadores han señalado las extremas pérdidas que en tales casos han sufrido cazadores, colectores, pastores o agricultores de roza y quema (en este volumen, el pueblo jumma de las Colinas de Chittagong, los granjeros de Timor Oriental y los pastores de Argelia). Sin embargo, durante el siglo XX, también los campesinos, aparceros y trabajadores agrícolas sin tierras han resultado muy vulnerables, porque parecen tener pocos recursos en

términos económicos, sociales y psicológicos una vez que se desintegran sus comunidades de aldea y sus etnias, y porque también tienen pocas habilidades que sean útiles en un ambiente nuevo. Es este efecto, frecuentemente mortífero, el que en realidad borra la línea entre la violencia de masa directa y la dislocación per se, haciendo del súbito desplazamiento de masas un acto de destrucción potencial.

Aunque historiadores y otros estudiosos a menudo han analizado principalmente a los habitantes «civilizados» de las ciudades (en especial a grupos relativamente pequeños de la intelectualidad urbana, como en el caso de la violencia de masas soviética), las víctimas «menores» rurales y frecuentemente analfabetas, como resultado de las pugnas de la élite, fueron descuidadas y consignadas a las sombras de la historia.[30] Se dispone de pocas fuentes acerca de ellas; pocos activistas las consideraron dignas de protección; escasos estudiosos superaron las barreras culturales para narrar el destino de las «víctimas sin historia».

En la esfera urbana de un país no industrializado, hemos observado procesos de acumulación de capitales y de estratificación social vinculados a enormes aumentos o pérdidas de población, a menudo reforzados por medidas de fuerza extrema.[31] Esto indica que el desarrollo rural y el urbano están, desde luego, relacionados. Varsovia o Minsk, ocupadas por los nazis, Constantinopla e Izmir durante la primera Guerra Mundial se redujeron, mientras que Yakarta y Manila crecieron bajo el régimen japonés, así como Luanda durante el decenio de 1970, Dili en las décadas de 1970 y 1980, la ciudad de Guatemala en esta última década, y varias ciudades soviéticas durante la década de 1930. Daca primero se contrajo en 1971, para luego expandirse rápidamente. A menudo los refugiados formaron una reserva de mano de obra importante para el desarrollo industrial. Los grupos de intermediarios perdieron su influencia, fueron sustituidos, expulsados o, incluso, asesinados.

La destrucción ha caído sobre los pueblos de sociedades industriales con menor frecuencia y de manera totalmente distinta, como pudo verse en la violencia más selectiva de la Alemania nazi contra los europeos del norte y del oeste en comparación con los europeos del este. Estas políticas no sólo fueron determinadas por un pensamiento racista, como lo muestra el trato menos brutal dado a los checos. En general, si la gente fue victimada en las naciones industriales, fue blanco de violencia de masas por una potencia enemiga en el marco de grandes guerras. Desde las primera y segunda guerras mundiales los trabajos forzados, la expulsión o la deportación, el bloqueo naval y los bombardeos aéreos parecen haber sido las formas más prevalecientes, mientras que las matanzas en tierra contra súbditos extranjeros ocurrieron en menor escala, con excepción del asesinato de más de 400 000 judíos de la Europa Central y Occidental por los alemanes.[32] Durante el periodo nazi, el gobierno alemán organizó la matanza de cerca de medio millón de sus propios ciudadanos.[33] Las expulsiones y matanzas ocurridas en Bosnia durante la guerra civil de 1992 a 1995, en la que fueron víctimas cerca de 100 000 personas, ocurrieron en una nación industrial. También el hambre ataca de otras maneras a las sociedades industriales: por lo general, atormenta a los habitantes de las ciudades, especialmente a quienes tienen poca conexión con los campos, en contraste con los países no industriales donde suele ser un azote para los pobres de los campos (algunos de los cuales van a parar a las ciudades, donde muchos pasan sus últimos días). Alemania, Austria y Japón experimentaron hambrunas bajo la ocupación extranjera después de terminada la segunda Guerra Mundial, y las dos primeras también durante la primera Guerra Mundial, sin estar ocupadas.

Aunque no estén de acuerdo muchos estudiosos del genocidio, en ciertos aspectos también hay que hacer una distinción importante entre la violencia imperialista y la violencia interna.[34] En este último caso, y pese a la presión del sistema internacional (por medio de conflicto militar, alianzas amenazadoras, medidas financieras o económicas, ideologías o propaganda), acosadores y víctimas en su mayor parte se originaron en la misma sociedad, como en el Imperio otomano, Indonesia, Guatemala, o la Unión Soviética, Ruanda y Yugoslavia. En el primer caso, verdugos y víctimas pueden proceder de dos (o más) sociedades diferentes, como en la Alemania nazi, Japón, el colonialismo del siglo XIX o las luchas de descolonización del siglo XX (en Argelia, Kenia o Timor Oriental), lo cual plantea importantes preguntas acerca de las motivaciones y los procesos sociales que intervienen.[35] La violencia imperialista en masa puede ocurrir en diferentes marcos, durante una súbita conquista colonial y una reestructuración social obligada, pero también cuando se ve amenazado el régimen de la potencia imperial.[36] En el comienzo, semejante crisis a menudo se ve limitada al propio territorio colonial, pero tiende a agravarse con los problemas políticos dentro del país imperialista.

En los casos de violencia imperialista, la sociedad ocupada o colonizada fue, asimismo, profundamente transformada. Bajo la superficie de un régimen extranjero y una explotación aparentemente abrumadores, surgieron nuevas élites indígenas, se acumuló capital y a ello siguieron conflictos por predominio local, influencia, posesiones o posiciones.[37] Esto fue acompañado por una abierta hostilidad entre distintas facciones locales (como se muestra no sólo en el capítulo IV, en lo tocante a las guerras de descolonización, sino también en cualquier ejemplo de colonización, aunque, puede suponerse, con un nivel más bajo de participación popular). Tales luchas determinarían quién detentaría el poder después de irse los ocupantes, como ocurrió en las guerras civiles en

la Yugoslavia ocupada por los alemanes, en Grecia y en Ucrania Occidental en 1943-1944. Como se demostró en el capítulo IV sobre la guerra contra las guerrillas, los estudios centrados principalmente en el régimen político y la acción estatal tienden a pasar por alto o menospreciar esa violencia nacida en el interior (aunque inducida desde el extranjero).

Al mismo tiempo, en la violencia imperialista se enfrentan dos sociedades —no sólo dos estados— en que, desde luego, la principal violencia es ejercida por los ocupantes contra los ocupados. Esto creó innumerables oportunidades de inventar una otredad, en el que los grupos eran tratados de manera diferente según su utilidad en la explotación de los territorios adquiridos. Por desgracia, las razones del apoyo de masas al imperialismo y a la violencia imperialista dentro de un país que estaba formando un imperio —que claramente van más allá de la inmediata ganancia personal, por muy importante que ésta pueda ser— en general han sido mal investigadas.[38] Sin embargo, evidentemente, los mecanismos de exclusión, los aspectos jurídicos y también el recuerdo de tales hechos difieren enormemente entre los casos de violencia imperialista y de violencia interna.[39]

La Alemania nazi ha sido considerada excepcional, a veces por razones erróneas. También otros países sumamente industrializados han cometido violencia de masas en un marco imperialista, incluso en el siglo XX (Japón en el este y el sudeste de Asia, los Estados Unidos en Filipinas y en Vietnam, Francia en Argelia o la Gran Bretaña en Kenia). Lo que hace extraordinario el caso de Alemania, aparte de la simple cantidad de violencia y brutalidad, es el hecho de que una nación industrial recurriría al asesinato en masa contra grupos *dentro* de ella, así como a su racismo interno, particularmente radical.[40] Esto ha causado una cierta aunque implícita fascinación por el destino de las víctimas alemanas, que dio por resultado el relativo descuido del aspecto imperialista de la

violencia alemana, que causó 96% de todas las muertes. Un indicador de esta errónea percepción es la enumeración de víctimas no judías del nazismo, que incluyó a personas con discapacidad, «gitanos», homosexuales, enemigos políticos, testigos de Jehová, o «asociales» y «delincuentes profesionales» (es decir, en su mayoría alemanes),[41] pero mucho menos frecuentemente a grupos de víctimas más numerosos, como los prisioneros de guerra soviéticos y los campesinos afectados por la guerra contra los guerrilleros o por los trabajos forzados.

LOS PAPELES DEL ESTADO Y DE LA SOCIEDAD

En todas las sociedades estudiadas en este volumen la organización por las autoridades del Estado fue esencial para que ocurriera la violencia en masa: durante la guerra contra las guerrillas en Indonesia, Pakistán Oriental/Bangladesh, el Imperio otomano y los países ocupados por Alemania en la segunda Guerra Mundial. Gobiernos y burocracias organizaron la violencia, fijaron el marco y definieron la política. Dado que el Estado en el siglo XX pretendía expresar la voluntad de sus ciudadanos, obteniendo legitimidad por su apoyo, generó un poder nuevo, sin precedentes, que en algunos casos dio por resultado la violencia en masa.

Sin embargo, en éstos, así como en otros casos, no existió un monopolio estatal de la violencia en el sentido weberiano. Parte de la violencia, en ciertas formas y contra determinados grupos, no fue organizada por el Estado o fue aplicada por actores no estatales, y a menudo «el Estado» no fue una entidad monolítica, puesto que también existían conflictos físicos entre diferentes facciones de sus funcionarios. Por lo tanto, la violencia no puede ser simple y exclusivamente explicada analizando al «Estado». Se tomaron decisiones gubernamentales o administrativas para el asesinato, la expulsión o la esclavitud de pueblos;[42] sin embargo, estas políticas

deben verse en relación con toda una miríada de opciones y decisiones tomadas individualmente, dentro y fuera de la maquinaria estatal.

En primer lugar, el Estado es parte de la sociedad. Las instituciones estatales son ocupadas por ciudadanos que tienen su propio juicio de las situaciones y las interpretaciones de leyes, reglas, órdenes, instrucciones y medidas políticas, y con sus propias visiones e intereses. Iniciativas o minimedidas políticas para la violencia sugeridas por funcionarios de mediano o bajo nivel están ampliamente documentadas en la Alemania nazi, y hasta cierto grado también en la Unión Soviética y en Camboya.[43] Por lo tanto, las iniciativas individuales para la violencia pueden ser canalizadas por medio del Estado. Semejante práctica sin duda no es independiente de la política gubernamental, pero sí permite ciertas desviaciones y variaciones, o unas medidas que no se materializan tal como han sido oficialmente planeadas. En este sentido, Martin Shaw explica el carácter particularmente destructivo de la guerra que no tiene (como afirmó Clausewitz) «un límite lógico» o la inherente «tendencia genocida» de la guerra (como la llama Shaw) mediante la participación del pueblo cuya aportación a la misma, según Clausewitz, consiste en violencia pura.[44]

Mediante un enfoque centrado en el Estado no es posible captar plenamente la participación popular en la violencia en masa. La idea de que un gobierno organizó «proyectos sociales que movilizaron al pueblo» y que el pueblo tan sólo «operó dentro de una estructura de acción definida por las metas del régimen», que sólo dejó a los perpetradores para crear «rituales propios», dista mucho de ser un análisis completo.[45] En todos los casos de guerra contra las guerrillas tratados en el capítulo IV existieron políticas de ingeniería social, pero todas ellas fracasaron: el cambio social quedó fuera de todo control. La ingeniería social nunca funcionó completamente como se había planeado. El cambio social y la violencia se los apropió el

pueblo. La violencia que sí se materializó no siempre fue organizada por el Estado o en su interés. Esto puede aplicarse a Estados supuestamente fuertes y aun supuestamente «totalitarios» en Europa, «el pequeño número de paradigmas europeos historiográficamente dominantes» sobre el cual se han elaborado muchas teorías acerca del «Estado violento».[46] Muchos prisioneros de guerra alemanes en manos soviéticas a menudo fueron víctimas de crímenes causados por el odio cerca del frente de batalla, y las violaciones en masa de soldados soviéticos contra mujeres de la Europa Central no obedecieron a ninguna política del gobierno. En el caso de la Alemania nazi las milicias de origen alemán desempeñaron un papel importante en las matanzas de 1939 en Polonia y entre 1941 y 1943 en Bukovina, Besarabia y Transnistria, y decenas de miles de prisioneros soviéticos en manos alemanas perecieron por las brutales acciones de sus guardias, lo cual aplazó la realización del cambio de política del gobierno alemán hacia un mejor trato a los prisioneros capaces de trabajar, a finales de 1941. Abundaron las denuncias de la población soviética contra algunos conciudadanos suyos durante los decenios de 1940 y 1930, y de ciudadanos alemanes, especialmente contra la mano de obra extranjera forzada.[47] Tales iniciativas privadas, sin embargo, a menudo funcionaron en interacción con órganos o marcos del Estado fijados por las autoridades. Aunque los Estados débiles son propensos a sentirse amenazados por ciertas minorías en una situación de guerra o una insurgencia,[48] un Estado débil no es requisito necesario para una sociedad extremadamente violenta.

Sin duda, no hubo ningún monopolio estatal de la violencia en las sociedades de colonos de los siglos XVIII y XIX que, en cierto modo, se asemejaron a los primeros estados europeos modernos. Una observación semejante se ha hecho acerca de la violencia en la partición de la India y Pakistán en 1947 y acerca de la expulsión de gran cantidad de palestinos en ese mismo año.[49] Ruanda, Darfur o el

Congo pueden ser ejemplos comparables. En cuanto a las formas de la guerra contra las guerrillas analizada en este volumen, la participación activa de súbditos coloniales o poscoloniales en la violencia, por medio de milicias, paramilitares o mediante otras formas, fue constitucional. Dichas estrategias también fueron adoptadas por Estados poderosos como los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón, precisamente porque incluso sus jefes creyeron que sus estados, en otro aspecto, poseían insuficientes medios para triunfar en el conflicto. Los militares paquistaníes tuvieron menos éxito en un esfuerzo un tanto similar. Asimismo, los militares indonesios dependieron de la ayuda de ciudadanos dentro y fuera de las milicias en sus políticas de destrucción contra los izquierdistas. En las guerras de sucesión yugoslava las milicias desempeñaron un papel importante en la violencia.[50] Y hubo numerosas indicaciones de que la infame Teskilat-i Mahsusa (Organización Especial), supuestamente paralela a la SS alemana como instrumento del Estado otomano para exterminar a los armenios, puede verse, antes bien, como milicias tribales laxamente organizadas.[51] En pocas palabras, las milicias parecen ser decisivas para la violencia en masas como formaciones que vinculan a los militares y al Estado con ciudadanos en una base local, que ayudan a los ciudadanos a asumir la autoridad y ejercer el poder, y como formaciones a las cuales se les aplican pocas de las leyes de guerra; merecen mucha mayor atención en futuras investigaciones.

En las sociedades extremadamente violentas, varios grupos se vuelven el blanco de la violencia. Algunos de ellos pueden ser victimados sin ninguna política oficial de persecución. La violencia puede estar esquivando al Estado; puede seguir siendo muy intensa, pero tiende a ser más localizada. Los transmigrantes masacrados en partes de Sumatra en 1965-1966 no fueron el blanco de una política de los militares. Hasta mayo de 1971 no se formuló ninguna política de matar a los no bengalíes en Pakistán Oriental; antes bien, existen

pruebas de que muchos funcionaros de la Liga Awami, que de facto gobernaba al país en marzo, trataron de impedir los asesinatos en masa de «biharíes». Los ejemplos de la guerra antiguerrillas y de Indonesia en 1965 y 1966 muestran cómo muchos individuos o grupos ajustaron cuentas privadas aprovechando la violencia general, práctica que las autoridades no pudieron impedir. Personas de origen chino fueron atacadas a finales de 1965 por personal militar que, sin embargo, actuaba movido por afán de lucro privado, mediante extorsión y robo, y no con carácter oficial.

Los militares han desempeñado un papel importante en incontables incidentes de violencia de masas, como se ha mostrado en este volumen para los casos de Indonesia, Pakistán Oriental y la Alemania nazi. Concentrarse en el marco de la violencia de masas contra los civiles durante la guerra puede dar como resultado un enfoque exagerado en el Estado,[52] oscureciendo el hecho de que la violencia de masas puede ser simplemente semiorganizada y no plenamente controlada por el Estado. Sin embargo, lejos de ser bloques cohesivos, los ejércitos a menudo han estado divididos en facciones. En una sociedad extremadamente violenta, tales facciones pueden tener conflictos entre sí, caso en el cual cierto personal militar puede victimar a sus camaradas, o bien pueden chocar militares contra paramilitares. Esto ocurrió en Indonesia en 1965-1966, en Pakistán Oriental en 1971, en la URSS en la década de 1930 y en China durante la Revolución Cultural.[53] Una parte de las tropas también se negó a participar en la violencia oficial contra el pueblo desarmado (en la URSS hubo pocas noticias de ello). Y los aparatos civiles tampoco fueron monolíticos. En todos estos incidentes ocurrieron luchas entre los militares en el contexto de conflictos más generales de élites que también pertenecían al gobierno o la administración, enfrentando a altos funcionarios del Estado o del partido, lo que se mostró palpablemente en los juicios amañados contra dirigentes políticos en la Unión Soviética y en Indonesia en 1966, cuando el presidente Sukarno y muchos ministros del gobierno

se opusieron a las masacres. Desde tal punto de vista, la «ideología [aparecería] no tanto como un factor causativo por derecho propio, sino como un elemento en la lucha política dentro del aparato del Estado entre diferentes grupos y facciones, cuyo interés estaba en la promoción o en la terminación de la violencia».[54] Nótese también que las diferencias políticas en los cuatro casos citados incluyeron disputas acerca de futuras relaciones sociales en el campo y con los campesinos.

En el marco de los exterminios alemanes de masas a muchos de mis colegas les desconcertó que yo pudiera subrayar, a la vez, el papel decisivo de las iniciativas locales en la vehemencia de la violencia y argüir, sin embargo, que Hitler tomó, en principio, la decisión de matar a todos los judíos europeos en diciembre de 1941.[55] Pero esto no es una contradicción. Son importantes las estructuras impersonales, así como los actores colectivos e individuales. Dado que la violencia en masa se origina en la política estatal, así como en relaciones sociales, y por la interacción de Estado y sociedad, debe pensarse que viene «desde arriba» así como «desde abajo».[56]

LAS IMPLICACIONES SOCIOPSICOLÓGICAS

La violencia en masa —como la hambruna, la inflación y la guerra— es un hecho *social*. Todas sus formas se materializan mediante la participación de muchos. Son manifestaciones de una crisis de la sociedad. Son hechos con ganadores y perdedores y, por lo tanto, divisorios. En todas ellas interviene el pánico. Y, para los afectados, se vuelven traumáticas.

El conflicto y la violencia en una sociedad así perturbada son multipolares, pero no universales ni al capricho. Sin embargo, al parecer no hay una lucha arbitraria de todos contra todos. Empero, en semejante crisis se ha erosionado la cohesión social y han bajado

los niveles normales de la moral. Podemos observar una pérdida de solidaridad. Los nexos sociales y de familia se desintegran paso a paso, dejando «miedo [y] confusión». Entonces la «miseria material ataca profundamente al individuo porque acelera la quiebra del sistema de valores que era la base para la identificación del individuo dentro de todo el grupo, protegiéndolo de descubrir su soledad. El grupo deja de desempeñar su papel de agente regulador porque ya no está seguro de sus normas y valores, debilitados por la situación y por el daño a sus estructuras permanentes».[57]

Así, las normas éticas y los valores se han devaluado no sólo entre acosadores o aprovechados, sino también entre los grupos vulnerables. Esto produce atomización, traición, corrupción, oportunismo, ignorancia y crueldad.[58] Incluso, puede considerarse que ideas abstractas acerca de la solidaridad violan los intereses del grupo o del Estado. Según Daniel Feierstein, el propósito mismo de muchos «genocidios» modernos se encuentra en la «reorganización» de relaciones sociales y en la sustitución de principios como solidaridad, cooperación, reciprocidad, autonomía e igualdad, por otros conceptos más apropiados para el ejercicio del poder.[59] Pero éstos, en realidad, pueden ser concomitantes de procesos sociales más generales que sólo parcialmente pueden ser controlados por algún gobierno. La experiencia última de una solidaridad quebrantada es el hambre —compañera familiar de la violencia en nuestros estudios de caso—, cuando la gente pierde sus redes sociales, su hogar y sus medios de subsistencia, y luego los nexos familiares se disuelven cuando los hombres abandonan a sus mujeres e hijos, y éstos pueden, a su vez, ser abandonados, asesinados, vendidos por sus madres o hasta devorados por ellas.[60] Cierto que este último caso es excepcional; las familias pueden permanecer unidas aun durante una hambruna o unirse contra el mundo exterior en una situación adversa. Sin embargo, el hambre es

la amenaza última no sólo hacia todos los seres humanos, sino también al concepto mismo de humanidad.

La crisis de la sociedad aquí descrita crea inseguridad y temor. Entre las consecuencias sociales inmediatas del temor pueden enumerarse la comunicación restringida, el entorpecimiento de la organización social, la falta de confianza en la comunidad y el cuestionamiento de los valores.[61] La gente atemorizada en épocas de dramáticos cambios sociales, que incluyen la disolución de los nexos tradicionales —especialmente en los campos— se siente frustrada y amenazada por las difíciles condiciones de vida y busca la seguridad en comunidades estables, aparentemente naturales, fundamentadas en las identidades religiosas, étnicas o de clase. El parentesco y la etnia habían ofrecido durante largo tiempo una «estructura para los intercambios sociales dentro y fuera», y habían servido para controlar los recursos políticos y económicos. En el proceso, son reformuladas estas identidades (que ahora sirven a nuevos propósitos), lo que incluye la polarización de las personas con intereses en conflicto y la exclusión vehemente de los demás, resentimiento y venganza expresados a menudo en actos performativos.[62] Un aspecto importante es el deseo de restaurar algún orden que, aunque supuestamente tradicional, es un orden nuevo. Las milicias y los paramilitares parecen ofrecer una manera de poner tal orden en un nivel local. En diferentes grados, los movimientos políticos pueden ofrecer una renovación, un mejor mundo o nación para superar el temor existencial y el caos, y parecen señalar algunos grupos sociales como obstáculos para alcanzar dicha meta.[63] Entre las víctimas pueden encontrarse agentes del cambio, como minorías intermediarias o izquierdistas políticos y sus simpatizantes.[64] Sin embargo, diferentes grupos de perseguidores pueden tener distintas ideas de un orden nuevo (como fue explícitamente llamado en Indonesia después de 1965 y en los territorios soviéticos bajo dominio alemán durante el decenio de

1940) y el modo en que la sociedad debe funcionar basada en valores cambiantes.

Tales procesos con frecuencia incluyen promesas de una renovación de las antiguas formas de orden y de purificación, tema que añade una dimensión de «religión o de carácter sagrado secular»;[65] pero esto no es exclusivo de la violencia de masas o el «genocidio». Movimientos salvadores religiosos, o bien anticoloniales y revolucionarios izquierdistas, han empleado (todos ellos) conceptos como la purificación, y ya es retórica común de cualquier golpe militar decir que salvará a la nación de la inmoralidad y de la corrupción y, en su mayor parte, del abandono al hombre común. Éste es un indicador de que no sólo intervienen valores éticos abstractos, sino también un hecho antes subrayado para las sociedades extremadamente violentas: la acumulación de riqueza por una élite, que mediante un *putsch* es remplazada o complementada por un nuevo grupo rector que, a su vez, pronto podrá ser acusado de corrupción. Países enteros han sido nombrados después de tales esfuerzos de purificación (Pakistán, la «tierra de los espiritualmente puros», y Burkina Faso, la «tierra de los hombres incorruptibles»).

A diferencia de muchos golpes de Estado o movimientos religiosos, la autoridad no es establecida tan sólo por la fuerza, sino también por una aterradora violencia pública.[66] Todo régimen de Estado se basa, interna y externamente, en la fuerza. A menudo, un nuevo orden social y una nueva distribución del poder se establecen mediante violencia e intimidación. La crueldad manifiesta sirve para «magnificar el terror». Las atrocidades se cometen para causar un trauma en quienes las contemplan, para dividir grupos en el futuro haciendo imposible la reconciliación.[67] Lo que es más: en las sociedades extremadamente violentas, la crueldad sirve como acto simbólico para superar una posición de debilidad, para adueñarse y concentrar el poder,[68] para imponer un orden nuevo y, en cierto

modo, para establecer una legitimidad.[69] La violencia ayuda así a constituir y señalar una nueva hegemonía moral contra la cual las víctimas pueden quedar éticamente indefensas.[70] Sin embargo, esa violencia suele ser considerada aceptable tan sólo mientras dura la situación de emergencia, echando las bases de un nuevo orden moral que, más adelante, no necesariamente se caracterizará por continuadas atrocidades.

En este marco, la horrible ocurrencia del abuso sexual, incluyendo la violación en público, puede hacerse más clara. No hay una sola causa para la violación colectiva, así como no hay una sola razón que explique la masacre. El *machismo* y el oportunismo masculino, la devaluación general de los valores morales, el deseo de humillar a las mujeres y también a los hombres que son incapaces de protegerlas, la vulnerabilidad de las mujeres separadas de sus familias, la intención de socavar la urdimbre social del grupo, y a veces el deseo de meter por la fuerza a las mujeres en una relación de matrimonio contribuyen a la violación en masa en las sociedades extremadamente violentas. La violación es ordenada o controlada por los gobiernos en menor grado que otras formas de violencia.[71] El abuso sexual también es instrumento importante para la expulsión de masas. Pero, además, la violación puede significar —en una fase de transición— una prueba de un nuevo orden moral y una demostración del poder de quienes crean ese orden al poner de relieve la impotencia de las víctimas.[72] En una situación en la que las reglas tradicionales parecen no tener ya ningún valor, la violación que ocurre más o menos en público también puede ser interpretada como confirmación de la subyugación de la mujer a los hombres, especialmente en un medio en el que (según se dice) son dominantes valores tradicionales como nacionalismo, religión o jerarquías tribales. Ambos aspectos mencionados en las dos frases anteriores se han encontrado en la Indonesia de mediados del decenio de 1970, en Pakistán Oriental en 1971, y en el Imperio otomano, en Guatemala y

Kenia durante la contrainsurgencia. Si las mujeres son obligadas a volver a sus papeles tradicionales al término de una crisis social,[73] esto puede ocurrir, por último, mediante presiones por debajo del nivel del abuso sexual.

Congruente con la intención de obligar a las mujeres a volver a someterse es el hecho de que las más de las veces están menos expuestas al asesinato que los hombres. Sin embargo, ni siquiera la más vil violencia puede impedir que el papel de las mujeres cambie en una sociedad que está en transición, pasando de rural a urbana e industrial. Y esto es así especialmente para las mujeres victimadas que tienen que cuidar por sí solas de sus hijos: en Indonesia muchas mujeres que habían perdido a sus esposos, y a quienes les estaba prohibido el servicio público después de 1965, pusieron negocios que prosperaron, asentando así parte de los fundamentos del resurgimiento económico en la Indonesia de Suharto. En Bangladesh las mujeres que fueron desterradas por sus familias o que las habían perdido, o las mujeres argelinas privadas de sus maridos y de sus hijos mayores, se vieron obligadas a entrar a la esfera pública, el mercado laboral o el mundo de los negocios, para mantenerse a sí mismas y a sus familias, desafiando así los modelos musulmanes asignados a las mujeres.

Un aspecto importante de la erosión de los lazos sociales y la devaluación de los valores, o el cambio de los valores éticos, es la pugna entre generaciones, tal como pudo verse en la guerra antiguerrillas, en Bangladesh y en Indonesia, donde estuvo en su apogeo la tristemente célebre «generación de 1966». En Camboya, las personas de 30 a 40 años —los hombres en particular— parecen haber sido las cohortes más afectadas con un índice de muerte de cerca de 40%, mientras que muchos de sus verdugos eran varones adolescentes.[74] También en Ruanda y en Bosnia muchos asesinos eran muy jóvenes (mucho más jóvenes que los de la Alemania nazi, muchos de los cuales estaban entre los 30 y los 40 años); en Ruanda los ancianos que poseían más tierra que los campesinos comunes, al

menos en ciertas regiones, fueron un número considerable de las víctimas.[75] Habitualmente, la violencia física colectiva es cometida por jóvenes cuya carrera es bloqueada por causa de una crisis socioeconómica, pero que pueden ascender en posición social y económica por medio de la violencia, como en el caso de numerosos miembros de las milicias durante la guerra contra las guerrillas. Sin embargo, estos jóvenes a menudo son aprovechados o manipulados por élites más viejas y conservadoras; en otros casos los jóvenes ascendieron mediante otros medios, aparte del de perpetrar directamente actos de violencia como en la clase media bengalí en 1971-1972. Las implicaciones de una ruptura generacional son más profundas: socavan la autoridad tradicional de familias, clanes, aldeas, comunidades religiosas o barrios urbanos y, con ellos, los tradicionales principios de orden, sistemas de ética, resolución de conflictos y relaciones entre los géneros.

Sin embargo (en los casos de hambruna) por lo general no todos se ven afectados por la violencia en masa. Ambas, hambruna y violencia, atacan tan sólo a ciertos grupos de población: en último término son las minorías las que caen víctimas, mientras que muchos pueden estar batallando, y otros no, en lo absoluto. Sobre el tema de la violencia en masa, uno de los mayores misterios es lo que ocurre en las regiones, las barriadas y las familias que no participan directamente ni como verdugos ni como víctimas. ¿Cómo podemos explicar que, al parecer, siguen llevando su vida normal? ¿Cómo podemos reconciliar la existencia de la vida cotidiana y la matanza de masas? La violencia en masa sí envuelve a toda la sociedad, pero tan sólo en un sentido limitado: ciertos valores éticos pierden su validez universal, y la existencia de una amenaza potencial vista en el ejemplo de los acosados puede hacer que otras personas, no afectadas, se conformen o busquen protección dentro de las redes sociales. En dicho sentido, este estudio ha considerado discutible el concepto de «espectador».[76] Si las personas afectadas siguen viviendo sus vidas diarias y tratan de mantenerse a distancia del

sufrimiento de otras, o incluso lo niegan, ésta puede ser una estrategia de defensa psicológica para no ingresar en el peligroso ámbito de la violencia y el desorden (como acosadores y perseguidos —hasta donde sea posible— y llevar adelante una vida privada). En pocas palabras, los espectadores también son actores. Sin embargo, las relaciones entre la violencia en masa y la vida cotidiana merecen una investigación todavía más profunda.

LAS PERSPECTIVAS DE LA PREVENCIÓN

Con base en lo antes expuesto, convengo en que

> la evidencia sugiere que el genocidio [o la violencia en masa], lejos de ser un acontecimiento caprichoso, es psicológicamente inteligible y, hasta ese punto, una respuesta "normal" a un tipo particular de crisis social y política y, siendo esto así, podemos esperar que el genocidio demuestre ser un fenómeno recurrente a menos y hasta que nosotros podamos inventar estrategias para neutralizar las condiciones que lo provocan.[77]

Pero me pregunto, exactamente, a quién puede incluir ese «nosotros».

Las complejas raíces, el carácter participatorio y el contexto de la violencia en masa tienen varias implicaciones sobre las posibilidades de prevención, intervención y reconstrucción. Dado que la destrucción en una sociedad extremadamente violenta puede no ser totalmente controlada por un régimen perverso o por cualquier gobierno, lo más probable es que no se detenga con la caída de ese régimen debida a una fuerza internacional, o por la presión política ejercida sobre el liderazgo de un país.[78] Tampoco la introducción de un nuevo sistema político puede ser garantía de poner un alto a la violencia. Si participan varios grupos sociales y si no sólo entran en juego unas actitudes profundamente arraigadas (esto acaso podría resolverse mediante una reeducación), sino también un profundo conflicto social interno basado en intereses en pugna, el problema

parece mucho más complejo que la «prevención del genocidio». Requerirá reducir el potencial del conflicto social y dar pasos económicos trascendentales. En lugar de medidas políticamente espectaculares, con un gran efecto simbólico sobre la opinión pública interna (especialmente, provocando una guerra de intervención), los círculos internacionales sólo podrán ayudar mediante un arduo y prolongado esfuerzo y un gran apoyo financiero, y eso sólo si va bien dirigido, para promover la igualdad, la educación, la cooperación intercomunal, y que contribuya a sofocar la sensación de inseguridad. Sin embargo, la «ayuda para el desarrollo» habitualmente no ha cumplido con estas normas (aparte del hecho de que la opinión pública a menudo no tolera que naciones industrializadas, u otras, movilicen los recursos necesarios). La actual práctica de intervención extranjera en países como Afganistán, Bosnia o Irak, que es de carácter imperialista, parece, por el contrario, promover intereses especiales de ciertos grupos, una rápida movilidad social —ascendente y descendente— y, por lo tanto, la polarización en estos países.

En este libro afirmamos, entre otras cosas, que el grueso de la moderna violencia de masas ocurre en el marco del cambio socioeconómico que transforma un país tradicional en una esfera (generadora de excedentes) de una economía nacional, imperial o universal, que sirve a la acumulación de capital industrial y que, en tal sentido, afecta también la esfera urbana. Vinay Lal lo ha dicho sucintamente, afirmando que si el «mundo en desarrollo» siguiera el modelo europeo, entonces «el futuro de los grupos étnicos o los campesinos» sería «genocidio».[79] Una pregunta básica es, entonces, ¿cómo puede lograrse un profundo cambio social sin violencia en masa ni emigración forzosa? Resulta difícil ver cómo podría ocurrir esto en un mundo capitalista de desigualdad, desequilibrio y explotación. Aunque menos desigual, una acumulación socialista también ha mostrado una alta incidencia de violencia en masa y de miseria. Es lamentable que el argumento del aficionado a la

modernización de que la violencia en masa ha sido, históricamente, un problema de transición que desaparecerá después de la industrialización —aunque sea al precio de considerables sufrimientos—, tenga escasa validez.[80] Muchos países sufren de una industrialización bloqueada, acompañada por la decadencia de las antiguas estructuras sociales, una especie de capitalismo sin industrialización, por ejemplo en el África subsahariana. Pues el sistema capitalista mundial se basa en la desigualdad dentro de las naciones, pero también internacionalmente, con las potencias (y sociedades) industriales que utilizan las regiones no industriales para sus selectivos intereses de negocios. Parte de la violencia masiva que ocurre en este proceso ha sido descrita ya en capítulos anteriores. Parte de ella en el siglo XX también fue directamente infligida por naciones industriales, fuesen democracias burguesas o no lo fuesen, durante la expansión de nuevos imperios como los de Alemania, Japón y los Estados Unidos, y las guerras de emancipación, de Argelia a Kenia.[81] Como ya se ha dicho, incluso la «democracia nacional puede ser compatible con la guerra y el genocidio», mientras que sólo la «democracia global crea normas diferentes».[82] Desgraciadamente, no existe una cosa que pueda llamarse democracia global.

[1] El empleo del término *violencia en masa* como alternativa a conceptos más normativos se ha vuelto muy común en años recientes. Véase www.massviolence.org y the Center for the Study of Genocide and Mass Violence en www.genocidecentre.dept.shef.ac.uk (ambos consultados el 25 de agosto de 2009).

[2] Sin embargo, en mi definición, los casos en que «sólo» hay una violencia estructural difundida (discriminación, explotación, pobreza, etc.) no llegan a ser sociedades extremadamente violentas. Pero los nexos entre la violencia física y la estructural sí son analizados.

[3] Martin Shaw, *War and Genocide*, Polity, Cambridge, 2003, p. 36, tiene una opinión similar.

[4] Con esto no estoy sugiriendo «agrupar» diferentes tipos de violencia o de conflicto, pero sí propongo que no se pasen por alto posibles contextos comunes y nexos causales entre ambas cosas. Para el cargo de «agrupar», véase Frank Chalk y Kurt Jonassohn, «Introduction», en Chalk y Jonassohn (comps.), *The History and Sociology of Genocide*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1990, p. 15 [edición en español: *Historia y sociología del genocidio: análisis y estudio de casos*, trad. de Carla Scotta, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2010]; para un argumento en contra de este autor, véase Jürgen Zimmerer, «Seminar am 8.2.2008», www.iz3w.org/iz3w/kolonialismustexte/seminar.html (consulta: 12 de enero de 2009).

[5] Mark Levene, «The Changing Face of Mass Murder: Massacre, Genocide, and Post-genocide», en George Andreopoulos (ed.), *Genocide*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1994, p. 446; en relación con las atrocidades cometidas en el ex Imperio otomano *cf*. Eric Weitz, *A Century of Genocide: Utopias of Race and Nation*, Princeton University Press, Princeton, 2003, pp. 6, 15 y 73.

[6] Shaw, *War..., op. cit.,* pp. 2, 6, 20 (primera cita), 26 (segunda cita), 66-74 y 93.

[7] Michael Mann, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 1-33 [edición en español: *El lado oscuro de la democracia: un estudio sobre la limpieza étnica*, trad. de Sofía Molto Llorca, Universitat de Valencia, Valencia, 2009].

[8] Shaw, *War..., op. cit.,* p. 74, quien presenta ideas contradictorias acerca de este punto.

[9] Birthe Kundrus, «Entscheidung für den Völkermord? Einleitende Überlegungen zu einem historiographischen Problem», *Mittelweg 36,* vol. 15, núm. 6, 2006, p. 10; Eric Weitz, «The Modernity of Genocides: War, Race and Revolution in the Twentieth Century», y Edward Kissi, «Genocide in Cambodia and Ethiopia», en Robert Gellately y Ben Kiernan (comps.), *The Spectre of Genocide,* Cambridge University Press, Cambridge, 2003, pp. 56 y 316; Jacques Sémelin, *Purify and Destroy: The Political Uses of Massacre and Genocide*, Columbia University Press, Nueva York, 2007, pp. 207-209; Leo Kuper, *Genocide: Its Political Uses in the Twentieth Century*, Yale Univesity Press, New Haven y Londres, 1981, p. 93.

[10] Esto corresponde con la idea de que pueden atribuirse diversos significados a la violencia a lo largo del tiempo, mientras no sean imaginados como el mismo por todos los actores sociales. Véase Birgitta Nedelmann, «Gewaltsoziologie am Scheideweg», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie,* núm. especial 37, 1997, pp. 78 y 79.

[11] No concuerda con el enfoque que considera la violencia como una interacción social, como lo sugirió Nedelmann, «Gewaltsoziologie...», *op. cit.,* pp. 66-67 y 73. Para el concepto del espectador, véase Raul Hilberg, *Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe, 1933-1945*, Aaron Asher, Nueva York, 1992.

[12] Otros enfoques con los que no convengo giran en torno de los términos «limpieza étnica», «crímenes de guerra», «masacre» o el «bando». En vena similar, «crímenes contra la humanidad» es un término genérico que tiene fines jurídicos y poco valor académico. Debido a su carácter no específico, no ha desempeñado un papel considerable en las ciencias sociales y apenas es útil como instrumento de análisis. Por consiguiente, no creo que pueda remplazar al enfoque de sociedades extremadamente violentas, a diferencia de Anthony Court, «Do We Need an Alternative to the Concept of Genocide?», *Development Dialogue,* núm. 50, diciembre de 2008, pp. 125-152, esp. 146-148.

[13] Una «state or state-regime crisis», según Mark Levene, *Genocide in the Age of the Nation-State,* vol. I: *The Meaning of Genocide*, I. B. Tauris, Londres, 2005, p. 86; *cf.* pp. 76, 179 y 180.

[14] Helen Fein, *Genocide: A Sociological Perspecitve*, Sage, Londres, 1993, p. 36; Chalk y Jonassohn, «Introduction», *op. cit.,* p. 28.

[15] Las tipologías —ejercicio sumamente popular en los estudios del genocidio— se basan en la idea de que hay una causa primera de cada «genocidio»; «lo importante al clasificar los genocidios es reconocer la meta primera de la matanza», dice Peter du Preez, *Genocide: The Psychology of Mass Murder*, Marion Boyars, Londres y Nueva York, 1994, p. 67. Para las tipologías del genocidio, véase Chalk y Jonassohn, «Introduction», *op. cit.,* pp. 17 y 29-31; Fein, *Genocide..., op. cit.,* pp. 28 y 29; Daniel Feierstein, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina. Hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador de las redes sociales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pp. 99 y 100 [existe una segunda edición de 2011]. Israel Charny, «Toward a Generic Definition of Genocide», en Andreopoulos, *Genocide..., op. cit.,* pp. 76 y 77.

[16] Mark Levene, *Genocide in the Age of the Nation-State,* vol. 2*: The Rise of the West and the Coming of Genocide*, I. B. Tauris, Londres, 2005; Dirk Moses, «Conceptual blockages and definitional dilemmas in the "racial century": genocides of indigenous peoples and the Holocaust», *Patterns of Prejudice,* vol. 36, núm. 4, 2002, pp. 19-36.

[17] Mann, *The Dark Side..., op. cit.*

[18] «Convention on the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide», 9 de diciembre de 1948, en Chalk y Jonassohn (comps.), *The History..., op. cit.,* p. 44 [traducción del documento disponible en el portal de la ONU: www2.ohchr.org/spanish/law/genocidio.htm].

[19] Chalk y Jonassohn, «Introduction», *op. cit.,* pp. 12-22.

[20] Michael Wildt, «Biopolitik, ethnische Säuberungen und Volkssouveränität», *Mittelweg 36,* vol. 15, núm. 6, 2006, p. 105.

[21] Weitz, *A Century..., op. cit.,* p. 9; Chalk y Jonassohn, «Introduction», *op. cit.,* pp. 26 y 42. Sin embargo, los perpetradores no necesitan tener «conciencia» de su propia «intención» y «motivo» según estos últimos autores (p. 43).

[22] Para Lemkin, véase Dirk Moses, «Genocide and Settler Society in Australian History», en Dirk Moses (ed.), *Genocide and Settler Society*, Berghahn, Nueva York y Oxford, 2004, p. 24.

[23] Criticado por Tony Barta, «Relations of Genocide: Land and Lives in the Colonization of Australia», en Isidor Wallimann y Michael Dobkowski (eds.), *Genocide and the Modern Age*, Greenwood, Nueva York, 1987, p. 238.

[24] Por ejemplo, véase Fein, *Genocide..., op. cit.,* pp. 12, 27, 37 y 38; Chalk y Jonassohn, «Introduction», *op. cit.,* p. 26; Frank Chalk, «Redefining genocide», en Andreopoulos, *Genocide..., op. cit.,* pp. 57-59.

[25] Chalk, «Redefining...», *op. cit.,* p. 60.

[26] Tres investigadores han subrayado recientemente que no hay una relación directa entre las ideas acerca de la violencia y la acción, y que los gobiernos habitualmente apoyan otras opciones menos arriesgadas que la destrucción de masas; incidentalmente, ninguno de ellos empleó el marco de «genocidio»: Mann, *The Dark Side..., op. cit.,* pp. 7 y 8; Benjamin Valentino, *Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the 20th Century*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2004, pp. 66-90; Jacques Sémelin, «Elemente einer Grammatik des Massakers», *Mittelweg 36,* vol. 15, núm. 6, 2006, p. 26.

[27] Roger W. Smith, «Pluralismus und Humanismus in der Genozidforschung», en Mihran Dabag y Kristin Platt (comps.), *Genozid und Moderne,* vol. I*: Strukturen kollektiver Gewalt im 20. Jahrhundert*, Leske + Budrich, Opladen, 1999, p. 312.

[28] Michael Dobkowski e Isidor Wallimann, «Introduction», en Dobkowski y Wallimann (comps.), *The Coming Age of Scarcity: Preventing Mass Death and Genocide in the Twenty-first Century*, Syracuse University Press, Syracuse, 1998, p. 2.

[29] Barta, «Relations of Genocide...», *op. cit.*, pp. 237-251.

[30] Feierstein, *El genocidio..., op. cit.*, esp. pp. 13, 26, 34-35, 70, 83, 98-100, 104-107, 127-128, 139 y 202-203; Daniel Feierstein, *Seis estudios sobre genocidio*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.

[31] Una tendencia similar se muestra en Alexander Laban Hinton, «Zündstoffe: die Roten Khmer in Kambodscha», *Mittelweg 36,* vol. 15, núm. 6, 2006, pp. 74 y 75.

[32] Mark Levene, «Creating a Modern "Zone of Genocide": The Impact of Nation and State Formation on Eastern Anatoli, 1878-1923», *Holocaust and Genocide Studies,* vol. 12, núm. 3, 1998, pp. 393-433.

[33] Frank Bajohr, *Parvenüs un Profiteure: Korruption in der NS-Zeit*, Fischer, Fráncfort, 2001, p. 195; véase también Frank Bajohr y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis: Die Deutschen, die deutsche Führung und die Alliierten*, C. H. Beck, Múnich, 2006, p. 10; una similar atención en el Estado, en Feierstein, *El genocidio..., op. cit.*, esp. pp. 13 y 104.

[34] Frank Bajohr, «Vom antijüdischen Konsens zum schlechten Gewissen: Die deutsche Gesellschaft und die Judenverfolgung», en Bajohr y Pohl, *Der Holocaust…*, *op. cit.*, pp. 17-79.

[35] Kuper, *Genocide…*, *op. cit.*, pp. 57-83.

[36] Guenter Lewy, *The Armenian Massacres in Ottoman Turkey: A Disputed Genocide*, University of Utah Press, Salt Lake City, 2005, pp. 132 y 133; Khatchig Mouradian, «On the Freedom of Access to the Ottoman Archives: An Interview whit Hilmar Kaiser», *Aztag* (Beirut), 24 de septiembre de 2005 (vaya mi agradecimiento a Hilmar Kaiser por facilitarme un ejemplar); un texto ligeramente distinto puede obtenerse en www.aztagdaily.com/interviews/kaiser.htm (consulta: 24 de agosto de 2007).

[37] El primer estudio plenamente integrado en función de las fuentes otomanas e internacionales es el de Ugur Ü. Üngör, «"A Reign of Terror": CUP rule in diyarbekir Province, 1913-1918», University of Amsterdam, tesis de maestría, 2005, http://home.uva.nl/uu.ungor/thesis.pdf (consulta: 24 de agosto de 2007). David Gaunt, *Massacres, Resistance, Protectors: Muslim-Christian Relations in Eastern Anatolia during World War I*, Gorgias Press, Nueva Jersey, 2006, también incluye fuentes rusas, iraníes y árabes (publicadas).

[38] Carol Warren, *Adat and Dinas: Balinese Communities in the Indonesian State*, Oxford University Press, Kuala Lumpur, 1993, p. 130, n. 24; Budiawan, «Tortured Body, Betrayed Heart: State Violence in an Indonesian Novel by an Ex-Political Prisoner of the "1965 Affair"», en Charles Coppel (comp.), *Violent Conflicts in Indonesia*, Routledge, Londres y Nueva York, 2006, pp. 244 y 257, nn. 6 y 14; Anna Greta Nilsson Hoadley, «Political Violence in Indonesian Literature: The Legacy of 1965», en Ingrid Wessel y Georgia Wimhöfer (comps.), *Violence in Indonesia*, Abera, Hamburgo, 2001, p. 260. Por ejemplo, el ex dirigente de la organización nacional para niños del PKI reconoció que sabía muy poco de política: Ibu Marni, «I Am a Leaf in the Storm», *Indonesia,* vol. 47, abril de 1989, p. 55.

[39] Una excepción notable es el empleo de documentos británicos por Audrey Kahin, *Rebellion to Integration: West Sumatra and the Indonesian Polity 1926-1998*, Amsterdam University Press, Ámsterdam, 1999, pp. 238-249. En contraste, registros diplomáticos han sido frecuentemente empleados al analizar el papel de gobiernos extranjeros en los hechos de 1965-1966 o en las relaciones exteriores de Indonesia.

[40] Para Indonesia parece prometedor el análisis de documentación británica, holandesa, malaya, china y japonesa. No tuve acceso a los registros diplomáticos de Singapur. Para Pakistán Oriental, los archivos de India, Gran Bretaña y China podrían iluminar más los acontecimientos; para el Imperio otomano, los archivos de España y de otros países neutrales.

[41] Staff: telegrama del Departamento de Estado a la Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 12 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Embajada de Yakarta, Box 114, EP-6; Frederick Bunnell, «American "Low Posture" Policy Toward Indonesia in the Months Leading Up to the 1965 "Coup"», *Indonesia,* vol. 50, 1990, p. 50. Censura: John Hughes, *Indonesian Upheaval*, David McKay, Nueva York, 1967, p. 262; entrevista con

Ulrich Makosch (experiodista de la televisión de la República Democrática Alemana), 7 de noviembre de 2005.

[42] Hinton, «Zündstoffe…», *op. cit.,* pp. 71 y 74; Alexander Laban Hinton, «The Dark Side of Modernity: Toward an Anthropology of Genocide», en Hinton (comp.), *Annihilating Difference: The Anthropology of Genocide*, University of California Press, Berkeley, 2002, p. 29; Barbara Harff, «The Etiology of Genocides», en Wallimann y Dobkowski, *Genocide…, op. cit.,* pp. 43, 48 y 57; Jacques Sémelin, «Toward a Vocabulary of Massacre and Genocide», *Journal of Genocide Research,* vol. 5, núm. 2, 2003, p. 201; Weitz, *A Century…, op. cit.,* pp. 205 y 251; Mark Levene, «Why Is the Twentieth Century the Century of Genocide?», *Journal of World History,* vol. 11, núm. 2, 2000, p. 322; Chalk y Jonassohn, «Introduction…», *op. cit.,* p. 19; George Andreopoulos, «Introduction», en Andreopoulos (comp.), *Genocide…, op. cit.,* p. 4; véase también Michael A. McDonnell y Dirk Moses, «Raphael Lemkin as Historian of Genocide in the Americas», *Journal of Genocide Research,* vol. 7, núm. 4, 2005, p. 504.

[43] Hansjörg Siegenthaler, *Regelvertrauen, Prosperität und Krisen*, Jacob Christian Benjamin Mohr, Tubinga, 1993, esp. p. 16.

[44] Sin embargo, esto no es desconocer graves deficiencias en la organización específica de los propios sistemas socialistas.

[1] Véase Loren Ryter, «Youth Gangs and the State in Indonesia», University of Washington, tesis doctoral, 2002, pp. 68 y 69.

[2] Achmad Yani, «The Doctrine of Revolutionary War», disertación, Command and Staff College, Quetta, Pakistán, 3 de marzo de 1965, en Herbert Feith y Lance Castles (comps.), *Indonesian Political Thinking 1945-1965*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1970, p. 464; Freek Colombijn y Thomas Lindblat, «Introduction», en su volumen editado *Roots of Violence in Indonesia*, KITLV, Leiden y Singapur, 2002, p. 1. Para diversas corrientes de la violencia política y de grupos en Bali de 1945 a 1965, véase Geoffrey Robinson, *The Dark Side of Paradise: Political Violence in Bali*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1995, pp. 3, 181, 190, 225 y 270.

[3] Telegrama secreto Green, 1º de octubre de 1965, NARA, RG84 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, Oct 1-3, 1965; CIA Research Study, *Indonesia 1965: The Coup That Backfired*, CIA, s. l., 1968, p. 290. Diplomáticos australianos escribieron que la existencia de un Consejo de Generales «no era ningún secreto»: ANA, 3034/2/1/8, parte 4, pp. 61 y 279 (cita).

[4] Benedict Anderson y Ruth McVey, *A Preliminary Analysis of the October 1, 1965, Coup in Indonesia*, Cornell University Southeast Asia Program, Ithaca, 1971; CIA, *Indonesia..., op. cit.;* W. F. Wertheim, «Whose Plot? New Light on the 1965 Events», *Journal of Contemporary Asia,* vol. 9, núm. 2, 1979, pp. 197-215; Coen Holtzappel, «The 30 September Movement: A Political Movement of the Armed Forces or an Intelligence Operation?», *Journal of Contemporary Asia,* vol. 9, núm. 2, 1979, pp. 216-240; R. E. Elson, *Suharto*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, pp. 110-118.

[5] Ministerio del Exterior, República Democrática Alemana, 2. AEA, Sektion Indonesien, «Zusammenfussung zu den erhaltenen Informationen zu den Ereignissen in Indonesien», 11 de noviembre de 1965, PA AA, MfAA, A16166, p. 117; David Mozingo, *Chinese Policy Toward Indonesia, 1949-1967*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1976, pp. 252-254; fragmento del telegrama Green, 30 de noviembre de 1965, acerca de una conversación con el primer secretario de la Embajada de Polonia, Gradziuk, NARA, RG 59, Archivos de la Embajada, Yakarta, 250/7/2, Box 2329, POL INDON-USSR; Harold Crouch, *The Army and Politics in Indonesia*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1978, pp. 109-118.

[6] Memorándum de la conversación de Mary Vance Trent con Suharto, 25 de septiembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2307, POL 2 INDON 7/1/65; República Democrática Alemana, Consulado General, 11 de enero de 1966, PA AA, MfAA, A16175, pp. 70 y 71 (con referencia al periódico *Ampera* del SOKSI).

[7] El golpe ha sido atribuido al PKI, a la CIA, al servicio secreto británico, a Sukarno, a Suharto, a la Fuerza Aérea de Indonesia y al gobierno chino, a veces a uno, a veces a otro. Existe una vasta bibliografía sobre este tema, a menudo especulativa, que ha vuelto a crecer considerablemente en los últimos 10 años.

[8] Con excepción de algunos lugares en el centro de Java.

[9] *Cf.* Mary Zurbuchen, «History, Memory and the "1965 Incident" in Indonesia», *Asian Survey,* vol. 42, núm. 4, 2002, pp. 564-581; Colombijn y Lindblat, «Introduction…», *op. cit.,* p. 15.

[10] Helen Fein, «Revolutionary and Antirevolutionary Genocides: A Comparison of State Murders in Democratic Kampuchea, 1975 a 1979, and Indonesia, 1965 to 1966», *Comparative Studies in Society and History,* vol. 35, núm. 4, 1993, p. 802.

[11] Philippe Gavi [es decir, Jean Contenay], *Konterrevolution in Indonesien*, Europäische Verlaganstalt, Fráncfort, 1969, pp. 11 y 12; Ryter, «Youth…», *op. cit.,* pp. 65 y 66; Pipit Rochijat, «Am I PKI or non-PKI?», *Indonesia,* núm. 40, octubre de 1985, p. 45; véase Robert Hefner, *Civil Islam: Muslims and Democratization in Indonesia*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2000, p. 244, n. 12.

[12] Robert Cribb, «Introduction», en Cribb (comp.), *The Indonesian Killings, 1965-1966*, Monash University/Center of Southeast Asian Studies, Victoria, 1990, p. 17.

[13] Rex Mortimer, *Indonesian Communism Under Sukarno: Ideology and Politics 1959-1965*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1974, pp. 293-294 y 366, y en general (reformismo); para las organizaciones de masas, Justus van der Kroef, *The Communist Party of Indonesia*, University of British Columbia, Vancouver, 1965, pp. 197-212; Françoise Cayrac-Blanchard, *Le Parti Communiste Indonésien*, A. Colin, París, 1973, pp. 80-84.

[14] Cita de Ruth McVey, «Teaching Modernity: The PKI as an Educational Institution», *Indonesia,* núm. 50, octubre de 1990, p. 26; autocrítica del PKI de septiembre de 1966, en Feith y Castles, *Indonesian Political Thinking…, op. cit.,* p. 271; «Die Entwicklung der PKI», s. f., BA, DY 30 I A2/20/668; Mortimer, *Indonesian Communism…, op. cit.,* pp. 153, 293-294 y 307.

[15] Cayrac-Blanchard, *Le Parti Communiste…, op. cit.,* pp. 76-78.

[16] Robert Cribb y Colin Brown, *Modern Indonesia; A History Since 1945*, Longman, Londres y Nueva York, 1995, p. 103.

[17] Steven Farram, «Revolution, Religion and Magic: The PKI in West Timor, 1924-1966», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde,* vol. 158, núm. 1, 2002, p. 36.

[18] Véase Robert Cribb, «How Many Deaths? Problems in the Statistics of Massacre in Indonesia (1965-1966) and East Timor (1975-1980)», en Ingrid Wessel y Georgia Wimhöfer (comps.), *Violence in Indonesia*, Abera, Hamburgo, 2001, pp. 82-98; Cribb, «Introduction», *op. cit.,* pp. 7-14. El PKI, aunque no estuviera en posición de hacer un cálculo apropiado, supuso que habían sido asesinadas 500 000 personas.

[19] Embajada de Australia enYakarta, Savingram núm. 66, 7 de enero de 1966, ANA, 752/2, parte 17, p. 128; véase cónsul general de la República Democrática Alemana, «Zur Lage in den indonesischen Streitkräften», 4 de marzo de 1966, PA AA, MfAA, A 16175, p. 90.

[20] Cribb, «Introduction», *op. cit.,* p. 8.

[21] Embajada de Australia en Yakarta, Savingram núm. 52 (secreto), 15 de octubre de 1965, ANA, 3107/40/106, parte 13, p. 48 («We Will Never Know»); Savingram núm. 28, 10 de junio de 1966, ANA, 3034/2/2/2, parte 15, p. 69 («never known», refiriéndose al procurador general Sugiharto); sumario sin fecha de asesinato sin autor, ANA, 3034/2/1/8, parte 15, p. 35 («unlikely that the full story will ever be known», refiriéndose a los

números); Rusk al presidente Johnson, carta adjunta, 1º de agosto de 1966, FRUS, 1964-1968, vol. 26, p. 450 («will never be known»); CIA, *Indonesia..., op. cit.,* pp. 70 y 71 («there never was —and never will be— a reliable figure»); Seth King, «The Great Purge in Indonesia», *New York Times,* 8 de mayo de 1966, p. 26 («may never be known»).

[22] Cónsul británico en Medan, citado por Audrey Kahin, *Rebellion to Integration: West Sumatra and the Indonesian Polity 1926-1998*, Amsterdam University Press, Ámsterdam, 1999, p. 244; este de Java: Tarzie Vittachi, *The Fall of Sukarno*, Andre Deutsch, Nueva York y Washington, 1967, p. 144, y Gunnar Myrdal, *Asian Drama: An Inquiry into the Poverty of Nations*, Pantheon, Nueva York, 1968, p. 378, n. 1 (400 000 tan sólo en el distrito de Malang); descripción del atestado orfanatorio en Purwodadi, Java Central: William L. Williams *et al., Javanese Lives: Women and Men in Modern Indonesian Society*, Rutgers University Press, New Brunswick y Londres, 1991, p. 192; véase Kenneth Young, «Local and National Influences in the Violence of 1965», en Cribb, *The Indonesian Killings..., op. cit.,* p. 81. «If the commonly cited figures for the provinces are to be believed, the total would reach one million persons»: Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 15 de abril de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2308, POL 2 INDON 1/1/66.

[23] Horace Sutton, «Indonesia's Night of Terror», *Saturday Review,* 4 de febrero de 1967, p. 26; Hermawan Sulistyo, «The Forgotten Years: The Missing History of Indonesia's Mass Slaughter (Jombang-Kediri 1965-1966)», University of Arizona, tesis doctoral, 1997, pp. 52-54 y 106.

[24] *Central Intelligence Bulletin*, 29 de noviembre de 1965, NARA, CIA database.

[25] Embajada de Australia en Washington, 19 de abril de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 13, p. 124; Roland Challis, *Shadow of a Revolution: Indonesia and the Generals*, Sutton, Phoenix Mill, 2001, p. 106 (citando una carta del 23 de febrero de 1966 del embajador británico, Gilchrist); Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama del 21 de febrero de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2319, POL 23-29 INDON 2/1/66. *Cf.* H. W. Brands, «The Limits of Manipulation: How the United States Didn't Topple Sukarno», *Journal of American History,* vol. 76, núm. 3, diciembre de 1989, p. 786, n. 1 (Stockwell); registro de conversación por T. Warren con el general de división Ibrahim Adjie, comandante Kodam VI/Siliwangi, 20-22 de junio de 1966, ANA, 3034/1/1, parte 2, p. 199; Vittachi, *The Fall..., op. cit.,* p. 145. Edhie: Saskia Wieringa, *Sexual Politics in Indonesia*, Palgrave Macmillan, Basingstoke y Nueva York, 2002, p. 344; Benedict Anderson, «Petrus Dadi Ratu», *New Left Review,* núm. 3, mayo-junio de 2000, p. 12.

[26] John Bresnan, *Managing Indonesia: The Modern Political Economy*, Columbia University Press, Nueva York, 1993, p. 23.

[27] Telegrama de la Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Allgemeine Wahlen», 16 de julio de 1970, PA AA, IB5, 81, vol. 208 (se les negó el voto a 1 730 779, casi siempre por supuesta participación en el asunto del 30 de septiembre; en el oeste de Java, el número fue reducido en 40% después de una «cuidadosa revisión»: Antara, 3 de septiembre de 1970, PA AA, IB5, 81, vol. 208); Iwan Gartono Sudjatmiko, «The Destruction of the Indonesian Communist Party (PKI) (A Comparative Analysis of East Java and Bali)», Harvard University, tesis doctoral, 1992, p. 5, n. 10; Cribb, «How Many...», *op.*

cit., p. 91 (ambos, 1.8 millones). *Cf.* Amnistía Internacional, *Indonesia*, Amnistía Internacional, Londres, 1977, pp. 13, 15, 41 y 42.

[28] En realidad, ésta no sólo fue una burda invención, sino que civiles de organizaciones afiliadas al PKI en general no participaron en la muerte de los generales ni en una acción militar en el golpe de Yakarta, con excepción de un ulterior intento de ocupar edificios cerca de la plaza Merdeka. CIA, *Indonesia..., op. cit.,* p. 20; Carmel Budiardjo, «Indonesia: Mass Extermination and the Consolidation of Authoritarian Power», en Alexander George (comp.), *Western State Terrorism*, Blackwell, Cambridge (Massachusetts) y Oxford, 1991, p. 189.

[29] Informe de la autopsia en Ben Anderson, «How Did the Generals Die?», *Indonesia,* vol. 43, abril de 1987, pp. 109-134; Geoffrey Simons, *Indonesia: The Long Oppression*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2000, pp. 173 y 174, por el equipo forense. *Cf.* Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 55; Elson, *Suharto..., op. cit.,* pp. 108 y 109; relato indonesio de los primeros días de octubre de 1965, PA AA, IB5, 84, vol. 204. Las posteriores negativas de Sukarno sobre las mutilaciones, basadas en la autopsia, aparecieron en algunos medios indonesios, pero fueron marginadas por la propaganda del ejército. Embajada de Australia en Yakarta, Economic Savingram núm. 65, 23 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/I, parte 48, p. 193; Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 71, n. 46.

[30] Gabriel Kolko, *Confronting the Third World: United States Foreign Policy, 1945-1980*, Pantheon, Nueva York, 1988, p. 180, citando un documento de la CIA del 8 de octubre de 1965.

[31] Informe, día tras día, de Ulrich Makosch a Frei, a partir del 6 de octubre de 1965, PA AA, MfAA, A 16166, pp. 1-5; Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 58. Gestapu: Budiardjo, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 190. El término Gestapu se ha atribuido al general Sugandhi, director del diario del ejército *Angkatan Bersendjata*: Arnold Brackman, *The Communist Collapse in Indonesia*, Norton, Nueva York, 1969, p. 229, n. 1.

[32] C. Penders y Ulf Sundhaussen, *Abdul Haris Nasution*, University of Queensland Press, St. Lucia, 1985, p. 187 (1º de octubre de 1965); Embajada de Australia en Yakarta, cablegrama del 23 de octubre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 52.

[33] Véase John Hughes, *Indonesian Upheaval*, D. McKay, Nueva York, 1967, pp. 149 y ss. Declaraciones de prensa: I Gusti Agung Ayu Ratih, «Soeharto's New Order State: Imposed Illusions and Invented Legitimations», University of Wisconsin, Madison, tesis de maestría, 1997, p. 52, n. 78 (18 de noviembre de 1965), disponible en mkb.kerjabudaya.org/mkb-arsip/ayratih/ayu.finale.pdf (consulta: 6 de julio de 2006); Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 77, n. 97 (26 de noviembre de 1965). Unidades de citas y propagandas: Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* p. 31. Además, Karen Strassler, «Material Witness: Photographs and the Making of Reformasi Memory», en Mary Zurbuchen (comp.), *Beginning to Remember: The Past in the Indonesian Present*, Singapore University Press, Singapur y Seattle, 2005, pp. 294-296 y 308, nn. 18, 19. Para reporteros extranjeros, véanse nn. 61 y 92.

[34] «Report from East Java», *Indonesia,* vol. 41, abril de 1986, p. 137 (por un oficial de inteligencia militar, finales de noviembre de 1965).

[35] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Kommunistischer Staatstreichversuch in Indonesien», 15 de noviembre de 1965, PA AA, IB5, 84, vol. 204; «Record of Conversation with Dr. Hatta», 15 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 7, p. 249 (se dijo que el PKI deseaba asesinar a dos millones de personas); Paul Gardner, *Shared Hopes, Separate Fears: Fifty Years of US-Indonesian Relations*, Westview, Boulder y Oxford, 1997, p. 229; Brackman, *The Communist Collapse..., op. cit.,* p. 232, n. 18.

[36] Véase Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 84, n. 172; Madiun: Soerastro Sastrosoewignjo, «You Have Stabbed us in the Back Again», *Mertjusuar* (periódico de Muhammadiyah), 15 de octubre de 1965, *Indonesia,* vol. 1, 1º de abril de 1966, cita p. 374.

[37] Andreas Kabus, «Information über eine Unterredung mit dem Antara-Korrespondenten Singhi», 3 de noviembre de 1965, BA, DY 30 IV A2/20/670; Mozingo, *Chinese Policy..., op. cit.,* p. 242, n. 4.

[38] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama del 23 de septiembre de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 12-16 INDON 1/1/64.

[39] Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* pp. 59, 61 y 85, n. 180; véanse declaraciones del PKI entre el 2 y el 8 de octubre de 1965, *Indonesia,* vol. 1, 1º de abril de 1966, pp. 184-190; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 121.

[40] Resumen del discurso de Nasution a la KAMI en el cuartel general de las Fuerzas Armadas del 12 de noviembre, desde Berita Yudha, 15 de noviembre de 1965, *Indonesia,* vol. 1, 1º de abril de 1966, pp. 182 y 183; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram núm. 58, 19 de noviembre de 1965 (discursos del 12 y el 15 de noviembre), ANA, 3034/2/I, parte 48, p. 152; Brackman, *The Communist Collapse..., op. cit.,* pp. 118 y 119. Estas actividades de Nasution no aparecen en Penders y Sundhaussen, *Nasution..., op. cit.,* pp. 187-193. Para Suharto véase Elson, *Suharto..., op. cit.,* p. 125.

[41] Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos en Yakarta (Jones), 19 de marzo de 1964, FRUS, 1964-1968, vol. 26, p. 81.

[42] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 194.

[43] «Bericht über den Inhalt der Februar-Nummer von “Tanah Air”, der Zeitschrift fur Indonesier im Ausland», carta anexa por la Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal de la República Federal de Alemania, 15 de abril de 1966, PA AA, IB5, 37, vol. 255.

[44] Telegrama Green 191A, 5 de octubre de 1965, que contenía el texto de un telegrama del embajador francés, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 4-6 de octubre de 1965. Para el concepto de propaganda como parte del terror, véase Babette Quinkert, «Die nationalsozialistische Propaganda gegenüber der Zivilbevölkerung der besetzten sowjetischen Gebiete 1941-1944 am Beispiel des Generalkommissariats Weißruthenien», Universidad Técnica de Berlín, tesis doctoral, 2006.

[45] Telegrama Green 373A, 8 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 4-6 de octubre de 1965 («Several Thousands»); informe Hsinhua, 19 de octubre de 1965, ANA, 3107/40/106, parte 13, p. 208 (3 000, 17 de octubre); telegrama de la Embajada de la República Federal de Alemania en Moscú, 13 de octubre de 1965 (en el

telegrama del 15 de octubre), refiriéndose a informes soviéticos en que se citaba a Reuters (3 500 arrestados), PA AA, IB5, 81, vol. 198; Elson, *Suharto..., op. cit.,* p. 124 (1 334 en Jakarta por 16 de octubre); información del corresponsal de la ADN en Yakarta, 4 de noviembre de 1965, BA, DY 30 IVA 2/20/671.

[46] *Kampungs:* telegramas Green 420A del 9 de octubre y 490A del 11 de octubre, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 7-14 de octubre de 1965; agregado militar de la República Federal de Alemania, 25 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A. Última cita: Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Verluste der indonesischen Bevölkerung seit 1. Oktober d.J.», 14 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A. Citas anteriores: telegrama Green, 21 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 4-6 de octubre de 1965. Prisiones: información del corresponsal de ADN en Yakarta, 21 de octubre de 1965, BA, DY 30 IV A2/20/671; CIA, *Indonesia..., op. cit.,* p. 92, n.

[47] Telegrama Green 372A, 9 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 7-14 de octubre de 1965.

[48] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Verluste der indonesischen Bevölkerung seit 1. Oktober d.J.», 14 de diciembre de 1965, PA AA, IB5; 37, vol. 169A.

[49] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta (Masters), «Indonesian Sociologist Views Conditions in East Java», 19 de enero de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 18; telegrama Green, 28 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 26-31 de octubre de 1965; Ulf Sundhaussen, *The Road to Power: Indonesian Military Politics 1945-1967,* Oxford University Press, Kuala Lumpur, 1982, p. 175.

[50] Telegrama Green, 21 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3; Box 118, POL 23-29, 4-6 de octubre de 1965 (área de Yakarta-Bogor); Sundhaussen, *The Road..., op. cit.,* pp. 216 y 217; Cribb, «Introduction», *op. cit.,* p. 26.

[51] Crouch, *The Army..., op. cit.,* p. 142, n. 13, cita cifras de 3 000 a 10 000 víctimas.

[52] Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 243; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 141 y 142.

[53] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Verluste der indonesischen Bevölkerung seit 1. Oktober d.J.», 14 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A; Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 243; Vittachi, *The Fall..., op. cit.,* p. 143.

[54] Telegramas Green, 6 y 8 de noviembre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 26-31 de octubre de 1965; telegrama del cónsul de los Estados Unidos en Medan, 27 de noviembre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 20-30 de noviembre de 1965; Budiardjo, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 191.

[55] Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 244; Ann Laura Stoler, *Capitalism and Confrontation in Sumatra's Plantation Belt, 1870-1979*, 2ª ed., University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995, pp. 157-166. De 1965 a 1966, el número de hombres en estas plantaciones se redujo en cerca de 44 500; el número de empleadas, más las mujeres sin trabajo, se redujo hasta cerca de 6 000. Philippe Gavi calculó que 20% de los trabajadores de las plantaciones de Sumatra fueron asesinados (*Konterrevolution..., op. cit.,* p. 38).

[56] Sudjatmiko, «The Destruction…», *op. cit.,* pp. 113-114, 200-201.

[57] Kahin, *Rebellion…, op. cit.,* pp. 242 y 245-248; véase también Erwiza Erman, «Generalized Violence: A Case Study of the Ombilin Coal Mine, 1882-1996», en Colombijn y Lindblat, *Roots…, op. cit.,* p. 128. *Cf.* discurso del comandante de la zona militar 72 (Yogyakarta-Surakarta), Col. Widjojo, publicado el 8 de octubre de 1965, *Indonesia*, núm. 1, abril de 1966, p. 181.

[58] Ken Conboy, *Kopassus: Inside Indonesia's Special Forces*, Equinox, Yakarta y Singapur, 2003, pp. 117, 119 y 127-144 (estudio ni bien documentado ni crítico). *Cf.* Julie Southwood y Patrick Flanagan, *Indonesia: Law, Propaganda and Terror*, Zed, Londres, 1983, p. 77 (asignación en Yakarta); Arnold Brackman, *Indonesia: The Gestapu Affair*, American-Asian Educational Exchange, s. l., 1969, p. 31.

[59] «Crushing the G30S/PKI in Central Java», en Cribb, *The Indonesian Killings…, op. cit.,* p. 163; Conboy, *Kopassus…, op. cit.,* pp. 146-148, con escasas observaciones sobre los asesinatos; «Kurzzusammenfassung eines Naszabadsag-Korrespondenten über seine Reise nach Zentral-und Ostjava», 10 de noviembre de 1965, PA AA, MfAA, A 16166, pp. 112 y 113; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 149-154; Crouch, *The Army…, op. cit.,* pp. 148 y 149. Iniciativa de Edhie: Crouch, *The Army…, op. cit.,* pp. 149-151; Elson, *Suharto…, op. cit.,* p. 125.

[60] A mediados de noviembre, Suharto viajó hasta el centro de Java: R. E. Elson, «In Fear of the People: Suharto and the Justification of State-Sponsored Violence under the New Order», en Colombijn y Lindblat*, Roots…, op. cit.,* pp. 180 y 181; fotografía de Suharto en el desfile: CIA, *Indonesia…, op. cit.,* pp. 81 y ss. Nasution: telegrama secreto de Green, noviembre de 1965, NARA, RG 84, 631/15/50/2-3, Box 116, POL-Polit. Aff. & Rel. I/M/P, 1º de junio de 1965.

[61] J. R. Burgess, «Record of Conversation with Mr. Tiwari of the "Indian Express" on 16th November 1965», ANA, 3034/2/2/2, parte 16, p. 228; Kenneth Orr, «Schooling and Village Politics in Central Java in the Time of the Turbulence», en Cribb, *The Indonesian Killings…, op. cit.,* pp. 184 y 185; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram núm. 58, 19 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 150; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 150 y 154; Gavi, *Konterrevolution…, op. cit.,* p. 13; Robinson, *The Dark Side…, op. cit.,* p. 298.

[62] Southwood y Flanagan, *Indonesia…, op. cit.,* p. 78; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 180.

[63] Grupo de Acción Política [grupo de intelectuales holandeses], carta abierta [julio de1967], ANA, 3034/2/2/2, parte 16, p. 81; Ratih, «Soeharto's New Order…»*, op. cit.,* p. 23, n. 24.

[64] Mark Curtis, «Democratic Genocide», *Ecologist,* vol. 26, núm. 5, septiembre-octubre de 1996, pp. 202-204; Robert Goodfellow, «Forgetting what it was to Remember the Indonesian Killings of 1965-1966», en Kenneth Christie y Robert Cribb (comps.), *Historical Injustice and Democratic Transition in Eastern Asia and Northern Europe: Ghosts at the Table of Democracy*, Routledge Curzon, Londres y Nueva York, 2002, pp. 53 y 54, n. 20 (aeropuerto cerca de Klaten, Java Central, octubre de 1965).

[65] Hans Thoolen (comp.), *Indonesia and the Rule of Law: Twenty Years of «New Order» Government*, F. Pinter, Londres, 1987, p. 67 (cita); Amnistía Internacional, *Indonesia, op. cit.,* p. 76; Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 104; Liem Soei Liong, «It's the Military, Stupid!», en Colombijn y Lindblat, *Roots..., op. cit.,* p. 199; regionalmente: Consulado de los Estados Unidos en Medan, 6 de diciembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2310, POL 12 INDON, 10/1/65.

[66] Tales órdenes fueron dadas el 15 de noviembre de 1965: Elson, *Suharto..., op. cit.,* pp. 123 y 126; Consulado general de la República Federal de Alemania, 11 de enero de 1966, PA AA, MfAA, vol. 16175, p. 73.

[67] Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* pp. 188 y 189.

[68] Embajada de Australia en Yakarta, 11 de enero [1966], ANA, 3034/2/2/4, parte 2, p. 230; Embajada de la República Federal de Alemania en Bucarest, «Vermerk über ein Gespräch mit dem Rat in der indonesischen Botschaft, Herrn Paul, am 21.1.1966», 2 de febrero de 1966, BA, DY 30 IVA2/20/670; Cayrac-Blanchard, *Le Parti Communiste..., op. cit.,* p. 73; Koentjaraningrat, «The Village in Indonesia Today», en Koentjaraningrat (comp.), *Villages in Indonesia,* Cornell University Press, Ithaca, 1967, p. 386.

[69] Jakarta: Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram núm. 64, 23 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 8, p. 197. Yogyakarta: Goodfellow, «Forgetting...», *op. cit.,* p. 44. Según Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* p. 33, unos funcionarios dijeron que 3 000 personas fueron asesinadas en Yogyakarta, pero él calculó 15 000 muertos.

[70] Amnistía Internacional, *Indonesia..., op. cit.,* pp. 71-81 ($0.17 dólares estadunidenses por día en 1977); «Political Killings in Indonesia», julio de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 15A, pp. 84 y 85; Harold Munthe-Kaas, «Indonesia: Gestapu in jail», *Bulletin,* 25 de noviembre de 1967, ANA, 3034/2/2/2, parte 16, p. 239; Anne Pohlman, «A Fragment of a Story: Gerwani and Tapol Experiences», *Intersections,* núm. 10, agosto de 2004, p. 9, disponible en www.sshe.murdoch.edu.au/intersections/issuero/pohlman.html (consulta: 16 de diciembre de 2005); Ananta Pramoedha Toer, *The Mute's Soliloquy,* Hyperion, Nueva York, 1999, pp. XX, 24-27, 35-39 y 44.

[71] Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 111; Carmel Budiardjo, *Surviving Indonesia's Gulag*, Cassell, Londres y Nueva York, 1996, p. 51 (*cf.* p. 169 acerca de una instalación en Lampung); Toer, *The Mute's Soliloquy, op. cit.,* p. 59; Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* p. 35.

[72] Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* p. 113. Buru: Toer, *Mute's Soliloquy, op. cit.,* pp. 65 y 348-363; véase Amnistía Internacional, *Indonesia..., op. cit.,* pp. 90-101.

[73] Stanley Karnow, «Suharto's Worry: How to Heal the Wounds of the Anti-Red Holocaust?», *Straits Times,* Singapur, 19 de febrero de 1970 (copia), BA, DY 30 IV A2/20/668.

[74] Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* pp. 106-109; versión inglesa del discurso de defensa de Sudisman, miembro del Politburó del PKI, 1967, BA, DY 30 IVA2/20/1051, p. 44 del documento; Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* pp. 40, 78-83, 169, 176 y 178; Buru: Toer, *Mute's Soliloquy, op. cit.,* pp. 4 y 5.

[75] J. M. Starey, «Notes on Anti PKI Measures in Nusa Tenggara», 25 de febrero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte II, p. 68.

[76] Wieringa, *Sexual Politics..., op. cit.,* pp. 9-15 y 295-301; Pohlman, «Fragment...», *op. cit.,* pp. 5-11; Leslie Dwyer, «The Intimacy of Terror: Gender and the Violence of 1965-66 in Bali», *Intersections,* núm. 10, 2004, www.sshe.murdoch.edu.au/intersections/issue10/dwyer.html (consulta: 16 de diciembre de 2005), pp. 5-9.

[77] Las discutibles «confesiones» de Untung y otros cuantos ya habían sido publicadas (véase PA AA, IB5, 84, vol. 204).

[78] Juicios, sentencias, medios y ejecuciones: Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* pp. 48, 88, 134, n. 1, 153 (muestra de 598 juicios), 155-156 y 238-240. Gerwani: Pohlman, «Fragment...», *op. cit.,* pp. 3-5; Amnistía Internacional, *Indonesia..., op. cit.,* p. 103.

[79] Einar Schlereth y B. D. Bintang, *Indonesien: Analyse eines Massakers*, März, Fráncfort, 1970, p. 196; Stephen Sloan, *A Study in Political Violence: The Indonesian Experience*, Rand McNally, Chicago, 1971, p. 37, n. 27; Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* p. 167; «The Indonesian army and the future of Indonesia», 7 de enero de 1966, RG59 150/69/32/03, entrada 5222, Gen. Records Lot Files Box 2, POL 2; *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 15 de octubre de 1968; en general: Conboy, *Kopassus..., op. cit.*

[80] Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 66, n. 13; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 25 y 26.

[81] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 159.

[82] Para detalles del secuestro véase Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* pp. 13 y 14; CIA, *Indonesia, «*Preface...», *op. cit., cf.* Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 16, 37 y 104; Howard Jones, *Indonesia: The Possible Dream*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1971, p. 374.

[83] Informe Green, 10 de agosto de 1966, citado en la nota de los editores, *Foreign Relations of the United States, 1964-1968,* vol. XXVI, Washington, 2001, p. 387.

[84] Los datos dados varían: Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Kommunistische Untergrund- und Guerillatätigkeit», 31 de octubre 1967, PA AA, IB5, 81, vol. 208 (*ca.* 30 de 83/citas); Christian Roll, «Fragezeichen über Indonesien», *Industriekurier,* 19 de diciembre [1967], BA, DY 30 IVA2/20/672 (35 de 83); *Sydney Morning Herald,* 6 de noviembre de 1966, e informe de agosto de 1966, ANA, 3034/2/2/2, parte 15, pp. 135 y 219; telegrama Green, 10 de agosto de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 12 5-1-66 (31 de 68); CIA, Office of Current Intelligence, Intelligence Memorándum, «Indonesian Communist Party», 29 de abril de 1966, NARA, base de datos de la CIA (22 de 50).

[85] Véase el reporte de información por el corresponsal de ADN en Yakarta, octubre de 1968, copia, BA, DY 30 IVA2/20/672; informe del Comité de Exiliados del PKI en el 50 aniversario del PKI (traducción al alemán), 23 de mayo de 1970, BA, DY 30 IV A2/20/672, vol. 1052 (p. 24 del informe); Arnold Brackman, «Foreign Help for the Reds in Indonesia» (traducción al alemán), *Straits Times,* Singapur, 17 de julio de 1972, BA, DY 30/IV

B2/20/282 (83% de los miembros del Comité Central del PKI muertos, detenidos o en el exilio).

[86] Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* p. 129.

[87] Telegrama, Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 18 de junio de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 124, POL 29 1966; *cf.* agregado militar de la República Federal de Alemania, 25 de febrero de 1969, PA AA, IB5, 84, vol. 204 (página 24 del informe); Justus van der Kroef, «Indonesian communism since the 1965 coup», *Pacific Affairs,* vol. 43, núm. 1, primavera de 1970, p. 34.

[88] Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* p. 48; Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* pp. 19, 34 y 36; Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 176; Ralph Gehee, «The Indonesian Massacres and the CIA», *Covert Action Quarterly,* otoño de 1990, www.thirdworldtraveller.com/CIA/McGehee_CIA _Indo.html (consulta: 22 de mayo de 2006). Excepciones: policía en Kupang, Timor Occidental: Goodfellow, «Forgetting...», *op. cit.,* p. 53, n. 11; Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* p. 202 (Malang; véanse pp. 225-227 para Bali); Challis, *Shadow..., op. cit.,* p. 108 (caso de Bali).

[89] Informe de UPI, 9 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 5, p. 178 (Madura); Embajada de Australia en Yakarta, «Post-Gestapu Developments», 10 de junio de 1966, ANA, 3034/2/2/2, parte 15, p. 69; Rochijat, «Am I PKI...», *op. cit.,* p. 44; Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 248; Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, telegrama del 27 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2316, POL 23-8 INDON 9/1/65.

[90] Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* pp. 190-192; David Jenkins, «The Evolution of Indonesian Army Doctrinal Thinking: The Concept of Dwifungsi», *Southeast Asian Journal of Social Science,* vol. 11, núm. 2, 1983, pp. 15-30.

[91] Discurso de Suharto a los líderes centrales y regionales del Frente Nacional, 15 de octubre de 1965, *Indonesia,* vol. 1, núm. 1, abril de 1966, p. 161, n. 2.

[92] J. R. Burgess, «Record of Conversation with Mr. Tiwari of the "Indian Express" on 16th November 1965», ANA, 3034/2/2/2, parte 16, p. 228 (las cursivas son mías). Para los periodistas australianos que visitaron la RPKAD: Embajada de los Estados Unidos en Londres, 8 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2306, POL INDON 1/1/64; «A.B.C. News 12:30 PM», 10 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 5, p. 216.

[93] H. E. Stannard (UPI), informe del 24 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 6, p. 117.

[94] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 151; *cf.* p. 156. Edhie había pedido antes más tropas a Suharto y luego, con la autorización de sus superiores, recurrió a civiles. Véase Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 149-151; Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* p. 215; «Crushing the G30S/PKI», p. 166. Edhie también se valió de jóvenes católicos.

[95] Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* pp. 16 y 31-35.

[96] Robert Shaplen, *Time out of Hand: Revolution and Reaction in Southeast Asia*, Harper & Row, Nueva York, s. f. [1969], pp. 123 y 158.

[97] Para la narración oficial, véase Amnistía Internacional, *Indonesia..., op. cit.,* p. 41; discurso de Suharto en el Congreso del PNI, 24 de abril de 1966*, Indonesia,* vol. 1, núm. 1, abril de 1966, p. 146.

[98] Benedict Anderson, «Introduction», en Anderson (comp.), *Violence and the State in Suharto's Indonesia*, Cornell University (Southeast Asia Program), Ithaca, 2001, p. 13; véase Colombijn y Lindblat, «Introduction…», *op. cit.,* esp. p. 23.

[99] «KAMI Bandung Promise Sincerely to Struggle for the Peace and Justice», s.f., PA AA, IB5, 37, vol. 255; última cita: Roger Paget, «The Military in Indonesian Politics: The Burden of Power», *Pacific Affairs,* vol. 40, núms. 3-4, verano-invierno de 1967, p. 301.

[100] Telegrama Green, 14 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 1-14 octubre, 1965; telegrama Heimsoeth, 9 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A; similar informe de Werz's del 18 de octubre de 1965, IB5, 84, vol. 204.

[101] «Kurzzusammenfassung eines Naszabadsag-Korrespondenten über seine Reise nach Zentral- und Ostjava», 10 de noviembre de 1965, PA AA, MfAA, A 16166, pp. 112 y 113 (basado en un viaje del 2 al 6 de noviembre de 1965).

[102] Stanley Karnow, «500 000 Perish in Orgy of Vengeance» (abril de 1966), ANA, 3034/2/1/8, parte 13, p. 120; «Bericht des Auslandskomitees der KPI zum 50. Jahrestag der Gründung der KPI», 23 de mayo de 1970, BA, DY 30 IVA2/20/I052, p. 24 del documento.

[103] Descripciones en Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 155, 160 y 179; Vittachi, *The Fall…, op. cit.,* p. 141; Theodore Friend, *Indonesian Destinies*, Belknap, Cambridge (Massachusetts) y Londres, 2003, p. 109; «Die Lage nach den Ereignissen des 30. September» (*ca.* abril de 1966), PA AA, MfAA, A16075, p. 3.

[104] Clifford Geertz, *After the Fact: Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*, Harvard University Press, Cambridge, 1995 [edición en español: *Tras los hechos: dos países, cuatro décadas y un antropólogo*, trad. de Miquel Aramburu, Barcelona, Paidós, 1996, p. 9].

[105] Cita: Consulado de los Estados Unidos en Medan, «The IPKI Party Rides High in North Sumatra», 25 de enero de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON 1/1/66; Loren Ryter, «Pemuda Pancasila: The Last Loyalist Free Men of Suharto's Order?», en Anderson, *Violence…, op. cit.,* p. 135; nota de la Embajada de China en Yakarta, 20 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 81, vol. 198; Crouch, *the Army*, p. 65, n. 40.

[106] Otras *claves* frecuentes para las matanzas (en el este de Java) fueron «enviado a la escuela» y «enviado a que le gustara la tierra». Sulistyo, «The Forgotten Years…», *op. cit.,* pp. 175-176 y 186.

[107] Ryter, «Youth…», *op. cit.,* pp. 62-66.

[108] Telegrama del Consulado de los Estados Unidos en Medan, 16 de noviembre de 1965, FRUS, 1964-1968, vol. 26, pp. 366 y 367.

[109] André Feillard, *Islam et Armée dans l'Indonésie contemporaine: Les pionniers de la tradition*, L'Harmattan Archipel, París, 1995, p. 64 (pero con poca información acerca de las matanzas por miembros del NU, pp. 64-69); Young, «Local…», *op. cit.,* pp. 80-83; informes contradictorios de UPI, 10 de octubre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 1, pp. 421 y 423; cita: Donald Hindley, «Alirans and the Fall of the Old Order», *Indonesia,* núm. 9, abril de 1970, p. 41; W. F. Wertheim, «Indonesia Before and After the Untung Coup», *Pacific Affairs,* vol. 39, núms. 1-2, primavera-verano de 1966, p. 122; Gardner, *Shared Hopes…, op.*

cit., p. 231; Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 78; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 159; Williams *et al., Javanese Lives..., op. cit.,* pp. 26 y 27.

[110] «President Wants 1965 Killings Investigated», *Tapol,* núm. 157, abril de 2000, con referencia a la película documental de Mike Carey, *Indonesia's Killing Fields..., op. cit.* Hasjim era suegro del presidente indonesio posterior a Suharto, Abdulrahman; para las escuelas islámicas, Wertheim, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 121.

[111] Feillard, *Islam..., op. cit.,* p. 64; Consulado General de la República Federal de Alemania, «Information zu Fragen der Entwicklung der Muhammdiyah and der SOKSI», 9 de febrero de 1966, PA AA, MfAA, A16166, p. 202; Embajada de la República Federal de Alemania en Jakarta, «Indonesisches Parteiwesen», 13 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 81, vol. 208. Yakarta: Embajada de Australia en Yakarta, Savingram núm. 53, 22 de octubre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 61.

[112] Embajada de la República Federal de Alemania en Kuala Lumpur, telegrama del 8 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 84, vol. 204 (con referencia a Radio Malasia); Embajada de la República Federal de Alemania en Kuala Lumpur, telegrama del 27 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 37, 169A; Embajada de la República Federal de Alemania en Kuala Lumpur, informe del 14 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 37, 169A; informe del corresponsal del DPA en Yakarta en telegrama del 27 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 37, 169A; informes de UPI, 11 de octubre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 2, 4 y 9; telegrama Green, 27 de diciembre de 1965, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 1-31 de diciembre de 1965; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram núm. 55, 5 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 117; «Report from East Java», *op. cit.,* pp. 139 y 140.

[113] Anderson, «Introduction...», *op. cit.,* p. 18; John Bowen, *Sumatran Politics and Poetics: Gayo History, 1900-1989*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1991, pp. 118-121; cita: Simons, *Indonesia..., op. cit.,* p. 176.

[114] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 179; *cf.* Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 273, n. 2.

[115] Marshall Green, *Indonesia: Crisis and Transformation 1965-1968*, Compass, Washington D. C., 1990, p. 57*;* Ibu Marni, «I Am a Leaf in the Storm», *Indonesia,* núm. 47, abril de 1989, p. 56 (Semarang); Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 78.

[116] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, «Report on Trip to Jogjakarta» (Masters), 17 de septiembre de 1965, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 17.

[117] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama del 21 de octubre de 1965, POL 23-29, 20-25 de octubre de 1965; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama del 20 de noviembre de 1965, POL 23-29, 20-30 de noviembre de 1965.

[118] Robert Cribb, *Historical Atlas of Indonesia*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2000, p. 170; Wertheim, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 123; Hilmar Farid, «Indonesia's Original Sin: Mass Killings and Capitalist Expansion, 1965-1966», *Inter-Asia Cultural Studies,* vol. 6, núm. 1, marzo de 2005, p. 15, n. 7.

[119] Williams *et al., Javanese Lives..., op. cit.,* p. 26; Conboy, *Kopassus..., op. cit.,* pp. 149 y 150.

[120] Las citas son de Cribb y Brown, *Modern Indonesia..., op. cit.,* pp. 106 y 107. Hindley, «Alirans...», *op. cit.,* p. 42, llamó a esto una «alianza» del cuerpo de oficiales, *santris* modernistas y tradicionalistas, cristianos y el «grupo del tipo-PSI».

[121] Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* pp. 244 y 246; Elson, *Suharto..., op. cit.,* pp. 12-13; Brian May, *The Indonesian Tragedy*, Routledge, Londres, 1978, p. 132; Hindley, «Alirans...», *op. cit.,* pp. 40 y 41; Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* pp. 210 y 211. Reunión con Nasution: Bresnan, *Managing..., op. cit.,* pp. 36 y 37.

[122] Feillard, *Islam..., op. cit.,* pp. 67 y 70; memorándum de conversación, 5 de julio de 1964, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 7/1/64; «brillante»: G. Miller al secretario, Departamento de Asuntos Exteriores de Australia, 1º de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/I, parte 48, pp. 170-172; Wieringa, *Sexual Politics..., op. cit.,* p. 302; Hindley, «Alirans...», *op. cit.,* pp. 40 y 41, n. 32; Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* p. 90; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 29 de enero de 1965, NARA, RG59 250/7/2, Box 2312, POL 13.

[123] Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 83, n. 163; Sloan, *A Study..., op. cit.,* pp. 67 y 68, *cf.* p. 59, n. 11; Feillard, *Islam..., op. cit.,* pp. 67-71; declaración por KAP-Gestapu, 4 de octubre de 1965, *Indonesia,* núm. 1, abril de 1966, pp. 203 y 204; cronología del golpe y contragolpe (secreta), s. f., ANA, 3034/2/1/8, parte 2, p. 84; telegrama Heimsoeth, 8 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 84, vol. 204; Djuhartono: telegrama Green, 372A, 9 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, embajada en Jakarta, box 118, POL 23-29, 7-14 de octubre de 1965; Hindley, «Alirans...», *op. cit.,* p. 41; Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* p. 192. Los primeros partidos miembros fueron NU, IPKI, el Partido Católico y el PSII musulmán. «Crescendo»: Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama secreto, 4 octubre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2317, POL 23-29 INDON 10-1-65.

[124] Telegrama Green, 9 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON 10/1/65; fragmento de telegrama de la Embajada de los Estados Unidos, 3 de noviembre de 1965, Box 2312, POL 12-16 INDON 1/1/64.

[125] Telegrama Green, 2 de diciembre de 1965, FRUS, 1964-1968, vol. 26, p. 379; Embajada de la República Federal de Alemania, 18 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 84, vol. 204; para Bali véase Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 298; véase también Friend, *Indonesian Destinies..., op. cit.,* pp. 118 y 119. Para el centro de Java, véase también Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 271; para los dirigentes católicos Tjan y el padre holandés Beek, Wieringa, *Sexual Politics..., op. cit.,* pp. 302 y 332, n. 55.

[126] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 26 de octubre de 1965, NARA, RG59, 250/7/2, Box 2318, POL 23-29 INDON, 16 de octubre de 1965; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram núm. 58, 19 de noviembre de 1965, ANA 3034/2/1, parte 48, p. 151.

[127] Hubo por lo menos otros siete «Frentes de Acción»: para graduados, maestros, trabajadores, mujeres, empresarios privados y «para alimento y ropa baratos»: Embajada de Australia en Yakarta, Savingram Político, núm. 14, 25 de marzo de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 12, p. 75. *Cf.* François Raillon, *Les étudiants indonésiens et l'Ordre Nouveau: Politique et idéologie du Mahasiswa Indonesia (1966-1974)*, Édition de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 1984, pp. 19-21.

[128] Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 179; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 218 y 219; Bresnan, *Managing..., op. cit.,* pp. 37 y 38; Ratih, «Soeharto's New Order...», *op. cit.,* pp. 35-37; Embajada de la República Federal de Alemania, «Studentenunruhen in Indonesien», 3 de marzo de 1966, PA AA, IB5, 37, vol. 255.

[129] «Report from East Java...», *op. cit.,* pp. 136 y 137.

[130] Norte de Sumatra: Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 134; Budiardjo, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 191. Mokoginta: telegrama de la Embajada de los Estados Unidos, Yakarta, 18 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2318, POL 23-29 INDON, 11/1/65. Oeste de Sumatra: Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* pp. 245-247.

[131] Centro para Estudios de Aldea, Gadjah Mada University, «Rural violence in Klaten and Banyuwangi», en Cribb, *The Indonesian Killings..., op. cit.,* pp. 153 y 154; Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* pp. 198 y 199; Jacob Walkin, «The Moslem-Communist Confrontation in East Java, 1964-1965», *Orbis,* vol. 13, núm. 3, 1969/1970, p. 831. *Cf.* Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, «Conditions in the Kudus Aarea of Central Java», 7 de enero de 1966, NARA, RG59, 250/7/2, Box 2318, POL 23-29 INDON, 1/1/66; Geoffrey Robinson, «The Post-Coup Massacre in Bali», en Daniel Lev y Ruth McVey (comps.), *Making Indonesia*, Cornell University Press, Southeast Asia Program, Ithaca, 1996, p. 132, n. 57, con referencia al periódico *Suara Denpasar,* 21 de noviembre de 1965.

[132] Anderson y McVey, *Preliminary Analysis..., op. cit.,* p. 84, n. 166; «Acting Governor of Central Java, Policy Guidelines», 16 de octubre de 1965*, Indonesia,* núm. 1, abril de 1966, pp. 190 y 191. Para los informes del Frente Nacional UPI, 26 de octubre de 1965 y de la Embajada de Australia en Yakarta, cablegrama, 24 de octubre, ANA, 3034/2/1/8, parte 3, pp. 333, 361 y 362; UPI reports, 9 y 13 de diciembre de 1965, parte 7, pp. 146 y 168; pero véase también el informe UPI, 9 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 5, p. 118.

[133] «Information zu den Ereignissen in Indonesien (Stand: 21.10.1965)», 13 de noviembre de 1965, PA AA, MfAA, A 16166, p. 123; telegramas de la Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 22 de julio y 10 de agosto de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 12 INDON, 5-1-66; informes de UPI, 13 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 6, pp. 208 y 209.

[134] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 128 (sobre la reunión de gabinete del 6 de octubre de 1965); *Weeka* núms. 3 y 4, 25 y 29 de enero de 1966, y telegramas Green del 11 y 18 de febrero de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2309, POL 2-1 Joint Weekas INDON y POL 2-1 INDON 1966, respectivamente; Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 137-140, 156-157 y 167-173.

[135] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 175 y 180; Jones, *Indonesia..., op. cit.,* p. 386; Geertz, *After the Fact..., op. cit.,* p. 8; Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, telegrama del 29 de octubre de 1965 e informe del 14 de diciembre de 1965, PA AA IB5, 37, vol. 169A.

[136] Información del corresponsal de ADN en Yakarta, 21 de septiembre de 1966, PA AA, MfAA, A16075, p. 131; informe UPI, 13 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 7, p. 204; Sloan, *A Study..., op. cit.,* p. 72, n. 33; Vittachi, *The Fall..., op. cit.,* p. 143; Adrian Vickers, *Bali: A Paradise Created*, Periplus y Java, Berkeley y Jakarta, 1990, pp. 170 y 171; Geertz, *After the Fact..., op. cit.,* p. 8.

[137] Sulistyo, «Years…», *op. cit.,* pp. 214 y 217.

[138] Informe del corresponsal de ADN en Yakarta, 21 de diciembre de 1965, PA AA, MfAA, A16166, p. 154; Jean Contenay, «Another Bloodbath?», traducción al aleman de la *Far Eastern Economic Review,* 23 de noviembre de 1967, pp. 357-367, BA, DY 30 IV A2/20/668; Budiardjo, *Surviving…, op. cit.,* p. 92 (habló con un sobreviviente del centro de Java); Simons, *Indonesia…, op. cit.,* p. 176 (hasta los sirvientes fueron asesinados en Aceh); I Nyoman Darma Putra, «Reflections on Literature and Politics in Bali: The Development of LEKRA, 1950-1966», en Thomas Reuter (comp.), *Inequality, Crisis and Social Change in Indonesia: The Muted Worlds of Bali*, Routledge, Londres y Nueva York, 2003, p. 68 (miembros de la familia inmediata de artistas LEKRA en Bali).

[139] Bali: Dennis Warner, «"Bloody Liquidation" of Indonesia's P.K.I.», *Sydney Morning Herald,* 15 de junio de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 14, p. 316; Shaplen, *Time…, op. cit.,* p. 125; Vickers, *Bali…, op. cit.,* pp. 170 y 171 (por los militares, porque la aldea había opuesto resistencia); Jones, *Indonesia…, op. cit.,* p. 386; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 175. Centro de Java: Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 155 («con excepción de los niños pequeños»); *cf.* Shaplen, *Time…, op. cit.,* p. 122. Aceh: Bowen, *Sumatran Politics…, op. cit.,* p. 120.

[140] «Reign of Terror in Java», *Times,* 13 de abril de 1966 (no se especificó el lugar); resumen secreto sin fecha, ANA, 3034/2/1/8, parte 15, p. 35.

[141] Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, núm. 10, 25 de febrero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 10, p. 299, y J. M. Starey, «Notes on anti-PKI Measures in Nusa Tenggara», 25 de febrero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 11, p. 67; para Bali: Stanley Karnow, «Mazz Frenzy of Killing», *New York Times,* 18 de abril de 1966, ANA, 3034/2./1/8, parte 13, p. 121.

[142] Goodfellow, «Forgetting…», *op. cit.,* p. 53, n. 11; Budiardjo, *Surviving…, op. cit.,* pp. 158, 174-179 y 190.

[143] *Die Verfechter des Kommandos des Präsidenten* [Los abogados de los comandos del presidente], «Stellt Gerechtigkeit and Wahrheit wieder her!», principios de diciembre de 1965, BA, DY 30 IV A2/20/67I. Nasution: informe de la UPI, 18 de enero de 1966, 3034/2/1/8, parte 9, p. 173. Cita: Danny Sunanja a Bob Haldeman, NARA, Nixon papers, WHCF SF CO Box 37 [GEN] CO 67 INDO 1969-1970; ideas similares con referencia al éxito económico: Jean Contenay, «Heritage of blood», traducción al alemán de la *Far Eastern Economic Review,* 14 de diciembre de 1967, BA, DY 30 IV A2/20/668. El discurso de Himmler en Posen, 4 de octubre de 1943, *The Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal,* vol. 29 (Núremberg, 1948), pp. 145 y 146.

[144] Robert Cribb, «Genocide in Indonesia, 1965-1966», *Journal of Genocide Research,* vol. 3, núm. 2, 2001, pp. 236 y 237.

[145] Sudjatmiko, «The Destruction…», *op. cit.,* pp. 180, 186 y 198-211; «Additional Data on Counter-Revolutionary Cruelty in Indonesia, Especially in East Java», en Cribb, *Indonesian Killings…, op. cit.,* pp. 169-176; diferente hincapié en «Report from East Java…», *op. cit.,* pp. 136-149. Véase Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 154 y 158-161; Robert Hefner, *The Political Economy of Mountain Java*, University of California Press, Berkeley, 1990, p. 210; Contenay, «Another Bloodbath?», *op. cit.,* Pescadores: «By

the Banks of River Brantas», en Samuel Totten, William S. Parsons e Israel W. Charny (comps.), *Century of Genocide: Eyewitness Accounts and Critical Views*, Routledge, Nueva York y Londres, 1997, pp. 249-252; entrevista con Ulrich Makosch, en ese entonces corresponsal de la televisión de la República Democrática Alemana, 7 de noviembre de 2005.

[146] Sulistyo, «Years…», *op. cit.,* pp. 188, 199-204 y 210; apoyado por el telegrama del cónsul de los Estados Unidos en Surabaya, 28 de diciembre de 1965, NARA 250/7/2, Box, 2316, POL 23-28, INDON 9/1/65.

[147] Rochijat, «Am I PKI…», *op. cit.,* p. 43; Cribb, «Introduction…», *op. cit.,* p. 10; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 157-159.

[148] Vittachi, *The Fall…, op. cit.,* p. 143.

[149] El dirigente regional del PKI, Ktut Kandel, afirmó que las organizaciones de masas del PKI en la isla contaban con 100 000 miembros, con 75 000 en el BTI y con 30 000 dentro del propio partido: Embajada de los Estados Unidos en Yakarta (Vance Trent), 30 de junio de 1965, NARA, RG59, 250/7/2, POL 18 INDON, 1/1/64. La Juventud Popular tenía entre 21 000 y 23 000 miembros: Embajada de los Estados Unidos en Yakarta (Whittington), 24 de abril de 1964, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON 1/1/64.

[150] Robinson, *The Dark Side…, op. cit.,* pp. 286-290.

[151] El RPKAD fue culpado por Robinson, *The Dark Side…, op. cit.,* pp. 273-303; Robert Cribb y Soe Hok Gie *et al.,* «The Mass Killings in Bali», en Cribb, *The Indonesian Killings…, op. cit.,* p. 247. Para la antigua opinión, basada en la errónea suposición de que el RPKAD había llegado sólo a mediados o finales de diciembre de 1965: Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 175-180; Vittachi, *The Fall…, op. cit.,* p. 143; Shaplen, *Time…, op. cit.,* pp. 124 y 125; comentarios de Robinson, *The Dark Side…, op. cit.,* pp. 296 y 297. Conboy sin crítica, *Kopassus…, op. cit.,* p. 149.

[152] Informe de la UPI 7 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 5, p. 48 (discurso de Suharto a la Asociación de Periodistas Indonesios); Elson, «In Fear…», *op. cit.,* pp. 180 y 181 (Suharto durante su gira por el centro de Java a mediados de noviembre); Sudjatmiko, «The Destruction…», *op. cit.,* p. 223, n. 90; para Edhie, Sundhaussen, *Road…, op. cit.,* p. 218 (27 de noviembre); Crouch, *The Army…, op. cit.,* pp. 153 y 154. Sin embargo, han quedado dudas acerca de las intenciones de tales afirmaciones; el 18 de noviembre 1965 Edhie negó, en el periódico católico *Kompas,* el hecho obvio de que el RPKAD hubiera efectuado operaciones de masacre en el centro de Java (Ratih, «Soeharto's New Order…», *op. cit.,* p. 52, n. 78). El comandante militar de la zona, Kediri-Madiun, ordenó en público poner fin a la violencia, pero en privado dijo lo contrario: Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama del 6 de diciembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2.317, POL 23-29, 12-1-65.

[153] Según Gavi, *Konterrevolution…, op. cit.,* p. 40, un paracaidista afirmó que habían sido asesinadas de 5 000 a 7 000 personas en Negara antes de la llegada del RPKAD. *Cf.* Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Verluste der indonesischen Bevölkerung seit 1. Oktober d.J.», 14 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A.

[154] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Verluste der indonesischen Bevölkerung seit 1. Oktober d.J.», 14 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A (RPKAD llegó el 1º de diciembre; también observó una «primera oleada de motines» en los que fueron incendiadas numerosas casas a mediados de noviembre); Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 24 de noviembre de 1965, NARA, RG59 250/7/2, Box 2318, POL 23-29 INDON, 11/1/65 («extensiva violencia anti-PKI en Bali [...] incendiar casas se ha vuelto una diversión nocturna»); Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 30 de noviembre de 1965, Box 2316, POL 18; Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, 30 de noviembre de 1965 NARA, RG59 250/7/2, Box 2317, POL 23-28; Sloan, *A Study..., op. cit.,* p. 72, n. 33 en noviembre de 1965 (estuvo en Bali, donde estaban cometiéndose «incendios de aldeas y matanzas indiscriminadas»); Geertz, *After the Fact..., op. cit.,* p. 8 (buen número de aldeas destruidas a comienzos de noviembre); Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* pp. 217 y 218; Harry Thürk y Diethelm Weidemann, *Indonesien' 65,* Militärverlag der DDR, Berlín [oriental], 1975, p. 282. Esto va en contra de la —contradictoria— cronología establecida por Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* pp. 290-292 y 303. Diferente interpretación en Cribb *et al.,* «Mass Killings...», *op. cit.,* p. 241. Llegada del RPKAD: Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 295 (7-8 de diciembre); Conboy, *Kopassus..., op. cit.,* p. 149.

[155] Conboy, *Kopassus..., op. cit.,* pp. 149 y 150; Información Nr. 6/66 para los miembros y candidatos al politburó del SED «zur Lage der Kommunistischen Partei Indonesiens», 19 de enero de 1966, con base en un informe del Consulado general de la República Democrática Alemana, 12 de enero, BA, DY 30 IV A2/20/668; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama del 5 de enero de 1966, NARA, RG59, 250/7/2, Box 2318, POL 23-29 INDON, 1/1/66.

[156] Vickers, *Bali..., op. cit.,* pp. 171 y 172; véase también Vittachi, *The Fall..., op. cit.,* p. 143, Seth King, «Indonesian Reds Still are Slain Despite the Ouster of Nasution», *New York Times,* 5 de marzo de 1966, p. 3; Embajada de los Estados Unidos en Jakarta, Masters, «Killings Continue in Bali», 25 de febrero de 1966, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 122, registro sin nombre.

[157] Robert Cribb, «From Petrus to Ninja: Death Squads in Indonesia», en Bruce Campbell y Arthur Brenner (comps.), *Death Squads in Global Perspective*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2000, p. 184, con diferente hincapié.

[158] Goodfellow, «Forgetting...», *op. cit.,* p. 54, n. 21; Amnistía Internacional, *Indonesia..., op. cit.,* p. 24.

[159] «Rural violence in Klaten...», *op. cit.,* pp. 121-157. Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* p. 4, n. 4, feroz anticomunista había dado secamente el número de víctimas en «menos de 500» muertos.

[160] Wertheim, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 123; véase Contenay, «Another Bloodbath?», *op. cit.* (Madura).

[161] Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 115; Mary Somers Heidhues, «Kalimantan Barat 1967-1999: Violence on the Periphery», en Wessel y Wimhöfer, *Violence..., op. cit.,* pp. 142-146; Stanley Karnow, «Suharto's Worry: How to Heal the

Wounds of the Anti-Red Holocaust?», *Straits Times* (Singapur), 19 de febrero de 1970 (copia), BA, DY IVA2/20/668.

[162] Nancy Lee Peluso, «Passing the Red Bowl: Creating Community Identity Through Violence in West Kalimantan, 1967-1997», en Charles A. Coppel (comp.), *Violent Conflicts in Indonesia*, Routledge, Londres y Nueva York, 2006, pp. 112, 117.

[163] Wertheim, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 124; Farid, «Indonesia's Original Sin...», *op. cit.,* p. 10. Para la limitada margnitud de la reforma agraria de Indonesia hasta el año 2000, véase Roy Prosterman y Robert Mitchell, «Concept for Land Reform on Java», mayo de 2002, www.rdiland.org/PDF/RDI_LandReformOnJava.pdf (consulta: 6 de julio de 2009), pp. 2 y 3; Dianto Badriadi, «Land for the Landless: Why Are the Democrats in Jakarta not Interested in Land Reform?», *Inside Indonesia,* octubre-diciembre de 2000, www.serve.com/inside/edit64/dianto1.htm (consulta: 11 de agosto de 2006).

[164] Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* p. 36; Stanley Karnow, «Mazz Frenzy...», *op. cit.*

[165] Material en Sudjatmiko, «Destruction...», *op. cit.,* pp. 241-244; Friend, *Indonesian Destinies..., op. cit.,* p. 110; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 161; Hefner, *Political Economy..., op. cit.,* p. 210; Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* p. 108; citas: «Moslem-Flugblatt verteilt in Djakarta am 8. Oktober 1965», PA AA, IB5, 84, vol. 204.

[166] Wertheim, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 123; Gardner, *Shared Hopes..., op. cit.,* p. 203; Hindley, «Alirans...», *op. cit.,* p. 32, n. 16; Sulistyo, «Years...», *op. cit.,* pp. 158-160; Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* pp. 317-319.

[167] Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 299; Vickers, *Bali..., op. cit.,* p. 169; Gardner, *Shared Hopes..., op. cit.,* p. 230; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 177; Sudjatmiko, «Destruction...», *op. cit.,* pp. 176-178.

[168] Hefner, *The Political Economy..., op. cit.,* p. 210.

[169] «Reign of Terror in Java», *The Times..., op. cit.,* 13 de abril de 1966; Cribb, «How many...», *op. cit.,* p. 91; Farram, «Revolution...», *op. cit.,* p. 44.

[170] Dennis Warner, «"Bloody Liquidation"...», *op. cit.,* p. 316; J. M. Starey, «Notes on anti-PKI Measures in Nusa Tengarra», 25 de febrero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 11, p. 68; cónsul de los Estados Unidos en Surabaya, 27 de abril de 1966, NARA, RG59, 250/7/2, Box 2317, POL 23-28 INDON, 3/1/66; Ki Tristuti Rachmadi, «My Life as a Shadow Master Under Suharto», en Zurbuchen, *Beginning..., op. cit.,* p. 42.

[171] Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, telegrama del 27 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2316, POL 23-28 INDON, 9/1/65 (de entrevista con una misionera); Contenay, «Heritage of Blood»; Sidney Jones, *Injustice, Persecution, Eviction: A Human Rights Update on Indonesia and East Timor*, Asia Watch, Nueva York y Washington, 1990, p. 94.

[172] Hughes, *Indonesian Upheaval..., op. cit.,* p. 188; para diferentes datos, véase Shaplen, *Time..., op. cit.,* p. 151; Olle Törnquist, *Dilemmas of Third World Communism: The Destruction of the PKI in Indonesia*, Zed, Londres, 1984, p. 234; Cribb, «How many...», *op. cit.,* p. 91. *Cf.* Goodfellow, «Forgetting...», *op. cit.,* p. 53, n. 11; Orr, «Schooling...», *op. cit.,* p. 183 (localmente, 90% arrestados); Bowen, *Sumatran Politics..., op. cit.,* p. 120; Farram, «Revolution...», *op. cit.,* pp. 42 y 43 (Timor Occidental).

[173] «Reign of Terror in Java», *The Times,* 13 de abril de 1966, ANA, 752/2, parte 17, p. 265.

[174] Airgram, «Problems in Forming a New Indonesian Political Regime», 23 de abril de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 15 INDON.

[175] Putra, «Reflections…», *op. cit.,* esp. pp. 67, 74 y 75; Friend, *Indonesian Destinies…, op. cit.,* p. 111; Rochijat, «Am I PKI…», *op. cit.,* pp. 43-44 y 50; Gavi, *Konterrevolution…, op. cit.,* p. 13; Wieringa, *Sexual Politics…, op. cit.,* p. 306.

[176] Ryter, «Youth…», *op. cit.,* pp. 60-62, 98 (cita) y 124-126; CIA, *Indonesia…, op. cit.,* fotos pp. 95 y ss.; Cribb y Brown, *Modern Indonesia…, op. cit.,* p. 92. Gambling: Jones, *Indonesia…, op. cit.,* p. 402.

[177] May, *The Indonesian Tragedy…, op. cit.,* p. 132.

[178] Ejemplos: Bowen, *Sumatran Politics…, op. cit.,* p. 120; Amnistía Internacional, *Indonesia…, op. cit.,* p. 24. Para evaluaciones, véase Dwyer, «Intimacy…», *op. cit.,* pp. 5-9; Jean-Louis Margolin, «Indonésie 1965: Un Massacre Oublié», *Revue Internationale de Politique Comparée,* vol. 8, núm. 1, enero de 2001, p. 83.

[179] Kahin, *Rebellion…, op. cit.,* p. 244; Amnistía Internacional, *Indonesia…, op. cit.,* pp. 35-36 y 103 (2 000 de 15 000-30 000).

[180] Véase Wieringa, *Sexual Politics…, op. cit.,* pp. 301-317.

[181] Clifford Geertz, *The Religion of Java*, Free Press, Glencoe, 1960, esp. pp. 5 y 6; Geertz, *Agricultural Involution: The Process of Ecological Change in Indonesia*, University of California Press, Berkeley, 1963. Es discutible si estas distinciones fueron válidas en términos religioso-culturales y hasta qué punto los propios javaneses consideraban a los *prijaji* como grupo separado: Eka Darmaputera, *Pancasila and the Search for Identity and Modernity in Indonesian Society*, E. J. Brill, Leiden, 1988, pp. 74-83, y Ernst Utrecht, «Class Struggle and Politics in Java», *Journal of Contemporary Asia,* vol. 2, núm. 3, 1972, p. 282, n. 18; *cf.* Törnquist, *Dilemmas…, op. cit.,* pp. 134-136.

[182] Koentjaraningrat, «Village…», *op. cit.,* p. 393 (el manuscrito fue completado en junio de 1964); véase Sartono Kartodirdjo, *Modern Indonesia: Tradition and Transformation*, Gadjah Mada University Press, Yogyakarta, 1984, pp. 60-62.

[183] Van der Kroef, *The Communist Party…, op. cit.,* pp. 192, 327 y 328, n. 39; Kartodirdjo, *Modern Indonesia…, op. cit.,* p. 60.

[184] Ingela Gerdin, *The Unknown Balinese: Land, Labour and Inequality in Lombok*, Acta Universitatis Gothoburgensis, Gotenburgo, 1982, pp. 85 y 96; Van der Kroef, *The Communist Party…, op. cit.,* p. 194; Lance Brennan, Les Heathcote y Anton Lucas, «The Causation of Famine: A Comparative Analysis of Lombok and Bengal 1891-1974», *South Asia,* vol. 7, núm. 1, 1984, p. 16; Margo Lyon, *Bases of Conflict in Rural Indonesia*, University of California Press, Berkeley, 1971, pp. 17, 25 y 27.

[185] Kolko, *Confronting…, op. cit.,* p. 185; Schlereth and Bintang, *Indonesien…, op. cit.,* p. 200; Farid, «Indonesia's Original Sin…», *op. cit.,* p. 11

[186] Bresnan, *Managing…, op. cit.,* pp. 56 y 66.

[187] Ina Slamet, «Youth and Village Development» (de su libro de 1963 *Principles of Village Development*), en Feith y Castles, *Indonesian Political Thinking…, op. cit.,* pp. 405 y

406.

[188] Shaplen, *Time..., op. cit.,* pp. 150 y 158 (observaciones cerca de Bandung y en Solo); Marni, «I Am a Leaf...», *op. cit.,* pp. 56 y 57.

[189] Utrecht, «Class Struggle...», *op. cit.,* pp. 279 y 280.

[190] Clark Cunningham, «Soba: An Atoni Village of West Timor» y Koentjaraningrat, «Tjelapur: A Village in South Central Java», en Koentjaraningrat, *Villages..., op. cit.,* pp. 80 y 265; Carol Warren, *Adat and Dinas: Balinese Communities in the Indonesian State*, Oxford University Press, Kuala Lumpur, 1993, pp. 42-46.

[191] Bresnan, *Managing..., op. cit.,* p. 19; Van der Kroef, *The Communist Party..., op. cit.,* p. 207.

[192] *Idem*. Este de Java: «Informationsbericht unseres Korrespondenten in Djakarta: Bedrohliche Wirtschaftslage in Indonesien» (sin fecha, finales de 1964), BA, DY 30 IV A2/20/671, y George Benson, «Conversation with Major Sutedjo», 27-30 de mayo de 1964, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12. INDON, 1/1/64.

[193] Maslyn Williams, *Five Journeys from Jakarta: Inside Sukarno's Indonesia*, W. Morrow, Nueva York, 1965, p. 127; Vickers, *Bali..., op. cit.,* p. 169; Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* pp. 239 y 240; Jones, *Indonesia..., op. cit.,* p. 385; Graeme MacRae, «The Value of Land in Bali: Land Tenure, Land Reform and Commodification», en Reuter, *Inequality..., op. cit.,* p. 145; cifras aún más altas ofrece Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* pp. 143 y 144 (148 000 «amenazados por el hambre»). Para el Timor Occidental 1964-1965, Farram, «Revolution...», *op. cit.,* pp. 38 y 39.

[194] Brennan *et al.,* «Causation...», *op. cit.,* pp. 15-18; Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 200; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Joint Weeka núm. 38, 22 de septiembre de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2309, POL INDON 1966; Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Neue Naturkatastrophen in Indonesien», 29 de septiembre de 1966, PA AA, IB5, 37, vol. 255 (cita).

[195] Williams, *Five Journeys..., op. cit.,* pp. 291-294; *cf.* Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* p. 300; Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 241.

[196] *Biweekly Economic Review*, 11-24 de julio de 1966, NARA, RG59 250/6/4, SNF Box 722, E 2-2. 1/1/66.

[197] Para el último, R. A. F. Paul Webb, «The Sickle and the Cross: Christians and Communists in Bali, Flores, Sumba and Timor, 1965-1967», *Journal of Southeast Asian Studies,* vol. 17, núm. 1, marzo de 1986 pp. 99 y 100.

[198] Sloan, *A Study..., op. cit.,* p. 84; fundamental: J. A. C. Mackie, *Problems of the Indonesian Inflation*, Cornell University, Southeast Asia Program, Ithaca, 1967, para efectos redistributivos, pp. 51-63.

[199] Bresnan, *Managing..., op. cit.,* pp. 55-59; Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Innenpolitische Situation in Indonesien», 27 de septiembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A; varios informes en ANA, 752/2/2, parte 5, pp. 13, 27, 37, 53-54, 98 y 99, en 3107/40/106, parte 13, pp. 227 y 328, y NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 115, E 2-2, 1965; Williams *et al., Javanese Lives..., op. cit.,* pp. 17, 27, 50 y 148.

[200] Gardner, *Shared Hopes..., op. cit.,* p. 211. Para variaciones regionales, véase información del corresponsal de ADN en Yakarta, 21 de septiembre de 1966, PA AA, MfAA, vol. 16075, p. 130, y ANA, 752/2/2, parte 4.

[201] Véase Slamet, «Youth...», *op. cit.,* basado en un caso ocurrido en la zona de Klaten, donde después sería excesiva la violencia.

[202] Véase Wieringa, *Sexual Politics..., op. cit.,* pp. 288 y 301, que subraya el primero de los dos argumentos.

[203] *Ibid.,* pp. 1-9; Marianne Klute, «Women Against Violence: A Spectator's View on Political Change within and Initiated by the Indonesian Women's Movement», en Wessel y Wimhöfer, *Violence..., op. cit.,* pp. 212 y 213.

[204] Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* pp. 284-291; Van der Kroef, *The Communist Party..., op. cit.,* p. 202; Warren, *Adat..., op. cit.,* pp. 292 y 293.

[205] Utrecht, «Class Struggle...», *op. cit.,* p. 277; MacRae, «Value...», *op. cit.,* pp. 154 y 155; Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* p. 290; Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* pp. 268 y 269. Un alcance limitado: Bresnan, *Managing..., op. cit.,* p. 17.

[206] Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* pp. 277, 296-303 y 309-322; Warren, *Adat..., op. cit.,* p. 275; Lyon, *Bases..., op. cit.,* pp. 52 y 53.

[207] McVey, «Teaching Modernity...», *op. cit.,* pp. 5, 25 y 26; Van der Kroef, *The Communist Party..., op. cit.,* pp. 147 y 201; véase también Törnquist, *Dilemmas..., op. cit.,* p. 208, Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* pp. 304-308.

[208] *Ibid.,* pp. 282-284; Clifford Geertz, «Thingan: A Balinese Village», en Koentjaraningrat, *Villages..., op. cit.,* pp. 136 y 137.

[209] Utrecht, «Class struggle...», *op. cit.,* p. 274.

[210] Williams, *Five Journeys..., op. cit.,* pp. 292 y 294; Farram, «Revolution...», *op. cit.,* pp. 38 y 39.

[211] Algunos analistas afirman que en el campo ya existía una larga tradición de competencia política y de movimientos sociales radicales: Bresnan, *Managing..., op. cit.,* pp. 20 y 21.

[212] J. Eliseo Rocamora, «Political Participation and the Party System: The PNI Example», en William Liddle (comp.), *Political Participation in Modern Indonesia*, Yale University-Southeast Asia Studies, New Haven, 1973, pp. 143-176; indica, con mayor renuencia, una corriente similar: Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Airgram, 16 de septiembre de 1964, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON, 7/1/64.

[213] Éstos incluían al Partido Católico, Parkindo (Partido de Cristianos Indonesios [protestante]), al PSII, el IPKI, Perti y el Partindo (Partido Indonesio, el partido de los chinos indonesios).

[214] Véase PA AA, IB5, 81, vol. 208, particularmente la Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, 26 de julio de 1965; «Political Parties», 11 de marzo de 1961, ANA, 3034/2/2/4, pp. 162 y 163 (565 987 miembros registrados del NU y 1 750 000 miembros del PNI «comprobado por las autoridades»); Rocamora, «Political participation...», *op. cit.,* pp. 154 y 174, n. 7; Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* p. 314, n. 84 (la organización campesina Petani, PNI, afirmaba tener tres millones de miembros).

[215] Telegrama Lüdde-Neurath, 10 de noviembre de 1966, PA AA, IB5, 37, vol. 255; Consulado General de la República Democrática Alemana, 1º de abril de 1965, PA AA, MfAA, vol. 16186, p. 37; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Airgram, 9 de agosto de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON, 7/1/65. Para los sindicatos *cf.* BA, DY 34, vol. 11 466 (Sarbumusi unido al NU, KBM unido al PNI, SOBSI al IPKI, SOBRI a Murba, GOBSI a PSII, etc.), y DY 30/IV A2/20/670; Rocamora, «Political participation…», *op. cit.,* p. 166.

[216] Utrecht, «Class Struggle…», *op. cit.,* p. 278, citando a Clifford Geertz; Andrea Wilcox Palmer, «Situradja: A Village in Highland Java» y Harsja Bachtiar, «"Negeri" Taran: A Minangkabau village community», en Koentjaraningrat, *Villages…, op. cit.,* pp. 323-324 y 384; Cayrac-Blanchard, *Le Parti Communiste…, op. cit.,* p. 75. La opinión disidente de que los partidos politicos representaban a políticos urbanos aislados de la aldea (Sloan, *A Study…, op. cit.,* pp. 25, 29-30 y 42) parece muy exagerada.

[217] Guy Pauker, «Communist Prospects in Indonesia», preparado para la Fuerza Aérea de los Estados Unidos/Rand Corporation, noviembre de 1964, p. 20.

[218] Despacho del Servicio Exterior de los Estados Unidos, «Illiteracy in Indonesia», 8 de septiembre de 1960, ANA, 3034/1/1, parte 2, p. 112; Heads of Mission Meeting, Bangkok, diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 179.

[219]CIA, *Indonesia…, op. cit.,* p. 145, n., y Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 37 y 38. Para miembros de una familia real en Bali muertos como comunistas, véase Gardner, *Shared Hopes…, op. cit.,* p. 230.

[220] Sudjatmiko, «The Destruction…», *op. cit.,* pp. 241-244; «Rural violence in Klaten…», *op. cit.,* pp. 123-126; Sulistyo, «Years…», *op. cit.,* pp. 140-141, 148-154 y 160-168; Lyon, *Bases…, op. cit.,* pp. 48-59 y 65. Énfasis en que el PKI apoyó a los aparceros en la Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, «Some Observations by Professor Ruth McVey on the PKI and Political Currents in East and Central Java», 23 de febrero de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12, 1/1/65; Center for Village Studies, Gadjah Mada University, «Rural Violence in Bali», en Cribb, *The Indonesian Killings…, op. cit.,* pp. 249-251.

[221] «Report on Land Reform Strife», 10 marzo de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 115, E12; y Fred Coffey, Voice of America, Washington, to Green, «Surabaya-Impressions and Recommendations», 19 de agosto de 1965, NARA, RG 84 631/14/50/2-3, Box 116, Political Affairs and Religion, Pol Affs: Countries A-Z.

[222] Véase ANA, 3034/2/I, parte 45, pp. 86 y 241; telegrama de la Embajada de la República Federal de Alemania del 9 de marzo e informes del 15 y 29 de marzo de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A; informes de la Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, del 23 de febrero, 22 y 30 de marzo de 1965 y Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, 18 de mayo de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12, 1/1/65; Sudjatmiko, «Destruction…», *op. cit.,* pp. 171-174.

[223] Walkin, «Moslem-Communist confrontation…», *op. cit.,* pp. 822-847; Sudjatmiko, «The Destruction…», *op. cit.,* pp. 148 y 241-246; Brackman, *The Communist Collapse…, op. cit.,* pp. 45 y 222, n. 3; Robinson, *The Dark Side…, op. cit.,* p. 270.

[224] Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* p. 54; Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, 15 y 29 de marzo de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A.

[225] Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* pp. 381-385, 116 y 117; Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 87-94.

[226] Telegrama Jones, 16 de marzo de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3 embajada en Jakarta, Box 116, DEF 1-8; véase Kahin, *Rebellion...,* p. 239.

[227] Embajada británica en Yakarta, «Visit to Major General 1. Adjie», NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON, 1/1/65; similares observaciones al embajador de CSSR se mencionan en un informe del cónsul general de la República Democrática Alemana, 3 de junio de 1965, PA AA, MfAA, A16073, 63 (Adjie amenazó con «matar a Aidit con sus propias manos» si el PKI se desviaba de la política del Estado).

[228] Telegrama Green 635A, 14 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3 embajada en Yakarta, Box 118, POL 23-29, 7-14 de octubre de 1965; telegrama Green, 1º de diciembre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3 embajada en Yakarta, Box 118, POL 23-29, 1-31 de diciembre de 1965 (20 000); Embajada de Australia en Yakarta, Savingram, núm. 22, 16 de mayo de 1966, ANA, 3034/2/2/8, parte 14, p. 40 (56 000); Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 242 (73 000 para 1969).

[229] Informe de la UPI, 11 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 7, p. 162.

[230] Véase Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 187; Consulado general de la República Democrática Alemana al Consejo General de FDJ, 8 de febrero de 1966, PA AA, MfAA, A16184, p. 45.

[231] Kees van Dijk, «The Privatization of the Public Order: Relying on the Satgas», en Wessel y Wimhöfer, *Violence..., op. cit.,* p. 158; Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* pp. 54 y 55; «Rural Violence in Klaten», p. 133; Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* p. 170. Para anteriores cuerpos de defensa de aldeas en Bali, véase Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* pp. 228 y 229.

[232] Memorándum de la conversación, «NU Youth Group», 14 de julio 1964, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12, 7/1/64. Los líderes de Ansor pidieron, implícitamente, apoyo financiero a la Embajada de los Estados Unidos.

[233] Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, núm. 54, 28 de octubre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 64; véase Charles Coppel, *Indonesian Chinese in Crisis*, Oxford University Press, Kuala Lumpur, 1983, pp. 31-34; Törnquist, *Dilemmas..., op. cit.,* pp. 102-104; Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 47 y 244.

[234] Hamish McDonald, *Suharto's Indonesia*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1980, pp. 29-32; Elson, *Suharto..., op. cit.,* pp. 60-65, 71-72, 76-78 y 88; Bresnan, *Managing..., op. cit.,* p. 46; Bryan Evans III, «The Influence of the United States Army on the Development of the Indonesian Army (1956-1964)», *Indonesia,* núm. 47, abril de 1989, pp. 34-37. Insistiendo en años posteriores a 1965, cuando ésta se volvió «práctica normal de negocios», Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 277-279, 282 y 285-299.

[235] Farid, «Indonesia's Original Sin...», *op. cit.,* p. 4; Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 302 y 303.

[236] *Cf.* Stoler, *Capitalism..., op. cit.,* pp. 157-161; Utrecht, «Class Struggle...», *op. cit.,* p. 279; LR doctor Hallier, «Politische Lagebeurteilung für Nordsumatra», 26 de febrero de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A.

[237] Stoler, *Capitalism..., op. cit.,* pp. 163-166; Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* pp. 243-245.

[238] Agregado militar de la República Federal Alemana, informe del 8 de enero de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A.

[239] Fein, «Revolutionary...», *op. cit.,* p. 805, se refiere a esto en términos de «separaciones».

[240] Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* 177; Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 272. En Lombok, la memoria popular registra a 50 000 víctimas; musulmanes sasaks atacaron a los comunistas y a las élites balinesa y china: Cribb, «Introduction...», *op. cit.,* p. 25.

[241] Utrecht, «Class struggle...», *op. cit.,* pp. 278 y 280.

[242] Challis, *Shadow..., op. cit.,* p. 107.

[243] Para 1959 a 1974, véase J. A. C. Mackie, «Anti-Chinese Outbreaks in Indonesia, 1959-1968», en Mackie (comp.), *The Chinese in Indonesia*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1976, pp. 77-138.

[244] Seymour Topping, «Violence and Bias Buffet the Chinese Alien in Southeast Asia», *New York Times,* 24 de abril de 1966, p. 9.

[245] Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* esp. pp. 5 y 31-41; Mackie, «Outbreaks...», *op. cit.,* pp. 129-131, y los expedientes PA AA, IB5, 81, vol. 198, y PA AA, MfAA, A 16165.

[246] Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* pp. 43-51; Mackie, «Outbreaks...», *op. cit.,* pp. 82-110; Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 109; Consulado de los Estados Unidos en Medan, «Fearful Mind of the Chinese in Java Pushes Them Leftwards», comienzos de septiembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON 7/1/65.

[247] Nota de la Embajada de China en Indonesia, 11 de abril de 1966, versión Hsinhua (copia), PA AA, IB5, 81, vol. 198, nota de la Embajada de China en Indonesia, 4 de noviembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 255. Parte de lo que sigue se funda en una serie de tales notas de protesta por la Embajada de China en Yakarta basada en fuentes detalladas y bien informadas.

[248] «Thursday-25.11.1965», nota acerca de la transmisión de Radio Peking del 24 de noviembre, citando la nota diplomática de la Embajada de China en Indonesia, PA AA, IB5, 81, vol. 198; Embajada de los Estados Unidos, Joint Weeka, núm. 43, 30 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2309, POL 2-1 INDON; Embajada de los Estados Unidos, telegrama del 20 de diciembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2317, POL 23-29 INDON, 12/1/65. Para Medan, nota por la Embajada de China en Yakarta, 18 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 255.

[249] Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* p. 58.

[250] «Further Notes on the Problem of the Indonesian Chinese», 28 de octubre de 1966, ANA, 3034/2/5/1, parte 3, p. 122; Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* pp. 60 y 61; para Aceh, véase también Anderson, «Introduction...», *op. cit.,* p. 18; «Political Killings in

Indonesia», julio de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 15A, pp. 84 y 85; Mackie, «Outbreaks…», *op. cit.,* p. 117.

[251] Nota de la Embajada de China en Indonesia, 11 de abril de 1966 (copia), PA AA, IB5, 81, vol. 198.

[252] Jamie Davidson y Douglas Kammen, «Indonesia's Unknown War and the Lineages of Violence in West Kalimantan», *Indonesia,* núm. 73, abril de 2002, pp. 68, 72 y 73; «A visit to West Kalimantan 14th-20th November 1968», ANA 3034/2/6/5, p. 159 (para octubre de 1968, por lo menos 20 000 personas seguían viviendo en los campamentos, 14 000 habían salido de la provincia).

[253] Embajada de Australia en Yakarta, Savingram, núm. 28, 10 de junio de 1966, ANA 3034/2/2/2, parte 15, p. 69 (con base en una conversación con el procurador general, general de división Sugiharto); Kahin, *Rebellion…, op. cit.,* p. 244 (se refiere a observaciones de Oei Tjoe Tat, líder de Baperki y miembro de la Comisión Investigadora de Sukarno).

[254] Telegrama de la Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, 18 de octubre 1965, e informe Werz, 6 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 81, vol. 198; telegrama Green, 14 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/1-3, Embajada de Yakarta, Box 118, POL 23-29, 7-14 de octubre de 1965 (ciudades más pequeñas en el este de Java). Crouch, *The Army…, op. cit.,* p. 146, afirma que las manifestaciones antichinas comenzaron por el 7 de octubre.

[255] Arthur J. Dommen, «The Attempted Coup in Indonesia», *Chinese Quarterly,* núm. 25, enero-marzo de 1966, p. 151; Anderson y McVey, *Preliminary Analysis…, op. cit.,* p. 61; Shaplen, *Time…, op. cit.,* p. 150; nota por la Embajada de China en Yakarta, 27 de noviembre de 1965, PA AA IB5, 37, vol. 255.

[256] «Kurzzusammenfassung eines Naszabadsag-Korrespondenten über seine Reise nach Zentral-und Ostjava», PA AA, MfAA, A 16166, p. 114. Los pueblos y ciudades mencionados fueron Bandung, Bandjar, Purwokarto, Solo, Bojolali, Klaten, Yogyakarta, Semarang y Surabaya.

[257] Entrevista con Rahman Tolleng, ex estudiante activista, diciembre de 1980, en Raillon, *Les Étudiants…, op. cit.,* p. 306.

[258] Informe Werz, 6 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 81, vol. 198; *cf.* telegrama Green, 12 de noviembre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, POL 23-29, 10-19 de noviembre de 1965; para más casos: nota por la Embajada de China, 9 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 255.

[259] Nota por la Embajada de China en Indonesia, 20 de diciembre de 1965, PA AA, IB5, 81, vol. 198; segunda cita: Vittachi, *The Fall…, op. cit.,* p. 143; *cf.* Vickers, *Bali…, op. cit.,* pp. 171 y 172.

[260] Informe Heimsoeth, «Indonesisch-chinesische Beziehungen», 14 de abril de 1966, PA AA, IB5, 81, vol. 198; sus telegramas del 15 y el 18 de abril de 1966, PA AA, 37, IB5, vol. 255; Coppel, *Indonesian Chinese…, op. cit.,* pp. 66 y 67.

[261] Embajada de Australia en Yakarta, Savingram, núm. 62, 17 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 189; *cf.* telegrama Werz, 10 de noviembre de 1965, PA AA, IB5, 37, Nr. 169A.

[262] Telegrama Heimsoeth del 15 de abril de 1966, PA AA, 37, IB5, vol. 255; informe Heimsoeth, «Indonesisch-chinesische Beziehungen», 14 de abril de 1966, PA AA, IB5, 81, vol. 198; Charles Coppel, «Patterns of Chinese Political Activity in Indonesia», en Mackie, *Chinese..., op. cit.,* p. 64.

[263] Sheldon W. Simon, *The Broken Triangle: Peking, Djakarta and the PKI*, Johns Hopkins Press, Baltimore, 1969, p. 142; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Joint Weeka núm. 17, 29 de abril de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2309, POL 2-1, 1966 INDON; en general, Mackie, «Outbreaks...», *op. cit.,* pp. 115-128.

[264] Abundante material en ANA, 3034/2/5/I, parte 3, y PA AA, IB5, 81, vol. 198; Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* pp. 66-69, 92-93, 100-101, 159 y 160; Mackie, «Outbreaks...», *op. cit.,* pp. 116, 120, 233, n. 79.

[265] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Joint Weeka núm. 17, 29 de abril de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2309, POL 2-1 INDON 1966; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, *Biweekly Economic Review*, 30 de noviembre de 1965, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 115, E 2-2 1965.

[266] Consulado de los Estados Unidos en Medan, «Political Notes-September 1966», NARA, RG *59,* 250/7/2, Box 2308, POL 2 INDON, 1/1/66; «Einschatzung der illegalen Partindo», *ca*. agosto de 1966, PA AA, MfAA, A 16075, p. 124; Simon, *The Broken Triangle..., op. cit.,* p. 161; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 200 y 201; Inward Savingram, núm. 17, 14 de abril de 196 ANA, 3034/2/5/1, parte 3, p. 222.

[267] Véase Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Aerograma del 27 de abril de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2313, POL 15 INDON; Mackie, «Outbreaks...», *op. cit.,* p. 131.

[268] Varios informes en ANA, 3034/2/5/I, parte 3; Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* pp. 102-103 y 117-119.

[269] Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* p. 125; Ryter, «Youth...», *op. cit.,* p. 127; *cf.* Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* p. 58; «Position of the Chinese», fragmento, enero de 1967, ANA, 3034/2/5/I, parte 3, p. 177.

[270] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, 2 de marzo de 1971, PA AA, IB5, 81, vol. 198.

[271] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Unruhen in West-Kalimantan», 21 de noviembre de 1967, PA AA, IB5, 81, Nr. 208; «A Visit to West Kalimantan 14th-20th November 1968», ANA 3034/2/6/5, p. 159; Davidson y Kammen, «Indonesia's Unknown War...», *op. cit.,* pp. 56-87; Justus van der Kroef, «The Sarawak-Indonesian Border Insurgency», *Modern Asian Studies,* vol. 2, núm. 3, 1968, pp. 245-265; Somers Heidhues, «Kalimantan Barat...», *op. cit.,* pp. 241-246; Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* pp. 145-149.

[272] [Sydney Morning] *Herald,* 24 de abril de 1967, ANA, 3034/2/5/1, parte 3, p. 242; Van der Kroef, «Border Insurgency...», *op. cit.,* p. 255; Mackie, «Outbreaks...», *op. cit.,* pp. 96, 234, n. 90.

[273] Véanse también las ideas de Mackie, «Outbreaks...», *op. cit.,* p. 129.

[274] Miembros del Partai Katolik dieron en Kudus una lista de 200 baperki a los militares para su arresto, lista que constituía un «"quién es quién" de la comunidad empresarial de Kudus». Todos fueron interrogados. Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Martens, 10 diciembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 12 INDON, 10/1/65.

[275] Kampto Utomo, «Villages of Unplanned Resettlers in the Subdistrict Kaliredjo, Central Lampung», en Koentjaraningrat, *Villages..., op. cit.,* pp. 282 y 297. Por ejemplo, en el norte de Sumatra (con excepción de Aceh), de una población de 4.5 millones, 2.5 millones eran javaneses, en comparación con sólo dos millones de bataks y otros de origen regional: LR Dr. Hallier, «Politische Lagebeurteilung für Nordsumatra», 26 de febrero de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A.

[276] *Cf.* Budi Agustono, «Violence on North Sumatra's Plantations», en Colombijn y Lindblat, *Roots of Violence..., op. cit.,* esp. p. 134; Utomo, «Villages of Unplanned Resettlers...», *op. cit.,* pp. 282 y 297; Wertheim, «Indonesia Before and After...», *op. cit.,* p. 124.

[277] Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 244, *cf.* p. 249.

[278] Véase Elizabeth Fuller Collins, «Indonesia: A Violent Culture?», *Asian Survey,* vol. 42, núm. 4, 2002, p. 600; Cribb, *Historical Atlas..., op. cit.,* p. 170 («muchos miles» de muertos).

[279] Bowen, *Sumatran Politics..., op. cit.,* pp. 120 y 121.

[280] Wertheim, «Indonesia...», *op. cit.,* pp. 123 y 125.

[281] Por ejemplo, de 400 000 a 500 000 en la Sumatra Septentrional, según nota de Hallier (véase nota 275 de este capítulo); 747 000, de una población de 1.9 millones en el oeste de Kalimantan: «A Visit to West Kalimantan, 14th-20th November 1968», ANA, 3034/2/6/5, p. 163.

[282] Webb, «Sickle...», *op. cit.,* p. 97. Estas cinco religiones «monoteístas» incluían: islam, budismo, protestantismo, catolicismo y, extrañamente, hinduismo.

[283] Para Bali: Challis, *Shadow..., op. cit.,* p. 108; Leslie Dwyers y Degung Santikarma, «"When the World Turned to Chaos": 1965 and Its Aftermath in Bali, Indonesia», en Robert Gellately y Ben Kiernan (comps.), *The Spectre of Genocide*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 302. *Cf.* Cribb, «Introduction...», *op. cit.,* pp. 24 y 25. Véase Farram, «Revolution...», *op. cit.,* pp. 35 y 36.

[284] Van der Kroef, «Indonesian Communism...», *op. cit.,* p. 40; Conboy, *Kopassus..., op. cit.,* p. 170.

[285] Hefner, *The Political Economy of Mountain Java..., op. cit.,* esp. pp. 210 y 211. Por contraste, Margolin, «Indonésie 1965...», *op. cit.,* p. 82, señala la persecución de los hindúes en el oriente de Java, pero sin presentar pruebas.

[286] Cribb, «Genocide...», *op. cit.,* p. 227; Dwyer, «Intimacy...», *op. cit.,* pp. 6-8.

[287] Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* pp. 12 y 13; J. M. Starey, «Notes on Anti-PKI Measures in Nusa Tengarra», 25 de febrero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 11, p. 67; Vickers, *Bali..., op. cit.,* p. 171.

[288] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 186, con referencia a Adam Malik; CIA, Office of National Estimates; memorándum, «The Outlook for Indonesia», 2 de marzo de

1966, NARA, base de datos de la CIA.

[289] Consulado de los Estados Unidos en Medan, 18 de noviembre de 1965, NARA, RG 84, 630/14/50/2-3, POL 23-29, 10-19 de noviembre.

[290] Consulado británico en Medan, 30 de marzo de 1966, citado en Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 244; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, núm. 52, 22 de octubre de 1965, ANA, 3107/40/106, parte 13, p. 131; Bowen, *Sumatran Politics..., op. cit.,* p. 121; Dwyer, «Intimacy...», *op. cit.,* pp. 4 y 5; informe de testigos presenciales «By the Banks of River Brantas», en Totten *et al., Century..., op. cit.,* p. 252; «*The Age*», Melbourne, 13 de septiembre de 1966, ANA, 3034/2/2/2, parte 15, p. 135.

[291] Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 103; Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* pp. 73-74 y 78; Robert Cribb, «The Indonesian Massacres», en Totten *et al., Century..., op. cit.,* p. 241.

[292] Robert Cribb, «Unresolved Problems in the Indonesian Killings of 1965-66», *Asian Survey,* vol. 42, núm. 4, 2002, pp. 554 y 555 (Cribb se equivoca si afirma una «falta de evidencia así fuera anecdótica de tales deseos de venganza»).

[293] En este sentido, la violencia política incluiría motivaciones religiosas, étnicas y económicas.

[294] Die Verfechter des Kommandos des Präsidenten, «Stellt Gerechtigkeit and Wahrheit wieder her!» (volante pro Sukarno, comienzos de diciembre de 1965), BA, DY 30 IVA2/20/671; entrevista con Ulrich Makosch, 7 de noviembre de 2005; Rocamora, «Political Participation...», *op. cit.,* p. 143; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 13 de julio de 1966, NARA, RG59, 250/7/2, Box 2316, POL 23. PSI: Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* pp. 228-230.

[295] Citado siguiendo información de un corresponsal de ADN en Yakarta, 20 de julio de 1966, PA AA, MfAA, A 16075, pp. 110 y 111.

[296] Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, 30 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2317, POL 23-28; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, telegrama, 6 de enero de 1966, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 124, POL 18 centro y este de Java.

[297] Bowen, *Sumatran Politics..., op. cit.,* pp. 118, 120 y 121; Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 245.

[298] Consulado de los Estados Unidos en Medan, 12 de diciembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2317, POL 23-29, 12-1-65.

[299] Citado siguiendo a Warner, «"Bloody Liquidation"...», *op. cit.*

[300] Embajada de Australia en Yakarta, Savingram, núm. 64, 23 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1, parte 48, p. 222; *cf.* las ideas de Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* pp. 64, 244, n. 13.

[301] Las siguientes fases de la violencia de masas no pueden analizarse aquí en detalle. En un nivel inferior, los asesinatos continuaron hasta mediados de 1966; los crímenes abiertos se redujeron en 1969 al cesar la guerra de guerrillas. El transporte de prisioneros a la isla de Buru marcó la «cola» de este periodo (Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* p. 133). La liberación de la mayoría de los presos de Buru en 1979 —bajo presión de Amnistía Internacional y de algunos periodistas extranjeros— terminó la fase de detención en masa, durante la cual

cientos siguieron muriendo en condiciones miserables en prisiones y campos de concentración. Para entonces, se habían estabilizado las condiciones económicas y el régimen de Suharto.

[302] Telegrama confidencial Green, 27 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2318, POL 23-29 INDON, 11/1/65. Los precios de la gasolina y del transporte habían aumentado el 22 de noviembre: Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* p. 229.

[303] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, telegrama del 11 de enero e informes del 13 de enero y 12 de mayo de 1966, PA AA, IB5, 37, vol. 255.

[304] Varios informes en ANA, 752/2/2, parte 5, pp. 13, 27, 37, 53-54, 98 y 99, en 3107/40/106, parte 13, pp. 227 y 228, y NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 115, E 2-2, 1965.

[305] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 203.

[306] Ratih, «Soeharto's New Order...», *op. cit.,* pp. 22 y 32; informe del corresponsal de ADN en Jakarta, 21 de octubre de 1965, BA, DY 30 IV A2/2.0/671.

[307] Masashi Nishihara, *The Japanese and Sukarno's Indonesia: Tokyo-Jakarta Relations 1951-1966*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1976, p. 201 (*cf.* pp. 195 y 196).

[308] Citado en el cablegrama secreto de la Embajada de Australia en Yakarta, 4 de enero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 8, p. 243.

[309] Weekly Political Savingram, núm. 2, 14 de enero de 1966, ANA 3034/2/I, parte 48, pp. 245 y 246; Elson, *Suharto..., op. cit.,* pp. 130-134.

[310] Para Bali, una historia local afirma que después del 1º de enero de 1966 cesaron las «acciones en masa» contra los comunistas y que los militares pusieron «orden en los métodos empleados»: citado siguiendo a Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 297.

[311] Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, «The NU Star Declines», 21 de marzo de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON, 1/1/66; Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, telegramas del 30 de noviembre, el 10 y el 28 de diciembre de 1965, Box 2316, POL 23-28 INDON, 9/1/65; «Additional Data», en Cribb, *The Indonesian Killings..., op. cit.,* pp. 174, 176. Para una secuencia local de violencia desenfrenada puesta luego bajo control, Hefner, *The Political Economy..., op. cit.,* p. 210, quien también afirmó que «la mayor porción» de los asesinatos ya había pasado a finales de diciembre (Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* p. 64). Stanley Karnow afirmó que tales llamados fueron «en gran parte desoídos» y que los asesinatos continuaron hasta febrero: «Mazz Frenzy...», *op. cit.,* p. 121. Un portavoz de Ansor dijo que los asesinatos duraron «desde octubre hasta enero»: Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 159. Para Bali, J. M. Starey, «Notes on Anti-PKI Measures in Nusa Tengarra», 15 de febrero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 11, p. 68.

[312] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta (Masters), «Sukarno Lies to Subchan», 21 de enero de 1966, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 15-1 INDON, 1/1/66 (basado en una reunión con «un líder masjumi del segundo escalón» H. Susidy). *Cf.* Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, 7 de enero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 9, p. 16. Posiblemente el segundo presidente del NU, Sjaichu, había sido enviado en una misión similar al este de Java, pero antes pidió «liquidar a todos los comunistas»: telegrama del Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, 30 de noviembre y 6 de diciembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, POL 23-29 INDON, 12-1-65.

[313] Informe del 3 de enero de 1966 citado siguiendo a Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 243; Cribb, «Introduction...», *op. cit.,* p. 27.

[314] Consulado de los Estados Unidos, «Medan Bi-Weekly Roundup of Events», 19 de enero a 1º de febrero, 2 de febrero de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2308; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, núm. 10, 25 de febrero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 10, p. 299.

[315] Copia de un documento secreto, sin fecha, del Ministerio Australiano de Asuntos Extranjeros, sin título, en el que se resumía la violencia, ANA 3034/2/1/8, parte 15, p. 35 («El periodo de mayor violencia parece haber sucedido entre noviembre [1965] y enero [1966], pero asesinatos en menor escala parecen haber continuado hasta hace muy poco»); Información del corresponsal de ADN en Jakarta, 10 de febrero de 1966, PA AA, MfAA, A 16166, p. 204 («la oleada de asesinatos y la cacería de comunistas han terminado»); Michael van Langenberg, «Gestapu and State Power in Indonesia», en Cribb, *The Indonesian Killings..., op. cit.,* p. 51, n. 12.

[316] Conboy*, Kopassus..., op. cit.,* pp. 149 y 150; *Canberra Times,* 5 de enero de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 8, p. 266; centro de Java: «Crushing the G30S/PKI», *op. cit.,* p. 166. *Cf.* para una retirada de Bojolali, a finales de enero, Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* p. 14.

[317] Embajada de Australia en Yakarta, «KAMI Economic Seminar», 10 de febrero de 1966, ANA 752/2, parte 17, pp. 176-185; Embajada de Australia en Yakarta, Weekly Political Savingram, núm. 2, 14 de enero de 1966, ANA 3034/2/I, parte 48, pp. 245 y 246; CIA, *Indonesia..., op. cit.,* p. 95, n. Elson, *Suharto..., op. cit.,* pp. 130 y 134; May, *The Indonesian Tragedy..., op. cit.,* p. 133; Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* p. 230; Penders y Sundhaussen, *Nasution..., op. cit.,* p. 195; Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 179.

[318] Embajada de la República Federal de Alemania, informes del 11 de enero y el 3 de marzo de 1966 (dos veces), PA AA, 37, IB5, vol. 255; Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* pp. 230-234.

[319] Se publicaron framentos del informe en *Angkatan Bersendjata* que, según un diplomático de Alemania Oriental, estaba controlada por el general Nasution, pero se dijo que el informe había sido enviado por el general Sukendro. Éste, feroz adversario de Sukarno, no pensaba dañar la reputación del RPKAD. Consulado General de la República Democrática Alemana, «Zur Lage in den indonesischen Streitkräften», 4 de marzo de 1966, PA AA, MfAA, Nr. 16175 («El informe desacreditaba a los verdugos de Soeharto de las unidades de RPKAD que habían actuado a la manera de los SS en el centro de Java y en Bali»).

[320] Conboy, *Kopassus..., op. cit.,* pp. 150-153; Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 233-234 y 245-246; Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 127.

[321] Inward Savingram, núm. 6, 4 de febrero de 1966, ANA 3034/2/2/5, parte 1, p. 77.

[322] Göckeritz al Consejo Central de FDJ, Departamento de Relaciones Internacionales, 8 de febrero de 1966, PA AA, MfAA, Nr. 16184, p. 44.

[323] Telegrama Green, 28 de octubre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON, 10/1/65.

[324] Informe Masters, «Djakarta Conversation», 25 de febrero de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 122, expediente sin marca [Pol Aff & Rel INDO 1966]; Shaplen, *Time..., op. cit.*, p. 150; Thürk y Weidemann, *Indonesien '65..., op. cit.,* p. 283; Consulado de los Estados Unidos en Surabaya, 8 y 16 de diciembre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 1º-31 de diciembre.

[325] Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 242; CIA, *Indonesia..., op. cit.,* p. 63.

[326] Memorándum de la conversación de Martens con Robert Hewitt, periodista, 15 de noviembre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, Box 118, POL 23-29, 20-30 de noviembre; Marni, «I Am a Leaf...», *op. cit.,* p. 56; Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* p. VIII.

[327] Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 248.

[328] Marni, «I Am a Leaf...», *op. cit.,* pp. 56 y 57.

[329] Para la sensación de ser traicionados por miembros de baja categoría del PKI en Cirebon, al occidente de Java: Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram núm. 52, 15 de octubre de 1965, 3034/2/1, parte 48, p. 41.

[330] Embajada de Australia en Yakarta, Savingram, 15 de octubre de 1965, ANA 3034/2/1, parte 48, p. 23 (Savingram núm. 62, 17 de diciembre de 1965, p. 192, mencionando a Malang, en el este de Java, y este de Kalimantan, y núm. 59, 25 de noviembre, p. 168); informes de la UPI del 21 y 22 de octubre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 3, pp. 195 y 205; telegrama Werz, 22 y dos veces el 27 de octubre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A (también menciona al norte de Sulawesi); Consulado general de la República Democrática Alemana, «Zu den Ereignissen im Zusammenhang mit der Bewegung des 30. September», 30 de octubre de 1965 [el documento pudo ser escrito desde el 3 de noviembre], PA AA, MfAA, A 16166, p. 64. Cita: Brackman, *Indonesia..., op. cit.,* p. 30; véase Sundhaussen, *Road..., op. cit.,* pp. 216 y 217.

[331] Bayerlacher al Comité Central del SED, 1º de noviembre de 1965, BA, DY 30 IVA2/20/668; Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* p. 391.

[332] Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 244, basado en registros del consulado británico en Medan.

[333] Embajada de la República Federal Alemana (Werz), informe del 6 de diciembre de 1965, «Chinesen in Indonesien; Probleme einer Minderheit», PA AA, IB5, 81, vol. 207; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, núm. 66, 7 de enero de 1966, ANA 752/2, parte 17, p. 127.

[334] Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* p. 179; Farid, «Indonesia's Original Sin...», *op. cit.,* pp. 8 y 9; «ABC News 12:30 PM», 11 de noviembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 5, p. 216.

[335] Dewa, «The Mass Killings in Bali», en Cribb, *The Indonesian Killings..., op. cit.,* p. 260; Simon, *The Broken Triangle..., op. cit.,* p. 153; Brackman, *The Communist Collapse..., op. cit.,* p. 130.

[336] Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* pp. 40-41, 78, 82, 87 y 139; *cf.* Wieringa, *Sexual Politics..., op. cit.,* pp. 9-15; Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* p. 391.

[337] «Indonesien "begeht auf seine Art" das Internationale Jahr der Frau», BA, DY 34, Nr. 11466; Pohlman, «Fragment...», *op. cit.,* p. 4. El Instituto Indonesio Sulami para el

Estudio de la Masacre de 1965-1966, fundado junto con otros al término de la época de Suharto, también incluyó apoyo social para miles de sobrevivientes.

[338] Telegrama Werz, 29 de octubre de 1965, PA AA, 37, IB5, vol. 169A; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, núm. 58, 19 de noviembre de 1965, 3034/2/1I, parte 48, p. 150; «An appeal by the SOBSI», Praga, 24 de diciembre de 1965, BA, DY 34, vol. 11466.

[339] Warren, *Adat..., op. cit.,* pp. 110 y 111.

[340] Pero existen pocas pruebas concretas: John T. Sidel, «Riots, Church Burnings, Conspiracies: The Moral Economy of the Indonesian Crowd in the Late Twentieth Century», en Wessel y Wimhöfer, *Violence..., op. cit.,* p. 52.

[341] Sulistyo, «Years...», *op. cit.,* p. 212.

[342] Marni, «I Am a Leaf...», *op. cit.,* p. 55 (la policía de Yakarta tomó bajo su custodia a izquierdistas para protegerlos de ataques de la chusma); Feillard, *Islam..., op. cit.,* p. 66 (un imán prohibió matar a los comunistas que se habían convertido al islam); Agustono, «Violence...», *op. cit.,* p. 135 (un funcionario del PNI local en el norte de Sumatra ayudó a los izquierdistas, por dinero). Nasrir, ex presidente de Masyumi, trató de detener la matanza con mensajes enviados desde la prisión: Brackman, *The Communist Collapse..., op. cit.,* p. 118.

[343] Marni, «I Am a Leaf...», *op. cit.,* pp. 56 y 57.

[344] Cribb, «The Indonesian Massacres...», *op. cit.,* p. 245; Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Aufbrechen religiöser Gegensätze in Indonesien», PA AA, IB5, 81, Nr. 208; «Spannungen zwischen Christen and Moslems Indonesiens», Deutsche Industrie-Zeitung, 5.6.1968, BA, DY 30 IVA2/20/672. El hinduismo fue declarado religión monoteísta en Indonesia.

[345] «Survival: Bu Yeti's Story», en Cribb, *The Indonesian Killings..., op. cit.,* pp. 227-239, es instructivo a este respecto. Se dijo que 40% de los presos en la isla de Buru se habían vuelto cristianos: May, *The Indonesian Tragedy..., op. cit.,* p. 33.

[346] Coppel, *Indonesian Chinese..., op. cit.,* pp. 108 y 109; Darmaputera, *Pancasila..., op. cit.,* p. 84; Farram, «Revolution...», *op. cit.,* p. 45.

[347] Fragmento «The Chinese», s. f. (después del 29 de diciembre de 1966), ANA 3034/2/5/1, parte 3, p. 169; Gerdin, *Unknown Balinese..., op. cit.,* pp. 40 y 41. Para Yogyakarta, donde otros 7 000 se volvieron hindúes: Robert Hefner, «Hindu Reform in an Islamizing Java: Pluralism and Peril», en Martin Ramstedt (comp.), *Hinduism in Modern Indonesia,* Routledge Curzon, Londres y Nueva York, 2004, p. 99.

[348] Feillard, *Islam..., op. cit.,* p. 66; Young, «Local...», *op. cit.,* p. 83; Shaplen, *Time..., op. cit.,* p. 124 (para los templos hindúes).

[349] Autocrítica del PKI de septiembre de 1966, en Feith y Castles, *Indonesian Political Thinking..., op. cit.,* p. 279; Mortimer, *Indonesian Communism..., op. cit.,* pp. 152-164.

[350] Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 96.

[351] Marni, «I Am a Leaf...», *op. cit.,* p. 56; *cf.* Wertheim, «Whose Plot?...», *op. cit.,* p. 202; Crouch, *The Army..., op. cit.,* p. 145.

[352] Sudjatmiko, «The Destruction...», *op. cit.,* pp. 43, 180.

[353] Comité de Acción para el apoyo al PKI, «Der Herausforderung mit den 5 Prinzipien der Revolution begegnen», 20 de noviembre de 1965, BA, DY 30/ IVA2/20/1051; entrevista a Njoto, *Asashi Evening News,* 2 de diciembre de 1965, ANA, 3034/2/1/8, parte 7, p. 75; telegrama Green, 20 de noviembre, 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON, 10-1-65; telegrama de Bayerlacher (copia), 4 de enero de 1966, acerca de una reunión con el miembro del Comité Central del PKI, Amir, el 28 de diciembre, BA, DY 30/ IVA2/20/668; información por el corresponsal de ADN en Yakarta, 3 de mayo de 1966, PA AA, MfAA, A 16075, pp. 46-48.

[354] Informe por corresponsal de ADN en Yakarta, 20 de julio de 1966, PA AA, MfAA, A 16075, p. 113; Mozingo, *Chinese Policy…, op. cit.,* p. 255 (para el grupo Beijing del PKI); Van der Kroef, «Indonesian communism…», *op. cit.*

[355] Schlereth y Bintang, *Indonesien…, op. cit.,* pp. 237-251; May, *The Indonesian Tragedy…, op. cit.,* pp. 203-205; Van der Kroef, «Border Insurgency…», *op. cit.;* Van der Kroef, «Indonesian Communism…», *op. cit.,* pp. 51-54; Maskun Iskandar, «Purwodadi: Area of Death», en Cribb, *The Indonesian Killings…, op. cit.,* pp. 203-211; Conboy, *Kopassus…, op. cit.,* pp. 172-174; «Probleme der inneren Sicherheit Indonesiens», *Neue Zürcher Zeitung,* 8 de septiembre de 1968, BA, DY 30 IVA2/20/672; informe del corresponsal de ADN en Yakarta, octubre de 1968, BA, DY 30 IVA2/20/672.

[356] Van der Kroef, «Indonesian Communism…», *op. cit.,* pp. 36 y 42; Brackman, *The Communist Collapse…, op. cit.,* p. 168.

[357] Comité Central del SED, Departamento de Relaciones Internacionales, 11 de marzo de 1970, BA, DY 30 IVA2/20/1052. Cita: «To the Central Committees of Communist and Workers Parties» (firmado: Djowirio y Suiono), mayo de 1971, BA, DY 30 IVA2/20/1052.

[358] Véase Frederick Bunnell, «American "Low Posture" Policy Toward Indonesia in the Months Leading up to the 1965 "Coup"», *Indonesia,* núm. 50, 1990, pp. 29-60; amplia evidencia en FRUS, 1964-1968, vol. XXVI.

[359] Memorándum de la CIA, junio de 1962, citado en William Blum, *The CIA: A Forgotten History*, Zed, Londres y New Jersey, 1986, p. 219. El oficial de la CIA añadió: «No está claro, para mí, si la palabra liquidar significa asesinar o derrocar». Telegrama confidencial de Rusk a embajadas de los Estados Unidos en Yakarta y Kuala Lumpur, 24 de julio de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3 Embajada de Yakarta, Box 116, DEF 19-8 1965.

[360] Holt, tal como fue citado por el *New York Times,* 6 de julio de 1966, citado en Noam Chomsky y Edward Herman, *The Washington Connection and Third World Fascism*, South End Press, Boston, 1979, p. 217 [edición en español: *Washington y el fascismo del Tercer Mundo*, trad. de Rosa Molina, Siglo XXI, México, 1981]; Luns a Rusk, 6 de abril de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 13, INDON, 1/1/64.

[361] «US says few reds remain in Indonesia», *New York Times,* 5 de junio de 1966, p. 5.

[362] Gilchrist, citado según Curtis, «Democratic Genocide», *Weekas,* núm. 42. Para 20 a 27 de octubre, 6 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2. Box 2309, POL 2-1 Joint Weekas INDON; telegrama Werz, 5 de noviembre de 1965, PA AA, 37, IB5, vol. 169A.

[363] «Indonesia: Possible Future Developments», s. f., ANA, 3034/2/2/8, parte 2, pp. 190-192.

[364] Citado siguiendo a Dennis Warner, «"Bloody Liquidation" of Indonesia's PKI», *Sydney Morning Herald,* 15 de junio de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 14, p. 316.

[365] Chomsky y Herman, *Washington Connection..., op. cit.,* p. 215. Para Kennedy, *cf.* Bunnell, «American "Low Posture"...», *op. cit.,* p. 60; para Australia, véase Scott Burchill, «Absolving the Dictator», *Journal of Contemporary Analysis,* vol. 73, núm. 3, 2001, http://scottburchill.net/absolving.html (consulta: 16 diciembre de 2005).

[366] Para Gran Bretaña: Curtis, «Democratic Genocide...», *op. cit.* Para Australia, R. A. Woolcott, «Indonesian situation-Radio Australia», 12 de octubre de 1965; «Quatripartite *[sic]* Discussions on Indonesia; Brief for Australian Delegation» (s. f., a mediados de noviembre de 1965); Jockel a Shann, 15 de octubre de 1965, todo ello en ANA, 3034/2/1/8, parte 2, pp. 61, 244, 286 y 287; ANA, 3034/2/1/8, parte 1, pp. 261 y 357 (6 y 10 de octubre); parte 3, pp. 150-154, 161 y 320, especialmente D. Hay, «For Minister», pp. 46 y 47 (cita); parte 4, p. 110; cablegrama del 5 de noviembre de 1965, parte 5, p. 141 (Shann cita). Para Green, *cf.* telegrama núm. 120A, 3 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, embajada en Yakarta, Box 118, POL 23-29, 1-3 de octubre de 1965; telegramas núms. 178A y 179A del 5 de octubre 10:25 y 10:45, misma caja, POL 23-29, 4-6 de octubre (Green cita también a FRUS, 1964-1968, vol. 26, p. 307); Robinson, *The Dark Side..., op. cit.,* p. 283, n. 23; cita según Kolko, *Confronting..., op. cit.,* p. 180; Brands, «The Limits...», *op. cit.,* p. 802. Green había tratado de influir sobre la *Voz de América* informando sobre Indonesia desde agosto de 1965 a más tardar: Bunnell, «American "Low Posture"...», *op. cit.,* p. 53. Months: Memorándum para el Consejo de Seguridad Nacional, 23 de febrero de 1965, FRUS, 1964-1968, vol. 26, pp. 234-237. Para la CIA, Gehee (ex funcionario de la CIA), «The Indonesian massacres...», *op. cit.*; Budiardjo, «Indonesia...», *op. cit.,* p. 190; Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 14; Peter Dale Scott, «The United States and the Overthrow of Sukarno, 1965-1967», *Pacific Affairs,* vol. 58, núm. 2, verano de 1985, pp. 257-261. Para una evaluación similar a la de este autor, Cribb, «Genocide...», *op. cit.,* pp. 238 y 239, n. 26. En CIA, *Indonesia,* no se menciona el papel de la CIA.

[367] Challis, *Shadow..., op. cit.,* pp. 94-95 y 99-103.

[368] «Quatripartite *[sic]* Discussions on Indonesia; Brief for Australian Delegation» (s. f., mediados de noviembre de 1965), ANA 3034/2/1/8, parte 2, pp. 286-303.

[369] David Easter, «"Keep the Indonesian Pot Boiling": Western Covert Intervention in Indonesia, October 1965-March 1966», *Cold War History,* vol. 5, núm. 1, febrero de 2005, pp. 63 y 64.

[370] *Ibid.,* p. 68.

[371] Samantha Power, *A Problem from Hell: America and the Age of Genocide*, HarperPerennial, Nueva York, 2003 [edición en español: *Problema infernal: Estados Unidos en la era del genocidio*, trad. de Alasdair Lean, Fondo de Cultura Económica, México, 2005].

[372] Correspondencia supersecreta del 8 al 19 de octubre de 1965 en ANA, TS 383/6/1, parte 8, pp. 114-123; *cf.* 3034/2/1/8, parte 4, 137A, pp. 270-275 y 307; Curtis, «Democratic Genocide...», *op. cit.,* Challis, *Shadow..., op. cit.,* p. 107; telegrama secreto del Departamento de Estado a la Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 11 de noviembre

de1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2326, Pol.-Political Affairs and religion INDON-UK, 1/1/64. Para Idris, véase Hughes, *Indonesian Upheaval, op. cit.,* pp. 141 y 142.

373 Telegrama secreto de Green al Departamento de Estado, 14 de octubre de 1965, FRUS, 1964-1968, vol. 26, p. 321. *Cf.* telegrama Bell, Embajada de los Estados Unidos en Kuala Lumpur, 25 de octubre de 1965, NARA, RG59, 250/7/2, Box 2325, POL 32-I INDON Malaysia, 5/1/65. Para enero de 1965, véase Bunnell, «American "Low Posture"...», *op. cit.,* pp. 34-36.

374 Challis, *Shadow..., op. cit.,* p. 113, n. 23.

375 Kathy Kadane, «Ex Agents Say CIA Compiled Death Lists for Indonesians», *San Francisco Examiner,* 20 de mayo de 1990, www.namebase.org/kadane.html (consulta: 26 de enero de 2006); nota de los comps. en FRUS, 1964-1968, vol. 26, pp. 386 y ss.; *aerograma* secreto Green, 10 de agosto de 1966 (copia expurgada por la CIA), NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 12 INDON, 5-1-66. Índice de tarjeta: Richard Cabot Howland, «Lessons of the September 30 Affair», *Studies in Intelligence,* vol. 14, núm. 2, 1970, p. 17, NARA, base de datos CIA.

376 Kahin, *Rebellion..., op. cit.,* p. 243; Wieringa, *Sexual Politics..., op. cit.,* p. 300, cita a una mujer indonesia cuyo esposo estadunidense —administrador de una plantación cerca de Madiun, en el centro de Java— era miembro de un equipo que envió 300 personas a la muerte; Gavi, *Konterrevolution..., op. cit.,* p. 39. Véanse telegramas de la Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 30 de octubre y 1º de noviembre de 1965: NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, POL 23-29, Box 117, 15-19 de octubre de 1965 y Box 118, 1º-9 de noviembre, respectivamente; Consulado de los Estados Unidos en Medan, 27 de noviembre de 1965, misma caja, 20-30 de noviembre.

377 Los países socialistas suspendieron su cooperación militar debido a la persecución anticomunista, y los adversarios en el enfrentamiento, como Gran Bretaña y Australia, tampoco participaron.

378 Bunnell, «American "Low Posture"...», *op. cit.,* pp. 59 y 60, citando el telegrama de la Embajada de los Estados Unidos del 5 de noviembre de 1965 (primera cita) y refiriéndose a una entrevista con el general Sukendro. Véase también Kolko, *Confronting..., op. cit.,* p. 181 (segunda cita), y Gardner, *Shared Hopes..., op. cit.,* p. 227.

379 Telegrama Green al Departamento de Estado, 2 de diciembre de 1965, en FRUS, 1964-1968, vol. 26, p. 379; *cf.* Friend, *Indonesian Destinies..., op. cit.,* pp. 118 y 119.

380 Scott, «The United States...», *op. cit.,* p. 244, n. 27.

381 «Part II: Later Developments in Indonesian Situation», 5 de diciembre de 1965, refiriéndose a un subordinado de Nasution, con carta de Friedrich Hayek del 17 de julio de 1966, PA AA, 37, IB5, vol. 255. Helmi había salido ya de Indonesia el 1º de diciembre de 1965.

382 Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, 28 de enero de 1966, ANA 3034/2/1/8, parte 10, p. 125.

383 Bayerlacher al Ministerio del Exterior de la República Democrática Alemana, 5 de noviembre de 1965, PA AA, MfAA, A 16166, p. 103.

[384] Están documentadas las dudas —pero no la intervención— del embajador de la Alemania Occidental acerca de la futura reintegración social de entre 150 000 y 200 000 arrestados, sospechosos del PKI, y de personas que habían perdido sus empleos, específicamente miembros de sindicatos, así como las repercusiones políticas para el ejército: Embajada de la República Federal Alemana en Yakarta, «Ungelöste Probleme Indonesiens und die politische Zukunft der Armee», 22 de noviembre de 1965, PA AA, IB5, 37, vol. 169A.

[385] Informe del correspondal de ADN en Yakarta, 13 de julio de 1966 (copia), BA, DY 30/IVA2/20/671; Embajada de los Estados Unidos en Jakarta, 19 de diciembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2308, POL 2 INDON, 1/1/66.

[386] Simon, *The Broken Triangle..., op. cit.,* pp. 126-128.

[387] *Ibid.,* pp. 118 y 125-140; Mozingo, *Chinese Policy,..., op. cit.,* pp. 234 y 248. Finalmente, en 1967 se rompieron las relaciones diplomáticas.

[388] Véase la traducción al alemán de un artículo de *Pravda* del 26 de diciembre de 1965, así como un informe acerca del número de febrero de «Tanah Air» para indonesios en el extranjero, abril de 1966, PA AA, 37, IB5, vol. 255; entrevista con Ulrich Makosch, por entonces corresponsal de la República Democrática Alemana-TV en Jakarta, 7 de noviembre de 2005; Ministerio del Exterior de la República Democrática Alemana, Departamento para el Sur y el Sudeste de Asia, «Beziehungen DDR-Indonesien», 31 de enero de 1967, PA, AA, MFAA, C 774/70, pp. 45 y 46, 2. AEA, Sektion Indonesien, «Die Lage in Indonesien und die Haltung der DDR», 4 de noviembre de 1965, MfAA A 16073, pp. 69-71 («fortalecer relaciones normalmente»).

[389] Ragna Boden, «The Gestapu, Events of 1965 in Indonesia: New Evidence from Russian and German Archives», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde,* vol. 163, núm. 4, 2007, p. 514.

[390] Arnold Brackman, «Foreign Help for the Reds in Indonesia» (traducción al alemán), *Straits Times,* Singapur, 17 de julio de 1972, BA, DY 30/IVB2/20/282; telegrama Green del 13 de septiembre de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 12 INDON, 5-1-66, entre 200 000 y 300 000 cartas recibidas por autoridades y periódicos polacos, según el embajador de Polonia en Yakarta; telegrama Green del 15 de octubre de 1965, NARA, RG 84, 631/14/50/2-3, embajada en Yakarta, Box 118, INDON 23-9, 15-19 de octubre de 1965.

[391] Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, «Flaute in Indonesien», 10 de febrero de 1966, PA AA, 37, IB5, vol. 255. Similar «Division heads meeting», Ministerio del Exterior de Australia, 1º de junio de 1966, ANA 3034/2/1/8, parte 14, p. 158.

[392] Robert Elegant, «Indonesia comeback», *Bulletin/Australian Financial Times*, 6 de agosto de 1966, BA, DY 30 IVA2/20/671; Federspiel, citado a partir de Simons, *Indonesia..., op. cit.,* p. 180.

[393] El nombre de Green también se ha citado en relación con un fallido golpe de Estado en Corea del Sur en 1961, pero su papel allí ha sido discutido: Gardner, *Shared Hopes..., op. cit.,* p. 209.

[394] Citado según Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 16.

[395] Chomsky y Herman, *Washington Connection..., op. cit.,* p. 403, n. 5; Scott, «The United States...», *op. cit.,* p. 259.

[396] Evans, «The Influence...», *op. cit.,* pp. 25-48; David Ransom, «Ford Country: Building an Elite for Indonesia», en Steve Weissman *et al.* (comps.), *The Trojan Horse: A Radical View at Foreign Aid*, Ramparts, Palo Alto, 1975, pp. 93-116.

[397] Embajada de República Democrática Alemana en Moscú, Departamento Político, «Information über den Besuch des indonesischen Auβenministers Malik in der Sowjetunion», 26 de octubre de 1966, BA, DY30/ IVA2/20/671. La Unión Soviética era el mayor acreedor de Indonesia, con cerca de 1 000 millones de dólares, equivalentes a 40% de la deuda externa de Indonesia.

[398] Malik (1917-1984), quien salió del Partido Murba en 1966, fue ministro del Exterior de Indonesia de 1966 a 1977, y vicepresidente de 1977 a 1983. Otro ejemplo de la indiferencia de la ONU es que en Soemardjan, *Indonesia: A Socio-Economic Profile,* publicación financiada por la UNESCO en 1988 y que apareció en una serie patrocinada por la UNESCO, no se mencionaron siquiera los asesinatos de 1965.

[399] Ejemplos mencionados en Budiardjo, *Surviving..., op. cit.,* pp. 28-32; informe del corresponsal de ADN en Yakarta, 4 de noviembre de 1965, BA, DY 30 IVA2/20/671.

[400] Para la trama de Suharto con los militares, véase Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 229-232.

[401] Consulado general de República Democrática Alemana, informe del 4 de mayo de 1966, PA AA, MfAA, A 16075, pp. 57-59; varios informes de 1967 en BA, DY 30 IVA2/20/672.

[402] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, aerograma del 5 de noviembre de 1966 y registro de conversación entre el consejero de Nueva Zelanda y Subchan, 6 de abril de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12 INDON, 1/1/66.

[403] Feillard, *Islam..., op. cit.,* pp. 71-74 y 79; Hefner, *Civil Islam..., op. cit.,* pp. 91 y 92; Hindley, «Alirans...», *op. cit.,* p. 52; May, *The Indonesian Tragedy..., op. cit.,* pp. 261 y 283. Más generalmente, véase Crouch, *The Army..., op. cit.,* pp. 245-272.

[404] M. Clapham, «Record of Conversation with Mr. Harry Tjan, S.N.», 11 de abril de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 13, p. 15.

[405] Hindley, «Alirans...», *op. cit.,* pp. 45 y 57.

[406] Embajada de Australia en Yakarta, Savingram, núm. 23, 19 de mayo de 1966, ANA, 3034/2/1/8, parte 14, pp. 54 y 55. Embajada de la República Federal de Alemania en Yakarta, informe del 14 de noviembre de 1967, PA AA, IB5, 81, Nr. 208; informe por corresponsal de ADN en Yakarta, 13 de julio de 1967, informe de ADN, enero de 1968, y *Frankfurter Rundschau,* 15 de julio de 1968, todo ello en BA, DY 30 IVA2/20/672; Ryter, «Youth...», *op. cit.,* pp. 70, 74 y 118. Otra opinión: Paget, «The Military...», *op. cit.,* pp. 310-312.

[407] Ann Willner, *Public Protest in Indonesia*, Ohio University, Center for International Studies, Athens, Ohio, 1968, pp. 5-8; Southwood y Flanagan, *Indonesia..., op. cit.,* pp. 178-190; Georgia Wimhöfer, «Indonesian Students in 1998: Civil Society and the Effects of

Violence», en Wessel y Wimhöfer, *Violence..., op. cit.,* pp. 171 y 175; Sloan, *A Study..., op. cit.,* p. 79.

[408] Registro de conversación M. H. Clapham y Abdul Gafur, y presidente de KAMI, 27 de abril de 1966, ANA 3034/2/2/8, p. 187; Embajada de Australia en Yakarta, Political Savingram, núm. 20 [5 de mayo de 1966], ANA, 3034/2/1/8, parte 13, pp. 250-253; Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* pp. 228 y 229.

[409] Véanse los argumentos de Penders y Sundhaussen, *Nasution..., op. cit.,* pp. 182-184 y 207-229.

[410] Conboy, *Kopassus..., op. cit.,* pp. 167 y 168; telegrama Green, 6 de mayo de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2312, POL 12 INDON, 5-1-66 («prohibido hablar de ello en público sin autorización de Suharto»); Ingo Wandelt, «Die Kinder Suhartos übernehmen die Macht: Der schleichende Generationenwechsel im Militär Indonesiens», *Indonesien-Information,* núm. 1, 2004, http://home.snafu.de/watchin/ll_1_04/macht. htm (consulta: 16 de diciembre de 2005); Jun Honna, «Military Ideology in Response to Democratic Pressure During the Late Suharto Era: Political and Institutional Contexts», en Anderson, *Violence..., op. cit.,* p. 61, n. 24.

[411] May, *Indonesian Tragedy..., op. cit.,* pp. 235-288; Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, Aerograma, 30 de noviembre de 1966, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2311, POL 12. INDON, 1/1/66.

[412] Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* pp. 197 y 198; Soemardjan, *Indonesia..., op. cit.,* pp. 88 y 155; Klute, «Women...», *op. cit.,* p. 211.

[413] Schlereth y Bintang, *Indonesien..., op. cit.,* p. 240; Van Dijk, «Privatization of the Public Order...», *op. cit.*

[414] Soemardjan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 152; fragmento de Savingram, núm. 47, 25 de marzo de 1961, ANA 3034/2/2, parte 1, esp. p. 187.

[415] Soemardjan, *Indonesia..., op. cit.,* p. 90.

[416] Embajada de los Estados Unidos en Yakarta, 18 de noviembre de 1965, NARA, RG 59, 250/7/2, Box 2318, POL 23-9 INDON, 11/1/65.

[417] La última parte del argumento fue hecha por Cribb, «The Indonesian Massacres...», *op. cit.,* pp. 243 y 244.

[418] Langenberg, «Gestapu...», *op. cit.,* p. 61.

[419] Éstas son opiniones de Sudjatmiko, «Destruction...», *op. cit.,* pp. 8, 40 y 41.

[1] Este capítulo se basa en mi colaboración, más extensamente documentada, «Nationsbildung im Krieg: Wirtschaftliche Faktoren bei der Vernichtung der Armenier und beim Mord an den ungarischen Juden», en Hans-Lukas Kieser y Dominik Schaller (comps.), *The Armenian Genocide and the Shoah*, Chronos, Zúrich, 2002, pp. 347-422.

[2] Dicho esto, podría investigarse, en cambio, cómo es que el fanatismo religioso alimentó la violencia entre actores no estatales contra los armenios, aun cuando este enfoque no ha sido el núcleo de las investigaciones ya existentes.

[3] Vahakn N. Dadrian, *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflicts from the Balkans to Anatolia*, Berghahn, Providence y Nueva York, 1995, pp. 222-225; Taner Akçam, *A Shameful Act: The Armenian Genocide and the Question of Turkish Responsibility*, Metropolitan Books, Nueva York, 2006, pp. 190 y 191; Wolfgang Gust, *Der Völkermord an den Armeniern*, Carl Hanser, Múnich, 1993, pp. 249-254; Raymond Kévorkian, *Le génocide des arméniens*, Odile Jacob, París, 2006, p. 253.

[4] Representantes armenios en la Conferencia de Paz de París calcularon las pérdidas de propiedades armenias en cerca de 1 800 millones de francos franceses (en francos de 1914), o sea cerca de 80 millones de liras: Dickran Kouymjian, «La confiscation des biens et la destruction des monuments historiques comme manifestations du processus génocidaire», en Comité de Défense de la Cause Arménienne (comp.), *L' actualité du génocide des arméniens*, Edipol, París, 1999, pp. 221 y 222; memorándum por Aharonian y Boghos Nuba en Kevork K. Baghdjian, *La confiscation, par le gouvernement turç, des biens arméniens... dits «abandonnés»*, K. K. Baghdjian, Montreal, 1987, pp. 261-269; *cf.* carpeta «Die Finanz-Verhandlungen mit Djavid Bey», NARA T 136, R 477, pp. 827 y ss., especialmente F. Köbner, «Bemerkungen zu der Denkschrift vom 10 mai 1917, betreffend "die Liquidation feindlicher Unternehmungen in der Türkei"», 14 de mayo de 1917, p. 837; memorándum «Liquidation des feindlichen Eigentums in der Türkei» (13 de mayo o 21 de junio de 1918), NARA T 136, R 49 (AA Türkei 134, vol. 40).

[5] En Tracia y El Suez, las ambiciones territoriales fueron sumamente limitadas. Ulrich Trumpener, *Germany and the Ottoman Empire 1914-1918*, Princeton University Press, Princeton, 1968, pp. 28 y 29; véase Christopher J. Walker, *Armenia: The Survival of a Nation*, 2ª ed. revisada, St. Martin's, Nueva York, 1980, p. 198; para el despliegue de tropas de 1914-1915, enfocando el oeste, véase Edward J. Erickson, *Ordered to Die: A History of the Ottoman Army in the First World War*, Greenwood, Westport y Londres, 2001, pp. 42-47.

[6] Existen amplios estudios acerca de esta cuestión; véase Fatma Müge Göçek, *Rise of the Bourgeoisie, Demise of Empire: Ottoman Westernization and Social Change*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1996; Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.*, pp. 359-365.

[7] El CUP gobernó, con una breve interrupción, durante toda la fase de disolución del Imperio otomano, 1908-1918.

[8] Donald Bloxham, *The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism, and the Destruction of Ottoman Armenians*, Oxford University Press, Oxford, 2005, pp. 72-89; Johannes Lepsius, «Einleitung», en Lepsius (comp.), *Deutschland und Armenien: Sammlung diplomatischer Aktenstücke*, Tempelverlag, Potsdam, 1919, p. XXV; para una versión turca, Kamuran Gürün, *The Armenian File: The Myth of Innocence Exposed*, K. Rustem y Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1985, pp. 199-212.

[9] Según el libro de notas de Talaat Pasha, 924, 158 armenios fueron deportados, con exclusión de la provincia de Van: David Gaunt, *Massacres, Resistance, Protectors: Muslim-Christian Relations in Eastern Anatolia during World War I*, Gorgias, New Jersey, 2006, p. 68.

[10] Para el carácter perfectamente organizado de muchas matanzas, véase Hilmar Kaiser, «"A Scene from the Inferno": The Armenians of Erzurum and the Genocide, 1915-1916», en Kieser y Schaller, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* p. 164.

[11] Sublime Puerta, Ministerio del Interior, Departamento para el Asentamiento de Tribus e Inmigrantes, regulación relacionada con el asentamiento, la alimentación y el alojamiento y otros asuntos de los armenios reasignados a otros lugares por causa de condiciones de guerra y nacientes requerimientos políticos, 30 de mayo de 1915, artículo 2, en *Documents on Ottoman Armenians,* vol. II, Primer Ministro, Directorio General de Prensa e Información, Ankara, 1983, pp. 91-93.

[12] Yusuf Halaçoglu, *Facts on the Relocation of Armenians (1914-1918)*, Turkish Historical Society, Ankara, 2002, p. 75; Hilmar Kaiser, «Armenian Property, Ottoman Law and Nationality Policies during the Armenian Genocide, 1915-1916», en Olaf Farshid *et al.* (comps.), *The First World War as Remembered in the Countries of the Eastern Medierranean*, Ergon, Beirut y Wurzburgo, 2006, p. 62, n. 42, enumera 33 comisiones en capitales de provincia y en algunos poblados provincianos (pero no Van).

[13] «Loi provisoire concernant des liens, les dettes et les créances des personnes transportées ailleurs», 13 (26) de septiembre de 1915, en Arthur Beylerian (comp.), *Les grandes puissances, l'empire ottoman et les Arméniens dans les archives françaises (1914-1918)*, Université Paris I-Panthéon-Sorbonne, París, 1983, pp. 112-114; Gürün, *The Armenian File..., op. cit.,* p. 209.

[14] Telegrama de Talaat, 20 de julio de 1915, en Salahi Sonyel (comp.), *Displacement of the Armenians: Documents*, Turkish Historical Society, Ankara, 1978, p. 3; Henry H. Riggs, *Days of Tragedy in Armenia: Personal Experiences in Harpoot 1915-1917*, Gomidas Institute, Ann Arbor, 1997, p. 89; regional: Official Proclamation, 28 de junio de 1915 (Trabzon), en Ara Sarafian (comp.), *United States Official Documents on the Armenian Genocide,* vol. II, Armenian Review, Watertown, 1994, p. 16; Adana: Peter Balakian, *The Burning Tigris: The Armenian Genocide and America's Response*, HarperCollins, Nueva York, 2003, p. 271.

[15] Gürün, *The Armenian File..., op. cit.,* p. 208, refiriéndose a la decisión del gabinete del 30 de mayo de 1915.

[16] Kaiser, «Scene...», *op. cit.,* p. 172.

[17] Hamit Bozarslan, «L'extermination des Arméniens et des juifs: Quelques éléments de comparaison», en Kieser y Schaller, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* p. 342, n. 86; Kaiser, «"A Scene...», *op. cit.,* p. 153.

[18] Fragmento del informe anual de la asamblea general del CUP, 28 de septiembre de 1916, en Beylerian, *Puissances..., op. cit.,* pp. 246-249; Kaiser, «Armenian Property...», *op. cit.,* pp. 58 y 59; Kaiser, «"A Scene...», *op. cit.,* pp. 152-154. Para otras prohibiciones de vender a extranjeros, véase el telegrama Talaat, 20 de julio de 1915, Sonyel, *Displacement..., op. cit.,* p. 2.

[19] Ephraim K. Jernazian, *Judgment unto Truth: Witnessing the Armenian Genocide*, Transaction, New Brunswick y Londres, 1990, p. 94; además, véase Dominik Schaller, «Der Völkermord an den Armeniern im Osmanischen Reich, 1915-1917: Ereignis, Historiographie und Vergleich», en Schaller *et al.* (comps.), *Enteignet-Vertrieben- Ermordet: Beiträge zur Genozidforschung*, Chronos, Zúrich, 2004, p. 242; Jacob Künzler, *Im Lande des Blutes und der Tränen: Erlebnisse in Mesopotamien während des Weltkrieges (1914-1918)*, Chronos, Zúrich, 1999, p. 92. Una situación similar: Consulado de los Estados Unidos en Mersian, Nathan, 30 de octubre de 1915, en Sarafian, *Documents..., op. cit.,* vol. II, p. 96.

[20] Kaiser, «Armenian Property...», p. 59. El ministro del Interior dio instrucción a las comisiones de elegir un momento favorable para las subastas: Kaiser, «Armenian Property...», *op. cit.,* p. 61. *Cf.* Kaiser, «Die deutsche Diplomatie und der armenische Völkermord», en Fikret Adanir y Bernd Bonwetsch (comps.), *Osmanismus, Nationalismus und der Kaukasus*, Reichert, Wiesbaden, 2005, p. 232.

[21] Rouben Paul Adalian, «American Diplomatic Correspondence in the Age of Mass Murder: The Armenian Genocide in the US Archives», en Jay Winter (comp.), *America and the Armenian Genocide in the US Archives*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 177; Guenter Lewy, *The Armenian Massacres in Ottoman Turkey: A Disputed Genocide*, University of Utah Press, Salt Lake City, 2005, p. 173; Faiz El-Ghusein, *Martyred Armenia*, G. H. Doran, Nueva York, 1918, p. 20 (Diyarbakir); Johannes Lepsius, *Der Todesgang des armenischen Volkes*, 2ª ed., Tempelverlag, Potsdam, 1919, p. 131 (Dewank cerca de Kayseri).

[22] Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 88 y 89.

[23] Consulado de los Estados Unidos en Alepo, 21 de agosto de 1915, *Armenian Review,* vol. 37, núm. 1, 1984, pp. 114-116.

[24] Por el gobernador Resid Bey: El-Ghusein, *Martyred..., op. cit.,* p. 20 (Diyarbakir); por el organizador de la deportación Seki Bey: Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 50; para bienes muebles, Arthur C. Ryan, «Statement on the Misuse of Turkey and her Cruel Treatment of non-Muslem Subjects», 28 de marzo de 1918, en James L. Barton (comp.), *«Turkish Atrocities»: Statements of American Missionaries on the Destruction of the Christian Communities in Ottoman Turkey, 1915-1917*, Gomidas Institute, Ann Arbor, 1998, pp. 181-185 (Bardizag).

[25] Künzler, *Im Lande..., op. cit.,* p. 92.

[26] William S. Dodd, «Report of the Cruelness Witnessed in the Armenian Deportations in Konya, Turkey», 21 de diciembre de 1917, en Barton, *«Turkish Atrocities»..., op. cit.,* p.

148; consulado austro-húngaro en Brussa, 20 de agosto de 1915, en Artem Ohandjanian (comp.), *The Armenian Genocide: Documentation,* vol. 2, Institut für armenische Fragen, Múnich, 1988, p. 216.

[27] Hans-Lukas Kieser, *Der verpaßte Friede: Mission, Ethnie und Staat in den Ostprovinzen der Türkei 1839-1938*, Chronos, Zúrich, 2000, p. 427 (Harput); Jernazian, *Judgement…,* p. 30 (Urfa); Dadrian, *History…, op. cit.,* pp. 232 y 233, n. 30; informe de Elizabeth Webb, 1º de junio de 1918, en Barton, *«Turkish Atrocities»…, op. cit.,* p. 169 (Adana); Consulado de los Estados Unidos en Trebionda, Heizer, 25 de septiembre de 1915, en Sarafian, *United States Office Documents…, op. cit.,* vol. II, pp. 44 y 45 (Erzurum).

[28] Baghdjian, *La confiscation…, op. cit.,* p. 71; *cf.* Henry Morgenthau, *Ambassador Morgenthau's Story*, Doubleday, Garden City, 1918, p. 339.

[29] Encargado de negocios austro-húngaro en Constantinopla, Trautmanndorff, a Burian, 13 de octubre de 1915, en Ohandjanian, *The Armenian Genocide…, op. cit.,* vol. 2, pp. 247 y 248.

[30] «Posthumous Memoirs of Talaat Pasha», *Current History,* noviembre de 1921, en Richard Kloian (comp.), *The Armenian Genocide: News Accounts from the Armenian Press, 1915-1922*, ACC, 1985, p. 361.

[31] Gürün, *The Armenian File…, op. cit.,* p. 213, enumerando casos de ocho provincias y siete distritos autónomos, sin ningún caso de las provincias de Erzurum, Van y Trebisonda, véase Lewy, *The Armenian Massacres…, op. cit.,* pp. 110-115; Akçam, *A Shameful Act…, op. cit.,* p. 264. Superficie de ejemplos en Riggs, *Days…, op. cit.,* pp. 101 y 102 (alcalde del condado de Harput); Khoren K. Davidson, *Odyssey of Armenian from Zeitoun*, Vantage, Nueva York, 1985, pp. 137 y 142 (el alcalde de Roumkale, denunciado por «algunos distinguidos turcos»; los investigadores escucharon, como testigo, al autor armenio).

[32] Harry Yessaian, *Out of Turkey: The Life Story of Dinik «Hahi Bey» Yessaian*, Wayne State University Press, Dearborn, 1994, pp. 184 y 185 (Esmirna, 1922).

[33] Künzler, *Im Lande…, op. cit.,* p. 92 (Urfa); Maria Jacobsen, *Diaries of a Danish Missionary, Harpoot, 1907-1919*, Taderon, Princeton y Londres, 2001, p. 79 (Harput); Donald Miller y Lorna Touryan Miller, *Survivors: An Oral History of the Armenian Genocide*, University of California Press, Berkeley, 1999, p. 69; Baghdjian, *La confiscation…, op. cit.,* p. 66 (Eskişehir, Izmit); Kouymjian, «La confiscation…», *op. cit.,* p. 223.

[34] Consulado de los Estados Unidos en Trebisonda, Heizer, 28 de julio de 1915, *Armenian Review,* vol. 37, núm. 1, 1984, p. 106; véase también el veredicto del Consejo de Guerra de Trebisonda, 22 de mayo de 1919, en Taner Akçam, *Armenien und der Völkermord: Die Istanbuler Prozesse und die türkische Nationalbewegung*, Hamburger Edition, Hamburgo, 1996, p. 180.

[35] Riggs, *Days…, op. cit.,* p. 88; Heizer, 28 de julio de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents…, op. cit.,* vol. II, p. 27; *cf.* Consulado de los Estados Unidos en Alepo, Jackson, 19 de agosto de 1915, en Sarafian (comp.), United States Official Documents on the Armenian Genocide, vol. I, *Armenian Review*, Watertown, 1993, p. 53 (Aintab).

[36] Kieser, *Der verpaßte Friede..., op. cit.,* p. 426, y Jacobsen, *Diaries..., op. cit.,* p. 80 (Harput); Jernazian, *Judgment..., op. cit.,* p. 93 (Urfa); Rafael de Nogales, *Four Years Beneath the Crescent*, Charles Scribner's Sons, Nueva York y Londres, 1926, p. 169 (Adana); Consulado de Alemania en Trebisonda, Bergfeld, a Reichskanzler, 27 de agosto de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 270.

[37] Stephen H. Astourian, «Genocidal Process: The Armeno-Turkish Polarization», en Richard Hovannisian (comp.), *The Armenian Genocide*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 1992, pp. 71 y 72; Levon Marashlian, «Finishing the Genocide: Cleansing Turkey of Armenian Survivors, 1920-1923», en Richard Hovannisian (comp.), *Remembrance and Denial: The Case of the Armenian Genocide*, Wayne State University Press, Detroit, 1998, p. 115; agencia consular austro-húngara Brussa, 19 de agosto de 1915, en Ohandjanian, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* vol. 2, pp. 214 y 215.

[38] Kévorkian, *Le génocide..., op. cit.,* p. 79.

[39] Documentos de una investigación de enero de 1916, en Ahmet Tetik (comp.), *Armenian Activities in the Archive Documents 1914-1918,* vol. II, Genelkurmay ATASE ve Genelkurmay Denetleme Başkanliği Yayinlari, Ankara: 2006, pp. 141-143.

[40] Agencia consular austro-húngara Brussa, 23 de agosto de 1915, en Ohandjanian, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* vol. 2, p. 217; Dadrian, *History..., op. cit.,* p. 232, n. 26; Kévorkian, *Le génocide..., op. cit.,* p. 259; Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 47.

[41] Informe anual del gobernador de Alepo para 1916, citado en «Konfidenten-Bericht» (para la embajada austro-húngara en Constantinopla), 27 de febrero de 1917, en Ohandjanian, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* vol. 2, p. 374.

[42] Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 189; véase también Ara Sarafian, «Introduction to volume I», en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. XX.

[43] Para casas que había que construir, tierras labrantías, aperos, semillas y créditos mercantiles, según mensajes de Talaat del 23 y el 27 de mayo de 1915, y la decisión del gabinete del 30 de mayo de 1915, véase Halaçoglu, *Facts..., op. cit.,* pp. 70, 72-73 y 88. El asentamiento de exiliados armenios por Cemal Pashá debe analizarse a este respecto, *cf.* Raymond H. Kévorkian, «Ahmed Djemal Pacha et le sort des deportés arméniens de Syrie-Palestine», en Kieser y Schaller, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* p. 200.

[44] Aaron Aaronsohn, «Pro Armenia», 16 de noviembre de 1916, en Yair Auron, *The Banality of Indifference: Zionism and the Armenian Genocide*, Transaction, New Brunswick y Londres, 2002, p. 378; Abraham H. Hartunian, *Neither To Laugh nor To Weep*, Beacon, Boston, 1968, p. 77: *cf.* Gobernador de la provincial de Hüdavendigar, de 8 Ramazan [20 de julio] 1915, en Sonyel, *Displacement..., op. cit.,* p. 6. Véase también agente consular de los Estados Unidos en Damasco, Young, 20 de septiembre de 1915, 83; ex cónsul de los Estados Unidos en Alepo, Jackson, «Armenian Atrocities...», *op. cit.,* 4 de marzo de 1918, *Armenian Review,* vol. 37, núm. 1, 1984, pp. 135 y 139. Más referencias en Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.,* p. 418, n. 280.

[45] James Kay Sutherland, *The Adventures of an Armenian Boy*, Ann Arbor Press, Ann Arbor, 1964, pp. 125 y 149; véase Fritz Grobba, *Die Getreidewirtschaft Syriens und Palästinas seit Beginn des Weltkrieges*, Orient-Buchhandlung Heinz Lafaire, Hannover,

1923, pp. 38-40. Para un caso de mujeres y niños llevados por el ejército a obras en construcción durante más de un año, pero al menos alimentados y protegidos allí, véase Dirouhi Kouymjian Highgas, *Refugee Girl,* Baikar, Watertown, 1985, pp. 87-91.

[46] Decisión del Consejo de Ministros, 31 de mayo [¿30?], 1915 y Regulaciones para el asentamiento y las raciones [...] 10 de junio de 1915, en Ahmed Tetik (comp.), *Armenian Activities in the Archive Documents 1914-1918,* vol. I, Genelkurmay ATASE ve Genelkurmay Denetleme Başkanliği Yayinlari, Ankara: 2005, pp. 134-136; telegrama del ministro del Interior, Ali Fevzi, 30 de agosto de 1915, y cartas del secretario de la provincia de Hüdavendigar, respectivamente, 28 de agosto de 1915, en Sonyel, *Displacement..., op. cit.,* pp. 3 y 9-10.

[47] A la oficina del Primer Ministro [4 de diciembre de 1916] en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 168, Para 1916, el documento afirma que se habían gastado 80 millones de *kurush* (piastras) para finales de octubre, pero el presupuesto permitió 20 millones más hasta el fin del año. Halaçoglu, *Facts..., op. cit.,* p. 92, cita 78 millones de piastras en 1915 y 200 millones en 1916 (0.7 y 1.8 millones de liras, respectivamente).

[48] Halaçoglu, *Facts..., op. cit.,* p. 92. Con estas cifras, Halaçoglu pensaba demostrar la generosidad de las autoridades otomanas.

[49] Basado en la suposición de que un millón de armenios fueron deportados.

[50] Bloxham, *The Great Game..., op. cit.,* p. 63 (mínimo 400 000); Walker, *Armenia..., op. cit.,* p. 203 (750 000); Rouben Paul Adalian, «Comparative Policy and Differential Practice in the Treatment of Minorities in Wartime: The United States Archival Evidence on the Armenians and Greeks in the Ottoman Empire», *Journal of Genocide Research,* vol. 3, núm. 1, 2001, p. 39 (261 000 tan sólo de la región de Salónica). De 1878 a 1904, 850 000 refugiados habían sido ubicados principalmente en regiones también habitadas por armenios: Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 86.

[51] Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.,* pp. 371 y 372; véase también Tessa Hofmann, «Mit einer Stimme sprechen-gegen Völkermord», en Hofmann (comp.), *Verfolgung, Vertreibung und Vernichtung der Christen im Osmanischen Reich 1912-1922*, LIT, Münster, 2004, pp. 26 y 27. Hilmi Pasha calculó, en 1913, que el asentamiento de refugiados costaría de 250 millones a 300 millones de francos: Kévorkian, *Le génocide..., op. cit.,* p. 179.

[52] Véase Hilmar Kaiser, «The Ottoman Government and the End of the Ottoman Social Formation, 1915-1917», www.hist.net/kieser/aghet/Essays/EssayKaiser.html (consulta: 16 de junio de 2008); Gaunt, *Massacres..., op. cit.,* pp. 65 y 66.

[53] Ahmed Emin, *Turkey in the World War*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1930, p. 248. Para octubre de 1916, las autoridades se habían encargado de 702 900 musulmanes desplazados desde el nordeste. Estas cifras confirman el cálculo de Kamal Madhar Ahmad, *Kurdistan During the First World War*, Saqi, Londres, 1994, p. 141, n. 49, de que menos de los a veces calculados 700 000 kurdos otomanos fueron deportados o desplazados.

[54] Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 182; Ugur Ü. Üngör, «"A Reign of Terror": Rule in CUP Diyarbekir Province. 1913-1918», Universidad de Ámsterdam, tesis de maestría,

2005, pp. 91-93, http://home.uva.nl/uu.ungor/thesis.pdf (consulta: 24 de agosto de 2007); Bloxham, *The Great Game…, op. cit.,* p. 254, n. 182; Consulado de los Estados Unidos en Alepo, Jackson, 12 de mayo y 26 de junio de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents…, op. cit.,* vol. I, pp. 14 y 24. Para una iniciativa local de remplazar a los armenios por «turcos nómadas», propuesta por el gobernador del distrito de Maras el 30 de marzo de 1915, véase Halaçoglu, *Facts…, op. cit.,* p. 59.

[55] Kaiser, «Armenian Property…», *op. cit.,* pp. 55-57.

[56] Bandirma: Elise Hagopian Taft, *Rebirth*, New Age, Plandome, Nueva York, 1981, p. 78. Samsun: Kaiser, «Armenian Property…», *op. cit.,* p. 65, n. 52. Bursa: Yves Ternon, *Tabu Armenien: Geschichte eines Völkermords*, Ullstein, Fráncfort y Berlín, 1988, p. 192. Adana: Kouymjian Highgas, *Refugee Girl…, op. cit.,* p. 45; Fikret Adanir y Hilmar Kaiser, «Migration, Deportation, and Nation-Building: The Case of the Ottoman Empire», en René Leboutte (comp.), *Migrations et migrants dans une perspective historique: Permanences et innovations*, Peter Lang, Bruselas, 2000, p. 292, n. 64; Consulado de los Estados Unidos en Mersin, Nathan, 30 de octubre de 1915, Sarafian, *United States Official Documents…, op. cit.,* vol. II, p. 96; Rolf Hosfeld, *Operation Nemesis: Die Türkei, Deutschland und der Völkermord and den Armeniern*, Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 2005, p. 190.

[57] Akçam, *A Shameful Act…, op. cit.,* p. 257.

[58] Regulaciones del 9 de junio de 1915, en Bilal Simsir (comp.), *Documents*, Prime Ministry, Directorate General of Press and Information, Ankara, 1982, pp. 76-80.

[59] Adanir y Kaiser, «Migration…», *op. cit.,* p. 283; Üngör, «"A Reign…"», *op. cit.,* pp. 84-86 y 90-91; David McDowall*, A Modern History of the Kurds*, I. B. Taurus, Londres y Nueva York, 1996, p. 106.

[60] Kieser, *Der verpaßte Friede…, op. cit.,* pp. 398, 426 y 432; Leslie A. Davis, Consulado de los Estados Unidos en Harput, Informe de 1919, en Ara Sarafian (comp.), «United States Official Documents on the Armenian Genocide»*,* vol. III*, Armenian Review*, Watertown, 1995, p. 121; acerca de una comisión para el asentamiento local de kurdos en una aldea antes armenia: Riggs, *Days…, op. cit.,* pp. 179-181 (para el mobiliario asignado a los refugiados islámicos en 1916, p. 135); Kerop Bedoukian, *Some of Us Survived*, Farrar Straus & Giroux, Nueva York, 1979, p. 126 (Bireçik); véase también «To the Office of the Prime Minister», 4 de diciembre de 1916, en Simsir, *Documents, op. cit.,* pp. 118-124. Para este último punto, *cf.* Üngör, «"A Reign…"», *op. cit.,* p. 92.

[61] Madhar Ahmad, *Kurdistan…, op. cit.,* p. 131; McDowall, *A Modern History…, op. cit.,* pp. 105 y 106; Mark Levene, «Creating a Modern "Zone of Genocide": The Impact of Nation and State Formation on Eastern Anatolia, 1878-1923», *Holocaust and Genocide Studies,* vol. 12, núm. 3, 1998, pp. 393-433; ferrocarril: Mae M. Derdarian, *Vergeen: A Survivor of the Armenian Genocide. Based on a Memoir by Virgina Meghrouni*, Atmus Press, Los Ángeles, 1996, p. 149.

[62] «To the Office of the Prime Minister», *op. cit.,* pp. 118-124.

[63] Jacobsen, *Diaries…, op. cit.,* pp. 80, 108 y 132; Kieser, *Der verpaßte Friede…, op. cit.,* p. 426.

[64] Ryan, «Statement…», *op. cit.,* p. 183; Balakian, *Burning Tigris…, op. cit.,* p. 242; Riggs, *Days…, op. cit.,* p. 135; de Nogales, *Four Years…, op. cit.,* p. 67 (Van); Leon Z. Surmelian, *I Ask You, Ladies and Gentlemen*, E. P. Dutton & Co., Nueva York, 1945, p. 152 (Trebisonda).

[65] Informe del periodista alemán Paul Weitz, 20 de junio de 1918, en Gust, *Der Völkermord…, op. cit.,* pp. 569, 572-573 y 575.

[66] Künzler, *Im Lande…, op. cit.,* p. 136; véase también Jernazian, *Judgment…, op. cit.,* p. 96.

[67] Bernstorff a Reichskanzler Graf von Hertling, 6 de julio de 1918, NARA T 136, R 67 (AA Türkei 134, vol. 40).

[68] Esto parece verdad, a pesar de la legislación del nacionalista gobierno de Ankara. Después de los decretos iniciales del gobierno de Estambul para la reconstrucción de propiedades armenias a finales de 1918 y en enero de 1920 (Akçam, *A Shameful Act…, op. cit.,* p. 177), la marea cambió de dirección. Las leyes expropiatorias de septiembre de 1915 fueron resucitadas por el gobierno de Ankara en septiembre de 1922. En 1919, los kemalistas ya habían declarado que los armenios necesitaban su autorización para volver a los vilayetos orientales (Akçam, *A Shameful Act…, op. cit.,* p. 254; Balakian, *Burning Tigris…, op. cit.,* p. 323). El gobierno turco hizo permanente la expropiación de los armenios en 1927 (Kouymjian, «La confiscation…», *op. cit.,* p. 224). Para la presión popular por no continuar la reconstrucción de propiedades armenias, véase Akçam, *A Shameful Act…, op. cit.,* pp. 279-280 (otoño de 1919) y p. 337 (asesinatos de armenios, especialmente de terratenientes, primavera de 1919).

[69] Üngör, «"A Reign…"», *op. cit.,* p. 93, y Akçam, *A Shameful Act…, op. cit.,* p. 276. Las regulaciones gubernamentales del otoño de 1918 acerca de la devolución de propiedades de armenios habían seguido siendo confusas sobre cómo equilibrar los intereses de quienes habían vuelto y de los inmigrantes que vivían en sus antiguas moradas: Gobernador de la provincia de Hüdavendigar, 28 Zilka'de [5 de septiembre] 1918, en Sonyel, *Displacement…, op. cit.,* p. 13; Halaçoglu, *Facts…, op. cit.,* 111-113 (ministro del Interior Mustafa Pasha al primer ministro, 4 de enero de 1919).

[70] Emin, *Turkey…, op. cit.,* pp. 93 y 94; Donald C. Blaisdell, *European Financial Control in the Ottoman Empire*, Columbia University Press, Nueva York, 1929, p. 179; Charles Issawi, *The Economic History of Turkey 1800-1914*, University of Chicago Press, Chicago, 1980, pp. 321, 324 y 361-362; Madhar Ahmad, *Kurdistan…, op. cit.,* pp. 40 y 52.

[71] Oficina del Exterior Alemán a Reichskander Bethmann Hollweg, 28 de octubre de 1916 (según Cavid Bey), nota sin firma del 30 de octubre de 1916, y carta de Kühlmann, 15 de diciembre de 1916, NARA T 136, R 47 (AA Türkei 110, vols. 88 y 89); *cf.* Issawi, *The Economic History…, op. cit.,* pp. 7 y 366; Emin, *Turkey…, op. cit.,* p. 160.

[72] «Die Wirtschaftslage der Türkei» (sin fecha, 1917), NARA T 139, R 477, p. 891; Emin, *Turkey…, op. cit.,* p. 92.

[73] Madhar Ahmad, *Kurdistan…, op. cit.,* p. 52.

[74] Oficina del Exterior alemán a Bethmann Hollweg, 28 de octubre de 1916, NARA T 136, R 48 (AA Türkei 110, vol. 88); para cuestión de impuestos, véase «Erhöhung von Alkohol-

und Tabaksteuern [...]», 16 de mayo de 1915, NARA T 136, R 47 (AA Türkei 110, vol. 79), Emin, *Turkey..., op. cit.,* p. 158.

[75] Para Cavid véase NARA T 136, R 46 (AA Türkei, vol. 73); para el IOB, NARA T 136, R 46 (AA Türkei, vol. 73) y Blaisdell, *European Financial Control..., op. cit.,* pp. 27-29, 68-73 y 218-221; Trumpener, *Germany..., op. cit.,* pp. 273 y 275.

[76] Pacto germano-otomano del 20 de abril de 1915, NARA T 136, R 47 (AA Türkei 110, vol. 76) y dos protocolos del 20 de marzo de 1915, NARA T 136, R 47 (AA Türkei 110, vol. 76); *cf.* Trumpener, *Germany..., op. cit.,* pp. 272-283, y Blaisdell, *European Financial Control..., op. cit.,* pp. 185-189.

[77] Emin, *Turkey..., op. cit.,* pp. 162-164; Issawi, *The Economic History..., op. cit.,* p. 366; Jehuda L. Wallach, *Anatomie einer Militärhilfe: Die preussisch-deutschen Militärmissionen in der Türkei 1835-1919*, Droste, Düsseldorf, 1976, p. 238.

[78] Emin, *Turkey..., op. cit.,* pp. 144-146 y 161-162; Issawi, *The Economic History..., op. cit.,* p. 328; Neurath a Bethmann Hollweg, 21 de noviembre de 1915 y memorándum del Reichsschatzamt, 25 de marzo de 1916, NARA T 136, R 48 (AA Türkei 110, vol. 84); copia de un telegrama no firmado, 24 de diciembre de 1916, NARA T 136, R 49 (vol. 89; véase vol. 92 de la misma serie).

[79] Emin, *Turkey..., op. cit.,* pp. 144-146.

[80] «Loi provisoire», 26 de septiembre de 1915, en Beylerian, *Les grandes puissances..., op. cit.,* pp. 112-114; «Loi sur les biens, dettes et créances laissés par les personnes transportées dans d'autres localités», 15 de abril de 1923, en *Confiscation des Biens des Réfugiés Arméniens par le Gouvernement Turc*, Imprimerie Massis, París, 1929, p. 87; *cf.* particularmente Baghdjian, *La confiscation..., op. cit.,* p. 130. Una lista incompleta de propiedades eclesiásticas armenias perdidas puede encontrarse en Baghdjian, *La confiscation..., op. cit.,* pp. 270-283. Vaya mi agradecimiento a Hilmar Kaiser por ayudarme a aclarar las competencias de este ministerio.

[81] Documento de Renner con correcciones, 4 de septiembre de 1916, NA T 136, R 49 (AA Türkei 110, vol. 88).

[82] Journal Officiel, 10 de agosto de 1916, «Le Statut du Patriarchat arménien», en Beylerian, *Les grandes puissances..., op. cit.,* pp. 329-337, esp. p. 334.

[83] Kouymjian, «La confiscation...», *op. cit.,* pp. 224-226.

[84] Por ejemplo, las casas de armenios que serían deportados de Adana fueron oficialmente evaluadas: Hilmar Kaiser (comp.), *Eberhard Count Wolffskeel Von Reichenberg, Zeitoun, Mousa Dagh, Ourfa: Letters on the Armenian Genocide*, Talderon, Princeton, 2001, p. 44 (24 de abril de 1915).

[85] Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 89 y 93; Leslie Davis, Consulado de los Estados Unidos en Harput, informe de 1919, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, p. 59.

[86] Trumpener, *Germany..., op. cit.,* p. 380; para el Ministerio de Correos, *cf.* Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* p. 10, n. 17.

[87] Para una documentación detallada, véase Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.,* p. 380.

[88] Es decir, 195 000 de 630 000 muertes calculadas: Kévorkian, «Ahmed Djemal...», *op. cit.,* pp. 206 y 207.

[89] Véase Mike Davis, *Late Victorian Holocausts: El Nino Famines and the Making of the Third World*, Verso, Londres y Nueva York, 2001 [edición en español: *Holocaustos de la era Victoriana tardía: el niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, trad. de Aitana Guia i Conca e Ivano Stocco, Universitat de Valéncia, Valencia, 2006].

[90] Amartya Sen, *Poverty and Famines*, Clarendon Press, Oxford, 1981.

[91] Yessaian, *Out of Turkey..., op. cit.,* pp. 143 y 184-185; Kouymjian Highgas, *Refugee Girl..., op. cit.,* pp. 47 y 48; vicecónsul Samuel Edelman, «Armenian massacre at Ourfa», 26 de agosto de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 73; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* p. 202; Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 136. Cita acerca de Bandirma: Hagopian Taft, *Rebirth..., op. cit.,* p. 36; cita acerca de Harpurt: Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 85.

[92] Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 173; *cf.* Hartunian, *Neither..., op. cit.,* p. 20, cerca de 1895.

[93] Surmelian, *I Ask You..., op. cit.,* pp. 47 y 48.

[94] Informe de un médico alemán en Erzincan, junio de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 179.

[95] Proclama Oficial, Trebisonda, 28 de junio de 1915, y Consulado de los Estados Unidos en Trebisonda, Heizer, 28 de julio de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. II, pp. 15 y 25. No se sabe si después fue levantada esta prohibición: Kevork Yeghia Suakjian, «Genocide in Trebizond», University of Nebraska, Lincoln, tesis de doctorado, 1981, p. 230; informe Stange (misión militar alemana), 23 de agosto de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 268. Además, «Die Ausrottung eines Volkes», *Baseler Neueste Nachrichten,* 16 de septiembre de 1915, en el Institut für armenische Fragen (comp.), *The Armenian Genocide,* vol. I, Institut für Armenische Fragen, Múnich, 1987, pp. 401 y 402; Miller y Touryan Miller, *Survivors..., op. cit.,* p. 69, y Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* p. 38 (Kayseri); «Reports of an eyewitness, Miss Alma Johansson (German Missionary)», sin fecha, carta de Morgenthau, 9 de noviembre de 1915, *Armenian Review,* vol. 37, núm. 1, 1984, p. 122.

[96] Agencia consular austro-húngara Brussa, 16 de agosto de 1915, en Ohandjanian, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* vol. 2, p. 211; Bedoukian, *Some..., op. cit.,* p. 12 (Sivas).

[97] Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 85 y 88.

[98] John Minassian, *Many Hills Yet To Climb*, Jim Cook, Santa Barbara, 1986, p. 48.

[99] Kaiser, «Armenian Property...», *op. cit.,* p. 67; Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 135 (llanura de Pasin, dos horas); Consulado de los Estados Unidos en Alepo, Jackson, 12 de mayo de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 14 (Zeitun).

[100] Sutherland, *The Adventures..., op. cit.,* p. 113 (cita, Killis); Consulado de los Estados Unidos en Trebisonda, Heizer, 25 de septiembre de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. II, p. 44 (Erzurum, 15 días); agencia consular de los Estados Unidos en Damasco, Young, 20 de septiembre de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 85; Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 84 y 85; Kouymjian Highgas,

Refugee Girl..., op. cit., p. 45 (Konia, una semana); Davidson, *Odyssey..., op. cit.,* p. 77; Bedoukian, *Some..., op. cit.,* p. 15 (Sivas).

[101] Consulado de los Estados Unidos en Harput, Davis, 30 de junio de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents*, vol. III, pp. 5 y 6; informes de Isabelle Harley y Elizabeth Webb, 15 de abril y 1º de junio de 1918, en Barton, «*Turkish Atrocities*»*..., op. cit.,* pp. 67 y 169 (Harput y Adana); Lepsius, *Der Todesgang,* pp. 44 y 59 (Erzincan y Merziwan).

[102] Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 89; Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* pp. 39 y 40.

[103] Mary Graffam, directora de la preparatoria de misioneras para muchachas, en Sivas, tomó notas cuando acompañó a un transporte de deportados, desde Sivas a comienzos de agosto de 1915, durante algunos días: carta de Graffam, *Boston Herald,* diciembre de 1915, en el Institut für Armenische Fragen, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* vol. I, pp. 444-447; *cf.* Susan Billington Harper, «Mary Louise Graffam: Witness to Genocide», en Winter, *America..., op. cit.,* pp. 228-233. Otros ejemplos: Miller y Touryan Miller, *Survivors..., op. cit.;* Kouymjian Highgas, *Refugee Girl..., op. cit.,* pp. 51 y 52; carta de F. H. Leslie, Urfa (copia), 6 de agosto de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 49; Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 141; «Armenian Exodus from Harpoot» (octubre de 1915), en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, pp. 106-108; Peter Balakian, *Black Dog of Fate: A Memoir*, Basic Books, Nueva York, 1997, pp. 202 y 219.

[104] Pailadzo Captanian, *1915: Der Völkermord und den Armeniern*, Gustav Kiepenheuer, Leipzig, 1919, pp. 29, 35-44, 47, 73-74 y 88.

[105] Para este último punto, véase Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* p. 52 (Diyarbakir).

[106] Bedoukian, *Some..., op. cit.,* pp. 17-21; carta de Graffam, en el Institut für Armenische Fragen, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* vol. I, pp. 444-447; Billington Harper, «Mary Louise Graffam...», *op. cit.,* pp. 228-233; Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* pp. 43 y 44.

[107] Hagopian Taft, *Rebirth..., op. cit.,* p. 49; para las obras de caridad armenias, Minassian, *Many Hills..., op. cit.,* pp. 79 y 97 (Aintab y Alepo); Auron, *The Banality..., op. cit.,* p. 68 (Haifa); Consulado de los Estados Unidos en Bagdad, 29 de agosto de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 62 (Mosul, por órdenes del gobierno); Consulado de los Estados Unidos en Alepo, Jackson, «Armenian Atrocities...», *op. cit.,* 4 de marzo de 1918, en Sarafian, *United States Official Documents...,* vol. I, pp. 150-152 (Alepo y Urfa); Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* pp. 194-196 (Alepo); Isabel Kaprielan-Churchill, «The Armenian Genocide and the Survival of Children», en Alexandre Kimenyi y Otis L. Scott (comps.), *State-Sponsored Mass-Killings in the Twentieth Century*, Edwin Mellen Press, Lewiston, 2001, p. 228 (Alepo).

[108] Cuatrocientas liras (de pérdidas totales calculadas en 3 900 liras) según Nafina Hagop Chilinguirian, Application for the Support of Claims against Foreign Governments, 15 de mayo de 1919, impreso en Balakian, *Black Dog..., op. cit.,* p. 198. *Cf.* Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 161.

[109] Hartunian, *Neither..., op. cit.,* pp. 90-95; Minassian, *Many Hills..., op. cit.,* pp. 64-66. Una opinión diferente es la de Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 171, pero queda por demostrarse que tal dinero fue depositado en las arcas del Estado. La selección de bienes en

diferentes pilas, según su naturaleza, parece señalar ese saqueo oficial: Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* p. 78.

[110] Consulado de los Estados Unidos en Mersin, Nathan, 27 de septiembre de 1915, y memorándum de Walter M. Geddes (noviembre de 1915), en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. II, pp. 93 y 94, 123; Bedoukian, *Some...,* p. 51 (unos boteros mataron a mujeres armenias que no pudieron dar el pago exigido para atravesar el Éufrates).

[111] Sutherland, *The Adventures..., op. cit.,* p. 122; Minassian, *Many Hills..., op. cit.,* p. 88.

[112] Leslie Davis, informe de 1919, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, pp. 80 y 81.

[113] Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* p. 71; Captanian, *1915..., op. cit.,* p. 30; *cf.* Bedoukian, *Some..., op. cit.,* pp. 36 y 37.

[114] Un argumento similiar es el de Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* p. 222, quien, sin embargo, culpa sobre todo a los kurdos; para Der ez-Zor, Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* p. 213.

[115] Captanian, *1915..., op. cit.,* p. 86.

[116] Mortalidad: Katharine Derderian, «Common Fate, Different Experience: Gender-Specific Aspects of the Armenian Genocide, 1915-1917», *Holocaust and Genocide Studies,* vol. 19, núm. 1, 2005, p. 9; Kaprielan-Churchill, «The Armenian genocide...», *op. cit.,* p. 251; Minassian, *Many Hills..., op. cit.,* p. 92; Captanian, *1915..., op. cit.,* p. 80. Abandonados, etc.: Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 143; Consulado de los Estados Unidos en Harput, Davis, 30 de diciembre de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, p. 32; Consulado de los Estados Unidos en Mersin, Nathan, 22 de septiembre de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. II, p. 91; Ramela Martin, *Out of Darkness*, Zoryan Institute, Cambridge (M), 1989, p. 8; Miller y Touryan Miller, *Survivors..., op. cit.,* pp. 97-100; Suakjian, «Genocide...», *op. cit.,* p. 122; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* pp. 185 y 187.

[117] «Movement by Railway to Aleppo», documento anexo al Consulado de los Estados Unidos en Alepo, Jackson, 29 de septiembre de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, pp. 97 y 98. Las listas por transporte comprendían, al parecer, sólo a los deportados más pobres que no pudieron pagar el pasaje; se calculó que había que añadir 25% del total, que sí habían comprado sus pasajes.

[118] *Cf.* Raymond H. Kévorkian, «Le sort des déportés dans les camps de concentration de Syrie et de Mesopotamie», en Kévorkian (comp.), *L' extermination des déportés Arméniens ottomans dans les camps de concentration de Syrie-Mésopotamie (1915-1916): La Deuxième Phase du Génocide*, París, 1998 (Revue d'Histoire Arménienne Contemporaine, t. I), esp. pp. 60 y 61; Gerlach, «Nationsbildung im Krieg...», *op. cit.,* pp. 392 y 393.

[119] Por medio de diplomáticos: Leslie Davis, ex cónsul de los Estados Unidos en Harput, informe de 1919, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, pp. 55-56, 61-62 y 97-98; Consulado de los Estados Unidos en Trebisonda, Heizer, 8 de agosto de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. II, p. 32; por orden postal:

Captanian, *1915..., op. cit.,* pp. 121 y 126 (Der ez-Zor); Davidson, *Odyssey..., op. cit.,* pp. 122 y 148 (Bireçik y Roumkale); Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 89 y 90. Pero Talaat trató de suspender esta práctica durante un tiempo. Véase su telegrama al cuartel general del ejército, 25 de marzo de 1916, en Tetik, *Armenian Activities..., op. cit.,* vol. II, pp. 9 y 10, pero luego, su telegrama al Supremo Comando Militar, 18 de octubre de 1916, en Tetik, *Armenian Activities..., op. cit.,* vol. VII, Genelkurmay Askerî Tarih ve stratejik Etüt Başkanliği Yayinlari, Ankara, 2007, p. 318. Halaçoglu, *Facts..., op. cit.,* p. 95, afirma que las comisiones de liquidación sí enviaron dinero a personas deportadas. No se conoce ninguna prueba de la anunciada devolución de sus bienes inmuebles a los armenios (para el anuncio, Gürün, *The Armenian File..., op. cit.,* p. 209). Los pagos sólo podían reclamarse tras el fin de la «situación actual» (Kaiser, «Armenian Property...», *op. cit.,* p. 60, *cf.* p. 62).

[120] Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 183 (200 000 en «Kurdish families») y p. 277; Kaprielan-Churchill, «The Armenian genocide...», *op. cit.,* pp. 247 y 248 (200 000 niños); Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.* (E. V. Tarle calculó 250 000 conversos). El cálculo de Sarafian de que de 5 a 10% de los armenios fueron acogidos por hogares musulmanes puede ser demasiado bajo: Ara Sarafian, «The Absorption of Armenian Women and Children into Muslim Households as a Structural Component of the Armenian Genocide», en Omer Bartov y Phyllis Mack (comps.), *In God's Name: Genocide and Religion in the Twentieth Century*, Berghahn, Nueva York y Oxford, 2001, p. 211. Kévorkian, «Ahmed Djemal...», *op. cit.*, pp. 206 y 207, indica que sólo una fracción del cálculo de 240 000 sobrevivientes se quedó con familias musulmanas, pero parece haber descuidado el asunto de las adopciones.

[121] Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 97; Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* pp. 61 y 65; para una orden del Ministerio del Interior del 1º de julio de 1915 de deportar también a los conversos, véase Gürün, *The Armenian File..., op. cit.,* p. 212.

[122] Auron, *The Banality..., op. cit.,* pp. 380 y 381. (Constantinopla); Kaprielan-Churchill, «The Armenian Genocide...», *op. cit.,* p. 227 (Harput); Halaçoglu, *Facts..., op. cit.,* p. 89 (instrucción del gobierno, Sivas, 9 de marzo de 1916). En 23 de noviembre de 1916, Şükrü Bey (IAMM) ordenó a las autoridades provinciales de Diyarbakir que liquidaran la propiedad de los armenios no deportados: Kaiser, «Armenian Property...», *op. cit.,* p. 70.

[123] Consulado de los Estados Unidos en Trebisonda, Heizer, 7 de julio de 1915 e informe de Heizer del 11 de abril de 1919 en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, pp. 12-13 y 38; Suakjian, «Genocide...», *op. cit.,* pp. 132-133, 138, 213 y 231. Para la perspectiva de una víctima: Surmelian, *I Ask You..., op. cit.,* Vahakn N. Dadrian, «Children as Victims of Genocide: the Armenian Case», *Journal of Genocide Research,* vol. 5, núm. 3, 2003, pp. 421-437, pone a Trebisonda como estudio de un caso, sin explayarse en las adopciones.

[124] Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 175; Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 98; servicio consular de los Estados Unidos en Samsun, Peter, 10 de julio de 1915 en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I. pp. 56 y 57; Consulado de los Estados Unidos en Mersin, Nathan, 27 de septiembre de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 94. En 1916 se permitió que fueran revocadas las conversiones forzadas de armenios en Tracia: Agencia Consular de los Estados Unidos en Andrianópolis, Allen, 18 de marzo de 1916, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, pp. 71 y 72.

[125] Kévorkian, «Ahmed Djemal...», *op. cit.,* p. 202; Erik Jan Zürcher, «Ottoman Labour Battalions in World War I», en Kieser y Schaller, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* p. 194; Hartunian, *Neither..., op. cit.,* p. 115; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* p. 219; Auron, *The Banality..., op. cit.,* p. 339.

[126] Gürün, *The Armenian File..., op. cit.,* pp. 211 y 212; para otra versión, Halaçoglu, *Facts..., op. cit.,* pp. 88 y 89.

[127] Véase Sarafian, «The Absorption...», *op. cit.,* p. 210.

[128] Derderian, «Common Fate...», *op. cit.,* p. 11; Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 92, 99 (Harput). El valor de tal propiedad podría ser considerable, ya que estos niños heredaban las posesiones de su familia original: telegrama de Talaat Pasha, 29-30 de julio de 1915, en Sonyel, *Displacement..., op. cit.,* p. 2. Cita: Bedoukian, *Some..., op. cit.,* pp. 54 y 55.

[129] Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.,* pp. 154 y 178, n. 36 (Diyarbakir).

[130] Auron, *The Banality..., op. cit.,* p. 183; Hartunian, *Neither..., op. cit.,* p. 102.

[131] *Cf.* Surmelian, *I Ask You..., op. cit.,* pp. 115-122, 140 y 169-170; Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 98-99 y 149.

[132] Auron, *The Banality..., op. cit.,* pp. 191 y 379-380; Kouymjian Highgas, *Refugee Girl..., op. cit.,* p. 74; Derderian, «Common Fate...», *op. cit.,* pp. 6-7 y 11-12; Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* pp. 171 y 177, n. 55; Dadrian, «Children...», *op. cit.,* pp. 425-428.

[133] Surmelian, *I Ask You..., op. cit.,* pp. 111-114 (Jevizlik, provincia de Trebisonda); informe de las enfermeras alemanas Von Wedel-Jarlsberg y Elvers, 28 de junio de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 260 (Kemagh).

[134] Derderian, «Common Fate», pp. 11 y 12; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* p. 210 (Ras ul-Ain); Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* pp. 79-93; informe de E. Neuner (comienzos de 1918), en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 562.

[135] Hartunian, *Neither..., op. cit.,* pp. 102 y 103.

[136] Consulado alemán en Alepo (Rössler) al Reichskanzler, 27 y 30 de julio de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* pp. 214 y 221; informe de monseñor Dolci, 19 de agosto de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 249.

[137] Ara Sarafian, «Editor's Introduction», en Riggs, *Days..., op. cit.,* p. VIII; Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 98 y 108-117; Gerayer Koutcharian, «Der Völkermord an den Armeniern (1915-1917)», en Hofmann, *Verfolgung..., op. cit.,* p. 69; informe Davis (1919), en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, pp. 102 y 112. Según Davis, el gobernador de la provincia, Sabit Bey, kurdo, también permitió que estos grupos ayudaran a armenios a atravesar líneas rusas: Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, pp. 45- 46 y 115.

[138] Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.,* p. 155.

[139] Informe de W. Spieker, 27 de julio de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 218.

[140] Consulado de los Estados Unidos en Harput, Davis, 30 de diciembre de 1915, y su informe de 1919 en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, pp. 28 y 86; Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.,* p. 155; Gaunt, *Massacres..., op. cit.,* p. 154; un sobreviviente es Captanian, *1915..., op. cit.,* p. 86.

[141] Informe anónimo, agosto de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 257.

[142] Yessaian, *Out of Turkey..., op. cit.,* p. 187.

[143] «Armenian Exodus from Harpoot» con carta anexa del cónsul de los Estados Unidos, Jackson (Alepo), 16 de octubre de 1915, *Armenian Review,* vol. 37, núm. 1, 1984, p. 118.

[144] Kouymjian Highgas, *Refugee Girl..., op. cit.,* p. 47.

[145] Aaronsohn, «Pro Armenia...», *op. cit.,* p. 376; informe similar del sobreviviente Georgian Garabeth, 23 de junio de 1915, en Gust, *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 229.

[146] Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 158; Captanian, *1915..., op. cit.,* pp. 60 y 71.

[147] Leslie Davis, ex cónsul de los Estados Unidos en Harput, informe de 1919, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, p. 84.

[148] Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.,* p. 155; Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 142; Bedoukian, *Some..., op. cit.,* pp. 38 y 40; Captanian, *1915..., op. cit.,* p. 74; Gaunt, *Massacres..., op. cit.,* p. 154 (Mardin).

[149] Captanian, *1915..., op. cit.,* p. 79.

[150] Martin, *Out of Darkness..., op. cit.,* p. 14.

[151] Emin, *Turkey..., op. cit.,* p. 94.

[152] Véase Kaiser, «Armenian Property...», *op. cit.,* pp. 63-64 y 67; regulaciones del 9 de junio de 1915, artículo 16, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. 1, p. 174. Oficialmente, el gobierno trató de prohibir las apropiaciones por servidores civiles: telegrama Talaat, 22 de agosto de 1915, en Sonyel, *Displacement..., op. cit.,* p. 4. Talaat también pidió a las autoridades dar a empresas individuales y a ciudadanos musulmanes la oportunidad de quedarse con las propiedades armenias expropiadas, en contra de las empresas improvisadas: Kévorkian, *Le Génocide..., op. cit.,* pp. 256 y 257.

[153] *Cf.* Caglar Keyder, *State and Class in Turkey: A Study in Capitalist Development*, Verso, Londres y Nueva York, 1987, pp. 49-69; Feroz Ahmad, «Vanguard of a Nascent Bourgeoisie: The Social and Economic Policy of the Young Turks 1908-1918», en Osman Okyar y Halil Inalcik (comps.), *Türkiye'min Sosyal ve Ekonomik Tariki, 1071-1920*, Meteksan, Ankara, 1980, pp. 29-50. En cierto contraste, Levene, «Creating...», *op. cit.,* pp. 419 y 420, resumen: «Modern genocide, in conclusion, is developmental».

[154] Pallavicini a Burian, 31 de agosto de 1915 y Konfidenten-Bericht Nr. 300, Constantinopla, 19 de agosto de 1915, en Ohandjanian, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* vol. 2, pp. 212-214 y 228-229; Morgenthau, *Ambassador..., op. cit.,* p. 337 (comentarios de Talaat); Strauss, «Volkswirtschaftliche Studien in der Türkei», 6 de julio de 1916, NARA T 136, R 66 (AA Türkei 134, vol. 35); véase Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 91 (Cavid).

[155] Taner Akçam, *From Empire to Republic: Turkish Nationalism and the Armenian Genocide*, Zed, Londres y Nueva York, 2004, pp. 238-240. Para esto, se aceptaron pérdidas a corto plazo en impuestos y un desarrollo retardado en la economía en general: Gérard Chaliand e Yves Ternon, *The Armenians: From Genocide to Resistance*, Zed, Londres, 1983, pp. 79 y 82; Morgenthau, *Ambassador..., op. cit.,* pp. 338 (al parecer se refiere a que Talaat calculó los reducidos ingresos fiscales anuales de cinco millones de liras), p. 348.

[156] Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.,* pp. 381 y 382.

[157] De 1913 a 1918 las importaciones cayeron 89% y las exportaciones 74%: Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.,* p. 132.

[158] Hugo Meyer a la embajada alemana en Constantinopla, 11 de julio de 1917, NARA T 136, R 48 (AA Türkei 134, vol. 38) y más material en vols. 37 y 38; Emin, *Turkey..., op. cit.,* p. 128.

[159] Grobba, *Die Getreidewirtschaft..., op. cit.,* pp. 21-23, 31, 54 y 58, y también para leyes; Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.,* pp. 385-388.

[160] Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.,* pp. 385-388; Grobba, *Die Getreidewirtschaft..., op. cit.,* pp. 19, 22 y 96.

[161] Grobba, *Die Getreidewirtschaft..., op. cit.,* p. 60.

[162] L. Schatkowski Schilcher, «The Famine of 1915-1918 in Greater Syria», en John P. Spagnolo (comp.), *Problems of the Modern Middle East in Historical Perspective: Essays in Honor of Albert Hourani*, Ithaca Press, Reading, 1992, pp. 229-258; Hassan Kayali, *Arabs and Young Turks*, University of California Press, Berkeley, 1997, pp. 188-191 y 199; Grobba, *Die Getreidewirtschaft..., op. cit.;* Gerlach, «Nationsbildung...», *op. cit.,* p. 389; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* pp. 55 y 56.

[163] Para toda Siria, Grobba, *Die Getreidewirtschaft..., op. cit.,* esp. pp. 35-36, 60 y 83 (en marzo de 1918 hubo 100 muertes diarias en Alepo, principalmente de armenios); para Alepo, Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* pp. 191-193, y Minassian, *Many Hills..., op. cit.,* p. 106; para Aintab 1916-1918, Hartunian, *Neither..., op. cit.,* pp. 111 y 112; Bireçik 1916-1917: Kouymjian Highgas, *Refugee Girl, op. cit.,* p. 95.

[164] Ellen Marie Lust-Okar, «Failure in Collaboration: Armenian Refugees in Syria», *Middle Eastern Studies,* vol. 32, núm. 1, 1996, pp. 53-68 (Mesopotamia y Siria, tifo 1916-1917); Kévorkian, «Ahmed Djemal...», *op. cit.,* p. 201 (tifo en Hauran, principios de 1916). Los sirios y caldeos deportados a la provincia de Mosul fueron obligados a subsistir a base de los servicios de beneficencia de sus iglesias: Gaunt, *Massacres..., op. cit.,* p. 298.

[165] Sutherland, *The Adventures..., op. cit.,* pp. 130-133 (cita p. 133) acerca de Alepo a comienzos de 1916; Bedoukian, *Some..., op. cit.,* pp. 81-90 (Bireçik); sobre las marchas: Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 147 y 148; Bedoukian, *Some..., op. cit.,* pp. 21-24; Minassian, *Many Hills..., op. cit.,* p. 78.

[166] Prevención: Sutherland (después, médico), *The Adventures..., op. cit.,* pp. 115 y 152; expulsiones: Hilmar Kaiser, *At the Crossroads of Der Zor: Death, Survival and Humanitarian Resistance in Aleppo, 1915-1917*, Gomidas Institute, Princeton, 2001, pp. 24-28 y 58; J. B. Jackson, «Armenian Atrocities, March 4, 1918», *Armenian Review,* vol. 37, núm. 1, 1984, pp. 132 y 133; Kieser, *Der verpaßte Friede..., op. cit.,* p. 357; Bedoukian, *Some..., op. cit.,* p. 56. Muchas víctimas fueron arrojadas a los ríos —difícil sería decir que este acto sirvió para la prevención de epidemias: consulado alemán en Alepo, Rössler, 27 de abril de 1916 en Gust (comp.), *Der Völkermord..., op. cit.,* p. 465.

[167] Armenios: Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* p. 77; Hofmann, «Mit einer Stimme...», *op. cit.,* p. 42; De Nogales, *Years..., op. cit.,* p. 266. Soldados: Clarence D. Ussher con Grace H. Knapp, *An American Physician in Turkey*, Houghton Mifflin, Boston y Nueva York, 1917; De Nogales, *Four Years..., op. cit.,* pp. 272 y 273; Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 131, e

informe de Davis acerca de Harput (1919), en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. III, p. 50. Los refugiados kurdos difundieron el cólera: Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 181.

[168] Ussher y Knapp, *An American Physician..., op. cit.* (aun cuando exagera su propio papel); Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 8-19 y 38-44; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* pp. 58-60.

[169] Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* pp. 60 y 61; para los militares, véase De Nogales, *Four Years..., op. cit.* Las cifras son discutibles.

[170] Akçam, *Armenien..., op. cit.,* p. 359 (*cf.* pp. 149 y 347). Las otras cuentas fueron de las masacres armenias y la entrada en la guerra.

[171] Kévorkian, *Le Genocide..., op. cit.,* p. 256.

[172] Cita: Erik Jan Zürcher, *Turkey: A Modern History*, I. B. Tauris, Londres y Nueva York, 1993, p. 131.

[173] Auron, *The Banality..., op. cit.,* p. 379.

[174] Dennis R. Papazian, «Introduction...», *op. cit.,* en Yessaian, *Out of Turkey..., op. cit.,* p. XXII.

[175] Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 45-46 y 60 (Harput); Hagopian Taft, *Rebirth, op. cit.,* p. 2 (Bandirma); Minassian, *Many Hills..., op. cit.,* p. 36 (Gurun).

[176] Koutcharian, «Der Völkermord...», *op. cit.,* p. 65; Akçam, *From Empire..., op. cit.,* pp. 171-174; Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* pp. 53-56.

[177] Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 85; Taner Akçam, «Anatomy of a Crime: The Turkish Historical Society's Manipulation of Archival Documents», *Journal of Genocide Research,* vol. 7, núm. 2, 2005, p. 276, n. 35; Kaiser, «"A Scene..."», *op. cit.,* p. 163.

[178] Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 96; para la desaprobación popular en general, véase Martin Niepage, *The Horrors of Aleppo*, T. F. Unwin, Londres [reimpresión en 1975 de la edición de 1917], p. 7; Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* pp. 179-180.

[179] De Nogales, *Four Years..., op. cit.,* pp. 25-26, 166, 170, 273 y 275; Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* p. 112, n. 708; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* p. 210.

[180] Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 353.

[181] *Ibid.,* pp. 106 y 362-364.

[182] Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* p. 126; Miller y Touryan Miller, *Survivors..., op. cit.,* pp. 97-102; Kaprielan-Churchill, «The Armenian Genocide...», *op. cit.,* pp. 232-233 y 247; Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 166 y 167.

[183] Derderian, «Common Fate...», *op. cit.,* p. 10; Kaprielan-Churchill, «The Armenian Genocide...», *op. cit.,* p. 250. Derdarian, *Vergeen..., op. cit.,* pp. 142 y 143, relata la historia de los niños «rescatados» contra su voluntad en 1919 de familias kurdas.

[184] Véase Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.,* pp. 156 y 157; McDowall, *A Modern History..., op. cit.,* p. 104.

[185] Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* p. 89; Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* pp. 19 y 21.

[186] Adalian, «Comparative Policy...», *op. cit.,* pp. 33-37 y 39-42; Matthias Bjoernlund, «The 1914 Cleansing of Aegean Greeks as a Case of Violent Turkification», *Journal of*

Genocide Research, vol. 10, núm. 1, 2008, pp. 41-57; Akçam, *From Empire..., op. cit.,* pp. 146-148; Hofmann, «Mit einer Stimme...», *op. cit.,* pp. 13 y 14; Harry Tsirkinidis, «Der Völkermord an den Griechen Kleinasiens (1914-1923)», en Hofmann, *Verfolgung..., op. cit.,* pp. 139 y 145-146.

[187] Kévorkian, *Le Genocide..., op. cit.,* p. 155.

[188] Agencia consular de los Estados Unidos en Andrianópolis, Allen, 23 de octubre de 1915 y 5 de marzo de 1916, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. II, pp. 66 y 69-70; Balakian, *Burning Tigris..., op. cit.,* p. 269.

[189] Kaiser, «Armenian Property...», *op. cit.,* p. 69.

[190] Tsirkinidis, «Der Völkermord...», *op. cit.,* pp. 142, 157-158, 163, 167 y 171; Konstantinos Fotiadis, «Der Völkermord an den Griechen des Pontos», en Hofmann, *Verfolgung..., op. cit.,* pp. 189-190 y 197-199.

[191] Martin, *Out of Darkness..., op. cit.,* p. 73.

[192] Hofmann, «Mit einer Stimme...», *op. cit.,* p. 38.

[193] Consulado de los Estados Unidos en Bagdad, 29 de agosto de 1915, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. I, p. 63; Gaunt, *Massacres..., op. cit.,* p. 128.

[194] Martin Tamcke, «Der Genozid an den Assyrern/Nestorianern (Ostsyrische Christen)», en Hofmann, *Verfolgung..., op. cit.,* p. 100.

[195] Riggs, *Days..., op. cit.,* p. 181.

[196] Madhar Ahmad, *Kurdistan..., op. cit.,* pp. 130 y 131; McDowall, *A Modern History..., op. cit.,* p. 109; Üngör, «"A Reign..."», *op. cit.,* pp. 87 y 88; Riggs, *Days..., op. cit.,* pp. 177-179 y 183-184. A la caravana particular que Riggs observó se le permitió volver atrás como reacción a amenazas de jefes tribales kurdos contra las autoridades.

[197] Akçam, *A Shameful Act..., op. cit.,* pp. 322 y 108, *cf.* pp. 328 y 329, por la época después de la primera Guerra Mundial; Akçam, *From Empire..., op. cit.,* pp. 92-100; Bloxham, *The Great Game..., op. cit.,* pp. 42 y 63; Lewy, *The Armenian Massacres..., op. cit.,* pp. 116-120 para la duración de la primera Guerra Mundial.

[198] Véase W. A. Shedd, Urmia, a Caldwell, ministro de los Estados Unidos en Terán, 23 de junio de 1915, y E. T. Allen, «Outline of Events in the District of Urmia», junio de 1918, en Sarafian, *United States Official Documents..., op. cit.,* vol. II, pp. 135-137 y 144-145; Gaunt, *Massacres..., op. cit.,* pp. 95, 99, 104, 110-117 y 120.

[199] Konstantinos A. Vakalopoulos, «Vertreibung und Genozid an den Griechen Ost-Thrakiens (1908-1922)», en Hofmann, *Verfolgung..., op. cit.,* pp. 129-131.

[200] Ussher, *An American Physician..., op. cit.,* pp. 283-285; Surmelian, *I Ask You..., op. cit.,* pp. 141-142 y 147-148.

[1] Véase Rounaq Jahan, «Genocide in Bangladesh», en Samuel Totten *et al.* (comps.), *Genocide in the Twentieth Century*, Garland, Nueva York y Londres, 1995, pp. 371-402; Wardatul Akmam, «Atrocities against Humanity During the Liberation War in Bangladesh: A Case of Genocide», *Journal of Genocide Research,* vol. 4, núm. 4, 2002, pp. 543-559; Shahriar Kabir, «Introduction», en Shahriar Kabir (comp.), *Tormenting Seventy One: An Account of Pakistan Army's Atrocities During Bangladesh Liberation War of 1971*, Nirmul Committee, Daca, 1999, www.mukto-mona.com/Special_Event_126_march/shariar_kabir/Tormenting 71_1.pdf (consulta: 9 de marzo de 2007), p. 2. Tempranos relatos siguieron estos lineamientos: Simon Dring, «Tanks Crush Revolt in East Pakistan», *Daily Telegraph*, 30 de marzo de 1971; Consulado de los Estados Unidos en Daça, telegrama del 28 de marzo de 1971, «Selective Genocide», en Sajit Gandhi (comp.), *The Tilt: The US and the South Asian Crisis of 1971,* National Security Archive Electronic Briefing Book 79, 16 de diciembre de 2002, www.gwu.edu/~nsarchive/NSAEBB/NSAEBB79 (consulta: 9 de marzo de 2007); Anthony Mascarenhas, *The Rape of Bangla Desh*, Vikas, Delhi, 1971, pp. 116 y 117.

[2] Hakeem Arshad Qureshi, *The 1971 Indo-Pak War: A Soldier's Narrative*, Oxford University Press, Oxford, 2002, pp. 20 y 35; Faizal Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis in Leadership*, National Book Foundation, Islamabad, 1973, p. 67; A. A. K. Niazi, *The Betrayal of East Pakistan*, Oxford University Press, Karachi, 1998, p. 45.

[3] Informe de situación, Consulado general de la República Federal de Alemania en Daca, 28 de octubre de 1971, PA AA B37/629; véase también Archer K. Blood, *The Cruel Birth of Bangladesh: Memoirs of an American Diplomat*, University Press Limited, Daca, 2002, pp. 67 y 68. Fuentes informativas (pro) bengalíes calculan el número de tempranos refuerzos, principalmente a través de las Pakistani International Airlines más alto que los autores pakistaníes: declaración del primer ministro Tajuddin, 18 de abril de 1971, en I. N. Tewary (comp.), *War of Independence in Bangla Desh*, Navachetna Prakashan, Nueva Delhi, 1971, p. 162 (una división); Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* pp. 87, 103 y 104 (12 000); Kalyan Chaudhuri, *Genocide in Bangladesh*, Orient Longman, Bombay, 1972, pp. 14 y 15; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 179. Siddiq Salik, *Witness to Surrender*, Lancer, Nueva Delhi, 1998 [1ª ed. 1977], pp. 40, 52 y 62, y el ex jefe del Estado Mayor pakistaní, Gul Hassan Khan, *Memoirs*, Oxford University Press, Karachi, 1993, pp. 260-261 y 285, habla de dos batallones.

[4] Qureshi, *The 1971 Indo-Pak War..., op. cit.,* pp. 32-84.

[5] Anthony Mascarenhas, «Genocide», *Sunday Times,* 13 de junio de 1971, en Fazlul Quader Quaderi (comp.), *Bangla Desh Genocide and World Press*, 2ª edición revisada, Begum Dilafroz Quaderi, Daca, 1972, pp. 132 y 137; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 82; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 37.

[6] Muhammad Ghulman Kabir, *Minority Politics in Bangladesh*, Vikas, Nueva Delhi, 1980, pp. 5-38.

[7] Bertil Lintner, «The Plights of Ethnic and Religious Minorities and the Rise of Islamic Extremism in Bangladesh», en K. V. Paliwal (comp.), *Islamism and Genocide of Minorities*

in Bangladesh, Hindu Writers' Forum, Nueva Delhi, 2005, p. 3.

[8] Ghulam Kabir, *Minority Politics..., op. cit.,* p. 41; Ramkrishna Mukherji, «Social Background of Bangladesh», *Economic and Political Weekly,* vol. 7, núms. 5-7, febrero de 1972, p. 270; Angus Hone, «Bangladesh: Political Economy of Reconstruction», *Economic and Political Weekly,* vol. 8, núm. 10, 10 de marzo de 1973, p. 312; Sumit Sen, «Stateless Refugees and the Right to Return: The Bihari Refugees of South Asia», parte 1, *International Journal of Refugee Law,* vol. 11, núm. 4, 1999, p. 628.

[9] Omar Noman, *Pakistan: A Political and Economic History Since 1947*, Kegan Paul International, Londres y Nueva York, 1988, p. 20.

[10] Ghulam Kabir, *Minority Politics..., op. cit.,* pp. 70 y 71. El sistema «demócratas básicos» significa que había elecciones populares de los representantes locales, que a su vez elegían a los representantes a un nivel local más amplio *(thana);* éstos elegían distrito, y éstos, a su vez, representantes provinciales. Como resultado, las élites locales obtenían virtualmente todos los escaños importantes y fortalecían su posición.

[11] Noman, *Pakistan..., op. cit.,* pp. 19 y 20.

[12] *Ibid.,* pp. 36 y 40.

[13] Kabir Uddin Ahmad, *Breakup of Pakistan: Background and Prospects of Bangladesh*, Social Science Publishers, Londres, 1972, pp. 1 y 59.

[14] Kalim Siddiqui, *Conflict, Crisis and War in East Pakistan*, Macmillan, Nueva York y Washington, 1972.

[15] Artículo de *Frontier,* 19 de diciembre de 1970, 24 de abril y 8 de mayo de 1971, en Muntassir Mamoon (ed.), *Media and the Liberation War of Bangladesh,* vol. 2*: Selections from the Frontier*, Centro de Estudios de Bangladesh, Daca, 2002, pp. 30, 100 y 112; Australian High Commission, Londres, cablegrama Inward, 8 de septiembre de 1972, ANA 855/2, parte 1, p. 238 («true status as a largely bourgeois nationalist party which had not really enjoyed majority support is again emerging» [el auténtico estatus, como un partido nacionalista principalmente burgués que no había gozado realmente de apoyo mayoritario, está emergiendo nuevamente]).

[16] Mukherji, «Social Background of Bangladesh...», *op. cit.,* p. 270; Rounaq Jahan, «Members of Parliament in Bangladesh», *Legislative Studies Quarterly,* vol. 1, núm. 3, 1976, esp. pp. 358-360; Richard Pilkington, «A "Time when Principles Make best Politics?": The United States Response to the Genocide in East Pakistan», Concordia University, tesis de maestría, 2006, p. 17.

[17] Howard Schuman, «A Note on the Rapid Rise of Mass Bengali Nationalism in East Pakistan», *American Journal of Sociology,* vol. 78, núm. 2, 1972, pp. 290-298.

[18] El bengalí no fue declarado idioma oficial, aunque más de la mitad de los pakistaníes lo hablaban, mientras que el urdu, hablado sólo por una pequeña minoría, pasó a ser el idioma oficial de Pakistán.

[19] Uddin Ahmad, *Breakup..., op. cit.,* pp. 26-51; Md. Abdul Wadeed Bhuiyan, *Emergence of Bangladesh and Role of Awami League*, Vikas, Delhi, 1982, pp. 77-96; Mohammad Ayoob y K. Subrahmanyam, *The Liberation War*, S. Chand, Nueva Delhi, 1972, pp. 31-48; Paul Dreyfus, *Du Pakistan au Bangladesh*, Arthaud, París, 1972, pp. 96-98; Pradbodh

Chandra, *Bloodbath in Bangla Desh*, Adarsh, Delhi, 1971, pp. 85 y 86; Tanweer Akram, «The Bangladesh Genocide of 1971», Working Paper, Allied Social Sciences Association Chicago, revisado el 13 de noviembre de 2006, http://papers.ssrn.com/so13/papers.cf?abstract_id=984686#PaperDownload (consulta: 15 de diciembre de 2007), p. 14. *Cf.* Suman Sarkar, «Pakistan: Patterns of Exploitation», *Frontier,* 28 de agosto de 1971, en Mamoon, *Media..., op. cit.,* pp. 56-59; para el punto de vista de Pakistán Occidental, L. F. Rushbrook Williams, *The East Pakistan Tragedy*, Drake, Nueva York, 1972, p. 108.

[20] G. W. Choudhury, *The Last Days of United Pakistan*, Indiana University Press, Bloomington, 1974, pp. 63 y 64; Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* p. 51; Embajada de los Estados Unidos en Rawalpindi, telegrama, 5 de marzo de 1970, NARA RG59, Gen. Rec., Economic, Box 484, AID 9 PAK 1/1/70.

[21] Dom Moraes, *The Tempest Within: An Account of East Pakistan*, Barnes and Noble, Nueva York, 1971, pp. 54-78; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* pp. 73-121; Dreyfus, *Du Pakistan..., op. cit.,* pp. 113-121, esp. p. 117; François Massa, *Bengale: histoire d'un conflit*, Editions Alain Moreau, París, 1972, p. 141; James y Marti Hefley, *Christ in Bangladesh*, Harper & Row, Nueva York, 1973, pp. 19-31.

[22] Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* pp. 56 y 59; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 44; Niazi, *The Betrayal..., op. cit.,* pp. 37 y 38; Christian Gerlach, «Der Versuch zur globalen entwicklungspolitischen Steuerung auf der World Food Conference von 1974», *WerkstattGeschichte,* vol. 11, núm. 31, 2002, pp. 83 y 84.

[23] Blood, *The Cruel..., op. cit.,* pp. 307 y 308 (un equipo estadunidense extrapoló 230 000 muertes).

[24] Oxfam Archive, Asia Field Committee, febrero de 1970 octubre de 1976, especialmente Informes de Richard Taylor, 16 de diciembre de 1970, p. 4, y de G. W. Acworth, 11 de marzo de 1974, 2, 7.

[25] Sheena Grosset, Tour Report-Bangladesh, 15-29 de noviembre de 1978, Oxfam Archive, Overseas Division Field Reports, Bangladesh Tour Reports 1972-1987; Gerlach, «Der Versuch...», *op. cit.,* pp. 79-86.

[26] Véase Choudhury, *The Last Days..., op. cit.,* pp. XII y 18.

[27] Onwar Marwah, «India's Military Intervention in East Pakistan, 1971-1972», *Modern Asian Studies,* vol. 13, núm. 4, 1979, p. 559; Siddiqui, *Conflict..., op. cit.,* pp. 94 y 95; Noman, *Pakistan..., op. cit.,* pp. 19 y 60; Bhuiyan, *Emergence..., op. cit.,* p. 81; Ayoob and Subrahmanyam, *The Liberation..., op. cit.,* p. 45.

[28] Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* pp. 64 y 86.

[29] Citado en Bhuiyan, *Emergence..., op. cit.,* p. 148.

[30] Choudhury, *The Last Days..., op. cit.,* p. 129; Ayoob y Subrahmanyam, *The Liberation..., op. cit.,* p. 117.

[31] Tal vez el ambicioso Bhutto buscaba incluso una disolución nacional y obtener el liderazgo de un ala occidental restructurada: Ayoob y Subrahmanyam, *The Liberation..., op. cit.,* p. 99.

[32] Richard Sisson y Leo E. Rose, *War and Secession: Pakistan, India, and the Creation of Bangladesh*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 82-96.

[33] Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* pp. 112-130; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 173. Army killings: «E Pakistan Claim of 300 Shot Dead», *The Times,* 5 de marzo de 1971; Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 56 y 57.

[34] Gobierno de Pakistán, *White Paper on the Crisis in East Pakistan,* n. p. [Rawalpindi], 5 de agosto de 1971, pp. 15-27.

[35] Sukharanjan Dasgupta, *Midnight Massacre in Dacca*, Vikas, Nueva Delhi, 1978, pp. 52 y 53; Lawrence Lifschultz, *Bangladesh: The Unfinished Revolution*, Zed, Londres, 1979, pp. 28 y 29.

[36] Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* pp. 38 y 40; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* pp. 53 y 54; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* pp. 81-90; Robert Payne, *Massacre*, Macmillan, Nueva York, 1973, p. 13; Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 39 y 40.

[37] Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* pp. 59-60 y 66-70; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* pp. 95, 112 y 132-133; una vez más, con fechas ligeramente distintas: Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 62-66 y 68.

[38] Texto en Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 228-234. Véase Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 71; Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* pp. 44 y 46; para una orden interceptada, a Dinajpur («Disarm Bengalis»), véase Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 60.

[39] Citado en Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 53. *Cf.* Jim McKinley, *Death to Life: Bangladesh as Experienced by a Missionary Family*, The Highview Baptist Church, Louisville, 1978, p. 8.

[40] Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* pp. 46 y 47; Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 73-75; cita: Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 158. Véase Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 25-56.

[41] Consulado de la República Democrática de Alemania en Calcuta, «Vermerk über ein Gespräch mit Oberstleutnant B. P. Rikhye», 4 de mayo de 1971, PA AA MfAA C1052/77/ 25; a partir de observaciones personales, Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 66, 78; cita: Simon Dring, «Tanks Crush Revolt in Pakistan», *Daily Telegraph,* 30 de marzo de 1971; *cf.* Payne, *Massacre, op. cit.,* p. 44.

[42] Amir Tahari, «Five Views of a Tragedy», *Kayhan International,* 28 de julio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 195.

[43] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 59 y 60 (Dinajpur, Rangpur, Hilli, Bogra).

[44] De hecho, el plan «Reflector» corresponde a casi todos los supuestos blancos del levantamiento bengalí, salvo en los puestos de la frontera. White Paper, p. 40; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 45.

[45] Relato del entonces brigadier M. R. Majumdar, en Kabir, *Tormenting..., op. cit.;* Rafiq ul Islam, A *Tale of Millions*, Bangladesh Books International, Daca, 1981, pp. 55-67; A. M. H. Muhith, *Bangladesh: Emergence of a Nation*, Bangladesh Books International, Daca, 1978, p. 210; Talukder Maniruzzaman, *The Bangladesh Revolution and Its Aftermath*, Bangladesh Books International, Daca, 1980, pp. 84 y 85.

[46] Islam, *A Tale..., op. cit.,* pp. 3-6 y 72-88, esp. p. 79.

[47] Jahanara Imam, *Of Blood and Fire*, Sterling, Nueva Delhi, 1989, pp. 8 y 9; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* pp. 156, 158 y 163; David Loshak, *Pakistan Crisis*, McGraw Hill, Nueva

York, 1971, p. 74; «Wave of Protests Sweeps Across East Pakistan», *The Times,* 3 de marzo de 1971.

[48] Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 173 (primera cita); Islam, *A Tale..., op. cit.,* pp. 49 y 50.

[49] Relato del entonces comandante *Ansar* Btl. Mosharraf Hossain, en Kabir, *Tormenting..., op. cit.* (Pabna); relatos de Waliul Islam (Chittagong), A. K. M. Jahangir (Rajshahi), y Arief Razzaque (Ishurdi), en Ishrat Firdousi (comp.), *The Year That Was*, Bastu Prakashan, Daca, 1996, pp. 15-24 y 115; «Pakistan: Death of an Ideal», *Newsweek,* 12 de abril de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 55; Muhith, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 210; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 186.

[50] Relatos de Syed Mushtaque y Afsan Chowdhury, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 30 y 337; Peter Hazelhurst, «Bengalis out for Independence by Any Means», *The Times,* 25 de marzo de 1971; Sarmila Bose, «Anatomy of violence: Analysis of civil war in East Pakistan in 1971», *Economic and Political Weekly,* 8 de octubre de 2005, www.epw.org.in/showArticles.php?root=2005&leaf=10&filename=9223&filetype=html (consulta: 9 de marzo de 2007); Muhith, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 222; transcripción parcial del radiograma del ejército pakistaní, noche del 25 de marzo de 1971, registrada por Dr. M. M. Husain, Atomic Energy Center, Daca, www.bd71.com/docs/LWM/tape4.html a www.bd71.com/docs/LWM/tape4.htm (consulta: 14 de diciembre de 2007); otros fragmentos en Jag Mohan (comp.), *The Black Book of Genocide in Bangla Desh*, Geeta Book Centre, Nueva Delhi, 1971, pp. 25-29. *Cf.* Imam, *Of Blood..., op. cit.,* pp. 26 y 27 (16 de marzo de 1971); Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 123.

[51] Muhith, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 230 y 287.

[52] Maniruzzaman, *The Bangladesh..., op. cit.,* pp. 85-95; Amita Malik, *The Year of the Vulture*, Orient Longmans, Nueva Delhi, 1972, p. 24.

[53] Muhith, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 287; Maniruzzaman, *The Bangladesh..., op. cit.,* pp. 99 y 100; control bengalí: *ibid.,* pp. 85-95.

[54] Akmam, «Atrocities...», *op. cit.,* p. 551; Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* pp. 18 y 117 (cuartel general de la Division 9).

[55] Simon Dring, «Tanks Crush Revolt in Pakistan», *Daily Telegraph,* 30 de marzo de 1971.

[56] Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.*

[57] Noman, *Pakistan..., op. cit.,* p. 30; para el libro de 1967 considerado racista, Ayub tenía un «escritor fantasma»: véase Dasgupta, *Midnight..., op. cit.,* p. 28.

[58] Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 94. Para información general sobre el racismo en el sur de Asia, estoy en deuda con Clemens Six.

[59] Transcripción parcial del cable del ejército pakistaní, de la noche del 25 de marzo de 1971 (véase la nota 50 de este capítulo); Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.,* y Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* p. 119 (Comilla, abril de 1971).

[60] Declaraciones del teniente coronel Mansirul Haq y de Mohammed Ashraf, subcomisionado adicional en Daca, en el informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo II, 15 y 16; Malik, *Year..., op. cit.,* pp. 72 y 115, citando a un taxista de Daca y al

administrador de una plantación de té. Éste es un paralelo notable con el «envío a China» en Indonesia, 1965.

[61] En una encuesta entre estudiantes pakistaníes en 1968, sólo 8% en el Oriente y 17% en el Occidente «se enorgullecían del islam y del nacionalismo islámico». Herbert Feldman, *The End and the Beginning: Pakistan 1969-1971*, Oxford University Press, Londres, 1975, p. 47.

[62] Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* pp. 78 y 79; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 165.

[63] Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* p. 78; «Razakar», Banglapedia, http://banglapedia.search.com.bd/HT/r_ 0159.htm (consulta: 5 de marzo de 2007). Para los Comités de Paz, véase Bhuiyan, *Emergence..., op. cit.,* p. 219; Ahmed Sharif *et al.* (comps.), *Genocide '71: An Account of the Killers and Collaborators*, Muktijuddha Chetona Bikash Kendra, Daca, 1988, pp. 39-46, 50, 52, 58-59, 92, 100 y 123-125; Imam, *Of Blood..., op. cit.,* p. 62. (14 de abril de 1971); *Pakistan Observer,* 26 de abril y 11 de mayo de 1971; «Second Report on the Findings of the People's Inquiry Commission» (1995), Maulana A. K. M. Yousuf; Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 105.

[64] Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* p. 79, y Robert Jackson, *South Asian Crisis: India, Pakistan, and Bangla Desh, a Political and Historical Analysis of the 1971 War*, Praeger, Nueva York, 1975, p. 132. (35 000 o 70%); Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 105 (50 000 o 50%); 5 000: Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.;* Sharif *et al., Genocide '71..., op. cit.,* p. 125.

[65] Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 276; *cf.* Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* pp. 164 y 165. Hubo 25 000 (inicialmente 11 000) soldados del EPCAF: Jackson, *South Asian Crisis..., op. cit.,* p. 132; Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* p. 52.

[66] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 23; Consulado General de la República Federal de Alemania en Daca, informe de situación, 15 de octubre de 1971, PA B37/629; para el ejemplo de los estudiantes de Sharshnia madrassah, distrito de Barisal, acusados de haber asesinado a miles de ciudadanos locales: Sharif *et al., Genocide '71..., op. cit.,* p. 112.

[67] Memorándum Williams, 5 de noviembre de 1971, FRUS 1969-1976, vol. E-7, doc. 152 (General Farman); Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* pp. 100 y 101; Sharif *et al., Genocide '71..., op. cit.,* p. 68.

[68] Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* p. 79; Comisión Internacional de Juristas, Acontecimientos, IIb, «Razakars»; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 193; «Report on the Findings of the People's Inquiry Commission» (1994); *cf.* Imam, *Of Blood..., op. cit.,* pp. 206 y 207 (23 de octubre de 1971).

[69] Jahan, «Genocide...», *op. cit.,* p. 384.

[70] «In Pakistan: Schwere Massenrepressalien gegen die demokratischen Kräfte», BA, DY/30/ IVA2/20, Nr. 615; Ghulam Kabir, *Minority Politics..., op. cit.,* p. 66.

[71] Noman, *Pakistan..., op. cit.,* p. 32. Se registraron cerca de 1 000 motines anuales en Pakistán Occidental. En Bangladesh se registraron 11 890 motines en 1972, 7 323 en 1973, y 8 458 en 1974: Mohiuddin Alamgir, *Famine in South Asia*, Oelgeschlager, Gunn & Hain, Cambridge (Ma.), 1980, p. 139.

[72] Beth Roy, *Some Trouble with Cows: Making Sense of Social Conflict*, California University Press, Berkeley, 1994, sobre un incidente ocurrido en Panipur, distrito de

Faridpur, en 1954. Por desdicha, el tipo de moderación mostrado allí, que sólo dio por resultado heridos y no muertos, no se aplicó en otras partes.

[73] Marian N. Olsen, *Bangladesh: Tears and Laughter*, Willmar Assembly of God, Willmar, 2002, pp. 104-106; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 13; Moraes, *The Tempest..., op. cit.,* pp. 31, 34, 38; Siddiqui, *Conflict..., op. cit.,* pp. 121-131; McKinley, *Death..., op. cit.,* p. 38; Ayoob y Subrahmanyam, *The Liberation..., op. cit.,* p. 79; Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 21. Segunda cita: Loshak, *Pakistan..., op. cit.,* pp. 32 y 33. 2000: Peter Heβ, *Bangladesch: Tragödie einer Staatsgründung*, Huber, Frauenfeld y Stuttgart: 1972, p. 43.

[74] Maniruzzaman, *The Bangladesh..., op. cit.,* p. 65.

[75] Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 151; Massa, *Bengale..., op. cit.,* pp. 140 y 141; Qureshi, *The 1971 Indo Pak War..., op. cit.,* p. 12; Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 5 y 15; White Paper, pp. 6-8. Para las elecciones de 1973: Anthony Mascarenhas, *Bangladesh: A Legacy of Blood,* Arnold Overseas, Londres, 1986, pp. 33 y 34.

[76] Discurso de Mujib, *Hindustan Standard,* 11 de marzo de 1971, en Tewary, *War..., op. cit.,* p. 119; discurso de Mujib, *Morning News,* 27 de noviembre de 1970, en el Ministry of External Affairs, India (comp.), *Bangla Desh Documents*, B. N. K. Press, n.y. Madrás [1971], pp. 123 y 124; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* pp. 117, 131, 136; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 293, n. 2; Noman, *Pakistan..., op. cit.,* p. 53, n. 70; Maniruzzaman, *The Bangladesh..., op. cit.,* pp. 76 y 77. Antes de su discurso del 7 de marzo, Mujib advirtió del baño de sangre en una reunión interna de dirigentes de la Liga Awami: Ayoob y Subrahmanyam, *The Liberation..., op. cit.,* pp. 118 y 119.

[77] Muntassir Mamoon (comp.), *The Vanquished Generals and the Liberation War of Bangladesh*, Somoy Prokashan, Daca, 2000, p. 26, www.bd71.com/docs/71generals.pdf (consulta: 15 diciembre de 2007).

[78] Kabir, «Introduction...», *op. cit.,* p. 1; Mamoon, *Media..., op. cit.,* vol. 2, p. 3; Akram, «The Bangladesh...», *op. cit.,* pp. 30 y 32. Estudios exteriores: Jahan, «Genocide...», *op. cit.,* p. 386; Donald Beachler, «The Politics of Genocide Scholarship: The Case of Bangladesh», *Patterns of Prejudice,* vol. 41, núm. 5, 2007, pp. 467-492.

[79] Véase Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* esp. pp. 3, 22 y 199-202. No se incluyeron datos de las Colinas de Chittagong.

[80] Esta versión parece haber sido adoptada inmediatamente después del regreso de Mujib a Bangladesh en enero de 1972. Algunos ministros del gobierno hablaron de 1.5 millones de muertes. Dreyfus, *Du Pakistan..., op. cit.,* p. 171; comentarios críticos por Qureshi, *The 1971 Indo-Pak War..., op. cit.,* pp. 278 y 279. Supuestamente, la cifra de tres millones fue mencionada inicialmente por el diario soviético *Pravda* del 3 de enero de 1972: Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 22.

[81] Informe de la Comisión Hamoodur, informe suplementario, finales de 1974, www.bangla2000.com/bangladesh/Independence-War/ReportHamoodur-Rahman/default.shtm (consulta: 12 de marzo de 2007), parte V, capítulo 2, párrafo 33 (26 000, según el cuartel general del ejército pakistaní); entrevista con el general Rao Farman Ali, en Mamoon, *The Vanquished..., op. cit.,* p. 154; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 5.

[82] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 71 (informe a IRC de la misión de emergencia, junio de 1971, 200 000); Consulado General de la República Federal de Alemania, Daca, 28 de octubre de 1971, PA AA B37/629 (300 000 a 500 000); «Pakistan: Polishing a Tarnished Image», *Time,* 24 de mayo de 1971, en Quaderi; *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 89 (más de 200 000); Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 306, n. 24 (300 000-500 000). Véase Loshak, *Pakistan..., op. cit.,* pp. 100-102, acerca de la propaganda sobre atrocidades indias.

[83] Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* p. 61; Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.,* p. 118 (se dio una cifra de 250 000 muertes violentas, de las cuales hasta 100 000 eran, supuestamente, víctimas no bengalíes de la violencia de la turba).

[84] Malcolm Browne, «Bengalis Depict How a Priest Died», *New York Times,* 9 de mayo de 1971; Massa, *Bengale,* p. 187; informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo II, párrafo 17 (el general Gul Hassan, jefe del Estado Mayor, en una visita «solía preguntar a los soldados "cuántos bengalíes ha matado usted"»); transcripción parcial de una grabación de tráfico de la radio del ejército pakistaní, 25-26 de marzo de 1971, www.bd71.com/docs/LWM/tape.html (consulta: 14 de diciembre de 2007).

[85] Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.,* pp. 120-125 (Comilla, abril de 1971).

[86] Sydney Schanberg, «Hours of Terror for a Trapped Bengali Officer», *New York Times,* 17 de abril de 1971.

[87] Transcripción parcial de tráfico de cable del ejército pakistaní, noche del 25 de marzo de 1971, registrada por el doctor. M. M. Husain, Centro de Energía Atómica, Daca, www.bd71.com/docs/LWM/tape.html a... tape4.html; Bose, «Anatomy...», *op. cit.* Consulado de los Estados Unidos en Daca, telegrama «Killings at University», 30 de marzo de 1971, *The Tilt,* doc. 4; Consulado general de la República Federal de Alemania en Daca, 28 de octubre de 1971, PA AA B37/629; relatos de Abul Fazal y Syed Mushtaque Ali, en Kabir, *The Tormenting..., op. cit.;* relato de Rabiul Husain, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 309 y 313-314; relato de Kali Ranjansheel, en Jahan, «Genocide...», *op. cit.,* pp. 390-393. Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* pone el número oficial de civiles muertos en la Universidad en 150. Para las unidades: Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 72 y 73. For Rajshahi University: Malik, *The Year..., op. cit.,* pp. 27 y 28.

[88] *Ibid.,* pp. 79-83; longitud en pies en NBC News, 7 de enero de 1972, www.youtube.com/watch?v=sMg9Ly9nKog&feature=related (consulta: 15 de diciembre de 2007).

[89] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 152; datos detallados, pero tentativos, en Nurul Islam Patwari, «Onslaught on Intellect and Intelligentsia», en Bangladesh Ministry of Information and Broadcasting, *Bangladesh,* Daca, 1972, p. 87.

[90] Embajada de la República Democrática Alemana en Daca, «Zur Einschätzung des Klassenkräfteverhältnisses», 12 de diciembre de 1972, PA AA, MfAA C1052/77, 128 (166 640 profesores en todos los niveles, para 1969-1970). Si hemos de confiar en la cifra de muertes más baja, fueron asesinados 21 de 890 profesores universitarios, 59 de 4 200 profesores de bachillerato, 270 de 45 550 profesores de secundaria, y 639 de 116 000 profesores de primaria (mismo documento y Patwari, «Onslaught...», *op. cit.,* p. 87).

[91] 94, 839, y 1 900 según una cuenta de la Universidad de Calcuta: International Rescue Committee Emergency Mission to India for Pakistani refugees, Angier Biddle Duke [junio de 1971], en *Bangla Desh Documents…, op. cit.,* p. 466. Se calculó que habían emigrado 10 000 miembros del personal docente (6%).

[92] Maniruzzaman, *The Bangladesh…, op. cit.,* pp. 106, n. 40, y 235; Malik, *The Year…, op. cit.,* pp. 27 y 28; Sukumar Biswas, «Killing Fields in Rajshahi», en Kabir, *The Tormenting…, op. cit.;* Consulado general de la República Federal de Alemania en Daca, 28 de octubre de 1971, PA AA B37/629.

[93] Consulado general de la República Federal de Alemania en Daca, 28 de octubre de 1971, PA AA B37/629.

[94] Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 93, subrayando que su éxito había sido limitado; pero véase Sharif *et al., Genocide '71…, op. cit.,* pp. 190-216.

[95] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* pp. 190-197; Bhuiyan, *Emergence…, op. cit.,* pp. 251 y 252; relato de un sobreviviente Md. Delwar Hossain en Sharif *et al., Genocide '71…, op. cit.,* pp. 78-84, *cf.* pp. 130-189; Informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo II, §25-26 (se dijo que fueron cancelados los planes de arresto de 2 000 a 3 000 nacionalistas).

[96] Mascarenhas, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 15 y 16; Imam, *Of Blood,* pp. 194 y 206-207 (13 de septiembre, 23 de octubre de 1971); Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* pp. 35 y 105; Sharif *et al., Genocide '71…, op. cit.,* pp. 216-221. Antes, había 300 000 civiles empleados por el gobierno central y 350 000 por autoridades locales y regionales en todo Pakistán: Henry Frank Goodnow, *The Civil Service of Pakistan: Bureaucracy in a New Nation*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1964, p. 40.

[97] Dasgupta, *Midnight…, op. cit.,* p. 48; Amir Taheri, «The Decline and Fall of Sheikh Mujib», *Kayhan,* 1º de agosto de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 205. Para la participación de intelectuales bengalíes, Sharif *et al., Genocide '71…, op. cit.,* pp. 190-216.

[98] Payne, *Massacre, op. cit.,* p. 58.

[99] «Pogrom in Pakistan», *The Sunday Times,* 20 de junio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 143; Payne, *Massacre, op. cit.,* p. 58, fecha este paso en abril. De hecho, Tikka Khan había tratado, antes, de ganarse a miembros de la Liga Awami, en un discurso del 18 de abril: Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 82.

[100] M. Rashiduzzaman, «The Awami League in the Political Development of Pakistan», *Asian Survey,* vol. 10, núm. 7, 1970, pp. 578-581; «Die Awami-Liga» [*ca.* 1973], PA AA, MfAA C1046/77, p. 83; Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 58*;* Dasgupta, *Midnight…, op. cit.,* p. 28.

[101] Dos ligas de estudiantes rivales, entonces o antes afiliadas a la Liga Awami, contaban con un total de 700 000 miembros en 1973: Embajada de la República Democrática Alemana en Daca, «Information über die Lage in den Jugend-und Studentenorganisationen Bangladeschs», PA AA, MfAA C1053/77, pp. 145-151.

[102] P. G. F. Henderson, visita a Daca, 29 de febrero, 4 de marzo de 1972, 9 de marzo de 1972, ANA 855/2, parte I, pp. 139 y 145. Esto es confirmado por informes de que miembros de la Liga Awami cooperaron con las autoridades militares de Pakistán, mientras que la

mayoría salió al exilio: «The Mukti Fouj is still Fighting», *Economist,* 10 de julio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 166. *Cf.* Heß, *Bangladesch..., op. cit.,* p. 100.

[103] Véase Choudhury, *The Last Days..., op. cit.,* p. 184; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 158; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 207; Pabna: «Second Report on the Findings of the People's Inquiry Commission» (1995), «Moulana Abdus Sobhan».

[104] Amir Taheri, «The Reluctant President», *Kayhan* (international)*..., op. cit.,* 27 de julio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 187; Bhuiyan, *Emergence..., op. cit.,* p. 193; dos artículos en *Frontier,* Calcuta, 24 de abril y 1º de mayo de 1971, en Mamoon, *Media..., op. cit.,* pp. 101 y 105; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 159; Jackson, *South Asian Crisis..., op. cit.,* p. 76; Embajada de los Estados Unidos en Pakistán, telegrama del 20 de agosto de 1971, FRUS 1969-1976, vol. XI, p. 355; Muhith, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 230. Falta de información: Qureshi, *The 1971 Indo-Pak War..., op. cit.,* p. 100; Mueem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 73.

[105] Dasgupta, *Midnight..., op. cit.,* pp. 76 y 77.

[106] En una audiencia del Comité Judicial del Senado de los Estados Unidos, del 29 de junio de 1971, Archer Blood, ex cónsul de los Estados Unidos en Daca que había criticado al gobierno pakistaní, negó que el ejército se hubiera «concentrado en eliminar a elementos intelectuales del Pakistán Oriental»: Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 329.

[107] Ayoob y Subrahmanyam, *The Liberation..., op. cit.,* pp. 152 y 155; Lifschultz. *Bangladesh..., op. cit.,* p. 31; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 176 y 177; Biswas, «Killing Fields in Chittagong», en Kabir, *The Tormenting..., op. cit.;* relatos de sobrevivientes de Bengala: Mohammed Naum Miah, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 52: Consulado de los Estados Unidos en Daca, telegrama, 29 de marzo de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. E-7: Documents on South Asia 1969-1972. [Washington, 2005, WWW.state.gov/r/pa/ho/frus/nixon/e7/ (consulta: 13 de diciembre de 2007)], doc. 126. Para el asesinato de 932 soldados bengalíes en Comilla: Comisión Hamoodur, parte v, párrafo 15. Abdul Malek, de los fusileros del Pakistán Oriental, de Daca, declaró que cuando dispararon contra él y lo dieron por muerto en agosto, más de 500 de 1 500 soldados de su unidad habían sido asesinados en pequeñas acciones: Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 178. Islam, *A Tale..., op. cit.,* p. 81, afirma que 1 000 fusileros del Pakistán Oriental fueron muertos en Chittagong en la primera noche.

[108] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 103-105 y 108-112; relato de testigos presenciales de la estación de policía de Rajar Bagh, en Daca por Rabeya Khatun (18 de febrero de 1974), en Kabir, *The Tormenting..., op. cit.;* Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 57 (Kushtia). Un informe de la situación del Consulado general de la República Federal de Alemania en Daca del 28 de octubre de 1971 declaró que inicialmente había 30 000 policías: PA AA B37/629. Continuaron prestando servicio bajo las tropas pakistaníes 11 500 policías bengalíes: Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* p. 77. Para los *Ansars,* véase «Ansar and Village Defense Party» en Banglapedia, www.banglapedia.org/httpdocs/ HT/A_0256.HTM (consulta: 3 de mayo de 2010).

[109] Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 152. Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 173 y 174, hace la misma declaración, poniendo la cifra de muertos en 500, pero ofrece ejemplos que suman hasta 730 muertes violentas. Para el número total de budistas, véase D. Bhattacharjya *et al.,*

«What is Happening in the Once Secular Bangladesh», en Paliwal, *Islamism..., op. cit.,* p. 47; Dreyfus, *Du Pakistan..., op. cit.,* p. 107; Ghulam Kabir, *Minority Politics..., op. cit.,* p. 6; Roland Breton, *La population du Bangladesh*, La documentation française, París, 1972, pp. 37 y 53. Refugiados: Mohan, *The Black Book..., op. cit.,* pp. 41 y 42.

[110] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 108.

[111] George T. Curlin *et al.,* «Demographic Crisis: The Impact of the Bangladesh Civil War (1971) on Births and Deaths in a Rural Area of Bangladesh», *Population Studies,* vol. 30, núm. 1, 1976, pp. 91 y 92; véase también A. K. M. Alauddin Chowdhury y Lincoln C. Chen, «The Interaction of Nutrition, Inflation and Mortality During Recent Food Crisis in Bangladesh», *Food Research Institute Studies,* vol. 16, núm. 2, 1977, p. 49; Tim Dyson, «On the demography of South Asian Famines, Part II», *Population Studies,* vol. 45, núm. 2, 1991, p. 286.

[112] James B. Sprague y Stanley O. Foster/Gobierno de Bangladesh y Operación de Ayuda de la ONU en Daca, «Second Bangladesh National Nutritional Assessment», documento de información núm. 21, octubre de 1972, Archiv für Zeitgeschichte Zurich (AfZ), Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Paper núm. 21, cuadro 5, ofrece una calculada tasa anual de muertes de 20.9 para marzo de 1971 a mayo de 1972, en comparación con 14.9 entre mayo y octubre de 1972.

[113] Curlin *et al.,* «Demographic Crisis...», *op. cit.,* p. 103, dice que esta cifra es de «casi 500 000» pero incluye 1972-1973. Varias fuentes informativas tienen cifras de población de 70 a 75 millones para Pakistán Oriental en 1971.

[114] Aquí, «exceso» significa que murieron 44 hombres, entre los 15 y los 44, más de lo que se habría esperado sobre una base estadística a largo plazo.

[115] Curlin *et al.,* «Demographic Crisis...», *op. cit.,* pp. 89 y 98.

[116] «Random checks at the local level», de Marcus Franda, en 1972, también mostró «invariablemente» que funcionarios de la Liga Awami habían inflado el número de víctimas entre tres y 10 veces: Marcus Franda, *Bangladesh: The First Decade,* South Asia Publishers, Nueva Delhi, 1982, p. 28.

[117] K. C. Saha, «The Genocide of 1971 and the Refugee Influx in the East», en Ranabir Samaddar (comp.), *Refugees and the State: Practices of Asylum and Care in India, 1947-2000*, Sage, Nueva Delhi, 2003, pp. 212, 230; Jackson, *South Asian Crisis..., op. cit.,* p. 46. Franda, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 111, escribe que quienes se quedaron con parientes o amigos fueron registrados y también recibieron raciones alimentarias.

[118] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 94. Otras 50 000 personas del Pakistán Oriental huyeron a Birmania: *ibid.,* p. 77.

[119] CIA: minutas del Senior Review Group Meeting, 23 de julio de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. XI: South Asia Crisis (Washington, 2005), p. 31, www.state.gov/locuments/organization/4587.pdf (consulta: 13 diciembre de 2007). Una opinión disidente: Dreyfus, *Du Pakistan..., op. cit.,* p. 179.

[120] P. N. Luthra, «Problem of Refugees from East Bengal», *Economic and Political Weekly,* vol. 6, núm. 50, 11 de diciembre de 1971, p. 2471 (Luthra encabezó el esfuerzo de

alivio para refugiados indios); Partha N. Mukherji, «The Great Exodus of 1971: I-Exodus», *Economic and Political Weekly,* vol. 9, núm. 9, 2 de marzo de 1974, p. 365.

[121] Saha, «The Genocide…», *op. cit.,* p. 235; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis…, op. cit.,* p. 88.

[122] Memorándum de Maurice Williams para el Departamento de Estado, 5 de noviembre de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. E-7, doc. 152; «A War Waiting to Happen», *Newsweek,* 8 noviembre, 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 385; informe de campo de Hendrik Van der Hejden, 23 de junio de 1971 en *Thousand My Lais: World Bank Study on Bangla Desh*, s. l., s.f. [1971], p. 3.

[123] Consulado General de la República Federal de Alemania en Daca, «Lage der Hindus in Ostpakistan», 30 de julio de 1971, PA AA B37/628; [Williams], misión de apoyo a Pakistán para refugiados y asuntos relacionados, 3 de septiembre de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. E-7, doc. 143; Mamoon, *Media…, op. cit.,* p. 122; Saha, «The Genocide…», *op. cit.,* pp. 237-238.

[124] Ghulam Kabir, *Minority Politics…, op. cit.,* p. 84; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis…, op. cit.,* p. 88; Sisson y Rose, *War…, op. cit.,* p. 296, n. 23; Saha, «The Genocide…», *op. cit.,* p. 214 (refugiados del distrito de Khulna al distrito 24-Parganas); Malik, *The Year…, op. cit.,* p. 32. Cifras contradictorias en Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* pp. 6, 88-89 y 171. Más de 90% (6.971 de 7 556 millones), según «Refugees from Bangladesh», *Bangla Desh Documents…, op. cit.,* p. 446; *cf.* Breton, *La population…, op. cit.,* p. 26.

[125] Sydney H. Schanberg, «The Only Way to Describe it is "Hell"», *New York Times,* 20 de junio de 1971; «Humanitäre Hilfe für ostpakistanische Flüchtlinge in Indien», 18 de junio de 1971, PA AA B37/629: Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 89 (Tripura).

[126] *Ibid.,* pp. 6 y 77, también menciona a 5.7 millones de campesinos y a 2.5 millones de peones sin tierras, citando un informe de la UNROD (no se sabe bien quién recabó tales datos, lo que sólo pudieron hacer autoridades de la India); *cf.* datos locales en Malik, *The Year…, op. cit.,* pp. 17 y 33; Mukherji, «The Great Exodus…», *op. cit.,* I, p. 366; F. Cochet, ACNUR, «Appraisal of the situation in the are Comilla-Feni-Cox's Bazar», 10 de enero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. I.

[127] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* pp. 133 y 144.

[128] Sisson y Rose, *War…, op. cit.,* pp. 300 y 301, n. 10; A. K. M. Aminul Islam, *Victorious Victims: Political Transformation in a Traditional Society*, Schenkman, Cambridge, (Ma), 1978, p. 99; *cf.* Maniruzzaman, *The Bangladesh…, op. cit.,* p. 113; D. K. Palit, *The Lightning Campaign*, Compton, Salisbury, 1972, p. 57. Islam, *A Tale…, op. cit.,* pp. 199 y 200, dando a entender que menos de 1% de Mukti Bahini llegaron «de los campamentos para refugiados», implicando que eran hindúes.

[129] De 9.733 millones de refugiados, para el 30 de noviembre, sólo 2.319 millones eran niños de menos de ocho años, en comparación con 3.301 millones de mujeres mayores (Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 96); véase también Partha N. Mukherji, «The Great Exodus of 1971: II-Reception», *Economic and Political Weekly,* vol. 9, núm. 10, 9 de marzo de 1974, p. 401.

[130] Relato de M. R. Choudhury, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 463.

[131] El informe de junio de 1971 de la misión IBRD llamó a ésta «la zona con mayor pérdida de población»: *Thousand My Lais..., op. cit.,* p. 21.

[132] Luthra, «Problem...», *op. cit.,* pp. 2467 y 2471; Dreyfus, *Du Pakistan..., op. cit.,* p. 179; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 95 y 141; 2.6 millones de refugiados llegaron de los distritos de Dinajpur (1.5 tan sólo de allí), Rangpur, y Rajshahi, de Sylhet 800 000, de Mymensingh 600 000, Jessore 590 000, Faridpur 583 000, Khulna y Comilla 500 000 de cada una, de Daca 442 000, de Barisal 386 000: informes de observadores de UNROD o UNICEF, enero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. I. Estos datos, publicados por autoridades de Bangladesh, fueron tomados de fuentes indias. Con datos ligeramente distintos, William Greenough III y Richard Cash, «Post-Civil War in Bangladesh: Health Problems and Programs», en Lincoln C. Chen (comp.), *Disaster in Bangladesh: Health Crises in a Developing Nation,* Oxford University Press, Nueva York, 1973, p. 243.

[133] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 95.

[134] Véanse las fuentes en las notas 132 y 141; para Bogra, Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 76.

[135] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 88 y 89 (Tripura y July); Saha, «Genocide...», *op. cit.,* pp. 216 y 217.

[136] Mukherji, «Great Exodus...», *op. cit.,* I, pp. 367-369.

[137] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 39-41, 87 y 93; Chandra, *Bloodbath..., op. cit.,* p. 5; Malik, *Year..., op. cit.,* pp. 65 y 66; «The Bengali Refugees: A Surfeit of Woe», *Time,* 21 de junio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 151; Bose, «Anatomy...», *op. cit.*

[138] Conversación entre Nixon, Kissinger y Keating (embajador de los Estados Unidos en India), 15 de junio de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. E-7, doc. 137.

[139] Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos en Nueva Delhi, 27 de marzo de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. XI, 31; Saha, «Genocide...», *op. cit.,* p. 222; Gandhi: *Pakistan Observer,* 25 de mayo de 1971, www.docstrangelove.com/2007/12/23/bangladeshgenocide-archive-pakistani-reports-pakistan-observer-march-26-december 16-1971/ (consulta: 4 de enero de 2008).

[140] Rushbrook Williams, *The East Pakistan..., op. cit.,* p. 11; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 88, da la cifra de 400 000 civiles no bengalíes; *cf.* Bhuiyan, *Emergence..., op. cit.,* p. 192; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* pp. 146 y 160.

[141] Consulado de República Democrática Alemana en Calcuta, «Note about the December 18 conversation with Bangladesh's Minister of Interior and Rehabilitation», A. K. M. Kamruzzaman, 18 de diciembre de 1971, PA AA MfAA c1052/77, p. 100; UNROD, Information Paper núm. 17, S. K. Dey, Bangladesh: «A Survey of Damages and Repairs», AfZ, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. 1, p. VII. Según Lincoln Chen y Jon Rohde, «Civil War in Bangladesh: Famine Averted?», en Chen, *Disaster..., op. cit.,* p. 198, n. 11; otro documento de UNROD incluyó un cálculo de 16.6 millones internamente desplazados.

[142] Jahan, «Genocide...», *op. cit.,* p. 379, escribe incluso que «aproximadamente 30 millones de personas de las ciudades se refugiaron en las aldeas». Toda la población urbana del Pakistán Oriental era de cinco a seis millones.

[143] *Thousand My Lais..., op. cit.,* pp. 2-3, 8, 11 y 17. Para el destino de una familia de clase media de Mymensingh, véase Taslima Nasreen, *My Girlhood,* pp. 4-21, en http://taslima-nasreen.com/MY%20GIRLHOOD.pdf (consulta: 21 de julio de 2008).

[144] Greenough y Cash, «Post-Civil War...», *op. cit.,* p. 243.

[145] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 129 (distrito de Patuakhali); relato de Iqbal Mahmood, Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 81 (Manpura); «The Mukti Fouj is Still Fighting», *Economist,* 10 de julio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 167 (área de Barisal). Ningún ejército: McKinley, *Death..., op. cit.,* p. 51 (distrito de Noakhali); Niazi, *Betrayal..., op. cit.,* pp. 60 y 62. Informe de la ONU sobre el distrito de Patuakhali, 30 de enero de 1972, AfZ, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Paper núm. 1, afirma que la mitad del 1.5 millones de personas del distrito fue desplazada, pero que sólo 10 000 huyeron a la India. Véase también el informe sobre la zona de Galachipa, Barisal, 10 de enero, 1972, mismo expediente.

[146] Imam, *Of Blood..., op. cit.,* p. 86 (zona de Saidpur, 11 de mayo).

[147] Hefley, *Christ..., op. cit.,* pp. 46-52.

[148] «Statement on East Bengal Refugee Situation in India», Oxfam, Field Committee for Asia, «Field Secretary's Report», y G. W. Acworth, «India-Pakistan-Bangladesh», 20 de septiembre, 6 de octubre de 1971 y 8 de enero de 1972, Oxfam Archive, Asia Field Committee, 1970-1976; Tony Hagen, UNROD Information Paper núm. 3, 3-4, 18 de febrero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. 3. El gobierno de la India aportó 1 000 rupias por refugiado: más que el ingreso per cápita de la India (rupias: 589): Alo Kar, «Refugee Relief», 23 de octubre de 1971, en Mamoon, *Media..., op. cit.,* p. 238. La desnutrición infantil en los campamentos era la mitad del índice, comparada con la población de la India: Luthra, «Problem...», *op. cit.,* p. 2472.

[149] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 73, 77 y 86; Betsy Hartmann y James Boyce, *A Quiet Violence: View from a Bangladesh Village,* Zed Books, Londres, 1983, pp. 171 y 172.

[150] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 98; puede calcularse un número similar a partir de las cifras dadas por funcionarios de distritos indios: Saha, «The Genocide...», *op. cit.,* pp. 217-222. Cifras más altas, incluso de inanición: Jon Rohde *et al.,* «Refugees in India: Health priorities», en Chen, *Disaster..., op. cit.,* pp. 156-158 (mortalidades de 23/1000 y más); «East Pakistan: Even the Skies Weep», *Time,* 25 de octubre de 1971, www.timecom/time/printout/0,8816,877316 00.html (consulta: 14 de diciembre de 2007) (un médico británico del Save Children Fund calculó que habían muerto 150 000 niños); Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 62 (citando a una enfermera de la misma institución de caridad); Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 73 y 93. Al parecer murió 20% de los casi 50 000 que se refugiaron en Birmania: Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 77.

[151] Saha, «The Genocide...», *op. cit.,* p. 228; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 153. Una vez más, observadores extranjeros y algunos refugiados mencionaron cifras más altas de

muertes: Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 79 y 91; relato de Muhammed Nazrul Islam, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 172. En un año normal, 100 000 pakistaníes del Este murieron de cólera: William McCormick y George Curlin, «Infectious Diseases: Their Spread and Control», en Chen, *Disaster..., op. cit.,* p. 70.

[152] Jackson, *South Asian Crisis..., op. cit.,* p. 75; Imam, *Of Blood..., op. cit.,* p. 102 (12 de junio de 1971); la India solicitó ayuda internacional contra este brote el 31 de mayo: Lester Sobel (comp.), *The World Food Crisis*, Facts on File, Nueva York, 1975, p. 19.

[153] Saha, «The Genocide...», *op. cit.,* p. 238; Hefley, *Christ..., op. cit.,* p. 56; Jeannie Lockerbie, *On Duty in Bangladesh*, Zondervan, Grand Rapids, 1973, p. 48.

[154] Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* pp. 295 y 296, n. 22, creen que esto se basó en una decisión extraoficial en abril de 1971.

[155] «East Bengal and Assam», 9 de junio de 1971, Ashim Mukhopadhyay, «The Refugees», 8 de mayo de 1971, ambos en *Frontier..., op. cit.,* en Mamoon, *Media..., op. cit.,* pp. 45 y 198-200; «The Bengal Pressure Builds on Mrs. Gandhi», *Weekly Economist,* 17 de enero de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 174; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 181; Franda, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 112.

[156] Luthra, «Problem...», *op. cit.,* p. 2471; Saha, «The Genocide...», *op. cit.,* p. 220.

[157] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 81-85; Saha, «The Genocide...», *op. cit.,* p. 241.

[158] Mukherji, «The Great Exodus of 1971-III Return», *Economic and Political Weekly,* 16 de marzo de 1974, p. 449; datos un tanto contradictorios: Saha, «The Genocide...», *op. cit.,* pp. 216 y 233.

[159] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 137; *cf.* informes de observadores de UNROD/ACNUR, enero de 1972 (véase la nota 132 de este capítulo).

[160] Manuscrito sin fecha que empieza diciendo «Pakistan Does not Exist», PA AA B 37/583; informe de Van der Heijden e informe oficial del grupo del Banco Mundial, *Thousand My Lais..., op. cit.,* p. 11 (cita) y p. 15; International Commission of Jurists, II(b), acusación bajo «Attacks on Biharis».

[161] McKinley, *Death..., op. cit.,* p. 51.

[162] Imam, *Of Blood..., op. cit.,* p. 117; D. Chakrabarti, «Rajshahi: A Post-Mortem», *Frontier,* 1º de mayo de 1971, en Mamoon, *Media..., op. cit.,* p. 105; «Horrid Tale of Pakistani Army Bestiality», *Bangladesh Observer,* 4 de febrero de 1972; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 37 y 38.

[163] *Thousand My Lais..., op. cit.,* pp. 2, 8-9, 11 y 21.

[164] Payne, *Massacre, op. cit.,* pp. 55 y 56; Lewis Simons, «The Killings at Harikarpara», *Washington Post,* 10 de enero de 1972; Gawanga Nandi, «Killing fields in Khulna», en Kabir, *The Tormenting..., op. cit.;* Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 47.

[165] Biswas, «Killing Fields in Rajshahi...», *op. cit.,* y «Killing Fields in Chittagong...», *op. cit.*; Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* p. 174; «Many Mass Graves Found in Pabna», *Bangladesh Observer,* 7 de febrero de 1972; «75 000 Killed in Dinajpur», *Bangladesh Observer,* 11 de febrero de 1972.

[166] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 185-188; «Pak Army Killed One Lakh Men in Ctg.», *Bangladesh Observer,* 31 de enero de 1972; Nandi, «Killing Fields in Khulna», y

Biswas, «Killing Fields in Chittagong», en Kabir, *The Tormenting…, op. cit.*

[167] Véase también Choudhury, *The Last Days…, op. cit.,* pp. 182, 188 y 190.

[168] Por ejemplo, «70 Anti-State Elements Killed in Mymensingh», *Pakistan Observer,* 10 de agosto de 1971 (aquí, las incursiones con asesinatos en cuatro aldeas fueron efectuadas por *razakars*).

[169] Qureshi, *The 1971 Indo-Pak War…, op. cit.,* p. 3 (suponiendo 5 000 muertos y desaparecidos); Niazi, *Betrayal…, op. cit.,* p. 52. La Division 14 controló el centro y el nordeste, la Division 16 el noroeste, la División 9 el sudeste, y una brigada separada la zona de Chittagong y las Colinas de Chittagong: Niazi, *Betrayal…, op. cit.,* pp. 61 y 62.

[170] Mamoon, *Media…, op. cit.,* pp. 77 y 101 (artículos de *Frontier*, 10 y 17 de abril de 1971); «Bangla Desh Struggle», *The Age* (Nueva Delhi), 26 de septiembre de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 304; «Ostpakistan-kurze Information zur Lage», 29 de abril de 1971, PA AA MfAA C1052/77, p. 19. Elecciones: Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 279; Shyamali Ghosh, *The Awami League 1949-1971*, Academic Publishers, Daca, 1990, p. 277; opinión contraria para el decenio de 1960 en Frank Hughes, libro manuscrito Relief Disaster, II-5, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh General I, expediente General II.

[171] Discurso de defensa por el ex insurgente Abu Taher, julio de 1976, en Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 81-86; pocos campesinos en las guerrillas: Maniruzzaman, *The Bangladesh…, op. cit.,* p. 113; el «entusiasmo [de los campesinos] por la causa de Bangla Desh pareció tan limitado como su entusiasmo por un Pakistán unido»: Peter Gill, «Still no End to Bengal Fight», *Sunday Telegraph,* 25 de julio de 1971, en *Bangla Desh Documents…, op. cit.,* p. 484.

[172] Niazi, *Betrayal…, op. cit.,* pp. 46-49; informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo II, párrafo 10.

[173] Niazi, *Betrayal…, op. cit.,* pp. 58-61; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis…, op. cit.,* pp. 86 y 87. Según Mascarenhas, «Genocide…», *op. cit.,* p. 133, la «operación peinado» comenzó la tercera semana de mayo.

[174] Manuscrito de un informe del general Abdul Hamid Khan, abril de 1972 (ex jefe de Estado Mayor, ejército pakistaní), en Niazi, *Betrayal…, op. cit.,* pp. 280 y 281.

[175] Bose, «Anatomy…», *op. cit.;* informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo 2, párrafo 18. Véase también McKinley, *Death…, op. cit.,* pp. 43-44, 54, 97 y 103 (caminos Feni-Comilla-Daca, Daca-Faridpur, Daca-Pabna, 16 de abril y mayo); International Commission of Jurists, Events, IIb, «The refugees» (caminos alrededor de Faridpur); Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 88 (Karatea en el camino Daca-Tangail, 1º de abril); Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 55 (Jessore-Benapole, comienzos de abril); Mascarenhas, «Genocide…», *op. cit.,* p. 127 (cerca de Chandpur, 17 de abril).

[176] Secretariado de la International Commission of Jurists, The Events in East Pakistan (Ginebra, 1972), parte IIb, acusación, http://nsmi.nsm.iup.edu/sanwar/Bangladesh%20Genocide.htm (consulta: 8 de enero de 2008); Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 299 (opinión del Alto Comisionado británico); Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 102.

[177] Cita: Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 115 y 116; véase Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.,* p. 127.

[178] Karaniganj, cerca de Daca: Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 94 y 95; cerca de Jessore y Rajshahi: Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 55 y 56; plan de arrasar los bosques entre los puertos fluviales de Sarankhola y Mongla: Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 134; operación a lo largo del Brahmaputra en noviembre de 1971: Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 128.

[179] Véanse los informes en AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers 1, Information Paper núm. 1, especialmente Toni Hagen, Destruction of Houses and Requirements for Building Materials, 1º de febrero de 1972 e informes sobre las zonas Daca-Sylhet y Patuakhali; véase también UNROD, Information Paper núm. 21; octubre de 1972, cuadro 8, la misma ubicación, Information Paper núm. 21; resumen de lo anterior en Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 147 y 148.

[180] Informe del Banco Mundial en *Thousand My Lais..., op. cit.,* p. 21; en octubre de 1972, Khulna y Dinajpur seguían siendo los más gravemente afectados por daño a las casas: UNROD, Information Paper núm. 21, cuadro 8.

[181] Por ejemplo: Payne, *Massacre..., op. cit.,* pp. 82-84, quien dice que la fase de finales de abril a junio fue la «segunda masacre», caracterizada por una «insensata destrucción [que] es, en sí misma, una meta», cuando las «tropas peinaron los campos».

[182] Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* p. 105.

[183] Chandra, *Bloodbath..., op. cit.,* p. 159, citando a David Loshak, *Daily Telegraph,* 15 de abril de 1971; véase también Barbara Joiner, *Gloria! A Biography of Gloria Thurman, Missionary to Bangladesh*, WMU, SBC, Birmingham, Al., 1993, pp. 56 y 57 (Manikganj, 26 de mayo de 1971).

[184] Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.;* Consulado General de la República Federal de Alemania en Daca, «Lage der Hindus in Ostpakistan», 30 de julio de 1971, PA AA B37/628.

[185] *The Pakistan News Digest* 19(22), 1º de diciembre de 1971, p. XII, informó que 204 «agentes de la India» fueron muertos por tropas y *razakars* en seis días, a comienzos de noviembre (ANA 189/10/7, parte I). Para una ulterior fase de destrucción, véase también Hefley, *Christ..., op. cit.,* pp. 71 y 72; Memorándum Williams para el Departamento de Estado, 5 de noviembre de 1971, FRUS 1969-1976, E-7, doc. 152; Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 105 (Sonamura, cerca de Daca, 25-27 de noviembre).

[186] Hefley, *Christ..., op. cit.,* pp. 46-51; Clare Hollingworth, «Pakistan Army on Christian Community», *Sunday Telegraph,* 1º de agosto de 1971, en *Bangla Desh Documents..., op. cit.,* pp. 425 y 426.

[187] Payne, *Massacre..., op. cit.,* pp. 47 y 48, y «The Sub-Continent: A Losing Battle», *Newsweek,* 15 de noviembre de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 392. Otros casos de asesinato de todos los hombres: Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 221 (misión en Bondbari, 3 de mayo); Afsan Chowdhury, «The Bewas Village», http://drishtipat.org/activists/Afsan/bewas.htm (consulta: 14 de diciembre de 2007); Biswas, «Killing Fields in Rajshahi» y «Killing Fields in Chittagong», *op. cit.* (128 personas

fueron ametralladas en Pakuria y cerca de 150 en Shakpura, Boalkhali *thana,* 28 de agosto y 20 de abril de 1971); Bose, «Anatomy…», *op. cit.*

[188] No hay prueba empírica de la afirmación de Jahan, «Genocide…», *op. cit.,* p. 380, de que «la mayoría de las víctimas fueron musulmanes bengalíes». Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 171, con la versión más probable de que la «mayoría de los muertos» eran hindúes.

[189] Ghulam Kabir, *Minority Politics in Bangladesh…, op. cit.,* esp. pp. 5-15; A. Roy, *Genocide of Hindus and Buddhists in East Pakistan-Bangladesh*, Kranti Prakashan, Delhi, 1981, p. 3, afirma que nueve millones salieron entre 1947 y 1970. *Cf.* Roy, *Some Trouble…, op. cit.,* pp. 14-15, 66 y 115; Chandra, *Bloodbath…, op. cit.,* p. 28; Samuyendra Nath Tagore, «Persecution of Minorities in Pakistan», en Roy, *Genocide…, op. cit.,* pp. 31-50; «In Pakistan: Schwere Massenrepressalien gegen die demokratischen Kräfte» (1967), BA, DY/30/IVA2/20, Nr. 615.

[190] Franda, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 103. En 1964, 667 125 pakistaníes del Este huyeron a Bengala Occidental.

[191] A. F. Imam Ali, *Hindu-Muslim Community in Bangladesh*, Kanisha, Delhi, 1992, pp. 61, 64, 115-135 y 207.

[192] Schuman, «A Note…», *op. cit.,* p. 295 (en una encuesta efectuada entre diciembre de 1963 y abril de 1964, 30% de los interrogados dijo que los hindúes habían hecho el mayor daño); Moraes, *The Tempest…, op. cit.,* pp. 25 y 45-46. Pero véase una declaración de la Liga Musulmana Pakistaní (Qayyum), *ca.* marzo de 1971, acerca de pasos positivos hacia las castas programadas, en Tewary, *War…, op. cit.,* p. 100.

[193] Qureshi, *The Indo-Pak War…, op. cit.,* p. 89; Mascarenhas, «Genocide…», *op. cit.,* pp. 117 y 122.; *cf.* Viggo Olsen y Jeannette Lockerbie, *Daktar/Diplomat in Bangladesh*, Moody Press, Chicago, 1973, p. 277.

[194] Mukherji, «Great Exodus…, I», *op. cit.,* p. 367.

[195] Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 218.

[196] Ghulam Kabir, *Minority Politics…, op. cit.,* p. 84; Internacional Comission of Jurists, Events, IIb, Indictment.

[197] Mukherji, «The Great Exodus…, I», *op. cit.,* p. 369: «la política de ley marcial del gobierno trataba de desarraigar a los hindúes, no de eliminarlos ni exterminarlos, y en esto parece haber tenido un éxito admirable».

[198] Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 218; telegrama de la Embajada de los Estados Unidos en Islamabad, 14 de mayo de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. xI, p. 120.

[199] Niazi, *Betrayal…, op. cit.,* pp. 59 y 65-66.

[200] Informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo II, párrafo 18, citando al teniente coronel Aziz Ahmed Khan, oficial al mando, batallón Mujahid, p. 86.

[201] Versión del capitán (retirado) Syed Suzauddin Ahmad, en Kabir, *The Tormenting…, op. cit.*

[202] Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 217; consulado general de la República Federal de Alemania en Daca, «Lage der Hindus in Ostpakistan», 30 de julio de 1971, PA AA B37/628; relato de Arief Razzaque, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 334; Michael Hornsby, «Villagers Still Pay with Lives for Being Hindu in Pakistan», *The Times,* 1º de julio de 1971;

Sydney Schanberg, «East Pakistan: An "Alien" Army Imposes its Will», *New York Times,* 4 de julio de 1971; Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 58; informes de prensa en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* pp. 58, 120 y 163-164; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 141 y 172. «H»: Sydney Schanberg, «Hindus Are Targets of Army Terror in East Pakistani Town», *New* York *Times,* 4 de julio de 1971, en *Bangla Desh Documents..., op. cit.,* pp. 578 y 579.

[203] Informe de la Comisión Investigadora del Pueblo, Abdul Alim (zona Koroikadipur, Joypurhat); Blood, *The Cruel..., op. cit.,* pp. 219-221 (Nagari, noroeste de Daca, mujeres víctimas de bombardeo y fuego de ametralladora); Sydney Schanberg, «Hindus...», *op. cit.,* pp. 578 y 579 (relato de una dama de Faridpur, de 70 años, quien recibió un disparo en la nuca).

[204] Olsen y Lockerbie, *Daktar..., op. cit.,* pp. 281 y 286 (de Cheringa a Ramu).

[205] Hefley, *Christ..., op. cit.,* p. 23; Consulado general de la República Federal de Alemania, «Lage in Ostpakistan», 17 de abril de 1971, PA AA B37/630 (Jessore, Khulna); relatos de Mustafá Kamal y Ambia Begum (Khulna, Daca, ambos el primer día), en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 489 y 508; telegrama del Consulado de los Estados Unidos en Daca, 29 de marzo de 1971, FRUS 1969-1976, vol. E-7, doc. 126; Imam, *Of Blood..., op. cit.,* p. 52 (30 de marzo).

[206] Versión de Durgadas Mukerjee, en Kabir, *The Tormenting..., op. cit.,* Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* p. 176 (Chittagong); relato del perpetrador, por Yaqub Zainuddin (Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 516), un *razakar* que participó en el apuñalamiento de seis o siete mujeres y niños hindúes en Daca en noviembre.

[207] R. W. Timm, Catholic Relief Services, 8 de octubre de 1971, PA AA, B37/629; Consulado General de la República Federal de Alemania en Daca, «Lage der Hindus in Ostpakistan», 30 de julio de 1971, B37/628 (Chittagong; Manpura); relato de Rumi Mosharraf, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 40 y 41 (Chittagong).

[208] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 137; Alamgir, *Famine..., op. cit.,* p. 113.

[209] Imam Ali, *Hindu-Muslim Community..., op. cit.,* pp. 87-88, 198 y 204-205.

[210] Ghulam Kabir, *Minority Politics..., op. cit.,* pp. 114-117, 132 y 138.

[211] Roy, *Genocide..., op. cit.,* p. 188; relato de Rumi Mosharraf, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 41; R. W. Timm, Catholic Relief Services, 8 de octubre de 1971, PA AA, B37/629; Jay Walsh con Patricia Oviatt, *Ripe Mangoes: Miracle Missionary Stories from Bangladesh,* Regular Baptist Press, Schaumburg, 1978, p. 82.

[212] McKinley, *Death..., op. cit.,* p. 109.

[213] Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* pp. 134-137 (cita pp. 136 y 137), *cf.* 97 y 149, señalando a un hombre de negocios de la India a quien se negó el bautismo, aunque una vez fue arrestado y su casa cateada nueve veces por bengalíes pro Pakistán que buscaban a sus hijas jóvenes. De manera similar, Olsen y Lockerbie, *Daktar..., op. cit.,* pp. 278 («And their Myriad Gods and Goddesses were Powerless to Assist Them» [Y su miríada de dioses y diosas fueron incapaces de ayudarlos]), 288 y 298.

[214] Mukherji, «The Great Exodus..., III», *op. cit.,* p. 449.

[215] Véase Roy, *Genocide..., op. cit.,* esp. pp. 4-5 y 188; «Report on the Findings of the People's Inquiry Commission on the Activities of the War Criminals and the

Collaborator[s]», 26 de marzo de 1994, www.secularvoiceofbangladesh.org/Repor%20on%20the%20war%20criminals.htm (consulta: 16 de enero de 2008); Jahan, «Genocide...», *op. cit.,* p. 385.

[216] Meenakshie Verma, *Aftermath: An Oral History of Violence*, Penguin, Nueva Delhi, 2004, p. 114; G. Mazumdar, Fuerza de Seguridad de la Frontera [India] informe de situación, 12 de marzo de 1975, en Dasgupta, *Midnight..., op. cit.,* p. 111. Esto implicaría cerca de 150 000 visas por año.

[217] Roy, *Genocide..., op. cit.,* pp. 10-12, 62-63 y 71.

[218] Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* pp. 114 («tal vez Dios quiso mostrar al mundo que Él en realidad cuida de los suyos de manera especial») y 190; Olsen y Lockerbie, *Daktar..., op. cit.,* p. 262; pero véase Hefley, *Christ..., op. cit.,* p. 72.

[219] Hefley, *Christ..., op. cit.,* pp. 50, 54 y 73: McKinley, *Death..., op. cit.,* p. 55; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 173. Tres de cerca de 320 misioneros extranjeros fueron asesinados: Olsen y Lockerbie, *Daktar..., op. cit.,* p. 280, y Hefley, *Christ..., op. cit.,* pp. 21, 44 y 70-71.

[220] Olsen, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 200.

[221] Nath Tagore, «Persecution...», *op. cit.,* pp. 52-57.

[222] Malik, *The Year..., op. cit.,* pp. 67 y 152.

[223] Qureshi, *The 1971 Indo-Pak War..., op. cit.,* p. 9; Ben Whitaker *et al., The Biharis in Bangladesh*, Minority Rights Group, Londres, 1977, p. 8; Zaglul Haider, «Repatriation of the Biharis Stranded in Bangladesh: Diplomacy and Development», *Asian Profile,* vol. 31, núm. 6, 2003, p. 530. Esta sección no incluye a los miembros de tribus del sudeste ni del nordeste de Bangladesh.

[224] Haider, «Repatriation...», *op. cit.,* pp. 528 y 529. También en el Pakistán Occidental, refugiados de la partición dominaban la clase empresarial: Noman, *Pakistan..., op. cit.,* p. 20.

[225] Consulado general de la República Federal de Alemania en Daca, «Lage in Ostpakistan», 17 de abril de 1971, PA AA B37/630; Imam, *Of Blood..., op. cit.,* pp. 67 y 72 (22 y 29 de abril); relatos de Reza Haque y Golam Sarwar, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 47 y 389-390; Hefley, *Christ..., op. cit.,* pp. 18-19; Heß, *Bangladesch..., op. cit.,* p. 99; relato del ex acosador biharí Yaqub Zainuddin, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 512-517.

[226] Véase Breton, *Population..., op. cit.,* pp. 47-51 (cerca de 300 000); Haider, «Repatriation...», *op. cit.,* pp. 526 y 527 (500 000 a un millón).

[227] White Paper..., *op. cit.,* pp. 41 y 64-69; Mascarenhas, «Genocide...», *op. cit.,* p. 120; véase también Sen, «Stateless...», *op. cit.,* p. 631, n. 22.

[228] Heß, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 145; Qutubuddin Aziz, *Blood and Tears,* United Press of Pakistan, Karachi, 1974, cuyos propios cálculos, sin embargo, más bien aumentan hasta cerca de 350 000 muertes de no bengalíes, dispersas sobre 110 localidades, pero más abundantes en el distrito de Dinajpur, en Chittagong y Khulna. En 1971, Aziz, experimentado periodista, trabajó en relaciones públicas para el gobierno pakistaní. Afirma haber terminado su libro en sólo 12 semanas después de publicar una solicitud de relatos de sobrevivientes en febrero de 1974 (pp. 12-14). En su relato propagandístico, Aziz omite y

niega toda violencia contra bengalíes, exagera el número de víctimas biharíes y hace inferencias no demostradas acerca de la participación de la Liga Awami, de hindúes o de indios en las matanzas. En muchos de sus relatos, menciona fuego de armas automáticas, siendo que los bengalíes difícilmente habrían podido poseerlas; describe a los culpables como «rebeldes» antes del 25 de marzo, o tiende a poner fechas tempranas a los pogromos. No obstante, los relatos que cita parecen creíbles en muchos aspectos y pueden ser verificados con otra evidencia.

[229] Akram, «Bangladesh…», *op. cit.,* p. 29 (cita); Haider, «Repatriation…», *op. cit.,* p. 531, n. 40; Dreyfus, *Du Pakistan…, op. cit.,* p. 153.

[230] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 69 (20 000); «Pakistan: Polishing a Tarnished Image», *Time,* 24 de mayo de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 90 («tal vez 20 000»); Heß, *Bangladesch…, op. cit.,* p. 73 («casi 100 000»); Rushbrook Williams, *East Pakistan…, op. cit.,* p. 11 (120 000 o más); Lisa Sharlach, «Rape as Genocide: Bangladesh, the Former Yugoslavia and Rwanda», *New Political Science,* vol. 22, núm. 1, 2000, p. 94 (150 000); Massa, *Bengale…, op. cit.,* p. 181 (150 000-200 000); *cf.* Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 250, citando su propio telegrama.

[231] Niazi, *Betrayal…, op. cit.,* p. 42; Sami Mustafa, «Who is Conducting a Genocide?», *Pakistan Forum,* vol. 3, núm. 4, 1973, p. 15; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis…, op. cit.,* p. 88; Siddiqui, *Conflict…, op. cit.,* pp. 150-152. Sin embargo, el propio Siddiqui afirmó que siete de sus parientes fueron muertos en Sylhet, entre ellos dos mujeres y cuatro niños.

[232] White Paper…, *op. cit., loc. cit.,* pp. 29-39; *cf.* Mascarenhas, *The Rape…, op. cit.,* pp. 91-93; Rushbrook Williams, *East Pakistan…, op. cit.,* pp. 53 y 64. Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 51, habla de 102 no bengalíes muertos tan sólo en el barrio Pahartali, pero cita un comunicado oficial de prensa en el que se afirma que 78 habían sido muertos y 205 heridos en Chittagong, en ambos bandos (pp. 56 y 57). Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 69, presenta la muy exagerada afirmación de 20 000 no bengalíes muertos antes del 25 de marzo.

[233] International Commission of Jurists, Events, IIa; relatos de Mohammed Ishaque, Qayum Reza Chowdhury, y Fazlur Rehman, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* pp. 25-28, 296 y 345-346; relatos del ex brigadier M. R. Majumdar, publicado el 4 de marzo para suspender las matanzas, en Kabir, *The Tormenting…, op. cit.* (asegura que la mayor parte de las víctimas que vio en los hospitales eran bengalíes). Para Mirpur, Parbatipur, y Saidpur: Imam, *Of Blood…, op. cit.,* p. 33 (21 de marzo de 1971).

[234] «Charges against 16 more MNAs», *Pakistan Times,* 18 de agosto de 1971, PA AA B37/629; Mamoon, *The Vanquished…, op. cit.,* pp. 154 y 155.

[235] Telegrama enviado desde Daca, 6 de marzo de 1971, PA AA, B37/630; Lockerbie, *On Duty…, op. cit.,* pp. 24 (Barisal) y 78.

[236] Ayoob y Subrahmanyam, *The Liberation…, op. cit.,* p. 114; Mascarenhas, *The Rape…, op. cit.,* pp. 91-93; entrevista con Rao Farman Ali, en Mamoon, *The Vanquished…, op. cit.,* p. 155.

[237] Relato de Yaqub Zainuddin en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 514; Waliul Islam en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* pp. 15-24, describe el ataque al edificio Kabuli en Chittagong, la mañana del 25 de marzo, durante el cual él mismo vio matar a tres hombres y violar a una

mujer por toda una banda; *cf*. Sisson y Rose, *War…, op. cit.,* p. 91. Mujib: *Dawn,* 26 de marzo de 1971*,* en *Bangla Desh Documents, op. cit.,* pp. 273 y 274. Aziz*, Blood…, op. cit.,* afirma que los pogromos en gran escala contra no bengalíes comenzaron antes de las 11:00 p. m. del 25 de marzo en Daca, Chittagong, Khulna, Sathkira, Dinajpur, Parbatipur, Laksham, Kushtia, Chuadanga, Ishurdi, Noakhali, Maulvi Bazar, Bheramera, Saidpur, Rangpur, Jessore, Noapera, Barisal, Comilla, Naogaon y Santahar.

[238] Véase Aziz, *Blood…, op. cit.*

[239] White Paper, pp. 41-43 y 64-69; Aziz, *Blood…, op. cit.,* pp. 48-78, 97-113, 160-168, 182-197 y 213-218; véase Blood, *The Cruel…, op. cit.,* pp. 276-278; Michael Hornsby, «Pakistan Army Intervention Sets off Events which Led to Vengeance Killings in East Bengal», *The Times,* 12 de julio de 1971; Muhith, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 226-227, 230 y 235. The International Commission of Jurists, Events, IIb, menciona ocho lugares; véase el relato de Arief Razzaque en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 330 (Ishurdi).

[240] Versión de Ferdousi Priyobhashinee, en Kabir*, The Tormenting…, op. cit.;* Sufiya Huq, Golam Sarwar, M. R. Chowdhury, y Mustafa Kamal, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* pp. 66, 389-390, 463 y 489; en el Puerto de Chittagong, no bengalíes y bengalíes tuvieron un conflicto acerca de descargar sus armas: carta de A. Majid, *International Herald Tribune*, 9 de agosto de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 247. Se afirmó que más de 5 000 no bengalíes fueron muertos en Khulna y al menos 1 000 en Kushtia: White Paper, *op. cit.,* p. 66.

[241] Aziz*, Blood…, op. cit.,* pp. 27-28, 39, 51, 61, 81, 84, 88-89, 130, 137, 172, 175-176 y 208; Imam, *Of Blood…, op. cit.,* pp. 114 y 115 (1° de julio de 1971); Bose, «Anatomy…»*, op. cit.* (Crescent Jute Mills, Khulna); Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 81; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis…, op. cit.,* p. 79; Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 34; «Fresh Evidence of Mass Killings in Khulna», *Bangladesh Observer*, 31 de enero de 1972; Feldman, *The End…, op. cit.,* p. 42, n. 16; Sen, «Stateless…», *op. cit.,* p. 631. Antes: Sen, «Stateless…», *op. cit.,* p. 628, n. 12; Sisson y Rose, *War…, op. cit.,* p. 13; Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 21. Después: Biswas, «Killing Fields in Chittagong»*, op. cit.*

[242] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* pp. 135 y 137. Los datos (según los cuales una de cada tres víctimas fue un obrero; un tercio de todos los obreros murieron) requieren más investigación, así como la definición de «obrero» empleada. El número de refugiados fue considerable. Para los obreros bengalíes muertos en masa, véase «Minister Gives Accounts of Pakistani Atrocities» y «Khulna's Days of Terror», *Bangladesh Observer,* 4 de febrero de 1972.

[243] Aziz, *Blood…, op. cit.;* Mascarenhas, *The Rape…, op. cit.,* p. 118; Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 275; International Commission of Jurists, Events…*, op. cit.,* IIb (observaciones de un ingeniero estadunidense en Kaptai); Maniruzzaman, *The Bangladesh…, op. cit.,* p. 93 (cerca de Jessore).

[244] Colin Smith, «The Fading Dream of Bangla Desh», *Observer,* 18 de abril de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 63; Peter Hazelhurst, «Officer admits that Bengalis are murdering Biharis», *The Times,* 17 de mayo de 1971. Para Jhenida: Aziz, *Blood…, op. cit.,* p. 173.

[245] Maniruzzaman, *The Bangladesh..., op. cit.,* p. 87, dice que los perpetradores de la orgía de sangre de finales de marzo de 1971 en Chittagong fueron «voluntarios de la Liga Awami». Aziz, *Blood..., op. cit.,* generalmente acusa a funcionarios de la Liga Awami, pero también menciona moderación comunal o esfuerzos de rescate (pp. 58, 79, 164, 187, 201 y 216).

[246] Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* p. 78; Olsen y Lockerbie, *Daktar..., op. cit.,* pp. 11, 261 y 269; Rushbrook Williams, *East Pakistan..., op. cit.,* p. 74; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 74; Nicholas Tomalin, «Mass Slaughter of Punjabis in East Bengal», *The Times,* 2 de abril de 1971.

[247] Telegramas del Consulado General de la República Federal de Alemania, 27 y 30 de abril de 1971, PA AA B37/627; Imam, *Of Blood..., op. cit.,* pp. 68 y 70 (23 y 25 de abril).

[248] Imam, *Of Blood..., op. cit.,* p. 26 (13 de marzo); Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* p. 27; declaración de Taijuddin, 18 de abril de 1971, en Tewary, *War..., op. cit.,* p. 162; Salik, *Witness..., op. cit.,* pp. 44 y 49.

[249] Consulado general de la República Federal de Alemania en Daca, «Lage in Ostpakistan», 17 de abril de 1971, PA AA B37/630 (Jessore); versión de Masoudul Hossain Khan, en Kabir, *The Tormenting..., op. cit.;* Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 64; Amir Taheri, «Five Views of a Tragedy», *Kayhan* (International) [Teherán], 28 de julio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 201; para el caso de India, véase la nota 140 de este capítulo.

[250] Qureshi, *The Indo-Pak War..., op. cit.,* p. 33; Dan Coggins, «Pakistan: The Battle of Kushtia», *Time,* 19 de abril de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 74; versión de Sufiya Huq, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 65; *cf.* Masudur Rahman en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 453; McKinley, *Death..., op. cit.,* pp. 12 y 13, acerca de un ataque de civiles a pakistaníes occidentales en el puesto militar de Feni; Mamoon, *Media..., op. cit.,* p. 76, y «Pakistan: Death of an Ideal», *Newsweek,* 12 de abril de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 50 (Jessore).

[251] Versión de Mohammed Naum Miah, entonces soldado bengalí 8, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 53; Muhammed Nazrul Islam (en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 167) describe cómo los bengalíes arrestaron a un capitán cuya madre era bengalí y cuyo padre era pakistaní occidental.

[252] Mascarenhas, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 118-119 y 122; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 79. Véase también la versión de Nasseem Rahman en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 465 y 466, por el asesinato de la familia de un oficial no bengalí y de varias familias civiles en Chittagong.

[253] International Commission of Jurists, Events, IIb; Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* pp. 79 y 80; Bose, «Anatomy...», *op. cit.;* Maniruzzaman, *The Bangladesh..., op. cit.,* p. 93 (Chuadanga); Aziz, *Blood..., op. cit.,* p. 182.

[254] Versión de Mohammed Abdul Karim, Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 403 (Kalabagan, septiembre de 1971).

[255] Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis..., op. cit.,* p. 119; M. Rashiduzzaman, «Leadership, Organization, Strategies and Tactics of the Bangla Desh Movement», *Asian Survey,* vol. 12,

núm. 3, 1972, p. 195.

[256] Citado en Qureshi, *The Indo-Pak War..., op. cit.,* apéndice I (7 de diciembre de 1971); nuevos telegramas en el Informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo IV, párrs. 13, 19, 21.

[257] Texto del instrumento de rendición, 16 de diciembre de 1971, en Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 235; FRUS 1969-1976, vol. XI, 732, n. 2.

[258] Salik, *Witness..., op. cit.,* p. 212. Heß, *Bangladesch..., op. cit.,* p. 146, calculó que entre 10 000 y 15 000 biharíes fueron muertos entre diciembre de 1971 y mayo de 1972.

[259] Informe sobre Mymensingh, 20 de enero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. 1.

[260] Dreyfus, *Du Pakistan..., op. cit.,* pp. 232 y 233; Mukherji, «The Great Exodus..., I», *op. cit.,* p. 367, y III..., *op. cit.,* p. 449; Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* pp. 157 y 158; relato de S. A. H. Saeed, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 261 y 262. *Cf.* Nicholas Tomalin, «Bengal's Elite Dead in a Ditch», en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 423.

[261] Relatos de Kabiruddin Miah y Belal Chaudhuri, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 102 y 111.

[262] Versión de Mohammad Jafar Ali Khan en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 520-525. Este testigo —entonces de 10 años— fue apuñalado en el pecho.

[263] Walsh y Oviatt, *Ripe Mangoes..., op. cit.,* pp. 60 y 61. Las víctimas probablemente eran fuerzas locales, ya que 700 parientes pidieron protección al misionero estadunidense Tom Thurman.

[264] Sen, «Stateless...», *op. cit.,* p. 633. Aziz, *Blood..., op. cit.,* no se concentra en los hechos de diciembre de 1971 e indica que, a menudo, sólo mataban a los varones (pp. 35-43, 158, 196 y 217).

[265] Versión de Humayun Kabir, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 377 y 378; *cf.* Afsan Chowdhury y Muneer-u-Zaman en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 343 y 440; Olsen, *The Bangladesh..., op. cit.,* pp. 207 y 208; Julian Kerr, «Mukti Bahini Settling old Scores in Dacca», *The Times,* 18 de diciembre de 1971; Sydney Schanberg, «In Dacca, killings Amid the Revelry», *New York Times,* 18 de diciembre de 1971.

[266] *NBC News*, 31 de diciembre de 1971, Ron Nessen, «Stranded Pakistanis», www.youtube.com/watch? v=twxww9vT4_8&NR=1 (consulta: 15 de diciembre de 2007).

[267] Fotos en Aziz, *Blood..., op. cit.,* pp. IX-XII; Heß, *Bangladesh..., op. cit.,* después p. 144. *Cf.* Brian May, «Indian Army arrests "Tiger of Tangail" after Dacca Bayonettings», *The Times,* 21 de diciembre de 1971; versiones de Reza Haque, Ibrahim Sabir y Zakiuddin Ahmed en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 50, 95 y 284-287. Anwar Hossain, estudiante bengalí, fue obligado a entregar su película después de fotografiar un hecho similar en el cruce del río Dainik Bangla, cerca de Daca: en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 133.

[268] Telegrama desde Nueva Delhi, 4 de febrero de 1972, PA AA B37/692; Bernard Ullmann, «Biharis Bury Dead after Clashes», *The Times,* 2 de febrero de 1972; Peter Hazelhurst, «Hundreds of non-Bengalis Slaughtered in Bangladesh», *The Times,* 8 de mayo de 1972; Whitaker *et al., The Biharis..., op. cit.,* pp. 9, 14 y 16.

[269] William S. Ellis, «Bangladesh: Hope Nourishes a New Nation», *National Geographic,* vol. 142, núm. 2, septiembre de 1972, pp. 320-321 y 331-332; Whitaker *et al., The Biharis..., op. cit.,* pp. 28 y 29; menospreciado en Malik, *The Year..., op. cit.,* pp. 120-125.

[270] Guy Stringer, «A Passage Through Bangladesh and India: Visit to Bangladesh, 5-10 December 1979», Oxfam Archive, Tour Reports India, Sri Lanka, Bangladesh, Pakistan, expediente «Bangladesh Tour Reports, 1972-1987»; véase también Oxfam Archive, Project Files, Box 1012, BD55A and BD55C; informe sobre Concern Survey [s], enero de 1976, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh Aid Group/World Bank, varios, expediente Bangladesh Aid Group, Banco Mundial.

[271] «Bericht über die Durchführung des Befehls des Genossen Minister vom 1. November 1973 zur Aktion Austausch», 1º de enero de 1974, PA AA MfAA Cr1047/77.

[272] Haider, «Repatriation...», *op. cit.,* pp. 527, 534, n. 50, 539 y 540.

[273] Susan Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape*, Simon and Schuster, Nueva York, 1975, p. 80 [edición en español: *Contra nuestra voluntad: hombres, mujeres y violación*, trad. de Susana Constante, Planeta, Madrid, 1981].

[274] Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 142, citando al director (varón) de la Organización de Bangladesh para la Rehabilitación de las Mujeres. Funcionarios pakistaníes rechazaron la cifra, considerándola inflada: Informe de la Comisión Hamoodur, parte V, párrafos 10, 11, 32 y 34.

[275] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 163 y 199-202.

[276] Brownmiller, *Against..., op. cit.,* p. 79; Malik, *The Year..., op. cit.,* pp. 97 y 100. En Rokeya Hall, una estudiante de la Universidad de Daca dos veces fue amenazada de violación en masa: Chandra, *Bloodbath..., op. cit.,* pp. 133-135 (26 de marzo de 1971, muchos estudiantes fueron asesinados); Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 160 (la violación en masa, del 7 de octubre de 1971, por soldados a las órdenes del comandante Aslam, fue criticada hasta por el periódico pakistaní *Dawn*).

[277] Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 60.

[278] Brownmiller, *Against..., op. cit.,* p. 80. Según ciertas versiones, las muchachas se salvaban de la violación si sabían recitar plegarias musulmanas: Sharlach, «Rape...», *op. cit.,* p. 94.

[279] «A Report on Hindus in Bangladesh», en Roy, *Genocide..., op. cit.,* p. 188.

[280] Orden confidencial de Niazi, 15 de abril de 1971, en Niazi, *The Betrayal..., op. cit.,* pp. 282 y 283.

[281] Informe de la Comisión Hamoodur, parte V, párrafo 36.

[282] Brownmiller, *Against..., op. cit.,* pp. 79 (distrito de Jessore), 82 y 83 (Mohammedpur); relato de M. Akhtaurazzaman Mondol, en Jahan, «Genocide...», *op. cit.,* p. 398.

[283] McKinley, *Death..., op. cit.,* p. 47.

[284] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 160, n.

[285] *Ibid.,* p. 163.

[286] Malik, *The Year…, op. cit.,* p. 99.

[287] Sridham Chandra Das, «Killing Fields in Laksam», en Kabir, *The Tormenting…, op. cit.;* relato de Humayun Kabir, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 375 (Manikganj); «Pogrom in Pakistan», *Sunday Times,* 20 de junio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 146 (Agrabad).

[288] Malik, *The Year…, op. cit.,* p. 155; Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* pp. 160 y 161.

[289] Entrevista con el doctor Geoffrey Davis por Bina D'Costa, 1º de junio de 2002, http://drishtipat.org/1971/docs/interview2davis_bina.pdf (consulta: 15 de diciembre de 2007), p. 3.

[290] Qureshi, *The Indo-Pak War…, op. cit.,* p. 103.

[291] Malik, *The Year…, op. cit.,* p. 154.

[292] Muertos o heridos: Harjee Malik, «The War Heroines of Bangladesh», *Holiday,* 4 de junio de 1972, PA AA B37/693; relato de Rabeya Khatun, en Kabir, *The Tormenting…, op. cit.* (Daca); relato de Samoondari, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* pp. 153 y 154; Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 56 (Basabaria a mediados de abril). Hindus: Hefley, *Christ…, op. cit.,* pp. 52 y 53 (zona de Mymensingh); relato de Farooque Ahmed, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 395 (Raghunathpur).

[293] Teniente coronel Aziz Ahmad Khan, citado en el informe de la Comisión Hamoodur, capítulo I, párrafo 16, añadiendo que Niazi «gozaba de la misma reputación en Sialkot y Lahore» (donde fue el administrador de la Ley Marcial, párrafo 15). También se ha citado que, a su llegada a Daca en abril de 1971, Niazi preguntó al general de división Khadim: «¿Cuándo va a entregarme a sus concubinas?» Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 92. También se sabe que el presidente Yahya Khan era un gran mujeriego: Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 42; Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 107.

[294] Una seria discusión surgió en una fuente propagandística: Bhattacharjya *et al.,* «What…», *op. cit.,* pp. 62 y 63.

[295] «Pakistan: The Ravaging of Golden Bengal», *Time,* 2 de agosto de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 229.

[296] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 159.

[297] Brownmiller, *Against…, op. cit.,* esp. pp. 85 y 86.

[298] Gudrun Martius-von Harder, *Die Frau im ländlichen Bangladesch*, Breitenfeld, Saarbrücken, 1978, esp. p. 90.

[299] Habiba Zaman, «Violence against Women in Bangladesh: Issues and Responses», *Women Studies International Forum* 22(1) 1999, pp. 38-40.

[300] Jane Menken y James F. Phillips, «Population Change in a Rural Area of Bangladesh, 1967-1987», *Annals of the American Society of Political and Social Science* 510, julio de 1990, p. 92.

[301] Santi Rozario, «"Disasters" and Bangladeshi Women», en Ronit Lentin (comp.), *Gender and Catastrophe*, Zed, Londres y Nueva York, 1997, pp. 264 y 265; Harjee Malik, «The War Heroines of Bangladesh», *Holiday,* 4 de junio de 1972, PA AA B37/693; Kabir, «Introduction…», *op. cit.,* p. 4; Malik, *Year…, op. cit.,* pp. 94, 96 y 138-141.

[302] Saha, «Genocide…», *op. cit.,* pp. 216 y 217; «Who is my Neighbour?», *Far Eastern Economic Review* 73(35), 28 de agosto de 1971, p. 80; Gholam Azam: relato de Ferdousi Priyobhashinee, en Kabir, *Tormenting…, op. cit.*

[303] Brownmiller, *Against…, op. cit.,* p. 83.

[304] Entrevista con el doctor Geoffrey Davis; véase la nota 289 de este capítulo, pp. 2 y 5.

[305] Rozario, «"Disasters"…», *op. cit.,* p. 265; «U.N. asked to aid Bengali abortions», *Washington Post*, 22 de marzo de 1972 (las autoridades hablaron de 300 suicidios por mes).

[306] Brownmiller, *Against…, op. cit.,* p. 85; Bina D'Costa, «War Babies: The Question of National Honour», http://drishtipat.org/1971/docs/warbabies_bina.pdf, pp. 4 y 5; entrevista con el interrogado A (enero de 2000), http://drishtipat.org/1971/docs/interviewt_bina.pdf (ambas consultas: 15 de diciembre de 2007); entrevista con el doctor Geoffrey Davis (especialista en abortos, que en ese entonces trabajaba en Bangladesh), véase la nota 289 de este capítulo.

[307] D'Costa, «War Babies…», *op. cit.,* pp. 4 y 5 (cita), y entrevista con el interrogado A, véase la nota anterior. Jack Adams, del Programa de Adopción Christian Holt, pudo encontrar menos de 100 bebés producto de violaciones: Hefley, *Christ…, op. cit.,* p. 89.

[308] Brownmiller, *Against…, op. cit.,* p. 81, los llama «los más entusiastas violadores»; Malik, *The Year…, op. cit.,* pp. 19-20; Qureshi, *The Indo-Palk War…, op. cit.,* p. 69; «Second Report on the Findings of the People's Inquiry Commission on the Activities of War Criminals and the Collaborator[s]», 26 de marzo de 1995, entrada para Ali Ahsan Muhammad Mujahid, www.secularvoiceofbangladesh.org/Repor%200n%20the%20war%20criminals.htm (consulta: 16 de enero de 2008).

[309] Rozario, «"Disasters"…», *op. cit.,* p. 264; entrevista con el interrogado A, véase la nota 306 de este capítulo; Mukherji, «The Great Exodus…, I», *op. cit.,* p. 368.

[310] Kabir, «Introduction…», *op. cit.,* p. 3.

[311] Relatos de Afsan Chowdhury y Hummayun Kabir Muneer-u-Zaman, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* pp. 343, 377 y 440; Yasmin Saikia, «Beyond the Archive of Silence: Narratives of Violence in the 1971 Liberation War of Bangladesh», *History Workshop Journal*, núm. 58, 2004, pp. 275-287, esp. pp. 278 y 285.

[312] Zaman, «Violence…», *op. cit.,* p. 39.

[313] Relato de Waliul Islam, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 24 (Chittagong, 25 de marzo de 1971); «Charges against 16 more MNAs», *Pakistan Times,* 18 de agosto de 1971, PA AA B37/629 (Thakurgaon, Bogra, Santahar, Jessore, Khulna).

[314] Ghulam Kabir, *Minority Politics…, op. cit.,* pp. 108-112, 132 y 149; Roy, *Genocide…, op. cit.,* pp. 10 y 33.

[315] Mriduh Bandyopadhyay y Mahmuda Rahman Khan, «Loss of Face: Violence Against Women in Southeast Asia», en Lenore Manderson y Linda Rae Bennett (comps.), *Violence Against Women in Asian Societies*, Routledge, Londres y Nueva York, 2003, pp. 67-73; Roksana Nazneen, «Violence in Bangladesh», en Stanley G. French *et al.* (comps.), *Violence Against Women*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1998, pp. 77-91; Lutz Oette (Redress), «Torture in Bangladesh 1971-2004» (agosto de 2004),

www.redress.org/downloads/bangladesh.pdf (consulta: 15 de diciembre de 2007), pp. 11 y 12. De manera similar: Farida Shaheed, «The Experience in Pakistan», en Miranda Davis (comp.), *Women and Violence*, Zed, Londres y New Jersey, 1994, p. 214.

[316] Zaman, «Violence…», *op. cit.,* pp. 37 y 43.

[317] Willem van Schendel, «Neue Aspekte der Arbeitsgeschichts schreibung: Anregungen aus Südasien», *Sozial.Geschichte,* vol. 22, núm. 1, 2007, p. 61.

[318] En Kabir, *The Tormenting…, op. cit.*

[319] La observación procede de Jahan, «Genocide…», *op. cit.,* p. 381.

[320] Jahan, «Genocide…», *op. cit.,* p. 385.

[321] Roy, *Genocide…, op. cit.,* p. 16; Sydney Schanberg, «Hindus Are Targets of Army Terror in an East Pakistan Town», *New York Times,* 4 de julio de 1971. Esto respondió a que familias hindúes más ricas dejaban a un miembro de mayor edad para administrar lo que quedaba de la propiedad y enviar las ganancias a India (Ghulam Kabir, *Minority Politics…, op. cit.,* pp. 5-11).

[322] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 171; Peter Kann, «A Nation Divided», *Wall Street Journal,* 23 de julio de 1971, en *Bangla Desh Documents…, op. cit.,* p. 423; «India», *Time,* 12 de julio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* p. 169. Subasta: Murray Sayle, «A Regime of Thugs and Bigots», *Sunday Times,* 11 de julio de 1971.

[323] Mascarenhas, «Genocide», *op. cit.,* p. 138.

[324] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 49; «Pogrom in Pakistan», *Sunday Times,* 20 de junio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh…, op. cit.,* pp. 147 y 148; Sydney Schanberg, «East Pakistan: An "Alien Army" Imposes Its Will», *New York Times,* 4 de julio de 1971; para demandas de propiedad hindú por los Comités de Paz: Sharif *et al., Genocide' 71…, op. cit.,* pp. 48 y 55.

[325] Malik, *The Year…, op. cit.,* p. 57. Las cuentas bancarias de los hindúes fueron congeladas: Sydney Schanberg, «Hindus Are Targets…», *op. cit.,* p. 579.

[326] «Report on the Findings of the People's Inquiry Commission», Sayeedi.

[327] Maniruzzaman, *The Bangladesh…, op. cit.,* p. 120.

[328] Consulado General de la Repúbica Federal de Alemania en Daca, informe de situación, 29 de abril de 1971, PA AA B37/627; Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 293 (cita su propio telegrama del 25 de mayo de 1971); *cf.* Imam, *Of Blood…, op. cit.,* p. 7 (1° de marzo).

[329] Relato de S. A. H. Saeed, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 256

[330] Blood, *The Cruel…, op. cit.,* pp. 277 y 278 (Mymensingh); International Commission of Jurists, Events, IIb (Kaptai).

[331] Salik, *Witness…, op. cit.,* p. 69 (Dinajpur); relato de Ataur. Rahman, en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 425 (Daca); Blood, *The Cruel…, op. cit.,* p. 278 (Mymensingh).

[332] Como en la familia de Taslima Nasreen en Mymensingh: Nasreen, *My Girlhood…, op. cit.,* p. 181.

[333] Niazi, *The Betrayal…, op. cit.,* pp. 50 y 282-283, citando aquí su orden confidencial del 15 de abril de 1971.

[334] Informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo II, pp. 10 y 11 (cita) y capítulo I, párrafo 13 (también «máquinas de escribir, relojes, oro»); Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 154 y 155.

[335] «Pogrom in Pakistan», *Sunday Times,* 20 de junio de 1971 en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 149.

[336] Informe de la Comisión Hamoodur, parte V, capítulo I, párrafos 11-12.

[337] Memorándum de Williams para el Departamento de Estado, 5 de noviembre de 1971, FRUS 1969-1976, vol. E-7, doc. 152 (de una conversación con el general Farman).

[338] Consulado General de la República Federal de Alemania, «Kriegshysterie in Ostpakistan», 15 de octubre de 1971, PA AA B37/629 (distrito de Noakhali); Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 293, con texto de su telegrama del 25 de mayo de 1971; Lockerbie, *On Duty..., op. cit.,* p. 25 (Barisal); Paresh Saha, «Move to Uproot Chakmas from their Homes», *Amrita Baxar Patrika,* 20 de abril de 1980, en Roy, *Genocide..., op. cit.,* p. 135 (Colinas de Chittagong, fines de 1971/comienzos de 1972).

[339] Relatos de S. A. H. Saeed y Premankur Roy, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 258-259 y 379; Maniruzzaman, *The Bangladesh,* pp. 144 y 145; Willem van Schendel, *Peasant Mobility: The Odds of Life in Rural Bangladesh*, Manohar, Nueva Delhi, 1982, p. 145.

[340] Versión de Obeid Jagirdar, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 139.

[341] Bhuiyan, *Emergence..., op. cit.,* pp. 247-253; versión de S. A. H. Saeed, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 262.

[342] Informes del Banco Mundial en *Thousand My Lais..., op. cit.,* esp. pp. 17-19; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* pp. 134 y 135; Qureshi, *The Indo-Pak War..., op. cit.,* p. 101.

[343] International Commission of Jurists, Events, IIb.

[344] Olsen y Lockerbie, *Daktar..., op. cit.,* pp. 277 y 284-285.

[345] Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 221; cita: Hefley, *Christ..., op. cit.,* pp. 47 y 48.

[346] Hartmann y Boyce, *Quiet Violence..., op. cit.,* pp. 68 y 171; Van Schendel, *Peasant Mobility..., op. cit.,* pp. 94-95, 155 y 179; *cf.* Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 101; Joiner, *Gloria!..., op. cit.,* p. 64; Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 33; Kasturi Rangan, «Hindu Refugee Returns, Finds Ruins in East Pakistan», *New York Times,* 29 de diciembre de 1971.

[347] Mukherji, «The Great Exodus..., I», *op. cit.,* p. 368.

[348] *Ibid.,* p. 368; Bose, «Anatomy...», *op. cit.;* Chowdhury, «The Bewas Village», *op. cit.*

[349] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 93; Malik, *The Year..., op. cit.,* p. 43; «The Bengali Refugees: A Surfeit of Woe», *Time,* 21 de junio de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 151; «Senator Edward Kennedy on the Hindu Genocide in East Bengal '71», www.hinduhumanrights.org/Bangladesh/kennedy.htm (consulta: 14 de diciembre de 2007); Payne, *Massacre, op. cit.,* p. 57.

[350] Mukherji, «The Great Exodus..., III», *op. cit.,* pp. 449 y 450.

[351] Hartmann y Boyce, *Quiet Violence..., op. cit.,* p. 172; Van Schendel, *Peasant Mobility..., op. cit.,* pp. 94 y 95.

[352] Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 102.

[353] Anjan Kumar Datta, *Land and Labour Relations in South-West Bangladesh: Resources, Power and Conflict*, St. Martin's, Basingstoke y Nueva York, 1998, pp. 46 y 47 (acerca de una aldea al sur de Khulna); Ron Ochwell, «Report on Field Visit to Sylhet and Comilla Districts», 24 de enero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, expediente Information Paper núm. I; van Schendel, *Peasant Mobility..., op. cit.,* pp. 94 y 95; para 1964 véase también Nath Tagore, «Persecution...», *op. cit.,* pp. 53 y 54.

[354] *Pakistan News Digest,* vol. 19, núm. 24, 15 de diciembre de 1971, XCIII (24 de noviembre), ANA 189/10/7, parte I.

[355] Hendrik van der Heijden, Field Report, 23 de junio de 1971, en *Thousand My Lais..., op. cit.,* p. 9; «Senator Edward Kennedy on the Hindu Genocide in East Bengal, 71», véase también la nota 349.

[356] «Ambassador Erna Sailer's Report», marzo-abril de 1972, I, 5, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh, informes UNROD/UNROB, expediente List of UNROD Papers/Ambassador Sailer's Report; informe sobre la visita de Field a los distritos de Sylhet y Comilla, 24 de enero de 1972 (véase la nota 353 de este capítulo).

[357] Mukherji, «The Great Exodus..., III», *op. cit.,* p. 449.

[358] «Toaha on B.D. Situation», *Pakistan Forum,* vol. 2, núms. 7 y 8, 1972, p. 21.

[359] «Chittagong Tribals Up in Arms», *Statesman,* 3 de mayo de 1980, en Roy, *Genocide..., op. cit.,* p. 121; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 174.

[360] Prakash Singh, «Foreword», en Paliwal, *Islamism..., op. cit.,* p. IX, refiriéndose a la «Propiedad del Enemigo» en 1974 (continuación de las) provisiones de urgencia (rechazo de) la Ley de Propiedad Invertida y de No Residentes (Administración) de 1974. *Cf.* Roy, *Genocide..., op. cit.,* p. 191.

[361] Australian High Commissioner Dacca, Savingram 6/72, 14 de agosto de 1972, ANA 855/2, parte 1, pp. 225-226.

[362] Sen, «Stateless...», *op. cit.,* pp. 636-639, citando la orden I del presidente en funciones y la Propiedad Abandonada en Bangladesh (orden de Control, Administración y Disposición) de 1972.

[363] Versión de Humayun Kabir, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* pp. 377 y 378; Sen, «Stateless...», *op. cit.,* pp. 635 y 639; Dasgupta, *Midnight..., op. cit.,* p. 48.

[364] Maniruzzaman, *The Bangladesh..., op. cit.,* p. 159; Ian Guest, «The Context of Bangladesh in 1977», en Whitaker *et al., The Biharis..., op. cit.,* p. 28.

[365] Ziauddin Ahmed, «The Case of Bangladesh: Bringing to Trial the Perpetrators of the 1971 Genocide», en Albert Jongman (comp.), *Contemporary Genocides*, PIOOM, Leiden, 1996, p. 102.

[366] Talukder Maniruzzaman, «Bangladesh in 1974: Economic Crisis and Political Polarization», *Asian Survey,* vol. 15, núm. 2, 1975, pp. 118-120; Lifschultz, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 42-43 y 133; «Die Entwicklung der VR Bangladesch seit der Erringung der Unabhängigkeit», 25 de julio de 1972, PA AA MfAA C1052/77, pp. 114 y 115. Para las demandas de nacionalización, anteriores a marzo de 1971, hechas por estudiantes izquierdistas, la Liga Awami y el partido religioso Jama'at-i-Islami, véase Tewary, *War...,*

op. cit., pp. 37 y 46; manifiesto de la Liga Awami, *Dawn,* 15 de junio de 1970, en *Bangla Desh Documents..., op. cit.,* pp. 70 y 71; Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 125. *Cf.* Noman, *Pakistan..., op. cit.,* pp. 75-77.

[367] Swadesh R. Bose, «Foodgrain Availability and Possibilities of Famine in Bangla Desh», *Economic and Political Weekly,* vol. 7, núms. 5 y 7, febrero de 1972, pp. 293-306.

[368] Imam, *Of Blood..., op. cit.,* p. 57 (4 de abril); relato de Samoondari, en Firdousi, *The Year..., op. cit.,* p. 154; Consulado General de la República Federal de Alemania, «Lage in Ostpakistan, hier: Ernährungslage», 21 de mayo de 1971, PA AA B37/627; «Pakistan: The Ravaging of Golden Bengal», *Time,* 2 de agosto de 1971, en Quaderi, *Bangla Desh..., op. cit.,* p. 225; Bose, «Foodgrain...», *op. cit.,* p. 303; informes de ACNUR, UNROD, y UNICEF sobre el bazar de Comilla-Feni-Cox's [incluyendo datos de Daca y de Chittagong], Faridpur y Comilla, 10 y 14-15 de enero y 5 de febrero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. 1.

[369] Mascarenhas, «Genocide», *op. cit.,* p. 134 (se dijo que el acaparamiento era tolerado por las autoridades para hacer que los bengalíes, por medio del hambre, «cobraran conciencia»); Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* p. 131; Chen y Rohde, «Civil War...», *op. cit.,* p. 200, y véase la nota 415.

[370] Informe del Banco Mundial en *Thousand My Lais..., op. cit.,* pp. 22-24; véase también Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 133, y, sin embargo, Bose, «Foodgrain...», *op. cit.,* p. 295.

[371] Consulado de los Estados Unidos en Daca, 18 de junio de 1971, NARA RG59, Gen. Rec., Economic, 1970-1973, Box 472, AGR P; *Pakistan News Digest,* vol. 19, núm. 22, 1º de diciembre de 1971, XCI, ANA 189/10/7, parte 1. La escasa existencia de alimentos fue denunciada por E. Hylton UNROD, de los distritos Rajshahi, Kushtia, y Khulna, 6-12 de enero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. 1.

[372] Lifschultz, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 99; Chaudhuri, *Genocide..., op. cit.,* p. 100, Bose, «Foodgrain...», *op. cit.,* p. 301.

[373] «Visit to Calcutta and Dacca on 17th/22nd December 1971», Oxfam Archive, AG/2/1-5, Box Bangladesh Consortium of British Charities, expediente IBRD- FAO ODM.

[374] Victor Umbricht, «UNROD in Bangladesh», abril de 1973, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh, informes de UNROD/UNROB, Informe de SG/Future Assistance/Planning Commission/Various.

[375] Curlin *et al.,* «Demographic Crisis...», *op. cit.,* pp. 97-98 y 103; *cf.* Chen y Rohde, «Civil War...», *op. cit.,* p. 202.

[376] Información de UNROD, Paper núm. 3: Blunt Facts on Relief and Rehabilitation in Bangladesh (Toni Hagen), 18 de febrero de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers, Information Paper núm. 3/núm. 11.

[377] Curlin *et al.,* «Demographic Crisis...», *op. cit.,* pp. 91 y 92.

[378] Tetro a Boerma, 2 de abril de 1972, FAO Archive RG15, FA 6.7, Tetro 1971-1972.

[379] James Sprague y Stanley Foster, «Second Bangladesh Nutritional Assessment», UNROD, Information Paper núm. 21, octubre de 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh

UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. 21; *cf*. Greenough III y Cash, «Post-Civil War…», *op. cit.,* pp. 247 y 248.

[380] Embajada de Australia en Washington, 3 de junio de 1972, ANA 855/2, parte 1, p. 164; Alto Comisionado de Australia en Daca, Savingram 7/72, 28 de agosto de 1972, mismo expediente, p. 234; Embajada de la República Demócratica Alemana en Daca, «Vermerk», 7 de septiembre de 1972, PA AA, MfAA C1044/77, p. 36; Mascarenhas, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 19-22; Franda, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 27. Los primeros motines del hambre: Hefley, *Christ…, op. cit.,* p. 86.

[381] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* pp. 138 y 139.

[382] S. K. Dey, Bangladesh Today and Tomorrow?, informe de UNROD Paper núm. 11 [*ca*. mayo de 1972], 4, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers I, Information Paper núm. 3 y núm. 11.

[383] Sprague y Foster, «Second Bangladesh Nutritional Assessment», *op. cit.,* cuadros 4 y 5.

[384] Véase nota final 132 y Ghulam Kabir, *Minority Politics…, op. cit.,* apéndice I, para cifras del censo de 1961.

[385] N. K. Chandra, «Agrarian Classes in East Pakistan (1949-1970)», I, y Asim Makhopadhyay, «Will they Return?», *Frontier,* 8 de enero de 1972 y 31 de julio de 1971, en Mamoon, *Media…, op. cit.,* pp. 67 y 124.

[386] Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 109; Menken y Phillips, «Population…», *op. cit.,* p. 88.

[387] Edward J. Clay, «Institutional Change and Agricultural Wages in Bangladesh», *Bangladesh Development Studies,* vol. 4*,* 1976, p. 424.

[388] Dyson, «On the Demography…», *op. cit.,* p. 287; Chowdhury y Chen, «The Interaction…», *op. cit.,* p. 50; Peter Wheller, UNROB, Confidential Report, 2 agosto, 1973, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh, UNROD/UNROB, UNROB.

[389] Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 40-41 y 44-46, cita sus propios artículos de *Far Eastern Economic Review;* Informes de G. Mazumdar, Fuerza de Seguridad Fronteriza de la India, 18 de enero y 31 de marzo de 1975, en Dasgupta, *Midnight…, op. cit.,* pp. 109 y 114; Nurul Islam, «What Was it About the 1974 Famine?», *Scholars Journal,* 15 de octubre de 2005, www.scholarsbangladesh.com/nurulislamri.php (consulta: 25 de enero de 2008). Hindus: Roy, *Genocide…, op. cit.,* p. 188. 1971. Damage: Alamgir, *Famine…, op. cit.,* p. 117.

[390] Die Kommunistische Partei von Bangladesh, Zentralkomitee, «Politische Revolution», 24 de abril de 1972, PA AA, MfAA C1053/77, p. 13; véase también Mascarenhas, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 7.

[391] Aminul Islam, *Victorious Victims…, op. cit.,* esp. pp. 102-105. Para acontecimientos similares en el Pakistán Occidental, incluyendo las nacionalizaciones, véase Omar Noman, *Pakistan…, op. cit.,* pp. 75-77 y 104.

[392] Así como lo hizo el Partido Nacional Awami (Bhashani) en 1973: Maniruzzaman, *The Bangladesh…, op. cit.,* p. 193, n. 19. Véase Jacques Weber, «La guerre du Bangladesh vue de France», *Guerres mondiales et conflits contemporains,* vol. 49, núm. 195, 1999, p. 92.

[393] Dasgupta, *Midnight..., op. cit.,* pp. 44 y 45; Mascarenhas, *The Bangladesh..., op. cit.,* p. 47; Australian High Commissioner Dacca, Savingram 3/72 y 9/72, 4 de julio y 26 de septiembre de 1972, ANA 855/2, parte 1, pp. 189 y 243; Maniruzzaman, «Bangladesh...», *op. cit.,* pp. 122 y 123.

[394] Mascarenhas, *The Bangladesh..., op. cit.,* pp. 26-28.

[395] «The Greed of the Few and the Misery of the Many», *Economic and Political Weekly,* vol. 7, núm. 18, 29 de abril de 1972, pp. 870 y 871.

[396] Mascarenhas, *The Bangladesh..., op. cit.,* p. 129.

[397] Para la corrupción en Pakistán: Mascarenhas, *The Rape..., op. cit.,* pp. 29-33; Sisson y Rose, *War..., op. cit.,* p. 17; transmisión de radio por Mujib, 10 de marzo de 1971, en Tewary, *War..., op. cit.,* p. 106, después 1971: Blood, *The Cruel..., op. cit.,* p. 337.

[398] Oette (Redress), «Torture...», *op. cit.,* p. 7, n. 18.

[399] El mejor análisis es el de Alamgir, *Famine..., op. cit.,* pp. 101-145, esp. pp. 140-143; véase Amartya Sen, *Poverty and Famines*, Clarendon Press, Oxford, 1981, pp. 131-154; Gerlach, «Der Versuch...», *op. cit.,* pp. 81-88; datos en Chowdhury y Chen, «The Interaction...», *op. cit.,* pp. 49-52; Dyson, «On the Demography...», *op. cit.,* pp. 287 y 291; Radheshyam Bairagi, «Food Crisis, Nutrition, and Female Children in Rural Bangladesh», *Population and Development Review,* vol. 12, núm. 2, 1986, p. 311.

[400] Sen, *Poverty..., op. cit.,* pp. 134-141; Alamgir, *Famine..., op. cit.,* pp. 242-244 y 273; Islam, «What...?», *op. cit.;* agregado agrícola de los Estados Unidos, «Bangladesh: Quarterly Grain and Feed Report», 1º de mayo de 1974, NARA RG 166 170/73/18/6-7, agregado agrícola de FAS e informes del consejero, 1971-1984, Box 36, BD Bangladesh 1974.

[401] Cita: Donald McHenry y Kai Bird, «Food Bungle in Bangladesh», *Foreign Policy,* núm. 27, verano de 1977, p. 75.

[402] El impacto de la inundación en el distrito de Rangpur fue mediano, y bajo sobre Dinajpur. «Estimate of Flood Damages», PA AA, MfAA C1047/77, esp. p. 33; Islam, «What...?», *op. cit.*

[403] BRD, Bangladesh: The Current Economic Situation and Short-Term Outlook, 2 de mayo de 1975 (informe N. 7 i 10a-BD), p. 6.

[404] Chowdhury y Chen, «The Interaction...», *op. cit.,* p. 50; Martin Ravallion, «The Performance of Rice Markets in Bangladesh During the 1974 Famine», *The Economic Journal,* vol. 95, núm. 377, marzo de 1985, pp. 15-29; Muni Quddus y Charles Becker, «Speculative Price Bubbles in the Rice Market and the 1974 Bangladesh Famine», *Journal of Economic Development,* vol. 25, núm. 2, 2000, pp. 155-175; Jenneke Arens y Jos van Beurden, *Jhagrapur: Poor Peasants and Women in a Village in Bangladesh*, Orient Longman, Nueva Delhi, 1980, p. 115.

[405] Calculado a partir de IBRD, Bangladesh, cuadro 9.6: de septiembre a noviembre eran, tradicionalmente, meses de escasez.

[406] Hartmann y Boyce, *A Quiet Violence..., op. cit.,* pp. 189 y 192.

[407] M. Ameerul Huq (comp.), *Exploitation and the Rural Poor*, Bangladesh Academy for Rural Development, Comilla, 1976, esp. pp. 93, 107-108, 117 (cita), 154 y 155.

[408] W. B. Reddaway y Md. Mizanur Rahman, «The Scale of Smuggling out of Bangladesh», *Economic and Political Weekly,* vol. 11, núm. 23, 5 de junio de 1976, pp. 843-849; Islam, «What…?», *op. cit.;* otra opinión: Alamgir, *Famine…, op. cit.,* pp. 233-239.

[409] Muqeem Khan, *Pakistan's Crisis…, op. cit.,* p. 10; Ghulam Kabir, *Minority Politics…, op. cit.,* pp. 5, 14-15 y 62-63; «Friendship, not Fish or Poultry», *Economic and Political Weekly,* vol. 7, núm. 24, 10 de junio de 1972, pp. 1141 y 1142; G. Mazumdar, «Fuerza de Seguridad Fronteriza de la India», 18 de enero de 1975, en Dasgupta, *Midnight…, op. cit.,* p. 109.

[410] Islam, «What…?», *op. cit.; cf.* Gerlach, «Der Versuch…», *op. cit.,* p. 88; McHenry y Bird, «Food Bungle…», *op. cit.,* p. 82; World Food Programme, Bangladesh, Foodgrain Forecast, 1º de julio a 31 de octubre de 1975, NARA, RG166, Informe Ag.Att., Box 47, BD Bangladesh 1975.

[411] Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 44-46 (citando los artículos de 1974).

[412] Joseph Collins y Frances Moore Lappé, *Vom Mythos des Hungers*, Fischer Taschenbuch, Fráncfort, 1978, pp. 32-34; Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 46 (citando su artículo del 15 de noviembre de 1974); Sen, *Poverty…, op. cit.,* p. 151; Alamgir, *Famine…, op. cit.,* pp. 137, 161-162 y 182-185. Para conflictos cada vez más frecuentes sobre hipotecas, Arens y Van Beurden, *Jhagrapur…, op. cit.,* pp. 136-137, 141 y 160-167.

[413] Alamgir, *Famine…, op. cit.,* p. 135.

[414] Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 7 y 8.

[415] Viktor Umbricht, nota manuscrita de conversación, 5 de agosto de 1974, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh General I, expediente General VI.

[416] Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 46 y 47.

[417] Tajuddin Ahmed, «To the People of Bangladesh», transmisión radiofónica de Swadhi Bangla Desh Betar Kendra, 11 de abril de 1971, PA AA B37/583; Bose, «Foodgrain…», *op. cit.,* p. 303; Ellis, «Bangladesh…», *op. cit.,* p. 329

[418] McHenry y Bird, «Food Bungle…», *op. cit.,* p. 74; Islam, «What…?», *op. cit.;* M. Syedazzamen, secretario de la Comisión de Planeación de Bangladesh, al embajador de los Estados Unidos, 14 de mayo de 1974, NARA RG 166, Ag. Att. Reports, Box 36, BD Bangladesh 1974; Habibul Haque Khondker, «Governmental Response to Famine: A Case Study of the 1974 Famine in Bangladesh», University of Pittsburgh, tesis doctoral, 1984, pp. 4 y 140-142.

[419] Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 45-46 y 82-83; Khondker, «Governmental Response…», *op. cit.,* p. 85; Gerlach, «Der Versuch…», *op. cit.,* pp. 85 y 86; Tony Loftas, «"Save Us" Plea by Bangladesh», *PAN,* 7, 12 de noviembre de 1974, p. 1; véase *PAN,* 15 de noviembre de 1974, p. 7, Oxfam Archive; Van Schendel, *Peasant Mobility…, op. cit.,* p. 67; Sen, *Poverty…, op. cit.,* pp. 131 y 146 (para la tasa del intercambio de salarios por arroz); Nasreen, *My Girlhood…, op. cit.,* pp. 226-232; Alamgir, *Famine…, op. cit.,* pp. 128 y 135; inundación en el distrito de Rangpur: Alamgir, *Famine…, op. cit.,* pp. 124 y 125.

[420] Sen, *Poverty…, op. cit.,* pp. 131 y 146-147; Gerlach, «Der Versuch…», *op. cit.,* pp. 85 y 86.

[421] Alamgir, *Famine..., op. cit.,* p. 128; Mascarenhas, *The Bangladesh..., op. cit.,* pp. 43 y 44; Khondker, «Governmental Response...», *op. cit.,* pp. 5 y 90-91; Joiner, *Gloria..., op. cit.,* p. 65.

[422] Chowdhury y Chen, «The Interaction...», *op. cit.,* p. 52; Bairagi, «Food Crisis...», *op. cit.,* p. 311.

[423] Dyson, «On the Demography...», *op. cit.,* p. 288.

[424] Sen, *Poverty..., op. cit.,* pp. 141-144 y 151; Alamgir, *Famine..., op. cit.,* pp. 157 y 158.

[425] *Ibid.,* pp. 154 y 166-167.

[426] Chowdhury y Chen, «The Interaction...», *op. cit.,* p. 53; Bairagi, «Food Crisis...», *op. cit.,* p. 311; Stan D'Souza y Abbas Bhuiya, «Socioeconomic Mortality Differentials in a Rural Area of Bangladesh», *Population and Development Review,* vol. 8, núm. 4, 1982, pp. 753-769.

[427] Greenough y Cash, «Post-Civil War...», *op. cit.,* p. 244.

[428] «Land of Despair», *Wall Street Journal,* 27 de noviembre de 1974; Lifschultz, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 45.

[429] Por lo tanto, acaso no fuera accidental que la proporción de hindúes en el distrito de Rangpur se redujera de 16% en 1961 a 5% en 1974 (Van Schendel, *Peasant Mobility..., op. cit.,* p. 51, n. 11). Probablemente más de 100 000 bangladesíes huyeron hacia la India en 1975 y 42 000 fueron rechazados por la Fuerza de Seguridad Fronteriza de India, de enero a julio de 1975, 70 a 90% de cuyos hombres eran hindúes: Franda, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 128-129.

[430] Mascarenhas, *The Bangladesh..., op. cit.,* esp. pp. 8 y 9.

[431] Noman, *Pakistan..., op. cit.,* pp. 64-67, 123 y 192-206.

[432] Bernd Pieschel (Embajada de la República Democrática Alemana en Daca), «Parlamentswahlen in Bangladesch», 17 de febrero de 1973, PA AA, MfAA C1047/77, p. 133; Informes de G. Mazumdar, Fuerza de Seguridad Fronteriza de la India, 25 de noviembre de 1974 y 18 de enero de 1975 en Dasgupta, *Midnight..., op. cit.,* pp. 107 y 109; Mascarenhas, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 22-23 y 37; «Bangladesh: Political Gangsterism» y «Bangladesh: War against Maoists», *EPW* 8(38), septiembre de 1973, p. 1712, y 8(46), 17 de noviembre de 1973, p. 2033. Cita: Franda, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 154 (en un artículo de 1973). Se informó de 5 978 asesinatos en 1972, de 2 571 en 1973, y 2 782 en 1974: Alamgir, *Famine..., op. cit.,* p. 139.

[433] Mascarenhas, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 16 y 89.

[434] Kumar Datta, *Land..., op. cit.,* pp. 219 y 220; véase también Mascarenhas, *Bangladesh..., op. cit.,* p. 173, para 1981.

[435] Alto Comisionado Australiano en Daca, Savingrams 5/72 (cita) y 7/72, 31 de julio y 28 de agosto de 1972, ANA 855/2, parte 1, pp. 216 y 234; Lifschultz, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 41 y 124; Dasgupta, *Midnight..., op. cit.,* p. 80; Mascarenhas, *Bangladesh..., op. cit.,* pp. 37 y 44.

[436] *Ibid.,* pp. 45 y 61.

[437] *Ibid.,* p. 37.

[438] Jahan, «Genocide…», *op. cit.,* p. 385.

[439] Alto Comisionado Australiano en Daca, Savingram 8/72, 12 de septiembre de 1972, ANA 855/2, parte 1, p. 243.

[440] «The Work of the Voluntary Relief Agencies in Bangladesh», 1972, AfZ, Nachlass Umbricht, Bangladesh UNROD/UNROB, Information Papers II.

[441] Hartmann y Boyce, *A Quiet Violence…, op. cit.,* pp. 147 y 148.

[442] Mascarenhas, *The Bangladesh…, op. cit.,* pp. 104 y 128; Franda, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 263 y 264.

[443] Mascarenhas, *The Bangladesh…, op. cit.,* pp. 103-117; Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 9 y 10.

[444] Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* pp. 50 y 52; Neil O'Sullivan, «Bangladesh Report», 22 de marzo de 1976, Oxfam Archive, Project Files, Box 1009, BD59; cifras similares para 1977 en Roy, *Genocide…, op. cit.,* pp. 59 y 67; Mascarenhas, *The Bangladesh…, op. cit.,* p. 131, da una cantidad de 15 000 para 1978; en «Bangladesh: The People: Enemies of the Government», *Economic and Political Weekly,* vol. 9, núm. 9, 2 de marzo de 1974, p. 361, ya se mencionan 20 000 prisioneros políticos izquierdistas.

[445] Oette (Redress), «Torture…», *op. cit.*

[446] Mascarenhas, *The Bangladesh…, op. cit.,* pp. 137-183; Lifschultz, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 150, n. 1; Dasgupta, *Midnight…, op. cit.,* pp. 94-99.

[447] Singh, «Foreword», *op. cit.,* p. IX; para la orden inicial del 10 de diciembre de 1971, Dasgupta, *Midnight…, op. cit.,* pp. 86 y 87.

[448] Véase el informe sobre los Descubrimientos de la Comisión de Investigación del Pueblo; Jahan, «Genocide…», *op. cit.,* p. 386.

[449] Bangladesh Groep Nederland, «The Road to Repression: Aspects of Bengali Encroachment in the Chittagong Hill Tracts 1860-1983», en Wolfgang Mey (comp.), *«They Are Now Burning Village After Village»: Genocide in the Chittagong Hill Tracts, Bangladesh*, IWGIA, Copenhague, 1984, p. 24.

[450] Sabyasachi Basu Ray Chaudhury, «Uprooted Twice: Refugees from the Chittagong Hill Tracts», en Samaddar, *Refugees…, op. cit.,* pp. 254 y 255; Wolfgang Mey, «Opposed and Linked: The Fallacy of Symbiosis», en Mey, «*They…», op. cit.,* pp. 102 y 105, n. 1. Riots: «Chittagong Tribals Up in Arms», *Statesman,* 3 de mayo de 1980, y Paresh Saha, «Move to Uproot Chakmas from their Homes», *Amrita Baxa Patrika,* 20 de abril de 1980, en Roy, *Genocide…, op. cit.,* pp. 121, 133.

[451] Jyoti Prakash Dutta y Mohammed Mazifur Rahman, «Insurgency in Chittagong Hill Tracts: Its Origin and Impact on Economy and Environment», *Asian Profile,* vol. 26, núm. 4, 1998, pp. 313 y 320; Syed Nazmul Islam, «The Chittagong Hill Tracts in Bangladesh: Integrational Crisis between Center and Periphery», *Asian Survey,* vol. 21, núm. 12, diciembre de 1981, p. 1216; Syed Aziz-al Ahsan y Bhumitra Chakma, «Problems of National Integration in Bangladesh: The Chittagong Hill Tracts», *Asian Survey,* vol. 29, núm. 10, 1989, p. 964.

[452] Mark Levene, «Why is the Twentieth Century the Century of Genocide?», *Journal of World History,* vol. 11, núm. 2, 2000, p. 327.

[453] Al Ahsan y Chakma, «Problems…», *op. cit.,* p. 964.

[454] Chaudhury, «Uprooted Twice…», *op. cit.,* p. 254.

[455] Nazmul Islam, «Chittagong Hill Tracts…», *op. cit.,* p. 1219.

[456] A. B. Chakma, «Look Back from Exile: A Chakma Experience», en Mey, «*They…», op. cit.,* pp. 42, 47 y 53, n. 8; Muhith, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 228; Aftab Ahmed, «Ethnicity and Insurgency in the Chittagong Hill Tracts Region: A Study of the Crisis of Political Integration in Bangladesh», *Journal of Commonwealth & Comparative Politics,* vol. 31, núm. 3, 1993, p. 40. Para el reasentamiento en masa de lushais en guerra contra las guerrillas en la India, véase el capítulo IV de este volumen.

[457] Chaudhuri, *Genocide…, op. cit.,* p. 48; Chakma, «Look…», *op. cit.,* p. 46.

[458] «Chittagong Tribals Up in Arms», *Statesman,* 3 de mayo de 1980, y Saha, «Move…», *op. cit.,* pp. 121 y 135; Chaudhury, «Uprooted Twice…», *op. cit.,* p. 270; Chakma, «Look…», *op. cit.,* p. 50; Bangladesh Groep Nederland y Wolfgang Mey, «The Road to Resistance: Policies in the Bloody Triangle», en Mey, «*They…», op. cit.,* pp. 125-127.

[459] Chakma, «Look…», *op. cit.,* p. 52, n. 7; Nazmul Islam, «Chittagong Hill Tracts…», *op. cit.,* p. 1216; al Ahsan and Chakma, «Problems…», *op. cit.,* p. 968.

[460] Los presidentes A. S. Sayeem y Ziaur también recibieron exigencias de autonomía: «Chittagong Tribals Up in Arms», *Statesman,* 3 de mayo de 1980, en Roy, *Genocide…, op. cit.,* p. 121; Chakma, «Look…», *op. cit.,* p. 58; Bangladesh Groep Nederland y Mey, «The Road…», *op. cit.,* p. 127; Ahmed, «Ethnicity…», *op. cit.,* pp. 41 y 42. Véase un discurso de Mujib, en 1970, en *Bangla Desh Documents…, op. cit.,* p. 110.

[461] Wolfgang Mey, «Soil Use and Land Rights in the Chittagong Hill Tracts», en Mey, «*They…», op. cit.,* p. 84.

[462] Maniruzzaman, *The Bangladesh…, op. cit.,* p. 205.

[463] Wolfgang Mey, «Introduction», en Mey, «*They…*», *op. cit.,* p. 7*;* Chittagong Hill Tracts Commission, *«Life is not ours»: Land and Human Rights in the Chittagong Hill Tracts, Bangladesh,* actualizado 4, IWGIA, Ámsterdam, 2000, pp. 16, 71 y 84.

[464] Mark Levene, «The Chittagong Hill Tracts: A Case Study in the Political Economy of "Creeping" Genocide», *Third World Quarterly,* vol. 20, núm. 2, 1999, pp. 355 y 356.

[465] S. K. Dutta Ray, «Buddhists Struggle for Survival, Troubles in Rangamati», 25 de abril de 1980, en Roy, *Genocide…, op. cit.*, p. 127. Ahmed, «Ethnicity…», *op. cit.,* p. 44, declara que hubo una sistemática política de asentamientos desde la administración de Mujib.

[466] Bangladesh Groep Nederland y Mey, «The Road…», *op. cit.,* pp. 150-156; Prajnalankar Bhikkhu, «Demographic Invasion, Militarization and Human Rights Violations in the Chittagong Hill Tracts», en Paliwal, *Islamism…, op. cit.,* p. 25.

[467] Prakash Dutta y Mazifur Rahman, «Insurgency…», *op. cit.,* p. 312. Ésta fue una disminución de 43 329 bengalíes, y un incremento de 31 116 jumas, en comparación con 1991: Chaudhury, «Uprooted Twice…», *op. cit.,* pp. 250 y 280, n. 20.

[468] Prakash Dutta y Mazifur Rahman, «Insurgency…», *op. cit.,* p. 318.

[469] Willem van Schendel, «The Invention of the "Jummas": State Formation and Ethnicity in Southeastern Bangladesh», *Modern Asian Studies,* vol. 26, núm. 1, 1992, pp.

120 y 121.

[470] Chaudhury, «Uprooted Twice…», *op. cit.,* pp. 258-277; Bangladesh Groep Nederland y Mey, «The Road…», *op. cit.,* pp. 150-156. Los datos de la Comisión de las Colinas de Chittagong, «*Life*…», *op. cit.,* pp. 28, 45 y 48; sin embargo, indican que quienes retornaban de la India tenían mayor oportunidad de recuperar todas sus tierras que las 128 000 familias internamente desplazadas.

[471] Comisión de las Colinas de Chittagong, «*Life*…», *op. cit.,* pp. 16 y 20; Al Ahsan y Chakma, «Problems…», *op. cit.,* pp. 969 y 970.

[472] Mey, «*They*…», *op. cit.,* pp. 155 y 176. Levene, «The Chittagong…», *op. cit.,* pp. 339-369, esp. pp. 356 y 360 retratan a los colonos, más bien, como peleles de los militares.

[473] Bangladesh Groep Nederland y Mey, «The Road…», *op. cit.,* pp. 132 y 133.

[474] *Ibid.*, pp. 136-137 y 140.

[475] Chittagong Hill Tracts Commission, «*Life*…», *op. cit.,* pp. 13, 41 y 42.

[476] Bangladesh Groep Nederland y Mey, «The Road…», *op. cit.,* pp. 12 y 13; Franda, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 235.

[477] Véase también Bose, «Anatomy…», *op. cit.* Hay pocas pruebas de la violencia por los hindúes de Pakistán Oriental.

[478] Van Schendel, *Peasant Mobility…, op. cit.,* esp. pp. 183-190, 248, 251 y 254. Véase también Franda, *Bangladesh…, op. cit.,* p. 196.

[479] Citado en Saikia, «Beyond…», *op. cit.,* p. 278.

[480] Relato en Firdousi, *The Year…, op. cit.,* p. 40.

[481] Mukherji, «The Great Exodus…, I», *op. cit.;* Reginald Prentice, en *New Statesman,* 16 de julio de 1971, en *Bangla Desh Documents…, op. cit.,* p. 570; Heß, *Bangladesch…, op. cit.,* pp. 81 y 82.

[1] Los casos analizados más adelante, en lo que concierne a cada grupo insurgente dominante, podrían ser atribuidos a un enfoque maoísta (Malasia, Indochina, África portuguesa, Tailandia, Guatemala, Perú), a otros comunistas (Unión Soviética, Grecia), a una izquierda nacionalista (Argelia, Rhodesia, Kurdistán turco, Timor Oriental), y a corrientes nacionalistas no izquierdistas (Manchuria, Kenia, Colinas de Chittagong en Bangladesh, Mizoram en la India). «Especialistas» en contrainsurgencia a menudo atribuyen el brote de tales movimientos exclusivamente al maoísmo.

[2] Cincuenta y cuatro por ciento de africanos fueron reubicados en Nyasalandia, 47% en Cabo Delgado y 42% en distritos de Tete: Brendan F. Jundanian, «Resettlement Programs in Counterinsurgency in Mozambique», *Contemporary Politics,* vol. 6, núm. 4, 1974, pp. 522 y 524. *Cf.* Michel Cornaton, *Les camps de regroupement de la guerre d'Algérie*, Harmattan, París y Montreal, 1998 [1ª ed. 1967], p. 125.

[3] Kerim Yildiz, *The Kurds in Turkey: EU Accession and Human Rights*, Pluto, Londres y Ann Arbor, 2005, p. 77; Nadire Mater (comp.), *Voices from the Front: Turkish Soldiers on the War with the Turkish Guerrillas*, Palgrave Macmillan, Nueva York y Basingstoke, 2005, p. 312. *Cf.* C. Nunthara, *Impact of the Introduction of Grouping of Villages in Mizoram*, Omsons, Nueva Delhi, 1989, pp. 5-6 y 48.

[4] Benjamin Valentino, *Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the 20th Century*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2004, pp. 81-84, enumera, como resultado, al menos 10 millones de muertos.

[5] Punto subrayado para los pueblos indígenas, por John D. Leary, *Violence and the Dream People: The Orang Asli in the Malayan Emergency 1948-1960*, Center for International Studies, Ohio University Press, Athens (Georgia), 1995, esp. pp. 71-95.

[6] Podríamos incluir los acontecimientos de la rebelión de Hukbalahap en Filipinas de 1946 a 1954 y en el decenio de 1970, y las reubicaciones forzadas en Sabah y Sarawak (Malasia) entre 1963 y 1967, así como los del régimen sudafricano en el norte de Namibia a finales de la década de 1970. En Laos, autoridades estadunidenses apoyaron una contrainsurgencia de los meos y contra los dominantes rebeldes del Pathet Lao en el norte de Laos, de 1960 a 1975. Murieron 17 000 combatientes meos, al menos 200 000 civiles perdieron sus hogares, y muchos la vida. Ian Beckett, *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies: Guerrillas and their Opponents since 1750*, Routledge, Londres y Nueva York, 2000, pp. 99 y 104-109; Jane Hamilton-Merritt, *Tragic Mountains: The Hmong, the Americans, and the Secret War for Laos, 1942-1992,* Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1993, esp. pp. 121-122, 137-138 y 334.

[7] En conjunción con los reasentamientos de (partes de) grupos étnicos en la Unión Soviética desde el decenio de 1920 al de 1940, el gobierno quiso mantener un monopolio de Estado sobre la fuerza militar. Desde 1975 se planearon aldeas socialistas comunales en Mozambique, antes de que comenzara la guerra civil, y aunque buen número de ellas adquirió después una función militar, el gobierno socialista, por temor a los «señores de la guerra», se negó a establecer milicias locales, como lo habían sugerido asesores militares

cubanos. Véase William Finnegan, *A Complicated War: The Harrowing of Mozambique*, University of California Press, Berkeley, 1992, pp. 114 y 223.

[8] En algunos casos, tales milicias fueron autorizadas por los Estados Unidos entre pueblos indígenas. Agradezco a Peter Karsten por esta información.

[9] David McDowall, *A Modern History of the Kurds*, I. B. Taurus, Londres y Nueva York, 1996, pp. 402-409; Edgar O'Ballance, *The Kurdish Revolt: 1961-1970*, Shoe String Press, Hamden (Connecticut), 1973, pp. 19 y 20.

[10] John L. Tone, *War and Genocide in Cuba, 1895-1898*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006, pp. 210-217.

[11] Anthony James Joes, *America and Guerrilla Warfare*, Kentucky University Press, Lexington, 2000, pp. 110 y 111; Anthony James Joes, *Resisting Rebellion: The History and Politics of Counterinsurgency*, Kentucky University Press, Lexington, 2004, p. 125; Valentino, *Final Solutions..., op. cit.,* pp. 203 y 205; John J. McCuen, *The Art of Counter-Revolutionary Warfare*, Faber and Faber, Londres, 1966, pp. 172 y 211-213; Charles Townshend, *Britain's Civil Wars: Counterinsurgency in the Twentieth Century*, Faber y Faber, Londres y Boston, 1986, p. 179. Para las pérdidas de población, véase Frank Schumacher, «"Niederbrennen, plündern und töten sollt ihr": Der Kolonialkrieg der USA auf den Philippinen (1899-1913)», en Thoralf Klein y Frank Schumacher (comps.), *Kolonialkriege: Militarische Gewalt im Zeichen des Kolonialismus*, Hamburger Edition, Hamburgo, 2006, p. 114. Para los experimentos británicos de reasentamientos en masa de las décadas de 1920 y 1930, en la contrainsurgencia en Irlanda y Birmania, véase Tim Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *Small Wars and Insurgencies,* vol. 7, núm. 3, 1996, p. 266.

[12] Alf Andrew Heggoy, *Insurgency and Counterinsurgency in Algeria*, Indiana University Press, Bloomington y Londres, 1972, pp. 213-227.

[13] El influyente libro de Roger Trinquier, *Modern Warfare: A French View of Counterinsurgency*, Praeger, Nueva York y Londres, 1964, pp. 69-73 [edición en español: *La guerra moderna y la lucha contra las guerrillas*, trad. de L. P. Pérez Roldán, Rioplatense, Buenos Aires, 1963], llama «gridding» [cuadriculado] a este procedimiento. Para la práctica en Guatemala, véase Carol A. Smith, «The Militarization of Civil Society in Guatemala: Economic Reorganization as a Continuation of War», *Latin American Perspectives,* vol. 17, núm. 4, 1990, pp. 15 y 16.

[14] Finn Steputat, «Politics of Displacement in Guatemala», *Journal of Historical Sociology,* vol. 12, núm. 1, 1999, pp. 54-80, esp. p. 66*,* es uno de los pocos intentos críticos de teorizar sobre el tema.

[15] Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts-und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburger Edition, Hamburgo, 1999, pp. 1018-1036; Valentino, *Final Solutions..., op. cit.,* p. 212; Jennifer Schirmer, *The Guatemalan Military Project*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1998, p. 55 [edición en español: *Intimidades del proyecto político de los militares en Guatemala*, 2ª ed., Flacso, Guatemala, 2000]. Esta última terminología fue sugerida también por David Galula, *Counterinsurgency Warfare: Theory and Practice*, Praeger, Nueva York, 1966, p.

70 [edición en español: *La lucha contra la insurrección. Teoría y práctica*, Herder, Barcelona, 1965].

[16] Robert Jackson, *The Malayan Emergency: The Commonwealth's Wars 1948-1966*, Routledge, Londres y Nueva York, 1991, p. 22; Townshend, *Britain's Civil Wars..., op. cit.,* p. 205; Caroline Elkins, *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya*, Henry Holt, Nueva York, 2005, pp. 62-90 y 109.

[17] Memorándum de Thompson a Diem, septiembre de 1962, en su *Defeating Communist Insurgency: The Lessons of Malaya and Vietnam*, Praeger, Nueva York y Washington D. C., 1966, p. 132.

[18] Pierre Bourdieu, *The Algerians*, Beacon, Boston, 1962, pp. 166 y 167; Keith Sutton, «Army Administration Tensions over Algeria's *Centres de Regroupement,* 1954-1962», *British Journal of Middle Eastern Studies,* vol. 26, núm. 2, 1999, p. 250.

[19] Carmel Budiardjo y Liem Soei Liong, *The War Against East Timor*, Zed, Londres, 1984, p. 64; Lincoln Li, *The Japanese Army in North China 1937-1941: Problems of Political and Economic Control*, Oxford University Press, Tokio, 1975, p. 167.

[20] Gerlach, *Kalkulierte Morde..., op. cit.,* pp. 899-904; John A. Nagl, *Counterinsurgency Lessons from Malaya and Vietnam: Learning to Eat Soup with a Knife*, Praeger, Westport y Londres, 2002, p. 172; David Elliott, *The Vietnamese War: Revolution and Social Change in the Mekong Delta 1930-1975*, M. E. Sharpe, Armonk y Nueva York, 2003, p. 1162; Agnes Smedley, «The Red Phalanx» y Jean-Philippe Talbo-Bernigaud, «Steamroller in Kabylia», en Gérard Chaliand (comp.), *Guerrilla Strategies*, California University Press, Berkeley, 1982, pp. 61 y 274; carta anónima a Jacques Vergès en Patrick Kessel y Giovanni Pirelli (comps.), *Le peuple Algérien et la guerre: Lettres et témoignages 1954-1962,* L'Harmattan, París, 2003 [1ª ed. 1962], p. 388; Thomas H. Henriksen, «Portugal in Africa: Comparative Notes on Counterinsurgency», *Orbis,* vol. 21, núm. 2, 1977, p. 399; Angeliki E. Laiou, «Population Movements in the Greek Countryside during the Civil War», en Lars Baerentzen *et al.* (comps.), *Studies in the History of the Greek Civil War 1945-1949*, Museum Tusculanum Press, Copenhague, 1987, p. 75; Norma J. Kriger, *Zimbabwe's Guerrilla War: Peasant Voices*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992, p. 35; para Sirnak en Anatolia oriental en el verano de 1990, véase McDowall, *A Modern History..., op. cit.,* p. 428.

[21] Jackson, *Malayan Emergency..., op. cit.,* pp. 65-107 (cita, p. 70); Leary, *Violence..., op. cit.,* pp. 85-86; John Newsinger, «Minimum Force, British Counterinsurgency and the Mau Mau Rebellion», *Small Wars and Insurgencies,* vol. 3, núm. 1, 1992, p. 49; Susan Carruthers, *Winning Hearts and Minds: British Governments, the Media and Colonial Counter-Insurgency 1944-1960*, Leicester University Press, Londres y Nueva York, 1995, p. 172; *Chega! Report by the Commission for Reception, Truth and Reconciliation in East Timor (CAVR)*, CAVR, Dili, 2006, cap. 7.3, pp. 43-49, www.cavr-timorleste.org/chegaFiles/finalReportEng/7.3-Forced-Displacement-and-Famine.pdf (consulta: 11 de mayo de 2008); acerca de la importancia del poderío aéreo en general, Trinquier, *Modern Warfare..., op. cit.,* y Douglas S. Blaufarb, *The Counterinsurgency Era: U.S. Doctrine and Performance 1950 to the Present*, Free Press/Collier Macmillan, Nueva York y Londres, 1977.

[22] Por ejemplo, Mario Fumerton, «Rondas campesinas in the Peruvian Civil War: Peasant-Self-Defence Organisations in Ayacucho», *Bulletin of Latin American Research,* vol. 20, núm. 4, 2001, p. 483.

[23] Bruce Berman, *Control and Crisis in Colonial Kenya*, James Currey, Londres, 1990, p. 356; Daniel Branch, «Imprisonment and Colonialism in Kenya, *ca.* 1930-1952: Escaping the Carceral Archipelago», *International Journal of African Historical Studies,* vol. 38, núm. 2, 2005, p. 245; John P. Cann, *Counterinsurgency in Africa: The Portuguese Way of War, 1961-1974*, Greenwood, Westport y Londres, 1997, p. 143; Gerald J. Bender, «The Limits of Counterinsurgency: An African Case», *Comparative Politics,* vol. 4, núm. 3, 1972, p. 352; Jundanian, «Resettlement…», *op. cit.,* p. 526; Ronald Suleski, «Northeast China under Japanese Control: The role of the Manchurian Youth Corps, 1934-1945», *Modern China,* vol. 7, núm. 3, 1981, pp. 351-377; Jackson, *Malayan Insurgency…, op. cit.,* p. 24.

[24] McDowall, *A Modern History…, op. cit.,* p. 440.

[25] Fabian Klose, «Zur Legitimation kolonialer Gewalt: Kolonialer Notstand, antisubversiver Krieg und humanitäres Völkerrecht im kenianischen und algerischen Dekolonialisierungskrieg», *Archiv für Sozialgeschichte,* núm. 48, 2008, pp. 251-258, 268 y 269; Hartmut Elsenhans, *Frankreichs Algerienkrieg 1954-1962*, Carl Hanser, Múnich, 1974, pp. 418-439.

[26] Amikan Nachmani, *International Intervention in the Greek Civil War: The United Nations Special Committee on the Balkans, 1947-1952*, Praeger, Nueva York, 1990, pp. 95 y 96; cálculos más altos: Dominique Eudes, *The Kapetanios: Partisans and Civil War in Greece, 1943-1949*, NLB, Londres, 1972, p. 354; C. M. Woodhouse, *The Struggle for Greece 1941-1949*, Ivan R. Dee, Chicago, 2002 [1ª ed. 1976], p. 245.

[27] David Anderson, *Histories of the Hanged: The Dirty War in Kenya and the End of Empire*, W. W. Norton, Nueva York y Londres, 2005, p. 353; Carruthers, *Winning…, op. cit.,* p. 175; Heggoy, *Insurgency…, op. cit.,* p. 241; para Rhodesia, Tony Hodges, «Counterinsurgency and the Fate of Rural Blacks», *Africa Report,* vol. 22, núm. 5, septiembre-octubre de 1977, p. 20.

[28] Hodges, «Counterinsurgency…», *op. cit.,* p. 19; Carruthers, *Winning…, op. cit.,* p. 172; Kessel y Pirelli, *Le peuple…, op. cit.,* p. 413.

[29] Polymeris Voglis, «Becoming Communist: Political Prisoners as a Subject during the Greek Civil War», en Philip Carabott y Thanasis D. Sfikas (eds.), *The Greek Civil War*, Ashgate, Aldershot y Burlington, 2004, pp. 143 y 147; Nachmani, *International Intervention…, op. cit.,* p. 96; Eudes, *The Kapetanios…, op. cit.* (la izquierda afirmó que el gobierno había detenido a 84 931, desde febrero de 1945 hasta marzo de 1946), pp. 260 y 302.

[30] Richard Hunt, *Pacification: The American Struggle for Vietnam's Hearts and Minds*, Westview, Boulder, 1995, p. 5.

[31] Townshend, *Britain's Civil Wars…, op. cit.,* pp. 164 y 165; Kumar Ramakrishna, «"Transmogrifying" Malaya: The Impact of Sir Gerald Templer (1952-1954)», *Journal of Southeast Asian Studies,* vol. 32, núm. 1, 2001, pp. 82 y 87.

[32] Anderson, *Histories…, op. cit.,* pp. 5, 69 y 356; Carruthers, *Winning…, op. cit.,* p. 276; Elkins, *Imperial Reckoning…, op. cit.,* pp. XIII, 58, 140-141, 226-228 y 283.

[33] Elsenhans, *Frankreichs Algerienkrieg…, op. cit.,* p. 439, n. 483.

[34] Blaufarb, *Counterinsurgency Era…, op. cit.,* pp. 119 y 185; Mustafa Dhada, «The liberation War in Guinea-Bissau Reconsidered», *Journal of Military History,* vol. 62, núm. 3, 1998, p. 582; Bender, «The Limits…», *op. cit.,* p. 340; Constancio Pinto y Matthew Jardine, *East Timor's Unfinished Struggle: Inside the Timorese Resistance*, South End Press, Boston, 1997, pp. 62 y 63; Budiardjo y Liem, *The War…, op. cit.,* p. 35. Para Grecia, véase Jones, «The British Army…», *op. cit.,* p. 281.

[35] Monika Schlicher, *Osttimor stellt sich seiner Vergangenheit: Die Arbeit der Empfangs-, Wahrheits-und Versöhnungskommission*, Internationales Katholisches Missionswerk, Aquisgrán, 2005, p. 62.

[36] Richard Brace y Joan Brace, *Algerian Voices*, D. Van Nostrand, Princeton, 1965, p. 200; Keith Sutton, «Population Resettlement-Traumatic Upheavals and the Algerian Experience», *Journal of Modern African Studies,* vol. 15, núm. 2, 1977, p. 287. Esta política parece haber sido aplicada a gran escala desde 1956: Kessel y Pirelli, *Le peuple…, op. cit.,* p. 42.

[37] Para el incendio de bosques en Guatemala, *La contrainsurgencia y los refugiados guatemaltecos*, Grupo de Apoyo a Refugiados Guatemaltecos, México, 1983, p. 83. Cita: Eudes, *The Kapetanios…, op. cit.,* p. 310.

[38] Maureen Sioh, «An Ecology of Postcoloniality: Disciplining Nature and Society in Malaya, 1948-1957», *Journal of Historical Geography,* núm. 30*,* 2004, p. 736; Phillip Deery, «Malaya*,* 1948: Britain's "Asian Cold War"?», Working Paper núm. 3, The Cold War as Global Conflict, International Center for Advanced Studies, Universidad de Nueva York, www.nyu.edu/gsas/dept/icas/PhillipDeery.pdf, p. 28; Jackson, *The Malayan Emergency…, op. cit.,* 102 y 103; Leary, *Violence…, op. cit.,* pp. 86-89; Beckett, *Modern Insurgencies…, op. cit.,* p. 103; Donald L. Barnett y Karari Njama, *Mau Mau from Within*, Monthly Review Press, Nueva York y Londres, 1966, citado en Chaliand, *Guerrilla Strategies, op. cit.,* p. 161.

[39] Ian F. W. Beckett, «Robert Thompson and the British Advisory Mission to South Vietnam, 1961-1965», *Small Wars and Insurgencies,* vol. 8, núm. 3, 1997, p. 60, n. 16; *cf.* Elliott, *The Vietnamese War…, op. cit.,* p. 1220; Blaufarb, *Counterinsurgency Era…, op. cit.,* p. 119.

[40] Bender, «The Limits…», *op. cit.,* p. 345; Jundanian, «Resettlement…», *op. cit.,* p. 539; Kay Warren, «Interpreting la Violencia in Guatemala: Shapes of Mayan Silence & Resistance», en Kay Warren (comp.), *The Violence Within: Cultural and Political Opposition in Divided Nations*, Westview, Boulder*,* 1993, p. 32; Pinto y Jardine, *East Timor…, op. cit.,* p. 259, n. 1; John Taylor, *East Timor: The Price of Freedom*, Zed, Londres*,* 1999, p. 85; Budiardjo y Liem, *The War…, op. cit.,* pp. 35 y 36.

[41] Luise White, «Poisoned Food, Poisoned Uniforms, and Anthrax: Or, How Guerrillas Die in War», *OSIRIS,* núm. 19*,* 2004*,* pp. 220-223.

[42] Keith Sutton y Richard Lawless, «Population Regrouping in Algeria: Traumatic Change and the Rural Settlement Pattern», *Transactions of the Institute of British*

Geographers, New Series, vol. 3, núm. 3, 1978, p. 342, resume toda esta bibliografía.

[43] Thompson, *Defeating…, op. cit.,* pp. 125 y 152; McCuen, *The Art…, op. cit.,* pp. 161 y 162; Leary, *Violence…, op. cit.,* esp. pp. 44-48 y 217 (sugiere una mortalidad de 8 a 12% en ciertos campamentos y durante varios meses); John Coates, *Suppressing Insurgency: An Analysis of the Malayan Emergency, 1948-1954*, Westview, Boulder, 1992, pp. 92 y 202; Simon C. Smith, «Gerald Templer and Counter-Insurgency in Malaya: Hearts and Minds, Intelligence and Propaganda», *Intelligence and National Security,* vol. 16, núm. 3, 2001, p. 69; T. N. Harper, *The End of Empire and the Making of Malaya*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 269-272. Índices de mortalidad similares fueron encontrados entre los miembros de las tribus de las colinas reubicados en Vietnam del Sur en 1971: Louis Wiesner, *Victims and Survivors: Displaced Persons and Other War Victims in Viet-Nam, 1954-1975*, Greenwood, Nueva York, 1988, p. 250.

[44] Barnett y Njama, *Mau Mau…, op. cit.,* pp. 209-210 y 439-440 (un oficial de la insurgencia también calculó las pérdidas de las guerrillas en 22 000, el doble de la cifra oficial británica). *Cf.* Anderson, *Histories…, op. cit.,* pp. 4, 319 y 320; Tabitha Kanogo, *Squatters and the Roots of Mau Mau 1905-1963*, James Currey, Londres, 1987, p. 139; Caroline Elkins, «Detention, Rehabilitation & the Destruction of Kikuyu Society», en E. S. Atieno Odhiambo y John Lonsdale (comps.), *Mau Mau and Nationhood: Arms, Authority & Narration*, James Currey, EAEP y Ohio University Press, Oxford, 2003, pp. 216 y 217; Elkins, *Imperial Reckoning…, op. cit.,* pp. 234, 249-251 y 255-265; el informe de un testigo presencial es de Charity Waciuma, *Daughter of Mumbi*, East African Publishing House, Nairobi, 1969, pp. 111-139.

[45] Michel Rocard, «Note sur les Centres de regroupement» en Michel Rocard, *Rapport sur les camps de regroupement et autres textes sur la guerre d'Algérie*, Mille et Une Nuits, núm. l., 2003, p. 26, *cf.* p. 133, n. 127; para otras fuentes, véase Brace y Brace, *Algerian Voices, op. cit.,* pp. 22, 85, 89-90, 131-132 y 186; Mahfoud Bennoune, «French Counter-Revolutionary Doctrine and the Algerian Peasantry», *Monthly Review,* vol. 25, núm. 7, 1973, p. 55; Charles-Robert Ageron, «Une dimension de la guerre d'Algérie: les "regroupements" de populations», en Jean-Charles Jauffret y Maurice Vaisse (comps.), *Militaires et guerilla dans la guerre d'Algérie*, Editions Complexe, París, 2001, pp. 331-332, 338 y 345-346; Cornaton, *Les camps…, op. cit.,* pp. 96-97 y 114. Para la extensión, véase Sutton, «Army administration…», *op. cit.,* p. 257. Guy Perville, «La guerre d'Algerie: Combien de morts?», en Mohamed Harbi y Benjamin Stora (eds.), *La guerre d'Algérie*, Hachette, París, 2004, esp. pp. 698, 700 y 713, no toma en cuenta a las víctimas de los campamentos de reagrupamiento.

[46] J. K. Cilliers, *Counter-Insurgency in Rhodesia*, Croom Helm, Londres, 1985, p. 92, *cf.* pp. 81, 85, 97 y 242; *cf.* A. K. H. Weinrich, «Strategic Resettlement in Rhodesia», *Journal of Southern African Studies,* vol. 3, núm. 2, 1977, p. 227.

[47] Nandini Sundar, «Interning Insurgent Populations: The Buried Histories of Indian Democracy», www.yale.edu/agrarianstudies/pages/22sundar.pdf (consulta: 7 de mayo de 2009), pp. 23-25; Nunthara, *Impact…, op. cit.,* pp. 4, 7 y 9.

[48] Weinrich, «Strategic Resettlement…», *op. cit.,* p. 219; Budiardjo y Liem, *The War…, op. cit.,* pp. 74 y 82.

[49] Peter Niggli, «Äthiopien: Deportationen und Zwangsarbeitslager», *Dokumentation Evangelischer Pressedienst* 25, Berliner Missionwerk, 1985, 28 de mayo, esp. pp. 10, 12, 16-21 y 30-32.

[50] Ricardo Falla, *Massacres in the Jungle: Ixcán, Guatemala 1975-1982*, Westview, Boulder, 1994, pp. 155 y 156 [edición en español: *Masacres de la selva. Ixcán, Guatemala, 1975-1982*, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala, 1992]; Ricardo Falla, «Struggle for Survival in the Mountains: Hunger and other Privations Inflicted on Internal Refugees from the Central Highlands», en Robert Carmack (comp.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*, University of Oklahoma Press, Norman, 1988, pp. 235-255 [edición en español: *Guatemala: cosecha de violencias*, trad. de Mario Roberto Morales, Flacso, San José (Costa Rica), 1991]; Arzobispado de Guatemala, Oficina de Derechos Humanos, *Guatemala: Nunca Más,* vol. 2*: Impactos de la Violencia*, Arzobispado de Guatemala, Oficina de Derechos Humanos, Guatemala, 1999, pp. 3, 51-53, 66 y 88; Grupo de Apoyo, *Constrainsurgencia,* pp. 81-86; Joe Fish y Cristina Sganga, *El Salvador: Testament of Terror*, Olive Branch Press, Nueva York, 1988, pp. 54-67 y 79-87, esp. p. 82.

[51] Benetech Human Rights Data Analysis Group of the Commission on Reception, Truth and Reconciliation of Timor-Leste (Romesh Silva y Patrick Ball), «The Profile of Human Rights Violations in Timor-Leste, 1974-1999», 9 de febrero de 2006, pp. 1 y 2, http://hrdag.org/resources/Benetech-Report-to-CAVR.pdf (consulta: 6 de diciembre de 2007); CAVR informe, capítulo 7, 3, pp. 29-31, 38-42 y 52-68, www.cavrtimorleste.org/chegaFiles/finalReportEng/07.3-Forced-Displacementand-Famine.pdf (consulta: 11 de mayo de 2008); Budiardjo y Liem, *The War..., op. cit.,* pp. 76-87; Schlicher, *Osttimor..., op. cit.,* p. 61; Pinto y Jardine, *East Timor..., op. cit.,* pp. 46 y 259, n. 2; Taylor, *East Timor..., op. cit.,* pp. 90, 97 y 98. Para las muertes causadas por un bloqueo de alimentos impuesto por el gobierno en Grecia: Laiou, «Population Movements...», *op. cit.,* p. 64; «la mortalidad excesiva» se refiere a las muertes por encima de las que habían podido esperarse con base en una estadística a largo plazo.

[52] Citado en Stephan Malinowski, «Modernisierungskriege: Militärische Gewalt und koloniale Modernisierung im Algerienkrieg (1954-1962)», *Archiv für Sozialgeschichte,* núm. 48, 2008, p. 226.

[53] Heggoy, *Insurgency..., op. cit.,* p. 186; véanse también relatos de sobrevivientes en Kessel y Pirelli, *Le peuple..., op. cit.,* pp. 305 y 481.

[54] T. A. Bisson, «Aikawa Asks for Fifty Millions», *Amerasia,* 2 de marzo de 1938, pp. 9 y 10; Y. Nagano, «Comments on Manchurian Protective Villages», *Amerasia,* 2 de febrero de 1939, pp. 549-551; Ray C. Hillam, «Counterinsurgency: Lessons from Early Chinese and Japanese Experience against the Communists», *Orbis,* vol. 12, núm. 1, 1968, pp. 237-241; Rana Mitter, *The Manchurian Myth: Nationalism, Resistance and Collaboration in Modern China*, University of California Press, Berkeley, 2000, pp. 112-114, 122 y 123; Joes, *Resisting Rebellion..., op. cit.,* p. 111.

[55] Li, *The Japanese Army..., op. cit.,* pp. 86, 175-176, 189, 193-195, 201-204 y 208-211.

[56] Jon V. Kofas, *Intervention and Underdevelopment: Greece During the Cold War*, Pennsylvania State University Press, University Park y Londres, 1989, pp. 95, 130 y 131; D.

George Kousoulas, *Revolution and Defeat: The Story of the Greek Communist Party*, Oxford University Press, Londres, 1965, p. 259.

[57] Nagl, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 66; Jackson, *The Malayan Emergency..., op. cit.,* p. 20; Francis Loh Kok Wah, *Beyond the Tin Mines: Coolies, Squatters and New Villagers in the Kinta Valley, Malaysia, c. 1880-1980*, Oxford University Press, Singapur, 1988, pp. 106-110 y 124.

[58] Anthony Short, *The Communist Insurrection in Malaya 1948-1960*, Muller, Londres, 1975, pp. 173 y 391, n. 1.

[59] Curtis Peoples, «The Use of the British Village Resettlement Model in Malaya and Vietnam», abril de 2002, www.tamil-nation.org/tamileelam/armedstruggle/thompson.htm (consulta: 26 de enero de 2007), p. 3; Peter Paret, *French Revolutionary Warfare from Indochina to Algeria*, Praeger, Nueva York, 1964, p. 43.

[60] Thompson, *Defeating..., op. cit.,* pp. 122, 129 y 138; Milton Osborne, *Strategic Hamlets in South Viet-Nam*, Southeast Asia Programme, Cornell University, Ithaca, 1965, pp. 32 y 33.

[61] Nagl, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 128; Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* pp. 115, 120 y 207-208.

[62] Además, cientos de miles huyeron a las grandes ciudades de Argelia, a países vecinos o a Francia: Paret, *French Revolutionary Warfare..., op. cit.,* pp. 34 y 44-45; McCuen, *The Art..., op. cit.,* pp. 130 y 239; Mohand Hamoumou, *Et ils sont devenus Harkis*, Fayard, París, 1993, pp. 193 y ss.; Heggoy, *Insurgency..., op. cit.,* pp. 213-217.

[63] Brian Egan, «"Somos de la tierra": Land and the Guatemalan Refugee Return», y Gisela Gellert, «Migration and the Displaced: Guatemala City in the Context of a Flawed National Transformation», ambos en Liisa North y Alan Simmons (comps.), *Journeys of Fear: Refugee Return and National Transformation in Guatemala*, McGill & Queen University Press, Montreal, 1999, pp. 98 y 119.

[64] Richard Clutterbuck, *Conflict and Violence in Singapore and Malaysia 1945-1983*, Westview, Boulder, 1985, p. 177.

[65] Wiesner, *Victims..., op. cit.,* pp. 47, 50 y 347 (calcula que 20% de los internados en aldeas estratégicas fueron reubicados, pero reduce el número de las aldeas estratégicas); Philip Catton, *Diem's Final Failure*, University of Kansa Press, Lawrence, 2002, pp. 97, 131, 172-174 y 177; Elliott, *The Vietnamese War..., op. cit.,* p. 354. Según los planes, 50% sólo requerirían «regrupamientos menores» de unas cuantas casas, 30% «reagrupamientos mayores», de cerca de la mitad de las familias; 15% «reagrupamientos completos» de la mayoría de los edificios, y 5%, sitios enteramente nuevos (Thompson, *Defeating..., op. cit.,* p. 122; el propio Thompson recomendó no reagrupar más de 20 a 25% de los campesinos: Peter Busch, «Killing the "Vietcong": The British Advisory Mission and the Strategic Hamlet Programme», *Journal of Strategic Studies,* vol. 25, núm. 1, 2002, p. 147).

[66] Wiesner, *Victims..., op. cit.,* pp. 127-298, 346 y 347; para las responsabilidades del desplazamiento, en su mayoría de las fuerzas estadunidenses y las autoridades sudvietnamitas, pp. 66-69, 104-110, 195, 220, 242-243 y 349. Véase también Elliott, *The Vietnamese War..., op. cit.,* pp. 407, 425 y 875; Hunt, *Pacification..., op. cit.*

[67] Gerlach, *Kalkulierte Morde…, op. cit.,* pp. 1040-1055; Bourdieu, *The Algerians…, op. cit.,* p. 173; Bennoune, «French Counter-Revolutionary Doctrine…», *op. cit.,* p. 50; Heggoy, *Insurgency…, op. cit.,* p. 215; Rocard, «Note…», *op. cit.,* pp. 128-130. En Mizoram la distancia fue, a menudo, de cinco a 15 kilómetros. Véase Nunthara, *Impact…, op. cit.,* p. 16.

[68] El desplazamiento en una distancia hasta de tres kilómetros en Camboya 1951-1954 (Cornaton, *Les camps…, op. cit.,* p. 37) probablemente permitió a la mayoría de los campesinos trabajar sus tierras.

[69] Cilliers, *Counter-Insurgency…, op. cit.,* p. 98.

[70] Kernial Singh Sandhu, «The Saga of the "Squatter" in Malaya: A Preliminary Survey of the Causes, Characteristics and Consequences of the Resettlement of Rural Dwellers during the Emergency between 1948 and 1960», *Journal of Southeast Asian History,* vol. 5, núm. 1, 1964, p. 173; Ramakrishna, «"Transmogrifying"…», *op. cit.,* p. 91; Victor Purcell, *Malaya: Communist or Free?*, Stanford University Press, Stanford, 1954, p. 80; Nagl, *Counterinsurgency…, op. cit.,* p. 75; Joes, *Resisting Rebellion…, op. cit.,* pp. 111 y 112; Paret, *French Revolutionary Warfare…, op. cit.,* pp. 45 y 46; McCuen, *The Art…, op. cit.,* p. 102 (para Argelia); Bourdieu, *The Algerians…, op. cit.,* p. 182; Basil Davidson, «Angola in the Tenth Year: A Report and an Analysis, May-July 1970», *African Affairs,* vol. 70, núm. 278, enero de 1971, pp. 47 y 48.

[71] Loh Kok Wah, *Beyond the Tin Mines…, op. cit.,* pp. 225-228 y 267.

[72] Bender, «The Limits…», *op. cit.,* p. 356; Jundanian, «Resettlement…», *op. cit.,* p. 539.

[73] Más detalles acerca de los aspectos étnicos, en Gerlach, «Sustainable Violence: Mass Resettlement, Strategic Villages, and Militias in Anti-Guerrilla Warfare», en Richard Bessel y Claudia Haake (comps.), *Removing Peoples: Forced Removal in the Modern World*, Oxford University Press, Oxford, 2009, pp. 361-392. Véase Kernial Singh Sandhu, «Emergency Resettlement in Malaya», *Journal of Tropical Geography,* núm. 18, 1964, pp. 165 y 174; Henriksen, «Portugal…», *op. cit.,* p. 406; Jundanian, «Resettlement…», *op. cit.,* pp. 523-525; Aranya Siriphon, «Local Knowledge, Dynamism and the Politics of Struggle: A Case Study of the Hmong in Northern Thailand», *Journal of Southeast Asian Studies,* vol. 37, núm. 1, 2006, pp. 68 y 69; Eric Wakin, *Anthropology Goes to War: Professional Ethics and Counterinsurgency in Thailand*, Center for Southeast Asian Studies, University of Wisconsin, Madison, 1992, p. 141; Joes, *America…, op. cit.,* p. 174.

[74] Frank Füredi, «Britain's Colonial Wars: Playing the Ethnic Card», *Journal of Commonwealth & Comparative Politics,* vol. 26, núm. 1, 1989, pp. 80 y 85; Frank Füredi, «Britain's Colonial Emergencies and the Invisible Nationalists», *Journal of Historical Sociology,* vol. 2, núm. 3, 1989, pp. 247-250 y 261; Frank Füredi, *Colonial Wars and the Politics of Third World Nationalism*, I. B. Taurus, Londres y Nueva York, 1994.

[75] Füredi, «Britain's Colonial Wars…», *op. cit.,* p. 76; *cf.* Anderson, *Histories…, op. cit.,* p. 352.

[76] Por ejemplo, Karl Hack afirma que los de origen chino en Malasia se vieron fragmentados por conflictos entre orientaciones hacia Malasia contra China, comunistas contra Guomindang, organizaciones ideológicas contra los tradicionales clanes comunalmente organizados, los educados en chino y en inglés, nuevos inmigrantes contra

antiguos peranakan, y una numerosa facción de obreros y de clase media. Karl Hack, «"Iron Claws on Malaya": The Historiography of the Malayan Emergency», *Journal of Southeast Asian Studies,* núm. 30, 1999.

[77] David Stoll, *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*, Columbia University Press, Nueva York, 1993 [edición en español: *Entre dos fuegos: en los pueblos ixiles de Guatemala*, Abya Yala, Quito, 1999]; Elkins, *Imperial Reckoning…, op. cit.,* pp. 171-177 y 298-303; Stuart A. Herrington, *Silence Was a Weapon: The Vietnam War in the Villages*, Presidio Press, Novato (California), 1982, pp. 24-25 y 36.

[78] Véase Gérard Chaliand, *Armed Struggle in Africa: With the Guerrillas in "Portuguese" Guinea*, Monthly Review Press, Nueva York y Londres, 1969, pp. 12 y 26; Joes, *Resisting Rebellion…, op. cit.,* p. 127; Dhada, «The Liberation War…», *op. cit.,* pp. 586 y 589; Henriksen, «Portugal…», *op. cit.,* p. 406; Gerlach, *Kalkulierte Morde…, op. cit.,* pp. 1052-1055; A. Roy, *Genocide of Hindus and Buddhists in East Pakistan-Bangladesh*, Kranti Prakashan, Delhi, 1981; McCuen, *The Art…, op. cit.,* p. 99.

[79] Georgios Niarchos y Kevin Featherstone, «The "Enemy" that Wasn't Yet: The Strategy of the Greek Government toward the Muslim Minority in Western Thrace, 1946-1949», ensayo presentado a la Modern Greek Studies Association Conference, New Haven, octubre de 2007, p. 8.

[80] La guerra de independencia de Vietnam contra Francia, a comienzos de la década de 1950, fue una excepción, que finalmente permitió al Viet Minh derrotar a la potencia colonial en batalla abierta. Sin embargo, para 1953, 330 000 vietnamitas combatieron del lado francés, en comparación con 300 000 combatientes del Viet Minh: Joes, *Resisting Rebellion…, op. cit.,* pp. 134-135.

[81] Thompson, *Defeating…, op. cit.,* pp. 44 y 48; Jackson, *Malayan Emergency…, op. cit.,* pp. 14 y 115.

[82] Cann, *Counterinsurgency…, op. cit.,* pp. 7 y 8; Joes, *America…, op. cit.,* p. 215.

[83] Joes, *Resisting Rebellion…, op. cit.,* pp. 125-144.

[84] Véase Douglas L. Wheeler, «African Elements in Portugal's Army in Africa (1961-1974)», *Armed Forces and Society,* vol. 2, núm. 2, 1976, pp. 233-250, y Douglas L. Wheeler, «The Portuguese Army in Angola», *Journal of Modern African Studies,* vol. 7, núm. 3, 1969, pp. 425-439; Cann, *Counterinsurgency…, op. cit.,* pp. 10, 87 y 88; para los niveles de las tropas francesas en Argelia: Heggoy, *Insurgency…, op. cit.,* pp. 73, 79 y 157.

[85] Hua Wu Yin, *Class and Communalism in Malaysia: Politics in a Dependent Capitalist State*, Zed, Londres, 1983, p. 97; Jackson, *The Malayan Emergency…, op. cit.,* pp. 18-19; *cf.* Anthony Clayton, *The Wars of French Decolonization*, Longman, Londres y Nueva York, 1994, p. 74.

[86] Para Argelia: Paret, *French Revolutionary Warfare…, op. cit.,* p. 44.

[87] Cann, *Counterinsurgency…, op. cit.,* p. 103.

[88] Henri Barkey y Graham Fuller, *Turkey's Kurdish Question*, Rowan & Littlefield, Lanham, 1998, p. 147. La Comisión de la Verdad en El Salvador atribuyó 20% de «graves actos de violencia» a miembros de las escoltas militares y unidades de defensa civil, y 10% a los Escuadrones de la Muerte. La Comisión de la Verdad en Guatemala atribuyó 18% de las

violaciones a los derechos humanos entre 1962 y 1996 a Patrullas de Defensa Cívica, el grueso entre 1981 y 1983. El Salvador: «From Madness to Hope», parte cuatro, capítulo 1, www.usip.org/library/tc/doc/reports/el-salvador/tc_es_03151993_casesA.html (consulta: 5 de octubre de 2007). Marcia Esparza, «Post-War Guatemala: Long-Term Effects of Psychological and Ideological Militarisation of the K'iche Mayans», *Journal of Genocide Research,* vol. 7, núm. 3, 2005, p. 383.

[89] Wangari Maathai, *Unbowed*, Alfred Knopf, Nueva York, 2006, pp. 65 y 66 [edición en español: *Con la cabeza bien alta*, trad. de Silvia Pons, Lumen, Barcelona, 2007]; *cf*. Berman, *Control..., op. cit.,* p. 372, n. 8; para Guatemala: Linda Green, *Fear as a Way of Life: Mayan Widows in Rural Guatemala*, Columbia University Press, Nueva York, 1999, pp. 31 y 32; Simone Remijnse, «Remembering Civil Patrols in Joyabaj, Guatemala», *Bulletin of Latin American Research,* vol. 20, núm. 4, 2001, p. 463.

[90] Elkins, *Imperial Reckoning..., op. cit.,* pp. 118 y 147; Elkins, «Detention...», *op. cit.,* p. 207; Charles Allen, *The Savage Wars of Peace: Soldiers' Voices 1945-1989*, Michael Joseph, Londres, 1990, pp. 125 y 133; Wunyabari Maloba, *Mau Mau and Kenya: An Analysis of a Peasant Revolt*, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1993, p. 90; Daniel Branch, «Loyalism During the Mau Mau Rebellion in Kenya, 1952-1960», Universidad de Oxford, tesis de doctorado, 2005.

[91] Anderson, *Histories..., op. cit.,* pp. 56-57 y 127-131; M. P. K. Sorrenson, *Land Reform in the Kikuyu Country*, Oxford University Press, Nairobi, 1967, pp. 100 y 101; para las autoridades británicas previniendo una rebelión armada, véase John Newsinger, «Revolt and Repression in Kenya: The "Mau Mau" Rebellion, 1952-1960», *Science & Society,* vol. 45, núm. 2, 1981, pp. 168 y 169; Füredi, «Britain's Colonial Wars...», *op. cit.,* p. 154.

[92] Joan Gillespie, *Algeria: Rebellion and Revolution*, Greenwood, Westport, 1976 [1ª ed. 1960], pp. 122 y 150; Alistair Horne, *A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962*, Viking, Nueva York, 1977, p. 135; Heggoy, *Insurgency..., op. cit.,* p. 305, n. 33; Elsenhans, *Frankreichs Algerienkrieg..., op. cit.,* pp. 154 y 155.

[93] David Hoile, *Mozambique, Resistance and Freedom*, Mozambique Institute, Londres, 1994; Terence Ranger, *Peasant Consciousness and Guerrilla War in Zimbabwe: A Comparative Study*, James Currey, Londres, 1985, p. 276, n. 8; Fumerton, «Rondas campesinas...», *op. cit.,* p. 482.

[94] Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* p. 61, cita a algunos oficiales y altos funcionarios argelinos como excepcionalmente francófilos.

[95] La Milicia de las Fuerzas Africanas, pro portuguesa, en Guinea-Bisáu, incluía a muchos disidentes del frente de liberación PAIGC: Dhada, «The Liberation War...», *op. cit.,* p. 585.

[96] Ponciano del Pino, «Tiempos de guerra y de dioses: ronderos, evangélicos y senderistas en el valle de río Apurimac», en Carlos Iván Degregori *et al., Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, IEP, Lima, 1996, pp. 119 y 173-176; Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* p. 97.

[97] Joes, *Resisting Rebellion..., op. cit.,* p. 135; Ogot según Anderson, *Histories..., op. cit.,* p. 242; *cf*. Berman, *Control..., op. cit.,* p. 357. Branch, «Loyalism...», *op. cit.,* trata de revisar la idea de que los *Home Guards* de Kenia eran, en su mayor parte, muy ricos. Aunque

muchos soldados rasos no eran ricos, sí se encontraban por encima del promedio en cuestión de alfabetización.

[98] Marshall S. Clough, *Mau Mau Memoirs: History, Memory & Politics*, Lynne Rienner, Londres, 1998, p. 48.

[99] Behrooz Morvaridi, «Resettlement, Rights to Development and the Ilisu Dam, Turkey», *Development and Change,* vol. 35, núm. 4, 2004, p. 731; véase David Kowalewski, «Counterinsurgent Paramilitarism: A Philippine Case Study», *Journal of Peace Research,* vol. 29, núm. 1, 1992, p. 75.

[100] Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* pp. 153-188; Charles-Robert Ageron, «Les supplétifs Algeriens dans l'armée Française pendant la guerre d'Algerie», *Vingtième Siècle,* núm. 48, 1995, p. 2; Branch, «Loyalism...», *op. cit.;* Schlicher, *Osttimor..., op. cit.,* pp. 22-24. Al mostrar sin sentido crítico tan sólo como víctimas a los auxiliares franceses en Argelia, el estudio de Hamoumou no basta para rastrear las motivaciones, o sea evitar la cuestión de la formación de una élite entre miembros de la milicia.

[101] Elkins, *Imperial Reckoning..., op. cit.,* p. 71; Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* p. 17. Para la cambiante práctica del pago en Guatemala, véase Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* pp. 87-91.

[102] Anderson, *Histories..., op. cit.,* p. 242, una vez más, refiriéndose a Ogot. Bajo esta luz, no resulta sorprendente el argumento de Branch de que una actitud pro británica en Kenia sólo dio resultados después de 1954. Véase Daniel Branch, «From Home Guard to Mau Mau: Ambiguities and Allegiances During the Mau Mau Emergency in Kenya, 1952-1960», texto inédito en elaboración, p. 17, www.ascleiden.nl/pdf/paper2005-02-17.pdf (consulta: 30 de diciembre de 2006).

[103] Human Rights Watch, *Civil Patrols in Guatemala*, Human Rights Watch, Nueva York y Washington, 1986, p. 70; Beatriz Manz, *Refugees of a Hidden War: The Aftermath of Counterinsurgency in Guatemala*, State University of New York Press, Albany, 1988, pp. 54 y 75-76 [edición en español: *Guatemala: cambios de la comunidad, desplazamientos y repatriación*, Praxis, México, 1986].

[104] Del Pino, «Tiempos...», *op. cit.,* pp. 167-170; Mater, *Voices..., op. cit.,* pp. 310 y 311. Para tendencias similares en Guatemala, véase una entrevista con un soldado de las fuerzas especiales (G-2) en Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* pp. 291 y 292.

[105] Ranger, *Peasant Consciousness..., op. cit.,* p. 274; Weinrich, «Strategic Resettlement...», *op. cit.,* pp. 224 y 225.

[106] Waciuma, *Daughter..., op. cit.,* p. 113; Elkins, *Imperial Reckoning..., op. cit.,* p. 242.

[107] Waciuma, *Daughter..., op. cit.,* p. 116; Barnett y Njama, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 189; Remijnse, «Remembering...», *op. cit.,* p. 458; Matilde González, «The Man who Brought the Danger to the Village: Representations of Armed Conflict in Guatemala from a Local Perspective», *Journal for Southern African Studies,* vol. 26, núm. 2, edición especial, junio de 2000, p. 326.

[108] Füredi, *Colonial Wars..., op. cit.,* pp. 180 y 181; Gerlach, *Kalkulierte Morde..., op. cit.,* pp. 1049 y 1050.

[109] Orin Starn, «Villagers at Arms: War and Counterrevolution in the Central-South Andes», en Steve J. Stern (comp.), *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*, Duke University Press, Durham y Londres, 1998, pp. 240 y 247; McDowall, *A Modern History..., op. cit.,* p. 422.

[110] Niggli, «Äthiopien...», *op. cit.,* p. 33.

[111] Wheeler, «African Elements...», *op. cit.,* p. 242; Paret, *French Revolutionary Warfare..., op. cit.,* p. 40; Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* pp. 119-122; Maurice Faivre, «L'Histoire des Harkis», *Guerres mondiales et conflicts contemporains,* núms. 202-203, 2002, pp. 55-63; Ageron, «Les supplétifs...», *op. cit.,* pp. 3-20.

[112] Thompson, *Defeating..., op. cit.,* pp. 103 y 134; *cf.* para un periodo posterior, Joes, *Resisting Rebellion..., op. cit.,* pp. 114 y 115; para Tailandia: Justus M. van der Kroef, «Guerrilla Communism and Counterinsurgency in Thailand», *Orbis,* vol. 18, núm. 1, 1974, pp. 127-129.

[113] Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 159-162; Cilliers, *Counter-Insurgency..., op. cit.,* pp. 203 y 204; para la influencia de los colonos en Kenia, véase Anderson, *Histories..., op. cit.*

[114] Para este último punto, Paret, *French Revolutionary Warfare..., op. cit.,* p. 147, n. 12.

[115] Jackson, *The Malayan Emergency..., op. cit.,* p. 17; McCuen, *The Art..., op. cit.,* pp. 160 y 161.

[116] Vietnam: John C. Donnell, «Expanding Political Participation-The Long Haul from Villagism to Nationalism», *Asian Survey,* vol. 10, núm. 8*,* 1970, p. 697; Malasia: Nagl, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 100, y Coates, *Suppressing..., op. cit.,* pp. 120 y 121; para Argelia: McCuen, *The Art..., op. cit.,* p. 228; Kenia: Berman, *Control..., op. cit.,* p. 364; Angola: Bender, «The Limits...», *op. cit.,* p. 336.

[117] Carlos Iván Degregori, «Reaping the Whirlwind: The Rondas Campesinas and the Defeat of Sendero Luminoso in Ayacucho», en Kees Konings y Dirk Kruijt (comps.), *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Society and Terror in Latin America*, Zed, Londres y Nueva York, 1999, p. 86, n. 33; Starn, «Villagers...», *op. cit.,* p. 232.

[118] Woodhouse, *The Struggle..., op. cit.,* p. 237; mariscal de campo Alexander Papagos, «Guerrilla Warfare», en Franklin Mark Osanka (comp.), *Modern Guerrilla Warfare: Fighting Communist Guerrilla Movements, 1947-1961*, Free Press, Nueva York y Londres, 1962, pp. 237 y 240; McCuen, *The Art..., op. cit.,* pp. 111 y 112.

[119] Human Rights Watch, *Civil Patrols..., op. cit.,* esp. pp. 2 y 26; Green, *Fear..., op. cit.,* p. 5*,* n. 5*;* Stoll, *Between..., op. cit.,* p. 327, n. 7*;* Remijnse, «Remembering...», *op. cit.,* pp. 456 y 459.

[120] Citado en Paret, *French Revolutionary Warfare..., op. cit.,* p. 144.

[121] Joes, *Resisting Rebellion..., op. cit.,* p. 113.

[122] Green, *Fear as a Way of Life..., op. cit.,* p. 61; Human Rights Watch, *Civil Patrols..., op. cit.,* esp. pp. 18-21 (cita p. 13).

[123] Acerca de Vietnam: Philip E. Catton, «Counter-Insurgency and Nation Building: The Strategic Hamlet Programme in South Vietnam, 1961-1963», *International Historical Review,* vol. XXI, núm. 4, 1999, pp. 929 y 930.

[124] Galula, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 80, 120, 128-129 y 132; Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* p. 61.

[125] Davidson, «Angola...», *op. cit.,* p. 47; para su papel en Kenia: Anderson, *Histories..., op. cit.,* esp. p. 3; Waciuma, *Daughter..., op. cit.,* pp. 88, 95 y 104.

[126] Vietnam del Norte, Vietnam del Sur y Camboya obtuvieron su independencia en 1954, Malasia en 1957, Argelia en 1962, Kenia en 1963, Guinea-Bisáu en 1973, Mozambique y Angola en 1975, y Timor Oriental en 2002. La URSS y China recuperaron toda su soberanía territorial, de Alemania y Japón, respectivamente, en 1944 y 1945.

[127] Füredi, «Britain's Colonial Emergencies...», *op. cit.,* pp. 240-244, cita p. 252.

[128] Purcell, *Malaya..., op. cit.,* pp. 98-109; Nagl, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 90 (cita); Jackson, *The Malayan Emergency..., op. cit.,* p. 11; Coates, *Suppressing..., op. cit.,* pp. 119 y 120.

[129] Ramakrishna, «Transmogrifying...», *op. cit.,* p. 86, n. 67.

[130] Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* p. 170.

[131] Purcell, *Malaya..., op. cit.,* p. 108; Smith, «Gerald Templer...», *op. cit.,* pp. 65-71.

[132] Daniel Branch, «Loyalists, Mau Mau, and the Elections in Kenya: The First Triumph of the System», *Africa Today,* vol. 53, núm. 2, 2006, pp. 27-50.

[133] McCuen, *The Art..., op. cit.,* p. 96; Heggoy, *Insurgency..., op. cit.,* pp. 188-193. La Asamblea Argelina fue disuelta en abril de 1956.

[134] Entrevista de Franz Schultheis con Pierre Bourdieu, 26 de junio de 2001, en Pierre Bourdieu, *In Algerien: Zeugnisse der Entwurzelung*, Camera Austria, Graz, 2003, p. 38.

[135] Henriksen, «Portugal...», *op. cit.,* p. 401; Davidson, «Angola...», *op. cit.,* p. 48.

[136] Catton, «Counter-Insurgency...», *op. cit.,* pp. 926 y 930-932; Thompson, *Defeating..., op. cit.,* p. 125; Blaufarb, *The Counterinsugency Era..., op. cit.,* pp. 231 y 265.

[137] Cilliers, *Counter-Insurgency..., op. cit.,* pp. 206-214.

[138] Sundar, «Interning...», *op. cit.,* p. 14.

[139] Kees Koonings, «Civil Society, Transition and Post-War Reconstruction in Latin America: A Comparison of El Salvador, Guatemala and Peru», *Iberoamericana,* vol. 32, núm. 2, 2002, pp. 45-71; Starn, «Villagers...», *op. cit.,* p. 241.

[140] Sin embargo, ésta es cuestión de definición, porque implica considerar a Vietnam del Sur como Estado dependiente de los Estados Unidos, sin tomar en cuenta la autonomía de los gobiernos de Saigón; incluyendo a Rhodesia, un Estado colonial entre imperios, y Turquía, que en realidad no es un Estado poscolonial.

[141] Sin embargo, en Malasia y Kenia, Gran Bretaña logró imponer una apertura extraordinaria al capital extranjero, que continúa hasta el día de hoy en los estados sucesores.

[142] Cornaton, *Les camps..., op. cit.,* pp. 23-41, uno de los pocos que intentaron analizar sistemáticamente la experiencia internacional con los reasentamientos durante la contrainsurgencia, conceptuada erróneamente en 1967 como medida de colonialismo (conquista o descolonización), aunque reconoció los casos poscoloniales de Grecia y Camboya.

[143] En contraste, el gobierno etíope trató de demostrar la superioridad del sistema socialista.

[144] Ejemplos de tales programas en Green, *Fear..., op. cit.,* pp. 5 y 174, n. 4; «Massive forced Re-Settlement in East Timor», *Tapol,* núm. 38, marzo de 1980, p. 15; Van der Kroef, «Guerrilla Communism...», *op. cit.,* pp. 125 y 126; Dhada, «The Liberation War...», *op. cit.,* pp. 584-588; Thompson, *Defeating..., op. cit.,* p. 125; Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 149-153; para un libro guía: Galula, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 116, 120.

[145] Yildiz, *The Kurds..., op. cit.,* pp. 80-85, como uno de muchos ejemplos.

[146] Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* pp. 66-69.

[147] Jundanian, «Resettlement...», *op. cit.,* p. 519; segunda cita: Beckett, *Modern Insurgencies..., op. cit.,* p. 137; tercera cita: Osborne, *Strategic Hamlets..., op. cit.,* p. 37. Véase Raúl Benítez Manaut, *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*, UCA, San Salvador, 1989, pp. 285-290.

[148] En 1948 sabía escribir 9% de varones musulmanes y 2.1% de mujeres musulmanas en Argelia. Lo mismo pudo decirse, cerca de 1980, para 35% de los salvadoreños (16% de todos los campesinos). En Guatemala, 73% de todos los hombres y 91% de las mujeres seguían siendo analfabetos a mediados de 1992, 3% de los guatemaltecos leía periódico, 16% tenía un radio y sólo 6% un televisor. A finales de la década de 1960, tres cuartas partes de la población de las provincias kurdas en Turquía no hablaban el turco. Gillespie, *Algeria..., op. cit.,* p. 35; Fish y Sganga, *El Salvador..., op. cit.,* p. 37; Green, *Fear..., op. cit.,* p. 26; Gellert, «Migration...», *op. cit.,* p. 114; Kendal, «Kurdistan in Turkey», en Gerard Chaliand (comp.), *A People Without a Country: The Kurds and Kurdistan*, Olive Branch Press, Nueva York, 1993 [edición francesa de 1978], p. 75.

[149] Thompson, *Defeating..., op. cit.,* pp. 124-125; véase Purcell, *Malaya..., op. cit.,* pp. 74 y 75.

[150] Catton, *Diem's Final Failure, op. cit.,* p. 125.

[151] Jyoti Prakash Dutta y Mohammad Mazifur Rahman, «Insurgency in Chittagong Hill Tracts: Its Origin and Impact on Economy and Environment», *Asian Profile,* vol. 26, núm. 4, 1998, pp. 317 y 320.

[152] Wheeler, «The Portuguese Army...», *op. cit.,* p. 435.

[153] Dirk Kruijt, «Exercises in State Terrorism: Counter-Insurgency Campaigns in Guatemala and Peru», en Konings y Kruijt, *Societies of Fear..., op. cit.,* pp. 41 y 58, n. 8. Cita: Lewis Taylor, «Counter-Insurgency Strategy, the PCP-Sendero Luminoso and the Civil War in Peru, 1980-1996», *Bulletin of Latin American Research,* vol. 17, núm. 1, 1998, p. 54, n. 18.

[154] Michael Richards, «Cosmopolitan World View and Counterinsurgency in Guatemala», *Anthropological Quarterly,* vol. 58, núm. 3, 1985, esp. pp. 100-102. Cita: Smith, «Militarization...», *op. cit.,* p. 12.

[155] Tomomi Kozaki y Yusuke Nakamura, «Human Security in Post-Genocide Guatemala: Toward Collective Reparation and Reconstruction at Micro and Meso Levels», *Comparative Genocide Studies,* núm. 2, 2005-2006, p. 74. Segunda cita: Steputat, «Politics...», *op. cit.,* p.

69. Para el papel de Gramajo, véase también Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* esp. pp. 5 y 6.

[156] Ken Anderson y Jean-Marie Simon, «Permanent Counterinsurgency in Guatemala», *Telos,* núm. 73, 1987, p. 30.

[157] Carol A. Smith, «Destruction of the Material Bases for Indian Culture: Economic Changes in Totonicapan», en Carmack, *Harvest..., op. cit.,* pp. 215, 218 y 227.

[158] Bennoune, «French Counter-Revolutionary Doctrine...», *op. cit.,* pp. 50, 54 y 56. Aunque la selección, la supervisión y el control sirvieron para imponer disciplina, nuevas ropas, significados del cuerpo humano y actitudes, no por ello hemos de concluir que unas «metáforas» abstractas se adueñaron de los economistas, «guiaron la percepción de la realidad», y que instrumentos económicos como la disciplina laboral fueron simplemente función de una abrumadora «educación a la modernidad», como lo afirma Malinowski, «Modernisierungskriege...», *op. cit.,* pp. 237-241.

[159] Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* pp. 57-59, citando con base en el discurso de Rostow en Fort Bragg, de julio de 1961.

[160] Ejemplos de zonas montañosas son los Aurès y Kabilia en Argelia; los altiplanos de Guatemala, Perú, Vietnam del Sur; el oriente de Turquía y Grecia; las selvas de Malasia y Camboya; los pantanos y bosques de Bielorrusia, y el delta del Mekong en Vietnam del Sur.

[161] Horne, *Savage War..., op. cit.,* pp. 62 y 63; Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* p. 191.

[162] Nicholas Tapp, *Sovereignty and Rebellion: The White Hmong of Northern Thailand*, Oxford University Press, Singapur, 1989, p. 15.

[163] Elliott, *Vietnamese War..., op. cit.,* pp. 602 y 788; Richards, «Cosmopolitan World View...», *op. cit.,* pp. 93 y 94; Green, *Fear..., op. cit.,* p. 47; Yvon le Bot, *La guerre en terre maya: Commonauté, violence et modernité au Guatemala (1970-1992)*, Karthala, París, 1992, p. 128 [edición en español: *La guerra en tierras mayas: comunidad, violencia y modernidad en Guatemala (1970-1992)*, trad. de María Antonieta Neira Bigorra, Fondo de Cultura Económica, México, 1995].

[164] Alex Vines, *Renamo: From Terrorism to Democracy in Mozambique?*, 2a ed. rev., James Currey, Londres y Ámsterdam, 1996, p. 114.

[165] *Neue Zürcher Zeitung,* 21 de diciembre de 1969, en Martin Stahli *et al.* (comps.), *Cabora Bassa: Modellfall westlicher Entwicklungspolitik*, Kandelaber, Berna, 1971, p. 35.

[166] Townshend, *Britain's Civil Wars..., op. cit.,* p. 198; McDowall, *A Modern History..., op. cit.,* pp. 401 y 409; Kendal, «Kurdistan...», *op. cit.,* pp. 64 y 79.

[167] Morton Abramowitz, «Foreword», en Barkey y Fuller, *Question..., op. cit.,* p. XII.

[168] T. J. B. Jokonya, «The Effects of the War on the Rural Population of Zimbabwe», *Journal of Southern African Studies,* vol. 5, núm. 2, 1980, p. 139.

[169] Starn, «Villagers...», *op. cit.,* p. 233; Carlos Iván Degregori, «Ayacucho, después de la violencia», en Degregori *et al., Las rondas..., op. cit.,* p. 22.

[170] Cynthia McClintock, *Revolutionary Movements in Latin America: El Salvador's FMLN & Peru's Shining Path*, United States Institute of Peace, Washington D. C., 1998, pp. 159, 171, 183 y 191. Las cifras de mortalidad infantil son dudosas porque no toda la

población se hallaba bajo control estatal, y quienes estaban fuera del alcance de la administración pública y las estadísticas sufrieron considerablemente.

[171] Berman, *Control..., op. cit.,* pp. 300-307; Kanogo, *Squatters..., op. cit.,* pp. 96-120; Barnett y Njama, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 34; Christopher Leo, *Land and Class in Kenya*, University of Toronto Press, Toronto, 1984, p. 58; citas: Newsinger, «Revolt...», *op. cit.,* p. 160.

[172] Greet Kershaw, *Mau Mau from Below*, James Currey, Oxford, 1997, pp. 226-227 y 248-249.

[173] Anderson, *Histories..., op. cit.,* pp. 82, 185 y 345; para personas de extracción sudasiática, Colin Leys, *Underdevelopment in Kenya*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1974, p. 44; para los planes, David Throup, *Economic and Social Origins of Mau Mau*, James Currey, Londres, 1987, p. 47.

[174] Sin embargo, se ha afirmado que la posición del capital internacional en la economía de Kenia fue mucho más importante que la de los colonos, lo que dio por resultado una reconciliación de los intereses de tales compañías con el establecimiento de un favorable régimen poscolonial. Ranger, *Peasant Consciousness..., op. cit.,* pp. 100-102; Newsinger, «Revolt...», *op. cit.,* p. 183; Clough, *Mau Mau..., op. cit.,* pp. 225 y 226.

[175] Bernard Rivers, «Angola: Massacre and Oppression», *Africa Today,* vol. 21, núm. 1, 1974, pp. 48-50.

[176] Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 9 y 148; Wilfred Burchett, *Southern Africa Stands Up: The Revolutions in Angola, Mozambique, Zimbabwe, Namibia and South Africa*, Urizen Books, Nueva York, 1978, p. 191; Bender, «The Limits...», *op. cit.,* p. 336; Finnegan, *A Complicated War..., op. cit.,* p. 28; Henriksen, «Portugal...», *op. cit.,* p. 402; Jundanian, «Resettlement...», *op. cit.,* pp. 527-535. En contraste, el número de europeos en Argelia se estancó durante la guerra en un alto nivel, y estuvieron, por lo general, concentrados en lugares urbanos, pero antes se les había quitado mucha tierra a los musulmanes, Elsenhans, *Frankreichs Algerienkrieg..., op. cit.,* p. 166.

[177] Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 151 y 152.

[178] Stähli *et al., Cabora Bassa..., op. cit.,* pp. 14-15, 41-45, 48-51 y 56-57; «Stunde der Wahrheit für den Ilisu-Staudamm», *Neue Zürcher Zeitung,* 13 de diciembre de 2008.

[179] Ranger, *Peasant Consciousness..., op. cit.,* pp. 15, 68, 130 y 229; Jundanian, «Resettlement...», *op. cit.,* pp. 536 y 537; cita: Joao Paulo Coelho, «State Resettlement Policies in Post-Colonial Rural Mozambique: The Impact of the Communal Village Programme on Tete Province, 1977-1982», *Journal of Southern African Studies,* vol. 24, núm. 1, 1998, p. 62.

[180] Morvaridi, «Resettlement...», *op. cit.,* pp. 719-741, esp. pp. 722 y 723. En 1993, el presidente Özal mencionó unas represas en un memorándum al primer ministro Demirel, explícitamente como medio para impedir el retorno de los kurdos desplazados: Yildiz, *The Kurds..., op. cit.,* p. 79.

[181] Véase Rivers, «Angola...», *op. cit.,* pp. 51 y 54; Stähli *et al., Cabora Bassa..., op. cit.,* esp. pp. 14 y 52-53; Bender, «The Limits...», *op. cit.,* p. 351; Jundanian se muestra escéptico

acerca del alcance de los planes de asentamiento europeos, «Resettlement…», *op. cit.,* p. 531.

[182] Terrance W. Kading, «The Guatemalan Military and the Economics of La Violencia», *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies,* vol. 24, núm. 47, 1999, pp. 66 y 84.

[183] Véase el capítulo III de este volumen.

[184] Basil C. Gonneris, «Social Dimensions of Anticommunism in Northern Greece, 1945-1950», en Carabott y Sfikas, *The Greek Civil War…, op. cit.,* pp. 175-186.

[185] Catton, *Diem's Final Failure…, op. cit.,* pp. 51-56; Elliott, *The Vietnamese War…, op. cit.,* pp. 445-448; John Ellis, *From the Barrel of a Gun: A History of Guerrilla, Revolutionary and Counter-Insurgency Warfare, from the Romans to the Present*, Greenhill and Stackpole, Londres y Pennsylvania, 1995, pp. 224 y 225; cita: Blaufarb, *The Counterinsurgency Era…, op. cit.,* pp. 230 y 266.

[186] Maloba, *Mau Mau…, op. cit.,* pp. 147-149; Elkins, *Imperial Reckoning…, op. cit.,* pp. 125-130; Sorrenson, *Land Reform…, op. cit.,* pp. 76-77 y 110-198 (cita p. 118).

[187] T. David Mason, «The Civil War in El Salvador: A Retrospective Analysis», *Latin American Research Revue,* vol. 34, núm. 3, 1999, pp. 189 y 190; Mario Lungo Uclés, *El Salvador in the Eighties: Counterinsurgency and Revolution*, Temple University Press, Filadelfia, 1996, pp. 96 y 97 [edición en español: *El Salvador en los 80: contrainsurgencia y revolución*, Flacso, San José (Costa Rica), 1990]; Michael Krämer, *El Salvador: Vom Krieg zum Frieden niedriger Intensität*, ISP, Colonia, 1994, pp. 113-115.

[188] Paret, *French Revolutionary Warfare…, op. cit.,* p. 43; Bourdieu, *The Algerians…, op. cit.,* p. 170; Horne, *A Savage War…, op. cit.,* p. 421; Elsenhans, *Frankreichs Algerienkrieg…, op. cit.,* pp. 565-586.

[189] Cilliers, *Counter-Insurgency…, op. cit.,* p. 87.

[190] Bourdieu, *The Algerians…, op. cit.,* p. 178, n. 15. Para Mizoram *cf.* Nunthara, *Impact…, op. cit.,* pp. 11, 28 y 31.

[191] Geoff Lamb, *Peasant Politics, Conflict and Development in Murang'a*, St. Martin's, Nueva York, 1974, p. 10.

[192] Anderson, *Histories…, op. cit.,* pp. 240 y 241; Barnett y Njama, *Mau Mau…, op. cit.,* p. 139; Throup, *Economic and Social Origins…, op. cit.,* pp. 144-151; Loh, *Beyond the Tin Mines…, op. cit.,* pp. 156-159, 211 y 212; McDowall, *A Modern History…, op. cit.,* p. 421; Barkey and Fuller, *Turkey's Kurdish Question…, op. cit.,* pp. 71 y 72; Stoll, *Between…, op. cit.,* pp. 103-105; Remijnse, «Remembering…», *op. cit.,* pp. 459-461; Human Rights Watch, *Civil Patrols…, op. cit.,* pp. 23 y 30.

[193] González, «The Man…», *op. cit.,* pp. 319 y 320; Schirmer, *The Guatemalan…, op. cit.,* p. 93; Remijnse, «Remembering…», *op. cit.,* pp. 454, 459 y 464; *cf.* Human Rights Watch, *Civil Patrols…, op. cit.,* p. 77.

[194] Catton, «Counter-Insurgency…», *op. cit.,* pp. 931 y 933-935; Donnell, «Expanding…», *op. cit.,* p. 691.

[195] Vines, *Renamo…, op. cit.,* p. 116; Coelho, «State Resettlement…», *op. cit.,* p. 84.

[196] Ponciano del Pino, «Family, Culture, and "Revolution": Everyday Life with Sendero Luminoso», en Stern, *Shining and Other Paths..., op. cit.,* pp. 163 y 169; Nelson Manrique, «The War for the Central Sierra», en el mismo volumen, p. 193, n. 5; Taylor, «Counter-Insurgency...», *op. cit.,* pp. 49 y 50; Fumerton, «Rondas campesinas...», *op. cit.,* pp. 479 y 480.

[197] Kriger, *Zimbabwe's Guerrilla War..., op. cit.,* pp. 51, 69, 98, 142-149, 170-209 y 241.

[198] Maloba, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 68.

[199] Ranger, *Peasant Consciousness..., op. cit.,* pp. 265-273; Cilliers, *Counter-Insurgency..., op. cit.,* p. 97; para una nivelación de las diferencias en el distrito de Tete, Mozambique, véase Coelho, «State Resettlement...», *op. cit.,* p. 62. Para el fin del predominio de los ancianos en Argelia, véase Sutton y Lawless, «Population Regrouping...», *op. cit.,* p. 336.

[200] Shelton Davis, «Introduction: Sowing the Seeds of Violence», en Carmack, *Harvest..., op. cit.,* p. 29; Manz, *Refugees..., op. cit.,* p. 75.

[201] *Guatemala: Nunca Más,* vol. 2: *Impactos de la violencia..., op. cit.,* p. 126; Carlos Vilas, *Between Earthquakes and Volcanoes: Market, State, and the Revolutions in Central America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1995, pp. 17 y 18 [edición en español: *Mercado, estados y revoluciones: Centroamérica, 1950-1990*, UNAM, México, 1994].

[202] Fumerton, «Rondas campesinas...», *op. cit.,* pp. 491-494.

[203] Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* esp. pp. 141-143 y 163-186. Véase también Cornaton, *Les camps..., op. cit.,* pp. 109-118 y 194-220.

[204] Citas de Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* pp. 166, 172 y 178-179. Algunas observaciones similares en Fish y Sganga, *El Salvador..., op. cit.,* pp. 64 y 82-85; Jonathan Randal, *After Such Knowledge, What Forgiveness? My Encounters with Kurdistan*, Farrer, Straus & Giroux, Nueva York, 1997, p. 266.

[205] Bennoune, «French Counter-Revolutionary Doctrine...», *op. cit.,* p. 56.

[206] Cilliers, *Counter-Insurgency..., op. cit.,* p. 97.

[207] Véase, en términos generales, Sutton, «Population Resettlement...», *op. cit.,* esp. p. 283.

[208] Jokonya, «The Effects...», *op. cit.,* pp. 134, 140 y 145.

[209] *Cf.* Adrian Bailey y Joshua Hane, «Population in Motion: Salvadoran Refugees and Circulation Migration», *Bulletin for Latin American Research,* vol. 14, núm. 2, 1995, pp. 180-183 y 190, y cifras de refugiados en el extranjero en el cuadro IV.1 de este volumen, pp. 254-256.

[210] Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* p. 178, n. 15.

[211] Sutton, «Population Resettlement...», *op. cit.,* pp. 279-300, esp. p. 283.

[212] Ejemplos del último punto son Jundanian, «Resettlement...», *op. cit.,* pp. 525-527; Bender, «The Limits...», *op. cit.,* p. 350, y Nunthara, *Impact..., op. cit.,* pp. 28, 30, 42-43 y 54-55.

[213] Loh, *Beyond the Tin Mines..., op. cit.,* p. 89; Newsinger, «Revolt...», *op. cit.,* pp. 164, 168, 173 y 175 (arguye que el movimiento laboral fue la espina dorsal de la rebelión en

Nairobi); Clough, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 102; Steputat, «Politics...», *op. cit.,* p. 60; Susanne Jonas, *The Battle for Guatemala*, Westview, Boulder, 1991, pp. 124 y 125, 148 [edición en español: *La batalla por Guatemala: rebeldes, escuadrones de la muerte y poder estadunidense*, trad. de Lilian Arce y Luz Mercedes Arce, Flacso, Guatemala, 1994]. Dentro de Francia, hasta 70 000 argelinos, sobre todo trabajadores urbanos, fueron detenidos en 1957: Kessel y Pirelli, *Le peuple..., op. cit.,* p. 135.

[214] Bender, «The Limits...», *op. cit.,* pp. 338-339 y 348-349; Rivers, «Angola...», *op. cit.,* p. 54; Laiou, «Population Movements...», *op. cit.,* pp. 89 y 102.

[215] Laiou, «Population Movements...», *op. cit.,* p. 86; Sutton, «Population Resettlement...», *op. cit.,* p. 287; Cornaton, *Les camps..., op. cit.,* pp. 92-93 y 112-113; Budiardjo y Liem, *The War..., op. cit.,* p. 85; Bender, «The Limits...», *op. cit.,* pp. 344 y 353.

[216] Richard Clutterbuck, *The Long Long War: Counterinsurgency in Malaya and Vietnam*, Praeger, Nueva York y Washington, 1966, p. 28; Coates, *Suppressing..., op. cit.,* p. 16; Peoples, «The Use...», *op. cit.,* p. 1; Short, *The Communist Insurrection..., op. cit.,* pp. 32, 72-73 y 118; el aspecto étnico: Thompson, *Defeating..., op. cit.,* p. 18.

[217] De manera similar, reasentamientos forzados a finales del decenio de 1960 hicieron de Mizoram el estado más urbanizado de la India: Sundar, «Interning...», *op. cit.,* p. 36, con la n. 89.

[218] Lo mismo puede decirse de la expansión de plantaciones de café y de otros productos trabajados por empleados reubicados por la fuerza en Timor Oriental, 1976-1977, y 1982-1983: Budiardjo y Liem, *The War..., op. cit.,* pp. 103-106.

[219] Véase en especial el material en Singh Sandhu, «The Saga...», *op. cit.,* esp. pp. 164-165 y 169-170 (la productividad de caucho decreció entre 10 y 15%), y en su obra «Emergency Resettlement...», *op. cit.,* esp. pp. 167-169 y 179; Short, *The Communist Insurrection..., op. cit.,* p. 127; Loh, *Beyond the Tin Mines..., op. cit.,* pp. 66-74 y 142. Los salarios reales de los trabajadores del caucho, en relación con 1939 = 100, se desarrollaron como sigue: 77 (1949), 94 (1950), 96 (1951), 80 (1952), 79 (1953). *Cf.* Purcell, *Malaya..., op. cit.,* p. 148; Füredi, *Colonial Wars..., op. cit.,* p. 48. Para la lucha más larga de los plantadores contra los precaristas, cuyos números se redujeron de 400 000 (1945) a 300 000 (1948) y a 150 000 (1950), véase Harper, *The End..., op. cit.,* pp. 99-114 y 173-174.

[220] *Cf.* Phillip Deery, «The Terminology of Terrorism: Malaya, 1948-1952», *Journal of Southeast Asian Studies,* vol. 34, núm. 2, 2003, p. 237; Carruthers, *Winning..., op. cit.,* p. 77.

[221] Coates, *Suppressing..., op. cit.,* p. 62.

[222] Véase David Tucker, «Labor Policy and the Construction Industry in Manchukuo: Systems of Recruitment, Management, and Control», y Ju Zhifen, «Northern Chinese Laborers and Manchukuo», ambos en Paul Kratoska (comp.), *Asian Labor in the Wartime Japanese Empire*, M. E. Sharpe, Armonk y Londres, 2005, pp. 25-57 y 61-78; Li, *The Japanese Army..., op. cit.,* p. 155.

[223] Véase Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* p. 174; *cf.* Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* pp. 192 y 194; Benítez Manaut, *La teoría..., op. cit.,* p. 322; Wiesner, *Victims..., op. cit.,* pp. 140-141 y 282-283.

[224] Waciuma, *Daughter..., op. cit.,* pp. 99 y 100; el empleo registrado de varones en edad laboral aumentó pasando de 25.1% (1953) a 27.6% (1957): Gavin Kitching, *Class and Economic Change in Kenya: The Making of an African Petite-Bourgeoisie*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1980, p. 376.

[225] Taylor, *East Timor..., op. cit.,* pp. 122-127.

[226] Pinto y Jardine, *East Timor..., op. cit.,* p. 260, n. 3 y 5; Taylor, *East Timor..., op. cit.,* pp. 157 y 158; Budiardjo y Liem, *The War..., op. cit.,* pp. X y 74.

[227] Jonas, *The Battle..., op. cit.,* p. 97; Taylor, *East Timor..., op. cit.,* p. 109; McDowall, *A Modern History..., op. cit.,* p. 401; Mater, *Voices..., op. cit.,* p. 312; Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* pp. 208, 215 y 310, n. 64; Samuel Huntington, «The Bases of Accommodation», *Foreign Affairs,* vol. 46, núm. 4, 1968, p. 648, pero *cf.* Wiesner, *Victims..., op. cit.,* p. 68, para Saigón; José Corronel, «Violencia política y respuestas campesinas en Huanta», en Degregori *et al., Las rondas..., op. cit.,* p. 34; Bender, «The Limits...», *op. cit.,* p. 349.

[228] Huntington, «The Bases...», *op. cit.,* p. 652.

[229] Kanogo, *Squatters..., op. cit.,* p. 164; cita de un oficial colonial, de acuerdo con Branch, «Loyalists...», *op. cit.,* p. 28, *cf.* pp. 43 y 44.

[230] Leo, *Land..., op. cit.,* p. 61.

[231] *Ibid.,* p. 57; Branch, «Loyalists...», *op. cit.,* pp. 43 y 44.

[232] Kanogo, *Squatters..., op. cit.,* p. 75; Clough, *Mau Mau..., op. cit.,* pp. 51 y 218.

[233] Kanogo, *Squatters..., op. cit.,* p. 164.

[234] Clough, *Mau Mau..., op. cit.,* pp. 225 y 226; Kanogo, *Squatters..., op. cit.,* p. 164; un argumento similar para Grecia en Kofas, *Intervention..., op. cit.,* esp. p. 123.

[235] Wade Markel, «Draining the Swamp: The British Strategy of Population Control», *Parameters,* vol. 36, núm. 1, p. 41; Newsinger, «Revolt...», *op. cit.,* p. 182.

[236] Max Manwaring y Court Prisk, *El Salvador at War: An Oral History*, National Defense University Press, Washington, 1988, p. 228; Fish y Sganga, *El Salvador..., op. cit.,* p. 94.

[237] Thompson, *Defeating..., op. cit.,* pp. 112 y 113; para la práctica en Borneo 1963, véase Allen, *The Savage Wars..., op. cit.,* pp. 81 y 82.

[238] Vietnam del Sur: Clutterbuck, *The Long Long War..., op. cit.,* p. 67, y Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* pp. 217 y 218; Guatemala: Stoll, *Between..., op. cit.,* pp. 157 y 158. Smith, «The Militarization...», *op. cit.,* p. 21, y Manz, *Refugees..., op. cit.,* pp. 107-112; Algeria: M. Lesne, «Une expérience de déplacement de population: les centres de regroupement en Argelia», *Annales de Géographie,* núm. 71, 1962, p. 587; Sutton y Lawless, «Population Regrouping...», *op. cit.,* p. 334; Sutton, «Army Administration...», *op. cit.,* p. 267 (autoridades francesas, en 1960, consideraron que 60% de los reubicados lo habían sido en lugares inferiores); Elsenhans, *Frankreichs Algerienkrieg..., op. cit.,* p. 660 (el aumento del número de estudiantes musulmanes se redujo durante la guerra); Kershaw, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 336; muchas escuelas en Kenia se cerraron: Barnett y Njama, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 130. Véase Peter Sollis, «Displaced Persons and Human Rights: The Crisis in El Salvador», *Bulletin of Latin American Research,* vol. 11, núm. 1, 1992, p. 49; Yildiz, *The*

Kurds..., op. cit., p. 162, n. 21; Loh, *Beyond the Tin Mines..., op. cit.,* pp. 137-139, para Malasia.

[239] Nunthara, *Impact..., op. cit.,* pp. 19-21; Catton, *Diem's Final Failure..., op. cit.,* p. 68; Weinrich, «Strategic Resettlement...», *op. cit.,* pp. 216 y 222; Sorrenson, *Land Reform..., op. cit.,* p. 110; Niggli, «Äthiopien...», *op. cit.,* pp. 40 y 41.

[240] Throup, *Economic and Social Origins..., op. cit.,* pp. 19-20, 25 y 140-144.

[241] Joes, *Resisting Rebellion..., op. cit.,* p. 110; Richard Stubbs, *Hearts and Minds in Guerrilla Warfare: The Malayan Emergency 1948-1960*, Oxford University Press, Singapur, 1989, pp. 18 (cita) y 81; Singh Sandhu, «The Saga...», *op. cit.,* p. 152; Loh, *Beyond the Tin Mines..., op. cit.,* p. 139; Deery, «Malaya, 1948...», *op. cit.,* pp. 5 y 10-11 (en 1947, los Estados Unidos recibieron 371 000 de 727 000 toneladas de caucho de Malasia y 155 000 de 158 000 toneladas de exportaciones de estaño de Malasia). Sin embargo, Short, *The Communist Insurrection..., op. cit.,* pp. 347 y 348, sugiere costos más altos de la «Emergencia». El ingreso total de derechos e impuestos a las exportaciones malayas fue de cerca de 55 millones de libras esterlinas en 1951, y de 92 millones de libras esterlinas en 1952, lo que puede compararse con los costos de la «Emergencia», 51.15 millones de dólares y 69.3 millones de dólares, respectivamente (calculado con la base en que ocho dólares malayos son equivalentes a una libra esterlina británica: Leary, *Violence..., op. cit.,* p. 116).

[242] Jackson, *The Malayan Emergency..., op. cit.,* p. 20; véase David Percox, «Mau Mau & the Army of the State», en Odhiambo y Lonsdale, *Mau Mau..., op. cit.,* pp. 130 y 135; David Percox, «British Counter-Insurgency in Kenya, 1952-1956: Extension of Internal Security Policy or Prelude to Decolonisation?», *Small Wars and Insurgencies,* vol. 9, núm. 3, 1998, pp. 59 y 67; Newsinger, «Revolt...», *op. cit.,* p. 182.

[243] Véase Thomas Mockaitis, «The Origins of British Counter-Insurgency», *Small Wars and Insurgencies,* vol. 1, núm. 3, diciembre de 1990, p. 210; C. C. Chin y Karl Hack (comps.), *Dialogues with Chin Peng: New Light on the Malayan Communist Party*, Singapore University Press, Singapur, 2005, p. 162.

[244] Jundanian, «Resettlement...», *op. cit.,* pp. 528, n. 33, y 531; *cf.* Rivers, «Angola...», *op. cit.,* p. 54.

[245] Leary, *Violence..., op. cit.,* pp. 43 y 54-55 (basado en la suposición de que el número total de Orang Asli reubicados fue de 50 000); cifras menores en Loh, *Beyond the Tin Mines..., op. cit.,* pp. 123 y 136-137 (67 millones de dólares malayos, 1950-1952). Según Singh Sandhu, «Saga...», *op. cit.,* p. 162, los gastos de una aldea nueva fueron de 300 millones de dólares malayos, per cápita; lo mismo para el estado de Kedah por Short, *The Communist Insurrection..., op. cit.,* p. 395, n. 3.

[246] Joes, *America..., op. cit.,* p. 227; McCuen, *The Art..., op. cit.,* pp. 211-213.

[247] Davidson, «Angola...», *op. cit.,* p. 49; Ellis, *From the Barrel..., op. cit.,* p. 212; McCuen, *The Art..., op. cit.,* p. 259.

[248] Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 6, 9-10 y 190-191; cita: entrevista con José de Sousa, quien salió de Portugal en 1967, en «Expat Lives: A Different Rhythm», *Financial Times,* edición estadunidense, 5 y 6 de mayo de 2007, House and Home, p. 11.

[249] Kriger, *Zimbabwe's Guerrilla War..., op. cit.,* p. 112; Coates, *Suppressing..., op. cit.,* pp. 123 y 124.

[250] Barkey y Fuller, *Turkey's Kurdish Question..., op. cit.,* pp. 140 y 152, n. 15; Randal, *After..., op. cit.,* pp. 257 y 258.

[251] Jonas, *The Battle..., op. cit.,* pp. 168 y 169; Anderson y Simon, «Permanent Counterinsurgency...», *op. cit.,* pp. 9-11, 13 y 20; Kading, «The Guatemalan Military...», *op. cit.,* pp. 76 y 83; Smith, «The Militarization...», *op. cit.,* pp. 37 y 38, n. 3. Gran Bretaña dio ayuda financiera para suprimir la insurgencia keniana a partir de junio de 1954, ya que los colonos se oponían a los impuestos más altos, siendo su carga fiscal mucho menor que en la madre patria: Percox, «Counter-Insurgency...», *op. cit.,* p. 88.

[252] Joes, *America..., op. cit.,* pp. 165 y 206.

[253] Kofas, *Intervention..., op. cit.,* pp. 22, 123 y 130; Eudes, *The Kapetanios..., op. cit.,* p. 299; Woodhouse, *The Struggle..., op. cit.,* pp. 203 y 247. De 1945 a 1947 los Estados Unidos habían aportado tres cuartas partes de los 416 millones de dólares de los fondos de UNRRA (más de la mitad de esta contribución, en alimentos).

[254] Papagos, «Guerrilla Warfare», *op. cit.,* p. 238.

[255] McCuen, *The Art..., op. cit.,* p. 260.

[256] Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* pp. 243 y 269.

[257] Jenny Pearce, «From Civil War to "Civil Society": Has the End of the Cold War Brought Peace to Central America?», *International Affairs,* vol. 74, núm. 3, 1998, pp. 594 y 595; entrevista con Guillermo Ungo, en Manwaring y Prisk, *El Salvador..., op. cit.,* p. 390.

[258] Rolf Steininger, «Grossbritannien and der Vietnamkrieg 1964/1965», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* núm. 45, 1997, p. 593.

[259] Bailey y Hane, «Population...», *op. cit.,* pp. 179, 181 y 187; Krämer, *El Salvador..., op. cit.,* pp. 117 y 118.

[260] Smith, «The Militarization...», *op. cit.,* pp. 23 y 24; Victor Montejo, *Voices from the Exile: Violence and Survival in Modern Maya History*, University of Oklahoma Press, Norman, 1999, p. 251, n. 1; Manz, *Refugees..., op. cit.,* pp. 119 y 120; Budiardjo y Liem, *The War..., op. cit.,* pp. 90 y 109; Cilliers, *Counter-Insurgency..., op. cit.,* p. 140; Siriphon, «Local Knowledge...», *op. cit.,* p. 70; Wakin, *Anthropology..., op. cit.,* pp. 117 y 120-121.

[261] Kading, «The Guatemalan Military...», *op. cit.,* pp. 57-91; Smith, «The militarization...», *op. cit.,* pp. 13 y 14.

[262] Stoll, *Between..., op. cit.,* pp. 85 y 86; Egan, «"Somos..."», *op. cit.,* p. 109, n. 4; Falla, *Massacres..., op. cit.,* p. 19; Clark Taylor, *Return of Guatemala's Refugees: Reweaving the Torn*, Temple University Press, Filadelfia, 1998, p. 6.

[263] Human Rights Watch, *Civil Patrols..., op. cit.,* p. 90; Richards, «Cosmopolitian World View...», *op. cit.,* pp. 96 y 97; Valentino, *Final Solutions..., op. cit.,* p. 208.

[264] González, «The Man...», *op. cit.,* p. 320.

[265] Green, *Fear..., op. cit.,* p. 34; Gellert, «Migration...», *op. cit.,* pp. 112-129, esp. pp. 118 y 122-126 (aunque con cifras contradictorias); Smith, «The Militarization...», *op. cit.,* pp. 21-23.

[266] Manz, *Refugees..., op. cit.,* pp. 53-55, 59-60, 74, 82-83, 136 y 143; Bailey y Hane, «Population...», *op. cit.,* p. 190.

[267] Sin embargo, sólo de 15 a 20% estaban completamente desprovistos de tierras. Smith, «The Militarization...», *op. cit.,* pp. 22-32.

[268] Esto parecería diferente en Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* etnografía basada en entrevistas con oficiales del ejército guatemalteco y sus publicaciones, sin poner en duda su patente omnipotencia.

[269] Bender, «The Limits...», *op. cit.,* esp. pp. 340-346; Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 145; Manz, *Refugees..., op. cit.,* pp. 42-43 y 209-210.

[270] Elliott, *The Vietnamese War..., op. cit.,* esp. pp. 4-5, 158, 437, 451, 465, 787, 920-921 y 1242.

[271] Cuatrocientos noventa y cuatro de quienes se rindieron habían nacido en Malasia, 694 en Tailandia. Deery, «Malaya, 1948...», *op. cit.,* p. 29; Peter Taaffe, «End of Empire: Memoirs of a Malaysian Communist Guerrilla Leader», *Socialism Today,* núm. 91, abril de 2005, www.socialismtoday.org/91/malaya.html

[272] Hua Wu Yin, *Class..., op. cit.,* esp. p. 158.

[273] En 1999, hasta 280 000 transmigrantes de Timor Oriental y de Indonesia salieron del país debido a la violencia pro Indonesia, y luego por temor a una represión por haber apoyado la integración en Indonesia. Para el año 2005, 30 000 aún quedaban en Timor Occidental indonesio. En el referéndum de 1999, 21.5% de los votantes había optado por la integración: Taylor, *East Timor..., op. cit.,* pp. XII, XXVII-XXIX; Schlicher, *Osttimor..., op. cit.,* pp. 6 y 20; Irena Cristalis, *Bitter Dawn: East Timor, a People's Story*, Zed, Londres y Nueva York, 2002, pp. 151-158.

[274] Faivre, «L'Histoire...», *op. cit.,* p. 59; Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* pp. 46, 242 y 246-248; Charles-Robert Ageron, «Le Drame des Harkis: Mémoire ou Histoire?», *Vingtième Siècle,* núm. 68, octubre-diciembre de 2000, pp. 3-15. El término «harki» se aplicó originalmente tan sólo a los miembros de ciertas formaciones armadas específicas, pero se ha vuelto término general para todos los antiguos auxiliares de los franceses en Argelia.

[275] Hamilton-Merritt, *Tragic Mountains..., op. cit.,* esp. pp. XVII y 337-478.

[276] Las cifras citadas no son congruentes: de 50 000 a 70 000 musulmanes argelinos llegaron a Francia hasta finales de 1963 (sólo una minoría de ellos parece haber sido antiguos leales armados), mientras que el número de musulmanes argelinos que emigraron a Francia, para 1974, pasó de 200 000 a 600 000. Hamoumou, *Et ils sont..., op. cit.,* p. 123; Faivre, «L'Histoire...», *op. cit.,* p. 60.

* La Resistencia Nacional Mozambiqueña (en portugués *Resistência Nacional Moçambicana*), mejor conocida como Renamo, es el nombre del partido político de oposición más grande en Mozambique. El líder de Renamo desde 1979 es Afonso Dhlakama. Durante la guerra civil, Renamo fue un partido beligerante de insurgencia. [T.]

[277] Finnegan, *A Complicated War..., op. cit.,* esp. pp. 32, 63, 70 y 278; Vines, *Renamo..., op. cit.,* esp. pp. 73-119; desde un punto de vista pro Renamo: Hoile, *Mozambique..., op. cit.*

[278] «Kenia-Brennender Hass», *Tagesspiegel,* 26 de marzo de 2009; «Schwierige Rtückkehr für Kenias Vertriebene», *Neue Zürcher Zeitung,* 21 de mayo de 2008.

[279] Gonneris, «Social Dimensions…», *op. cit.,* p. 183; Woodhouse, *The Struggle…, op. cit.,* p. 209.

[280] Véase Ranger, *Peasant Consciousness…, op. cit.,* pp. 284-287, 300-308, 314-315 y 334-335; Smile Dube, «Genocide in Matabeleland and Midlands in Zimbabwe: A Failed Transition to Democracy and Ethnic Co-Existence», en Alexandre Kimenyi y Otis L. Scott (comps.), *Anatomy of Genocide: State-Sponsored Mass-Killings in the Twentieth Century*, Edwin Mellen, Lewiston, 2001, pp. 79-110 (aunque ésta es una contribución confusa y marcadamente sesgada); «Bannstrahl gegen das Regime in Harare», *Neue Zürcher Zeitung,* 5 de abril de 2007.

[281] Pearce, «From Civil War…», *op. cit.,* p. 590; North y Simmons, «Fear and Hope…», *op. cit.,* pp. 22 y 24; «Guatemals schwacher Staat im Griff der Drogenmafia», *Neue Zürcher Zeitung,* 5 de marzo de 2010, p. 9.

[282] Green, *Fear…, op. cit.,* pp. 55-79 (capítulo «Living in a State of Fear»); Manuel Ángel Castillo, «Exodus and Return with a Changing Migration System», en North y Simmons, *Journeys of Fear…, op. cit.,* p. 135.

[283] Pearce, «From Civil War…», *op. cit.,* p. 590; «Ex-Generalstaatsanwalt ermordet», *Spiegel* en línea, 12 de octubre de 2007.

[284] Finnegan, *A Complicated War…, op. cit.,* pp. 97 y 308, núm. 21/2; véase Hoile, *Mozambique…, op. cit.,* pp. 96-101, y Vines, *Renamo…, op. cit.,* pp. 97-100.

[285] Kershaw, *Mau Mau…, op. cit.,* pp. 226 y 241; Branch, «Imprisonment…», *op. cit.,* pp. 248 y 254-256; Maloba, *Mau Mau…, op. cit.,* pp. 33-34 y 41-43; Throup, *Economic and Social Origins…, op. cit.,* pp. 10, 171-173 y 190; Gillespie, *Algeria…, op. cit.,* p. 146; Stubbs, *Hearts…, op. cit.,* pp. 15 y 45; Jackson, *The Malayan Emergency…, op. cit.,* pp. 9 y 10; Harper, *The End…, op. cit.,* pp. 158-160; Mitter, *The Manchurian Myth…, op. cit.,* pp. 105-106 y 191 (cita); *cf.* Suleski, «Northeast China…», *op. cit.,* p. 366; Michael Gunter, *The Kurds and the Future of Turkey*, St. Martin's, Nueva York, 1997, pp. 54-57; Barkey y Fuller, *Turkey's Kurdish Question…, op. cit.,* pp. 29-34.

[286] Hagen Fleischer, *Im Kreuzschatten der Mächte: Griechenland 1941-1944*, Peter Lang, Fráncfort, 1986, p. 135.

[287] La contrainsurgencia alemana en Bielorrusia, especialmente de 1943 a 1944, es una excepción; la mayoría de los muertos, por entonces, fueron mujeres y niños, mientras a los hombres se los llevaban para trabajos forzados: Gerlach, *Kalkulierte Morde…, op. cit.,* pp. 1001-1003.

[288] Cilliers, *Counter-Insurgency…, op. cit.,* p. 207; Green, *Fear…, op. cit.,* pp. 31-32 y 176, n. 12; Bender, «The Limits…», *op. cit.,* p. 341, n. 29; Elkins, *Imperial Reckoning…, op. cit.,* pp. 244-252.

[289] Bourdieu, *In Algerien…, op. cit.,* p. 72.

[290] Elkins, *Imperial Reckoning…, op. cit.,* p. 208.

[291] Singh Sandhu, «Emergency Resettlement…», *op. cit.,* p. 161.

[292] Bender, «The Limits…», *op. cit.,* p. 348; Heggoy, *Insurgency…, op. cit.,* p. 214; Sutton, «Population Resettlement…», *op. cit.,* p. 289; Cornaton, *Les camps…, op. cit.,* pp. 80-87.

[293] Para Perú: Starn, «Villagers…», *op. cit.,* p. 240; para Kenia: Waciuma, *Daughter…, op. cit.,* pp. 128 y 139; para Malasia: foto en Allen, *The Savage Wars…, op. cit.,* cuarta página después de p. 98.

[294] Starn, «Villagers…», *op. cit.,* p. 240 («The People Got Macho»); para Guatemala: Human Rights Watch, *Civil Patrols…, op. cit.,* p. 74; Green, *Fear…, op. cit.,* pp. 83 y 84; Esparza, «Post-War Guatemala…», *op. cit.,* p. 383.

[295] Bourdieu, *In Algerien…, op. cit.,* p. 72; Monika Schlicher, «"Die Soldaten nehmen ihnen jegliche Würde": Gewalt gegen Frauen als Mittel der Kriegführung», en Klemens Ludwig (comp.), *Osttimor: Der zwanzigjährige Krieg*, Rowohlt aktuell, Reinbek, 1996, p. 62; Manz, *Refugees…, op. cit.,* p. 92.

[296] Singh Sandhu, «Emergency Resettlement…», *op. cit.,* esp. pp. 166 y 175; Singh Sandhu, «The Saga…», *op. cit.,* esp. pp. 144 y 168; Loh, *Beyond the Tin Mines…, op. cit.,* pp. 178-184, 192-198, 248-250 y 270-271; Jackson, *The Malayan Emergency…, op. cit.,* p. 20; Thompson, *Defeating…, op. cit.,* p. 125. Para Argelia: Sutton, «Population Resettlement…», *op. cit.,* p. 294.

[297] Coelho, «State Resettlement…», *op. cit.,* pp. 61-91, esp. pp. 62-68 y 91, n. 89.

[298] Sutton, «Population Resettlement…», *op. cit.,* pp. 289-294; Keith Sutton, «The Influence of Military Policy on Algerian Rural Settlement», *Geographical Review,* vol. 71, núm. 4, 1981, pp. 382-385 y 390; Sutton y Lawless, «Population Regrouping…», *op. cit.,* p. 339; Cornaton, *Les camps…, op. cit.,* pp. 119-131.

[299] Cifras reveladoras de esta fluctuación, en Cornaton, *Les camps…, op. cit.,* pp. 156, 162, 171, 178 y 184.

[300] Sutton, «Influence…», *op. cit.,* pp. 386-387 y 390; Keith Sutton, «Algeria's Socialist Villages-a Reassessment», *Journal of Modern African Studies,* vol. 22, núm. 2, 1984, p. 225; para respuestas a encuestas acerca de los deseos más apremiantes, Cornaton, *Les camps…, op. cit.,* pp. 158-161, 166, 176, 187 y 231-232.

[301] Sorrenson, *Land Reform…, op. cit.,* pp. 147-150 y 162-164.

[302] Degregori, «Ayacucho…», *op. cit.,* p. 22.

[303] Yildiz, *The Kurds…, op. cit.,* p. 162, n. 25.

[304] Sundar, «Interning…», *op. cit.,* p. 16.

[305] Nunthara, *Impact…, op. cit.,* pp. 10, 21 y 50.

[306] Laiou, «Population Movements…», *op. cit.,* esp. pp. 79-81 y 88-102.

[307] Sollis, «Displaced…», *op. cit.,* p. 53.

[308] Véase Sutton, «Army Administration…», *op. cit.,* p. 267.

[309] Bernard Fall, «A Portrait of the "Centurion"», en Trinquier, *Modern Warfare…, op. cit.,* p. XVIII.

[310] Deery, «The Terminology of Terrorism…», *op. cit.,* esp. pp. 236 y 240; Gerlach, *Kalkulierte Morde…, op. cit.,* p. 925; Gerard Chaliand, «With the Guerrillas in "Portuguese"

Guinea», en Chaliand, *Guerilla Strategies…, op. cit.,* p. 209.

[311] Chin y Hack, *Dialogues…, op. cit.,* pp. 360 y 375, n. 39.

[312] Tim Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Greece, 1945-1949», *Small Wars and Insurgencies,* vol. 8, núm. 1, 1997, p. 100.

[313] *Ibid.*, pp. 88-106, esp. p. 99; Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *op. cit.,* pp. 268 y 274; referencia velada a Alemania, en Beckett, *Modern Insurgencies…, op. cit.,* pp. 91 y 93.

[314] Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *op. cit.,* pp. 275 y 276.

[315] *Cf.* Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation, 1941-1944*, Yale University Press, New Haven y Londres, 2001, pp. 155-189. Tropas: Woodhouse, *The Struggle…, op. cit.,* p. 191. En marzo de 1945 había 96 000 soldados británicos en Grecia: Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Greece, 1945-1949», *op. cit.,* p. 89 (véase también p. 94); referencias a Alemania, p. 94.

[316] Kousoulas, *Revolution…, op. cit.,* p. 259; Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Greece, 1945-1949», *op. cit.,* pp. 96-99.

[317] Nagl, *Counterinsurgency…, op. cit.,* pp. 65-66 y 71; Townshend, *Britain's Civil Wars…, op. cit.,* p. 158; Jackson, *The Malayan Emergency…, op. cit.,* pp. 19, 23 y 29; Beckett, *Modern Insurgencies…, op. cit.,* p. 100; Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *op. cit.,* pp. 278-281 y 289 (cita p. 280).

[318] Allen, *The Savage The Wars…, op. cit.,* p. 129; Jackson, *The Malayan Emergency…, op. cit.,* p. 44; unidades rodesianas también combatieron en Malasia (Leary, *Violence…, op. cit.,* pp. 195-198).

[319] Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *op. cit.,* pp. 290 y 294.

[320] Sundar, «Interning…», *op. cit.,* p. 11.

[321] Antonio Varsori, «Britain and US Involvement in the Vietnam War During the Kennedy Administration, 1961-1963», *Cold War History,* vol. 3, núm. 2, enero de 2003, pp. 83-112, esp. pp. 86-89 y 94-97; Beckett, «Robert Thompson…», *op. cit.,* pp. 41-63; Catton, «Counter-Insurgency…», *op. cit.,* p. 924. Para una diferente opinión del «Plan Delta» de Thompson, véase Busch, «Killing…», *op. cit.,* pp. 135-162, esp. pp. 139-146.

[322] Busch, «Killing…», *op. cit.,* p. 137; Joes, *America…, op. cit.,* p. 220. Lansdale había estado activo con las guerrillas antijaponesas en las Filipinas en la segunda Guerra Mundial, y luego en el Grupo Conjunto de Asesores Militares de los Estados Unidos en las Filipinas desde 1950, desde comienzos de 1954 con la CIA en Saigón, y en 1965-1966 como jefe del Programa de Desarrollo Revolucionario en Vietnam del Sur: Beckett, *Modern Insurgencies…, op. cit.,* p. 109; Nagl, *Counterinsurgency…, op. cit.,* pp. 164 y 165.

[323] Nagl, *Counterinsurgency…, op. cit.,* p. 125.

[324] Mockaitis, «The Origins…», *op. cit.,* p. 209.

[325] Gene Z. Hanrahan, *Japanese Operations Against Guerrilla Forces*, Chevy Chase: Operations Research Office, Johns Hopkins University, 1954, p. 15 cita 1 (un estudio confidencial para la Oficina de Investigación y Operaciones, Johns Hopkins University);

para el bando alemán, «Richtlinien zur Bandenbekämpfung», 26 de febrero de 1943, Nuremberg Document NO-475, BA, Film 44297.

[326] Véase Wakin, *Anthropology..., op. cit.,* esp. pp. 67, 90, 117 y 120-121; *cf.* Van der Kroef, «Guerrilla Communism...», *op. cit.,* pp. 127 y 128. Para el papel de los antropólogos en el combate contra la insurgencia malaya, véase Leary, *Violence..., op. cit.,* pp. 54 y 56.

[327] Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* pp. 182 y 183.

[328] Weinrich, «Strategic Resettlement...», *op. cit.,* p. 207.

[329] Gabriel Aguilera Peralta, «Terror and Violence as Weapons of Counterinsurgency in Guatemala», *Latin American Perspectives,* vol. 7, núms. 2-3, primavera y verano de 1980, p. 98; Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* pp. 282 y 285; Richards, «Cosmopolitan World View...», *op. cit.,* p. 95; Kruijt, «Exercises...», *op. cit.,* p. 40. Véase Kendal, «Kurdistan...», *op. cit.,* pp. 71 y 78, y Martha Huggins, «U.S. Supported State Terror: A History of Police Training in Latin America», *Crime and Social Justice,* núm. 27, 1987, pp. 149-171. Para la influencia del Colegio de Defensa Interamericana, institución afiliada a la OAS en Washington D.C., sobre la doctrina militar peruana, véase Enrique Obando, «Civil-Military Relations in Peru, 1980-1996: How to Control and Coopt the Military (and the Consequences of Doing So)», en Stern, *Shining and Other Paths..., op. cit.,* p. 386.

[330] Steputat, «Politics...», *op. cit.,* p. 61; Richards, «Cosmopolitan World View...», *op. cit.,* p. 94. Sin embargo, para el limitado efecto sobre el aprendizaje, véase Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* p. 43.

[331] Frederic Guelton, «The French Army "Centre for Training and Preparation in Counter-Guerrilla Warfare" (CIPCG) in Arzew», en Martin S. Alexander y J. F. V. Keiger (comps.), *France and the Algerian War, 1954-1962: Strategy, Operations and Diplomacy*, Frank Cass, Londres y Portland, 2002, pp. 35-53; Heggoy, *Insurgency..., op. cit.,* pp. 176-182; Bennoune, «French Counter-Revolutionary Doctrine...», *op. cit.,* pp. 46 y 47; Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 40-42. Perú: Obando, «Civil-Military Relations...», *op. cit.,* p. 388.

[332] Elsenhans, *Frankreichs Algerienkrieg..., op. cit.,* p. 60, n. 265.

[333] Taylor, «Counter-Insurgency...», *op. cit.,* p. 36.

[334] Catton, *Diem's Final Failure..., op. cit.,* pp. 90 y 91.

[335] Smith, «The militarization...», *op. cit.,* p. 12; véase Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* p. 59.

[336] Mario Enrique Morales, citado en Smith, «The Militarization...», *op. cit.,* p. 13.

[337] Dhada, «The Liberation War...», *op. cit.,* p. 584; Henriksen, «Portugal...», *op. cit.,* p. 401; Rivers, «Angola...», *op. cit.,* p. 53.

[338] Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 37.

[339] Ellis, *From the Barrel..., op. cit.,* p. 213; Brace y Brace, *Algerian Voices..., op. cit.,* p. 121.

[340] Davidson, «Angola...», *op. cit.,* pp. 37-49.

[341] «Cercado de piernas» significa que los civiles, vigilados por soldados, se desplazan unos junto a otros hacia una zona que se sospecha que es de insurgentes, para detectar y

capturar guerrilleros refugiados. Jamie Davidson y Douglas Kammen, «Indonesia's Unknown War and the Lineages of Violence in West Kalimantan», *Indonesia,* núm. 73, abril de 2002, pp. 84 y 86. Sin embargo, esta técnica fue abundantemente empleada sólo en 1980-1981: Budiardjo y Liem, *The War..., op. cit.,* pp. 41 y 42.

342 Guelton, «The French Army...», *op. cit.,* pp. 39 y 49; en términos generales, *cf.* Jean-Marc Marill, «L'Héritage Indochinois: adaptation de l'armée française en Algérie (1954-1956)», *Revue Historique des Armées,* núm. 2, 1992, pp. 26-32. Cita: Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* p. 164.

343 Mockaitis, «The Origins...», *op. cit.,* pp. 222 y 223; *cf.* Thomas Mockaitis, «The British Experience in Counterinsurgency, 1919-1960», University of Wisconsin, tesis doctoral, 1988, esp. pp. 277-280 y 393, que contradice a Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *op. cit.,* p. 294; *cf.* Elkins, *Imperial Reckoning..., op. cit.,* pp. 103, 105 y 409, n. 3. El efecto de aprendizaje de Malasia para diseñar campamentos de «rehabilitación» en Kenia también fue limitado: Luise White, «Separating the Men from the Boys: Constructions of Gender, Sexuality and Terrorism in Central Kenya, 1939-1959», *International Journal of African-Historical Studies,* vol. 23, núm. 1, 1990, p. 19. Caroline Elkins afirma que ciertos funcionarios coloniales británicos deseaban adoptar sólo selectivamente estrategias tomadas de Malasia y de Grecia: Caroline Elkins, «The Struggle for Mau Mau Rehabilitation in Late Colonial Kenya», *International Journal of African Historical Studies,* vol. 33, núm. 1, 2000, p. 36.

344 Mockaitis, «The Origins...», *op. cit.,* pp. 209-225, esp. pp. 213 y 221-222; Mockaitis, «The British Experience...», *op. cit.,* pp. 377-406; Beckett, *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies..., op. cit.,* pp. 44 y 91; Frank Furedi, «Kenya: Decolonisation Through Counterinsurgency», en Anthony Gorst *et al.* (comps.), *Contemporary British History 1931-1961*, Pinter, Londres y Nueva York, 1991, pp. 142 y 143; Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 55; Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *op. cit.,* pp. 265-307.

345 Joes, *America..., op. cit.,* p. 109.

346 Véase Heggoy, *Insurgency..., op. cit.,* pp. 78 y 183; Coates, *Suppressing..., op. cit.,* pp. 86 y 87; Stubbs, *Hearts..., op. cit.,* p. 73; Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 118. Cita: Steputat, «Politics...», *op. cit.,* p. 69.

347 Kenneth Matthews, *Memories of a Mountain War: Greece: 1944-1949*, Longman, Londres, 1972, p. 180.

348 Esto se asemeja a las instalaciones de detención, en la Kenia británica, administradas por colonos europeos o por jefes «leales»: Elkins, *Imperial Reckoning..., op. cit.,* p. 151.

* La política anárquica de los comandantes de sector, de barrio y de sub-barrio. [T.]

349 Paret, *French Revolutionary Warfare..., op. cit.,* p. 43; Bourdieu, *The Algerians..., op. cit.,* p. 164; Heggoy, *Insurgency..., op. cit.,* pp. 214 y 222; Lesne, «Une expérience...», *op. cit.,* pp. 570-576 y 603; Cornaton, *Les camps..., op. cit.,* pp. 42-54 y 80-81; Sutton, «Army Administration...», *op. cit.,* pp. 244, 247-248, 252 y 257 (cita del francés: p. 252); Cann, *Counterinsurgency..., op. cit.,* p. 74. Para cita en inglés y esfuerzos anteriores, véase Sutton, «The Influence...», *op. cit.,* pp. 380 y 381.

[350] Purcell, *Malaya..., op. cit.,* pp. 74 y 75; Smith, «Gerald Templer...», *op. cit.,* pp. 62 y 63; Harper, *The End..., op. cit.,* p. 175; Singh Sandhu, «The Saga...», *op. cit.,* pp. 155-159; Jones, «The British Army, and Counter-Guerrilla Warfare in Transition, 1944-1952», *op. cit.,* pp. 283-284 y 287, y *cf.* también las fuentes de la nota 346 *supra*.

[351] Osborne, *Strategic Hamlets..., op. cit.,* p. 13, n. 13.

[352] Ranger, *Peasant Consciousness..., op. cit.,* pp. 168 y 250.

[353] Joseph J. Zasloff, *Rural Resettlement in Viet Nam: An Agroville in Development*, University of Pittsburgh, agosto de 1962; Peoples, «The Use...», *op. cit.;* Donnell, «Expanding...», *op. cit.,* p. 695.

[354] Catton, «Counter-Insurgency...», *op. cit.,* pp. 918-940; Catton, *Diem's Final Failure..., op. cit.;* en el mismo sentido con base en documentos británicos, estadunidenses y australianos, Osborne, *Strategic Hamlets..., op. cit.,* pp. 25-30; Blaufarb, *The Counterinsurgency Era..., op. cit.,* pp. 102-109 y 120-122; Busch, «Killing...», *op. cit.,* pp. 136-145.

[355] Fall, «A Portrait...», *op. cit.,* p. VIII.

[356] Joes, *Resisting Rebellion..., op. cit.,* p. 115; Nagl, *Counterinsurgency..., op. cit.,* pp. 157 y 158.

[357] Krämer, *El Salvador..., op. cit.,* pp. 51-52, 59 y 79; Manwaring y Prisk, *El Salvador..., op. cit.,* pp. 225 y 226; Hugh Byrne, *El Salvador's Civil War*, Lynne Rienner, Boulder y Londres, 1996, p. 109.

[358] Una opinión opuesta puede encontrarse en Mark Mazower, «Violence and the State in the Twentieth Century», *American Historical Review,* vol. 107, núm. 4, 2002, p. 1172.

[359] Davidson, «Angola...», *op. cit.,* p. 47; Wheeler, «The Portuguese Army...», *op. cit.,* pp. 433-435; Bender, «The Limits...», *op. cit.,* pp. 346-350.

[360] Leroy Vail y Landeg White, *Capitalism and Colonialism in Mozambique: A Study of Quelimane District*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1980, p. 399; Weinrich, «Strategic Resettlement...», *op. cit.,* p. 225.

[361] Del Pino, «Family...», *op. cit.,* pp. 163-169; Starn, «Villagers...», *op. cit.;* Degregori, «Rondas Campesinas...», *op. cit.,* pp. 235 y 239; Manrique, «The War...», *op. cit.,* p. 193, n. 5; Joes, *Resisting Rebellion..., op. cit.,* p. 117; Corronel, «Violencia...», *op. cit.,* pp. 61, 83 y 96; Degregori, «Ayacucho...», *op. cit.,* pp. 24 y 27; Fumerton, «Rondas Campesinas...», *op. cit.,* pp. 470-497.

[362] Human Rights Watch, *Civil Patrols..., op. cit.,* pp. 15, 23, 25 y 36-37; Montejo, *Voices..., op. cit.,* p. 66; Schirmer, *The Guatemalan..., op. cit.,* pp. 36-38 y 83.

[363] Anderson, *Histories..., op. cit.,* pp. 124 y 240-241; Kershaw, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 327; Maloba, *Mau Mau..., op. cit.,* p. 89.

[364] Loh, *Beyond the Tin Mines..., op. cit.,* p. 166, n.; Beckett, *Modern Insurgencies..., op. cit.,* p. 102; François-Xavier Hautreux, «L' engagement des harkis (1954-1962)», *Vingtième Siècle,* vol. 90, núm. 2, 2006, p. 34, observa que los primeros grupos auxiliares en Argelia fueron formados sin directivas oficiales.

[365] Newsinger, «Minimum Force, British Counterinsurgency...», *op. cit.,* pp. 47-57, rechaza las tesis de Tim Jones; otro partidario acrítico de la afirmación de la «fuerza

mínima» es Mockaitis, «The British Experience...», *op. cit.,* esp. pp. 36-129.

[1] De 1941 a 1945 pereció 4 a 4.5% de la población griega, uno de los más altos índices de Europa detrás de Polonia, los territorios soviéticos bajo dominio alemán y Yugoslavia.

[2] Informe de custodia protectora del campo de concentración de Buchenwald, 15 de diciembre de 1944, en Romani Rose (comp.), *Der nationalsozialistische Völkermord an den Sinti und Roma*, Dokumentationsund Kulturzentrum Deutscher Sinti and Roma, Heidelberg, 2003, pp. 192 y 193.

[3] Esto puede aplicarse incluso a los campamentos alemanes en general. Los campos de concentración sólo eran una categoría distinta de los campamentos organizados por una administración particular de la SS.

[4] Dieter Pohl, *Verfolgung und Massenmorde in der NS-Zeit 1933-1945*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 2003, p. 153, y mis propios cálculos.

[5] Aparte de unos 600 prisioneros de guerra soviéticos, cerca de 250 prisioneros enfermos fueron de los primeros en ser asesinados con gas, entre ellos algunos judíos: Kazimiersz Halgas, «Die Arbeit im "Revier" für sowjetische Kriegsgefangene in Auschwitz», en *Die Auschwitz-Hefte,* vol. 1, Beltz, Weinheim y Basilea 1987, pp. 167-172; Reinhard Otto, *Wehrmacht, Gestapo und sowjetische Kriegsgefangene im deutschen Reichsgebiet 1941-1942*, Oldenbourg, Múnich, 1998, pp. 190 y 191.

[6] De unos seis millones de judíos asesinados, cerca de 165 000 eran alemanes y 65 000 austriacos: Pohl, *Verfolgung…*, *op. cit.,* p. 109; cifras más bajas en Raul Hilberg, *Die Vernichtung der europäischen Juden*, Fischer Taschenbuch, Fráncfort, 1994, p. 1300 [edición en español: *La destrucción de los judíos europeos*, trad. de Cristina Piña Aldao, Madrid, Akal, 2005].

[7] De los 12 a 14 millones de no combatientes que perecieron, cerca de 500 000 eran alemanes, incluyendo 180 000 personas con discapacidad, 165 000 judíos, 50 000 llamados asociales (incluyendo 15 000 gitanos sinti y roma), y tal vez 25 000 alemanes entre los que fueron ejecutados después de ser sentenciados por tribunales civiles o militares.

[8] Dos tercios de los judeoalemanes de comienzos de 1933 sobrevivieron (y cerca de la mitad de esos judíos seguían en Alemania a mediados de 1939), en comparación con sólo 20% de sobrevivientes entre todos los judíos que cayeron dentro de la esfera de influencia alemana.

[9] Aun dentro de una de las pocas zonas de asentamiento alemana en Ucrania, la verdadera política de ocupación fue determinada principalmente por cuestiones distintas de las de los colonos alemanes: Wendy Lower, «A New Ordering of Race and Space: Nazi Colonial Dreams in Zhytomyr, Ukraine, 1941-1944», *German Studies Review,* vol. 25, núm. 2, 2002, p. 243.

[10] Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War and the Nazi Welfare State*, Metropolitan Books, Nueva York, 2006, p. 30, y versión alemana, Aly, *Hitlers Volksstaat*, S. Fischer, Fráncfrot, 2005, p. 314.

[11] Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation, 1941-1944*, Yale University Press, New Haven y Londres, 2001, pp. XI, 20, 39-41 y 155, con cifras

contradictorias acerca de las muertes por inanición; estadísticas en Isaac Matarasso, «"And yet not All of Them Died": The Destruction of Salonika's Greek Jews During the German Occupation» [1948], en Steven Bowman (comp.), *The Holocaust in Salonika: Eyewitness Accounts*, Sephardic House, 2002, pp. 170 y 171; Bea Lewkowicz, *The Jewish Community of Salonika: History, Memory, Identity*, Vallentine Mitchell & Co., Londres y Portland; 2006, p. 69; Joshua Eli Plaut, *Greek Jewry in the Twentieth Century, 1913-1983: Patterns of Jewish Survival in the Greek Provinces before and after the Holocaust*, Fairleigh Dickinson University Press, Madison, 1996, pp. 54-57.

[12] Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 36.

[13] Hagen Fleischer, «Deutsche "Ordnung" In Griechenland 1941-1944», en Loukia Droulia y Hagen Fleischer (comps.), *Von Lidice bis Kalavryta-Widerstand und Besatzungsterror: Studien zur Repressalienpraxis im Zweiten Weltkrieg*, Metropol, Berlín, 1999, pp. 151-224. *Cf.* también Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 201-218.

[14] Citado en Hagen Fleischer, *Im Kreuzschatten der Mächte: Griechenland 1941-1944*, Peter Lang, Fráncfort, 1986, p. 455.

[15] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 23-24, 58 y 215-218; Aly, *Hitler's Beneficiaries..., op. cit.,* pp. 245-248; entrada en el diario de MacVeagh, 10 de mayo de 1941, en John O. Iatrides (comp.), *Ambassador MacVeagh Reports: Greece, 1933-1947*, Princeton University Press, Princeton, 1980, p. 361; un ejemplo posterior en Feldkommandantur 1042 Peleponnes, «Lagebericht», 31 de diciembre de 1943, en Martin Seckendorf *et al.* (comps.), *Die Okkupationspolitik des deutschen Faschismus in Jugoslawien, Griechenland, Albanien, Italien und Ungarn (1941-1945)*, Hüthig Verlagsgemeinschaft, Berlín y Heidelberg, 1992, p. 295.

[16] Informe del 24 de mayo de 1941, en Iatrides, *Ambassador MacVeagh..., op. cit.,* p. 368; Christos Hadziiossif, «Griechen in der deutschen Kriegsproduktion», en Ulrich Herbert (comp.), *Europa und der "Reichseinsatz": Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und KZ-Haftlinge in Deutschland 1938-1945*, Klartext, Essen, 1991, pp. 210 y 211.

[17] Algunos han afirmado que otro factor fue una deliberada estrategia de desindustrialización, especialmente respecto a los tintes y a la industria textil: Janis Schmelzer y Martin Seckendorf, «IG Farbenindustrie und deutsche Okkupationspolitik in Griechenland: Ein bisher nicht beachtetes Dokument vom 21. April 1941», 1999, *Sozial. Geschichte,* vol. 20, núm. 2, 2005, pp. 33-48.

[18] El embajador de los Estados Unidos, MacVeagh, al president Roosevelt, 6 de noviembre de 1940 (cita), informe de MacVeagh del 9 de noviembre de 1940, y sus entradas de diario del 7 y el 8 de mayo de 1941, en Iatrides, *Ambassador MacVeagh..., op. cit.,* pp. 242, 245, 359 y 360; *cf.* Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 27 y 34; Stavros B. Thomadakis, «Black Markets, Inflation and Force in the Economy of Occupied Greece», en John O. Iatrides (comp.), *Greece in the 1940s: A Nation in Crisis*, New England University Press, Hannover y Londres, 1981, p. 71.

[19] Fleischer, *Im Kreuzschatten..., op. cit.,* p. 116.

[20] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 46-48; entrada del 24 de mayo de 1941, en Iatrides, *Ambassador MacVeagh..., op. cit.,* p. 368. El gobierno griego había comprado 350 000

toneladas de trigo australiano y soviético a comienzos de 1941, e incluía en el contrato una cláusula de que el cereal sería entregado incluso si Grecia era ocupada por una potencia extranjera. No obstante, las autoridades británicas confiscaron las cargas de los barcos y dieron el trigo a sus propias tropas. Fleischer, *Im Kreuzschatten..., op. cit.,* p. 122.

[21] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 28, 33, 49 y 55; Thomadakis, «Black Markets...», *op. cit.,* p. 65; Steven Bowman, *Jewish Resistance in Wartime Greece*, Vallentine Mitchell, Londres y Portland, 2006, p. 66.

[22] Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 28.

[23] Esto incluyó las industrias: textil, del cuero, el vidrio y el tabaco. Plaut, *Greek Jewry..., op. cit.,* p. 41; *cf.* Thomadakis, «Black Markets...», *op. cit.,* p. 68.

[24] Hadziiossif, «Griechen...», *op. cit.,* p. 219.

[25] Thomadakis, «Black Markets...», *op. cit.,* p. 75.

[26] Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 57; para las mujeres que establecieron centros infantiles para quienes morían de hambre, véanse las memorias de Nausika Flenga-Papadaki en Eleni Fourtoni (comp.), *Greek Women in Resistance: Journals-Oral Histories*, Thelphini Press, New Haven, 1986, pp. 32 y 43-45.

[27] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 57-61; Kostas Vergopoulos, «The Emergence of the New Bourgeoisie, 1944-1952», en Iatrides, *Greece..., op. cit.,* pp. 302 y 303.

[28] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 37 y 40; Fleischer, *Kreuzschatten..., op. cit.,* p. 117; Martin Seckendorf, «Verbrecherische Befehle: Die Wehrmacht und der Massenmord an griechischen Zivilisten 1941 bis 1944», *Bulletin der Berliner Gesellschaft für Faschismus- und Weltkriegsforschung* 13, 1999, p. 10. No hay un cuadro claro de cómo el hambre afectó a las comunidades judías: véase Yomtov Yacoel, «In the Anteroom of Hell» (1943), en Bowman, *Holocaust..., op. cit.;* Matarasso, «... and yet...», *op. cit.,* pp. 27 y 134; Bowman, *Jewish Resistance..., op. cit.,* p. 28, n. 7.

[29] Hadziiossif, «Griechen...», *op. cit.,* p. 220; Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 108.

[30] Testimonio de Toula Mara-Mihalakea, en Fourtoni, *Women..., op. cit.,* pp. 29 y 31; Thomadakis, «Black Markets», pp. 78 y 79.

[31] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 75-78; Hadziiossif, «Griechen...», *op. cit.,* pp. 224-226; Mark Spoerer, *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und Häftlinge im Deutschen Reich und im besetzten Europa 1938-1945*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart y Múnich, 2001, p. 70.

[32] Hadziiossif, «Griechen...», *op. cit.,* p. 226. En la comunidad judía del Larissa había habido muertes «por piojos, frío y hambre» en 1941-1942, y al ser advertidos de una deportación inminente en 1943, 235 judíos se quedaron para no perder sus raciones alimentarias de la Cruz Roja Internacional: Plaut, *Greek Jewry..., op. cit.,* pp. 64-66.

[33] Yacoel, «In the Anteroom...», *op. cit.,* pp. 41-44 y 51; Bowman, *Jewish Resistance..., op. cit.,* p. 28, n. 8; Lewkowicz, *The Jewish Community..., op. cit.,* p. 133; Hadziiossif, «Griechen...», *op. cit.,* p. 216 (5 000 reclutados).

[34] Véase Hans Safrian, *Eichmann und seine Gehilfen,* Fischer Taschenbuch, Fráncfort, 1997, p. 229, y carta de Suhr (RSHA) a Rademacher, 18 de agosto de 1942, en Seckendorf, *Die Okkupationspolitik..., op. cit.,* p. 204 (cita).

[35] Yacoel, «In the Anteroom…», *op. cit.,* pp. 51-53 (3% perecieron, es decir, cerca de 100; Yacoel formó parte de un grupo que visitó a los obreros e informó sobre sus condiciones); Bowman, *Jewish Resistance…, op. cit.,* pp. 55 y 58; Lewkowicz, *The Jewish Community…, op. cit.,* p. 133 (400 murieron); Steven Bowman, «Salonikan Memories», en Bowman, *The Holocaust…, op. cit.,* p. 16 («cientos perecieron»).

[36] Yacoel, «In the Anteroom…», *op. cit.,* pp. 47-76 (quien participó en el comité y en las negociaciones). Según él, el pago no se hacía en oro (véase esp. p. 66), opuesto a Aly, *Hitler's Beneficiaries…, op. cit.,* pp. 254 y 255. Para previas ventas de bienes raíces comunitarias: Yacoel, «In the Anteroom…», *op. cit.,* p. 30.

[37] Aly, *Hitler's Beneficiaries…, op. cit.,* p. 255; Hadziiossif, «Griechen…», *op. cit.,* pp. 216 y 217; Yacoel, «In the Anteroom…», *op. cit.,* pp. 52-55; Matarasso, «And yet…», *op. cit.,* p. 159. El «malumore» de los no judíos se menciona en un informe del consulado general de Italia, 22 de octubre de 1942, en Daniel Carpi (comp.), *Italian Diplomatic Documents on the History of the Holocaust in Greece (1941-1943)*, Tel Aviv University, Tel Aviv, 1999, pp. 115 y 116.

[38] Aly, *Hitler's Beneficiaries…, op. cit.,* p. 248; *cf.* Thomadakis, «Black Markets…», *op. cit.,* p. 69; Hadziiossif, «Griechen…», *op. cit.,* pp. 216 y 217.

[39] Fundamental: Thomadakis, «Black Markets…», *op. cit.,* pp. 73-75; Mazower, *Inside…, op. cit.,* p. 54; véase el informe de la inteligencia británica del 25 de agosto de 1943 en cuanto a la importancia de las expectativas de los griegos acerca de una invasión encabezada por la Gran Bretaña, en Richard Clogg (comp.), *Greece 1940-1949*: *Occupation, Resistance, Civil War: A Documentary History*, Palgrave Macmillan, Basingstoke y Londres, 2002, p. 114.

[40] Hadziiossif, «Griechen…», *op. cit.,* p. 223.

[41] Minna Rozen, «Jews and Greeks Remember their Past: The Political Career of Tzevi Koretz (1933-1943)», *Jewish Social Studies,* vol. 12, núm. 1, 2005, pp. 126 y 127; Fleischer, *Im Kreuzschatten…, op. cit.,* p. 167.

[42] Algo pionero: Aly, *Hitler's Beneficiaries…, op. cit.,* pp. 254-267 y 282; para incentivos laborales: Hadziiossif, «Griechen…», *op. cit.,* pp. 217 y 226; para la recuperación del ingreso real: Thomadakis, «Black Markets…», *op. cit.,* p. 72.

[43] Mazower, *Inside…, op. cit.,* p. 242, pasa esto por alto. Entre 22 y 24% de los judíos de Salónica fueron seleccionados para trabajos forzados en Auschwitz, pero la mayoría falleció dentro de los siguientes 18 meses por el horrible trato y condiciones. Mazower, *Inside…, op. cit.,* pp. 244 y 267; *cf.* Lewkowicz, *The Jewish Community…, op. cit.,* p. 147. Las ofertas del consejo judío de Salónica de entregar más de la mitad de los bienes muebles e inmuebles de los judíos y de concentrar a todos los judíos vivos en una isla, a sus propias expensas, no impidieron las deportaciones: Mentes M. Molho, «Assets of Jews of Salonika», en Bowman, *The Holocaust…, op. cit.,* pp. 245 y 247.

[44] Loring M. Danforth, *The Macedonian Conflict: Ethnic Nationalism in a Transnational World*, Princeton University Press, Princeton, 1995, p. 77.

[45] Safrian, *Eichmann…, op. cit.,* p. 228; para las deportaciones en general, véanse pp. 225-260.

[46] Carta del 23 de marzo de 1943, en Clogg, *Greece..., op. cit.,* pp. 200-206, y Bowman, *Jewish Resistance..., op. cit.,* pp. 77 y 78. En cierto momento, los tres primeros ministros bajo la ocupación —Georgios Tsolakoglou, Logothetopoulos y Ioannis Rallis— protestaron contra la persecución de los judíos, aunque no con suficiente energía. Fleischer, *Im Kreuzschatten..., op. cit.,* p. 367.

[47] Yacoel, «In the Anteroom...», *op. cit.,* p. 105.

[48] *Ibid.*, pp. 34 y 35; informes del consulado general italiano, 20 y 28 de febrero y 14 de marzo de 1943, en Carpi, *Italian Diplomatic Documents..., op. cit.,* pp. 126-127, 130 y 137.

[49] «Proclamation», 9 de junio de 1944, en Clogg, *Greece..., op. cit.,* p. 103; Fleischer, *Im Kreuzschatten..., op. cit.,* p. 366. Pero el Obispo Methodios, a cargo de Corfú, protestó: Rozen, «Jews...», *op. cit.,* p. 127.

[50] Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 55; Molho, «Assets...», *op. cit.,* pp. 222-224; Rozen, «Jews...», *op. cit.,* p. 127; informe del consulado general italiano, 20 de marzo de 1943, en Carpi, *Italian Diplomatic Documents..., op. cit.,* p. 140.

[51] Matarasso, «And yet...», *op. cit.,* pp. 142 y 165; Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 247; *cf.* Molho, «Assets...», *op. cit.,* pp. 219 y 220.

[52] Lewkowicz, *The Jewish Community..., op. cit.,* pp. 133-134 y 143, n. 6.

[53] Plaut, *Greek Jewry..., op. cit.,* p. 57; diferentes cifras en Aly, *Hitler's Beneficiaries..., op. cit.,* pp. 231-233; los exiliados griegos: Konstantin Loulos, «Vergeltungsmaßnahmen der Besatzungsorgane and "endogene" Repressalien in Griechenland 1941-1944», en Droulia y Fleischer, *Von Lidice..., op. cit.,* pp. 139 y 140.

[54] Plaut, *Greek Jewry..., op. cit.,* pp. 62, 68 y 69. Más de 90% fue asesinado, salvo los judíos provenientes de Atenas y de las ciudades del interior en la zona italiana (en contraste con las islas).

[55] Plaut, *Greek Jewry..., op. cit.,* pp. 51 y 83-85 (2.3% de negocios y 4% de hogares); Molho, «Assets...», *op. cit.,* pp. 229 y 230 (8.6% de negocios 2.7% de hogares en Salónica), véase también la p. 227; Yacoel, «In the Anteroom...», *op. cit.,* p. 73; Lewkowicz, *The Jewish Community..., op. cit.,* pp. 190-196 (cita p. 192).

[56] Hadziiossif, «Griechen...», *op. cit.,* p. 217.

[57] John Sakkas, «The Civil War in Evrytania», en Mark Mazower (comp.), *After the War Was Over: Reconstructing the Family, Nation, and State in Greece, 1943-1960*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2000, p. 189; Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 131. Oficiales británicos podían ir en automóvil por esas zonas durante horas sin encontrar alemanes ni italianos: informe del mayor D. J. Wallace, 29 de agosto de 1943, en Clogg, *Greece..., op. cit.,* p. 118.

[58] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 113 y 120 (para las operaciones antiguerrilla en general, véanse pp. 155-200); Bowman, «Salonikan Memories...», *op. cit.,* p. 18.

[59] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 155-201, esp. pp. 48-49, 155 y 183-185; Droulia y Fleischer, *Von Lidice..., op. cit.* Véase el capítulo IV de este volumen.

[60] Hadziiossif, «Griechen...», *op. cit.,* pp. 217 y 228-229; Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 345.

[61] *Ibid.,* pp. 217 y 226-227.

[62] Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 54.

[63] Fleischer, *Im Kreuzschatten..., op. cit.*

[64] Loulos, «Vergeltungsmaßnahmen...», *op. cit.,* pp. 137-150; Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 322-354.

[65] Stathis N. Kalyvas, «Red Terror: Leftist Violence During the Occupation», en Mazower, *After the War..., op. cit.,* pp. 142-183.

[66] Mazower, *Inside..., op. cit.,* pp. 344-351.

[67] En Atenas, algunos oficiales de la policía emitieron tarjetas de identidad falsificadas a judíos, y algunos sacerdotes bautizaron a judíos o certificaron matrimonios entre judíos y no judíos: Safrian, *Eichman..., op. cit.,* pp. 270 y 271.

[68] Ejemplos en Bowman, *Jewish Resistance..., op. cit.,* esp. pp. XXII, 42; Plaut, *Greek Jewry in the Twentieth Century..., op. cit.,* pp. 66 y 95. Hubo tan sólo 440 huérfanos sobrevivientes, lo que muestra el bajo número de niños que sobrevivieron con familias cristianas. La mayoría de quienes retornaron de Alemania eran adultos jóvenes, solteros (véase «Census of Jewish Population of Salonika in July 1946» en Matarasso, «And yet...», *op. cit.,* p. 174.

[69] Christian Gerlach y Götz Aly, *Das letzte Kapitel: Realpolitik, Ideologie und der Mord an den ungarischen Juden*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart y Múnich, 2002, pp. 438 y 439; Aly, *Hitler's Beneficiaries..., op. cit.,* pp. 268-275; Safrian, *Eichman..., op. cit.,* pp. 275-283.

[70] «Panevvoikon Vima», 6 de mayo de 1943, citado según Mazower, *Inside..., op. cit.,* p. 56.

[71] Danforth, *The Macedonian Conflict..., op. cit.,* pp. 53 y 54.

[72] Fleischer, *Im Kreuzschatten..., op. cit.,* p. 84, menciona que 90 000 izquierdistas fueron obligados a renunciar a su afiliación al partido entre 1936 y 1941.

[73] A veces hasta se mostró cierta moderación; por ejemplo, partes influyentes de las élites políticas griegas se negaron a entrar en la primera Guerra Mundial. Grecia sólo pudo ser obligada a entrar en ella en 1917 bajo la presión generada por el bloqueo naval británico, cuando tropas británicas, francesas, serbias, rusas e italianas entraron en el país, y por un golpe de Estado organizado por Gran Bretaña.

[74] *Cf.* Georgios Niarchos, «Between Ethnicity, Religion and Politics: Foreign Policy and the Treatment of Minorities in Greece and Turkey, 1923-1974», London School of Economics and Political Science, tesis doctoral, 2005.

[75] El siguiente párrafo está basado, en gran parte, en Plaut, *Greek Jewry in the Twentieth Century..., op. cit.,* pp. 22-103, esp. p. 69.

[76] La mayoría de los judíos de Salónica estuvieron en desacuerdo, varias veces, con la política exterior de Grecia: después de 1908 su lealtad se mantuvo, al principio con el Imperio otomano, y en la primera Guerra Mundial muchos propusieron ponerse del lado de Alemania, ya que era la enemiga de Rusia y hacía una propaganda internacional contra el antisemitismo. Plaut, *Greek Jewry..., op. cit.,* pp. 31-32.

[77] En Salónica, hogar de más de la mitad de los grecojudíos, nuevos acontecimientos locales vinieron a exacerbar esto, como el incendio de 1917 que destruyó varios barrios

judíos, la quiebra de la bolsa de valores de 1929 y los disturbios civiles de los decenios de 1920 y 1930: Bowman, *Jewish Resistance..., op. cit.,* p. 21.

[78] La población de Evrytania (Grecia central) se redujo de 53 471 en 1940 a 24 307 en 1991; la de los distritos de Florina y de Kastoria, en el oeste de la Macedonia griega, de 156 000 (1941) a 116 000 en 1951 y a 105 000 en 1981. Sakkas, «The Civil War...», *op. cit.,* p. 205, n. 1; Danforth, *The Macedonian Conflict..., op. cit.,* p. 78, n. 25.

[79] Xanthippi Kotzageorgi-Zymari con Tassos Hadjianastassioni, «Memories of the Bulgarian Occupation of Eastern Macedonia: Three Generations», en Mazower, *After the War..., op. cit.,* p. 280. Al llegar 1971, cerca de 395 000 griegos trabajaban en Alemania Occidental: Ulrich Herbert, *Geschichte der Ausländerbeschäftigung in Deutschland 1880-1980*, Dietz, Bonn, 1986, p. 188.

[80] Danforth, *The Macedonian Conflict..., op. cit.,* pp. 73 y 74.

[81] Nicos C. Alivizatos, «The "Emergency Regime" and Civil Liberties, 1946-1949», en Iatrides, *Greece..., op. cit.,* pp. 222-228 (citas); Polymeris Voglis, «Between Negation and Self-Negation: Political Prisoners in Greece, 1945-1950», en Iatrides, *Greece..., op. cit.,* p. 77; Aphrodite Mavroede Pandeleskou, «Trikeri 1951: The Makronissos Journal», en Fourtoni, *Greek Women..., op. cit.,* pp. 178-180; *cf.* p. 185 en el mismo volumen.

[82] Vergopoulos, «The Emergence...», en Iatrides, *Greece..., op. cit.,* pp. 298-318, hace mucho hincapié en el periodo de 1941-1944. Afirma que casi todas las empresas industriales existentes en 1961 habían hecho negocios sólo en los últimos 20 años (p. 311).

[83] Bowman, *Jewish Resistance..., op. cit.,* p. 6.

[84] Niarchos, «Between Ethnicity», *op. cit.,* ofrece un enfoque a largo plazo, de 1923 a 1974, pero se concentra sobre todo en cuestiones grecoturcas, haciendo gran hincapié en la política turca.

[1] Ziauddin Ahmed, «The Case of Bangladesh: Bringing to Trial the Perpetrators of the 1971 Genocide», en Albert Jongman (comp.), *Contemporary Genocides*, PIOOM, Leiden, 1996, p. 99 (Ahmed comparte la citada opinión). Para Ward Churchill, *A Little Matter of Genocide: Holocaust and Denial in the Americas 1492 to the Present*, City Lights Publishers, San Francisco, 1997, p. 4, el «holocausto en América careció y sigue careciendo de precedentes, tanto en términos de magnitud, como en el grado en el que sus objetivos se cumplieron, sin mencionar hasta qué grado su ferocidad ha sido preservada a lo largo del tiempo no por uno, sino por varios grupos participantes». *Cf.* Alan Rosenbaum (comp.), *Is the Holocaust Unique?*, 2ª ed., Westview, Boulder y Londres, 2001. Yehuda Bauer, «Comparison of Genocides», en Levon Chorbaijan y George Shirinian (comps.), *Studies in Comparative Genocide*, Macmillan and St. Martin's, Londres y Nueva York, 1999, pp. 31-43, distingue «Holocausto» y «genocidio» con base en una diferencia cualitativa. Sólo uno de ellos comienza con mayúscula.

[2] Ahmed Sharif *et al.* (comps.), *Genocide 71: An Account of the Killers and Collaborators*, Muktijuddha Chetana Bikash Kendra, Daca, 1988, p. 13.

[3] Leo Kuper, *Genocide: Its Political Uses in the Twentieth Century*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1981, p. 186.

[4] Benetech Human Rights Data Analysis Group of the Commission on Reception, Truth and Reconciliation of Timor-Leste (Romesh Silva y Patrick Ball), The Profile of Human Rights Violations in Timor-Leste, 1974-1999, 9 de febrero de 2006, pp. 1s, http://hrdag.org/resources/Benetech-Report-to-CAVR.pdf (consulta: 6 de diciembre de 2007).

[5] Households in Conflict Network, University of Sussex, The Bosnian Book of the Dead: Assessment of the Database - Full Report (Patrick Ball *et al.*), 17 de junio de 2007, www.hicn.org/research_design/rdn5.pdf; véase «Das bosnische Totenbuch», *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 21 de junio de 2007; «Bosnia War Dead Figure Announced», BBC, 21 de junio de 2007, http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/6228152.stm (todos consultados el 7 de mayo de 2008). Una cifra de 102 622 muertos (54% civiles desarmados) ya había sido presentada por la Demographic Unit of the Prosecutor, International Tribunal for the Former Yugoslavia: Manus Midlarsky, *The Killing Trap: Genocide in the Twentieth Century,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 26.

[6] R. J. Rummel, *Death by Government*, Transaction Publishers, New Brunswick y Londres, 1994, llega a exageradas cifras de muertos para la mayoría de los «democidios» por el llamado *bracketing;* en lugar de una investigación primaria, adopta el medio de cálculos publicados, en su mayor parte tomados de obras de carácter general y, por lo tanto, de segunda calidad, y de relatos de estudios y periódicos para determinar la mortalidad. Una excepción parece ser el supuesto número de 6 000 vietnamitas muertos por tropas de los Estados Unidos entre 1960 y 1972 (y de 10 000 por tropas francesas, anteriormente: Argelia ni siquiera es mencionada, según el índice), cifra que difícilmente puede haber sido la base de todas las estimaciones disponibles y que puede compararse con más de 1.6 millones de muertos, supuestamente, en acciones de los comunistas vietnamitas entre 1945 y 1987 (pp.

4, 243 y 267): referencias positivas a las cifras de Rummel o a obras similares, en Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World*, Vintage, Nueva York, 1996 [edición en español: *La era de los extremos: una historia del mundo, 1914-1991*, Grijalbo, Barcelona, 1997], p. 12.; Jacques Semelin, *Purify and Destroy: The Political Uses of Massacre and Genocide*, Columbia University Press, Nueva York, 2007, p. 109; Israel Charny, «Toward a Generic Definition of Genocide», en George Andreopoulos (comp.), *Genocide*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1994, p. 92, n. 1 («marshaled systematic evidence»); Helen Fein, *Genocide: A Sociological Perspective*, Sage, Londres, 1993, pp. XII-XIII («very stark empiricism»).

[7] Dinah Spritzer, «Holocaust numbers spark row», Jewish Telegraphic Agency, 16 de abril de 2007, http://jta.org/news/article/2007/0416/101189/auschwitzmuseumcontroversy (consulta: 4 de enero de 2009).

[8] Véase también Alexandra Goujon, «"Genozid": A Rallying Cry in Belarus: A Rhetoric Analysis of Some Belarusian Nationalist Texts», *JGR,* vol. 1, núm 3, 1999, pp. 353-366.

[9] Semejante vocabulario es, por ejemplo, rasgo común de los Informes de la Comisión Extraordinaria Soviética acerca de los crímenes de los nazis, desde 1944-1946.

[10] Hay un análisis lúcido en Daniel Feierstein, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina. Hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador de las redes sociales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 205.

[11] *Cf.* Jacques Sémelin, «Extreme Violence: Can We Understand It?», *International Social Science Journal,* vol. 44, núm. 4, 2002, p. 434.

[12] Véase Feierstein, *El genocidio..., op. cit.,* pp. 146-150 y 168-169.

[13] Donald Beachler, «The Politics of Genocide Scholarship: The Case of Bangladesh», *Patterns of Prejudice,* vol. 41, núm. 5, 2007, pp. 467-492.

[14] Frank Chalk y Kurt Jonassohn (comps.), *The History and Sociology of Genocide*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1990, p. 397 [edición en español: *Historia y sociología del genocidio: análisis y estudio de casos*, trad. de Carla Scotta, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2010]. De hecho, otros grupos victimados también conquistaron la independencia nacional o la directiva de un Estado en la secuela de la violencia de masas, como en los casos de los armenios, Bosnia y Herzegovina, o del Frente Patriótico de Ruanda (RPF) en Ruanda. La Unión Soviética y Polonia «triunfaron sobre» la Alemania nazi, etcétera.

[15] Alexander Laban Hinton, «The Dark Side of Modernity: Toward an Anthropology of Genocide», en Hinton (comp.), *Annihilating Difference: The Anthropology of Genocide*, University of California Press, Berkeley, 2002, p. 5.

[16] Michael Wildt, «Biopolitik, ethnische Säuberungen und Volkssouveränität», *Mittelweg 36,* vol. 15, núm. 6, diciembre de 2006, p. 105.

[17] Siguiendo la tradición de Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2ª ed., Verso, Londres y Nueva York, 1991 [edición

en español: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, México, 1993].

[18] Mark Levene, «Why is the Twentieth Century the Century of Genocide?», *Journal of World History,* vol. 11, núm. 2, 2000, p. 329.

[19] No es posible enfocar esos problemas simplemente poniendo siempre «judío» entre comillas, como lo hizo Tim Cole. Véase su «Constructing the "Jew": Writing the Holocaust: Hungary 1920-1945», *Patterns of Prejudice,* vol. 33, núm. 3, 1999, pp. 19-27.

[20] Hinton, «The Dark Side…», *op. cit.,* p. 5.

[21] Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 1944, p. 91 [edición en español: *El dominio del Eje en la Europa ocupada: leyes de ocupación, análisis de la administración gubernamental, propuestas de reparaciones*, estudio preliminar de Daniel Feierstein, Prometeo Libros, PNUD, Buenos Aires, 2009].

[22] Hinton, «The Dark Side…», *op. cit.,* pp. 4 y 6.

[23] Vinay Lal, «The Concentration Camp and Development: The Pasts and Future of Genocide», *Patterns of Prejudice,* vol. 39, núm. 2, 2005, p. 223.

[24] Mark Mazower, «Violence and the State in the Twentieth Century», *American Historical Review,* vol. 107, núm. 4, 2002, p. 1168. Un ejemplo cautelosamente dado es el de Eric Weitz, *A Century of Genocide: Utopias of Race and Nation*, Princeton University Press, Princeton, 2003, esp. pp. 73, 84 y 98.

[25] Ni en Dinah Shelton (comp.), *Encyclopedia of Genocide and Crimes Against Humanity,* 3 vols., Thomson Gale, Detroit, 2005, ni en Israel Charny (comp.), *Encyclopedia of Genocide,* 2 vols., ABC-CLIO, Santa Barbara, 1999, encontramos entradas sobre «Vietnam» o «Indochina». Asimismo, «intento» es un vehículo apropiado para no tener que definir la exterminación de pueblos indígenas y hasta para contrastar «occidental» con nazi y con otras matanzas en masa: para Australia, Dirk Moses, «Genocide and Settler Society in Australian History», en Moses (comp.), *Genocide and Settler Society,* Berghahn, Nueva York y Oxford, 2004, pp. 18-20; para Paraguay y Brasil, Jared Diamond, *The Third Chimpanzee: The Evolution and Future of the Human Animal*, HarperCollins, Nueva York, 1992, p. 288 [edición en español: *El tercer chimpancé: origen y futuro del animal humano*, trad. de María Corniero, Debate, Barcelona, 2007].

[26] Midlarsky, *The Killing Trap…, op. cit.,* p. 86.

[27] Fein, *Genocide…, op. cit.,* p. 17.

[28] Orden de Proclamación de la Independencia, 10 de abril de 1971, en *Bangla Desh Documents* (Madrás [1971]), pp. 281 y 282; Rafiq ul Islam, *A Tale of Millions*, Bangladesh Books International, Daca, 1981, reproducción de un cartel de Mukti Bahini antes del apéndice A («lucha por vengar el genocidio de nuestro pueblo»); Asim Mukhopadhyay, «Facts, Hopes, and Doubts», 24 de abril de 1971, citando al doctor Ashabul Huq, comandante del sector sudoccidental del Mukti Fouz, en Muntassir Mamoon (comp.), *Media and the Liberation War of Bangladesh,* vol. 2: *Selections from the Frontier*, Centre for Bangladesh Studies, Daca, 2002, p. 98.

[29] Martin Adeney, «Heavy Fighting and Burning in Chittagong», *Guardian,* 31 de marzo de 1971, para el Comité de Acción de Estudiantes de Bangladesh en la Gran Bretaña; Rehman Sobhan, «Prelude for an Order for Genocide», *Guardian,* 5 de junio de 1971, en *Bangla Desh Documents..., op. cit.,* pp. 277-279.

[30] Declaración del primer ministro Tajuddin, *Hindustan Standard,* 18 de abril de 1971, en I. N. Tewary (comp.), *War of Independence in Bangla Desh*, Navachetna Prakashan Varanasi, Nueva Delhi, 1971, p. 167.

[31] Discurso de Abu Sayeed Chowdhury, Real Sociedad del Commonwealth, Londres, 8 de junio de 1971, en Fazlul Quader Quaderi (comp.), *Bangla Desh Genocide and World Press*, 2ª ed. rev., Begum Dilafroz Quaderi, Daca, 1972, p. 107.

[32] Servicio de Información de la Embajada de la India en Bonn, «Nachrichten aus Indien», «UN's Intervention for Stopping Genocide in East Pakistan Sought», e «India Draws Attention of UN Members to Genocide», 30 de marzo y 1º de abril de 1971, PA AA B37/626.

[33] *Hindustan Standard,* 11 de marzo de 1971, en Tewary, *War..., op. cit.,* p. 125; República Federal de Alemania, Consulado General en Daca, telegrama del 12 de marzo de 1971, PA AA B37/630; Islam, *A Tale..., op. cit.,* p. 52.

[34] Véase Mamoon, *Media..., op. cit.,* p. 3.

[35] Kalyan Chaudhuri, *Genocide in Bangladesh,* Orient Longman, Bombay, 1972, pp. 205 y 210.

[36] John Bowen, «Culture, Genocide, and a Public Anthropology», en Hinton, *Annihilating Difference..., op. cit.,* p. 390.

[37] Omer Bartov y Phyllis Mack (comps.), *In God's Name: Genocide and Religion in the Twentieth Century*, Berghahn, Nueva York y Oxford, 2001, especialmente su «Introduction», p. 2; Thomas Scheffler, «Einleitung: Ethnizität und Gewalt im Vorderen und Mittleren Orient», en Scheffler (comp.), *Ethnizität und Gewalt*, Deutsches Orient-Institut, Hamburgo, 1991, p. 11.

[38] Para Bosnia: Weitz, *A Century..., op. cit.,* p. 203; «not many scholars have looked [...] at the religious aspect of modern genocide»: Bartov y Mack, «Introduction», *op. cit.,* p. 1.

[39] Nathan Glazer y Daniel Patrick Moynihan, «Introduction», en Glazer y Moynihan (comps.), *Ethnicity: Theory and Experience,* Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1975, pp. 1-26, cita p. 18.

[40] Una transición descrita por Maud Mandel, «Faith, Religious Practice and Genocide: Armenians and Jews in France following World War I and II», en Bartov y Mack, *In God's Name..., op. cit.,* pp. 283-316. Sin embargo, la experiencia de la violencia de masas también puede solidificar la identidad religiosa (como lo demuestra el recuerdo de los Chiitas de la batalla de Kerbela) o un regreso del nacionalismo con un antecedente de secular a religioso (como lo muestra la cambiante memoria de los palestinos de las dos expulsiones de 1948 y 1967). Véase Thomas Scheffler, «Ethnizität, symbolische Gewalt und internationaler Terrorismus im Vorderen Orient», en Scheffler, *Ethnizität..., op. cit.,* pp. 223 y 224.

[41] Samuel Totten y William S. Parsons, «Introduction», en Samuel Totten *et al.* (comps.), *Genocide in the Twentieth Century: Critical Essays and Eyewitness Testimony,*

Garland, Nueva York y Londres, 1995, p. XXIX.

[42] Para esto último, Jan Gross, *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2001 [edición en español: *Vecinos: el exterminio de la comunidad judia de Jedwabne (Polonia)*, trad. de Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona, 2002].

[43] Wolfgang Reinhard, *Geschichte der Staatsgewalt,* C. H. Beck, Múnich, 1999, pp. 517-525.

[44] Jacques Sémelin, «From Massacre to Genocidal Process», *International Social Science Journal,* vol. 54, núm. 4, 2002, p. 433.

[1] Por ejemplo: en Roger W. Smith, «Human Destructiveness and Politics: The Twentieth Century as an Age of Genocide», en Isidor Wallimann y Michael N. Dobkowski (comps.), *Genocide and the Modern Age,* Greenwood, Nueva York, 1987, p. 23.

[2] Helen Fein, *Genocide: A Sociological Perspective,* Sage, Londres, 1993, p. 48; Jacques Sémelin, *Purify and Destroy: The Political Uses of Massacre and Genocide*, Columbia University Press, Nueva York, 2007, p. 10.

[3] Para una interpretación del conflicto de los «mau mau» que integra la pauperización, pero no se reduce a ella, véase David Throup, *Economic and Social Origins of Mau Mau*, James Curry, Londres, 1987, esp.pp. 140-164.

[4] El gobierno europeo en la Latinoamérica colonial hasta 1800 también puede ser interpretado como la autoimposición de nuevas élites europeas que negociaron su dominio y manipularon a los pueblos indígenas, pero sin controlar totalmente los procesos entre estos últimos. Michael A. McDonnell y Dirk Moses, «Raphael Lemkin as Historian of Genocide in the Americas», *Journal of Genocide Research,* vol. 7, núm. 4, 2005, p. 522.

[5] Hasta aquí el argumento de Robert Melson de que la revolución como condición necesaria para el llamado genocidio interno total se basa, en gran parte, en ideas acerca del poder del Estado, de sistemas políticos y de partidos. En términos de movilidad social, Melson sólo se ha referido al surgimiento de una burguesía judía y una clase media educada en Alemania a finales del siglo XIX, pero no ha prestado atención a la movilidad social (también de otros grupos), desde la primera Guerra Mundial hasta el decenio de 1940. Aunque la tesis general de Melson parece discutible (desde el Holocausto como genocidio «doméstico» total, hasta su generalización, a partir de sólo dos casos), parece que vale la pena profundizar más en las relaciones entre la violencia de masas, por una parte, y los cambios sociales inherentes a la revolución, por otra parte. *Cf.* Robert Melson, *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1992. Sin embargo, esto requeriría una interpretación de la revolución más allá de un simple acto de manipulación por grupos comunistas, como el que presenta Eric Weitz, *A Century of Genocide: Utopias of Race and Nation,* Princeton University Press, Princeton, 2003.

[6] Aunque siempre hubo muchos habitantes de los campos responsables de la violencia directa como resultado de tales procesos, la victimización de los campesinos me parece un hecho histórico mucho más grave, a diferencia de la opinión que tiene Sémelin del conflicto en Bosnia (*Purify..., op. cit.,* p. 219).

[7] Ben Kiernan, «Twentieth-Century Genocides: Underlying Ideological Themes from Armenia to East Timor», en Robert Gellately y Ben Kiernan (comps.), *The Spectre of Genocide,* Cambridge University Press, Cambridge, 2003, pp. 39-46.

[8] Leo Kuper, *Genocide: Its Political Uses in the Twentieth Century*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1981, p. 50.

[9] Respecto a los judíos: Kuper, *Genocide..., op. cit.,* pp. 13-14 y 42-43.

[10] Sin embargo, el hecho de que no todos ellos —ni mucho menos— pertenecieran a las élites, no invalida, para mí, el concepto de la minoría de intermediarios, como lo hace para Mark Levene, *The Meaning of Genocide*, I. B. Tauris, Londres, 2005, p. 125.

[11] Para semejante intento: Walter Zenner, «Middlemen Minorities and Genocide», en Wallimann y Dobkowski, *Genocide..., op. cit.,* pp. 253-281, esp. pp. 262 y 274.

[12] Frank Bajohr, *Parvenüs und Profiteure: Korruption in der NS-Zeit*, Fischer, Fráncfort, 2001, esp. pp. 13 y 14; Franz O. Gilles, *Hauptsache sparsam und ordnungsgemäß: Finanz und Verwaltungskontrolle in den während des Zweiten Weltkrieges von Deutschland besetzten Gebieten*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1994; Rainer Weinert, *«Die Sauberkeit der Verwaltung im Kriege»: Der Rechnungshof des Deutschen Reiches 1938-1946*, Verlag für Sozialwissenschaften, Opladen, 1993; Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weißrußland 1941-1944*, Hamburger Edition, Hamburgo, 1999, pp. 176-177, 227-229 y 678-683. Un estudioso que recientemente subrayó el aspecto igualitario de la violenta distribución nazi en un análisis centrado en el Estado menosprecia la corrupción y no enumera, en su bibliografía, los libros de Bajohr, Gilles, ni de Weinert: Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War and the Nazi Welfare State*, Metropolitan Books, Nueva York, 2006.

[13] De manera similar, una opinión en la que los revolucionarios simplemente son concebidos como movidos por élites manipuladoras (como en Weitz, *A Century..., op. cit.*) parece no estar tomando en cuenta el hecho de que el cambio social radical ha sido también activamente apropiado por grupos sociales.

[14] Aly, *Hitler's Beneficiaries..., op. cit.,* pp. 94-155; efectos similares aparecen descritos, de paso, por Martin Shaw, *War and Genocide*, Polity, Cambridge, 2003, p. 93, y en términos vagos por Weitz, *A Century..., op. cit.,* p. 6, para la persecución de los armenios en 1915 («muchedumbres», «la población turca»).

[15] *Cf.* Johan Galtung, *Strukturelle Gewalt: Beiträge zur Friedens-und Konfliktforschung*, Rowohlt, Reinbek, 1975.

[16] Al respecto, véase mi aportación «Famine and Mass Violence» en la conferencia del mismo título, Youngstown State University, 7 de septiembre de 2008.

[17] Como las de Roger W. Smith, «Scarcity and Genocide», en Michael N. Dobkowski e Isidor Wallimann (comps.), *The Coming Age of Scarcity: Preventing Mass Death and Genocide in the Twenty-first Century*, Syracuse University Press, Siracusa, 1998, pp. 199-219.

[18] Son fructíferas las distinciones entre estas formas de confinamiento, pero todas son analizadas a menudo demasiado estrechamente bajo el solo subtítulo de «campamentos», como en Joel Kotek y Pierre Rigoulet, *Das Jahrhundert der Lager*, Propyläen, Berlín y Múnich, 2001.

[19] Puntos similares son establecidos por Shaw, *War..., op. cit.,* p. 49; Mark Levene, «The changing Face of Mass Murder: Massacre, Genocide, and Post-Genocide», en George Andreopoulos (comp.), *Genocide*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1994, p. 444;

Daniel Feierstein, *El genocidio como práctica social*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 69, n. 43.

[20] Shaw, *War…, op. cit.,* p. 49 (el genocidio «nunca puede dejar de ser discutido»). Pero nótese que grupos aislados, con poca cohesión entre sí, no han emprendido una resistencia física colectiva, por ejemplo, los discapacitados en la Alemania nazi.

[21] Levene ha establecido puntos similares en *The Meaning…, op. cit.,* p. 96; Alex Alvarez, *Governments, Citizens, and Genocide: A Comparative and Interdisciplinary Approach*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis, 2001, p. 20; James Waller, *Becoming Evil: How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing*, Oxford University Press, Oxford, 2002, pp. 94-123.

[22] Frank Chalk y Kurt Jonassohn, «Introduction», en Chalk y Jonassohn (comps.), *The History and Sociology of Genocide*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1990, pp. 16 y 23-24, sólo designa «asesinato unilateral», «genocidio», que, sin embargo, incluye «situaciones en las que un grupo objetivamente impotente resiste al genocidio»; «la misma desesperanza» de sus levantamientos es interpretada para subrayar su indefensión. Semejantes distinciones parecen ser normativas y arbitrarias.

[23] Por ejemplo, la Unión Soviética entre 1929 y 1939 y Camboya de 1975 a 1979 no estaban en guerra, pero sus liderazgos consideraron que el país estaba siendo amenazado por potencias extranjeras, y hasta cierto punto habían sido ocupadas —recientemente— por tropas extranjeras en combinación con guerras civiles y, en realidad, ambos países volvieron a ser invadidos en 1941 y 1979, respectivamente.

[24] En oposición al enfoque del genocidio que hace preguntas básicamente acerca de un grupo víctima y (predominantemente) autoridades del Estado que organizaron la persecución.

[25] En Guatemala, para otro ejemplo, 54.2% de todas las granjas medían menos de 1.5 hectáreas en 1979, y 79% de toda la población se hallaba por debajo de la línea de la pobreza en 1980. Yvon le Bot, *La guerre en terre maya: Commonauté, violence et modernité au Guatemala (1970-1992)*, Karthala, París, 1992, p. 48; Susanne Jonas, *The Battle for Guatemala*, Westview, Boulder, 1991, p. 177.

[26] Véase Mark Levene, «Why is the Twentieth Century the Century of Genocide?», *Journal of World History,* vol. 11, núm. 2, 2000, esp. pp. 308 y 319.

[27] El grado de represión interna no explica la violencia externa, incluso las de democracias parlamentarias. Respecto a los países socialistas, las diferencias de clase (entrelazadas con nociones de etnicidad o religión) que explicaron las líneas de falla parecen haber persistido en regiones poco industrializadas, no sólo en la primera fase del socialismo, sino también durante su disolución, como en Chechenia, Nagorny Karabach o Kosovo.

[28] Eric Wolf, «Killing the Achés», en Richard Arens (comp.), *Genocide in Paraguay*, Temple University Press, Filadelfia, 1976, p. 53.

[29] Vinay Lal, «The Concentration Camp and Development: The Pasts and Future of Genocide», *Patterns of Prejudice,* vol. 39, núm. 2, 2005, p. 237.

[30] En referencia a la probable posición socioeconómica de las víctimas del genocidio, Helen Fein enumeró la clase obrera, la clase media, la clase educada, la minoría de

intermediarios, los «extranjeros», y los cazadores y cosechadores… ¡pero no a los campesinos ni aparceros! Fein, *Genocide…, op. cit.,* p. 30.

[31] Michael Mann, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 475 [edición en español: *El lado oscuro de la democracia: un estudio sobre la limpieza étnica*, trad. de Sofía Molto Llorca, Universitat de València, Valencia, 2009], nota que 96% de toda la violencia política registrada en la India —con excepción de Cachemira— es urbana.

[32] Esto se refiere a los trabajos forzados impuestos a mujeres francesas y belgas en la primera Guerra Mundial y al programa alemán de trabajos forzados durante la segunda Guerra Mundial; la deportación de población belga y francesa de ciertas zonas en la primera Guerra Mundial, la expulsión de Alsacia-Lorena por Alemania y de los Sudetes por Checoslovaquia en la segunda Guerra Mundial y después, así como el internamiento de algunos estadunidenses de origen japonés; el bloqueo naval británico contra Alemania en la primera Guerra Mundial, y los ataques aéreos en la segunda, especialmente por las fuerzas aéreas británica y estadunidense contra Japón y Alemania. Las matanzas alemanas en Bélgica en 1914 costaron miles de vidas, y en Francia e Italia durante la segunda Guerra Mundial la violencia colectiva alemana en el marco de las guerras contra la resistencia mató a varias decenas de miles.

[33] Entre ellos hubo cerca de 180 000 personas con discapacidad, 165 000 judíos, y otros numerosos grupos incluyendo a «asociales», sintis y romas, llamados delincuentes profesionales, desertores o supuestos derrotistas, y adversarios políticos.

[34] Una excepción es Leo Kuper, «Theoretical Issues Relating to Genocide: Uses and Abuses», en George Andreopoulos (comp.), *Genocide*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1994, p. 34.

[35] Los conflictos en Vietnam de Sur y en Bangladesh pueden considerarse casos intermedios.

[36] Véase mi discusión con Christopher Browning, quien subraya la conquista cuasicolonial, acerca del momento y las circunstancias de la decisión de Hitler de exterminar a todos los judíos europeos: *cf.* Christopher Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 26-57, y Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Deutsche Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Pendo, Zúrich y Múnich, 2001, pp. 235-275.

[37] Este efecto fue menos pronunciado en el caso de la incorporación (anexión plena) de un territorio nuevo.

[38] Analizaré la dinámica de la violencia imperialista para las sociedades de las cuales emana en mi próximo libro, *The Extermination of European Jews: Mass Destruction in Extremely Violent Societies*.

[39] *Cf.* el volumen de Robert Gellately y Nathan Stolzfus (comps.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton University Press, Princeton, 2001, que hace preguntas casi exclusivamente acerca de la propia Alemania; no todas podían aplicarse de igual modo a los países ocupados.

[40] En cuanto a la tecnología, ésta sólo sirvió para el asesinato de cerca de 3.5 millones de personas por gas (la mitad de todos los judíos muertos y acaso una cuarta parte de las víctimas no combatientes), y no así para las deportaciones o reubicaciones, el uso de la inanición o las estrategias para la guerra contra guerrillas.

[41] Con excepción de adversarios políticos y «gitanos» (sintis y romas), casi todos los demás grupos mencionados fueron básicamente perseguidos si eran alemanes. Cerca de 180 000 de un cuarto de millón de minusválidos asesinados eran alemanes.

[42] En contra de lo que sugiere Birthe Kundrus, «Entscheidung für den Völkermord? Einleitende Überlegungen zu einem historiographischen Problem», *Mittelweg 36,* vol. 15, núm. 6, 2006, esp. pp. 13 y 14.

[43] Para Camboya: Weitz, *A Century..., op. cit.,* p. 187.

[44] Shaw, *War..., op. cit.,* pp. 4-6, 19-21 y 26 (citas pp. 19 y 26).

[45] Weitz, *A Century..., op. cit.,* pp. 15, 251 y 252; véase también John R. Bowen, «Culture, Genocide, and a Public Anthropology», en Alexander Laban Hinton (comp.), *Annihilating Difference: The Anthropology of Genocide*, University of California Press, Berkeley, 2002, pp. 382 y 383.

[46] Citas de Mark Mazower, «Violence and the State in the Twentieth Century», *American Historical Review,* vol. 107, núm. 4, 2002, p. 1159. En pp. 1176 y 1177, Mazower llama al nazismo uno de los «ejemplares europeos descontextualizados» de la violencia estatal.

[47] Véase también Christian Gerlach y Nicolas Werth, «State Violence Violent Societies», en Sheila Fitzpatrick y Michael Geyer (comps.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008, pp. 133-179.

[48] Jacques Sémelin, «Elemente einer Grammatik des Massakers», *Mittelweg 36*, vol. 15, núm. 6, 2006, p. 20; Mazower, «Violence...», *op. cit.,* p. 1177.

[49] Dirk Moses, «Genocide and Settler Society in Australian History», en Moses (comp.), *Genocide and Settler Society*, Berghahn, Nueva York y Oxford, 2004, p. 24; Mazower, «Violence...», *op. cit.,* pp. 1165 y 1166.

[50] Weitz, *A Century..., op. cit.,* pp. 190-235; Sémelin, *Purify..., op. cit.,* pp. 215-218.

[51] Véase Taner Akçam, A *Shameful Act: The Armenian Genocide and the Question of Turkish Responsibility*, Metropolitan Books, Nueva York, 2006, pp. 133-141; Taner Akçam, *From Empire to Republic: Turkish Nationalism and the Armenian Genocide*, Zed, Londres y Nueva York, 2004, pp. 159-161; Ugur Ü. Üngör, «"A Reign of Terror": CUP Rule in Diyarbekir Province, 1913-1918», Universidad de Ámsterdam, tesis de maestría, 2005, pp. 46-53 y 71; Hans-Lukas Kieser y Dominik Schaller, «Völkermord im historischen Raum», en Kieser y Schaller (comps.), *The Armenian Genocide and the Shoah*, Chronos, Zúrich, 2002, pp. 25 y 67, n. 63; Hilmar Kaiser, «"A Scene from the Inferno": The Armenians of Erzurum and the Genocide, 1915-1916», en Kieser y Schaller, *The Armenian Genocide..., op. cit.,* p. 164; Guenter Lewy, *The Armenian Massacres in Ottoman Turkey: A Disputed Genocide,* University of Utah Press, Salt Lake City, 2005, pp. 82-88.

[52] Por ejemplo: en Shaw, *War..., op. cit.,* quien teóricamente aprecia la guerra como algo organizado socialmente, pero que en la práctica subraya mucho la organización del Estado.

[53] Otro ejemplo de intereses y acciones contradictorios en las fuerzas armadas de El Salvador, 1979-1980, aparece en William Stanley, *The Protection Racket State: Elite Politics, Military Extortion, and Civil War in El Salvador*, Temple University Press, Filadelfia, 1996, pp. 186 y 187.

[54] Mazower, «Violence…», *op. cit.,* p. 1170.

[55] Compárese mi *Kalkulierte Morde* con mi artículo «The Wannsee Conference, the Fate of German Jews, and Hitler's Decision in Principle to Exterminate all European Jews», *Journal of Modern History,* vol. 70, núm. 4, 1998, pp. 759-812.

[56] Véase también Sémelin, «Elemente…», *op. cit.,* pp. 29 y 30.

[57] Pierre Bourdieu y A. Sayad, «Paysans déracines, bouleversements morphologiques et changements culturels en Algérie», citado en Pierre Bourdieu, *In Algerien: Zeugnisse der Entwurzelung*, Edition Camera Austria, Graz, 2003, p. 180, acerca de los habitantes desplazados de los campos.

[58] Fein, *Genocide…, op. cit.,* p. 77.

[59] Feierstein, *El genocidio…, op. cit.,* esp. pp. 13, 83, 104 y ss., 139, 202 y 203.

[60] Para dos relatos creíbles sobre este último punto en las deportaciones de armenios, véase Mae M. Derdarian, *Vergeen: A Survivor of the Armenian Genocide. Based on a Memoir by Virginia Meghrouni*, Atmus Press, Los Ángeles, 1996, pp. 125 y 126; descripción por Eitan Belkind, en Yair Auron, *The Banality of Indifference: Zionism and the Armenian Genocide*, Transaction, New Brunswick y Londres, 2001, p. 184.

[61] *Guatemala: nunca más,* vol. 2: *Impactos de la Violencia*, Arzobispado de Guatemala, Oficina de Derechos Humanos, Guatemala, 1999, pp. 11-13.

[62] Véase también Alexander Laban Hinton, «Zündstoffe: Die Roten Khmer in Kambodscha», *Mittelweg 36,* vol. 15, núm. 6, 2006, pp. 71 y 73; Ervin Staub, *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and Other Group Violence*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989, pp. 13-23; Levene, *The Meaning…, op. cit.,* p. 172; Sémelin, «Elemente…», *op. cit.,* p. 23; cita: Alain Bertallo, «Von der Ethnisierung zum Genozid: Mechanismen der Mobilisierung Unbeteiligter zu Akteuren kollektiver Gewaltexzesse», en Schaller *et al., Enteignet-Vertrieben-Ermordet: Beiträge zur Genozidforschung,* Chronos, Zúrich, 2004, p. 69; un ejemplo en Throup, *The Origins…, op. cit.,* pp. 190 y 191.

[63] Hinton, «Zündstoffe…», *op. cit.,* pp. 71 y 72, y Zygmunt Bauman, *Modernity and the Holocaust*, Polity, Cambridge, 1993, pp. 91 y 92 [edición en español: *Modernidad y holocausto*, trad. de Ana Mendoza y Francisco Ochoa Michelana, Sequitur, Madrid, 2008], subrayando un grado superior.

[64] J. A. C. Mackie, «Anti-Chinese Outbreaks in Indonesia, 1959-1968», en Mackie (comp.), *The Chinese in Indonesia*, University Press of Hawaii, Honolulu, 1976, p. 80, se refiere a tales mecanismos.

[65] Sémelin, *Purify…, op. cit.,* pp. 49 y 50.

[66] Véanse también las colaboraciones en Martin Zimmermann (comp.), *Extreme Formen von Gewalt in Bild und Text des Altertuns*, Herbert Utz, Múnich, 2009, que muestran cómo en la antigüedad los gobernantes se valían de la crueldad demostrativa y de «castigos» arbitrarios y tortuosos para confirmar su poder.

[67] Sémelin, *Purify…, op. cit.,* p. 294. Cita de Kuper, *Genocide…, op. cit.,* p. 102.

[68] Sémelin, «Elemente…», *op. cit.,* p. 21.

[69] Véase también Scott Strauss, *The Order of Genocide: Race, Power and War in Ruanda*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2006, p. 88: «Killing Tutsis, in short, became a source of legitimacy and power in the context of acute crisis».

[70] Para una interpretación diferente que subraya los «rituales» y las experiencias que ligan al pueblo, véase Weitz, *A Century…, op. cit.,* pp. 132-140, 175-185 y 222-229.

[71] Estoy de acuerdo con el panorama pintado por Birgit Beck, *Wehrmacht und sexuelle Gewalt: Sexualverbrechen vor deutschen Militärgerichten*, Schoningh, Paderborn, 2004, pp. 13-62. Existen afirmaciones opuestas en cierta investigación reciente sobre el tema, por ejemplo en Alexandra Stiglmayer (comp.), *Mass Rape: The War against Women in Bosnia-Herzegovina*, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1994. En esas narraciones existe la tendencia a considerar la violación en masa como un ataque a la nación… y cada «genocidio» como una violación de la nación. Un ejemplo es el de Ronit Lentin, «(En)Gendering Genocide: Die Feminisierung der Katastrophe», *Zeitschrift für Genozidforschung,* vol. 1, núm. 1, 1999, pp. 70-93, esp. p. 80.

[72] El abuso sexual por anticomunistas contra mujeres «comunistas» en Indonesia en 1965 y por miembros de la milicia leal contra las mujeres en las aldeas reubicadas de Kenia durante el decenio de 1950 parece caber en esta categoría.

[73] Tassoula Vervenioti, «Left-Wing Women between Politics and Family», en Mark Mazower (comp.), *After the War Was Over: Reconstructing the Family, Nation, and State in Greece, 1943-1960*, Princeton University Press, Princeton, 2000, p. 105.

[74] Weitz, *A Century…, op. cit.,* pp. 186 y 187.

[75] Sémelin, «Elemente…», *op. cit.,* p. 33; Jared Diamond, *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Viking Press, Nueva York, 2005, pp. 322-324. Para una tesis mucho más general, aunque discutible, y un tratamiento con respecto a las conexiones entre la «prominencia de la juventud» *[youth bulge]* y la violencia, véase Gunnar Heinsohn, *Söhne und Weltmacht: Terror im Aufstieg und Fall der Nationen*, Orell Füssli, Zúrich, 2003.

[76] Véase Raul Hilberg, *Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe, 1933-1945*, Aaron Asher, Nueva York, 1992.

[77] Peter du Preez, *Genocide: The Psychology of Mass Murder*, Marion Boyars, Londres y Nueva York, 1994, p. III. Levene, *The Meaning…, op. cit.,* p. 9, establece un argumento similar en relación con el sistema mundial existente.

[78] Por otra parte, los capítulos sobre Indonesia y sobre la guerra contra las guerrillas en este libro han demostrado que también hay límites a la capacidad de intervención de las potencias extranjeras para inducir la violencia en otros países o para mantenerla bajo control.

[79] Lal, «The Concentration Camp…», *op. cit.,* p. 243. Dirk Moses y Mark Levene también ven el «genocidio» como «parte de un solo proceso» o que debería ser «comprendido dentro de un solo marco de referencia», separando del Occidente a los contendientes en el siglo XX y luego a las entidades políticas poscoloniales. Sin embargo, hacen el mayor

hincapié en el surgimiento de la nación-Estado (Levene, *The Meaning…, op. cit.,* pp. 4-7 y 205).

[80] Un punto similar lo establece Mazower, «Violence…», *op. cit.,* p. 1158. Pese a todas las críticas que recibió por denunciar, supuestamente, la democracia burguesa, el libro de Michael Mann, *The Dark Side of Democracy…, op. cit.,* describe la homicida «limpieza étnica» como un fenómeno de transición, una perversión que desaparecerá cuando todos los países se hayan vuelto democracias en una forma «apropiada» a su carácter pluralista (pp. 522-529, cita p. 529).

[81] Levene, *The Meaning…, op. cit.,* p. 41, asegura que los regímenes «democrático-liberales» pueden cometer «genocidio» basándose en la actuación de su colonialismo decimonónico.

[82] Shaw, *War…, op. cit.,* p. 74.

Índice analítico

Aceh: 34, 37, 58, 65, 65n, 89n, 92, 95, 95n, 97-98, 110
Adana: 136-137, 137n, 139n, 140n, 144, 144n, 149n, 153n, 168, 289
Adjie, Ibrahim: 39, 44-45, 64, 84, 84n, 86
Aidit, Dipa Nusantara: 35, 84n, 111, 118
aldeización: 295, 322
Alemania: 16, 27, 125, 148, 254, 282n, 284, 332n, 334, 338, 340-341, 344, 345n, 346-347, 348n, 369n, 377, 380n, 381-382, 382n, 383, 385, 395; política exterior: 148, 150; Archivo General de: 319; Alemania occidental: 26, 44, 55, 58, 90, 114, 120, 189, 218, 349; Embajada de la Alemania occidental: 90; Alemania oriental: 26, 105, 120, 124, 219, 309; Ministerio de Relaciones Exteriores de la Alemania oriental: 121; *véase* República Federal de Alemania
Alemania nazi: 16, 19-20, 27, 30, 268, 331-332, 354, 358n, 368, 371, 375, 375n, 376, 378, 380-382, 384, 386, 392; *véase* Alemania, República Federal de Alemania
Aleppo: 141, 145, 154, 154n, 155, 158, 159n, 163
Angola: 253-254, 262, 264-265, 272-273, 280, 281n-282n, 283, 286, 291-292, 298, 305, 309, 311, 313, 321; central: 291, 301; oriental: 326; portuguesa: 326; Movimiento Popular para la Liberación de Angola: 13
Ansor: 57, 59, 67, 83-85, 88, 97, 105
Argelia: 253, 253n, 254, 260-264, 267-268, 270n, 271-272, 272n, 275-276, 276n, 278n, 280, 281n-282n, 283, 286n, 288, 291n, 293, 295n, 297-298, 301, 305, 310, 310n, 311, 313-315, 315n, 320-324, 327n, 340, 356n, 368, 374, 379, 381-382, 395; francesa: 263, 268, 270, 274, 280, 300, 322; Frente de Liberación Nacional (de Argelia): 13
armenios: 16, 19, 22, 25, 29, 131, 131n, 132, 132n, 134-142, 142n, 143, 143n, 144-146, 146n, 147, 149, 149n, 150-152, 154-163, 163n, 164, 164n, 165-170, 342-343, 356-357, 358n, 365, 370-372, 374, 376, 385, 388n; otomanos: 131, 160
Atenas: 337, 340, 343n, 345, 345n

Bali: 34n, 35, 37-38, 43, 47, 50, 53n, 59, 61n, 62, 64-65, 65n, 67-69, 71-72, 76-77, 79, 82n, 83-84, 85n, 86, 91, 94, 96, 96n, 97-100, 102, 102n 103-104, 108, 373
Banco Imperial Otomano: 136-137, 148-149
Bandung: 38, 43, 76n, 84, 90, 90n, 105, 107
Bangladesh: 25-26, 30, 173, 175, 178, 180, 183-184, 185n, 187, 187n, 188-193, 197, 199-200, 203, 208, 210, 214, 219-221, 223, 224n, 225-226, 233, 235-238, 240-241, 243, 245-246, 248, 250, 253n, 254, 256, 274, 284, 286, 330, 353-355, 358, 361, 368-370, 374, 376-377, 381n, 383, 392; *véase* Pakistán oriental
Banyuwangi: 47, 56-57, 59, 86, 102

Baperki (Organismo Consultivo para la Ciudadanía Indonesia): 13, 56-57, 88-89, 89n, 90-91, 108
Barisal: 178, 185n, 196, 198, 207, 213n, 229n, 235
Bengala occidental: 194-196, 199, 205, 206n
bengalíes: *véase* no bengalíes
Bielorrusia: 253-254, 261, 264, 271, 274, 279, 284, 288n, 313n, 328, 344, 356; *véase* Unión Soviética
Biharíes: 173, 211-215, 217, 217n, 219, 228, 233, 250, 353-354, 370-371, 386; *véase* no bengalíes
Bitlis: 135, 145-146, 159
Bogra: 181n, 196, 196n, 197, 207, 214, 220, 225n, 230
Bosnia: 22, 133, 169, 355, 358n, 363n, 369n, 380, 391n, 392, 394
BTI: 13, 36, 56, 67n, 70, 80, 95
Buru, isla: 49, 49n, 50n, 72, 100n, 110n

Camboya: 20, 254, 254n, 269, 272n, 282n, 285n, 288n, 311, 384n; bajo el Khmer Rojo: 16, 369, 371, 374, 376n, 384, 392
Católico, Partido (de Indonesia): 61, 63, 81n, 84
Cemal Pashá: 141n, 163, 166
China: 26n, 37, 42, 56, 60, 86n, 87-89, 91-94, 106, 115-116, 121, 123-124, 254, 261, 265, 268, 273, 274n, 281, 282n, 283, 300, 317, 327-328, 346, 365, 369, 378, 387; violencia masiva interna: 317, 319, 322, 386; zonas bajo ocupación japonesa: 253-254, 261, 265, 268, 283, 299, 313, 276
chinos (diáspora): 57, 83, 108, 110, 274n, 280, 282, 307, 317; como víctimas de la violencia: 37, 62, 68-69, 87-94, 99, 120-121, 125, 253, 268, 272-273, 298-299, 304-305, 370-371, 386
Chittagong: 180-181, 182n, 192, 197, 208n, 212, 212n, 213-214, 216-217, 222, 225n, 250; Colinas de: 187n, 192, 229n, 232, 245-249, 253n, 257, 274, 286, 292, 370, 376, 379
CIA: 35n, 39, 41, 113, 116, 118-119, 123, 194, 273, 319, 319n, 321
Cilicia: 134-135, 144, 155, 157-158
Colinas de Chittagong: *véase* Chittagong
Comilla: 183, 183n, 188n, 192, 195-197, 200, 206, 220, 236, 239
comunistas: 26, 29, 35-37, 41-46, 48, 50, 52-54, 56-62, 65-67, 69-71, 73, 78-80, 82, 82n, 83-84, 86, 86n, 87-89, 97-99, 101, 102n, 105, 107-109, 109n, 110-112, 114, 116-119, 122, 125-126, 129, 181, 186, 253, 253n, 263, 268-269, 273, 288, 304, 317, 325, 347, 349, 369n, 391n; *véase* PKI
Constantinopla (Estambul): 135, 138, 156n, 159, 163, 380
corrupción: 85, 127-128, 139-140, 161-162, 164, 233, 237, 238, 238n, 240, 243-244, 249, 306-307, 371-372, 388, 390
crisis de la sociedad: 28, 171, 173, 330, 376, 387, 389
CUP: 13, 134n, 135, 140-141, 147, 161, 164, 166, 168

Daca (Dhaka): 180-182, 188-189, 191, 195, 197, 200-201, 203, 205, 207, 208n, 210, 213, 215, 218-222, 222n, 225, 228, 228n, 229, 233, 236-237, 239, 241, 380

delincuencia (común): 74-76, 141-142, 227, 243, 246, 279, 311-315, 334-335
deshumanización: 69, 79-81, 182-183, 259-260, 357, 375
Dinajpur: 181n, 196, 204, 210, 212n, 213n, 214, 220, 228n, 236
Diyarbakir: 135, 138n, 143, 144, 153n, 158n, 289, 300

Edhie Wibowo, Sarwo: 39, 42, 46-47, 54-55, 59-60, 67, 103-105, 109, 128
élites: 30, 77, 79-80, 86n, 134, 139, 161-162, 165-166, 170, 173, 175-177, 180, 211, 219, 237, 246, 249, 257-258, 283, 294-295, 297, 305, 308, 328, 337, 345, 347n, 350, 356, 359, 362, 367-368, 368n, 369-371, 371n, 372, 372n, 378, 387, 392; cambio de élite: 72, 125-127, 133, 162-165, 206, 237-238, 275, 283, 286, 294, 309, 346, 368, 382
El Salvador: 254, 267, 276n, 284, 290, 293, 297, 300, 308, 312, 316, 325, 328, 387n,
emigración: 76, 90, 125, 139, 227, 234, 296, 312, 316, 348, 374, 377, 394; *véase* refugiados
Erzurum: 139n, 143, 144-145, 151, 153n, 157
Esmirna (Izmir): 135, 139n, 151, 159, 163, 168
Estados Unidos, los: 14, 26, 44-45, 52, 55-57, 60-61, 66, 73, 83, 98, 100, 102, 104, 113-119, 122-124, 136, 139, 140, 156, 186, 206-207, 209, 212, 214, 239-240, 245, 256n, 258n, 259, 261, 264-265, 270-271, 273, 284, 284n, 285, 289, 299, 303, 303n, 306, 306n, 307, 310, 312, 318-319, 319n, 320-321, 325-326, 336, 348, 356n, 361, 374, 382, 385, 395
Etiopía: 254, 267, 280, 284, 303, 378
expulsión: 15, 63, 70, 92, 131-132, 167, 169, 207, 223, 226, 246, 248, 250, 300, 343, 347, 349-350, 353, 371, 374, 380, 380n, 383, 385, 391; *véase* refugiados, reasentamientos

Faridpur: 185n, 196, 207, 208n, 210, 217-218, 235-236, 239
Filipinas: 87, 258n, 259, 284, 299, 306, 311, 319n, 328, 374, 382
Francia: 120, 133, 147, 254, 266, 270n, 275n, 276, 280, 284, 296, 298n, 305-306, 310n, 311n, 348, 361, 380n, 382, 385; como potencia colonial: 260, 263, 266, 269-271, 274, 276, 280-281, 284, 296, 300, 305-306, 310-311, 321, 325, 382, 385; política exterior de: 120, 133
Frente Nacional (Indonesia): 61, 63-64

genocidio (concepto): 16-17, 19-20, 20n, 21-23, 23n, 24-25, 28, 117, 122, 131, 188-189, 257, 312, 353-355, 355n, 356-361, 361n, 362, 364, 367, 368n, 369n, 374, 375n, 376n, 377, 377n, 379n, 381, 384, 388, 390, 391n, 393-395
Gerwani (Movimiento de Mujeres Indonesias): 13, 41, 51, 51n, 73, 108
Gran Bretaña: 26n, 45, 113, 116, 116n, 117, 119n, 123, 133, 254, 276, 284n, 303, 305n, 318, 321, 336, 347n, 376; como potencia colonial: 175, 245, 259, 259n, 260, 263-264, 272-273, 275-277, 282, 284, 301, 303, 317, 321-322, 324, 369, 374, 382, 385; política exterior de: 34, 35n, 113, 117, 120, 133, 134, 336; consejo a otros gobiernos acerca de la guerra anticolonial: 254, 265, 280, 317-318, 320-321
Grecia: 13, 30, 123, 136, 168, 253n, 254, 261, 264, 264n, 269, 273, 281, 284, 285n, 288n, 293, 297-298, 302, 306, 311, 316-318, 323, 328, 330-331, 333-336, 339-342, 344-347, 347n, 348, 348n, 349, 349n, 350, 372, 378, 382
Green, Marshall: 44, 52, 55, 61, 115, 118-119, 123, 123n, 306

griegos (diáspora): 16, 132, 134, 157, 161, 165, 167-169, 253, 263, 317-318, 331, 333-335, 338-339, 341-342, 344, 346-347, 349, 370, 374
Guatemala: 253, 253n, 254, 257, 260, 260n, 265, 267-268, 271-274, 277n, 279, 282, 284, 286n, 287-288, 288n, 292-295, 297, 300, 303n, 306-309, 312-313, 314n, 320, 323, 326, 328, 368-369, 374, 377n, 380-381, 391
guerrillas: 52-53, 93, 112, 173, 182-183, 218, 229, 232, 252-329, 343-344; *véase* guerra contra guerrillas
Guinea-Bisáu: 254, 264, 273-274, 278n, 280, 282n, 285, 291, 321-322

hambre: 76-77, 80, 147, 162-164, 166-167, 170, 185, 191, 193, 198, 227, 232, 234, 234n, 235-236, 238, 240, 242, 250, 266-268, 278, 287, 316, 328, 335-337, 337n, 338, 346, 350, 354-356, 358, 368-369, 373-374, 376-377, 381, 388; durante la guerra: 16, 30, 133, 150, 151, 155, 162-163, 331, 333, 335-338, 344-346, 349, 379; en el internamiento: 134-135, 141-143, 265-267
hambruna: 15, 40, 76-77, 80, 86, 151, 163, 173, 175, 223, 234, 238, 240, 250, 267, 330, 346-347, 357, 373-374, 381, 387-388, 392
Harput: 135, 138n, 140, 140n, 143-145, 149, 151, 153n, 156n, 157n, 158-160, 165n, 169
Himmler, Heinrich: 65
hindúes (como víctimas de la violencia): 96, 183, 185, 195-197, 200-201, 205-207, 209-210, 226, 228, 230, 246, 249, 353-354, 370-371
hinduismo/hindúes: 37, 71, 74, 96, 110, 110n, 173, 175, 180-181, 183, 185, 188, 195-196, 200, 204-207, 207n, 208-210, 212n, 217, 221-222, 225, 227-228, 230-232, 236-237, 240, 242, 245-246, 250, 353, 369-370
HMI (Organización de Estudiantes Islámicos): 13, 44, 53, 58, 81, 83, 88, 97

IAMM: 13, 136, 142, 144-145, 156n, 167
Idris, Kemal: 45, 103, 117, 117n, 128
Imperio otomano: 16, 26n, 29, 132, 134, 134n, 147-148, 160, 167, 169-170, 258, 347-348, 348n, 364-365, 368, 370-371, 374, 376, 378, 381, 383, 391; *véase* Turquía
India: 26n, 122, 173-175, 187, 189-193, 195, 197, 199, 205-207, 210-211, 215, 216n, 217, 224, 226-227, 231, 236, 238-240, 242n, 245-246, 246n, 247-249, 253n, 257-258, 267, 284, 298n, 302, 318, 362, 365, 369-370, 380n, 385; política exterior de: 173-174, 197, 212n, 358, 361: guerra antiguerrillas en: 254, 257-258, 266, 284-285, 316
Indonesia: 19, 25, 26, 26n, 29, 33-131, 254, 256n, 265, 273, 284, 310n, 322, 358, 364, 368-369, 371, 376-377, 381, 383, 386-387, 389, 391, 391n, 392, 393n,
inflación: 77-78, 92, 101-102, 127, 132, 141, 148-149, 199, 237, 239, 290, 298, 333, 335-340, 343, 368, 373, 376, 387
IPKI: 13, 53, 56, 60-61, 81n, 84, 86, 98
Italia: 10, 291, 322, 330, 333-334, 339, 341, 343, 345, 347-348, 380

Jakarta: 33-34, 43-44, 46, 49, 49n, 51-52, 54-55, 58, 58n, 59-62, 65, 73, 78, 84, 88, 90-93, 100-101, 103, 105-106, 114-115, 120, 123

Japón: 34, 120, 254, 268, 282n, 284, 346, 376-377, 380n, 381-382, 385, 395; después de la segunda Guerra Mundial: 113, 120
Java: 35, 37-39, 49, 51, 72, 74-76, 79, 81, 90, 94-96, 98, 102, 104-106, 110, 118; centro de: 35n, 39, 39n, 40, 41, 46-47, 47n, 49, 52, 54-55, 59-61, 61n, 62-65, 65n, 68, 68n, 72, 76-77, 83, 86, 90, 95, 98, 100, 102-103, 103n, 104, 104n, 106-109, 111-112, 118-119, 119n, 373; este de: 37, 39, 39n, 42, 46-47, 49, 51, 56-57, 57n, 59, 62, 64-66, 69, 71-72, 76, 76n, 77, 80, 83-84, 90, 90n, 92, 96, 96n, 100, 102, 106, 111, 128, *véase* violencia estructural; oeste de: 39, 44-45, 76, 81-82, 84, 86, 88, 92, 107
Jessore: 194, 196-197, 206, 208n, 214, 215n, 216n, 217, 221n, 225n, 230, 235
judíos (minorías): 134, 331-333, 337n, 338-341, 343, 345-348, 350, 355-357, 359, 370-371, 374, 378, 380, 380n
juicios: 18, 40, 50-51, 51n, 91, 310, 332n, 387

Kalimantan occidental (Borneo): 70, 89, 93-94, 112, 254, 322
KAMI: 13, 43, 55, 62, 91, 98, 102, 104, 127, 128
KAP-Gestapu: 13, 57, 60-64, 73, 101-102, 119, 127
Kediri: 39, 57, 66, 71, 86, 95
Kenia: 253n, 254, 260, 262-264, 266, 272-280, 280n, 281n-282n, 283-284, 284n, 289-290, 290n, 291, 293-295, 297, 300-305, 311-313, 314n, 315, 318, 321-322, 328, 368, 381-382, 391, 391n, 395
Khulna: 189, 195n, 196-197, 204, 207, 208n, 212, 212n, 214, 214n, 218, 225n, 226, 231n
kurdos: 14, 16, 134, 144-146, 151-153, 157-160, 164, 164n, 165, 167-169, 253, 273, 292, 311, 316, 323, 374, 376; como víctimas de la violencia: 132, 143, 259, 262
Kushtia: 192n, 196-197, 200, 216

leales: 258, 275-284, 291, 293, 310
Lemkin, Raphael: 22, 22n, 360
Liga Awami: 173-174, 176, 178-179, 181-182, 186, 190-191, 193n, 202, 206, 212n, 215, 228, 233, 237-238, 244-245, 353, 386; miembros: 190-191, 200, 246, 353
luchas por la tierra: 71, 80, 82, 86, 94, 96, 239, 277, 279, 287-290, 301, 311

Macedonia: 133, 167, 169, 298, 316, 338, 341-342, 344, 348
Madiun, rebelion de: 34, 42-43, 83
Madura: 53n, 58, 64, 70n, 86, 105
Malasia: 34, 53, 87, 112, 117, 253, 253n, 254, 258n, 262-265, 269, 271-272, 274n, 275-276, 281, 281n, 282, 282n, 284, 284n, 286, 288n, 294, 297-298, 302-303, 303n, 304-305, 309-310, 313-314, 314n, 317-324, 327-328, 368, 376
Malaya: 26n, 117-118, 263n, 264, 269, 283, 299, 309, 318-319; *véase* Malasia
Malik, Adam: 60, 81, 101, 103, 118-119, 124, 124n
mano de obra: 77, 119, 133, 157, 162, 165, 293, 297-300, 308, 316, 326, 328, 333-334, 338-340, 344, 349, 380; forzosa: 15-16, 119, 134, 157-158, 208, 283, 331, 333, 338, 340, 372-373, 383, 385; movimiento laboral organizado: 61, 72, 81, 85, 108-109, 118, 185, 297-299
maoísmo: 93, 229, 252, 253n, 321

Masyumi: 60, 81-82, 88
Medan: 38, 45, 57, 86, 88-89, 91, 95, 98, 103, 117
minorías intermediarias: 131, 370-371, 380, 389
milicias: 27, 30, 59, 69, 83, 85, 169, 219, 250, 252-254, 258, 258n, 259, 268-269, 270, 274-276, 278, 280-282, 284, 286, 293-295, 304, 306, 309, 314, 318-320, 322-328, 371-372, 375, 384-386, 389; como grupos improvisados: 53-59, 135, 151, 160, 170; *véase* Anzor, leales, *razakars*, guerrillas
Mizoram: 253n, 254, 257, 284, 294n, 298n 302
Mokoginta, Achmad Junus: 45, 62, 84, 97, 108, 129
motivos religiosos: 71, 84, 96, 156, 167, 206-212, 274-275, 348, 362-364, 390
movilidad social: 160, 167, 173, 176, 227-230, 232-233, 236-239, 250, 285-302, 344-345, 350, 368-369, 369n, 370-375, 379, 380, 389, 394
Mozambique: 253-254, 258n, 261-262, 265, 273-274, 277, 280, 282n, 283, 285, 289, 291-292, 295, 295n, 298, 311, 311n, 312, 314, 322-323, 326, 368
Muhammadiyah: 58, 60, 81, 83-84, 128
mujahirs: 175-176, 184; *véase* refugiados
mujeres (víctimas de la violencia): 50, 64-65, 67, 73, 195, 208, 214-216, 313, 347, 391; como perpetradoras: 59, 314; papel en la sociedad: 79, 81, 157, 223, 313, 391
Mujibur Rahmán (Mujib): 178-182, 186, 189, 213, 224-225, 238, 240-241, 243-244, 247, 362
Mukti Bahini: 195, 205, 217-218, 225, 231, 241, 246, 358
Mymensingh: 210, 214-217, 222n, 228n, 239, 241-242

nacionalismo: 27, 33, 176-178, 182, 206, 272, 287, 294, 348, 353-364, 391
Naciones Unidas: 14, 22, 26, 100, 123-124, 203, 217, 231, 235, 240, 360, 362
Nahdlatul Ulama: 13, 37, 57, 60-61, 63, 72-73, 81-84, 96-98, 102, 102n, 105-106, 111-112, 126-127
Nasution Abdul Haris: 34, 41, 43, 47, 51, 53-54, 60, 102-103, 104n, 117, 120, 128
Niazi: Amir Abdullah Khan: 187, 202-203, 207, 221-222, 228
niños (como víctimas de la violencia): 40, 64-65, 67, 73, 77, 89, 135, 138, 151, 155-160, 166-168, 193, 198-199, 207, 213-215, 218, 220, 224, 231, 235-236, 241, 266, 311, 313, 313n, 314, 345n, 346
no bengalíes: 174, 182, 184-185, 197, 206, 208, 211-213, 213n, 214-219, 225-228, 232-233, 250, 353, 386; *véase* Biharíes
Noakhali: 178, 196-198, 229n, 241, 244
Nuevo Orden (orden baru): 35, 48, 60, 123, 129

Pabna: 182n, 191, 191n, 197, 216
Pakistán: 179, 183, 187, 194, 199-200, 205, 212, 217, 219, 224, 238, 246, 354, 369, 385; *véase* Pakistán oriental
Pakistán oriental: 25, 26n, 30, 173-175, 177-181, 183-185, 187, 191-196, 198, 201, 203-207, 210-213, 219-220, 222-223, 229, 231, 236, 245, 249, 292, 330, 353-354, 356, 358, 364, 369, 371, 383, 386-387, 391; *véase* Bangladesh
Palestina: 135-136, 157, 166, 318, 321, 348

Pancasila: 33, 56-57, 61, 107
Pemuda Rakjat (Juventud Popular): 36, 41, 44, 56, 74, 85
perseguidores: 29, 106, 129, 170, 359, 363, 377, 389
Perú: 253, 253n, 254, 256n, 273, 277, 279, 281-282, 284, 286, 288n, 290, 295-296, 301, 314n, 320, 320n, 321, 326, 328
PKI: 14, 26, 26n, 35, 35n, 36-37, 40-42, 42n, 43-46, 50, 52, 56-57, 59-61, 63-65, 70-71, 73-74, 79-84, 84n, 85-88, 90, 95, 97-98, 100-109, 111-122, 125, 127, 130; estructura y membresía: 35, 37, 51-53, 88, 99; política del: 35-37, 56, 70, 79-86, 111-112; *véase* comunistas
PNI: 14, 37, 55n, 56, 59-60, 63, 67-69, 72, 81, 81n, 82, 82n, 84, 97-98, 108, 109n, 111-112, 126, 128
Portugal: 254, 265, 273-276, 283-286, 289, 291-292, 304-305, 309, 317, 320-321
PSI: 14, 44, 59-60, 60n, 81, 84, 98, 104

Rajshahi: 182n, 189, 197, 200, 230
Rangpur: 181n, 213, 230, 236, 241-242, 242n
razakars: 184-185, 202n, 207, 209, 216-217, 219, 222, 225, 246
reasentamientos: 16, 27, 257-258, 258n, 267, 270-271, 285n, 287, 298-299, 309, 321-322, 324, 326-327; organización de asentamientos en nueva ubicación: 132, 143-146, 157, 168, 247-248, 252-329, 341; *véase* reasentamiento colectivo
reforma agraria: 37, 70, 79-80, 293, 295, 307, 343
refugiados: 77, 89, 95, 106-107, 132, 137, 142-146, 150, 159, 164n, 165, 167-169, 175, 185, 188, 193-194, 194n, 195-200, 203, 205, 207, 209, 215, 217-218, 224, 229-230, 232, 234, 236, 238, 246, 248, 252-310, 310n, 311-329, 334, 342, 346-348, 369, 374, 376, 378, 380; internacionales: 141-147, 175, 193-200, 234, 266, 340, 346-348, 350; *véase* expulsión, emigración, reasentamiento
República Federal de Alemania (RFA): 55, 114, 291, 349
Rhodesia (Zimbabue): 253n, 254, 261-263, 263n, 265-267, 272, 279-280, 284, 284n, 289, 291, 294-295, 297-298, 303, 305, 307, 311, 313, 320, 324, 326
RPKAD: 14, 41-42, 46-47, 54-55, 59, 67-68, 90, 98, 103-104, 104n, 105, 109, 118, 128
Rwanda: 20, 358n, 368-369, 376, 381, 385

Saidpur: 213, 219, 242
Salónica: 150, 338-342, 344, 348, 348n
Semarang: 46, 59n, 77, 90
sin tierras: 75, 78, 86, 95, 231-232, 236, 242, 245, 249, 290, 293, 295-296, 327, 377, 379
Siria: 25, 134-136, 148, 155, 157, 163
Sivas: 139, 145, 152n, 153n, 160
sociedades extremadamente violentas: 15-30, 33, 38, 53, 83, 126, 131, 170, 173, 226, 252, 257, 275, 310, 330, 346, 350, 367, 377, 385-386, 390-391, 393
Solo: 39, 47, 54-55, 76n, 77, 84, 86, 90, 105, 109
Subchan, Zainuri Echsan: 60, 73, 101-103, 127
Suecia: 39, 120

Suharto, Mohamed: 34-35, 35n, 37-38, 40-41, 43, 45-48, 51, 53-54, 60, 63, 67, 67n, 70, 79, 85, 87, 100-105, 110, 115-118, 120-121, 124, 126, 126n, 127-128, 392; regla después de 1966: 38, 93, 126-127
Sukarno, Ahmed: 33, 35, 35n, 38, 48, 52, 63-64, 73, 80, 89n, 90, 100-102, 104, 104n, 105, 111, 113-114, 116, 121, 126, 129, 387; papel en asesinatos en 1965-1966: 34, 37, 44, 55, 63
Sulawesi: 51, 57, 59, 83, 88, 91, 98, 109
Sumatra: 35, 37-40, 45, 46, 51-52, 56-57, 62, 64, 73, 80, 83-84, 86, 89, 91-92, 94, 95, 97-98, 100, 103, 106, 108-109, 112, 117-119, 129, 386
Surabaya: 49, 64, 77, 83, 98, 102, 106
Sylhet: 189, 195-196, 216, 236, 239, 241

Tailandia: 253n, 254, 273, 280n, 284, 288, 307, 319; Movimiento 30 de Septiembre: 34, 41, 57, 60-61, 63, 65, 94, 115
Talaat Pashá: 139, 141, 150, 156n, 161n, 162, 166
Tikka Khan: 181, 202-203, 222
Timor occidental: 37, 53n, 59, 70, 72, 72n, 77n, 110, 310n
Timor oriental: 34, 253, 253n, 254, 257, 261-262, 264-265, 267-268, 271, 282n, 298, 300, 307, 310, 310n, 311, 314, 322, 355, 365, 368-369, 374, 379, 381
tortura: 42, 50, 120, 201, 211, 244, 263, 266, 390
Tracia: 133, 133n, 134-135, 145, 155, 157, 167, 169, 298, 316, 341, 348
Trebisonda: 135, 138, 139n, 140, 145, 145n, 152, 156, 170, 342
Tripura: 195, 195n, 196, 196n, 197, 199, 248
Turquía: 166, 253-254, 259, 273, 275, 278-279, 281, 284, 284n, 286n, 288n, 292, 300, 305, 313, 316, 323, 347; *véase* Imperio otomano

Unión Soviética: 20, 119, 122, 124, 136, 253n, 334, 356-357, 358n, 369, 376n, 378, 380, 384-385; violencia en masa: 258n, 360, 370, 374, 377-378, 381, 384, 386-387; zonas bajo ocupación alemana: 124, 260, 265, 268, 317, 383; *véase* Bielorrusia
Urfa: 137-138, 138n, 139, 140n, 145, 151, 154n, 159, 300

Van: 134-135, 136n, 139n, 143, 145-146, 168, 170, 300, 342
Vietnam: 123-124, 254, 257, 262, 275n, 281n, 282n, 285, 305, 310-311, 319, 360, 371, 382; *véase* Vietman del Sur
Vietnam del Norte: 269, 271, 282n
Vietnam del Sur: 87, 253-254, 260-261, 264-265, 266n, 270-272, 274-276, 280-283, 284n, 286, 288n, 293-294, 300-301, 302n, 303-304, 306, 309, 319, 319n, 321, 323, 325, 356n, 381n
violación: 15, 50, 153, 158, 192, 201, 205, 220-227, 230-231, 243, 248, 313, 354, 384, 390-391
violencia estructural: 15n, 18, 28, 30, 243, 286, 346, 373, 375, 377

Yahya Khan: 177, 179-180, 194
Yogyakarta: 41-43, 46-49, 49n, 63, 77, 90, 106, 110, 110n

Ziaur Rahman: 216, 225, 239, 243-244, 246
Zimbabwe: 277, 311; *véase* Rodesia

El análisis teórico de las manifestaciones de la violencia en masa suele poner el acento en la ambigua categoría de *genocidio*. Dicha noción, según Gerlach, pretende racionalizar, condenar y castigar la destrucción de un grupo étnico; sin embargo, la violencia rara vez se expande hacia un grupo homogéneo y bien identificado. Este libro ofrece un marco conceptual alternativo para pensar la violencia ya como un fenómeno condicionado histórica y socialmente, ya como resultado de una multiplicidad de factores susceptibles de un estudio más profundo.

Aquí se analizan los procesos extraordinarios que llevan a las sociedades a alcanzar niveles de violencia extrema, y se busca desentrañar lo que pasa en las comunidades antes, durante y después de largos periodos de derramamiento de sangre. Mediante varios estudios de caso —masacres en Indonesia, la destrucción de los armenios, la violencia en masa y la subsiguiente hambruna en Bangladesh, la violencia desatada por las guerrillas de Guatemala, Nicaragua, Ruanda, Vietnam, Argelia, entre otros— el autor recorre las atroces rutas de la destrucción del hombre por el hombre.

www.fondodeculturaeconomica.com